

# **Daniel Abraham**

## **La senda del dragón**



Lectulandia

Los dragones son seres del pasado, pero fueron los creadores de todas las razas humanoides que pueblan el mundo, cada una de ellas adaptada a una función determinada: la guerra, el arte, la minería... con éxito desigual y origen de casi todos los conflictos que conducen al Sendero del Dragón, el camino que lleva a la guerra.

Durante el verano se vuelven a producir escaramuzas entre los nobles, pero esta vez la caída de unos granos de arena sin importancia va a provocar un alud que amenaza con arrastrar a los protagonistas de la novela: Marcus, un mercenario especializado en proteger caravanas; Cithrin, un huérfano criado por un banco que debe trasladar grandes riquezas a través de una zona de guerra; y Geder, descendiente de una familia de la nobleza, más interesado en la filosofía que en la espada.

En la mejor tradición de J.R.R. Tolkien y George R.R. Martin, Daniel Abraham construye un mundo épico lleno de razas diferentes, aventuras y conflictos que hará las delicias del lector.

**Lectulandia**

Daniel Abraham

# **La senda del dragón**

**La daga y la moneda - 1**

ePub r1.0

gertdelpozo 07.07.14

Título original: *The Dragon's Path*

Daniel Abraham, 2011

Traducción: Manuel Manzano

Editor digital: gertdelpozo

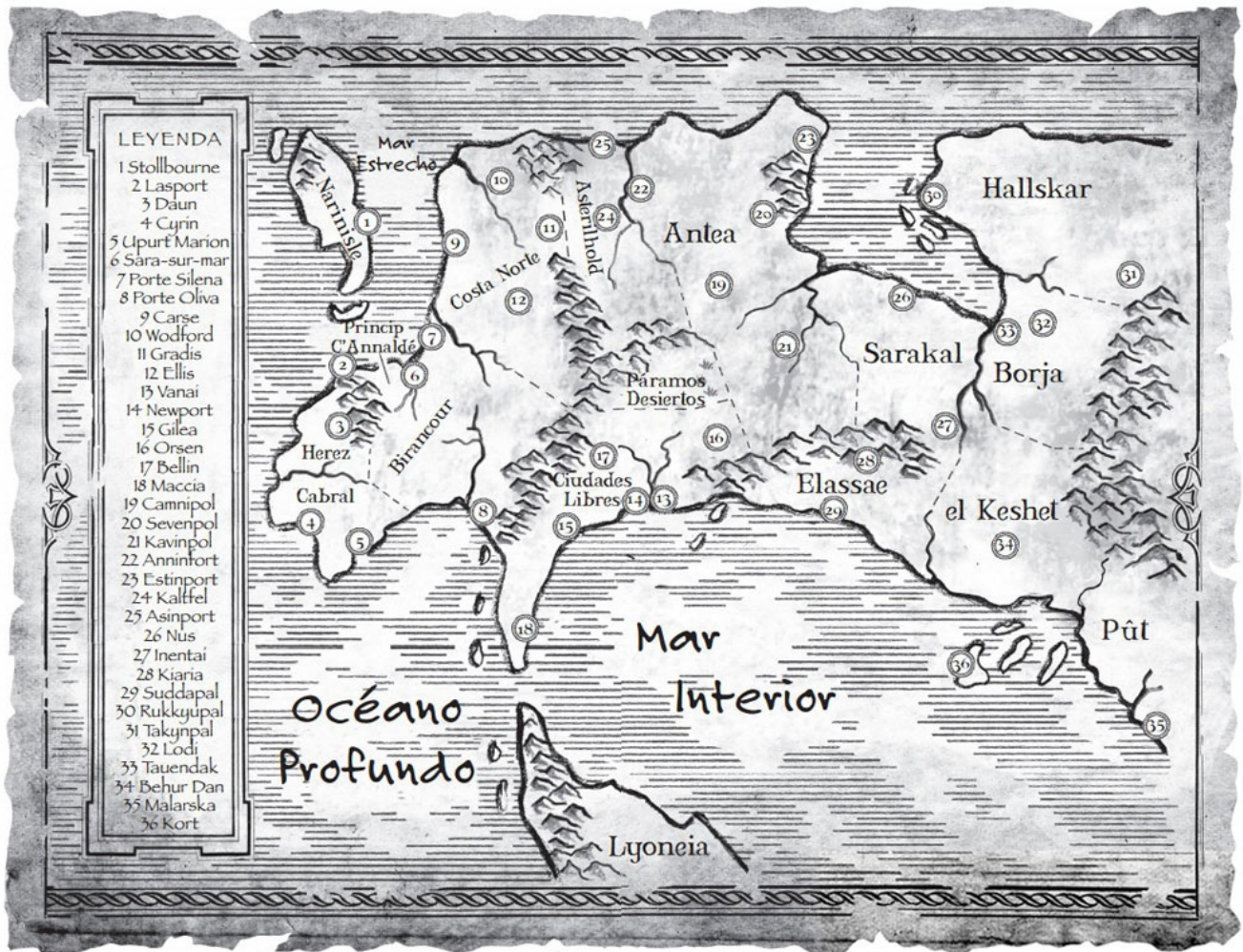
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---





## PRÓLOGO

# EL APÓSTATA

El apóstata se acurrucó entre las sombras de la roca y le rezó a nada en particular para que las cosas montadas en las mulas que pasaban por debajo de él no levantaran la vista. Le dolían las manos, y la espalda y los músculos de las piernas le temblaban de agotamiento. La fina tela de su túnica ceremonial revoloteaba en el frío viento que olía a polvo. Se arriesgó a mirar hacia abajo, hacia el camino.

Las cinco mulas se habían detenido, pero los sacerdotes no habían desmontado. Sus túnicas eran más gruesas y cálidas. Las antiguas espadas sujetas a la espalda captaban la luz de la mañana y resplandecían con un maligno tono verde. Hojas forjadas por dragones. Aquellas cuchillas significaban la muerte para cualquier persona cuya piel fuera alcanzada por una de ellas. Con el tiempo, el veneno mataría incluso a los hombres que las manejaban. Razón de más, pensó el apóstata, para que sus antiguos hermanos le dieran una muerte rápida y volvieran a casa. Nadie quería llevar esas espadas por mucho tiempo. Solo se utilizaban en casos de grave emergencia o ira letal.

Bueno, el que lo tomaran tan en serio le resultaba al menos algo halagador. El sacerdote que dirigía la partida de caza se alzó en la silla, y entornó los ojos a la luz. El apóstata reconoció su voz.

—Ven, hijo mío —gritó el sacerdote—. No tienes escapatoria. —Al apóstata le dio un vuelco el estómago. Cambió el peso de pie, preparándose para dirigirse hacia abajo. Pero se detuvo.

«Probablemente —se dijo—. Probablemente no tenga escapatoria. Pero tal vez sí la tenga».

En el camino, las figuras vestidas de oscuro se movieron inquietas y se consultaron entre ellas. No pudo oír sus palabras. Esperó, con el cuerpo rígido y cada vez más helado. Igual que un cadáver que no hubiera tenido la gentileza de morir. Le pareció que pasaba medio día mientras los cazadores discutían por debajo de él, aunque el sol apenas si se movía en el desnudo cielo azul. Y entonces, entre una exhalación y la siguiente, las mulas echaron a andar de nuevo.

Él no se atrevía a moverse por miedo a que algún guijarro bajara rodando por la escarpada ladera. Trató de no reírse. Poco a poco, aquellas cosas que una vez fueron hombres cabalgaron en sus mulas por el camino hasta el final del valle, y luego siguieron la amplia curva hacia el sur. Cuando el último de ellos quedó fuera de la vista, se puso de pie, con los brazos en jarras, asombrado. Todavía estaba vivo, aunque, después de todo, no sabían dónde se encontraba.

A pesar de todo lo que le habían enseñado, de todo aquello en lo que había creído hasta hacía poco, los dones de la diosa araña no le habían mostrado la verdad. Les

dijo algo a sus siervos, sí, pero no la verdad. Parecía, cada vez más, que toda su vida había surgido de una maraña de mentiras plausibles. Debería haberse sentido perdido. Abatido. En cambio, era como si se hubiera levantado de una tumba y echado a caminar hacia el aire libre. Se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Subir lo que quedaba de ladera occidental lo dejó magullado. Sus sandalias resbalaban en el suelo. Luchó con garras y dientes. Y cuando el sol alcanzó su apogeo, llegó a la cima. Hacia el oeste, enormes nubes ondulantes se elevaban por encima de la cadena de montañas, haciendo flotar en el aire un suave y grisáceo velo de tormenta. Pero hacia los pasos más lejanos vislumbró el nivel del suelo. La llanura. La distancia le daba un tono gris azulado al llano, y el viento de la cima del pico le arañaba la piel como unas garras. Cayó un rayo en el horizonte. A modo de respuesta, chilló un halcón.

Si seguía a pie tardaría semanas. No tenía comida ni, peor aún, tampoco agua. Había dormido las últimas cinco noches en cuevas y entre arbustos. Sus antiguos hermanos y amigos —los hombres a quienes había conocido y amado toda su vida— peinaban los caminos y pueblos con intención de matarlo. Los pumas y los lobos terribles cazaban en las cumbres.

Se pasó una mano por el pelo espeso e hirsuto, suspiró e inició el descenso. Probablemente moriría antes de llegar al Keshet, una ciudad lo suficientemente grande como para perderse en ella. Pero solo probablemente.

Bajo la última luz del sol crepuscular, encontró un voladizo en una roca cerca de un estrecho arroyo fangoso. Sacrificó un trozo de la correa de su sandalia derecha para fabricarse un arco. Mientras el frío cruel bajaba del cielo, se acuclilló frente a un fuego protegido y oculto por un círculo de piedras. La maleza seca quemaba bien y con poco humo, pero demasiado deprisa. Tenía que alimentarlo continuamente, con una ramita tras otra, sin dejarlo crecer lo suficiente como para iluminar su refugio y exponerse a que lo vieran sus cazadores, y sin dejar que se apagara. El calor no parecía llegarle más allá de los codos.

Algo chilló a lo lejos. Trató de no hacerle caso. Le dolía el cuerpo por el agotamiento y el esfuerzo invertidos, pero su mente, libre ahora de la distracción constante de su viaje, empezó a trabajar a una velocidad peligrosa. En la oscuridad, su memoria se agilizó. La sensación de libertad y sus posibilidades dieron lugar a las sensaciones de fracaso, soledad y distanciamiento. A su juicio, todo aquello tenía más probabilidades de matarlo que el ataque de un leopardo.

Había nacido en unas colinas muy parecidas a aquellas. Pasó su juventud jugando con espadas y látigos hechos de ramas y cortezas. ¿Sintió alguna vez la ambición de unirse a las filas de los monjes del gran templo oculto? Se dio cuenta de que en ese momento, bajo el frío penetrante de su pobre refugio de piedra, era algo difícil de



imaginar. Podía recordar cuando vio con asombro el alto muro de piedra. Los trece centinelas tallados en la roca que representaban todas las razas de la humanidad, desgastados por el viento y la lluvia hasta que todos ellos —cinnae y tralgu, southling y primera sangre, timzinae y yemmu, y drowned— tenían ya los mismos rostros blancos y puños desfigurados. Indistinguibles. Solo sus afilados dientes de dragón y sus alas abiertas y arqueadas por encima de todos ellos se distinguían todavía con claridad. Y las palabras grabadas en la enorme puerta de hierro, escritas en letras negras en una lengua que nadie en el pueblo conocía.

Cuando se convirtió en novicio se enteró de lo que ponía. «ATADO NO ES ROTO». En aquel entonces creyó que sabía lo que significaba.

Sopló la brisa, y unas chispas como luciérnagas se elevaron de entre las brasas. Le entró un poco de ceniza en un ojo, y se lo frotó con el dorso de la mano. Su sangre se movió, y las corrientes de su cuerpo respondieron a algo que no era él. «La diosa», había pensado. Había ido a la gran puerta con los demás chicos de su pueblo. Se había ofrecido a sí mismo —su cuerpo y su propia vida—, y a cambio...

A cambio, los misterios habían sido revelados. En primer lugar, el conocimiento: las letras suficientes para leer los libros sagrados, y números suficientes para mantener los registros del templo. Había leído las historias del Imperio del Dragón y de su caída. De la diosa araña que había venido al mundo a impartir justicia.

Le dijeron que el engaño no ejercía ningún poder sobre ella.

Él ya lo había comprobado, por supuesto. Los había creído, y había seguido probándolo. Se acostaba junto a los sacerdotes, solo para ver si se podía hacer. Había escogido las cosas que solo él podía conocer: el nombre de clan de su padre, las comidas favoritas de su hermana, y sus propios sueños. Los sacerdotes lo habían azotado cuando se equivocaba, y lo habían perdonado cuando acertaba, y ellos nunca, nunca se equivocaban. Había crecido su certeza. Su fe.

Cuando el sumo sacerdote lo eligió para el noviciado, tuvo la certeza de que le esperaban grandes cosas, porque los sacerdotes le habían dicho que así era.

Después de que la pesadilla de su iniciación hubiera terminado, había sentido el poder de la diosa araña en su propia sangre. La primera vez que sintió que alguien mentía fue como descubrir un nuevo sentido. La primera vez que habló con la voz de la diosa sintió sus palabras al mando de la fe como si hubieran sido grabadas a fuego.

Y ahora había caído en desgracia, y nada de eso podía ser cierto. No podía haber ningún lugar como el Keshet. Él creía que existía, hasta el punto de que había arriesgado la vida al volar en su busca. Pero nunca había estado allí. Las marcas en los mapas podrían ser simples mentiras. Por lo demás, quizá tampoco hubiera dragones, ni ningún imperio, y era probable que ni la Gran Guerra hubiera existido. Él nunca había visto el mar, y puede que ni siquiera existiera. Solo sabía lo que él mismo había visto, oído y sentido.

No sabía nada.

En un impulso violento, se clavó los dientes en la carne de la palma de la mano. La sangre brotó, y ahuecó la mano para recogerla. A la tenue luz del fuego, parecía casi negra. Negra, con nudos pequeños y más oscuros. Uno de ellos desplegó unas pequeñas patas. La araña se arrastró de manera mecánica por el hueco de la mano. A ella se unió otra. Las miró: eran agentes de la diosa en la que ya no creía. Con cuidado, poco a poco, acercó la mano a la pequeña llama. Una de las arañas cayó en ella. Sus patas, delgadas como cabellos, se arrugaron instantáneamente.

—Bueno —dijo—, puedes morir. Ya lo sé.

Las montañas parecían no tener fin. Cada cima era una nueva amenaza, y cada valle estaba lleno de peligros. Rodeaba los pequeños pueblos, y tan solo se aventuraba a acercarse para robar un poco de agua de los aljibes de piedra. Comía lagartos y pequeños frutos de color carne que arrancaba de los matorrales. Evitaba los lugares donde la tierra de los senderos mostrara marcas de huellas de gruesas patas con garras. Una noche encontró un círculo de pilares con una pequeña cámara a sus pies. Parecía ofrecer refugio y un lugar donde reponer fuerzas, pero su descanso fue perturbado por unos sueños tan violentos y extraños que se marchó de aquel lugar.

Perdió peso. El cinturón de cuero trenzado le colgaba demasiado amplio alrededor de la cintura. Las suelas de sus sandalias habían menguado, y su arco de fuego no tardó en agotarse. El tiempo perdió su significado. Un día seguía a otro día, y este a otro más. Todas las mañanas pensaba: «Probablemente, este sea el último día de mi vida. Solo probablemente».

El probablemente le bastaba. Y entonces, a última hora de una mañana, llegó a la cima de una colina pedregosa, y ya no hubo más montañas al otro lado. Las anchas llanuras occidentales se extendían frente él, un río resplandecía sobre su manto de árboles y verde hierba fresca. La vista era engañosa. Calculó que tardaría dos días de caminata en llegar hasta allí. Aun así, se sentó en una piedra ancha y áspera, miró hacia el mundo, y lloró hasta que el sol estuvo en lo más alto del cielo.

Cuando se acercó al río, sintió que la ansiedad empezaba de nuevo a roerle el vientre. El día en que, semanas antes, se había deslizado por encima de la pared del templo y había huido, la idea de desaparecer en una ciudad le habría parecido una preocupación lejana. Ahora veía el humo de un centenar de chimeneas elevándose por entre los árboles. Apenas había huellas de animales salvajes. En dos ocasiones vio a lo lejos a algunos hombres montados en enormes caballos. Los polvorientos harapos de su túnica, sus sandalias destrozadas, y el olor de su propio cuerpo sucio le recordaron que aquello era tan difícil y peligroso como todo lo que había hecho hasta entonces. ¿Cómo recibirían los hombres y mujeres del Keshet a un hombre salvaje de las montañas? ¿Le cortarían las manos?

Rodeó la ciudad por el río, asombrado por la magnitud del lugar. Nunca había visto nada semejante. Los grandes edificios de madera con techos de paja podían albergar a un millar de personas. Las carreteras estaban pavimentadas en piedra. Siguió por entre la maleza como un ladrón, observando.

Fue la visión de una mujer yemmu lo que le dio coraje. Eso, y su hambre. Ella trabajaba en su jardín, en las afueras de la ciudad, donde la última de las casas se elevaba entre la carretera y el río. La mujer le sacaba medio cuerpo de altura, y tenía las espaldas tan anchas como las de un toro. Los colmillos le sobresalían tanto de la mandíbula que cuando se echó a reír pareció que estaban a punto de perforarle las mejillas. Sus pechos colgaban por encima de una faja campesina no muy distinta de las que habían usado su propia madre y su hermana, solo que esta estaba cosida con tres veces más cantidad de tela y cuero.

No había visto a ninguna persona desde que dejara de ser un primera sangre. Ella era la primera. La primera prueba tangible de que las trece razas de la humanidad existían en realidad. Escondido detrás de los arbustos, mientras observaba cómo se inclinaba sobre la tierra blanda y arrancaba las malas hierbas con sus gigantescos dedos, él sintió algo así como admiración.

Dio un paso adelante antes de que se lo impidiera la cobardía. Levantó mucho su robusta cabeza, y las fosas nasales se le dilataron. Alzó una mano, casi a modo de disculpa.

—Perdóname —dijo—. Tengo... Tengo problemas. Y yo esperaba que pudieras ayudarme.

La mujer entrecerró los ojos hasta convertirlos en finas rendijas. Se agazapó como un leopardo que se preparara para luchar. Entonces se dio cuenta de que lo más juicioso habría sido comprobar si hablaba su idioma antes de acercarse a ella.

—Vengo de las montañas —dijo, mientras que en su propia voz oía la desesperación, y algo más escondido en su tono: el inaudible zumbido de su propia sangre. El don de la diosa araña que le ordenaba a la mujer que lo creyera.

—No tratamos con primeras sangres —gruñó la mujer yemmu—. Al menos, no con los de esas montañas de mierda. ¡Aléjate de aquí, y llévate a tus hombres contigo!

—No tengo a ningún hombre —dijo. Las cosas que había en su sangre se despertaron, muy contentas de que las utilizara. La mujer movió la cabeza mientras la magia la obligaba a creerlo—. Yo soy el único. Y no llevo armas. Llevo... semanas caminando. Puedo trabajar, si lo deseas. A cambio de un poco de comida y un lugar caliente donde dormir. Solo por esta noche.

—Solo y desarmado. ¿A través de las montañas?

—Sí.

Ella bufó, y él tuvo la sensación de que lo estaba evaluando. Juzgando.

—Eres un idiota —dijo.

—Sí. Lo soy. Pero afable. Inofensivo.

Ella tardó un buen rato en echarse a reír.

Le dijo que llevara agua del río hasta su aljibe mientras terminaba de trabajar en su jardín. El cubo estaba hecho para el tamaño de las manos de un yemmu, y solo pudo llenarlo hasta la mitad. Entero pesaría demasiado como para poder levantarlo. Sin embargo, hizo acopio de valor y se esforzó para cargar con él desde la casita hasta la plataforma de madera rugosa, y luego de vuelta. Tuvo cuidado de no arañarse, o al menos no tanto como para sangrar. Se arriesgaba a que la bienvenida se echara a perder si se veía obligado a explicar la presencia de las arañas.

Al anoecer, ella le puso un plato en la mesa. El fuego del hogar parecía extraño, y tuvo que recordarse a sí mismo que las cosas que habían sido sus hermanos ya no estaban allí, y que debía dejar de buscar señales de su presencia por todas partes. Ella llenó un plato con el guiso de la olla que colgaba sobre el fuego. Tenía un agradable sabor intenso y complejo, como si no dejara nunca de cocerse, como si no lo retiraran del fuego y le añadieran nuevos pedazos de carne y nuevas verduras de vez en cuando. Algunos de los trozos de carne oscura que nadaban en el caldo grasiento podrían haber estado cocinándose desde antes de su huida del templo. Fue la mejor comida que jamás hubiera probado.

—Mi hombre está en el caravasar —dijo—. Se supone que uno de los príncipes está a punto de llegar, y tendrá hambre. Se ha llevado todos los cerdos. Los venderemos todos si tenemos suerte. Tendremos suficiente plata para pasar la estación de las tormentas.

Escuchó la voz de la mujer y sintió también la agitación en su propia sangre. Lo último que había dicho era mentira. Ella no creía que la plata fuera a durar tanto. Se preguntó si a ella le preocupaba, y si había alguna manera de que él pudiera hacerle ver que tenía lo que necesitaba. Al menos lo intentaría. Antes de irse.

—¿Y qué pasa contigo, pobre pedazo de mierda? —preguntó ella con una voz suave y cálida—. ¿A qué ovejas te has tirado que vienes a pedirme trabajo precisamente a mí?

El apóstata se rio entre dientes. La comida caliente en el estómago, el fuego a su lado, y saber que lo esperaban un jergón de paja y una manta de lana fina conspiraron para relajarle los hombros y el vientre. La mujer yemmu lo observó con sus grandes ojos moteados de dorado. Él se encogió de hombros.

—Descubrí que creer en algo no significa que sea cierto —dijo, midiendo bien sus palabras—. Había aceptado muchas cosas, creía ciegamente en ellas, y estaba... equivocado.

—¿Engañado? —preguntó ella.

—Engañado —concedió él, pero luego añadió—: O tal vez no. No de manera

intencionada. No importa lo equivocado que estés, porque no es una mentira si lo crees.

La mujer yemmu silbó —una hazaña impresionante, si se tenían en cuenta sus colmillos— y agitó las manos con fingida admiración.

—La alta filosofía del gruñido del agua —dijo—. Ahora empezarás a predicar y a pedirme el diezmo.

—No, yo no —dijo él, riéndose con ella.

Ella le dio un buen sorbo a su propio plato. El fuego crepitaba. Algo, quizá ratas, o insectos, se sacudió por encima de sus cabezas, en el techo de paja.

—Te peleaste con una mujer, ¿verdad? —preguntó ella.

—Con una diosa —dijo.

—Sí. Siempre lo parecen, ¿verdad? —dijo ella, mirando fijamente el fuego—. Un nuevo amor te enciende porque crees que hay algo diferente en él. Cuando mueve los labios, parece que sea el propio Dios quien habla. Y entonces...

Ella resopló de nuevo, en parte divertida, en parte con amargura.

—¿Y qué fue lo que te salió mal con tu diosa? —preguntó.

El apóstata se llevó a la boca un trozo de algo que alguna vez pudo haber sido una patata; masticó la carne suave y la piel áspera. Se esforzó por ponerles palabras a los pensamientos que nunca había pronunciado en voz alta. Le tembló la voz.

—Se va a comer el mundo.

## EL CAPITÁN MARCUS WESTER

Marcus se frotó la barbilla con la palma callosa de la mano.

—¿Yardem?

—¿Señor? —retumbó el tralgu que estaba a su lado.

—¿El día en que me tiras a una zanja y asumes el mando de la compañía?

—¿Sí, señor?

—No será hoy, ¿verdad?

El tralgu cruzó sus fuertes brazos en el pecho y movió rápidamente una oreja, que tintineó.

—No, señor —dijo, al fin—. No será hoy.

—Qué pena.

En otra época, la cárcel pública de Vanai había sido una casa de fieras. En la antigüedad, los dragones habían acechado en la amplia plaza y se habían bañado en la gran fuente que había en su centro. En el perímetro, un foso profundo, y luego grandes jaulas de tres pisos de altura. La fachada de jade de dragón estaba tallada con las figuras de los animales que una vez estuvieron atrapados detrás de los barrotes de hierro: leones, grifos, grandes serpientes de seis cabezas, lobos, osos y enormes aves con pechos de mujer.

Entre ellas, columnas rematadas con las formas de las trece razas de la humanidad: los altos y espigados tralgu, los córneos timzinae, los yemmu de prominentes colmillos, y así sucesivamente. El dartinae incluso tenía pequeños braseros metidos en las cuencas de los ojos para imitar el brillo de su mirada, aunque ya nadie los encendía. El tiempo y la lluvia habían erosionado las figuras, y el agua herrumbrosa que caía de los barrotes oxidados había dejado marcas negras en sus superficies, pero nada había erosionado el jade del dragón, ni nada había podido romperlo. Pero los propios animales ya no estaban, y ahora, en su lugar, solo había personas.

Taciturnos, enojados o aburridos, a los huéspedes de la justicia Vanai se los mostraba en toda su vergüenza para el ridículo y para su contemplación mientras esperaban la sentencia del magistrado designado. Los buenos ciudadanos podrían pasearse por la plaza donde, por unos pocos céntimos de bronce, comprarían despojos en una parada, por lo general envueltos en un hatillo de trapos. Los chiquillos se añadirían al espectáculo lanzándoles mierda, ratas muertas y verduras podridas a los prisioneros. Esposas y esposos llorosos llevarían queso y mantequilla para lanzárselos a los suyos a través del vacío. Aunque el regalo llegara a la mano precisa, no había paz en la cárcel. Mientras observaba desde el murete del borde del foso, Marcus vio a un hombre afortunado, un kurtadam a quien le tintineaban abalorios en su bolsa de fina piel de nutria. Le lanzaban su ración de pan blanco, mientras un grupo de chicos

primera sangre se reía y lo señalaba y le gritaba: «Chatarrero, chatarrero, lameculos» y algunos insultos alusivos a su raza.

En la fila inferior de las celdas se sentaban siete hombres. La mayoría tenía la complexión y las cicatrices propias de los soldados, pero se mantenían separados, las delgadas piernas atrapadas entre los barrotes, balanceando los talones sobre el foso. Los seis soldados habían sido hombres de Marcus. El otro era el curandero de la compañía. Ahora todos pertenecían al príncipe.

—Nos observan —dijo el tralgu.

—Lo sé.

El curandero levantó un brazo a modo de saludo triste. Marcus respondió con una falsa sonrisa y un gesto menos educado. Su antiguo curandero desvió la mirada.

—No, señor. El otro.

Marcus dirigió su atención lejos de las jaulas. Solo tardó un instante en ver al hombre al que se refería Yardem. No muy lejos del amplio espacio donde la calle daba a la plaza, un joven que llevaba la armadura dorada de la guardia del príncipe estaba repantigado a la sombra. Un chispazo en la memoria le hizo recordar a Marcus cómo se llamaba aquel hombre.

—Bueno, Dios nos sonrío —dijo Marcus con amargura.

El guardia, al verse observado, saludó con brusquedad y echó a andar hacia ellos. Tenía el rostro recio y los hombros caídos. El olor a los aceites de cedro de la casa de baños emanó de él como si se hubiera sumergido en ellos. Marcus encogió los hombros como lo haría justo antes de una pelea.

—Capitán Wester —dijo el guardia con un movimiento de cabeza. Y añadió—: Y Yardem Hane. Aún sigues al capitán, ¿verdad?

—Sargento Dossen, ¿no? —dijo Marcus.

—Terciano Dossen ahora. El príncipe mantiene los antiguos títulos. ¿Esos son tus hombres?

—¿Quiénes, aquellos? —preguntó Marcus con fingida inocencia—. He trabajado con muchos hombres, una y otra vez. No me sorprendería si conociera a los hombres de todas las cárceles de las Ciudades Libres.

—Ese grupo de allí. Los encerramos anoche por estar borrachos y causar problemas.

—Los hombres suelen hacer eso.

—¿No sabrás nada al respecto?

—No quiero decir nada que pueda ponerlos de nuevo frente al magistrado —dijo Marcus—. Podría no ser muy comprensivo.

Dossen escupió hacia el foso.

—Puedo respetar el que quieras mantenerlos alejados de los problemas, capitán. Pero no vamos a hacer distinciones. Se avecina una guerra, y el príncipe necesita

hombres. Estos están entrenados. Tienen experiencia. Causarán buena impresión en el ejército. Incluso podrían alcanzar algún rango.

Marcus sintió que le crecía la ira en su interior. Una oleada de calor le recorrió el pecho y el vientre, y tuvo la sensación de que había crecido unos cuantos centímetros. Como de todo lo que le hacía sentir bien, desconfió de aquella sensación.

—Da la impresión de que quieras decirme algo.

Dossen sonrió como una serpiente de río.

—Todavía mantienes tu reputación. Capitán Wester, héroe de Gradis y Wodford. El príncipe lo valoraría mucho. Podrían someterte a un comité justo.

—Príncipes, barones, duques... No son más que meros reyezuelos —dijo Marcus con un poco más de vehemencia de lo que había previsto—. Yo no trabajo para reyes.

—Lo harás para este —dijo Dossen.

Yardem se rascó la barriga y bostezó. Era una señal que le recordaba a Marcus que mantuviera la calma. Marcus agarró la empuñadura de su espada.

—Dossen, viejo amigo —dijo Marcus—, más de la mitad de las defensas de esta ciudad la forman simples peones. He visto a Karol Dannian y sus muchachos. A Merrisan Koke. Tu príncipe los perderá a todos si se corre la voz de que está tratando de impresionar a los soldados profesionales que están sujetos a un contrato.

Asombrado, Dossen se quedó con la boca abierta.

—Vosotros no estáis sujetos a ningún contrato —dijo.

—Yo sí —dijo Marcus—. Somos la guardia de una caravana que se dirige a Carse, en la Costa Norte. Ya nos han pagado.

El guardia miró hacia los hombres encarcelados, al apesadumbrado curandero y al jade manchado de herrumbre. Una paloma aterrizó en el pie tallado de un grifo, sacudió sus plumas gris perla de la cola y se cagó en la rodilla del curandero. Un anciano que había detrás de ellos soltó una gran carcajada.

—Tú ya no tienes hombres —dijo Dossen—. Esos de ahí son los guardias de tu caravana. Y el niño perro y tú no podéis proteger solos una caravana. Ese trabajo requiere ocho espadas y arcos y a un curandero en la compañía.

—No sabía que hubieras leído nuestro contrato —dijo Yardem—. Y no vuelvas a llamarme niño perro.

Dossen apretó los labios y entrecerró los ojos, irritado. Su armadura tintineó cuando se encogió de hombros. Era demasiado poco sonido para todo el metal que mostraba.

—Sí, lo he visto.

—Pero estoy seguro de que no tenía nada que ver con esos hombres en particular que están ahí reunidos —dijo Marcus.

—Será mejor que vengas, capitán. La ciudad de Vanai te necesita.

—La caravana se va en tres días —dijo Marcus—. Y me voy con ella. Sujeto a



contrato.

Dossen no se movió, pero se ruborizó. Marcus sospechó que los miembros de la guardia del príncipe no estaban acostumbrados a que los rechazaran.

—¿Te crees que estás por encima de los hombres como yo? —dijo Dossen—. ¿Te crees que puedes imponer las condiciones y que el mundo las acatará después de escucharlas? Despierta, Wester. Estás muy lejos de los campos de Ellis.

Yardem gruñó como si le hubieran dado una paliza y sacudió su enorme cabeza.

—No deberías haber mencionado Ellis —dijo. Su voz sonó como un rumor sordo.

Dossen miró al tralgu con desprecio, y luego a Marcus, y después, nervioso, apartó la mirada.

—No quise faltarle al respeto a su familia, capitán —dijo.

—Vete de aquí —dijo Marcus—. Ahora.

Dossen dio un paso atrás. Y justo cuando quedó fuera de su alcance, se detuvo.

—Tres días hasta que parta la caravana —dijo.

El resto quedaba claro. «No cumplirás los términos del contrato, y responderás ante el príncipe. Te guste o no». Marcus no respondió. Dossen se dio la vuelta y se dirigió hacia la plaza.

—Tenemos un problema —dijo Yardem.

—Así es.

—Necesitamos hombres, señor.

—Sí, los necesitamos.

—¿Alguna idea de dónde encontrarlos?

—No.

Marcus echó una última y amarga mirada a los hombres que antaño habían sido suyos, negó con la cabeza y salió de la casa de fieras por la parte de atrás.

En otra época, la ciudad de Vanai fue un puerto de mar en la desembocadura del río Taneish, pero los sedimentos acumulados durante siglos habían desplazado lentamente la desembocadura del río, y ahora se encontraba a una mañana entera de camino hacia el sur. Los canales y cursos de agua recorrían la ciudad, y las barcas todavía iban y venían desde allí hasta Newport, una ciudad más joven y pequeña, transportando grano y lana, plata y madera procedentes de los países del norte.

Al igual que todas las Ciudades Libres, Vanai arrastraba una extensa tradición de conflictos. Había sido una república dirigida por un consejo elegido por insaculación, y también el dominio privado de un monarca, la ciudad se había aliado o enfrentado a Birancour, o al Trono Escindido, dependiendo de por qué lado soplara el viento. Había sido un centro religioso, y también el bastión de los rebeldes que luchaban contra la religión. Cada encarnación había dejado su huella en los edificios de madera blanca, en los grasientos canales, en las calles estrechas y en las plazas abiertas.

Aquí, antiguas puertas aún permanecían en reposo, preparadas para proteger las

salas del Consejo Común, a pesar de que los últimos consejeros habían muerto hacía generaciones. Allí, una noble estatua de bronce mostraba el rostro sabio y solemne de un obispo tocado con su mitra y con túnica manchada de verdín y mierda de paloma. Los signos grabados en las maderas y piedras de las calles tenían mil años de historia, por lo que un simple callejón podía tener una docena de nombres. Grandes puertas de hierro delimitaban los pequeños veinte distritos administrativos, lo que le permitía al príncipe rehacer las vías y accesos de la ciudad a su antojo, para protegerse contra motines y conspiraciones.

Pero en mayor medida aún que en su arquitectura, Vanai cargaba su pasado en el carácter de sus gentes.

Los timzinae y los primera sangre eran los más comunes, pero los dartinae de ojos brillantes, sin pelo y figura espigada, los cinnae pálidos como la nieve, y los jasuru y sus escamas de bronce tenían todos sus propios distritos dentro de los amplios muros blancos de la ciudad. El tiempo y la experiencia les habían dado a todos un aire sofisticado y cínico. Caminando por las calles angostas que recorrían los laterales de los ricos canales verdes, Marcus podía ver innumerables detalles al respecto. Comerciantes de primera sangre, leales al príncipe, que les ofrecían a los soldados descuentos sobre los bienes que previamente habían marcado con precios más altos de lo normal. Taberneros, médicos, curtidores, zapateros y profesionales de todo tipo preparaban nuevos carteles en la lengua de Antea Imperial para que sus negocios pudieran continuar después ante la eventualidad de que se perdiera la guerra. Ancianos timzinae, con sus escamas ya grises y cuarteadas, se sentaban con las piernas cruzadas a las mesas del muelle y hablaban de la última revolución, cuando el padre del príncipe le arrebató el poder a la República. Sus nietas caminaban en grupos vistiendo estrechas faldas blancas de un corte casi imperial, mostrando las escamas negras de sus piernas como sombras a través de la tela.

Sí, morirían algunos soldados. Sí, arderían algunos edificios. Violarían a algunas mujeres. Se perderían algunas fortunas. Era un mal que la ciudad sería capaz de resistir, como ya lo había hecho antes, y nadie esperaba que el desastre los tocara a ellos en particular. El alma de la ciudad podría resumirse con un encogimiento de hombros.

A un lado de una plaza cubierta de hierba verde había un destartalado teatro ambulante. Del reducido escenario que había en su plataforma colgaban sucias cintas amarillas. La pequeña multitud que se había congregado frente a él lo miraba con curiosidad y escepticismo a partes iguales. Cuando Marcus pasó por delante, un anciano salió de detrás de las cintas. Una mata de pelo se elevaba en lo alto de su cabeza, y la barba le sobresalía exageradamente del rostro.

—¡Alto! —gritó el hombre con voz profunda y resonante—. ¡Deteneos y acercaos! ¡Escuchad el cuento de Aleren Matahombres y la Espada de los Dragones!

O si sois de corazón débil, seguid adelante. Nuestro cuento es una gran aventura. Amor, guerra, traición y venganza aparecerán sobre las tablas de este pobre escenario, y os advierto...

La voz del actor pareció disminuir hasta el susurro, pero curiosamente casi podía escucharse aún con mayor claridad que los gritos.

—... no todos los que son buenos acaban bien. No todos los que son malos son castigados. Acercaos, amigos míos, y sabed que en nuestro cuento, como en el mundo, cualquier cosa puede ocurrir.

Marcus no se dio cuenta de que había dejado de caminar hasta que Yarden le habló.

—Es bueno.

—Lo es, ¿verdad?

—¿Nos quedamos a verlo un poco, señor?

Marcus no respondió, pero al igual que el resto de la pequeña multitud, se acercó. La obra era un cuento bastante convencional. Una antigua profecía, un mal surgido de las profundidades del infierno, y una reliquia del Imperio del Dragón destinada a llegar a la mano del héroe. La mujer que representaba a la hermosa doncella era quizás un poco vieja, y el hombre que hacía el papel del héroe, un poco blando. Pero el texto estaba bien declamado, y la compañía había ensayado y se lo tomaba con profesionalidad. Marcus identificó entre la gente a una mujer de pelo largo y a un joven delgado como un palo que se reían en los momentos adecuados y mandaban callar a los espectadores provocadores: eran miembros de la compañía teatral infiltrados entre el público. Pero cada vez que el actor que había declamado la introducción subía al escenario, Marcus perdía el hilo de sus pensamientos.

El viejo representaba Orcus, el Rey Demonio, con tal sentido del mal y del *pathos* que era muy fácil olvidarse de que se trataba de un espectáculo. Cuando Aleren Matahombres blandió la espada y la sangre del dragón manó del pecho del rey demonio, Marcus reprimió el gesto de echar mano a su espada.

Al final, y a pesar de las advertencias de los actores, el bien triunfó, el mal fue vencido y los actores saludaron al público. Marcus se sorprendió al oír los aplausos: la multitud se había duplicado sin que él se diera cuenta. Incluso Yarden batía sus anchas palmas y sonreía. Marcus se sacó una moneda de plata de la bolsa que llevaba colgada debajo de la camisa y la arrojó sobre las tablas. Aterrizó con un golpe duro. Un momento después, Orcus, el Rey Demonio, sonreía y hacía una pomposa inclinación bajo una pequeña lluvia de dinero. Les dio las gracias por su generosidad y su bondad con tal calidez que incluso mientras Marcus se alejaba, este último se encontró pensando que la gente es generosa y amable.

El sol otoñal de la tarde llegaba a su fin, y la pálida ciudad brillaba intensa en tonos dorados. El público se dispersó por la hierba y empezó a alejarse del escenario,

en grupos de dos y de tres. Marcus se sentó en un banco de piedra bajo un roble de hojas amarillas, y contempló a los actores mientras recogían y se montaban en su carro. Un grupo de niños primera sangre se acercó a los actores riendo y molestando, y los espantaron con sonrisas. Marcus se inclinó hacia atrás y examinó el cielo oscurecido por las ramas del árbol.

—Tienes un plan —dijo Yardem.

—¿Tú crees?

—Sí, señor.

Habían visto una buena representación. No tenía un gran reparto. Aleren Matahombres y su acompañante. La bella doncella. Orcus, el Rey Demonio. Un solo hombre que había representado todos los papeles, el aldeano o el demonio o el noble, en función del sombrero que llevara puesto. Cinco personas para una obra completa. Y los dos que se habían mezclado entre la multitud...

Siete personas.

—Yo también lo creo —convino Marcus.

Las siete personas que se sentaban alrededor de la amplia mesa bebían cerveza y comían queso y salchichas a cargo de los fondos cada vez más escasos de Marcus. Los dos que se habían mezclado entre la multitud eran Mikel, el muchacho delgado, y Cary, la mujer de la larga cabellera. El joven que había representado al héroe era Sandr, la bella doncella de edad avanzada era Opal, el compañero del héroe era Hornet, y el que representaba el resto de papeles era Smit. Yardem se sentó con ellos, con una sonrisa amplia y amable en el rostro, como una sabuesa rodeada de sus cachorros.

Marcus se había sentado aparte, en una mesa pequeña, con Orcus, el Rey Demonio.

—Y yo —dijo Orcus— me llamo Kitap Rol Keshmet, entre otros nombres. Pero suelen llamarme maese Kit.

—No podré recordar todos esos nombres —se quejó Marcus.

—Nosotros te los recordaremos. No creo que nadie pueda sentirse ofendido —dijo maese Kit—, sobre todo si sigues pagándonos las bebidas.

—Es justo.

—Lo que nos lleva a una pregunta, ¿no es así, capitán? No creo que nos hayas traído a todos aquí debido a tu desbordante amor por los escenarios, ¿verdad?

—No.

Maese Kit alzó las cejas en una pregunta no formulada. Fuera del escenario y sin maquillaje, era un hombre de aspecto interesante. Tenía una cara larga y el cabello gris acero. El tono profundo de su piel olivácea le recordó a Marcus los hombres primera sangre que vivían en los desiertos del mar Interior, y sus ojos eran tan

oscuros que Marcus sospechó que podría haber sangre southling entre sus antepasados no muy lejanos.

—El príncipe me está presionando para que entre a formar parte de su ejército —dijo Marcus.

—Entiendo —asintió maese Kit—. Así es como he perdido a dos miembros de nuestra compañía. Sandr es nuestro suplente. Se pasó toda la noche ensayando su papel.

—Prefiero no trabajar para el príncipe —dijo Marcus—. Y mientras tenga un contrato legítimo, la cuestión no se planteará.

—¿Y cuál es el problema?

—Negarse a las presiones hace que acabes en el campo de batalla o en la tumba. Y no quiero acabar luchando para Vanai.

Maese Kit frunció el ceño. Las grandes cejas se le curvaron como dos orugas.

—Espero que me perdones, capitán. ¿Acabas de decirme que esto es una cuestión de vida o muerte para ti?

—Sí.

—Pareces muy tranquilo al respecto.

—No es la primera vez.

El actor se retrepó en su silla, y entrelazó las manos sobre su vientre plano. Se quedó pensativo y muy serio, pero también mostraba interés. Marcus bebió un trago de su cerveza. Sabía a levadura y melaza.

—No creo que pueda ocultaros a los dos —dijo maese Kit—. A ti, tal vez. Tenemos formas de hacer que un hombre no parezca un hombre, pero a este tralgu del lejano oeste... Si el príncipe sabe cómo encontrarte, me temo que seguir con tu amigo es como colgarte un estandarte. Estaríamos atrapados.

—No quiero unirme a tu compañía —dijo Marcus.

—¿No? —dijo Maese Kit—. Entonces, ¿de qué estamos hablando?

En la otra mesa, la mujer de la larga cabellera se puso de pie en la silla, adoptó una pose noble y comenzó a declamar el Rito de san Andan con un cómico ceceo. Los otros se rieron, excepto Yardem, quien sonrió divertido y movió las orejas. Cary. Se llamaba Cary.

—Quiero que tu compañía se una a mí. Hay una caravana a Carse.

—Somos una compañía ambulante —aclaró maese Kit—. Creo que Carse es un buen lugar, y no hemos estado allí en años. Pero no veo cómo podemos ayudaros con vuestra caravana.

—El príncipe ha apresado a mis hombres. Os necesito para que los reemplacéis. Quiero que actuéis como guardias.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

Maese Kit se rio y negó con la cabeza.

—No somos combatientes —dijo—. Todo lo que hacemos en el escenario tiene que ver con la danza y el espectáculo. Frente a un soldado de verdad, dudo que seamos capaces de servirte como es debido.

—No os necesito para que seáis guardias —aclaró Marcus—. Os necesito para que actuéis como guardias. Los saqueadores no son estúpidos. Calculan sus posibilidades tal y como nadie lo haría. Las caravanas caen porque no tienen suficientes hombres armados, o porque llevan algo que hace que el riesgo merezca la pena. Si vestimos de cuero a tu gente y les damos arcos, nadie sabrá si son capaces de usarlos o no. Y por la carga que transporta la caravana no merece la pena luchar.

—¿No?

—Hierro y estaño. Lana sin teñir. Algunos artículos de cuero —dijo Marcus—. Un hombre del Barrio Antiguo llamado maese Will ha formado una asociación de comerciantes para enviar su mercancía lo más cerca de la batalla que puedan, y esperan que la lucha haya terminado antes de que les llegue el pago. Es poca cosa y de bajo riesgo. Si yo fuera un asaltante, ni me fijaría en esa caravana.

—¿Y la paga es buena?

—Muy buena —dijo Marcus.

Maese Kit se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Bueno, es decente —reconoció Marcus—. Dado el tipo de trabajo. Y podrás mantener a los tuyos fuera de peligro. Incluso en las breves guerras de pequeños señores como el príncipe de Vanai se derrama un poco de sangre, y tú llevas mujeres en la compañía.

—Creo que tanto Cary como Opal saben cuidar de sí mismas —dijo maese Kit.

—No si la ciudad es saqueada. A los príncipes y a los imperios no les importa si algunas actrices han sido violadas y asesinadas. A las personas como vosotros no os prestan atención, y los soldados de a pie lo saben.

El actor miró hacia la mesa más grande. Varias conversaciones parecían desarrollarse al mismo tiempo. Algunos de los actores participaban en todas ellas. La mirada del hombre mayor se suavizó.

—Te creo, capitán.

Se mantuvieron en silencio por un momento. Solo se oían el rugido del fuego en la chimenea, las voces de la conversación, y el frío viento de la tarde haciendo crujir puertas y ventanas. El tiro de la chimenea era pobre y eructaba ocasionales bocanadas de humo en la sala. El actor sacudió la cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió maese Kit.

—Adelante.

—Conozco tu reputación. Y tengo la sensación de que eres un hombre con experiencia. Muy curtido por el mundo. Me parece extraño verte en las Ciudades

Libres protegiendo una pequeña caravana.

—Eso no es una pregunta —observó Marcus.

—¿Por qué lo haces?

Marcus se encogió de hombros.

—Soy demasiado terco para morir —dijo, tratando de que sonara como una broma.

La sonrisa de maese Kit habría sido compasiva de no haber revelado un sufrimiento oculto en su interior.

—Yo también lo creo, capitán. Bueno. ¿Necesitas nueve soldados para proteger la última caravana de la Vanai libre?

—Ocho —corrigió Marcus—. Ocho soldados y un curandero.

Maese Kit miró hacia el oscuro techo manchado de hollín.

—Siempre he querido interpretar a un curandero —dijo.

## SIR GEDER PALLIAKO HEREDERO DEL VIZCONDE DE RIVENHALM

Si Geder Palliako no hubiera estado pensando en su traducción, se habría salvado. El libro en cuestión era un ensayo especulativo sobre los *drowned* escrito por un filósofo de Princip C'Annaldé casi sumido en el descrédito. Geder lo había encontrado en un *scriptorium* en Cannipol, y al prepararse para la larga marcha hacia las Ciudades Libres del sur, había descartado un par de botas de repuesto para hacerle espacio en el equipaje. El dialecto era antiguo y oscuro. La cubierta de cuero no era la original. Sus páginas estaban casi marrones por el paso del tiempo, y la tinta había perdido gran parte de su color original.

Le encantó.

La tela encerada de su tienda era más barata que el cuero de las tapas, pero mantenía el frío a raya. Le dolían las piernas y la espalda de montar a caballo. Sus muslos estaban irritados, y se había desatado el chaleco para darle al vientre un poco de espacio. Su padre tenía la misma constitución. La maldición de la familia, lo llamaba él. Geder disponía de una hora, tal vez, antes de irse a dormir, y la estaba invirtiendo sentado en una silla de tijera, encorvado sobre su libro, reconstruyendo cada palabra y cada frase.

A diferencia de los animales del campo, la humanidad no necesita recurrir a un Dios abstracto y mitológico para descubrir su razón de ser. Con la excepción de la inalterada y salvaje primera sangre, cada raza de la humanidad es el artefacto de algún propósito. A las razas orientales —yemmu, tralgu y jasuru— las formaron claramente como bestias de guerra; a la *raushadam*, como objeto de diversión y entretenimiento; a la *timzinae* —la más joven de las razas—, como raza de colmeneros o para algún uso similar; a la *cinnae*, entre la que me incluyo, con el objetivo consciente de ahondar en la filosofía y alcanzar la sabiduría, y así sucesivamente.

Pero ¿qué hay de los *drowned*? Es la única raza humana que no parece servir a ninguna finalidad. La opinión común coloca a estos, nuestros hermanos menores, como afines a las plantas o a los animales de lento movimiento de los continentes occidentales. Sus ocasionales avistamientos en pozas nos dicen más sobre las corrientes oceánicas que nada que provenga de la voluntad humana. Algunos románticos sugieren que los *drowned* trabajan en algún profundo plan inspirado en los dragones que continúa desarrollándose incluso después de la muerte de sus planificadores. Un pensamiento romántico, y que hay que disculpar.

En su lugar, yo creo que está claro que los *drowned* son el ejemplo más claro de la humanidad en su expresión artística, y como tal [...]

¿O «intención estética» sería una definición más precisa que «expresión artística»? Geder se frotó los ojos. Ya era tarde. Demasiado tarde. Al día siguiente lo esperaba otro largo viaje hacia el sur, seguido de otro día más de lo mismo. Si Dios era amable, llegarían a la frontera en una semana, pasarían un día o dos para elegir el campo de batalla, un día más para aplastar a las fuerzas locales, y después podría tumbarse en una cama de verdad, comer comida de verdad y beber vino que no supiera al odre que lo había contenido. Si es que conseguía llegar tan lejos.



Geder dejó el libro a un lado. Se peinó, complacido por la ausencia de piojos. Se lavó la cara y las manos, y luego se ató los cordones del chaleco para emprender la corta caminata hasta las letrinas en su última parada antes de acostarse. Fuera de la tienda, su escudero, que era otro regalo de su padre, dormía hecho un ovillo a la manera dartiniana. Los ojos le brillaban con un tono rojo opaco debajo de los párpados. Detrás de él, el ejército descansaba en la campiña como si de una ciudad en movimiento se tratase.

Las hogueras donde aún se estaba cocinando salpicaban las colinas cercanas y llenaban el aire con olor a lentejas. Los carros estaban reunidos en el centro del campamento, y las mulas, caballos y esclavos estaban en corrales separados a un lado. Un viento frío soplaba desde el norte. Era una buena señal. No llovería. La luna se había arrastrado hasta la mitad del cielo, una luna creciente que daba la sensación de que había más luz de la real, por lo que Geder se dirigió a la letrina con cuidado.

Volvió a pensar en el ensayo. Deseaba que hubiera alguien, de entre todos aquellos hombres que formaban la marcha, con quien poder hablar del asunto, pero el ensayo especulativo no estaba considerado un arte viril. La poesía, sí. Y cabalgar. Y el tiro con arco. Y la esgrima. E incluso la Historia, si estaba escrita con suficientes giros literarios. Pero el ensayo especulativo era un placer culpable, y mejor sería ocultárselo a sus compañeros. Bastante se reían de él por el tamaño de su vientre. No había necesidad de darles más piedras para las hondas. Pero si no había intención estética... ¿el autor cinnae estaba diciendo de veras que el único criterio por el que se creó a los drowned era porque le conferían un toque de belleza al litoral?

La letrina estaba vacía. Era una simple tienducha de tela con dos tablones rugosos que enmarcaban un hoyo. Cuando Geder se bajó los calzones, seguía dándole vueltas a los detalles del libro. Notó un olor dulce bajo el hedor de la mierda, pero no le dio importancia. Se sentó con el culo desnudo sobre las tablas, suspiró, y justo cuando ya era demasiado tarde se preguntó por qué la letrina olía a serrín.

Los tablones cedieron y Geder gritó mientras se inclinaba hacia atrás y caía hacia abajo en medio del maloliente charco de mierda y orina. Uno de los tablones rebotó contra el lado de la fosa y le golpeó en el brazo. La fuerza del aterrizaje lo dejó sin respiración. Se quedó aturdido en la oscuridad maloliente, la chaqueta y los calzones quedaron empapados con los líquidos de la cloaca y el frío le caló hasta los huesos.

Las risas estallaron por encima de su cabeza. Y entonces se hizo la luz.

Cuatro lámparas de aceite despojadas de sus tapas brillaban arriba contra el cielo. El resplandor escondía en un contraluz el rostro de los hombres que las sostenían, pero las voces eran bastante claras. Los que se decían sus amigos y compañeros de espada: Jorey Kalliam, hijo del barón de Osterling Fells; sir Gospey Allintot; Sodai Carvenallin, secretario del gran mariscal. Y el peor de todos, sir Alan Klin, capitán de la compañía, superior inmediato de Geder, y el hombre a quien le habría informado

de la mala conducta de sus compañeros. Geder se puso de pie, con la cabeza y los hombros asomando por encima de la fosa, mientras los otros hombres aullaban de alegría.

—Muy gracioso —dijo Geder, enseñándoles las manos manchadas de mierda—. Ahora ayudadme a salir de aquí.

Jorey lo agarró del brazo y tiró de él hacia arriba. Tuvo que reconocerle un poco de mérito al hombre por no desentenderse del lío al que lo había empujado. Los calzones de Geder, sucios y empapados, le colgaban a la altura de las rodillas. Se puso de pie a la luz de la linterna mientras se debatía entre la posibilidad de volver a subírselos y la de ir desnudo de cintura para abajo. Con un suspiro, se los quitó.

—Tú eras nuestra última esperanza —dijo Klin dándole a Geder una palmada en el hombro. Por las mejillas le corrían lágrimas de risa—. Todos los demás notaron que algo no iba bien. Bueno, excepto Sodai, pero está demasiado flaco para romper las tablas.

—Bueno, ha sido una broma excelente —reconoció Geder con amargura—. Ahora me voy a buscar algo limpio.

—Ah, no —se quejó Sodai con el acento nasal propio de la parte alta de la ciudad—. Por favor, amigo mío. No echés a perder la noche. ¡Era una broma! Tómatela como tal.

—Es verdad —accedió Klin mientras rodeaba los hombros de Geder con un brazo—. Deja que nos disculpemos. ¡Venid, amigos míos! ¡A las tiendas!

Los cuatro hombres trastabillaron a través de la oscuridad, y arrastraron a Geder con ellos. De los cuatro, solo Jorey parecía realmente simpático, y solo porque se mantenía en silencio.

A lo largo de su infancia, Geder había imaginado cómo sería servir al rey, cabalgar en la campaña, y demostrar su inteligencia y la fuerza de sus brazos. Leyó las historias de los grandes guerreros de la antigüedad, y escuchó a su padre empapado en vino contarle anécdotas sobre la amistad y la camaradería de la espada.

Era realmente decepcionante.

La tienda del capitán era de cuero grueso cosido a robustos marcos de hierro. El interior era más lujoso que la casa de Geder. Del techo colgaban sedas, y un gran fuego rugía en un hoyo. El humo era canalizado hacia arriba y hacia fuera por una chimenea que colgaba de una cadena finamente forjada y entrelazada con cuero ennegrecido. Hacía tanto calor que parecían estar en medio de lo peor del verano, pero al menos había una bañera, y Geder no tembló mientras se quitaba la ropa sucia. Los otros arrojaron los guantes y las chaquetas que se habían contaminado al tocar a Geder, y un niño esclavo timzinae se lo llevó todo.

—Nosotros, amigos míos, somos el orgullo y la esperanza de Antea —dijo Klin mientras llenaba de vino una jarra grande.

—¡Por el rey Simeon! —brindó Gospey.

Klin le dio la jarra a Geder y se quedó con la bota de vino.

—Por el reinado y el imperio —continuó—. ¡Y por la confusión que se avecina en Vanai!

Los otros se levantaron. Geder se puso de pie dentro de la bañera, y el agua le corrió por el cuerpo, porque permanecer sentado habría sido una traición a la patria. Fue el primer brindis de muchos. Sir Alan Klin podía ser muchas cosas, pero nunca escatimaba en vino. Y si Geder tenía la sensación de que su jarra siempre estaba un poco más llena que las de los demás hombres, sin duda era un signo de contrición del capitán, una disculpa por la broma de la noche.

Sodai declamó su último soneto, un homenaje subido de tono a una de las prostitutas itinerantes más populares que acompañaban al ejército. Klin acabó la actuación improvisando un discurso sobre las virtudes viriles de los brazos fuertes, las artes cultivadas y las proezas sexuales. Jorey y Gospey tocaron una canción alegre con el órgano y el tambor, armonizando sus voces maravillosamente. Cuando le llegó el turno a Geder, se levantó de su tibio baño, recitó unos versos explícitos, y bailó la breve giga que los acompañaba. Su padre se lo había enseñado una vez en que ambos estaban bastante bebidos, y Geder no lo había compartido nunca con nadie que no fuera de la familia. Hasta que hubo acabado, cuando los demás hombres estallaron en risas, no se dio cuenta de lo borracho que debía de estar como para haberse atrevido a repetirla allí. Sonrió para ocultar la repentina punzada de ansiedad. ¿Se había convertido en cómplice de su propia humillación? Su sonrisa provocó aún más hilaridad en los otros, hasta que Klin, ya sin aliento, golpeó el suelo y le hizo un gesto a Geder para que se sentara.

Hubo queso y salchichas, más vino, pan ácimo y encurtidos, y más vino. Hablaron de cosas que Geder no pudo comprender en ese instante, y mucho menos recordar después. En algún momento, se encontró hablando con gravedad somnolienta acerca de los drowned como expresión artística, o posiblemente como intención estética.

Se despertó en su propia tienda de tela encerada. Estaba helado y dolorido, y no recordaba cómo había llegado hasta allí. La luz tenue y desagradable del amanecer se filtraba a través de la tela. Una leve brisa silbaba. Geder se cubrió la cabeza con la manta, como si fuera el pañuelo de una verdulera, y se obligó a dormir unos cuantos minutos más. Los últimos restos del sueño jugaron en su mente, pero el estruendo de la llamada a formación acabó con toda esperanza de descanso. Geder hizo un esfuerzo, se puso un uniforme limpio y se recogió el pelo. Tenía las tripas revueltas. Su cabeza se debatía entre el dolor y la enfermedad. Si vomitaba dentro de la tienda, no lo vería nadie, pero su escudero tendría que limpiarlo antes de que volviera para acostarse durante el tiempo de descanso del día. Si salía a vomitar, seguro que lo

vería alguien. Se preguntó cuánto habría bebido la noche anterior. Sonó la segunda llamada a formación. Ya no le quedaba tiempo para nada más. Apretó los dientes y se dirigió una vez más hacia la tienda del capitán.

La compañía formaba en orden. Kalliam, Allintot y dos docenas de caballeros estaban a la cabeza y mostraban sus blasones. Detrás de cada uno, sus sargentos y sus hombres armados se disponían en filas de a cinco. Geder Palliako intentó mantenerse de pie, recto y resuelto, a sabiendas de que los hombres que tenía detrás estaban juzgando sus posibilidades de alcanzar la gloria y de sobrevivir, y su competencia. Del mismo modo, él dependía del capitán, y este de lord Ternigan, el gran mariscal que comandaba todo el ejército.

Sir Alan Klin salió de su tienda de campaña. Bajo la fría luz de la mañana, tenía el aspecto de ser el guerrero perfecto. Sus cabellos claros le caían sobre los hombros. Su uniforme era de un negro tan intenso que parecía hecho de un pedazo de profunda noche. Los anchos hombros y la barbilla prominente eran los de una estatua que celebrara la vida. Dos esclavos del campamento le llevaron una tarima para hablar y la pusieron a sus pies. El capitán dio un paso adelante y se subió.

—Hombres —dijo—. Lord Ternigan envió nuevas órdenes ayer. Vanai ha formado una alianza con Maccia. Nuestros informes aseguran que ahora mismo, mientras hablamos, seiscientos arcos y espadas marchan para reforzar Vanai.

El capitán hizo una pausa para dejar que los hombres asimilaran la información, y Geder frunció el ceño. Maccia era un extraño aliado para Vanai. Las dos ciudades habían estado a la greña por culpa del comercio de especias y tabaco durante más de una generación. Según había leído, si Vanai fue construida en madera se debió sobre todo a que Maccia controlaba las canteras mientras que la madera era transportada por el río desde el norte. Pero tal vez hubiera en juego algo más de lo que él sabía.

—Esos refuerzos no van a salvar Vanai —observó Alan—. Sobre todo porque cuando lleguen, nos encontrarán al mando de la ciudad sometida.

Geder frunció más el ceño, y una sensación enfermiza emergió de sus entrañas. Se tardaba al menos cinco días en llegar de Maccia a Vanai por agua, y por lo menos una semana a partir de la frontera. Y llegar a Vanai antes que los refuerzos significaba...

—Hoy iniciamos una dura marcha —dijo Alan—. Dormiremos en nuestras monturas. Comeremos mientras caminamos. Y dentro de cuatro días, tomaremos Vanai por sorpresa y demostraremos de qué es capaz el poder del Trono Escindido. ¡Por el rey!

—¡Por el rey! —gritó Geder a coro con los demás, levantando la mano en señal de saludo, mientras trataba de no echarse a llorar.

Lo sabían. La noche anterior ya lo sabían. Geder podía sentir cómo le iba a más el dolor de espalda y de muslos. Los latidos le retumbaban en la cabeza. Mientras la

formación se dispersaba, Jorey Kalliam lo miró a los ojos y luego desvió la mirada.

Esa era la broma. Hundirse en el lodo de la letrina había sido solo el principio. Después de eso, insistieron en disculparse ante el bufón. Lo metieron en agua tibia. Lo atiborraron de vino. Le hicieron bailar. El recuerdo de haber recitado las rimas obscenas de su padre y el baile de la giga volvió a su mente como un cuchillo en la espalda. Y todo para que pudieran anunciar la marcha forzada mientras que el idiota y gordo Palliako intentaba no vomitar encima en la formación. Le habían robado la última noche en que podrían dormir, y durante los siguientes días tendrían el placer de verlo sufrir.

La camaradería de la espada. La hermandad de la campaña. Cálidas palabras sin sentido. Aquello no difería mucho de su casa. El fuerte se burla del débil. El guapo le hace daño al feo. En todas partes y siempre, el poderoso elige a quién otorgar sus favores y a quién arrebatárselos. Geder volvió y se metió de nuevo en la tienda. Su escudero ya tenía a los esclavos preparados. Les hizo caso omiso y se dirigió hacia el último momento de intimidad que tendría antes de la batalla que estaba por llegar. Fue a por su libro.

No estaba donde lo había dejado.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el otoño le recorrió la columna vertebral.

Estaba borracho cuando regresó. Podría haberlo movido de sitio. Podría haber tratado de leer antes de dormir. Geder buscó en el catre, y después debajo de este. Rebuscó entre sus uniformes y el baúl de madera y cuero que contenía todas sus pertenencias. El libro no estaba allí. Se dio cuenta de que la respiración se le aceleraba. Le ardía la cara, pero no sabía si se trataba de vergüenza o de ira. Salió de la tienda, y los esclavos se pusieron firmes. El resto del campamento ya estaba siendo cargado en carros y mulas. No había tiempo. Geder le hizo una seña a su escudero dartinae, y los esclavos se pusieron a trabajar poniendo sus cosas en orden. Geder cruzó el campamento otra vez, con pasos lentos por el miedo. Pero tenía que encontrar su libro.

La tienda del capitán ya estaba desmontada. Habían soltado el cuero de los marcos, y lo habían plegado todo. El trozo desnudo de tierra donde Geder había hecho sus cabriolas la noche anterior se le antojó como algo extraído de un cuento infantil, un castillo de hadas que se hubiera desvanecido al amanecer, salvo que sir Alan Klin estaba allí. La capa de montar de cuero le colgaba de los hombros, y la espada del cinturón, de la cadera. El maestro de avituallamiento, un medio yemmu como una montaña de grande, recibía órdenes del capitán. Desde el punto de vista estrictamente técnico, Geder estaba facultado para interrumpirlos, pero no lo hizo. Esperó.

—Palliako —dijo Klin. La calidez de la noche anterior había desaparecido del

tono de su voz.

—Mi señor —respondió Geder—. Lamento molestarte, pero cuando me desperté esta mañana... después de anoche...

—Escúpelo ya, hombre.

—Yo tenía un libro, señor.

Sir Alan Klin bajó sus largas y nobles pestañas.

—Pensé que habíamos terminado con eso.

—¿Lo hicimos, señor? ¿Así que ya conoces el libro? ¿Te lo mostré?

El capitán abrió los ojos, y vio a su alrededor el caos ordenado del campo desmontado. Geder se sintió como un niño molestando a su tutor agobiado.

—Ensayo especulativo —dijo Klin—. Palliako, ¿no era eso? ¿Ensayo especulativo?

—Era solo un ejercicio de traducción —mintió Geder, de pronto avergonzado de su verdadero entusiasmo.

—Fue un gesto valiente por tu parte... el admitir ese vicio —dijo Klin—. Y creo que tomaste la decisión correcta al destruirlo.

A Geder el corazón le golpeó contra las costillas.

—¿Destruirlo, señor?

Alan lo miró con sorpresa. O posiblemente con fingida sorpresa.

—Lo quemamos anoche —le explicó el capitán—. Los dos juntos, justo después de que te llevara de vuelta a tu tienda de campaña. ¿No te acuerdas?

Geder no sabía si el hombre le mentía o no. La noche era un recuerdo borroso. Tenía muchas lagunas. ¿Era posible que, en la confusión de la borrachera, hubiera renunciado a su pequeño pecado de sofisticación y permitido quemarlo? ¿O acaso sir Alan Klin, su capitán y comandante, le estaba mintiendo a la cara? Tampoco parecía plausible, pero una de las dos cosas tenía que ser verdad. Y admitir que no lo sabía equivalía a confesar que no podía aguantar el vino y probar de nuevo que era el hazmerreír de la compañía.

—Lo siento, señor —dijo Geder—. Debo de haber sonado un poco confuso. Ahora lo entiendo.

—Ten cuidado con eso.

—No volverá a pasar.

Geder saludó, y luego, antes de que Klin pudiera responder, se alejó hacia su montura. Era un caballo gris, el mejor que podía permitirse su familia. Se montó en la silla y tiró de las riendas. El caballo se volvió bruscamente, sorprendido por la violencia, y Geder sintió una punzada de remordimiento por pagar su rabia con él. El animal no tenía la culpa. Pensó que le daría a la bestia un trozo de caña de azúcar cuando se detuvieran. Si se detenían. Si esta campaña dos veces maldita no los arrastraba a todos hasta el final de los días y al retorno de los dragones.

Enfilaron la ruta. El ejército se movía al ritmo pausado de los hombres que saben que el camino no tiene fin. Comenzó la dura marcha, batallón tras batallón por el ancho camino de jade de dragón. Geder, sentado en su montura, mantenía la columna vertebral recta y se mostraba orgulloso, de pura voluntad e ira. Ya lo habían humillado antes. Probablemente volvieran a hacerlo. Sin embargo, sir Alan Klin había quemado su libro. A medida que el sol de la mañana fue alzándose, el calor empapó las capas sobre los hombros, y las gloriosas hojas de otoño brillaron a su alrededor. Geder se dio cuenta de que ya había hecho su juramento de venganza. Lo había hecho estando allí de pie, frente a su nuevo y mortal enemigo.

«No volverá a pasar», se había dicho.

Y no pasaría.

## CITHRIN BEL SARCOUR PUPILA DEL BANCO MEDEANO

El único recuerdo vivo que Cithrin tenía de sus padres era el momento en que le dijeron que habían muerto. Antes de eso, tan solo había vaguedades, detalles que no llegaban a conformar siquiera los fantasmas de las propias personas. Su padre era un cálido abrazo bajo la lluvia y el olor a tabaco. Su madre era el sabor de la miel en el pan y la mano fina y elegante de una mujer cinnae acariciándole la pierna a Cithrin. No conocía sus caras ni los sonidos de sus voces, pero recordaba haberlos perdido.

Ella tenía cuatro años. Su cuarto de cuando era bebé estaba pintado de blanco y ciruela. Ella se sentaba junto a la ventana, y bebía té con un tralgu de peluche marrón hecho de arpillera y relleno de judías secas. Enderezó las orejas cuando entró el ama de cría, con la cara más pálida que de costumbre, y le anunció que la peste se había llevado a los señores, y que Cithrin debía prepararse para salir. A partir de entonces viviría en otro lugar.

No lo entendió. En aquel momento, para ella la muerte era algo negociable, como si usas o dejas de usar determinada cinta para el pelo, o la cantidad de avena dulce que desayunarás. Cithrin no había llorado mucho ni parecía haberle molestado el cambio de planes.

Solo más tarde, en sus nuevas y oscuras habitaciones situadas encima del edificio del banco, se dio cuenta de que no importaba cuán fuerte gritara o cuan violentos fueran sus llantos. Sus padres no volverían a estar con ella porque, al estar muertos, ya no les importaba nada.

—Te preocupas demasiado —dijo Besel.

Él se recostó y recolocó el cuerpo. Parecía sentirse cómodo en los desgastados escalones de madera. Estaba cómodo en cualquier lugar. Sus veintiún veranos lo hacían cuatro años mayor que Cithrin, y tenía el pelo oscuro y rizado y una cara ancha que parecía pensada para sonreír. Sus hombros eran tan anchos como los de un obrero, pero sus manos eran suaves. Su túnica, como el resto de sus ropas, estaba teñida del rojo y marrón del banco. A él le quedaban mejor que a ella, mejor que a nadie. Cithrin sabía que él tenía media docena de amantes y, en secreto, sentía celos de todas y cada una de ellas.

Estaban sentados en un banco de madera en la plaza de los Arcos, mirando el bullicio y el desorden de las paradas del mercado semanal, cientos de apretados puestos montados con telas brillantes y delgadas estructuras de palos que crecían contra las paredes de los edificios de la plaza como las ramas nuevas de un árbol viejo. El gran canal de Vanai lamía el muelle a su derecha, y el agua verde albergaba



numerosos botes y barcazas. El mercado zumbaba con las voces de los pescaderos y carniceros, granjeros y herboristas, que vendían sus productos de finales del verano.

La mayoría eran primera sangre y timzinae de escamas negras, pero aquí y allá Cithrin pudo ver los cuerpos pálidos y delgados de algunos cinnae de pura sangre, la cabeza ancha y las orejas móviles como las de los perros de algún tralgu, o el anadear pesado y torpe de un yemmu. Al haber crecido en Vanai, Cithrin había visto al menos un ejemplo de casi todas las razas de la humanidad. Una vez, incluso había visto a un drowned en un canal, mirándola fijamente con sus tristes ojos negros.

—No entiendo que el banco esté del lado de Antea Imperial —se quejó ella.

—No estamos de su lado —le aclaró Besel.

—Pero no estamos del lado del príncipe. Esto es una guerra.

Besel se rio. Tenía una risa bonita. Cithrin sintió una punzada de ira, y lo perdonó en cuanto él le tocó la mano.

—Solo es una pantomima —dijo—. Un grupo de hombres se reunirá en un campo a las afueras de la ciudad, los palos y las espadas volarán lo suficiente como para satisfacer el honor de todos, y luego les abriremos las puertas al ejército de Antea y les dejaremos que hagan sus cosas durante unos pocos años.

—Pero el príncipe...

—Tendrá que exiliarse. O lo encarcelarán, pero es probable que se exilie. Estas cosas pasan todo el tiempo. Una baronesa de Gilea se casa con un príncipe de Asterilhold, y el rey Simeon decide que Antea necesita un contrapeso en las Ciudades Libres. Así que encuentra una razón para declarar la guerra a Vanai.

Cithrin frunció el ceño. Besel parecía muy divertido y despreocupado. A su parecer, su propio miedo la hacía parecer ingenua. Tonta. Se hurgó en los talones.

—He leído sobre las guerras. Lo que dice el tutor de historia no suena como lo cuentas tú.

—Tal vez las guerras reales sean diferentes —dijo Besel encogiéndose de hombros—. Si alguna vez Antea marcha sobre Birancour o sobre el Keshet, cambiaré todas mis apuestas. Pero ¿esto? Esto no llega ni a una tormenta de primavera, pajarito.

Una voz de mujer gritó el nombre de Besel. La hija de un comerciante que llevaba un corpiño marrón oscuro y unas faldas largas de lino crudo. Besel, que estaba sentado al lado de Cithrin, se levantó.

—El trabajo es lo primero —dijo con un brillo en los ojos—. Deberías volver a casa antes de que la vieja Cam empiece a ponerse nerviosa. Pero, en serio, confía en el magíster Imaniel. Está al corriente de todo esto desde hace mucho más tiempo que cualquiera de nosotros, y sabe de qué se trata.

Cithrin asintió y contempló a Besel mientras llegaba en un par de zancadas hasta la chica de cabellos oscuros. Se inclinó ante ella, que le devolvió la reverencia, pero a

Cithrin le pareció todo falso. La formalidad usada como juego preliminar. Probablemente, Besel no pensaba que Cithrin supiera lo que eran los juegos preliminares. Lo observó con amargura mientras cogía del brazo a la chica y la acompañaba por las pálidas calles y los puentes de la ciudad. Cithrin se tiró de las mangas, no por primera vez, deseando que el Banco Medeano hubiera adoptado los colores que mejor le quedaban a ella. Algo verde, por ejemplo.

Si sus padres hubieran sido primera sangre o cinnae, a ella la podría haber adoptado alguna familia. En cambio, la reina había reclamado los títulos de su padre en Birancour y se los había otorgado a otra persona. El clan de su madre en Princip C'Annaldé había declinado cortésmente acoger a una niña mestiza.

Si no fuera por el banco, ella habría vuelto a las calles y los callejones de Vanai. Pero su padre había colocado una parte de su oro con el magíster Imanuel y, como heredera, Cithrin se convirtió en la pupila del banco hasta que tuviera edad suficiente para presionar su pulgar ensangrentado en sus propios contratos. Solo le faltaban dos veranos. Vería su décimo noveno solsticio, convertida en una hacendada, y se trasladaría, supuso, a las pequeñas viviendas cerca de la Gran Plaza, donde la sucursal de Vanai del Banco Medeano hacía sus negocios.

Suponiendo, claro, que el ejército invasor dejara la ciudad en pie.

Mientras paseaba por el mercado no vio ningún signo de miedo en los rostros que la rodeaban. Así que tal vez Besel tuviera razón. Dios sabía que el hombre parecía seguro de sí mismo. Pero es que siempre lo parecía.

Se preguntó si Besel la vería de una manera diferente cuando ella dejara de pertenecerle al banco. Se detuvo en un puesto donde una mujer primera sangre vendía perfumes, aceites y pañuelos de colores para el pelo. Un espejo colgado en un poste de madera invitaba a los clientes a contemplarse. Cithrin se miró durante un instante y levantó la barbilla como hacían las mujeres de las familias reales.

—Oh, pobrecita —se compadeció la mujer—. Has estado enferma, ¿no es así? ¿Necesitas algo para los labios?

Cithrin negó con la cabeza, y retrocedió un paso. La mujer la agarró por la manga.

—No te escurras. Yo no tengo miedo. La mitad de mis clientes están aquí porque han estado enfermos. Puedo quitarte ese tono pálido, querida.

—No lo necesito —dijo Cithrin, recobrando la voz.

—¿No? —preguntó la mujer, y se la llevó a un taburete ubicado en el interior del puesto. El aroma a rosas y a pigmentos húmedos espesó el aire hasta hacerlo casi irrespirable.

—No estoy enferma —dijo—. Es por mi madre. Era cinnae. Es... normal.

La mujer la miró con expresión compasiva. Era cierto. Cithrin no tenía ni la belleza cristalina del pueblo de su madre, ni los sólidos, cálidos y sencillos encantos

de una niña primera sangre. Ella estaba en el medio. Los demás niños la habían llamado «mula blanca». No era ni una cosa ni la otra.

—Bueno, pues más a mi favor, entonces —la consoló la mujer—. Tú siéntate, y ya veremos qué puedo hacer.

Al final, Cithrin compró un frasco de carmín labial solo para poder salir del tenderete.

—Podrías prestarle un poco —dijo Cam—. Es el príncipe. No es que no vayas a saber dónde encontrarlo.

El magíster Imaniel levantó la vista de su plato, con una expresión tan amable como inextricable. La luz de las velas se reflejaba en sus ojos. Cuando lo deseaba, aquel hombre pequeño con la piel curtida y el pelo fino podía parecer manso como un gatito, o convertirse en un demonio frío y rabioso. Después de tantos años, Cithrin seguía sin saber cuál de las dos era la máscara. Su voz era ahora tan suave como sus ojos.

—Cithrin, ¿por qué no debería prestarle dinero al príncipe? —preguntó.

—Porque si no quiere devolvértelo, no lo hará.

El magíster Imaniel miró a Cam y se encogió de hombros.

—¿Ves? La chica sí que sabe. La política del banco consiste en no concederle préstamos a nadie que considere indigno de él devolver el dinero. Además, ¿quién puede asegurar que tenemos dinero de sobra?

Cam sacudió la cabeza con fingida desesperación y se inclinó sobre la mesa para coger el salero. El magíster Imaniel le dio otro mordisco a su cordero.

—¿Por qué no les pide prestado el dinero a sus barones y duques? —se preguntó el magíster Imaniel.

—Porque ellos no pueden —respondió Cithrin.

—¿Por qué no?

—Oh, deja en paz a la pobre chica de una vez —dijo Cam—. ¿No podemos tener una sola conversación sin que se convierta en una prueba?

—Nosotros tenemos todo el oro —observó Cithrin—. Todo está aquí.

—Oh, querida —dijo el magíster Imaniel, y sus ojos se abrieron en una expresión de falsa sorpresa—. ¿En serio?

—Llevan meses viniendo aquí. Les hemos vendido letras de cambio a la mitad de las familias más prominentes de la ciudad. Al principio lo hacíamos por oro, pero también por joyas o seda o tabaco... Todo vale para el comercio.

—¿Estás segura de eso?

Cithrin entornó los ojos.

—Todo el mundo está seguro de eso. Todos hablan de eso ahí fuera. Los nobles huyen como ratas de una barcaza en llamas. Mientras tanto, como están ciegos, los

bancos les están robando. Cuando intenten vender las letras de cambio en Carse o en Kiaria o en Stollbourne, no conseguirán recuperar ni la mitad de lo que pagaron por ellas.

—Es un mercado de compradores, eso es cierto —dijo el magíster Imaniel con aire de satisfacción—. Pero las existencias se convierten en un problema.

Después de la cena, Cithrin subió a su habitación y abrió las ventanas para ver alzarse la niebla desde los canales. El aire hedía al aceite de linaza con el que en otoño pintaban los edificios y puentes de madera para protegerlos de la nieve y la lluvia por llegar. Y debajo de ese olor, la exuberante floración verde de las algas de los canales. A veces se imaginaba que todas aquellas grandes casas eran naves que flotaban en un ancho río, los canales conectados en un único y vasto flujo demasiado profundo para poder verlo.

Al final de la calle, una de las puertas de hierro se había soltado de sus soportes, y crujía yendo y viniendo empujada por la brisa. Cithrin se estremeció, cerró los postigos, se metió en la cama y apagó la vela.

Unos gritos la despertaron. Y entonces oyó los golpes de las porras con punta de plomo contra la puerta.

Abrió las persianas y se asomó. La niebla se había despejado lo suficiente para que la calle quedara bien a la vista. Una docena de hombres vestidos con las libreas del príncipe, cinco de ellos con apestosas antorchas, se amontonaban contra la puerta. Sus voces eran recias, exaltadas y crueles. Uno levantó la mirada, y sus ojos oscuros se fijaron en los de ella. El soldado sonrió de repente. Cithrin, que no sabía lo que estaba pasando, le devolvió una sonrisa incómoda y se retiró. Sintió que se le helaba la sangre incluso antes de oír la voz cautelosa del magíster Imaniel, y después la risa del capitán de la guardia, y después el grito desconsolado de Cam.

Cithrin corrió por la escalera. La luz mortecina de un farol distante le daba a la oscuridad del pasillo un tono pálido y amenazador. En su fuero interno sabía que correr hacia la puerta principal era una locura, y que debía escapar en la otra dirección. Pero había oído el grito de Cam, y tenía que enterarse de lo que pasaba.

Los guardias ya se habían ido cuando llegó a la puerta. El magíster Imaniel estaba inmóvil. En la mano le brillaba una lámpara de latón y cristal. Su rostro estaba inexpresivo. Cam estaba arrodillada junto a él, con el puño apretado contra la boca. Y Besel —el perfecto Besel, el hermoso Besel— yacía en el suelo de piedra, manchado de sangre, aunque había dejado de sangrar. Cithrin sintió que le nacía un grito en el fondo de la garganta, pero no pudo emitir sonido alguno.

—Consígueme un curandero —le ordenó el magíster Imaniel.

—Ya es demasiado tarde —respondió Cam, ahogada en lágrimas.

—No te lo he preguntado. Consígueme un curandero. Cithrin, ven aquí. Ayúdame a meterlo dentro.

No había esperanza, pero hicieron lo que les había pedido. Cam se puso una capa de lana y salió corriendo hacia la oscuridad. Cithrin cogió a Besel por los talones, y el magíster Imaniel por los hombros. Arrastraron entre los dos el cuerpo hasta el comedor y lo pusieron sobre la mesa de madera. Besel tenía cortes en la cara y en las manos. Una herida profunda se abría desde la muñeca hasta el codo, el antebrazo casi dividido por el paso del filo. No respiraba. No sangraba. Aparentaba tanta paz como un hombre dormido.

El curandero llegó, frotó unos polvos en los ojos vacíos de Besel, presionó las palmas de las manos contra su pecho en silencio, e invocó a los espíritus y a los ángeles. Besel dio un suspiro largo y desigual, pero la magia no bastaba. El magíster Imaniel le pagó al curandero tres monedas de plata grandes y lo mandó de vuelta. Cam encendió un fuego en la chimenea. Las llamas le daban al cuerpo de Besel una extraña ilusión de movimiento.

El magíster Imaniel se situó en la cabecera de la mesa, mirando al suelo. Cithrin se adelantó, tomó la fría mano de Besel y la apretó con fuerza. Quería llorar, pero no podía. El miedo, el dolor y la incredulidad hacían terribles estragos en su interior, pero no hallaban salida. Cuando levantó los ojos, el magíster Imaniel estaba mirándola.

Cam habló.

—Deberíamos habérselo dado. Dejar que el príncipe tomara lo que quería. Solo es dinero.

—Tráeme sus ropas —dijo el magíster Imaniel—. Una camisa limpia. Y esa chaqueta roja que no le gustaba.

Sus ojos se movían ahora a toda velocidad, como si leyeran palabras escritas en el aire. Cam y Cithrin intercambiaron sendas miradas. Lo primero que pensó Cithrin fue que él quería lavar y vestir el cuerpo para su entierro.

—¿Cam? —preguntó el magíster Imaniel—. ¿Me has oído? ¡Ya!

La anciana salió de inmediato y desapareció a toda prisa en las profundidades de la casa. El magíster Imaniel se volvió hacia Cithrin. Tenía las mejillas sonrosadas, pero no podía decir si de rabia o vergüenza, o de algo más profundo.

—¿Sabes conducir un carro? —le preguntó—. ¿Guiar un tiro pequeño? Dos mulas.

—Ni idea —contestó Cithrin—. Tal vez.

—Desvístete —dijo.

Ella parpadeó.

—Desvístete —repitió—. Tu camión. Quítatelo. Tengo que ver con qué trabajamos.

Perpleja, Cithrin se llevó las manos a los tirantes de los hombros, deshizo los nudos y dejó caer la tela al suelo. Hacía frío y se le puso la piel de gallina. El

magíster Imaniel emitió unos breves sonidos guturales mientras caminaba alrededor de ella, evaluándola de una manera que ella no podía comprender. El cadáver de Besel no se movió. Sentía el eco de la vergüenza. Se dio cuenta de que nunca había estado desnuda delante de un hombre.

Al volver, Cam puso los ojos como platos, y se quedó boquiabierta. Y entonces, menos de un segundo después, su expresión se volvió dura como una piedra.

—No —dijo Cam.

—Dame la camisa —le ordenó el magíster Imaniel.

Cam no hizo nada. Él se acercó, y le quitó la camisa y la chaqueta de Besel. Ella no lo detuvo. Sin hablar, le puso la camisa a Cithrin. La tela era suave y cálida, y olía a la piel del muerto. El dobladillo caía lo suficientemente como para darle un cierto grado de modestia. El magíster Imaniel retrocedió un paso, y un placer sombrío apareció en las comisuras de sus ojos. Le lanzó la chaqueta a Cithrin y, con un gesto, le indicó que se la pusiera.

—Vamos a tener que coserla un poco —dijo—, pero es posible.

—No debes hacer esto, señor —le rogó Cam—. Solo es una niña.

El magíster Imaniel no le hizo caso, se acercó de nuevo a Cithrin y le apartó el pelo de la cara. Tamborileó los dedos como si tratara de recordar algo, se inclinó ante la rejilla del fuego y frotó el pulgar por el hollín. Manchó las mejillas y la barbilla de Cithrin. A ella le olió a humo viejo.

—Vamos a necesitar algo mejor, pero... —Estaba claro que hablaba para sí mismo—. Ahora... ¿cómo te llamas?

—Cithrin —respondió.

El magíster Imaniel soltó una carcajada.

—¿Qué clase de nombre es ese para un buen muchacho fornido como tú? Tag. Te llamas Tag. Dilo.

—Me llamo Tag —dijo ella.

El magíster Imaniel torció el gesto con desprecio.

—Hablas como una chica, Tag.

—Me llamo Tag —insistió Cithrin, bajando la voz dos tonos y hablando entre dientes.

—Un poco mejor —la animó—. Solo un poco. Pero vamos a trabajar en ello.

—No puedes hacer eso —dijo Cam.

El magíster Imaniel sonrió. Pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—El príncipe se ha pasado de la raya. La política del banco es clara al respecto. No vamos a darle nada.

—Tú eres la política del banco —observó Cam.

—Y soy claro. Tag, hijo mío, dentro de una semana exacta irás a ver a maese Will, en el Casco Viejo. Él te contratará para conducir un carro en una caravana con

destino a la Costa Norte. Va a transportar todos sus paños de lana cruda para no perderlos en la guerra.

Cithrin ni asintió ni negó. El mundo le daba vueltas en la cabeza, y tenía la sensación de estar viviendo un terrible sueño.

—Cuando llegues a Carse —continuó el magíster Imaniel—, llevarás el carro a la sociedad de cartera. Te daré un mapa y las direcciones. Y una carta que lo explicará todo.

—Serán varias semanas de camino —gritó Cam—. O meses, si hay nieve en el paso de la montaña.

El magíster Imaniel se volvió. La ira le iluminaba los ojos. Su voz era grave y fría.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Dejarla aquí? No estará más segura en su cama que fingiendo ser un carretero en una caravana. Y no me resigno a aceptar la pérdida sin más.

—No lo entiendo —se quejó Cithrin. Su propia voz le sonó distante, como si estuviera gritando por encima del oleaje.

—Los hombres del príncipe nos están vigilando —dijo el magíster Imaniel—. Doy por sentado que han vigilado a todos los empleados del banco. Y, supongo, que han visto a Cithrin, la medio cinnae, en el patio del banco. Por otro lado, Tag el carretero...

—¿El carretero? —inquirió Cithrin, haciéndose eco de él más que de sus propios pensamientos.

—El falso carretero —confirmó Cam con la voz llena de desesperación—. Era Besel quien estaba preparado para todo esto. Para pasar de contrabando todo el dinero que podamos.

—¿El oro? —preguntó Cithrin—. ¿Quieres llevarte el oro a Carse?

—Algo, sí —dijo el magíster Imaniel—. Pero el oro es pesado. Es mejor enviar gemas y joyas. Valen más. Especias. Tabaco en hoja. Seda. Cosas suficientemente ligeras como para empaquetarlas bien apretadas y que no rompan los ejes del carro. Y los libros de contabilidad. Los de verdad. En cuanto a las monedas y los lingotes de... Bueno, ya se me ocurrirá algo.

Sonrió como la máscara teatral de una sonrisa. El cadáver de Besel parecía mover los hombros bajo la luz parpadeante. Una corriente de aire frío le rozó los muslos desnudos, y el nudo en su estómago se endureció hasta que le entraron arcadas.

—Tú puedes, querida —la animó el magíster Imaniel—. Pongo toda mi fe en ti.

—Gracias —respondió ella, tragando saliva.

Cithrin caminaba por las calles de Vanai. Todavía sentía un nudo apretándole la boca del estómago. El fino bigote era de esos tan finos que un muchacho imberbe

podría cultivar con orgullo. Sus ropas eran una mezcla de las camisas y las chaquetas de Besel recosidas en la privacidad del banco, un vestuario barato y remendado que podría haberse agenciado en cualquier parte. No se habían atrevido a comprar nada nuevo. Le habían teñido el pelo con té, de un marrón casi incoloro, y se lo habían peinado hacia delante para ocultarle el rostro. Caminaba con un paso más largo, que el magíster Imaniel le había enseñado, y un incómodo nudo de tela presionaba con fuerza contra su sexo para recordarle que se suponía que tenía verga.

Se sentía peor que estúpida. Se sentía como un cómico con máscara de payaso y zapatos de broma. Se sentía como el fraude más flagrante de la ciudad, o del mundo. Y cada vez que cerraba los ojos, se le aparecía el cadáver de Besel. Cada vez que oía a alguien gritar, le daba un vuelco el corazón. Esperaba encontrarse con un cuchillo, una flecha o una porra con punta de plomo. Pero la gente de las calles de Vanai ni siquiera se fijó en ella.

Por todas partes se ultimaban preparativos para la guerra. Los comerciantes clavaban las contraventanas de sus tiendas. Los carros bloqueaban las calles porque las familias que habían decidido no huir al campo habían cambiado de opinión y se marchaban, y los que se habían ido y cambiado de opinión regresaban. Pregoneros al servicio del príncipe anunciaban los improbables mil hombres en marcha que se habían convertido en sus nuevos aliados, y unos viejos timzinae que vagaban por el muelle se echaban a reír y decían que todo iría mejor si se aliaban a Antea que si seguían casados con Maccia. Las patrullas de reclutamiento dispersaban a la gente frente a ellos como lobos a gallinas. Y en el Casco Viejo, las altas y oscuras puertas ricamente talladas de la tienda de maese Will estaban abiertas de par en par. La calle estaba llena de carros y carretas, mulas y caballos y bueyes. Estaban formando la caravana en la plaza, y Cithrin se abrió paso a través de la multitud hacia el gran cuerpo encapuchado de cuero de maese Will.

—Señor —dijo con una voz suave y baja.

Maese Will no le contestó, así que ella, un tanto insegura, le tiró de la manga.

—¿Qué? —le preguntó el anciano.

—Me llamo Tag, señor. Vengo para conducir el carro del magíster Imaniel.

Maese Will miró a todos lados para ver si alguien los estaba escuchando. Cithrin maldijo en silencio. Nada del carro del magíster Imaniel. El banco no tiene carro. Ella conducía un carro de lana. Era su primer error. Maese Will carraspeó y la cogió por el hombro.

—Llegas tarde, chico. Pensaba que ya no vendrías.

—Lo siento, señor.

—Por el amor de Dios, hijo, trata de no hablar.

La condujo con rapidez a través de la gente hacia un carro largo y estrecho. La trasera de tablones de madera parecía bastante robusta, y una lona en la parte superior



resguardaba de la lluvia los rollos de tela gris que se apretaban en el interior. Los ejes eran de hierro grueso, y las ruedas, rematadas en acero. A Cithrin le pareció evidente que era algo más que un simple carro para transportar telas. Las dos mulas del arnés no parecían suficientes para tirar de una cosa tan grande. Estaba claro que cualquiera podría ver el engaño. Los guardias del príncipe no tardarían mucho en darse cuenta. El nudo de su estómago se endureció aún más, y agradeció a los ángeles que no hubiera sido capaz de comer por la mañana. No sabía si su falso bigote sobreviviría a los vómitos. Maese Will se inclinó hacia ella, y sus labios le rozaron la oreja.

—Las dos primeras capas son de lana —le explicó—. Todo lo que está por debajo va en cajas selladas y toneles. Si la lona se empapa demasiado y las cajas se mojan, no pasará nada.

—Los libros... —murmuró ella.

—Los libros están envueltos en piel de cordero y cera suficiente como para que pudieras conducir a ese par de mulas bastardas por el mar. No te preocupes por ellos. No pienses en lo que llevas. Y ni se te ocurra, bajo ninguna circunstancia, levantar las telas y echar un vistazo.

Ella sintió una punzada de orgullo. ¿Pensaba que era tonta?

—Puedes dormir encima —continuó maese Will—. No le extrañará a nadie. Haz lo que diga el jefe de la caravana, mantén las mulas sanas y alimentadas, y mantente igual tú también, tanto como sea posible.

—Sí, señor —respondió.

—Entonces, bien —zanjó el anciano. Dio un paso atrás y le soltó una palmada en el hombro. Su sonrisa era forzada y carente de alegría—. Buena suerte.

Se dio la vuelta y caminó hacia su tienda. Cithrin sintió el poderoso deseo de llamarlo de nuevo. Eso no podría ser todo lo que había. Seguro que ella tendría que hacer algo más, y deberían instruirla o asesorarla un poco. Tragó saliva, se inclinó hacia delante y luego caminó alrededor del carro. Las mulas la miraron a los ojos sin curiosidad. Ellas, al menos, no se asustaron.

—Soy Tag —les dijo a un centímetro de sus orejas largas y suaves. Y luego, susurrando, añadió—: Pero en realidad soy Cithrin. —Y pensó que le habría gustado saber cómo se llamaban las mulas.

No se fijó en los soldados hasta que hubo subido al asiento del carretero. Hombres y mujeres vestidos con cuero duro, con espadas en las cinturas. Era un grupo de hombres y mujeres primera sangre, además de una tralgu con aros en las orejas y un enorme arco colgado del hombro. El capitán de la tropa, que era tralgu, y un hombre mayor con ropas largas y el pelo atado en una cola hablaban animadamente con el jefe timzinae de la caravana. Cithrin agarró las riendas con fuerza, los nudillos doloridos y sin sangre. El capitán le lanzó un gesto de asentimiento, y el jefe de la caravana se encogió de hombros. Ella vio con horror que

los tres soldados se acercaban a ella. Tenía que echar a correr. Iban a matarla.

—Muchacho —dijo el capitán, con su pálida mirada clavada en la de ella. Era un hombre de rostro menos duro que el del magíster Imaniel y más que el de Besel. Llevaba el pelo rubio corto, al estilo de Antea, pero demasiado largo para las Ciudades Libres. Se inclinó hacia delante y levantó las cejas.

—¿Chico? ¿Me escuchas?

Cithrin asintió.

—No eres débil, ¿verdad? No firmé para proteger a niños propensos a largarse a la primera de cambio.

—No —graznó Cithrin. Tosió, cuidando de mantener su voz ronca y grave—. No, señor.

—Entonces, bien —dijo el capitán—. ¿Tú llevarás este carro?

Cithrin asintió.

—Bueno. Bueno. Eres el último en llegar, así que te has perdido las instrucciones de antes. Seré breve. Soy el capitán Wester. Este es Yardem. Es mi segundo. Y ese es nuestro curandero, maese Kit. Somos la guardia de esta caravana, y te estaría agradecido si haces todo lo que diga, cada vez que lo diga. Os llevaremos a salvo hasta Carse.

Cithrin asintió de nuevo. El capitán la miró de reojo, no muy convencido de que ella no fuera una lerda.

—Bien —dijo, y se dio la vuelta—. Pongámonos en marcha.

—Como digas, señor —acató el tralgu con una voz profunda y grave.

El capitán y el tralgu caminaron hacia el jefe de la caravana, y sus voces se perdieron rápidamente en la cacofonía de la calle. El curandero, maese Kit, se acercó. Era mayor, y tenía el pelo más gris que negro. Su rostro era largo y de tez olivácea. Su sonrisa era sorprendentemente cálida.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó.

—Nervioso —le aclaró Cithrin.

—¿Es la primera vez que conduces un carro?

Cithrin asintió. Se sentía como una idiota, asintiendo todo el tiempo como si estuviera muda. La sonrisa del curandero era tranquilizadora y suave como la de un sacerdote.

—Sospecho que lo peor será que te aburrirás. Después del tercer día viendo solo el carro que va delante de ti, el paisaje puede ser un poco tedioso.

Cithrin sonrió, y casi lo hizo de verdad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el curandero.

—Tag —respondió ella.

Parpadeó, y ella pensó que su sonrisa perdía un grado de calor. Ella inclinó la cabeza hacia delante, tapándose los ojos con el cabello, y su corazón empezó a latir

con más fuerza. Maese Kit se limitó a estornudar y negó con la cabeza. Cuando habló, su voz seguía tan reconfortante como la suave franela.

—Bienvenido a la caravana, Tag.

Ella asintió de nuevo, y el curandero se alejó. Los latidos de su corazón se desaceleraron hasta alcanzar un ritmo más humano. Tragó saliva, cerró los ojos, y deseó que se le relajaran los hombros y el cuello. No la habían descubierto. No pasaría nada.

Los carros arrancaron una hora después. A la cabeza iba uno enorme y cargado de alimentos hasta los topes, y lo seguían un carromato que traqueteaba tanto que Cithrin podía oírlo desde su lugar, tres carros más atrás. El timzinae jefe de la caravana iba y venía montado en una enorme yegua blanca, azuzando a carros y a carreteros y a bestias con una larga vara flexible, mitad palo y mitad látigo. Cuando se acercó a ella, sacudió las riendas y les gritó a las mulas como le había enseñado Besel cuando estaba vivo y sonriente y coqueteando en el patio del banco. Las mulas se adelantaron de golpe, y el jefe de la caravana le gritó enojado:

—¡No tan rápido, chico! ¡Esto no es una maldita carrera!

—Lo siento —dijo Cithrin, y tiró de las riendas. Una de las mulas resopló y se volvió a mirarla. Por el modo en que el animal inclinó las orejas, a ella le costó no imaginársela molesta. Las hizo avanzar de nuevo, pero ahora con mayor lentitud. El jefe de la caravana negó con la cabeza y galopó de vuelta al siguiente carro. Cithrin sujetaba las riendas con fuerza, pero no tenía nada que hacer. Las mulas conocían su trabajo, y seguían al carro que iba delante. Poco a poco, con muchos gritos e imprecaciones, la caravana tomó forma. Recorrieron las amplias calles del Casco Viejo, pasando por los canales que conducían al río, al otro lado del puente del Mecenas, el palacio del príncipe, muy por encima de ellos.

Vanai, la ciudad donde había pasado la infancia, se deslizó a su paso. Allí estaba el camino que conducía al mercado donde Cam le había comprado un pan de miel para su cumpleaños. Al otro lado, el puesto donde un aprendiz de zapatero le había robado un beso, antes de que el magíster Imanuel lo azotara por molestarla. Se había olvidado de aquello, hasta ese momento. Pasaron por delante de la casa del tutor donde había ido a estudiar números y letras cuando era apenas una niña. En algún lugar de la ciudad estarían las tumbas de su madre y su padre. Ella no había visitado nunca a los cadáveres. Se arrepintió.

«Cuando regrese», se dijo. Cuando la guerra hubiera terminado y el mundo fuera seguro, volvería para ver dónde habían enterrado a su familia.

Muy pronto, la muralla de la ciudad se alzó ante ellos. Era un muro de pálidas piedras tan alto como dos hombres. La puerta estaba abierta, pero el tráfico del camino se ralentizó. Las mulas esperaron con paciencia mientras el jefe de la caravana cabalgaba al frente para despejar el camino, azotando a todo lo que se

interponía en la ruta de la caravana. En lo alto de la torre de la puerta se apostaba un hombre vestido con la brillante armadura de la guardia del príncipe. Por un momento escalofriante, Cithrin pensó que era la misma cara sonriente que la había mirado la noche en que murió Besel. Cuando el guardia gritó, lo hizo dirigiéndose al capitán.

—¡Eres un cobarde, Wester!

Cithrin contuvo el aliento, sorprendida por aquel insulto.

—Así te mueras de viruela, Dossen —le respondió el capitán sonriendo. Tal vez fueran amigos. La idea hizo que el capitán Wester le gustara menos. Eso sí, la guardia del príncipe no los había detenido. Los carros rodaron, traquetearon y crujieron mientras salían de la ciudad y enfilaron el camino donde acababan los adoquines de piedra y empezaba la amplia senda verde de jade de dragón. Carse estaba lejos, hacia el norte y luego al oeste, pero el camino se desplazaba hacia el sur, haciéndose eco de la distante curva del mar. Pasaron algunos otros carros en dirección a la ciudad. Las colinas estaban cubiertas de árboles en la plenitud de sus hojas otoñales, rojas y amarillas y doradas. Cuando el sol las alcanzaba en el ángulo adecuado, parecían de fuego. Cithrin iba encorvada en su banco, con las piernas cada vez más frías y con las manos rígidas.

A medida que fueron pasando los kilómetros, su ansiedad se fue desvaneciendo, arrullada por el ruido y el balanceo del carro. Casi podía olvidarse de quién era, qué escondía detrás de su aspecto, y qué llevaba con ella en el carro. Aquello era casi como estar sola... si el mundo se redujera a ella, las mulas y el carro con los árboles a los lados. El sol ya estaba bajo, y la luz le cegaba los ojos. La llamada del jefe de la caravana ralentizó la marcha de los carros, y después se detuvieron. El timzinae recorrió la fila de carros como lo había hecho en Vanai, señalándole a cada uno de ellos un lugar en un descampado próximo. El campamento. El lugar de Cithrin, por suerte, estaba cerca del camino, donde no tenía que hacer nada extravagante. Les dio la vuelta a las mulas, llevó el carro adonde le habían dicho y luego se bajó al suelo. Desenganchó las mulas y las llevó a un arroyo, donde metieron los hocicos en el agua durante tanto tiempo que empezó a ponerse nerviosa. ¿Una mula puede beber tanto como para ponerse enferma? ¿Debería tratar de detenerlas? Pero los otros animales estaban haciendo lo mismo. Observó qué hacían los demás carreteros y trató de no destacar.

Pronto cayó la noche y refrescó. Mientras alimentaba a sus animales, los cepillaba y los metía en el corral que habían montado, se levantó la niebla. El jefe de la caravana había encendido un fuego, y el olor a humo y a pescado asado a la parrilla devolvió el estómago de Cithrin a la vida, de manera repentina y dolorosa. Se unió a los carreteros que reían y charlaban en la fila mientras esperaban su ración de comida. Mantuvo la cabeza gacha, y la mirada baja. Cuando alguien trataba de darle conversación, ella soltaba un gruñido o hablaba con monosílabos. La cocinera de la

caravana era una mujer timzinae tan gorda que sus escamas de quitina parecían a punto de reventar y salir disparadas de sus enormes brazos con forma de salchichas. Cuando Cithrin llegó al frente de la fila, la cocinera le entregó un plato de latón con una tira delgada de pálida carne de trucha, una cucharada colmada de judías, y un mendrugo de pan negro. Cithrin asintió con la cabeza en un gesto de gratitud y fue a sentarse junto al fuego. La humedad le había empapado las polainas y la chaqueta, y trató de alejarse del calor. Prefería quedarse allí que volver al carro.

Mientras comían, el jefe de la caravana sacó un taburete que estaba bajo su propio carro y se sentó en él a leer en voz alta un libro sagrado a la luz del fuego. Cithrin lo escuchó sin prestarle demasiada atención. El magíster Imaniel también era religioso, o tal vez consideraba prudente parecerlo. Cithrin había escuchado las Escrituras muchas veces, y no había encontrado particularmente conmovedores ni a Dios ni a los ángeles.

En silencio, dejó el plato y el cuchillo y se fue hasta un arroyo cercano. Le inquietaba cómo arreglárselas para visitar la letrina sin despertar sospechas, y la desdeñosa respuesta del magíster Imaniel —«Todos los hombres se acucillan para cagar»— no la había tranquilizado. Sola en la niebla y la oscuridad, con las polainas alrededor de sus tobillos y la tela del relleno en la mano, sintió alivio, no solo en su cuerpo. Una vez. Se había salido con la suya una vez. Ojalá pudiera mantener la farsa durante todas las semanas que faltaban hasta llegar a Carse.

Cuando volvía junto al fuego, vio a un hombre sentado al lado de su plato. Era uno de los guardias, pero por suerte no se trataba ni del capitán ni de su segundo tralgu. Cithrin se sentó de nuevo, y el guardia asintió con la cabeza y le sonrió. Ella esperó que a él no le apeteciera hablar.

—Todo un orador, nuestro jefe de caravana —dijo el guardia—. Proyecta bien la voz. Sería un buen actor, si no fuera porque no hay muchos papeles buenos para hombres timzinae. *Orman en el Ciclo de Fuego*, pero eso es todo.

Cithrin asintió y tomó una cucharada de judías frías.

—Sandr —continuó el guardia—. Ese soy yo. Me llamo Sandr.

—Tag —respondió Cithrin, con la esperanza de que entre los balbuceos y la boca llena sonara bastante como un hombre.

—Encantado de conocerte, Tag —dijo Sandr. Se movió en la oscuridad, trasteando con un odre de cuero—. ¿Bebes?

Cithrin encogió los hombros en lo que imaginó que podría ser un rudo gesto propio de un carretero, y Sandr sonrió y le quitó el tapón al odre y se lo pasó. Cithrin había bebido vino en el templo y durante las comidas del festival, pero siempre mezclado con agua, y nunca en demasía. El líquido que tenía ahora en la boca era algo diferente. Le picó en las partes más blandas de la boca y en la lengua, se deslizó por su garganta y la hizo sentirse como si se hubiera limpiado por dentro. El calor que

se extendió a través de su pecho era como un rubor.

—Está bueno, ¿eh? —dijo Sandr—. Se lo tomé prestado a maese Kit. No le importará.

Cithrin tomó otro trago y luego se lo devolvió de mala gana. Sandr bebió mientras el jefe de la caravana llegaba al final de su lectura, y media docena de voces se alzaron en el rito de clausura. La luna parecía suave, y la niebla esparcía su luz. Para su sorpresa, el vino fue desatando el nudo de su estómago. No mucho, pero lo suficiente como para notarlo. La calidez del pecho le bajó entonces al vientre. Se preguntó cuánta cantidad debería beber para llevar esa misma sensación a los hombros y a la garganta.

No obstante, no podía cometer ninguna estupidez. No podía emborracharse. Alguien gritó el nombre de Sandr, y el guardia se puso de pie. No recogió el odre.

—Por aquí, señor —dijo Sandr, caminando hacia el fuego. Wester y su tralgu estaban reuniendo a sus soldados. Cithrin miró hacia la oscuridad gris y cambiante, hacia el fuego, y luego, con cuidado, cogió el odre y se lo metió debajo de la chaqueta.

Regresó a su carro, evitando a los demás por el camino. Alguien estaba cantando, y otra voz se alzó para unirse a la canción. Un pájaro nocturno gorjeó. Cithrin se subió al carro. Se estaba formando rocío en el paño de lana, pequeñas gotas que atrapaban el brillo de la luna. Se preguntó si debía bajar la lona, pero estaba oscuro, y no le apetecía hacerlo. En cambio, se acurrucó contra uno de los ejes, sacó el odre de la chaqueta y le dio solo un trago más. Uno pequeño, y solo uno.

Debía tener cuidado.

## **DAWSON KALLIAM**

### **BARÓN DE OSTERLING FELLS**

El arco que describía la espada cambió en el último segundo, y la hoja de acero giró hacia su cara. Si Dawson hubiera sido tan joven como su rival, el movimiento habría tenido el efecto deseado: habría retrocedido, girado, y se habría quedado desprotegido. Pero llevaba demasiados años batiéndose en duelos. Movi6 su propia espada apenas un cent6metro a un lado mientras lanzaba su inesperada estocada, marca de la casa.

Feldin Maas, bar6n de Ebbinbaugh y contrincante de Dawson tanto en esa peque1a batalla como en todo lo dem6s, escupi6 en el suelo y sonri6.

El desaire inicial hab6a sido una nimiedad. A pesar de que los dominios de Dawson eran mucho m6s extensos, Maas hab6a exigido que lo sirvieran antes que a 6l en la Corte del rey, tres d6as antes de su nombramiento como guardi6n de los Territorios del Sur. Dawson le hab6a explicado el error a Maas, y este hab6a maldecido su nombramiento. Hab6an llegado a los pu1os, all6 mismo, en el gran sal6n. Y all6 se iba a resolver aquella cuesti6n, a la manera de anta1o.

El patio de duelos era una parcela de tierra seca y polvorienta lo suficientemente larga como para celebrar las justas, y lo suficientemente ancha como para una reuni6n como aquella: con hojas cortas y ropajes de cuero. A un lado, las grandes murallas y la Torre del Rey se levantaban por encima de los 6rboles. Al otro estaba la Divisi6n, de trescientos metros de profundidad, que part6a en dos la ciudad y que le daba su nombre al Trono Escindido.

Se separaron y reanudaron los lentos pasos en c6rculo uno frente al otro. El brazo derecho de Dawson estaba tan cansado que lo notaba como si estuviese ardiendo, pero la punta de su espada no vacil6. Era un momento de orgullo, porque despu6s de treinta a1os en el campo del honor 6l segu6a siendo tan fuerte como el primer d6a en que desenfund6 su espada. La hoja del m6s joven se ve6a un poco menos estable, su forma aparentemente m6s descuidada. Pero era solo una apariencia f6sica, y Dawson sab6a que no deb6a cre6rsela.

Sus botas con suelas de cuero se deslizaban silenciosas por la tierra. Feldin lanz6 una estocada. Dawson la detuvo, contraatac6, y entonces Feldin dio un paso atr6s. Su sonrisa era menos segura, pero Dawson no se permiti6 el lujo de sentir placer. No hasta que el hijo de puta se llevara una cicatriz Kalliam. Feldin Maas lanz6 otra estocada, baja y poderosa, con un giro r6pido de la mu1eca y una inclinaci6n de espada. Dawson lo detuvo, hizo una finta a la derecha y atac6 a la izquierda. La ejecuci6n fue perfecta, pero su enemigo ya hab6a puesto tierra de por medio. Ambos ten6an demasiada experiencia en el campo de batalla como para que los viejos trucos surtieran efecto.

Pero había ocurrido algo inesperado.

En una batalla de verdad, la estocada de Dawson habría sido un suicidio. Se quedó desprotegido, desequilibrado, y demasiado expuesto. Era un acto ingenuo, por lo que tuvo el efecto que había previsto. Feldin, desorientado por aquella acción carente de sentido, saltó hacia atrás, pero con demasiada lentitud. La resistencia del metal cortando la piel le llegó a Dawson a través de su espada.

—¡Sangre! —gritó Dawson.

En el tiempo que dura un latido de su corazón, Dawson vio que la expresión de Feldin pasaba de la sorpresa a la ira, de la rabia al cálculo, y del cálculo a una máscara fría e irónica. Durante un instante permaneció preparado para un contraataque. Pero no sería necesario. Dawson se dio cuenta de que el joven Feldin había tenido una tentación. Dejando el honor, los testigos y el imperio de la ley a un lado, Feldin Maas había tenido la tentación de matarlo. Y eso hizo que la victoria le proporcionara aún más placer. Feldin dio un paso atrás, se tocó el costado y levantó los dedos ensangrentados. Los médicos corrieron hacia él para evaluar los daños. Dawson envainó su espada.

—Bien hecho, viejo —dijo Feldin, quien ya se quitaba la camisa—. ¿Usando mi honor como tu armadura? Eso ha sido casi un cumplido. Has apostado tu vida a favor de mis amables instintos.

—O más bien a favor de tu miedo a romper el protocolo.

Un destello peligroso brilló en los ojos del hombre más joven.

—Eh, que el duelo ha terminado —apremió el médico jefe—. No vayamos a empezar otro.

Dawson sacó su daga en señal de saludo. Feldin empujó a un lado a los criados y sacó la suya. La sangre que corría por su costado era una buena señal. Aquella nueva cicatriz sería profunda. Dawson envainó la daga, se dio media vuelta y salió del terreno de duelo tras él, con su honor intacto.

Cannipol. La ciudad dividida y sede del Trono Escindido.

Desde la época de los dragones, había sido la sede del poder de todos los primera sangre del mundo. En los años oscuros después de que la Gran Guerra trajera a los antiguos señores del mundo bajo y liberara a las razas de esclavos, Cannipol había sido un faro que irradiaba su luz. Negra y dorada y orgullosa sobre su colina, la ciudad se convirtió en el hogar de los antes dispersos primera sangre. Las fortunas podían sufrir altibajos a través de los siglos, pero la ciudad era eterna, partida en dos por la División y mantenida por la fuerza de la Torre del Rey, ahora era la casa del rey Simeon y de Aster, el niño príncipe.

El puente de Plata cruzaba la División desde la Torre del Rey hasta el barrio noble que se elevaba en el lado occidental. La piedra antigua estaba cimentada sobre una



lámina de jade de dragón no más gruesa que el ancho de una mano, pero tan indestructible como el sol o el mar. Dawson montaba en un pequeño carruaje tirado por caballos, pues no era partidario de la tradición más reciente de que fuera tirado por esclavos. Las ruedas traqueteaban, y las bandadas de palomas azotaban el aire a su paso. Se asomó por la ventanilla y miró hacia abajo, hacia los estratos de ruinas y muros de piedra que formaban la División. Había oído decir que los edificios antiguos que estaban en lo más hondo del enorme basurero que formaba la base del gran cañón eran mayores que los propios dragones. Camnipol, la ciudad eterna. Su ciudad, emplazada en el corazón de su nación y de su raza. Aparte de su familia, no había nada que Dawson amara tanto.

Después cruzaron la gran arcada de aire, y el carretero giró hacia la estrecha entrada de su plaza privada. Su mansión se alzaba, sus líneas limpias, elegantes y libres de las filigranas chillonas con las que advenedizos como Feldin Maas, Alan Klin, y Curtin Issandrian sobrecargaban sus casas. Su hogar era clásico y exquisito, y desde allí hasta la Torre del Rey y la amplia llanura que había más allá era la casa más noble de la ciudad, a excepción, quizá, de la de lord Bannien, en la hacienda de Estinford.

Sus sirvientes le salieron al paso y, como siempre hacía, Dawson los despidió con un gesto rechazando lo que le ofrecían. El deber de sus criados era ofrecer, y su dignidad de señor le exigía rechazar. El ritual era lo importante. El esclavo de la puerta, un viejo tralgu con la piel de color marrón claro y el pelo de las puntas de las orejas plateado, estaba junto a la entrada. Una cadena de plata lo ataba a una columna de mármol negro.

—Bienvenido a casa, mi señor —lo recibió el esclavo—. Ha llegado una carta de tu hijo.

—¿De cuál de ellos?

—De Jorey, mi señor.

Dawson sintió una punzada en el estómago. Si hubiera sido de uno de sus otros hijos, podría haber leído las noticias con verdadero placer, pero una carta de Jorey contendría información de la detestada campaña de Vanai. Temeroso, le tendió la mano. El esclavo de la puerta volvió la cabeza hacia la entrada.

—La tiene tu señora esposa, mi señor.

El interior de la mansión estaba lleno de oscuros tapices y cristal resplandeciente. Los perros descendieron la escalera ladrando con entusiasmo: cinco perros lobo de pelaje gris reluciente y dientes de marfil. Dawson les rascó las orejas, les dio palmaditas en los costados, y se dirigió de nuevo hacia el solárium donde estaba su esposa.

La habitación de cristal era una concesión a Clara, a quien le servía de consuelo. Estropeaba las líneas de la fachada norte del edificio, pero ella podía cultivar allí los

pensamientos y las violetas que crecían en las colinas de Osterling. El recuerdo de su hogar la mantenía más alegre durante las estaciones en Camnipol, y se quedaba en la casa disfrutando del aroma de las violetas durante todo el invierno. Ahora estaba sentada en un sillón, con un pequeño escritorio a un lado, y parterres de flores negras dispuestas en torno a ella como soldados en un desfile. Al oír el sonido de sus pasos levantó la vista y sonrió.

Clara siempre había sido perfecta. Aunque los años le habían arrebatado algo del color rosa de sus mejillas, y en su pelo negro destellaba ahora un poco de gris, él aún podía ver a la niña que había sido. Había bellezas más raras y poetas más agudos cuando el padre de Dawson eligió el vientre que llevaría a sus nietos. Pero en lugar de eso había elegido a Clara, y Dawson no necesitó ni un minuto para apreciar cuán sabia había sido esa decisión. Ella era buena de corazón. Podría haber sido un dechado de todas las demás virtudes, pero si no hubiera sido buena, las otras virtudes habrían quedado reducidas a cenizas. Dawson se inclinó y la besó en los labios, como siempre hacía. Era un ritual, como rechazar la ayuda del lacayo y rascarles las orejas a los perros de caza. Le daba sentido a la vida.

—¿Tenemos noticias de Jorey? —preguntó él.

—Sí —respondió ella—. Está bien. Está haciendo un tiempo maravilloso allí en el campo. Su capitán es Alan, el muchacho de Adria Klin. Dice que se las está arreglando muy bien.

Dawson se apoyó en una mesa llena de flores, con los brazos cruzados. La punzada en el estómago empeoró. Klin. Otro de la camarilla de Feldin Maas. Había sido como un hueso en la garganta cuando el rey puso a Jorey bajo el mando de aquel hombre, y pensar en él todavía le dejaba cierto mal sabor de boca.

—Ah, y dice que está sirviendo con Geder Palliako, pero eso no puede estar bien, ¿verdad? ¿No es ese extraño hombre regordete con demasiado entusiasmo por los mapas y las rimas cómicas?

—Ese es Lerer Palliako. Geder es su hijo.

—Oh —dijo Clara con un gesto de la mano—. Eso tiene mucho más sentido, porque no me lo imaginaba a su edad y saliendo al campo de nuevo. Creo que todo eso nos queda ya muy lejos. Y Jorey también ha escrito un largo pasaje sobre caballos y ciruelas, y está claro que es una especie de mensaje en clave para que yo no entienda ni una sola palabra.

Después de hurgar un momento por entre los pliegues de su vestido, ella le tendió el papel doblado.

—¿Ganaste tu pequeña pelea? —preguntó ella.

—Sí, la gané.

—¿Y ese hombre horrible te pidió disculpas?

—Mejor que eso, querida. Perdió.

Las líneas escritas por Jorey salpicaban las páginas como arañazos de aves, regulares pero al mismo tiempo descuidadas. Dawson leyó por encima los primeros párrafos. Unos pocos comentarios banales sobre los rigores de la marcha, un comentario sobre Alan Klin que Clara no había visto o había preferido no entender, una breve referencia sobre el muchacho Palliako, y algo acerca de una broma de la compañía. Y a continuación, la parte importante. Leyó con cuidado, analizando cada frase, escogiendo las palabras que él y su hijo habían elegido para representar a ciertos actores clave y ciertas estrategias. «Este año no han caído ciruelas del árbol». Eso significaba que sir Klin no trabajaba para lord Ternigan. Klin acataba sus órdenes, sí, pero porque lord Ternigan era mariscal del ejército, y no porque tuvieran una alianza política en particular. Esa información era muy útil. «Mi caballo corre verdadero peligro de desarrollar una cojera en su flanco derecho». Caballo, no montura. Cojera, no debilidad. Flanco derecho, no izquierdo. Así que la compañía de Klin tenía pensado permanecer en la Vanai conquistada, y con Klin como probable gobernador interino. Ternigan no tenía la intención de hacerse con el dominio de la ciudad. Lo más importante, entonces, era el puesto del ejército.

Solo el puesto, por descontado. Y no desobedecería. No lo haría nunca. Todo estaría en su lugar, si las fuerzas de Ternigan podían retener la victoria durante una estación. La diferencia entre el aplazamiento y el fracaso impedía que sus negociaciones privadas con Maccia cruzaran la línea de la traición. Mientras la conquista de Vanai se retrasara hasta la primavera, habría tiempo para hacer que la Corte llamara a Klin y poner entonces a Jorey en su lugar. Gobernar Vanai sería el primer paso de Jorey dentro de la Corte y, para ello, tanto Maas como Klin y los de su clase debían perder un poco de prestigio.

Dawson había usado los canales más oscuros que pudo. Les había enviado cartas a los agentes en Stollbourne, quienes a su vez enviaron cartas a los comerciantes de Birancour que tenían negocios en Maccia. La discreción era fundamental, pero lo había conseguido. Seiscientos soldados reforzarían la ciudad libre de Vanai hasta el momento en que dejara de ser conveniente. En primavera se retirarían, y Vanai caería, y en verano Dawson bebería con el rey Simeon y se reirían y celebrarían juntos su ingenio.

—¿Mi señor?

El criado se detuvo en la puerta del solárium, inclinado a modo de disculpa. Dawson dobló la carta y se la devolvió a Clara.

—¿Qué ocurre?

—Un visitante, señor. El barón Maas y su esposa.

Dawson resopló, pero Clara se levantó y se ajustó las mangas del vestido.

Su rostro adquirió una calma casi serena, y ella le sonrió.

—Ahora amor —dijo—. Ya has tenido tus juegos de guerra. No olvidemos

nuestros juegos de paz.

Las objeciones le acudieron a la mente como perros tras un zorro: un duelo no era un juego, sino una cuestión de honor. Maas se había ganado una cicatriz y la humillación que la acompañaba. Recibirlo ahora sería puro protocolo huero. Clara alzó una ceja e inclinó la cabeza a un lado. Y toda la bravuconería de Dawson desapareció como por ensalmo. Se echó a reír.

—Mi amor —dijo—, me civilizas.

—Oh, no es eso, estoy segura —replicó—. Ahora vamos, y di algo agradable.

La sala de recepción nadaba en tapices. Imágenes de tela de la Última Batalla con las alas del dragón bordadas en hilo de plata y Drakis Stormcrow en oro. La luz del sol se filtraba por una amplia ventana de cristales de colores en un mosaico que representaba el grifo y el hacha heráldicos de Kalliam. Los muebles eran los más elegantes de la casa. Feldin Maas estaba junto a la puerta, erguido como si estuviera en posición de firmes. Su esposa, de pelo oscuro y rostro anguloso, se acercó a ellos cuando Dawson y Clara entraron en la habitación.

—¡Prima! —dijo ella mientras cogía a Clara de las manos—. Qué contenta estoy de verte.

—Sí, Phelia —le respondió Clara—. Siento que solo nos veamos cuando nuestros muchachos se han estado portando mal.

—Osterling —dijo Feldin Maas, usando el título más formal de Dawson.

—Ebbinbaugh —respondió Dawson, haciendo una reverencia. Feldin se la devolvió con una rigidez que decía que el dolor de su nueva herida todavía le molestaba.

—Oh, vosotros dos, basta ya —interrumpió Clara en el mismo instante en que la esposa de Feldin apremiaba:

—Sentaos y bebed un poco de vino.

Los hombres hicieron lo que se les ordenó. Después de unos minutos de charla, Feldin se inclinó hacia delante y habló en voz baja.

—No había oído que participaras en el torneo del rey.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Pensé que podrías estar dejando algo de gloria para tus hijos, viejo amigo —observó Feldin—. Eso es todo. Sin ánimo de ofender. No creo que pueda permitirme el lujo de ofenderte. Al menos, no hasta que haya sanado.

—Tal vez, la próxima vez deberíamos batirnos en un duelo de palabras. Coplas insultantes a diez pasos.

—Oh, prefiero las espadas. Tus coplas provocan un daño permanente. La gente todavía llama a sir Lauren «el Caballero Conejo» por tu culpa.

—¿Por mi culpa? No, yo nunca podría haber dicho nada de aquello sin sus dientes y su ridículo casco. Sé que se suponía que eran las alas, pero por Dios que me

parecieron orejas —comentó Dawson, y bebió un trago—. Hoy has hecho un gran papel, muchacho. No tan bien como yo, pero sin duda eres un buen luchador.

Clara lo recompensó con una sonrisa. Ella tenía razón: no era tan difícil ser magnánimo. Había incluso una especie de calidez en aquellas palabras. El vino era bueno, y los sirvientes les llevaron un plato de queso curado y salchichas en vinagre. Clara y su prima cotilleaban y se tocaban los brazos y las manos en cuanto podían, como niñas coqueteando. Era más o menos lo mismo, supuso. Primero el insulto, luego la violencia, y después la tranquilidad y el bálsamo. Eran las mujeres como la suya las que evitaban que el reino estallara en una guerra de egos y virilidad.

—Somos hombres afortunados por tener esposas como estas —observó Dawson.

Feldin Maas se sorprendió, sobre todo si se tenía en cuenta que las dos mujeres solo estaban enfrascadas en una conversación acerca de la dificultad de mantener los hogares en Camnipol y las propiedades familiares de ambas, y mostró media sonrisa.

—Supongo que lo somos —convino—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Camnipol?

—Hasta el torneo, y luego otra semana o dos. Quiero llegar a casa antes de que empiecen las nieves.

—Sí. No hay nada como la Torre del Rey en invierno para respirar el viento de la llanura. Es como si su majestad tuviera a un fabricante de velas de barco en vez de a un arquitecto. He oído que el rey piensa recorrer los territorios solo para poder pasar algún tiempo en una casa caliente.

—Es por la caza —comentó Dawson—. Desde que éramos niños, él amaba la caza de invierno en los territorios.

—Sin embargo, se está haciendo viejo para eso, ¿no te parece?

—No. No lo creo.

—Me inclino ante tu opinión —dijo Feldin, pero su sonrisa era tensa y petulante. Dawson sintió una punzada de ira, que Clara debió de ver. Daba la impresión de que parte del hecho de mantener la paz estribaba en saber cómo dejar de jugar a ser amigos antes de que la ilusión se desvaneciera. Ella llamó a los siervos, les ordenó que recogieran un ramo de violetas para su prima, y caminaron juntos hasta el vestíbulo para despedirse. Justo antes de irse, Feldin Maas dio media vuelta con el ceño fruncido y levantó un dedo.

—Se me olvidaba, mi señor. ¿Tienes familia en las Ciudades Libres?

—No —respondió Dawson—. Bueno, creo que Clara tiene algunas relaciones lejanas en Gilea.

—Por medio de matrimonio —dijo Clara—. No de sangre.

—Nada en Maccia, entonces. Eso es bueno —replicó Feldin Maas.

La espalda de Dawson se puso rígida.

—¿Maccia? No —dijo—. ¿Por qué? ¿Qué pasa en Maccia?

—Al parecer, el gran dux ha decidido unirse con Vanai en contra su majestad. «Unidad contra la agresión», o algo así.

Feldin estaba al tanto de los refuerzos de Vanai. Y si él lo sabía, también lo sabría sir Alan Klin. ¿Sabrían también gracias a qué influencia había conseguido Vanai sus nuevos aliados, o tan solo lo sospechaban? Por lo menos lo sospecharían, o de otro modo Feldin no habría sacado el tema. Dawson sonrió como se esperaba que lo hiciera si no tuviese ningún interés en el asunto.

—¿La unidad de las Ciudades Libres? Eso parece poco probable. Tal vez se trate de un rumor.

—Sí —convino Feldin Maas—. Sí, seguro que tienes razón.

Aquel cara de perro, picha corta, hipócrita hijo bastardo de una comadreja y una puta le hizo una reverencia y acompañó a su esposa mientras salían de la casa. Como no se movía de allí, Clara lo cogió de la mano.

—¿Estás bien, querido? Te ves dolorido.

—Discúlpame —dijo.

Una vez en su biblioteca, cerró la puerta, encendió las velas y sacó los mapas de los estantes. Había marcado el camino de Maccia a Vanai y las rutas que estaba seguro de que tomaría el ejército. Midió e hizo sus cálculos, y la furia creció en su interior como las olas azotadas por una tormenta. Lo habían traicionado. En algún lugar a lo largo de la cadena de comunicaciones, alguien había dicho algo, y sus planes se habían venido abajo. Se había extralimitado y quedado al descubierto. Lo habían superado. Feldin Maas. Uno de los perros gimió y rascó la puerta hasta que Dawson la abrió y lo dejó entrar.

El perro se subió a la cama, se hizo un ovillo y miró a Dawson con ojos ansiosos. El barón de Osterling Fells se dejó caer al lado del animal y le rascó las orejas. El perro gimió de nuevo y presionó la cabeza contra la palma de la mano de Dawson. Un momento más tarde, Clara apareció en la puerta, con los brazos cruzados y la mirada tan ansiosa como la del perro.

—¿Algo ha salido mal?

—Un poco, sí.

—¿Jorey está en peligro? —preguntó.

—No lo sé.

—Y nosotros ¿estamos en peligro?

Dawson no respondió, porque la respuesta era que sí, y no se atrevía a mentirle.

## GEDER

La niebla cubría el valle, blanco bajo el sol de la mañana. Los estandartes de las casas de Antea colgaban lacios y húmedos, sus colores grisáceos y oscurecidos por el aire denso. El mundo olía a barro pisoteado y a frío. El caballo de Geder sacudió la cabeza y relinchó. Él adelantó una mano enguantada y le palmeó el lomo.

Su armadura había pertenecido a su padre, el acero brillante ahora un poco atenuado porque el herrero lo había trabajado para que se ajustara más a la constitución de Geder. Los tirantes de la coraza le apretaban. La marcha había sido un largo y cansado anticipo del infierno. El ritmo nunca había sido muy rápido, pero era implacable. A partir de aquella primera mañana con resaca, había montado y caminado durante cuatro días sin descansar más de dos horas seguidas. Por la noche se echaba una manta sobre los hombros y se quedaba helado de frío. Durante el día, sudaba. El ejército recorría el ancho camino verde de jade de dragón, y el ruido de los pies contra el jade se convirtió primero en una molestia, después en una suerte de música y luego en una especie de extraño silencio, antes de volver a ser de nuevo una molestia. Al disponer de solo un caballo, tenía que pasarse buena parte del día caminando. Un hombre más rico habría llevado dos, tres o hasta cuatro monturas en la campaña. Y una coraza que no hubiera visto décadas de uso antes de que él naciera. Y una tienda de campaña que resguardara del frío. Y, tal vez, un poco de respeto y dignidad.

Los otros nobles titulados viajaban en grupos o con su séquito personal. Geder compartía su lugar a la cabeza de la columna, pero, y esto era significativo, en la parte trasera de la agrupación. Los carros de suministro venían justo detrás de él, después la infantería y tras ellos las seguidoras del campamento, aunque en esos días no había muchas.

Eso significaba que era una marcha demasiado peligrosa como para que los soldados les dedicaran mucho tiempo a las putas.

El día anterior dieron la orden de parada una hora antes del atardecer. El escudero de Geder había levantado su pequeña tienda y le había llevado un plato de lentejas y queso, y después, como buen *dartinae*, se había acurrucado justo a la puerta de la tienda de Geder. Geder se había arrastrado hasta su catre, apretado los ojos con fuerza y rezado para dormir. Soñó con la dura marcha. Con las primeras luces del alba, la nueva orden había llegado: prepararse.

Había imaginado ese día durante toda su infancia. Su primera batalla de verdad. Había imaginado el viento de la carga, el calor y la velocidad del caballo debajo de él, los feroces gritos de batalla en las gargantas. No había pensado en las horas que se pasaría dormitando en su montura, la fría armadura contra su pecho mientras la infantería formaba una y otra vez. En la fila noble de los caballeros, con las espadas y

las lanzas en ristre, había un grupo de hombres que reían, intercambiaban chistes verdes y se quejaban de que la comida estaba en mal estado o escaseaba. Daban más la impresión de estar celebrando una buena partida de caza que de tener presentes los nobles preparativos de una guerra. A Geder le dolía el espinazo desde el culo hasta la base del cráneo. Tenía los muslos escocidos, la mandíbula le daba punzadas cada vez que la abría, y en la boca tenía un sabor a queso agrio. Su escudero estaba a su lado, con la lanza de batalla de Geder en las manos, el escudo colgado a la espalda y una expresión cautelosa en su rostro lampiño.

—¡Palliako!

Geder se irguió. Sir Alan Klin montaba un enorme corcel negro, el acero de sus correajes esmaltado en rojo. El dibujo del ala de un dragón en plata trabajada sobre su armadura brillaba con el rocío. Podría haber salido de un antiguo poema épico.

—¿Mi señor? —dijo Geder.

—Irás con la carga del oeste. Los exploradores nos han informado de que las fuerzas mercenarias de Vanai estarán allí, por lo que ahí la lucha será más fácil.

Geder frunció el ceño. Aquello le parecía mal, pero el cansancio hacía difícil pensar mucho en el asunto. Los mercenarios eran luchadores profesionales y veteranos, pero ¿significaba eso que la lucha iba a ser fácil? Klin leyó su expresión, se inclinó hacia un lado, y escupió.

—No están protegiendo sus hogares ni a sus esposas —dijo Klin—. Te bastará con seguir a Kalliam y tratar de no chocar contra nadie con tu caballo. Si no, te romperás las rodillas.

—Lo sé.

Klin levantó sus pálidas cejas.

—Quiero decir..., quiero decir que tendré cuidado, mi señor.

Klin soltó un chasquido entre dientes, y su hermosa montura sacudió la cabeza y dio media vuelta. El escudero de Geder lo miró. Si había alguna diversión en los brillantes ojos del dartinae, estaba bien escondida.

—Vamos —apremió Geder—. Vayamos a nuestro sitio.

Lo peor de todo era que Klin podría estar diciendo la verdad. Tal vez enviaba a Geder y al joven sir Kalliam a la parte más fácil de la batalla que se avecinaba. Una carga, unas cuantas estocadas a uno y otro lado, y los mercenarios se rendirían antes de que nadie resultara demasiado malherido. Sería una señal de la habilidad de Klin: mantener a todos sus caballeros con vida, aumentar así su propia gloria y ocuparse él mismo de la lucha más feroz. Cualquiera cosa con tal de impresionar a lord Ternigan y destacar entre todos los capitanes del mariscal. O tal vez Klin quería que Geder muriera en la batalla. Geder pensó que podría estar dispuesto a morir si eso significaba no tener que montar más.

Jorey Kalliam se sentaba erguido en su montura, hablando con el soldado



encargado de portar su estandarte. Su coraza era de acero simple, sin adornos, elegante. Otros seis caballeros estaban con él; sus escuderos, cerca y preparados. Kalliam asintió solemnemente a Geder y él le devolvió el saludo.

—Acercaos —gritó—. Todos vosotros, conmigo.

Los caballeros avanzaron en sus monturas. Sir Makiyos de Ainsbaugh. Sozlu Veren y su hermano gemelo Sesil. Darius Sokak, conde de Hiren. Fallon Broot, barón de Suderling Heights, y su hijo Daved. En definitiva, un grupo bastante triste. En sus expresiones pudo ver que habían llegado a conclusiones similares a partir de su llegada.

—El valle se estrecha a una media legua de aquí —dijo Kalliam—. Los de Vanai están allí y se han atrincherado. Los exploradores dicen que los estandartes del lado occidental pertenecen a una compañía de mercenarios bajo las órdenes de un tal capitán Karol Dannian.

—¿Cuántos hombres tiene?

—Doscientos, pero sobre todo espadas y arcos —respondió Kalliam.

—Genial —dijo Fallon Broot, y se acarició los bigotes que le caían hasta más abajo de su débil barbilla—. Eso debería bastar para que a todos nosotros nos llegue el turno.

Geder no pudo decir si aquello era una broma.

—Nuestro trabajo consiste en presionarlos hasta los confines del valle —aclaró Kalliam—. Realizaremos el ataque principal desde el extremo oriental, donde las fuerzas Vanai son más numerosas. Lord Ternigan tiene a todos sus caballeros y la mitad de los nuestros. Tan solo necesitamos asegurarnos de que nadie pueda alcanzarlos por los flancos. Sir Klin nos proporciona tres docenas de arqueros y el doble de espadas. He enviado a los arqueros por delante. A la señal, iniciarán el ataque y tratarán de desorganizar su caballería. Cuando escuchemos la carga, avanzarán nuestras espadas.

—¿Por qué están aquí? —preguntó Geder—. Quiero decir, si yo fuera ellos, trataría de parapetarme en algún lugar detrás de una muralla. En un sitio fortificado.

—No se puede contratar a mercenarios para defender un lugar sitiado —respondió uno de los hermanos Veren, exudando desprecio por la pregunta—. Los contratan por una temporada, y Vanai no puede recaudar dinero para renovarles el contrato.

—La ciudad está a menos de una hora de viaje desde aquí —dijo Kalliam—, y en el camino no hay lugar más defendible. Si esperan impedirnos que lleguemos a Vanai, esta es la primera defensa, y la última.

A lo lejos sonó un cuerno. Dos notas ascendentes y una descendente. El corazón de Geder comenzó a latir un poco más rápido. Kalliam sonrió, pero tenía la mirada fría.

—Señores —dijo Kalliam—. Creo que es la primera llamada. Si aún teníais algo que resolver, ya es demasiado tarde.

La niebla aún no se había desvanecido, pero había claridad suficiente como para que pudieran ver el paisaje que se presentaba ante ellos. A los ojos inexpertos de Geder, aquel no se parecía a ninguno de los otros pequeños valles que habían pasado en su camino a través de las suaves colinas ubicadas al norte de las Ciudades Libres. El enemigo era una línea oscura que se arrastraba como hormigas por una pendiente. Los escuderos de los demás caballeros empezaron los preparativos finales, ajustando los escudos en los brazos y las lanzas de punta de acero en las manos de los caballeros. Geder pasó por lo mismo. El dartinae terminó con él, y luego asintió y preparó sus propias armas para la batalla: una coraza de cuero ligero y un cuchillo largo y retorcido. Y a menos de media legua de distancia, otros escuderos y soldados de a pie limpiaban sus propios cuchillos para abrirle a Geder la garganta si se les presentaba la oportunidad. El cuerno volvió a sonar. No era la señal de carga, pero sí la advertencia de esta.

—Buena suerte, mi señor —le deseó su escudero. Geder asintió torpemente con la cabeza, azuzó a su montura para que siguiera a las demás, y empezó a descender hacia la batalla. Su caballo relinchó un poco nervioso. Las hormigas se hicieron más grandes, y los estandartes enemigos se empezaron a ver con mayor claridad. Vio dónde se habían establecido los arqueros de Kalliam, escondidos detrás de las vallas móviles de protección de madera y cuero. Kalliam levantó su escudo, y los caballeros se detuvieron. Geder trató de volverse para ver a los espadachines detrás de ellos, pero su armadura se lo impidió. Apretó los párpados cerrados. Era como un torneo. Primero una justa, y luego un poco de cuerpo a cuerpo. Incluso una compañía mercenaria bien nutrida no era gran cosa para la caballería pesada. No le pasaría nada. Pero se estaba meando.

Los cuernos emitieron la doble nota marcial de carga. Kalliam y los demás hombres gritaron y espolearon sus monturas. Geder hizo lo mismo, y el viejo y cansado caballo que lo había llevado durante días y semanas se convirtió en una bestia hecha de viento. Se oyó gritar a sí mismo, pero el mundo era un único rugido. Las vallas de protección de los arqueros se abrieron, y entonces pudo ver al enemigo. No había caballeros, ni caballería pesada, sino piqueros con sus largas lanzas. Sir Makiyos se abalanzó contra la fila y la rompió. Geder pensó en su propio ataque para aprovechar el caos.

Un caballo relinchaba de dolor. La lanza de Geder golpeó a un piquero, desgarrándole el hombro, y luego saltó la fila y entró en la zona del cuerpo a cuerpo. Dejó caer su lanza, sacó su espada y empezó a cortar todo lo que se le acercaba. A su derecha, media docena de espadachines mercenarios desmontaban de su caballo a uno de los gemelos Veren. Geder tiró de su montura hacia el caballero que caía, pero

entonces lo atacaron otros espadachines que se filtraban por entre la fila discontinua de piqueros. Vio a su escudero que corría con la cabeza gacha y el cuchillo en ristre, pero no había hombres con armaduras en su camino y dejó que su dartinæ acabara. La masa de hombres que luchaban fue empujada hacia el sur. Geder regresó, dispuesto a enfrentarse a alguien, pero los mercenarios parecían renuentes a mantener la presión contra el ataque.

No vio llegar la lanza. En un segundo, él estaba observando la batalla en busca de un posible objetivo, y al siguiente un pequeño árbol había echado raíces en su pierna, la densa madera negra había rasgado la armadura de la pierna y abierto una herida en la carne del muslo. Geder dejó caer su espada y gritó al sacarse la lanza clavada. Sintió un terrible dolor. Algo golpeó su escudo lo suficiente como para empujarlo hacia atrás. Un redoble de tambor llegó desde el sur, grave y profundo como un trueno. El caballo se movió de manera inesperada, y Geder empezó a deslizarse de su silla de montar. La mano que lo sujetó era la de Jorey de Kalliam.

—¿De dónde vienes? —preguntó Geder.

Kalliam no respondió. La sangre manchaba el rostro del hombre y salpicaba su escudo, pero no parecía estar herido. Tenía la mirada fija en la batalla, o en algún punto más allá de ella, y su expresión estaba tallada en hielo. Tratando de dejar de lado su dolor, Geder siguió la mirada del muchacho. Allí, bailando por encima de la refriega, ondeaban nuevos estandartes. Los cinco círculos azules de Maccia.

—No importa —chilló Geder—. Pero ¿de dónde vienen ellos?

—¿Puedes montar?

Geder miró hacia abajo. Su lado derecho estaba empapado en sangre, y el flujo procedente de la lanza en la pierna parecía ancho como un río. Una ola de mareo le hizo agarrarse a la silla. Los hombres podían morir de heridas como aquella en las piernas. Estaba seguro de que había oído hablar de hombres que habían muerto por heridas en las piernas. ¿Estaba a punto de morir, entonces?

—¡Palliako!

Levantó la vista. El mundo pareció balancearse un poco. Jorey Kalliam había dejado de observar la batalla para mirar a Geder a los ojos.

—Estoy herido —hizo notar Geder.

—Eres un caballero del Imperio —le reprendió Kalliam, y su poderosa voz no demostraba ira—. ¿Puedes cabalgar?

De alguna manera, Geder sintió que aquel hombre le transmitía algo de su propia fuerza. El mundo se estabilizó y Geder se irguió.

—Puedo... Puedo cabalgar.

—Entonces ve. Busca a lord Ternigan. Dile que los estandartes de Maccia ondean en el extremo occidental de la línea de batalla. Dile que necesitamos ayuda.

—Lo haré —dijo, y cogió las riendas. La montura de Kalliam volvió la cabeza

hacia la lucha, resoplando, pero el joven caballero la detuvo.

—¡Palliako! Reúnete directamente con lord Ternigan. Directamente.

—¿Señor?

—No con Klin.

Sus ojos se encontraron por un momento, y le transmitieron una señal de complicidad. Kalliam no se fiaba de su capitán más de lo que lo hacía él mismo. Una sensación de alivio y gratitud nació en el corazón de Geder, y luego se sorprendió de aquellos sentimientos.

—Entiendo —dijo—. Traeré ayuda.

Kalliam asintió con la cabeza, se volvió y se zambulló en el cuerpo a cuerpo. Geder espoleó su caballo, cabalgando hacia el este a través del campo de batalla. Luchó para desatarse el escudo. Las manos enguantadas y el galope del caballo le dificultaban los movimientos. Por fin se las arregló para liberar el brazo, y se inclinó hacia delante, azuzando al animal para que acelerara más aún. Una hora antes, el valle era solo pasto y flores silvestres de otoño. Ahora era barro batido y el rugido de los hombres en lucha.

Geder entrecerró los ojos. La niebla había desaparecido, pero los húmedos estandartes seguían pareciendo telas oscuras colgadas de sus mástiles. Tenía que encontrar el oro y el carmesí, los colores de la Casa Ternigan. Tenía que hacerlo ya. A su alrededor solo había hombres tendidos en el barro, muertos o heridos. Gritos de soldados y caballos cortaban el aire. Pero el estandarte del mariscal del rey no estaba por ninguna parte.

Geder maldijo mientras miraba de un lado a otro. Sintió frío. Su pierna herida era un trozo pesado de carne, la sangre empapaba su coraza tan rápido como iba perdiendo las fuerzas. A cada minuto que pasaba disminuían las probabilidades de que Kalliam y los otros sobrevivieran, y su visión empezaba a ser cada vez más borrosa. Intentó levantarse sobre los estribos, pero su pierna herida no podía sostenerlo. Espoleó su caballo hacia delante. Allí estaban los estandartes de Flor y Rivercourt, Masonhalm y Klin...

Klin. Y más allá, a menos de cincuenta metros de donde estaba, el estandarte de sir Alan Klin revoloteaba húmedo y blando por encima de un grupo de hombres que luchaban. Entre ellos pudo distinguir el enorme caballo de batalla negro con sus correajes y telas rojas. Geder sintió una punzada. Si se trataba de un error, si Klin no había tenido la intención de enviarlos al matadero, entonces la ayuda estaba allí. Justo allí. Pero si había albergado esa intención, y Geder se reunía con él, Kalliam y los demás morirían. Siguió cabalgando. Tenía la pierna entumecida, y la boca seca. A lo lejos veía los estandartes de Estinford, Corenhall, y Dannick.

Y el de Ternigan.

Espoleó el caballo más aún, lo hizo saltar hacia delante, y corrió hacia el centro

de la batalla arremolinada alrededor del estandarte. Maldijo a Ternigan por dirigir la carga en vez de estar dirigiendo la batalla desde la retaguardia. Maldijo a sir Alan Klin por haberlos mandado a él y a Kalliam a la trampa tendida por el enemigo. Se maldijo a sí mismo por haberse quitado el escudo, y por haber dejado que lo hirieran, y por no moverse rápido. Un espadachín enemigo se tambaleó levantándose entre el barro, y Geder lo embistió con su caballo. Olía a humo de pino. Algo, en algún lugar, se estaba quemando. El caballo empezó a estremecerse debajo de él, agotado y tembloroso. Se disculpó en silencio con el animal y lo espoleó de nuevo.

Se abalanzó contra los combatientes como una piedra que arrojasen contra el cristal de una ventana. Los espadachines salieron despedidos a su alrededor. Muchos de ellos eran tanto de Antea como de Vanai. A tres metros del portaestandarte, lord Ternigan estaba de pie sobre sus estribos, con su brillante espada en la mano, y cinco soldados luchando con denuedo para evitar que el enemigo llegara hasta él.

—¡Lord Ternigan! —gritó Geder—. ¡Ternigan!

El rugido de la batalla ahogaba sus gritos. El mariscal se movió hacia delante, en dirección a la línea donde se combatía con más fiereza. Una profunda furia carmesí cruzó el campo de visión de Geder. Kalliam y los demás estaban peleando, muriendo, por aquel hombre. Lo menos que podía hacer aquel hijo de puta era prestarle un poco de atención. Geder empujó su caballo tembloroso hacia delante, presionando a través de la guardia del mariscal con determinación. El campo de batalla se redujo a un lord sobre su montura. La visión periférica de Geder se difuminó, como si cabalgara a través de un túnel que condujera al exterior. Cuando estuvo a tres metros, gritó de nuevo.

—Maccia, mi lord Ternigan. ¡Los de Maccia han llegado por el extremo occidental, y nos están matando!

Esta vez, el mariscal lo oyó. Volvió la cabeza hacia Geder, con la frente alta y el ceño fruncido. Geder agitó los brazos y señaló hacia el oeste. «No me mires a mí. Mira a los de Maccia».

—¿Quién eres, señor? —dijo lord Ternigan. Su voz era tan profunda como un tambor, y casi hizo eco. El mundo que lo rodeaba parecía más tranquilo de lo que debiera.

—Sir Geder Palliako. Me envía Jorey Kalliam. En el extremo occidental no solo hay mercenarios, mi señor. También hay hombres de Maccia. Y no podemos detenerlos. Kalliam... Kalliam me envió. Necesitamos vuestra ayuda.

Ternigan gritó algo mirando hacia atrás. Los cuernos sonaron de nuevo, muy cerca, y el poderoso estruendo estalló contra su cara. Geder abrió los ojos, sorprendido al darse cuenta de que los había cerrado. Los hombres se movían a su alrededor. Algunos caballeros pasaron por delante de él. Se dirigían hacia el oeste o, al menos, eso pensó él. Lord Ternigan estaba a su lado, y lo sujetaba con fuerza por

un codo.

—¿Puedes luchar? —le preguntó el mariscal del Reino de Antea. Geder lo oyó como si estuviera muy lejos.

—Puedo —respondió Geder mientras hacía girar su silla de montar. Empapado en sangre, su pie resbaló del estribo. El barro del suelo pareció elevarse hacia su rostro, pero el mundo se tiñó de negro antes de que lo alcanzara.

## MARCUS

Al mediodía, la caravana se detuvo a comer en un claro en el que encontraron un arroyo ancho. El muchacho delgado, que atendía al nombre de Mikel, se sentó en un tronco caído al lado de Yardem. Al igual que el tralgu, llevaba la coraza de cuero abierta a la altura del cuello. Ambos se inclinaron sobre su plato de judías y salchichas. Los hombros del chico parecían anclados a unos músculos que no poseía, y sus movimientos tenían un poder lento y deliberado que su cuerpo no justificaba. Yardem inclinó la cabeza hacia abajo un poco, para mirar a Mikel. Con la misma gravedad, el muchacho levantó la cabeza.

—Capitán —dijo Yardem con las orejas plegadas hacia atrás—, haz que pare.

Marcus, con las piernas cruzadas en el suelo, mostró una amplia sonrisa.

—¿Que pare de hacer qué?

—Lleva algunos días haciendo esto, señor.

—¿Actuar como un soldado, quieres decir?

—Actuar como yo —le reprochó Yardem.

Mikel hizo un ruido grave con la garganta. Marcus tuvo que toser para ocultar su risa.

—Contratamos a estas personas para que actuaran como guardias —dijo Marcus—. Están actuando como guardias. Es natural que nos estén mirando para captar los detalles.

Yardem gruñó y se volvió hacia el muchacho. Cuando este se encontró con su mirada, el tralgu movió deliberadamente una oreja.

Los rodeaba un bosque de robles y fresnos, árboles más altos que diez hombres. El fuego había prendido allí varias veces en los últimos años, y había quemado las cortezas y la maleza, pero sin llegar nunca al amplio dosel más elevado. Marcus podía imaginarse cómo se elevaba el humo a través de las hojas verdes del verano. Ahora los arceles del camino estaban húmedos, las hojas caídas y negras con moho a punto para dejar crecer las malas hierbas al año siguiente. Solo las hojas del camino estaban secas. En el extremo oriental del claro, un rey southling de piedra con los ojos abiertos y en orden de batalla y tocado con una corona de seis puntas yacía medio sepultado por una encina. La vieja corteza se había tragado la mitad de su solemne rostro, y las raíces habían inclinado el frontón de piedra bastantes grados. Una enredadera cubría los hombros de piedra. Marcus no sabía qué historia conmemoraba aquella estatua.

Durante casi una semana, la caravana había avanzado a buen ritmo. El camino estaba en buenas condiciones, pues los agricultores locales lo mantenían limpio en su mayor parte, pero aún quedaban leguas enteras cubiertas por las hojas recién caídas. El crujido de los cascos de los caballos y el traqueteo de las ruedas de los carros

habían sido lo suficientemente fuertes como para ahogar las conversaciones. El jefe de la caravana no estaba tan mal para ser tan religioso. La mayoría de las veces, Marcus podía hacer caso omiso de la lectura de las Escrituras durante las comidas vespertinas. Si el timzinae elegía algo particularmente difícil de escuchar —sermones sobre la familia o los hijos, o la seguridad de que Dios era justo, o cualquier cosa que se acercara a lo que les había sucedido a su esposa e hija—, Marcus comía a toda prisa y se daba un paseo solitario camino adelante. Lo llamaba «exploración», y el jefe de la caravana no se ofendía. Otros viajeros se habían unido a la caravana para separarse justo después sin que bastase otra cosa que una mirada de Yardem o de él mismo para mantener la paz. A excepción de que todavía no habían recorrido ni siquiera una cuarta parte del camino hacia el paso que marcaba el límite de Birancour, el trabajo iba mejor de lo esperado.

Marcus paladeó el último bocado de salchicha. La docena de carros llenaba medio claro, los caballos y las mulas o bien comían forraje de sus bolsas atadas a la cabeza o bien los llevaban al arroyo para que pudieran beber. La mayoría de los carreteros conocían bien su oficio. El anciano que conducía el carro lleno de piezas de latón estaba un poco sordo y el niño del carro de paños de lana o bien era nuevo en el oficio o bien era idiota, o ambas cosas, pero eran los peores. Y su compañía de actores funcionaba magníficamente. Si miraba hacia los árboles, sin fijarse demasiado en la gente, todavía podía distinguir perfectamente a los guardias que rodeaban al grupo, solo por su arrogancia.

Al lado del camino, la mujer de pelo largo, Cary, estaba de pie con los brazos cruzados y un enorme arco de cuerno y tripa colgado a su espalda. Tal vez fuera la primera vez que tocaba nada semejante a aquella maldita cosa, pero lo usaba como si tuviera uno desde hacia decenas de años. Sandr, el joven protagonista, caminaba entre los carros con la cabeza en alto y el ceño fruncido. Les había contado a los carreteros historias acerca de cómo se había roto un pie en un torneo de justas en Antea, y se había familiarizado tanto con el cuento que había adoptado una cojera apenas perceptible. Y allí, sentado con la gorda mujer del jefe de la caravana, estaba su curandero, maese Kit, sin el cual Yardem no habría podido librarse de caer en Vanai. Y sin el cual Marcus habría acabado en la cárcel o asesinado.

El silbido del jefe de la caravana sacó a Marcus de sus pensamientos. Miró hacia las nubes altas y blancas que mostraban a través de un claro en el dosel de vegetación por encima de ellos. El tiempo era más difícil de calcular bajo las sombras de un bosque, pero dedujo que la comida se había demorado mucho. Bueno, su contrato consistía en conseguir llevarlos a todos sanos y salvos hasta Carse. El horario no era su problema. Marcus limpió el plato con un pedazo de pan y se puso de pie.

—¿Detrás o delante? —preguntó Yardem.

—Iré delante —respondió Marcus.



El tralgu asintió y avanzó pesadamente hacia el carro del comerciante de hierro que cerraba la marcha de la caravana. Sería el último en salir. Marcus revisó su espada y su armadura con el mismo cuidado con que lo hacía antes de entrar en batalla (un viejo hábito adquirido), y fue hacia el alto carro de suministros del jefe de la caravana. Subió al lado de la esposa del jefe y se acomodó para la caminata de la tarde. La mujer timzinae lo saludó con la cabeza e hizo parpadear sus largas y pálidas pestañas.

—La comida estaba muy buena, señora —dijo Marcus.

—Muy amable, capitán.

La conversación acabó ahí. Ella les gritó a sus caballos y agitó el látigo sobre los lomos de los animales para dirigirlos. El carro se tambaleó hacia delante hasta meterse en el camino, y luego embocó hacia el oeste. Mientras avanzaban de nuevo por debajo de aquella oscura bóveda de vegetación, Marcus se preguntó si Vanai habría caído ya, o si se mantenía firme, y cuántos días de libertad le quedaban a la ciudad. No muchos. Pero tampoco era su problema.

La rotación era muy simple. Adelante y atrás iban Yardem o Marcus. Maese Kit condujo su propio carro en el centro de la caravana con trastos de colores chillones del teatro envueltos en telas. Los demás se repartían tres a cada lado de los carros, y mantenían las miradas atentas en dirección a los árboles. Si alguien veía algo sospechoso, los llamaban, y Yardem o Marcus iban a investigar. Solo los habían llamado una vez en una semana, cuando Smit, el actor de los mil papeles, se había asustado a sí mismo con la historia sobre las bandas de feroces asesinos dartinae. Marcus entrecerró los ojos y recostó la espalda contra la dura madera del asiento del carretero. El aire olía a hojas podridas y a humedad. Se avecinaba algo, pero no pudo adivinar si sería lluvia o nieve.

El camino describía una curva cerrada en la falda de una colina densamente arbolada. Un árbol había caído sobre el camino, y la base seguía estando blanca por donde la había cortado el hacha. Marcus sintió que se le tensaba el cuerpo casi antes de saber por qué.

—Avisa que se detengan —dijo.

Smit, Sandr y Opal gritaron antes incluso de que la mujer timzinae pudiera preguntar por qué. Marcus se volvió, luchando por ver algo por encima de la parte superior del carro. No podían ser bandidos. No tenían nada que valiera la pena. La yegua blanca del jefe de la caravana corría a un lado de los carros hacia el frente. Vio cuatro figuras vestidas con cuero y cadenas que salían de entre los árboles con arcos en la mano. Llevaban capuchas que los cubrían, pero a juzgar por la anchura de su constitución, Marcus dedujo que serían jasuru o kurtadam. Cuatro a la vista podía significar que los bandidos se estaban marcando un farol. O que había una docena más entre los árboles.

Por lo menos no se habían anunciado con una flecha.

—¡Hola! —Una voz ronca llamó desde el camino—. ¿Quién habla por vosotros?

Cuatro hombres a caballo habían aparecido delante del roble caído. Tres de ellos eran primera sangre o cinnae, y montaban caballos mal alimentados, pero el que estaba delante montaba un caballo gris con buen aspecto y patas poderosas. También llevaba coraza de acero y cota de malla. Su arco era de cuerno, su espada estaba curvada al estilo del sur, y su rostro tenía el ancho, el grueso y las mandíbulas y las escamas de bronce de un jasuru.

El jefe timzinae de la caravana dirigió su yegua hasta pasar el carro de suministros.

—Yo hablo en nombre de esta caravana —gritó—. ¿Qué significa esto?

Marcus movió los hombros en círculos para relajarlos. Podía ver a ocho hombres. La mitad de ellos a caballo. Él tenía ocho hombres, y seis de ellos a caballo. Era muy poca ventaja y, si llegaban a las manos, no iban a durar ni cinco respiraciones seguidas. Esperaba que el timzinae no presionara demasiado a los bandidos.

—Soy el caballero lord Tierentois —explicó el capitán de los bandidos lo suficientemente alto como para llegar a toda su audiencia—. Viajáis por mi camino, y he venido a recoger mi debido tributo.

Marcus se bajó del asiento del carretero. El impulso de lanzarse a la lucha le oprimía en el vientre. El jinete podría ser un mentiroso y un fanfarrón, pero no tenía espadas y arcos.

—Estas son las sendas del dragón —gritó el jefe de la caravana—. Y tú eres un ladrón imbécil metido en una armadura robada. Birancour no tiene ningún caballero jasuru.

Bueno, aquello no fue tan diplomático como Marcus esperaba. La risa del capitán de los bandidos fue tan estruendosa como falsa. Marcus echó la mano a la empuñadura de su espada y trató de pensar en una manera de salir de aquello que dejara el menor número posible de muertos. Si los actores cargaban contra los arqueros en los lados de la caravana, podrían conseguir que se dieran a la fuga. Y eso le dejaría solo los cuatro hombres a caballo. Yardem apareció a su lado, silencioso como una sombra. El tralgu llevaba su arco en la mano. Así que eran dos jinetes para cada uno. A menos que hubiera más entre los árboles.

—¿Hoy es el día en que te amotinas y tomas la compañía? —murmuró Marcus.

—Hoy no será ese día, señor.

Ahora el jefe de la caravana estaba gritando, y el rostro del falso caballero estaba virando del bronce hacia el verde oscuro, el color de la rabia propio de los jasuru. Marcus se apartó del carro y caminó hacia delante. Los jinetes no parecieron reparar en él hasta que estuvo casi al lado de la yegua del jefe de la caravana.

—¿Cuánto quieres? —dijo Marcus.

Tanto el timzinae como el jasuru lo miraron con la misma expresión de ira.

—Perdonad que interrumpa vuestro refinado y enérgico debate, pero ¿cuánto quieres?

—Deberías mostrar un poco de respeto, muchacho —dijo el jasuru.

—¿Cuánto quieres, mi señor? —preguntó Marcus—. Porque si te fijas en nuestra caravana, verás que no tenemos mucho. A menos que su señoría y los nobles compatriotas de su señoría estéis dispuestos a aceptar en homenaje un poco de latón y hierro, puede que no haya mucho que podamos ofrecer.

—No hables por mí —susurró el timzinae.

—No hagas que te maten —dijo Marcus, asimismo en voz baja.

—¿Y quién eres tú, primera sangre? —le preguntó el jasuru.

—Marcus Wester. Soy capitán de la guardia de esta caravana.

La risa esta vez fue menos forzada, y los hombres de los demás caballos se unieron a él. El jasuru sacudió su ancha cabeza y sonrió. Su lengua era negra, y sus dientes, agujas afiladas.

—¿Eres Marcus Wester?

—Lo soy.

—Ah. Y supongo que alguno de esos de ahí atrás será lord Harton, que acaba de regresar de entre los muertos. Déjame que te diga una cosa: entonces, yo debo de ser Drakis Stormcrow.

—No es menos probable que ese tal lord Lo-Que-Sea-Que-Hayas-Dicho —dijo el jefe de la caravana.

Marcus no le hizo caso.

—Entonces has oído hablar de mí, ¿verdad?

—Yo estaba en Wodford, y ahora estoy a punto de que me insulten —explicó el jasuru—. Todas sus monedas. Todos los alimentos. La mitad de las mujeres. El resto os lo podéis llevar de nuevo a Vanai.

—Anda y que te den —se encaró el jefe de la caravana.

El jasuru cogió su espada, y una nueva voz resonó detrás de ellos.

—Escuchadme. Nosotros. Pasaremos.

Maese Kit estaba de pie en la parte superior del carro de suministros. Las túnicas negras y moradas de Orcus, el Rey Demonio, le daban el aspecto de una imponente sombra que se hubiera materializado, y en la mano sujetaba un bastón con una calavera en su extremo. Cuando el actor volvió a hablar, su voz les llegó a todos ellos como si procediera del mismo aire que los rodeaba.

—Les he encomendado mi protección a estos hombres. No se les puede hacer daño.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó el jasuru, pero su voz había adquirido un tono de preocupación.

—No se nos puede hacer daño —aclaró maese Kit—. Tus flechas se apartarán de nosotros. Tus espadas no cortarán nuestra piel. No tienes poder aquí.

Marcus se volvió hacia el jasuru. La confusión y la ansiedad torcieron el gesto del bandido.

—Esto es una mierda —dijo uno de los tres hombres que había detrás de él, pero su voz carecía de convicción.

—¿Quién es ese? —dijo el jasuru.

—Mi curandero —dijo Marcus.

—¡Escuchadme! —gritó maese Kit, y el bosque entero pareció guardar silencio—. Los árboles son nuestros aliados, y la sombra del roble nos protege. No puedes hacernos daño, muchacho. Y vamos a pasar.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Marcus. Pudo ver que Orcus, el Rey Demonio, surtía el mismo efecto sobre los bandidos. Sintió una pequeña esperanza, vacilante. El jasuru desenfundó el arco y tensó una flecha en la cuerda.

—¡Dilo otra vez, cabronazo! —gritó el capitán de los bandidos.

Incluso en la penumbra, Marcus vio que maese Kit sonreía. El actor levantó los brazos, y los pliegues oscuros del traje parecieron revolotear dotados de vida propia, tal como lo había hecho durante la obra de teatro en Vanai. Aquello tenía algo que ver con la costura irregular, pero si se le sumaban la voz sepulcral y la pose desafiante de maese Kit, el efecto era inquietante. Maese Kit volvió a hablar, lento y claro, y completamente confiado.

—No puedes hacerme daño. Tu flecha errará la trayectoria.

El jasuru frunció el ceño y tensó aún más la cuerda. El arco de cuerno crujió.

«Bien —pensó Marcus—, vale la pena intentarlo. —Y luego, un segundo más tarde—: Maldita sea. Va a salir todo mal».

La flecha salió disparada a toda velocidad en la penumbra. Maese Kit ni se inmutó cuando le pasó cerca de la oreja. El jasuru se humedeció los labios con la lengua ancha y negra. Su mirada pasó de Marcus a maese Kit, y de nuevo a Marcus. Ahora había miedo de verdad en sus ojos.

—Y por si aún lo dudabas, realmente soy Marcus Wester.

El silencio duró cuatro largas respiraciones antes de que el jasuru guiara su caballo a un lado y levantara el brazo.

—Aquí no hay nada que sacar, muchachos —gritó el bandido—. No vale la pena tomarse ninguna molestia por estos pequeños mierdosos.

Los jinetes se adentraron en el bosque. Marcus se quedó en el camino, escuchando cómo se desvanecían sus pisadas y dándose cuenta de que, al fin y al cabo, no iba a morir ese día. Juntó las manos a la espalda para ocultar el tembleque y levantó la mirada hacia el jefe de la caravana. El timzinae también temblaba. Al menos, Marcus no era el único. Dio unos pasos hasta el arcén, y se inclinó para

comprobar que los arqueros de la primera línea de árboles también hubieran desaparecido.

Yardem se acercó a él.

—Ha sido extraño —dijo el tralgu.

—Sí, lo ha sido —convino Marcus—. Supongo que no tendremos una polea, ¿verdad? Habrá que mover ese árbol.

Aquella noche, la mujer del jefe de la caravana cocinó carne. Nada de salchichas, ni tocino, sino un cordero recién muerto que el jefe de la caravana había comprado en una granja en la linde del bosque. La carne era oscura y estaba sabrosa, sazonada con pasas y una salsa amarilla de sabor fuerte. Los carreteros y la mayoría de la guardia de Marcus estaban sentados alrededor de una fogata rugiente a un lado del arcén. Todos excepto el que transportaba lana, Tag, quien nunca parecía querer comer con nadie. Y sentado en una pequeña hoguera separada de todos los demás, Marcus cenaba con maese Kit.

—Esto es lo que he hecho toda mi vida desde que... Bueno, no desde antes de que nacieras, supongo —dijo el actor—. Estoy de pie ante la gente, por lo general encima de un carro, y les convengo de lo que sea. Les digo que soy un rey depuesto, o un náufrago en una orilla desconocida. Supongo que saben que no es verdad, pero hago mi trabajo para que se lo crean incluso cuando saben que no es verdad.

—Y entonces, ¿qué es lo que has hecho allí? —preguntó Marcus—. ¿Hablar con el cabronazo del arco hasta minar su confianza? ¿No era magia?

—Creo que hablarle a un hombre hasta convencerlo de que ha fracasado está suficientemente cerca de la magia, ¿no crees?

—No, la verdad es que no.

—Bueno, entonces tal vez no estemos de acuerdo en este punto. ¿Más vino?

Marcus tomó el odre que le ofrecía y se roció la boca con aquel vino brillante. A la luz de los dos fuegos —el pequeño, a sus pies, y el grande, a quince metros de distancia—, las sombras se aferraban a las mejillas del viejo actor y a los huecos de sus ojos.

—Capitán. Si te sirve de consuelo, te lo juro. Puedo ser muy convincente, y me doy cuenta de cuándo intentan convencerme. Esa es toda la magia que poseo.

—¿Te apostarías los pulgares? —preguntó Marcus, y maese Kit se rio.

—Preferiría no hacerlo. Me mancharía de sangre el vestuario, y es muy difícil de lavar. Pero ¿qué me dices de ti? ¿Qué fue exactamente lo que pensaste cuando viste al hombre vencido de esa manera?

Marcus se encogió de hombros.

—Nada en particular —dijo—. Solo pensé que el jefe de la caravana no lo estaba haciendo bien.

—¿Habrías luchado? —preguntó maese Kit—. Si hubieran llegado a usar las espadas y los arcos, digo.

—Por supuesto —dijo Marcus—. Supongo que no por mucho tiempo, teniendo en cuenta las probabilidades de victoria, pero habría luchado. Yarden también, y espero que los tuyos hubieran luchado a nuestro lado. Para eso nos paga.

—¿A pesar de que sabías que no podías ganar?

—Sí.

Maese Kit asintió. Marcus pensó que en las comisuras de los labios del actor acechaba una sonrisa, pero a la luz parpadeante no podía estar seguro. Podría haber sido otra cosa.

—Quiero empezar a entrenar a tu gente —dijo Marcus—. Una hora antes de montar por la mañana, y una hora después de que nos detengamos. No podemos hacer mucho, pero deberían saber algunas cosas acerca de las espadas, aparte de cuál es el extremo que se coge.

—Creo que es prudente —reconoció maese Kit.

Marcus miró hacia el cielo. Las estrellas brillaban como copos de nieve, y la luna, recién salida, proyectaba sombras largas y pálidas en el suelo negro. El bosque estaba detrás de ellos, pero el aire todavía olía a tormenta. Lluvia, decidió Marcus. Lo más probable era que lloviera. Maese Kit estaba masticando su cordero, con la mirada fija en el pequeño fuego y una expresión distante.

—No te preocupes. Hoy hemos pasado lo peor —dijo Marcus—. Dejamos atrás las emociones.

Maese Kit no lo miró, y sonrió educadamente hacia las llamas. Por un momento, Marcus pensó que el viejo no iba a hablar. Cuando lo hizo, su tono fue grave, abstraído.

—Probablemente —dijo maese Kit.

# GEDER

Geder se había imaginado que Vanai sería más como Camnipol o Estinport: una gran ciudad de piedra y jade. Los edificios construidos con madera y los canales le parecieron mucho más pequeños de lo que había esperado. Incluso la Gran Plaza de la ciudad conquistada era pequeña en comparación con los anchos espacios abiertos de Camnipol, y las zonas más ricas de Vanai estaban tan atestadas de gente como las peores barriadas de su hogar. Camnipol era una ciudad. Vanai era un montón de casitas de juguete que se había extendido. Era hermosa a su manera, extraña, exótica e improbable. Todavía no sabía si le gustaba.

Recorrió cojeando las calles oscurecidas por la lluvia de la Vanai ocupada. A cada paso se apoyaba en el bastón de madera negra y plata. El discurso de lord Ternigan había empezado pronto, y aunque su herida pudiera disculpar su ausencia, Geder ya se había perdido demasiadas cosas. La perspectiva de volver a casa para agasajar a su padre con la historia de cómo lo habían derribado en la batalla y cómo se había perdido los dos primeros días de saqueo porque un curandero estaba cuidando de su pierna era bastante mala.

El canal situado en el extremo oriental de la modesta Gran Plaza estaba cubierto de hojas caídas, doradas y rojas y amarillas, que ocultaban la superficie oscura del agua. Mientras Geder lo observaba, la cabeza negra de una tortuga emergió hasta sobresalir del agua. Una sola hoja roja brillante adherida a su caparazón. La tortuga se paseó señorial por lo que en un principio parecía un tronco, pero que en realidad era un cadáver con los colores mojados del antiguo príncipe: un soldado de Vanai transportado en un carro desde el campo de batalla y lanzado al canal como un mensaje a los lugareños. Otros cuerpos colgaban de los árboles en los parques y a lo largo de las columnatas.

Otros yacían en las escalinatas de los palacios y en los mercados y en la plaza de la cárcel pública donde el antiguo príncipe comía y cagaba ahora, y se estremeció ante sus súbditos. Lo único que mantenía a raya el hedor de la carne podrida era el frío.

Una vez que el príncipe saliera al exilio, amontonarían y quemarían los cadáveres. Habían sido hombres. Ahora eran marionetas políticas.

—¡Palliako!

Geder levantó la vista. Desde el otro lado del Gran Plaza, Jorey Kalliam frunció el ceño y agitó un brazo hacia él. Cojeando con valentía por el pavimento, Geder dejó a la tortuga y al cadáver. Los nobles de Antea estaban en orden marcial, esperando solo a los pocos rezagados como él. Frente a ellos, en el suelo desnudo, estaban sentados los altos funcionarios de la ciudad que se habían salvado. Comerciantes y miembros de cofradías timzinae, artesanos primera sangre y nobles pragmáticos.

Llevaban sus ropajes propios, muchos de ellos con el característico corte imperial, y se mostraban más como cortesía a los asistentes de un oficio religioso que como personas degradadas y conquistadas. Sodai Carvenallin, el secretario de lord Ternigan, estaba solo en el estrado de piedra. Todos los demás esperaban allí de brazos cruzados. Geder no lo había visto hablar desde la noche en que se habían emborrachado juntos. La noche en que Klin había quemado su libro. Geder se deshizo del recuerdo y se colocó en su lugar.

Trató de no fijarse en las galas nuevas que lo rodeaban, pero era imposible. La capa de sir Gospey Allintot estaba sujeta con un broche de plata labrada y brillantes rubíes. Sozlu Veren tenía su espada envainada en una funda de jade de dragón y marfil crudo que bien podría haberse fabricado mil años antes. La cadena de oro que rodeaba el cuello de Jorey Kalliam parecía costar más que el alquiler de un mes de todas las haciendas de Rivenhalm. Sus ropas estaban recién lavadas, y sus botas brillaban incluso bajo la luz gris del cielo encapotado. Los aristócratas guerreros de Antea llevaban su conquista con orgullo. Geder miró su bastón. Era lo más parecido que tenía a un botín de guerra, y trató de estar orgulloso de ello.

—Un buen día —dijo Geder, asintiendo con la cabeza hacia los grises nubarrones bajos—. Ha nevado un poco esta mañana. Me alegro de que no marchemos bajo este clima. Aunque supongo que no tardaremos en hacerlo, ¿eh? Para llevarle al rey su tributo.

Jorey Kalliam emitió un carraspeo, dándole la razón a Geder pero sin siquiera mirarlo a los ojos.

—Mi pierna está bien. Solo tengo un poco de pus —observó Geder—. Pero ¿has oído lo del conde de Hiren? Se le había gangrenado el brazo. Murió anoche cuando intentaban amputárselo. Una lástima. Era un buen hombre.

—Lo era —accedió Jorey.

Geder trató de seguir la mirada del hombre, pero Jorey no parecía centrado en nada en particular. O tal vez sí. Sus ojos se movían sin descanso, buscando algo. Geder buscó también, pero sin saber el qué.

—¿Pasa algo? —preguntó Geder en voz baja.

—Klin no está aquí.

Geder miró a través de la multitud, ahora con mayor atención. Había vacíos en la formación: los muertos o heridos, y los que se habían ausentado por asuntos del lord mariscal. Kalliam estaba en lo cierto. Sir Alan Klin debería estar a la cabeza del grupo, y los hombres a quienes comandaba, dispuestos detrás de él. En su lugar estaba sir Gospey Allintot, con la barbilla bien alta.

—¿Estará enfermo? —se preguntó Geder. Jorey se rio entre dientes, como si hubiera sido una broma.

Los tambores anunciaron al lord mariscal. La nobleza de Antea allí reunida



levantó las manos en señal de saludo, y lord Ternigan esperó allí por un momento antes de devolverles el gesto. Entre ellos, los poderosos hombres de Vanai aceptaban su humillación ritual con un silencio cortés. Jorey gruñó, con gesto amargo. Había dejado de buscar. Geder le siguió la mirada y encontró a Klin de pie en la parte trasera del estrado, junto al secretario del lord mariscal. Klin llevaba una túnica de seda y calzones de color rojo oscuro y una capa de lana teñida de negro. Aquellas ropas hablaban menos de espadas y batallas que de gobernabilidad.

Geder sintió un dolor en el estómago.

—¿Nos quedaremos aquí? —preguntó en voz baja. Jorey Kalliam no respondió.

—Señores de Antea —dijo Ternigan, y su voz resonó en la plaza mucho menos de lo que se esperaban. El lord mariscal parecía estar resfriado—. Os doy las gracias a todos en nombre del rey Simeon. Gracias a vuestro valor, el imperio vuelve a ser un lugar seguro. He decidido que volvamos ahora a Camnipol con el tributo que Vanai le debe al Trono. La estación está muy avanzada, y la marcha es larga. Prefiero que no nos pasemos toda la semana gastando aquí las suelas de nuestras botas. Le he pedido a sir Alan Klin que se quede como protector de Vanai hasta que el rey Simeon nombre un gobernador permanente. Todos los que lo siguieron en batalla se quedarán con él.

Después de haber dado las órdenes, Ternigan asintió y prestó atención a los hombres que se sentaban en el suelo. Mientras volvía a contar la historia de las reclamaciones de Antea sobre Vanai, y justificaba la ocupación en términos de guerras y acuerdos alcanzados seiscientos años antes entre las líneas dinásticas y parlamentos independientes disueltos hacía ya mucho tiempo, la mente de Geder retomó sus tribulaciones.

No regresaría a Camnipol; al menos, no durante aquella estación. Ni tal vez durante años. Miró a su alrededor, contempló los edificios de madera con los escarpados tejados inclinados que llenaban las calles estrechas, el Gran Canal donde las barcazas se abrían paso a través de la ciudad para volver después hacia el río, bajo el cielo gris. A partir de ese momento dejaba de ser una exótica aventura. Allí era donde iba a vivir. Un millar de planes a medio acabar para cuando regresara a Camnipol, a Rivenhalm, al hogar de su padre, se derrumbaron frente a él.

Ternigan dio un paso atrás desde el borde de la plataforma, recibió una carta sellada de su secretario, y se la tendió a Alan Klin, protector de Vanai. Klin se adelantó, abrió la carta y leyó las órdenes del lord mariscal en voz alta. Geder sacudió la cabeza. La desesperación que crecía a cada frase le mostró lo mucho que había estado esperando que llegara el final de la campaña y de poder librarse de la presencia de Alan Klin.

Geder sintió punzadas de dolor en la pierna mientras Klin les aseguraba a los hombres de Vanai que trataría a todas las razas con ecuanimidad, que la lealtad a

Antea sería recompensada y la traición castigada de manera rápida y terrible. Las alabanzas a la gloria de la gran Antea, y del rey Simeon en particular, duraron casi una hora. Incluso el resto de la cohorte de Geder estaba cada vez más inquieto y deseoso de que aquello acabara por fin. Luego Klin le agradeció al lord mariscal su encomienda y aceptó formalmente el nuevo cargo. Su saludo fue recibido con una ovación entusiasta, los hombres más satisfechos de que la ceremonia hubiera terminado que de lo que Klin tuviera que decir. Los ciudadanos de Vanai se pusieron de pie, movieron las extremidades entumecidas y hablaron entre sí como comerciantes en un mercado al aire libre.

Geder vio reacciones encontradas entre los hombres del imperio. Algunos envidiaban el nuevo papel de Klin y sus hombres. Sir Gospey Allintot sonreía de manera tan abierta que parecía brillar. Jorey Kalliam se fue con una expresión pensativa, y Geder luchó por mantener el paso a su lado.

—Estamos desterrados —dijo Geder cuando se hubieron alejado del grupo de sus compañeros—. Hemos ganado la batalla, y a cambio nos mandan al exilio, igual que al maldito príncipe de la ciudad.

Jorey lo miró con enfado y pena.

—Este fue el destino de Klin desde el principio. Esto era lo que siempre había esperado.

—¿Por qué? —preguntó Geder.

—Ser la voz del rey da mucho poder —aclaró Jorey—. Incluso en Vanai. Y si Klin demuestra ser útil, cuando el tiempo reavive el comercio de la ciudad, tendrá su parte del pastel. Ahora discúlpame. Tengo que escribirle a mi padre.

—Claro —dijo Geder—. Yo también debo escribirle a mi familia. No sé lo que voy a decirles.

Jorey rio con amargura.

—Diles que, después de todo, no has perdido tu parte del botín.

Si había alguna duda sobre qué hombres de Alan Klin saldrían favorecidos, quedó disipada cuando lord Ternigan salió por las puertas de la ciudad. El nuevo secretario de Klin, el hijo de un importante comerciante timzinae, llevó a Geder desde su cama del hospital a su nuevo hogar: tres pequeñas habitaciones en un palacio menor, que habían servido de almacén y seguían oliendo a meados de rata. Sin embargo, había una pequeña chimenea, y el viento no soplaba a través de las paredes como en su tienda de campaña.

Geder recibía cada día una nueva orden de lord Klin. Se iba a bloquear una puerta del canal, cada uno de los comerciantes de cierto mercado debía pagarle un permiso a Antea para continuar sus negocios, había que pasear por las celdas hasta la cárcel a un partidario del príncipe a modo de ejemplo para los demás... Cualquier soldado

raso podría anunciar sus demandas y cumplir su ejecución, pero se requería la presencia de un noble, un rostro con el que demostrar que la aristocracia de Antea estaba presente y se implicaba en los asuntos de su nueva ciudad. Y teniendo en cuenta las tareas que le asignaban, Geder sospechaba que acabaría siendo el hombre más odiado de Vanai antes de que pasara el invierno.

¿Había que cerrar un burdel muy popular? Geder conducía a sus fuerzas hasta allí. ¿Había que echar de su casa a la viuda y los hijos de uno de los hombres leales al príncipe? Geder. ¿Había que detener a un destacado miembro de la clase comerciante local?

—¿Puedo preguntar qué cargos se me imputan? —dijo el magíster Imaniel, del Banco Medeano en Vanai.

—Lo siento —dijo Geder—. Me han ordenado que te lleve ante el lord protector, quieras o no.

—Te lo han ordenado —dijo el hombrecillo con amargura—. ¿Y tendré que desfilar por la calle atado con cadenas?

—Esas son las instrucciones que he recibido. Lo siento.

El edificio del Banco Medeano en Vanai estaba en una calle lateral, poco más grande que la casa de una familia adinerada. Aun así, el interior de la casa parecía desnudo en cierto modo. Allí solo estaban el magíster Imaniel, un hombre pequeño y quemado por el sol, y una mujer bien alimentada que no paraba de retorcerse las manos en la puerta. El magíster Imaniel se levantó de la mesa, evaluó a los soldados de pie detrás de Geder, y a continuación se ajustó la túnica.

—No creo que sepas cuándo podré volver a mi trabajo, ¿no? —preguntó.

—No me lo han dicho —respondió Geder.

—No podéis hacer esto —dijo la mujer—. No os hemos hecho nada.

—Cam —la apremió el banquero, bruscamente—. Cállate. Solo son negocios, estoy seguro. Solo tendré que decirle a quien requiere mi presencia que ha habido un error, y hablaré con el muy noble lord protector para corregirlo.

La mujer —Cam— se mordió los labios y miró hacia otro lado. El magíster Imaniel caminó tranquilamente hasta donde estaba Geder y se inclinó.

—Supongo que no podemos pasar por alto las cadenas —se preguntó—. Mi trabajo depende en gran medida de mi reputación, y...

—Lo siento mucho —replicó Geder—, pero lord Klin me dio...

—Órdenes —acabó la frase el banquero—. Entiendo. Vamos. Acabemos con esto, entonces.

Una multitud se había congregado en la calle. Al parecer, la noticia de que Geder estaba en la casa del banquero había corrido más rápido de lo que podían volar los pájaros. Geder caminaba en medio de sus guardias, y las cadenas de hierro del preso tintineaban detrás de él. Cuando miró hacia atrás, el rostro correoso del hombre era

una máscara de diversión y placer. Geder no podía decir si el valor del hombre era genuino o fingido. A lo largo de su recorrido por los canales y las calles, los rostros se volvían para observar al banquero encadenado. Geder marchaba, su bastón golpeando resueltamente contra las calles. Mantenía su expresión sobria, para ocultar el hecho de que no sabía por qué hacía las cosas que hacía. No albergaba la menor duda de que por la mañana toda la ciudad sabría que había detenido a aquel hombre. Y el que esa fuera la indisimulada intención de Klin no lo tranquilizaba.

Sir Alan Klin se reunió con ellos en la ancha cámara que antaño fuera la sala de audiencias del príncipe. Todos los símbolos del gobierno anterior o bien habían desaparecido o bien habían quedado cubiertos por los estandartes de Antea, del rey Simeon y de la Casa de Klin. El aire olía a humo, a lluvia y a perros mojados. Sir Alan se levantó de su mesa con una amplia sonrisa.

—¿El magíster Imaniel del Banco de Medea?

—El mismo, lord protector —respondió el banquero con una sonrisa y una reverencia. Su voz era amable. Geder casi podría haber pensado que Klin no acababa de humillar a aquel hombre ante la ciudad entera—. Me parece que puedo haber ofendido a su señoría. Por supuesto, me veo en la obligación de pedir disculpas. Si se me permite conocer la naturaleza de mi pecado, yo, por supuesto, evitaré repetirlo en el futuro.

Klin agitó una mano con gesto displicente.

—De ninguna manera, señor —dijo—. Solo que hablé con el antiguo príncipe antes de que partiera al exilio. Dijo que te habías negado a financiar su campaña.

—Juzgué improbable que fuera a pagar la deuda —dijo el magíster Imaniel.

—Entiendo —comentó Klin.

Geder miró a uno y a otro. El tono de la conversación era tan tranquilo y tibio que lo confundió. Sin embargo, había una cierta dureza en los ojos de Klin. Eso, unido a las cadenas que todavía rodeaban las muñecas y tobillos del banquero, hacía que todas sus palabras sonaran a amenazas. Klin caminó lentamente hacia la mesa donde los restos de su almuerzo del mediodía seguían en una bandeja de plata.

—He estado leyendo los informes del saqueo —dijo Klin—. He visto que el tributo al rey Simeon extraído de tu establecimiento... Bueno, parece sorprendentemente pequeño.

—Mi antiguo príncipe puede tener una opinión exagerada de mis recursos —dijo el magíster Imaniel.

Klin sonrió.

—¿Lo has enterrado, o lo has sacado de contrabando?

—No sé lo que quieres decir, mi señor —dijo el magíster Imaniel.

—Entonces no te opondrás a que revise tus libros.

—Por supuesto que no. Estamos encantados de que Antea haya tomado la

autoridad que por derecho le pertenecía, y esperamos poder hacer negocios en una ciudad más amable y ordenada.

—Deberemos acceder a tu casa.

—Por supuesto.

Klin asintió.

—¿Entiendes que voy a tener que investigar hasta que encuentre la verdad de todo esto? Todo el dinero de tu banco está ahora sujeto al escrutinio de Antea.

—Me lo esperaba —dijo el magíster Imaniel—, pero espero que no te ofendas, mi señor, si te digo que me esperaba algo mejor.

—Esta es una ciudad rendida. Hacemos lo que debemos —se explicó Klin, y luego se dirigió al capitán de la guardia, a la izquierda de Geder—: Llévatelo a la cárcel pública. Mételo en el nivel inferior, donde todo el mundo pueda verlo. Si alguien trata de hablar con él, toma nota de lo que dicen y deténlo.

Geder vio cómo se llevaban al hombrecillo. No estaba seguro de si tenía que seguirlo o no. Pero Klin no lo había mirado a él, así que tal vez debía quedarse, después de todo.

—¿Has seguido la conversación, Palliako? —preguntó Klin cuando el banquero y los guardias ya se habían ido.

—¿El banco tenía menos dinero de lo esperado? —preguntó a su vez Geder.

Klin rio de una manera que Geder no sabía sin indicaba que se estaba burlando de él.

—Oh, está ahí. En algún lugar. Y, por lo que dijo el príncipe, había bastante. Lo suficiente como para pagar a las fuerzas mercenarias que necesitaban para sobrevivir a un asedio. Lo suficiente como para comprar las fuerzas de Maccia dos veces. Tal vez más que eso.

—Pero él se lo negó a su príncipe —dijo Geder.

—No lo hizo por lealtad hacia nosotros —explicó Klin—. Los banqueros no responden ante ningún trono. Pero si ha escondido el dinero en el fondo de algún canal, alguien habrá tenido que ayudarlo. Si está enterrado, alguien sabrá dónde. Si lo ha sacado de contrabando, alguien lo habrá transportado. Y cuando esa persona vea al director del banco en la cárcel, puede sucumbir al pánico y tratar de comprar su libertad.

—Ah —dijo Geder.

—Tú eres el hombre encargado de su detención, por lo que debes estar disponible durante estos próximos días —le explicó Klin—. Accesible. Y todo lo que escuches, cuéntamelo.

—Por supuesto, señor.

—Excelente —concluyó Klin. Entonces el silencio entre ellos se alargó demasiado, y Geder se dio cuenta de que debía marcharse.

Caminó de vuelta a la plaza, encontró un banco de piedra bajo un árbol de corteza oscura casi completamente deshojado y se sentó. Le dolía la pierna, pero no había insensibilidad en su muslo allí donde la sangre fresca o el pus se habían filtrado. Al otro lado de la calle, un grupo de jóvenes, primera sangre y timzinae mezclados como si ambas razas se encontraran perfectamente cómodas, fingió no verlo. Una bandada de cuervos graznó en las ramas de un árbol y luego se elevó por el aire oscuro como si sus alas fueran de humo. Geder golpeó el bastón contra el suelo, el breve choque de la empuñadura contra sus dedos fue extrañamente tranquilizador.

Durante los siguientes días, sería el cebo del anzuelo. Lo había entendido. Quizá los conspiradores del banquero tendrían la oportunidad de comprar para sí mismos la buena opinión de Antea. O tal vez se quedarán quietos. O, lo más probable, maquinaran algún accidente que afectaría a la cara visible del problema. Klin lo había puesto en peligro, sin llegar a hacer nada que lo amenazara explícitamente.

Aun así, durante unos días Geder tendría que hacer su recorrido por las calles y mercados y llamar al orden impuesto por Klin. Su escudero le había confiado el rumor de que había un librero en la parte meridional. Podría hacerle una visita, por fin. Y aunque tuviera que ir armado y con sus guardias, al menos podía ir.

Durante dos días, Geder vagó por las calles y los cafés y cervecerías de Vanai, pero con cuidado. En la iglesia, con las voces del coro flotando en el aire por encima de todos, él seguía teniendo cuidado de no dejar que nadie se sentara demasiado cerca de él en el banco. En el mercado, rebuscaba entre los libros medio podridos del tenderete de un librero de viejo, pero con un soldado a sus espaldas. Luego, al tercer día, un carretero llamado Olfreed llegó a sus habitaciones con el rumor de que un aliado muy conocido del Banco de Medea llamado maese Will había organizado una caravana.

Por primera vez, Geder oyó el nombre de Marcus Wester.

## CITHRIN

Distraída por el rigor de su disfraz y las riquezas ocultas en su carro, Cithrin no había sido cuidadosa.

—¿En qué estabas pensando, muchacho? —le preguntó el jefe de la caravana. Cithrin se miró los pies, con las mejillas ardiendo y la garganta reseca por la vergüenza. El polvo rojo del patio del caravasar cubría sus botas, y las hojas secas, orladas de escarcha, tapizaban el suelo.

—Lo siento —se disculpó, y el frío tornó blancas sus palabras.

—Son mulas —aclaró el jefe de la caravana—. Necesitan cuidados. ¿Cuánto llevan así?

—Pocos días —respondió ella, moviendo apenas los labios.

—¡Más fuerte, muchacho! ¿Cuánto tiempo?

—Pocos días —repitió Cithrin.

Hubo una pausa.

—Está bien. El carro de las provisiones se las puede arreglar con tres mulas en el tiro. Amarra el animal enfermo a un árbol, ahí fuera; yo te traeré otro para reemplazarlo.

—Pero si lo dejamos, morirá —se quejó Cithrin.

—Esa es la idea, sí.

—Pero no tiene la culpa. No puedes limitarte a abandonarlo para que muera solo.

—De acuerdo. Te traeré un cuchillo y así podrás desangrarlo.

El enfurecido silencio de Cithrin fue lo bastante elocuente. Los claros párpados interiores del jefe de la caravana se cerraron y abrieron una vez más, parpadeando sin apartar la vista de ella.

—Si prefieres dejar la caravana, por mí perfecto —dijo—. Ya vamos demasiado lentos. No voy a detenerme porque tú no seas capaz de mantener tu tiro en condiciones. Dímelo cuando te hayas decidido.

—No la abandonaré —prometió ella, sorprendida por lo que acababa de decir. Horrorizada porque lo pensaba. No podía dejar la caravana.

—Se trata de una mula.

—No la abandonaré.

Esta vez, las palabras le supieron mejor.

—Eres un idiota.

El jefe de la caravana se volvió, escupió y se alejó. Cithrin lo siguió con la mirada mientras regresaba a los muros de piedra y el tejado de paja del refugio. Cuando se hizo evidente que no volvería, la muchacha regresó al establo. La mayor de sus mulas estaba de pie en su cubículo, con la cabeza gacha. Su respiración era dificultosa e irregular. Cithrin se puso a su lado y le acarició el pelaje denso y áspero. La mula

levantó la cabeza, movió una oreja y la bajó otra vez.

Cithrin intentó imaginarse a sí misma amarrando el animal a un árbol y abandonándolo ahí para que la enfermedad y la nieve acabaran con él. Intentó imaginarse cortándole el cuello cálido y cubierto de pelo rizado. Y ahora ¿cómo llevaría el dinero a Carse?

—Lo siento —se disculpó Cithrin—. En realidad no soy carretero. No lo sabía.

Al principio creyó que la lentitud del carro era culpa suya, que la distancia que aumentaba cada tarde entre ella y el carro de delante se debía a que no le estaba exigiendo lo suficiente a su tiro cuando debía hacerlo o que se le escapaba alguna forma sutil de organizar las rotaciones. Solo cuando la mula de mayor tamaño tosió (un sonido húmedo y flemático), se dio cuenta de que el animal estaba enfermo. El magíster Imaniel había mantenido una casa religiosa, pero Cithrin rezó para que el animal se recuperara por sí solo.

No lo hizo.

El caravasar —una ruina apenas cuidada por quienes pasaban por ahí— se encontraba en la inclinada ladera de una amplia colina, en las estribaciones de la elevada cordillera de nevados picos que señalaba el fin de las Ciudades Libres y el comienzo de Birancour. Incluso en ese momento, a lo lejos, sobre el horizonte, se elevaban las cimas azuladas. El paso a través de esas montañas constituía el camino más corto entre Vanai y Carse.

Carse. Para Cithrin, la palabra misma había adquirido un significado casi religioso. Carse, la gran ciudad de la Costa Norte, sobre el tranquilo mar. Lugar de blancas torres sobre acantilados de caliza, sede del Consejo de Eventide, de la Tumba de los Dragones. Sede del Banco Medeano y el final de su carrera como contrabandista y asilada. Jamás había estado allí, pero sentía que su añoranza por Carse era como el deseo de volver a casa.

Podía irse sola. Tendría que hacerlo. Pero no conocía el camino. Ni cómo cuidar de una mula enferma. Ni qué haría si otro grupo de bandidos surgía del bosque. La mula se estremeció con una gran bocanada y después tosió. Fue una tos profunda, húmeda y áspera. Cithrin se acercó y le frotó las orejas grandes y suaves.

—Podemos encontrar un camino —dijo, tanto para ella como para el animal—. Saldrá bien.

—Probablemente —le cortó una voz masculina.

El curandero, maese Kit, estaba de pie en la puerta del establo y, junto a él, la mujer llamada Opal. Cithrin avanzó medio paso hacia la mula y colocó su brazo sobre el cuello inclinado del animal, como para protegerlo. O para sentirse protegida. Una excitación ansiosa le aceleró la respiración.

—¿Así que esta es la pobrecita? —preguntó Opal, mientras apartaba al curandero con un empujón—. Parece cansada, ¿no?



Cithrin asintió, y bajó la mirada para evitar la de la mujer. Opal se deslizó dentro del cubículo, rodeó la mula e hizo una pausa para colocar su oído contra el flanco de la bestia. Luego, cantando en voz baja una canción cuyas palabras Cithrin no reconoció, la mujer se arrodilló junto a la cabeza de la mula y le abrió suavemente la boca.

—Opal se ocupa de nuestro tiro, cuando lo tenemos —explicó maese Kit—. Cuando se trata de cosas que llevan cascos, confío en ella.

Cithrin asintió, dividida entre un arrebató de gratitud y la incomodidad por hallarse tan cerca de la guardia. Opal se levantó y olfateó con atención las orejas de la mula.

—Tag, ¿no es así? —le preguntó, y Cithrin asintió—. Bien, Tag, ¿puedes decirme si se inclinaba hacia un lado al andar? ¿Tuviste que enderezarla?

Cithrin intentó recordar, y luego negó con la cabeza.

—Eso es bueno —respondió Opal, y después se dirigió a maese Kit por encima de su hombro—. No creo que el problema sean las orejas, y eso es bueno. Su respiración es sibilante, pero no tiene líquido en los pulmones. Yo diría que si la mantienes caliente un par de días, se pondrá fuerte como un roble. Pero necesita más mantas.

—Dos días —dijo maese Kit—. Me sorprendería que el capitán Wester estuviera de acuerdo con eso.

La respiración trabajosa de la mula y el susurro de la brisa matutina entre las ramas hendían el silencio. Cithrin sintió que el nudo en su estómago se ceñía y se transformaba en algo semejante a la náusea.

—A nadie le importará que haya un guardia menos —dijo Opal—. Me quedaré con Tag y, cuando la mula esté lo bastante bien, os alcanzaremos. No nos llevará más de uno o dos días, y un carro con un buen tiro se mueve con mayor rapidez que toda una caravana.

El curandero se cruzó de brazos, reflexionando. Cithrin sintió un arrebató de esperanza.

—¿Puedes hacerlo? —le preguntó maese Kit. Su mirada era amable, y su voz suave como la vieja franela.

—Sí, señor —respondió Cithrin, manteniendo el tono de su voz bajo y masculino. El curandero asintió.

—Supongo que no habrá ningún problema en proponerlo. Pero tal vez debieras dejar que fuese yo quien lo hiciera, Tag, ¿no te parece?

Ella movió la cabeza con gesto afirmativo, y el anciano sonrió. Se dio la vuelta y se dirigió de regreso a las habitaciones. Cithrin, Opal y los animales se quedaron solos.

El alivio redujo sus temores. A su manera, quizá no fuera tan malo. Con Opal

vestida de cuero, y Cithrin disfrazada de hombre, no era probable que levantaran sospechas. Solo serían unos cuantos días lejos de la compañía mayor, por lo que todo lo que tendría que hacer era evitar que Opal la descubriera. Y la supuesta diferencia de sexo ofrecería una excusa verosímil para la intimidad.

Sin embargo, el temor no se desvaneció del todo. Provenía, se dijo, de saber más que la gente que la rodeaba. Casi podía oír al magíster Imaniel sentado durante la cena con Cam y Besel, diseccionando el modo preciso en que un mercader, o un prelado, se había conducido de manera diferente a la prevista y qué se seguía de que lo hubiera hecho. Cithrin sabía que Tag, el carretero, transportaba riquezas suficientes como para comprar un pequeño ejército, pero nadie más lo sabía. El riesgo de quedarse rezagado con respecto a la caravana no era mayor que el que correría si realmente hubiera transportado un cargamento de lana sin teñir. Si creía tener menos posibilidades se debía al único hecho de saber lo mucho que había en juego. No la habían descubierto. Nadie la buscaba, ni a ella ni a su cargamento, la mula se curaría y ella no tendría que vérselas sola con un viaje a Carse. Todo saldría bien.

—¿Es la primera vez que sales? —preguntó Opal.

Cithrin la miró y asintió.

—Bueno, no dejes que eso te preocupe, cariño —le aconsejó la guardia—. Nosotros cuidamos de los nuestros.

A Cithrin solo se le ocurrió después de varias horas preguntarse por qué una escolta mercenaria incluiría a un carretero medio competente entre «los nuestros». Para entonces, el plan ya estaba en marcha, y la caravana, con el capitán Wester y maese Kit, había partido por el camino en dirección a las montañas y a Carse.

Pasaron el día atendiendo al animal enfermo. Calentaron el establo, le dieron friegas a la mula, y la obligaron a tomarse un extraño brebaje que olía a alquitrán y regaliz. Al caer la tarde, el animal mantenía la cabeza más erguida, y su tos parecía menos violenta. Esa noche, Cithrin y Opal durmieron en los establos, envueltas en mantas delgadas. Un antiguo brasero de hierro situado entre las dos irradiaba el calor suficiente como para impedir que la estancia se helase, pero justo lo suficiente. En la oscuridad de fuera, algo chilló solo una vez, y nada más. Cithrin cerró los ojos, apoyando la cabeza sobre un brazo y deseó dormirse. Envidiaba la respiración lenta y regular de Opal. Su cuerpo estaba tenso y temblaba mientras su mente iba de un temor a otro, evocando cientos de posibles catástrofes. Los bandidos que habían asaltado la caravana podían llegar durante la noche, violarlas y asesinarlas a ambas, y huir con el dinero del banco. Opal podía descubrir su secreto y, loca de codicia, abrirle la garganta. La mula podía sufrir una recaída y dejarla tirada en el frío del otoño.

Cuando por fin llegó un alba baja y gris, Cithrin no había dormido. Le dolía la cabeza y sentía como si le hubieran golpeado la espalda con una maza. Opal,

canturreando para sí misma, reavivó el fuego, hirvió un cazo con agua y un puñado de hojas dentro, y revisó a su paciente. Cuando Cithrin se le unió, la mula se notaba más fría al tacto, tenía los ojos más brillantes y su cabeza se erguía en el ángulo más habitual. En el cubículo contiguo, la otra mula se aclaró la garganta y refunfuñó.

—¿También se va a poner enferma? —preguntó Cithrin. La sola idea le daba ganas de ponerse a llorar.

—Es posible, pero todavía no lo está —respondió Opal—. Tal vez solo esté celosa de que la otra se esté llevando toda la atención.

—Entonces, ¿nos vamos? Quiero decir, ¿es seguro volver a la caravana?

—Esta tarde, quizá —respondió Opal—. Es mejor que dejemos que recobre sus fuerzas poco a poco. Empezaremos con solo medio día de marcha.

—Pero...

—Ya lo hemos hecho antes. Los alcanzaremos antes de que crucen el paso. Se detendrán en Bellin, y enviarán exploradores.

El nombre le sonaba a Cithrin, pero no podía situarlo. Opal la estudió rápidamente.

—Bellin —dijo—. El poblado mercantil situado justo antes del paso. En realidad no tienes mucha idea de caravanas, ¿verdad?

—No —respondió Cithrin, deprimida y a la vez avergonzada de estar así.

—Bellin no es gran cosa, pero es amable con los viajeros. Maese Kit nos tuvo ahí una vez durante un mes. Llegaba gente nueva, del camino, cada pocos días; nadie se queda mucho tiempo. Era como una compañía en movimiento, pero sin moverse.

Una ráfaga de viento frío hizo revolotear la paja del suelo. Las brasas del brasero se avivaron, y la delgada llama bailó. Cithrin se notaba lenta de reflejos y pesada por la fatiga. ¿Qué haría una compañía de guardias durante un mes con viajeros de paso, mercaderes y misioneros? ¿Protegerlos dentro de los muros de la villa, donde menos lo necesitaban?

—Tengo que... —dijo Cithrin—. Revisar el... revisar el carro.

—Asegúrate de que no se haya ido a ninguna parte —comentó Opal, como si estuviera de acuerdo.

En la práctica, estar a solas con Opal era mejor que estar con toda la caravana. Con solo una persona a quien vigilar, Cithrin podía encontrar momentos en los que bajar la guardia, ser ella misma en vez de Tag. Cuando llegó el momento y les colocaron los arreos a las mulas, no fue muy diferente de estar sola. Opal fue casi la única que habló, y la mayor parte de la conversación trató de cómo manejar el tiro. Cithrin sabía que Tag se habría aburrido con las lecciones, pero ella las devoró. En el primer medio día aprendió cien cosas que había estado haciendo mal. Cuando se fueron a la cama, esa noche, en un amplio prado junto al camino, conducía carros mucho mejor que en todo el tiempo transcurrido desde que saliera de Vanai.

Quería darle las gracias a la guardia por lo que había hecho, pero temía no poder detenerse si comenzaba. La gratitud se transformaría en amistad, y esta, en confesión, y entonces todos sus secretos saldrían a la luz. En cambio, se aseguró de que Opal tuviera la mejor comida y el lugar más mullido para dormir.

En la oscuridad, las dos yacían sobre la mullida lana. La luna y las estrellas habían desaparecido, envueltas por las nubes, y la oscuridad era absoluta. La mente de Cithrin brincaba de un lado a otro, debilitada por el agotamiento. Y pese a ello, el sueño tardó en llegar. A mitad de la noche, sintió el cuerpo de Opal junto al suyo y se despertó presa del pánico, temerosa de que la guardia estuviese atacándola, seduciéndola o ambas cosas a la vez, pero la mujer solo tenía frío y estaba medio dormida. Cithrin pasó el resto de la noche atraída por la calidez del cuerpo de Opal e intentando mantenerse lejos de él por temor a comprometer su disfraz.

En la oscuridad, las semanas que mediaban entre ella y Carse parecían eternas. Se imaginaba que podía sentir los barriles y las cajas escondidas bajo su cuerpo. Los libros y los estantes, la seda y las hojas de tabaco, y las especias. Las gemas y las joyas. El peso de la responsabilidad y el temor eran como si alguien le oprimiera el pecho. Cuando, justo antes del alba, consiguió quedarse dormida lo bastante profundamente como para soñar, se encontró en el borde de un acantilado, intentando evitar que un centenar de bebés que se movían torpemente se lanzaran al abismo.

Despertó con un grito. Despertó bajo la nevada.

Del cielo caían copos grandes y gruesos, grises contra el blanco de las nubes. Los árboles los atrapaban y las cortezas parecían tornarse negras por el contraste. El jade de dragón del camino había desaparecido, y solo un espacio limpio entre los troncos indicaba su ruta. El horizonte se había borrado. Opal ya les estaba colocando los arreos a las mulas.

—¿De verdad podemos viajar así? —preguntó Cithrin, quien se olvidó de fingir la voz.

—Será mejor que lo hagamos. A menos que prefieras quedarte aquí.

—Aun así, ¿es seguro?

—Es más seguro que la alternativa —contestó Opal—. Ayúdame con esta hebilla. Tengo la mano casi congelada.

Cithrin bajó del carro e hizo lo que le decía. Poco tiempo después siguieron su camino. Las grandes ruedas de hierro del carro estaban cubiertas de nieve, y las mulas comenzaron a echar vapor. Sin discusión de por medio, Opal había tomado las riendas y el látigo. Cithrin estaba a su lado, acurrucada y abatida.

—La buena noticia es que así no tendremos bandidos.

—¿En serio? ¿Y cuál es la mala? —preguntó Cithrin con acritud.

Opal la miró atenta, los ojos como platos por el asombro y el deleite. Cithrin se percató de que eso era lo más parecido a una broma que había hecho desde que la

caravana dejara Vanai. Se ruborizó y la guardia, a su lado, se rio.

Bellin constaba de apenas media docena de edificios. El resto del pueblo se agazapaba en el interior de un amplio acantilado, sus puertas y ventanas talladas en la roca gris miles de años antes por manos no humanas. El hollín tiznaba el muro, en el que las chimeneas se elevaban hacia el mundo exterior. La nieve se aferraba a las enormes runas grabadas en la falda de la montaña, un tipo de escritura que Cithrin no había visto hasta entonces. Las propias cumbres resultaban invisibles más allá de una sensación de acechante oscuridad en el interior de la tormenta. Los familiares carros de la caravana eran puntos negros contra el paisaje blanco. Los caballos y los carreteros ya se habían refugiado dentro de la roca. Cithrin ayudó a Opal a dejar el carro en su sitio, desenganchar las mulas y guiarlas con seguridad al establo en el que las otras bestias de la caravana ya estaban protegidas.

Los guardias estaban ahí, sentados alrededor de una forja con brasas. Mikel y Hornet, maese Kit y Smit. Sandr les sonrió a las dos cuando entraron, y el tralgu segundo en el mando alzó una ancha mano sin dejar su conversación con la mujer de cabellos largos, Cary. El placer de Opal al verlos casi alegró también a Cithrin.

—Tiene que haber algo —dijo Cary, y Cithrin pudo percatarse de que no era la primera vez que lo decía.

—No hay nada —gruñó Yardem—. Las mujeres son más pequeñas y débiles. Ningún arma puede transformar eso en una ventaja.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó Opal, sentada junto a la forja abierta. Cithrin se sentó en el banco, a su lado, y solo después se dio cuenta de que esa era la misma posición en que estaban en el carro. Maese Kit chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Creo que Cary preferiría entrenar con armas que sacaran mejor provecho sus capacidades naturales —dijo maese Kit.

—Como ser pequeña y débil —añadió Sandr. Sin mirarlo, Cary le lanzó un puñado de tierra a la cabeza.

—El arco corto —remató Cary.

—Para tensar un arco hay que tener fuerza —comentó Yardem. Parecía a punto de disculparse—. Con un tirachinas y una piedra, la fuerza es menos importante, pero aún importa. Una lanza tiene mayor alcance, pero requiere más músculos. Una espada exige menos fuerza, pero requiere más alcance. Una mujer fuerte y grande es mejor que un hombre pequeño y débil, pero no existe ningún arma natural femenina.

El tralgu se encogió de hombros con un gesto profuso.

—Tiene que haber algo —dijo Cary.

—No hay nada —respondió Yardem.

—El sexo —propuso Sandr con una sonrisa. Cary le lanzó otro terrón a la cabeza.

—¿Cómo están tus mulas, Tag? —preguntó maese Kit.

—Mejor —contestó Cithrin—. Mucho mejor. Gracias a Opal.

—No ha sido nada —dijo Opal.

—Me alegro de que haya funcionado —replicó maese Kit.

—Estaba comenzando a preocuparme por haberos abandonado.

—Eso no habría ocurrido —terció una voz, detrás de ellos.

Cithrin se volvió en su asiento y el pecho se le cerró de ansiedad. El capitán Wester entró en la estancia dando largas zancadas. La nieve cubría su amplia capa de piel y se apelmazaba en su cabello. Tenía la cara tan brillante que parecía que el frío le hubiera dado una bofetada. Avanzó hacia el calor, frunciendo el ceño.

—Bienvenido, señor —dijo el tralgu. El capitán se limitó a asentir.

—Entiendo que la exploración no ha dado muy buenos resultados —aventuró maese Kit.

—No peores de los previstos —contestó Marcus Wester—. El jefe de la caravana está informando a los demás ahora mismo. No se puede atravesar el paso. Ni se podrá cruzar durante meses.

—¿Qué? —exclamó Cithrin, con su voz aguda y sorprendida. Intentó tragarse la palabra tan pronto como la hubo dicho, pero el capitán no le prestó mayor atención.

—La nieve llegó pronto, tardamos demasiado y no tuvimos suerte —dijo—. Conseguiremos un lugar donde almacenar la mercadería y literas para el resto de nosotros. No hay mucho espacio, así que estaremos apretados. Partiremos hacia Carse en primavera.

Primavera. La palabra golpeó a Cithrin en el estómago. Observó cómo bailaban las llamas en la forja, sintió un hilillo de nieve derretida bajarle por la espalda. Una risa desesperada borboteó en el fondo de su garganta. Si la dejaba salir, se transformaría en lágrimas y no se detendría. Tendría que estar disfrazada toda una estación. Transportar todo lo que había en su carro a un almacén y volver a cargarlo sin que la descubrieran. Meses, en lugar de semanas, hasta Carse.

«No voy a ser capaz», pensó.

## MARCUS

La noche no tardó en caer. Solo habían vaciado la mitad de los carros, y el jefe de la caravana se subía por las paredes. Marcus no creía que fuese a haber problemas. La tormenta había llegado desde el oeste, y las montañas le exprimirían la mayor parte de la nieve. Puede que en Birancour estuvieran haciendo túneles desde los tejados, pero Bellin se encontraba bien resguardada. Estarían bien. Por lo menos, en lo tocante a la nieve.

Yardem había organizado barracas separadas para los «guardias». Eran dos pequeñas habitaciones con una chimenea compartida, pero en el poblado propiamente dicho, un cómodo refugio contra la ladera de roca viva. Las espirales talladas en la piedra recogían la luz del hogar y los muros parecían respirar y danzar. Marcus se quitó las botas mojadas y se recostó, quejándose. Los demás estaban a su alrededor, holgazaneando y conversando, y negociando para conseguir los mejores lugares donde dormir. El descanso de los actores no era en absoluto diferente del de los auténticos guardias, y sus bromas eran mejores. Hasta Yardem parecía un poco relajado, y eso no era frecuente.

Con todo, la tarea de Marcus no había acabado.

—Reunión —dijo—. Nuestro trabajo ha cambiado. Es mejor que lo hablemos en detalle ahora y que no nos sorprenda después.

La charla se atenuó. Maese Kit se sentó junto al fuego. Tenía el pelo gris y áspero. Era como si el humo se hubiera detenido.

—No sé cómo podrá pagar esto la caravana —se preguntó el actor—. Aun con habitaciones pequeñas, esto costará lo mismo que cuidarnos y alimentarnos durante toda una estación.

—Es posible que pierdan dinero —dijo Marcus—. Pero eso es problema del jefe de la caravana, no nuestro. No estamos aquí para ganar dinero. Solo para mantenerlos a todos a salvo. Si nos ponemos en camino nos arriesgamos a enfrentamientos con bandidos. Si permanecemos refugiados durante el invierno nadie se pondrá ansioso ni se acostará con otro, ni pondrá celoso a nadie más, ni se le meterá en la cabeza hacer demasiadas trampas a las cartas.

Smit, el actor de los mil papeles, puso cara larga.

—¿Haremos de guardias o de niñeras? —preguntó.

—Haremos todo lo que sea necesario para que la caravana llegue a Carse sana y salva —se comprometió Marcus—. Los protegeremos de nosotros mismos, si es necesario.

—Mmm. Buena frase —dijo Cary, la mujer delgada—. «Los protegeremos de nosotros mismos, si es necesario».

Marcus entornó los ojos y frunció el ceño.

—Están escribiendo una obra nueva —aclaró maese Kit—. Una pieza cómica sobre una compañía de actores contratados para simular que son escoltas de caravanas.

Yardem refunfuñó y movió una oreja. Tal vez molesto, tal vez divertido. Acaso ambas cosas. Marcus decidió obviar el comentario.

—Disponemos de una docena y media de carreteros —dijo Marcus—. Añadamos al jefe de la caravana y su esposa. Habéis viajado con esta gente durante semanas. Los habéis custodiado. Los conocéis. ¿Qué problemas vamos a tener?

—El hombre que transporta mineral de estaño —comentó Smit—. Ha estado buscando pelea desde que topamos con aquellos salteadores. No se pasará toda una estación sin encontrarla, a menos que alguien empiece a compartir su lecho o le dé una buena lección.

—Soy de la misma opinión —convino Marcus, y se permitió un momento de placer. Los actores eran mucho más perceptivos que un hombre normal. Dadas las circunstancias, eso sería una ayuda—. ¿Qué más?

—El cuarto de sangre dartinae —dijo Opal, la mujer mayor que estaba al mando—. Ha estado evitando los sermones del jefe de la caravana casi tanto como tú, capitán. Una dieta permanente de escrituras no va a sentarle demasiado bien.

—La chica de las patillas falsas —comentó Mikel, el muchacho delgado—. Parece extremadamente frágil.

—Ah, sí. Ella —dijo Cary.

—Y sabe Dios qué es lo que transporta realmente —se preguntó Opal con total acuerdo en su tono—. Se pone nerviosa como un gato cada vez que alguien se acerca demasiado a su carro. Y no dice ni una palabra sobre ello.

Marcus levantó una mano, ordenando silencio.

—¿Quién?

—La chica de las patillas falsas —respondió maese Kit—. La que se hace llamar Tag.

Marcus miró a Yardem. La expresión del tralgu reflejaba su propio e inexpresivo asombro. Marcus levantó una ceja. «¿Lo sabías?». Yardem negó una vez con la cabeza. Sus pendientes tintinearón. «No».

«Y sabe Dios qué es lo que transporta realmente».

—Yardem, ven conmigo —lo invitó Marcus, y se calzó las botas de nuevo.

—Sí, señor —murmuró sordamente el tralgu.

Los carreteros y el jefe de la caravana se encontraban en una red de habitaciones y túneles aparte. Marcus atravesó las salas y las estancias comunes veladas por el humo, con Yardem junto a él. Los demás guardias o actores, o lo que fueran, les seguían como niños jugando al corre que te pilló. Con cada habitación en la que Tag no estaba, Marcus sentía que se le erizaba el vello de la nuca. Recapituló acerca de



todo lo que había sucedido en el camino, de cada ocasión en que había hablado con el muchacho, y de todo lo que el jefe de la caravana le había dicho sobre él. Había muy poco. Casi nada. El muchacho se había mostrado muy reservado sobre sí mismo y, lo que era más importante, sobre su carro.

La última de las habitaciones alquiladas se asomaba a la oscuridad y a las colinas tapizadas de nieve. Marcus oyó detrás de sí las voces agudas y excitadas de los carreteros que le preguntaban qué estaba pasando. El aire frío y húmedo olía tanto a lluvia como a nieve. Los relámpagos delineaban el horizonte.

—No está aquí, señor.

—Ya veo.

—No puede haberse ido —dijo Opal desde detrás de él—. La chica apenas sabe cómo guiar el carro sin ponerles a las mulas algún reclamo que puedan seguir.

—El carro —dijo Marcus, saliendo a la penumbra.

Los carros que no habían sido descargados estaban cerca de los almacenes de piedra inferiores. Estaban cubiertos bajo una capa de quince centímetros de nieve, lo que los hacía parecer más altos de lo que eran en realidad. Marcus avanzó con sigilo entre ellos. Detrás de él, alguien encendió unas antorchas; el fuego siseaba bajo la nieve que aún caía. La sombra de Marcus temblaba y danzaba sobre el carro de la lana. La nieve que había sobre el pescante no llegaba a los tres centímetros de espesor. Marcus encajó un pie en el aro de hierro junto a la rueda y subió. Una vez arriba, echó la lona hacia atrás. Tag yacía hecha un ovillo, como un gato. Ahora que lo habían dicho, Marcus podía distinguir el lugar donde las patillas estaban colocadas de modo desigual, la irregular tinte del pelo. Lo que había sido un muchacho primera sangre, desnutrido y medio lerdo, resultó ser una muchacha con sangre cinnae.

—Qué... —comenzó la muchacha, y Marcus la cogió por los hombros y la puso de pie. Los labios de la chica estaban azules por el frío.

—¿Yardem?

—Aquí estoy, señor —dijo el tralgu desde el costado del carro.

—Cógela —lo retó Marcus, y la lanzó con un empujón. La muchacha aulló al caer, y Yardem la sujetó por el cuello con una llave de lucha. Los alaridos de ella eran salvajes, y Yardem gimió una vez, cuando lo alcanzó un golpe afortunado. Marcus no le prestó atención a la pelea. La lana estaba húmeda y hedía a moho. Levantó rollo tras rollo, y los dejó caer todos al suelo. Los gritos de la chica se hicieron más agudos y después se detuvieron. La mano de Marcus encontró algo duro.

—Pásame una antorcha —le ordenó.

En lugar de ello, maese Kit trepó hasta su lado. La expresión del anciano no le decía nada. A la luz de la antorcha, Marcus levantó la caja. Acacia de madera negra, con un pasador de hierro y fuertes bisagras de cuero. Marcus desenvainó su daga y

cortó las bisagras hasta que hubo suficiente juego como para empujar la hoja entre la tapa y la base de la caja.

—Cuidado —advirtió maese Kit, mientras Marcus presionaba con fuerza el cuchillo.

—Demasiado tarde —se lamentó Marcus, y el cierre se abrió con un chasquido. La caja estaba abierta y destartada. Dentro, relucían y brillaban mil trozos de cristal tallado. No. Cristal no. Gemas. Granates y rubíes, esmeraldas y diamantes y perlas. La caja estaba llena hasta el borde. Marcus bajó la vista hacia el hueco que había dejado en la lana y la nieve. Había más cajas como aquella. Docenas de ellas.

Miró a maese Kit. El anciano tenía los ojos muy abiertos por la impresión.

—Bien —se limitó a decir Marcus, y dejó caer la tapa de la caja—. Vamos.

En el suelo, los demás guardias se apiñaban alrededor de Yardem y la chica. Este todavía sostenía a la muchacha entre sus anchos brazos, listo para estrangularla hasta que perdiera el conocimiento. La expresión de las mandíbulas de la chica era toda desafío y tristeza. Marcus cogió un pellizco de patillas de su mejilla, lo frotó entre los dedos y lo dejó caer al suelo. Junto a la masa del tralgu, ella no parecía más que una niña. Sus ojos se encontraron con los de Marcus, y él vio el ruego. Algo peligroso se agitó en su pecho. No era ira, no era indignación. Ni siquiera pena. Un recuerdo tan vivido y brillante que resultaba doloroso. Se dijo que debía alejarse.

—Por favor —rogó la muchacha.

—Kit —dijo él—. Llévala adentro. A nuestras habitaciones. Que no hable con nadie; ni siquiera con el jefe de la caravana.

—Como digas, capitán —acató maese Kit. Yardem aflojó la presión y dio medio paso hacia atrás. Sus ojos estaban fijos en la chica, preparado para inmovilizarla de nuevo si intentaba atacar. Maese Kit extendió una mano hacia ella—. Ven, cariño. Estás entre amigos.

La muchacha dudó, su mirada iba de Marcus a Yardem, de este a maese Kit y otra vez a Marcus. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero no sollozaba. Marcus había conocido a otra muchacha que había llorado del mismo modo. Alejó de sí aquel pensamiento. Maese Kit se la llevó. Los demás, como si los guiara la costumbre, siguieron al jefe de los actores y dejaron solos a los soldados.

—El carro —dijo Marcus.

—Nadie se acercará a él, señor —se comprometió Yardem.

Marcus entrecerró los ojos, dirigidos hacia la nieve que caía.

—¿Qué edad crees que tiene?

—Es medio cinnæ, así que es difícil saberlo —murmuró sordamente Yardem—. Dieciséis veranos. Diecisiete.

—Eso creo yo también.

—La misma edad que tendría Merian.

—Más o menos.

Marcus se volvió hacia el acantilado. La luz brillaba débilmente en las ventanas excavadas en la roca y la antigua escritura cubierta de nieve grabada en la pared del acantilado brillaba con un gris profundo contra el negro.

—¿Señor?

Marcus se volvió. El tralgu ya estaba sentado sobre el pescante, envolviéndose en la lana según el estilo de los nómadas de Pût, para mantener su cuerpo templado y el brazo de la espada libre.

—No dejes que lo que sucedió en Ellis afecte tu juicio. No es tu hija.

Dentro del pecho de Marcus la emoción se agitó inquieta, como un bebé al que se molesta durante el sueño.

—Nadie lo es —respondió, y desapareció en la oscuridad.

Una taza de sidra caliente, la comprensiva atención de maese Kit y media hora bastaron para que surgiese toda la historia. El Banco Medeano, la muerte del carretero original y la huida desesperada de la contrabandista hacia Carse. La muchacha lloró durante la mitad del relato. Había abandonado el único hogar que había conocido y lo más parecido a una familia que había tenido. Marcus lo escuchó todo de brazos cruzados, el ceño fruncido marcándole la cara. Lo que le atraía eran los pequeños detalles relativos a ella: el modo en que su voz se hacía más fuerte cuando hablaba de las letras de cambio y el problema del transporte de capitales, el hábito de apartarse el pelo de los ojos aun cuando no estuviese ahí, y el protector ángulo de los hombros y el cuello.

Cuando ella terminó, Marcus la dejó con los actores, cogió a maese Kit por el hombro y lo guió afuera a través de los estrechos corredores que entretejían las rocas de Bellin. En cada recodo, la oscuridad era interrumpida por velas. Había luz suficiente como para ver adónde iban, aunque no los pasos individuales que los llevarían hasta allá. Pero la lenta caminata convenía a las necesidades actuales de Marcus.

—¿Lo sabías? —preguntó Marcus.

—Sabía que la chica viajaba disfrazada.

—No dijiste nada.

—No lo creí extraño. Con arreglo a mi experiencia, la gente asume papeles y los abandona con mucha frecuencia. Piensa en mi propia situación en la caravana.

Marcus exhaló un largo y lento suspiro.

—Está bien. Tendré que informar al jefe de la caravana. No podemos quedarnos aquí.

—No te ofendas, capitán, pero ¿por qué no? A mi modo de ver, la misión de la caravana sigue siendo la misma. Ahora que conocemos el problema, tal vez podríamos ayudar a la chica a mantener el engaño. Podríamos esconder el

cargamento hasta la primavera y seguir como si nada hubiera pasado.

—Las cosas no funcionan así.

—¿Qué es lo que no funciona así, capitán? —quiso saber maese Kit. Marcus se detuvo en una curva cerrada. La única vela daba a las líneas excavadas en el muro un aspecto vivo y alerta. Bajo la tenue luz, el rostro del actor era ocre y oscuro.

—El mundo no funciona así —dijo Marcus—. Nunca se tiene tanto dinero sin que mane sangre de él. Al final, uno de nosotros se volverá codicioso. Y aun si eso no ocurriese, alguien estará buscando ese carro.

—Pero ¿cómo la van a encontrar si no nos buscan? —preguntó maese Kit. Marcus se percató de que el hombre no había discutido los peligros de la codicia y la traición.

—¿Quieres mi teoría? Oirán historias acerca de una caravana escoltada por el héroe de Gradis y Wodford. Y con un curandero que puede desviar las flechas y controlar el poder de los árboles.

El pesar de la cara del actor le indicó a Marcus que su argumento era convincente.

—No te contraté para esto —dijo Marcus—, pero necesito que te quedes conmigo.

Maese Kit frunció los labios, dudó durante un buen rato, y después se volvió y se alejó en la oscuridad hacia los aposentos del jefe de la caravana. Marcus lo siguió. Durante casi un minuto, sus pasos fueron los únicos sonidos que se oyeron.

—¿Y qué plan tienes? —preguntó maese Kit con una voz prudente. Marcus asintió para sí. Por lo menos no había sido un no.

—Ir hacia el sur —respondió Marcus—. El oeste está cubierto de nieve; el este, detrás, en dirección a quienquiera que nos esté siguiendo. Al norte están los Páramos Desiertos en invierno. Diremos que llevaremos nuestras mercaderías a Maccia o Gilea, y que intentaremos venderlas en los mercados, en lugar de esperarnos hasta llegar a Carse. Iremos al este, y luego al sur.

—No conozco ningún camino que vaya hacia el sur hasta...

—Caminos, no. Tenemos que apartarnos de las sendas del dragón y usar las veredas de las granjas y los senderos locales que llevan hasta el mar Interior. Hay un paso, a lo largo de la costa, que no se hiela nunca. Nos dejará en Birancour en cuatro semanas, si sigue frío. Cinco, si se funde lo bastante como para ponerse lodoso. No les gusta que las bandas armadas crucen la frontera, por lo que si alguien nos estuviera siguiendo podrían hacerlos volver. Una semana más y estaremos en Porte Oliva. Se trata de una ciudad lo suficientemente grande como para desaparecer en ella durante el invierno. O, si los caminos son decentes, podemos continuar hacia la Costa Norte y Carse.

—Parece el camino largo —dijo maese Kit. El vestíbulo se abrió hacia una cámara más amplia en la que desembocaban varios pasadizos y una lámpara de aceite

colgaba de un soporte de hierro forjado. Maese Kit se detuvo bajo la luz, y se volvió hacia él. La cara del hombre era amable y seria—. Me pregunto si has tenido en cuenta la otra opción.

—No veo ninguna otra.

—Podríamos hacer una visita al carro, llenarnos los bolsillos y las bolsas, y desaparecer como el rocío. Lo que quedase, podríamos dejarlo en un almacén y que fuese problema de otro.

—Eso podría ser lo más prudente —dijo Marcus—. Pero ese no es nuestro trabajo. Mantendremos la caravana a salvo hasta que llegue a su destino.

Marcus podía ver el escepticismo en la contrariada cara del actor, así como su triste sonrisa. Marcus sabía que ese era el instante decisivo. Si el actor se negaba, no quedaban muchas alternativas.

Maese Kit se encogió de hombros.

—Entonces, supongo que debemos decirle al jefe de la caravana que sus planes se han modificado.

La caravana partió justo antes de mediodía, bajo un cielo encapotado y gris. Marcus cabalgaba delante. Todavía le dolía la cabeza por una noche de sueños tan familiares como crueles. Sangre y fuego. Los gritos agónicos de una mujer y una niña que llevaban doce años convertidos en polvo. El olor del pelo quemado. Habían pasado años desde que se despertara llamando a su esposa y su hija. A Alys y Merian. Había albergado la esperanza de que las pesadillas se hubiesen ido para siempre, pero resultaba obvio que habían regresado, al menos de momento.

Ya las había soportado antes. Podía hacerlo de nuevo.

El jefe de la caravana estaba sentado a su lado. El vapor blanco de su respiración entraba y salía a destiempo. Los cuervos los miraban desde los árboles cargados de nieve, cambiando la posición de las alas como ancianos. La nieve estaba húmeda, pero sobre el camino no tenía más de treinta centímetros de espesor. Lo peor vendría cuando dejaran las sendas del dragón.

—No me puedo creer que vayamos a hacerlo —repitió el jefe de la caravana por centésima vez—. Ni siquiera me lo mencionaron.

—No pensaron que fueras un contrabandista —dijo Marcus.

—Pensaron que era un imbécil.

—Como yo —añadió Marcus. Y después, ante la irritada mirada del Timzanae—: No... Quiero decir un imbécil como yo, que ellos pensaron que yo era un imbécil, no que yo también te tomaba a ti por imbécil.

El jefe de la caravana se hundió en un silencio acre. Los acantilados de Bellin se desdibujaron detrás de ellos. Prometía ser un invierno terrible. Cuando se detuvieron para pasar la noche, mientras levantaban las tiendas bajo el ocaso que se perdía

rápidamente, Marcus atravesó el campamento seguido por Yardem. Cuando se acercaban, las conversaciones se detenían. Las sonrisas eran falsas y poco convincentes. El resentimiento empapaba la caravana como el aceite al pábilo. No era peor de lo que había previsto. Cuando llegó a su tienda, ella lo estaba esperando.

Tag, el carretero, se había esfumado, había desaparecido del mundo como si no hubiera existido jamás. Los actores la habían ayudado a lavarse el tinte del cabello y, sin esas patillas que parecían líquenes, su cara se veía ahora despejada de una forma casi antinatural. Su juventud y su sangre cinnae conspiraban para darle un aire retozón, pero en pocos años se convertiría en una mujer.

—Capitán Wester —dijo ella, y tragó nerviosamente—. No he podido decirle cuánto agradezco todo esto.

—Es mi trabajo —aclaró Marcus.

—Igualmente, es más de lo que podría haber pedido y... Gracias.

—Aún no estás a salvo —dijo Marcus, con una intensidad mayor de la que había en su intención—. Guarda tu gratitud hasta entonces.

La muchacha se ruborizó. Sus mejillas eran como pétalos de rosa sobre la nieve. Hizo media reverencia, se volvió y se alejó haciendo crujir la nieve con sus pasos. Marcus la miró mientras se alejaba, sacudió la cabeza y escupió. Yardem, junto a él, se aclaró la garganta.

—Esta chica no es mi hija —dijo Marcus.

—No, señor.

—No merece mi protección más que cualquier otro hombre o mujer de esta caravana.

—No, señor.

Marcus levantó los ojos hacia las nubes.

—Tengo problemas —dijo.

—Sí, señor —repuso Yardem—. Problemas.

## DAWSON

La partida de caza del rey se apresuraba a través de la espesa cortina de nieve, los ladridos de los sabuesos atenuados e inquietantes por la atmósfera gris. Dawson Kalliam se inclinó sobre el cuello envuelto en vapor de su caballo, sintiendo como el gran animal se lanzaba en el aire. Vio la zanja helada pasar como un borrón debajo de ellos antes de desaparecer y el impacto del aterrizaje cedió su lugar, nuevamente, a la persecución veloz como el viento. Detrás de él se alzaron media docena de voces, pero no la del rey. Dawson les hizo caso omiso. A su izquierda, un caballo gris con barda de cazador de cuero rojo apareció de entre la nieve. Feldin Maas. Otros cabalgaban detrás, cerca de él, solo sombras inmersas en la nieve. Dawson se inclinó aún más cerca de su montura, clavándole los talones en los flancos, exigiéndole más velocidad.

El venado había corrido mucho y muy velozmente, y en dos ocasiones había estado a punto de perder a los cazadores y sus perros. Pero Dawson había cabalgado por las colinas de Osterling Fells en todo tipo de condiciones atmosféricas desde muchacho, y conocía sus trampas. El ciervo había doblado, metiéndose en un cañón sin salida, y no regresaba. Matar la presa, desde luego, le correspondía al rey Simeon. La carrera consistía en ser el primero en alcanzar la presa.

Las ramas inferiores de un pino, asombrosamente verdes contra el vacío, indicaban por donde había pasado el venado. Dawson giró, mientras sentía a Feldin Maas y los demás que se amontonaban detrás de él. Alguien gritó. Los aullidos y los agudos ladridos de los perros se hicieron más fuertes. Apretó los dientes, y se lanzó hacia delante.

Algo apareció a su derecha. No era el gris. Un caballo blanco sin barda. Su jinete no llevaba ni yelmo ni capucha, y el largo pelo cobrizo delataba a Curtin Issandrian tan claramente como si fuera un pendón.

Dawson clavó los talones nuevamente y su caballo saltó hacia delante. Demasiado rápido. Sintió el martilleo de su galope volverse irregular: su caballo luchaba por mantenerse en pie. El caballo blanco salió en tropel, dejándolo atrás, y un instante más tarde el caballo gris de Feldin Maas estaba a su lado.

Si el venado hubiera corrido otros mil metros, Dawson podría haber retomado la posición de honor, pero la condenada bestia se detuvo en un claro demasiado pronto. Dos de los perros yacían muertos a sus pies y los cazadores mantenían lejos al resto de la jauría con sus voces y sus látigos cortos. Una punta le había roto las costillas y la sangre manchaba el flanco del venado. Su pata trasera izquierda estaba empapada de sangre ahí donde un sabueso excesivamente entusiasta le había arrancado el espolón y su desigual manto de invierno le daba el aspecto de un viajero al final de un viaje. El animal se volvió hacia ellos, exhausto, blanco su aliento, en el momento en

que Curtin Issandrian se detenía, con Dawson y Feldin Maas justo detrás.

—Bien hecho, Issandrian —dijo Dawson con acritud.

—Es un animal hermoso, ¿no? —se pavoneó el triunfador, haciéndole caso omiso. Dawson tenía que admitir que el venado tenía un auténtico aire de nobleza. Exhausto, apaleado y con la muerte ante sí, no mostraba ningún temor. Resignación, tal vez. Odio, ciertamente. Issandrian desenvainó su espada y saludó a la bestia, que inclinó la testuz como si comprendiera. El segundo grupo de jinetes llegó al claro a todo correr, los seis juntos, cada uno con los sellos de sus respectivas casas. Los sabuesos saltaban y ladraban, y los cazadores gritaban y maldecían.

Y entonces, llegó el rey.

El rey Simeon entró en el claro montando su inmenso caballo de guerra, las riendas de cuero negro trenzadas con escarlata y oro. El príncipe Aster montaba un poni junto a su padre, llevaba la espalda muy recta, orgulloso, y su armadura todavía le quedaba un poco grande. Su jefe de caza privado cabalgaba detrás, y tras él, un enorme jasuru con una armadura verde amarilla que hacía juego con sus escamas. El propio rey Simeon vestía de cuero oscuro, tachonado de plata, y llevaba un yelmo negro que ocultaba el inicio de los carrillos y su nariz torcida.

Dawson había salido de caza con él desde que ambos eran más jóvenes aún que Maas e Issandrian, y podía ver el cansancio en la espalda del rey, aunque nadie más pudiera notarlo. El resto de la partida de caza cabalgaba detrás de él. Los improvisados cazadores estaban más interesados en los chismes y en una cabalgata en un día soleado que en el deporte cinegético. Estaban presentes los estandartes de todas las grandes casas. La Corte de Camnipol llegó a un claro en Osterling Fells.

El cazador jasuru cogió la lanza que llevaba en la espalda y se la extendió al rey Simeon. En las manos del rey, el asta parecía más larga. El cazador dio una señal y los perros se abalanzaron sobre el venado, que se distrajo. El rey Simeon situó la lanza en posición, espoleó su caballo y cargó. El venado se tambaleó hacia atrás por el impacto, la punta de la lanza clavada profundamente en el cuello. Cuando la bestia cayó, Dawson tuvo la sensación instintiva de que estaba más sorprendida que dolorida. La muerte, pese a que era previsible, llegó de manera inesperada. El brazo del rey Simeon estaba fuerte como siempre, y sus ojos igual de intensos. El venado murió rápido, y sin necesidad de que le dieran el golpe de gracia. Cuando los cazadores llamaron a los sabuesos y levantaron los puños para confirmar que el animal estaba muerto, una aclamación se elevó de entre los nobles. Entre ellos, la voz de Dawson.

—Y bien, ¿quién se ha llevado los honores? —preguntó el rey Simeon mientras su cazador descuartizaba el venado—. ¿Issandrian? ¿O fuiste tú, Kalliam?

—Al final estuvo tan cerca —respondió Issandrian— que diría que el barón y yo llegamos juntos.



Feldin Maas desmontó con una sonrisa de suficiencia y fue a examinar los perros muertos.

—No es verdad —dijo Dawson—. Issandrian llegó un buen trecho antes que yo. Los honores son para él.

«Y yo no cargaré con una deuda hacia ti; ni siquiera con algo tan pequeño como esto», pensó, pero se abstuvo de decirlo.

—Entonces Issandrian se lleva los honores —zanjó el rey Simeon, tras lo cual gritó—. ¡Issandrian!

Los demás levantaron puños y espadas, sonriendo bajo la nevada, y gritaron el nombre del vencedor. El festín sería el día después. Cocinarían la carne del venado en el propio hogar de Dawson, e Issandrian tendría el lugar de honor. Ese pensamiento era como tener un nudo en la garganta.

—¿Estás bien? —preguntó el rey, en voz lo bastante baja como para que nadie más lo oyera.

—Bien, alteza —respondió Dawson—. Estoy bien.

Una hora más tarde, mientras cabalgaban de regreso a la casa, Feldin Maas trotó junto a él. Desde la caída de Vanai y la derrota de los refuerzos de Maccia, Dawson había simulado que las noticias de las Ciudades Libres no significaban nada en particular para él, pero la farsa le resultaba irritante.

—Lord Kalliam —dijo Maas—. Ha llegado algo.

Maas le lanzó una rama a Dawson. No, no una rama. Un trozo de cuerno roto, enrojecido por la sangre del perro.

—Es mejor algún honor que ninguno, ¿no? —dijo Maas con una sonrisa, sus palabras blancas como la niebla.

Mientras cabalgaban de regreso a la propiedad, la nieve se transformó, de grandes copos plumosos a pequeñas motas. Las montañas, hacia el este, reaparecieron al menguar y desgarrarse las nubes. El olor del humo impregnaba el aire, y las torres en espiral de Osterling Fells se levantaban hacia el sur. La piedra —granito y jade de dragón— relucía bajo la luz del sol, y las guirnaldas que colgaban de las almenas daban la impresión de que los propios edificios habían salido a recibir el fulgor del momento.

Como anfitrión, Dawson debía supervisar la preparación del venado. Eso apenas suponía permanecer en la cocina durante media hora con aspecto alegre. Pese a todo, el espíritu se le rebelaba. No conseguía obligarse a bajar al caos de criados y perros. Se dirigió hacia las amplias escaleras de piedra que había junto a los hornos y se detuvo en el rellano, sobre las mesas de preparación. A lo largo del muro se enfriaban pasteles y hogazas de pan, y una anciana clavaba plumas de pavo real en una loncha de cerdo que había sido esculpida para asemejarse a un ave y cubierta de caramelo para que brillara como el cristal. El olor de las uvas cocidas y el pollo relleno llenaba

el aire caliente. Los cazadores llegaron con el cadáver y cuatro jóvenes se pusieron a preparar la carne, frotándola con sal, hojas de menta y mantequilla, extrayendo las glándulas y las venas que el descuartizamiento había dejado. Dawson gruñía y observaba. La bestia había sido noble, y ahora, verla así...

—¿Esposo?

Clara, detrás de él, tenía la expresión amable que adoptaba en las etapas tempranas del agotamiento. Le brillaban los ojos, y los hoyuelos que enmarcaban su boca eran un poco más profundos de lo habitual. Nadie que no hubiese pasado una vida mirándola lo habría notado. Le disgustaba que la Corte hubiese puesto esa mirada en sus ojos.

—¿Esposa? —dijo él.

—¿Vienes? —lo invitó ella, dando medio paso hacia el fondo de la sala. El fastidio le tensaba la boca a Dawson. No por ella, sino por cualquier catástrofe doméstica que pudiera requerir su atención.

Asintió con sequedad y la siguió hacia las sombras y la relativa intimidad. Antes de que abandonara el rellano, una nueva voz lo detuvo.

—¡Señor! Se te ha caído esto, mi señor.

Uno de los cazadores estaba en la escalera. Era un joven de mandíbula ancha y cara despejada, que vestía la librea de Kalliam. Le extendía el trozo de asta rota, oscurecida por la sangre. Un sirviente que se dirigía al barón Kalliam como si fuese un niño que había perdido alguna fruslería.

Dawson sintió que se le ensombrecía la cara, y apretó los puños.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, y el cazador se puso pálido al oír el sonido de su voz.

—Vincen, señor. Vincen Coe.

—Ya no eres uno de mis hombres, Vincen Coe. Coge tus cosas y abandona mi casa antes del anochecer.

—¿Mi... mi señor? —preguntó el cazador.

—¿Quieres que, además, te azoten? —gritó Dawson. Debajo, en la cocina, se hizo el silencio. Todas las miradas se volvieron hacia ellos y se apartaron de inmediato.

—No, mi señor —respondió el cazador.

Dawson dio media vuelta y se hundió en la penumbra del corredor, con Clara a su lado. Ella no le hizo ningún reproche. En las sombras de la escalera, Clara se inclinó mientras le hablaba quedamente, casi al oído.

—Cuando entró, Simeon pidió un baño caliente y, en lugar de echar a puntapiés a todos de las habitaciones azules, le ordené al conserje que preparara la casa de Andr. La que está en el ala oriental. De todos modos, es un lugar más agradable y dispone de esas ingeniosas tuberías para mantener caliente el agua.

—Bien —dijo Dawson.

—He ordenado que no se le permita la entrada a nadie salvo a ti, desde luego, porque sabía que querías tener un momento con él.

—No puedo importunar al rey durante su baño —dijo Dawson.

—Claro que puedes, querido. No tienes más que decirle que se le olvidó advertirte. He tenido el cuidado de mencionar que ese es el lugar que siempre prefieres después de una cacería, así que no resultará inverosímil en absoluto. A menos, por supuesto, que les pregunte a los sirvientes y ellos le digan que en realidad utilizas las habitaciones azules. Pero curiosear de esa forma sería descortés, y Simeon nunca me ha dado la impresión de serlo. ¿Te la ha dado a ti?

Dawson sintió que se liberaba de un peso del que solo se había percatado a medias.

—¿Qué he hecho yo para merecer una esposa tan perfecta como tú?

—Fue la suerte —dijo ella, mientras una ligera sonrisa hendía su cortés máscara—. Ahora, ve antes de que acabe su baño. Yo me encargaré de ese pobre cachorro de cazador al que acabas de propinar un puntapié. En realidad, deberían darse cuenta de que no deben acercarse a ti cuando estás de mal humor.

La casa de Andr estaba dentro de los muros de la propiedad, situada junto a la capilla, pero separada, por lo demás, de los edificios principales. La poetisa cinnae que le daba nombre había vivido en ella en la época en que Osterling Fells era la sede de un rey con cierta afición por las artes de las razas inferiores, y Antea, solo el nombre de un linaje menor de nobles ubicado a medio día de camino hacia el norte. Ninguno de los poemas de Andr había sobrevivido el paso de los siglos. La única huella que había dejado en el mundo era una pequeña casa que llevaba su nombre y una inscripción en la entrada de piedra:

«DRACANI SANT DRAGAS», cuyo significado también había sido olvidado.

El rey Simeon yacía en una bañera de bronce trabajado, con la forma de una gran mano dartinæ, los largos dedos vueltos hacia la palma. De unos canales situados debajo de las uñas salía agua caliente humeante. Un cuenco de piedra para el jabón descansaba en una repisa sobre el pulgar. Una ventana con un vitral daba al aire caliente un tono verde y dorado. Los ayudas de cámara permanecían de pie junto a la pared trasera, con suaves toallas para secar al rey y negras espadas para defenderlo. El rey levantó la vista cuando Dawson entró en la estancia.

—Perdóname, mi señor —le rogó Dawson—. No sabía que estabas aquí.

—No pasa nada, viejo amigo —dijo Simeon, haciendo un gesto a los ayudas de cámara—. Sabía que estaba metiéndome en tu lugar favorito. Siéntate. Disfruta del calor y yo te dejaré el sitio en cuanto vuelva a sentir los dedos de los pies.

—Gracias, señor —dijo Dawson mientras los criados le llevaban un banco—. Da la casualidad de que deseaba discutir un asunto contigo en privado. Sobre Vanai. Hay

algo que es mejor que escuches de mi propia boca.

El rey Simeon se incorporó y, por un momento, no fueron señor y noble súbdito, sino otra vez Simeon y Dawson. Dos muchachos de buena sangre y alcurnia, llenos de orgullo y dignidad. De todos era sabido el menosprecio de Dawson por la campaña de Vanai, y su indignación por que a su propio hijo lo hubiesen asignado para servir bajo las órdenes de Alan Klin. Con todo, Dawson se adaptó, y su ira y santurronería aumentaron a una velocidad que lo ayudaría a superar su confesión. Simeon escuchaba, y los sirvientes ponían idéntico cuidado en hacer oídos sordos. Dawson observó cómo el conocido rostro pasaba de la curiosidad a la sorpresa, y de esta al desencanto, hasta quedarse en una especie de divertida desesperación.

—Debes abandonar esos juegos con el grupo de conspiradores de Issandrian —dijo el rey de Antea Imperial, reclinándose en su bañera—. Y, con todo, desearía por Dios que hubiera funcionado. Me hubiese ahorrado una enormidad de problemas. ¿Has oído algo acerca del Acta Edford?

—¿El qué?

—El Acta Edford. Se trata de un trozo de pergamino que encontró un sacerdote en la más ignota de las bibliotecas de Svenpol, que nombra al jefe de un consejo de agricultores bajo el rey Durren el Blanco. En el norte hay una solicitud para nombrar un nuevo consejo de agricultores basándose en ella. Todo terrateniente con suficientes cultivos como para pagar tendría voz en la Corte.

—No puedes decirlo en serio —dijo Dawson—. ¿Conducirán mulas por los palacios? ¿Criarán cabras en los jardines de la Torre del Rey?

—No se lo sugieras —lo instó el rey, mientras alargaba una mano hacia el cazo de jabón.

—Se trata de un ardid —aclaró Dawson—. No serán capaces de hacerlo.

—No entiendes cuan dividida está la Corte, viejo amigo. Todos los de baja cuna aman a Issandrian. Si ellos aumentan su poder, él aumenta el suyo con ellos. Y ahora Klin tiene su bolsa en Vanai. No veo que disponga de mucho espacio para moverme.

—No puedes querer decir que...

—No, no puede haber un consejo de agricultores. Pero necesitamos una reconciliación. A mediados de verano enviaré a Aster para que sea guardia de Issandrian.

Los grandes dedos de bronce gotearon. Una nube veló la luz. El rey Simeon se enjabonaba tranquilamente los brazos, inexpresivo, mientras las conclusiones se desplegaban entre ellos.

—Issandrian sería regente —le explicó Dawson con voz indiferente y ahogada—. Si murieras antes de que Aster alcanzara la mayoría de edad, Issandrian se convertiría en regente.

—No es seguro, pero tendría derecho a serlo.

—Te mandará asesinar. Eso es traición.

—Eso es política —le rebatió Simeon—. Tenía la esperanza de que Ternigan se quedase con la ciudad, pero el viejo cabrón piensa de forma bastante independiente. Sabe que el grupo de conspiradores de Issandrian está en ascenso. Ahora les ha hecho un favor sin pasarse a su bando. Yo tendré que atraerlo hacia mí. Ellos tendrán que atraerlo. Ternigan se sentará en Kavinpól y recibirá besos en ambas mejillas.

—Curtin Issandrian te matará, Simeon.

El rey se recostó. El agua oscura subió por sus brazos y oscureció su cabello. Una capa de jabón sucio flotaba y giraba en el agua.

—No lo hará. Mientras tenga a mi hijo, puede controlarme sin tomarse la molestia de sentarse en un trono.

—Entonces atácalo —le sugirió Dawson—. Te ayudaré. Podemos formar nuestro propio grupo de conspiradores. Hay hombres que no han olvidado las viejas maneras. Están deseosos de volver a ellas. Podemos reunidos.

—Podemos, sí, pero ¿para qué?

—Simeon. Viejo amigo. Este es el momento. Ahora Antea necesita a un auténtico rey. Tú tienes todo lo necesario para ser ese hombre. No envíes a tu hijo a Issandrian.

—No es el momento propicio. Issandrian está en ascenso, y oponerse a él ahora solo empeorará la lucha. Es mejor esperar hasta que tropiece. Ahora mi trabajo es cerciorarme de que, mientras tanto, no sigamos la senda del dragón. Si puedo entregarle a Aster el reino sin una guerra civil, será legado suficiente.

—¿Aun si no es la auténtica Antea? —preguntó Dawson, mientras un dolor le crecía detrás de los ojos—. ¿Qué honor hay en un reino que ha perdido su legado a manos de estos niños engreídos y prepotentes?

—Si me lo hubieras dicho antes de que Ternigan le entregase Vanai, podría haber estado de acuerdo contigo. Pero ¿dónde está el honor en librar una batalla que no puedes ganar?

Dawson le miró las manos. La edad le había engrosado los nudillos y el frío había agrietado su piel. El olor del jabón le ofendió la nariz. Su amigo de la niñez, su rey y señor, suspiraba y gruñía, cambiando de posición en la bañera como un anciano. En algún lugar de Osterling Fells, Curtin Issandrian y Feldin Maas se bebían su vino y brindaban. Riéndose. Las mejillas le dolían y se obligó a relajar la mandíbula.

Ese «¿Dónde está el honor en librar una batalla que no puedes ganar?» flotaba entre ellos. Cuando consiguió mantener el desencanto lejos de su voz, Dawson habló.

—¿Dónde más podría estar, mi señor?

## CITHRIN

Con las sendas del dragón detrás, el mundo se volvió nieve y lodo. Debajo de Cithrin, el carro daba tumbos a través de surcos y hoyos, delante de ella, las mulas se afanaban y resbalaban, y las ruedas se quejaban y escupían a través del barrizal que habían dejado los carros que iban delante. Sentada, con las riendas entre sus dedos entumecidos y su aliento formando espectros de vapor, Cithrin observaba cómo las bajas colinas se transformaban en llanuras, los bosques raleaban y eran reemplazados por matorrales, tapizados de nieve y zarzas. En primavera, las tierras que rodeaban las Ciudades Libres podían verse verdes y animadas, pero ahora parecían vacías y eternas.

Pasaron por un campo con montones de heno pudriéndose, testigo de la tragedia de algún granjero. Un viñedo en el que, hilera tras hilera, las espalderas sostenían unas viñas negras y leñosas que parecían muertas. Aquí y allá, una liebre nival salía dando brinco, casi demasiado lejos para ser vista. O un ciervo se acercaba hasta que uno de los carreteros o los guardias le disparaban una flecha con la esperanza de conseguir carne fresca. Hasta donde Cithrin pudo saber, nunca dieron en el blanco.

En general, hacía frío. Y los días todavía se estaban acortando.

El jefe de la caravana mandó detenerse para pasar la noche en un molino abandonado. Cithrin detuvo su carro junto a la placa de hielo de una balsa, desenganchó las mulas, salpicadas de lodo, y las frotó hasta dejarlas limpias mientras los animales comían. El sol colgaba, bajo y sangriento, en el oeste. Opal se acercó a ver cómo estaba, y los ojos apacibles de la mujer parecieron complacidos por lo que vieron.

—Al final, conseguiremos hacer de ti una honrada carretera, querida —dijo.

La sonrisa lastimó las mejillas de Cithrin, escocidas por el frío.

—Una carretera, puede ser —contestó ella—. Lo de honrada ya es otra cosa.

Las cejas de la mujer mayor se alzaron.

—Más humor —ironizó Opal—. El mundo puede dejar de girar. ¿Vendrás a comer?

—No lo creo —respondió Cithrin, mirando los cascos de una de las mulas. La pequeña úlcera del día anterior todavía estaba ahí, pero no había empeorado—. No me gusta estar con ellos.

—¿Ellos?

—Los otros. Creo que no les gusto. Si no fuera por mí, estarían todos en Bellin, sentados alrededor del fuego. Y el capitán...

—¿Wester? Sí. Es un poco huraño, ¿verdad? Yo misma todavía no sé muy bien qué hacer con él —dijo Opal con voz irónica y especulativa, al borde del coqueteo—. Con todo, estoy segura de que no te morderá, a menos que se lo pidas.

—Igualmente —replicó Cithrin—. Creo que me quedaré en el carro.

—Entonces te traeré un plato de comida.

—Gracias —dijo Cithrin—. Y ¿Opal?

—¿Sí?

—Gracias.

La guardia sonrió y realizó una pequeña e irónica reverencia. Cithrin la observó regresar hacia el molino. Ahí dentro, alguien había encendido un fuego y una delgada columna de humo se elevaba desde la chimenea de piedra. A su alrededor, la nieve resplandecía con el color del oro, luego roja, y luego, entre un instante y el siguiente, gris. Cithrin cubrió las mulas con mantas y encendió su propio pequeño fuego. Opal regresó con un plato de estofado de verduras y pasteles de trigo, y luego regresó a las voces y la música. Cithrin se puso de pie para seguirla, pero después volvió a sentarse.

Mientras comía, salieron las estrellas. La nieve hacía que la luz azul pálida de la luna en cuarto menguante pareciera más brillante de lo que debía. El frío arreció y Cithrin se acurrucó más cerca de su pequeño fuego. El frío se filtraba avanzando sobre ella. Estrechándola. Después, cuando el capitán y el tralgu ya habían salido a explorar y los demás se habían ido a dormir, Cithrin entró sigilosamente en la casa del molino y buscó un rincón para acurrucarse en él. Durante el desayuno, rehuyó las miradas y la curiosidad de los demás carreteros y regresó donde estaban sus mulas tan rápido como pudo. La luz del día era escasa, y el jefe de la caravana no dejó mucho tiempo para el ocio y la charla. Esas largas y oscuras horas que mediaban entre el final del trabajo y la hora de dormir eran la peor parte del día. Hacía que las pasara recluyéndose en el interior de su mente.

Podía empezar a cantarse canciones o a recordar obras y presentaciones a las que había asistido como miembro del banco. Sin embargo, no transcurría mucho tiempo antes de que se descubriera regresando al magíster Imaniel y sus constantes pruebas en la mesa de la cena. La diferencia entre un regalo dado como retribución y un préstamo formal; la paradoja de las dos partes que actúan razonablemente y, sin embargo, llegan a una solución que no es ventajosa para ninguna de ellas; las estrategias del contrato único y las del contrato que se renueva de manera continua. Los enigmas eran los juguetes de su niñez y volvía a ellos en busca de consuelo y solaz.

Se encontró a sí misma estimando el valor de una caravana en su totalidad, cuánto podrían haber ganado en Carse, y cuánto más o menos tendrían que ofrecer en Porte Oliva para cuadrar los dos viajes. Pensó en Bellin, y si los impuestos sobre los derechos de paso u hospedaje harían más rica a la ciudad. En qué momento tendría el mismo sentido abandonar los carros que conservarlos. Si el magíster Imaniel había sido prudente al invertir en una cervecería y, además, en asegurarla en caso de

incendio. Sin contar con la información real, no se trataba más que de un juego, pero era el juego que mejor conocía.

La banca, decía el magíster Imaniel, no se trataba del oro y la plata. Se trataba de quién sabía algo que nadie más supiera, en quién podía confiarse y en quién no, y de parecer una cosa y ser otra. Con las preguntas que se hacía podía evocar al magíster Imaniel, y a Cam y Besel. Podía ver sus caras de nuevo, oír su risa y sumergirse en otro tiempo y lugar. Uno en el que era amada. O no, no en realidad. Pero, al menos, uno al que pertenecía.

Incluso mientras la noche que la rodeaba se hacía más fría, el nudo en su estómago se aflojó. Su cuerpo, hecho un ovillo, tenso, se tornó más blando y relajado. Puso palos más grandes en el fuego, observando cómo se atenuaban las llamas, primero, bajo el peso de la leña, y brillaban, después, al encender la madera. El calor le acariciaba la cara y las manos, y la lana que la envolvía mantenía a raya lo peor de la noche.

¿Qué sucedería, se preguntaba, si un banco ofreciera un préstamo mayor a quienes hubieran devuelto uno anterior antes de tiempo? Los prestatarios ganarían más oro gracias al arreglo y el banco recogería sus beneficios con mayor rapidez. «Y sin embargo —le decía el magíster Imaniel en su mente—, si todos se benefician es que hay algo que has pasado por alto». Había alguna consecuencia que se había saltado...

—Cithrin.

Alzó la vista. Sandr, medio agazapado, se escabulló desde las sombras entre los carros. Una de las mulas levantó la cabeza, estornudó una gran pluma de aliento blanco y volvió a su descanso. Mientras Sandr se sentaba, Cithrin oyó un extraño sonido metálico y el característico ruido del vino dentro de la bota.

—No has... —dijo ella, y Sandr sonrió.

—A maese Kit no le importará. Se reaprovisionará en cuanto lleguemos a Bellin, como preparativo para el invierno. Es solo que ahora tiene que transportarlo por los confines del mundo. Le estaremos haciendo un favor si le aligeramos la carga.

—Te meterás en problemas —observó ella.

—Eso no pasa nunca.

Sandr abrió la bota con su mano enguantada y se la extendió. El aroma de los vapores la templó casi antes que el vino. Sabroso y fuerte y suave, le bañó la boca y la lengua, fluyó por su garganta. El calor del vino la encendió como si se hubiera tragado una vela. No había en ello dulzura, sino algo más profundo.

—Dios —exclamó ella.

—¿A que es bueno? —dijo Sandr.

Cithrin sonrió y bebió otro largo trago. Y luego otro más. El calor se extendió por su vientre y comenzó a recorrerle brazos y piernas. A regañadientes, le devolvió la



bota a Sandr.

—Y esto no es todo —añadió él—. Tengo algo para ti.

Extrajo de su capa una bolsa de lona. La tela apestaba a polvo y herrumbre, y algo en su interior se movió produciendo un sonido metálico cuando Sandr la puso sobre la nieve. Sus ojos relucían bajo la luz de la luna.

—Estaban en el almacén trasero. Y un montón de otras cosas también. En realidad, fue Smit quien las encontró; pero pensé en ti y negocié con él.

Sandr extrajo una bota de cuero agrietada envuelta en cordón. Una caos de metal oxidado colgaba de la suela, oscura y desgastada salvo por una hoja parecida a un cuchillo que recorría toda su longitud y brillaba como si estuviese recién afilada.

—¿Has patinado alguna vez? —preguntó Sandr.

Cithrin negó con la cabeza. Él extrajo del saco dos pares de botas, el viejo cuero gris bajo la luz tenue. Cithrin bebió otro largo sorbo de vino.

—Son demasiado grandes —dijo él—, pero les pondré un poco de arena dentro. La arena está bien porque cambia de forma ajustándose a la forma de tu pie. La tela solo hace bulto. Toma, pruébatelas.

«No quiero», pensó ella, pero Sandr ya tenía su pie en la mano y le quitaba la bota, y estaba tan complacido consigo mismo... El patín estaba frío, y el cuero arrugado se le hundió en la parte superior del pie, pero Sandr ajustó los cordones y comenzó con el otro pie.

—Aprendí a patinar en Asterilhold —le contó Sandr—. Hace dos... Dios, hace tres años. Acababa de alistarme en la compañía, y maese Kit nos hizo pasar el invierno en Kaltfel. Hacía tanto frío que, cuando escupías, la saliva se congelaba antes de tocar el suelo, y las noches eran eternas. Pero hay un lago en medio de la ciudad y todo el tiempo que estuvimos ahí podía cruzarlo por donde me apeteciera. Construyen una ciudad invernal de hielo cada año. Con casas y tabernas y todo. Como una ciudad real.

—¿De verdad? —dijo ella.

—Fue estupendo. Ya. Creo que ya está. Déjame que me ponga las mías.

Cithrin bebió otro trago del vino generoso y este envió calor a los dedos de sus manos y pies. Sin darse cuenta, ya se habían bebido la mitad del vino. Lo sentía en sus mejillas. Y los vapores le hacían sentir la cabeza ligera y alegre. Sandr luchaba y refunfuñaba mientras la bota con el patín crujía y tintineaba. Parecía imposible que algo tan incómodo fuese a funcionar de verdad, hasta que Sandr colocó la última correa en su sitio, medio caminó y medio se tambaleó hacia la balsa y luego se empujó sobre el hielo. Entre una respiración y la siguiente, Sandr se convirtió en la gracia personificada. Sus piernas hacían tijeras y se deslizaban mientras las cuchillas siseaban al rayar el hielo. Su cuerpo se movía y se zambullía mientras se deslizaba a través la balsa y de regreso, con sus brazos tan elegantes como los de un bailarín.

—No están mal —gritó—. Venga. Inténtalo tú.

Otro trago de vino y, después, otro más para la buena fortuna y Cithrin salió maniobrando. El aire frío le escocía en la cara, pero sin lastimarla. Sus tobillos se movían mientras luchaba por comprender esta nueva forma de equilibrio. Intentó darse impulso del modo en que lo hacía Sandr y cayó con fuerza sobre el hielo. Sandr se rio encantado.

—La primera vez es difícil —explicó él, y llegó siseando hasta su lado—. Dame la mano. Te enseñaré.

En unos minutos, sus rodillas estaban flexionadas, sus brazos abiertos y sus pies cortaban el hielo. Pero no se cayó.

—No intentes caminar —le aconsejó Sandr—. Empuja con un pie y deslízate sobre el otro.

—Para ti es fácil —se quejó ella—. Sabes lo que haces.

—Ahora sí. La primera vez me fue peor que a ti.

—Adulador.

—Tal vez merezca la pena adularte. No, así. Eso es. ¡Así!

El cuerpo de Cithrin se adaptó al movimiento y se descubrió patinando. No con tanta gracia y seguridad como Sandr, pero sí más cerca de ello. El hielo pasaba veloz bajo sus pies, blanco y gris a la luz de la luna. La noche sabía como el vino generoso y se movía como un río que fluyera a su alrededor. Sandr gritó de alegría y le cogió la mano, y juntos cruzaron a toda carrera la balsa del molino y las huellas de sus patines dibujaron blancas líneas en la penumbra.

Desde la orilla, una de las mulas dio su opinión con un gruñido y estremeciendo las ancas. El aire veloz silbaba en los oídos de Cithrin. Sintió cómo sonreía y giraba. El nudo en su estómago era un recuerdo, un sueño, algo que le había sucedido a otra persona. Se cayó dos veces, pero le pareció gracioso. El hielo era nube y cielo, y ella había aprendido a volar. El hielo rechinaba y gemía bajo su peso, y Sandr aplaudió cuando ella realizó una reverencia tan elaborada como desmañada en el centro de la balsa.

—Una carrera —gritó Sandr—. Hasta allí, ida y vuelta.

Sandr salió disparado como una flecha hacia la orilla más lejana, y Cithrin lo siguió. Las piernas le dolían y su corazón rebotaba como una roca rodando colina abajo, la cara entumecida, convertida en máscara. Sandr llegó al borde del hielo, se dio impulso en la nieve y pasó a toda prisa junto a ella, de regreso hacia su carro. Cithrin también giró, impulsándose cada vez con mayor velocidad y esfuerzo. En el centro de la balsa, el hielo se oscureció y se quejó, pero ella ya estaba sobre él, casi detrás de Sandr, deslizándose junto a él, adelantándolo. Casi adelantándolo.

El patín de Cithrin golpeó la nieve y los juncos muertos. El suelo, azul de luna, se elevó y la golpeó tan fuerte que no podía respirar. Sandr yacía a su lado, con sus ojos

enormes, sus mejillas tan rojas como si ella las hubiese pellizcado. El aspecto de sorpresa y preocupación en su rostro era tan cómico que, cuando pudo, Cithrin comenzó a reír.

La risa de Sandr se unió a la de ella y él lanzó un puñado de nieve al aire, los copos flotaban a su alrededor como vilanos de diente de león. Y después, él rodó hasta ella, cargando su peso sobre su costado. Sus labios estaban sobre los de ella.

«Oh», pensó ella. Y después, medio segundo más tarde, intentó devolverle el beso.

No era tan embarazoso como había creído. Los brazos de Sandr se movían a su alrededor, su cuerpo ahora totalmente sobre el de ella, empujándola contra la nieve, que no parecía fría en absoluto. La mano de Sandr tocó torpemente su chaqueta, y después el grueso jersey de lana. Sus dedos encontraron la piel de Cithrin. Ella se sintió arquearse, empujando su cuerpo hacia el contacto. Cithrin oyó que su respiración se hacía desigual.

—Cithrin —dijo Sandr—. Debes... Debes saber...

—No —atajó ella.

Él se detuvo, y se retiró. Su mano se apartó de sus senos. El remordimiento le estrechó el rostro. Ella sintió una llamarada de impaciencia.

—No hables, es lo que quiero decir.

Siempre había sabido cosas sobre el sexo de un modo general. Cam había hablado sobre ello en un tono grave, severo, de advertencia. Ella había visto a los actores enmascarados en el carnaval de primavera bailar por las calles iluminadas por antorchas, pero nada más. Quizá no tuviera ningún misterio. Y, sin embargo, mientras se desabrochaba el cinturón y se bajaba los ásperos pantalones, se preguntaba si aquello era lo que Besel había hecho con todas aquellas chicas. Todas las que no eran ella. ¿Les había ido así a ellas? Había oído que la primera vez dolía. Se preguntaba cómo sentiría eso. Los costados desnudos de Sandr brillaban, casi tan pálidos como la nieve. La concentración lo poseía mientras intentaba quitarse los patines sin levantarse.

«Espero que el que no esté enamorada de él no sea ningún problema», pensó ella.

Un rugido surgió de la nada, profundo y violento y repentino. Sandr se alzó en el aire, su peso ya no existía, los ojos redondos por la sorpresa. Algo cogió a Cithrin por la cintura. Su primer pensamiento fue que lo había arrancado un ave monstruosa bajada del cielo.

El capitán Wester lanzó a Sandr sobre el hielo, donde aterrizó torpemente, derrapando. La espada del capitán siseó al salir de su vaina, y este avanzó hacia Sandr maldiciendo en tres lenguas. Cithrin se puso de rodillas, abrazando su ropa. Sandr trastabilló, con el pene erecto aún bamboleándose cómicamente, y resbaló.

—No estaba forzándola —chilló—. No estaba forzándola.

—¡Como si me importara! —gritó Wester, señalando con su espada la bota de vino medio cubierta por la nieve—. ¿La emborrachas hasta dejarla atontada para que se te abra de piernas, y quieres una medalla por buen comportamiento?

—No estoy borracha —dijo Cithrin, percatándose de que tal vez sí lo estuviera. Wester no le hizo caso.

—Hijo, si vuelves a tocarla te cortaré un pedazo. Y reza por que sea un dedo.

Sandr abrió la boca, pero de ella solo salió un agudo gimoteo.

—¡Basta! —gritó Cithrin—. ¡Déjalo en paz!

Wester se volvió hacia ella con mirada iracunda. Más alto que ella, dos veces más ancho y con un acero desnudo en la mano, Wester la empequeñecía y, con todo, una parte de su mente le decía que permaneciera callada. El vino, la vergüenza y la furia la impulsaron a seguir.

—¿Quién eres tú para decirle qué puede y qué no puede hacer? —le reprochó Cithrin—. ¿Quién eres para decírmelo a mí?

—Soy el hombre que te está salvando la vida. Y vas a hacer lo que te digo —gritó Wester, pero ella pensó que su mirada estaba confusa de nuevo—. No permitiré que te conviertas en una puta.

La palabra la hirió. Cithrin apretó los puños hasta que le dolieron los nudillos. La sangre encendió sus mejillas y rugió en sus oídos. Cuando habló, aulló.

—¡No iba a cobrarle!

Wester la miró como si la viera por primera vez. La confusión se tornó más profunda, fundiendo sus cejas y algo semejante a una sonrisa estiró su boca. Y después, de manera inexplicable, angustia.

—Capitán —gruñó una nueva voz, y el tralgu apareció de la oscuridad.

—No es buen momento, Yardem —dijo Wester.

—Lo sospecho por los gritos, señor. Hay unos soldados.

Wester cambió en un abrir y cerrar de ojos. Su rostro se despejó, y su cuerpo se retrajo de manera casi imperceptible. Su hostilidad se evaporó, y la propia Cithrin se sintió desconcertada por el repentino cambio. Parecía injusto que el capitán abandonase el conflicto habiendo todavía cosas por resolver.

—¿Dónde? —preguntó Wester.

—Acampados sobre el risco, hacia el este —respondió el tralgu—. Dos docenas. Estandarte de Antea, tiendas de Vanai.

—Bien, Dios está de nuestro lado —dijo Wester—. ¿Hay alguna posibilidad de que sus exploradores no reparen en nuestra presencia?

—Ninguna.

—¿Te han visto?

—No.

La furia de Cithrin se derrumbó, mientras las palabras pugnaban a través de los

vapores del vino y los últimos restos de su enfado. Wester ya caminaba junto a su carro. El capitán estudió a Sandr, todavía sobre sus patines, la bota de vino medio enterrada, la balsa con las marcas blancas de las hojas aún sobre el hielo.

—Sandr, busca a maese Kit.

—Sí, señor —dijo Sandr, y puso pies en polvorosa en dirección a la casa del molino.

Wester envainó la espada sin prestar atención. Sus ojos recorrieron el paisaje buscando algo. Cithrin esperaba, con el corazón en un puño. No podían huir. No podían luchar contra dos docenas. Sin duda, toda la buena voluntad que hubiese podido esperar de Wester se había esfumado.

Los segundos se alargaban, interminables. Wester respiró hondo y soltó el aire despacio.

—Necesitamos una escoba.

# GEDER

La brisa gélida que precedía al alba murmuró a través de las paredes de la tienda de Geder e hizo bailar la llama de su lámpara de aceite. Él se acercó, se inclinó, maldijo quedamente y levantó la mecha. La llama brilló más y después humeó. Geder acortó la mecha lentamente hasta que el humo desapareció. Bajo la luz, más brillante, la pálida tinta se tornaba, si no clara, por lo menos legible. Se puso las manos en las axilas, para mantenerlas calientes, y se inclinó aún más, acercándose.

Y sucedió que en esos finales días las tres principales facciones se enzarzaron en una guerra que era de sangre y era de terrible astucia, e inmensas naves de piedra volaban por los cielos, con grandes espigas de hierro que mataban a los dragones en pleno vuelo y, además, en profundos receptáculos hallaban la forma de ocultarse de sus enemigos hasta que fueran olvidados y así poder atacar al enemigo desprevenido, y además espadas envenenadas para matar tanto al amo como al esclavo. El poderoso Morade de escamas plateadas, el miembro más demente y poderoso de la nidada en guerra, ideó el instrumento más cruel que el mundo había conocido, y en las altas montañas al sur de Haakapel [de la cual Geder sospechaba que ahora era Hallskar] y al este de Sammer [de la cual Geder casi tenía la certeza de que era el nombre de la quinta polis para el Keshet], forjó el Sirviente Honesto, al cual nadie podía mentirle y al cual nadie podía dejar de creer durante mucho tiempo, y su sello mostraba los puntos cardinales e intercardinales, las ocho direcciones del mundo en las cuales no podía ocultarse falsedad alguna, y en este el gran Morade halló su poder más sutil.

Se restregó los ojos. Las páginas gruesas y amarillas del libro olían a polvo y a moho, y a la extraña y dulce cola que nadie había usado en quinientos años. Cuando lo descubrió en las profundas sombras de una tienda de trastos usados de Vanai, el volumen le había producido un gran deleite. Ahora, mientras se afanaba con la traducción, su entusiasmo se desvanecía.

El autor decía haber transcrito y traducido un pergamino mucho más antiguo, perdido largo tiempo atrás, que se remontaba a las primeras generaciones después de la caída del Imperio del Dragón. En primer lugar, se trataba de una técnica narrativa para dar inicio a un ensayo especulativo tan trillada que, al leer esas líneas, a Geder se le encogía el corazón. En segundo lugar, eso significaba que el resto del ensayo se postulaba como una historia auténtica, algo que él encontraba menos interesante. Por último, el autor había optado por usar oraciones largas y una gramática compleja, en un intento por dar apariencia de autenticidad al texto, lo cual convertía cada página en una auténtica prueba de resistencia. Para cuando Geder encontraba los verbos, había pasado tanto tiempo que tenía que volver atrás y recordar de qué trataba el pasaje que lo ocupaba.

Si hubiera estado de regreso en Vanai, habría abandonado el trabajo. Pero sir Alan Klin, protector de Vanai, sabía de la caravana que transportaba las riquezas secretas de la ciudad de contrabando y le había dado la máxima prioridad a la recuperación de estas. Eso suponía enviar a sus favoritos por las sendas del dragón a Carse, y después la situación de cada uno de ellos llevó la búsqueda cada vez más lejos de los sitios de

caza probables, hasta que Jorey Kalliam acabó en los Páramos Desiertos, Fallon Broot en la ruta marítima a Ellassae, y Geder Palliako, al mando de dos docenas de soldados timzinae medio amotinados, acabó viajando a través del fango helado de la más meridional de las Ciudades Libres.

Durante todas esas semanas recorriendo veredas de granjeros y senderos de animales habían encontrado tres caravanas. Se trataba de grupos pequeños, compuestos por apenas tres o cuatro carros. Todos transportaban mercaderías de invierno entre las ciudades y los pueblos de la región. Mientras tanto, el fango de los días y el frío agobiante de las noches exasperaban a Geder. Y por mala que pudiera ser la compañía de su ensayo sobre los poderes de los dragones para acabar con las mentiras, era mucho mejor que la de los soldados. Al final del día, Geder se acurrucaba en su cama y dormía, mientras los otros bebían y cantaban y maldecían la nieve. Por las mañanas, se levantaba con el cocinero, leyendo y traduciendo y simulando que estaba en cualquier otro lugar menos allí.

Un discreto rasguño en la puerta, y su escudero entró acompañado del timzinae que hacía las veces de segundo en el mando. El escudero llevaba una bandeja con un cuenco de hueso tallado, con gachas de avena y uvas, así como una botella de barro llena de un agua caliente y oscura que pretendía ser café. El timzinae realizó el saludo formal. Geder cerró el libro mientras el escudero dejaba la comida ante él.

—¿Qué han dicho los exploradores? —preguntó Geder.

—Los carros no se han movido —contestó su segundo en el mando—. No están a más de dos horas de camino.

—Bien, entonces no hay prisa —repuso Geder con más ánimo del que sentía tener—. Diles a los hombres que partiremos después de comer, y tenlo todo listo para el mediodía.

—¿Y después?

—Al sur y al oeste —dijo Geder con la boca llena de avena—. Es la dirección del camino.

El segundo asintió y saludó otra vez, giró sobre sus talones y se alejó. Geder tenía la sensación de que había desprecio en sus movimientos, pero quizá solo veía lo que esperaba ver. Mientras comía, las costuras de su tienda comenzaron a hacerse más distinguibles. Se elevaron voces, hombres llamándose entre sí, caballos quejándose, el ruido de un cuchillo cortando carne sobre los tablones de la tarima para cocinar. Fuera, el cielo cambió del negro al gris y de este a un amanecer azul y blanco, más luz que calor. Para cuando el débil sol hubo disipado el frío más intenso, Geder ya estaba sobre su caballo y sus hombres listos para partir. Según los exploradores, la nueva caravana era al menos de un tamaño decente.

Con todo, Geder no tenía ninguna auténtica esperanza de que en esa ocasión hubiera algo más que otra decepcionante búsqueda y taciturnos lugareños. Hasta que

vio al tralgu.

Estaba sentado en el carro más lejano, sus orejas levantadas con un interés que el resto de su rostro no expresaba. Se suponía que el segundo de Wester era un tralgu. Geder paseó la vista por los carros agrupados alrededor del viejo molino, contando en voz baja. La información siempre era incompleta, la memoria poco fiable, y los carros apiñados, difíciles de contar, pero lo que veía se parecía lo suficiente a lo que habían estado buscando como para que su corazón empezara a latir un poco más deprisa.

Un timzinae, vestido con una gruesa bata de lana, iba hacia ellos por el camino. Geder hizo un gesto y a sus espaldas seis arqueros se desplegaron en abanico sobre el camino. El tralgu, aún sentado, movió una oreja.

—¿Eres el jefe de esta caravana? —preguntó Geder.

—Sí —dijo el timzinae—. ¿Y tú quién cono eres?

—Soy lord Geder Palliako de Rivenhalm, representante del rey Simeon y de Antea Imperial —se presentó Geder—. ¿De dónde venís?

—De Maccia. Y volvemos a Maccia. Bellin está cubierta de nieve.

Geder observó fijamente sus ojos negros. Las membranas nictitantes se cerraron y se abrieron, parpadeando sin parpadear. Geder no estaba seguro de que fuera una mentira. Desde luego, era posible que hubiese más de una caravana con un guardia tralgu en las Ciudades Libres. Todavía podía ser una falsa alarma.

—¿Os habéis detenido aquí?

—El eje de uno de los carros se aflojó. Solo hemos parado para ajustado. ¿Qué es todo esto?

—¿Quién es el capitán de vuestra guardia? —preguntó Geder.

El jefe de la caravana se volvió, escupió y señaló a un hombre apoyado contra uno de los carros. Un primera sangre con un rostro inexpresivo y amigable, y un aire de violencia contenida. Cabellos trigueños con toques de gris. Ancho de hombros. Podría haber sido Marcus Wester. Podría haber sido miles de otros hombres.

—¿Cómo se llama?

—Tag —dijo el jefe de la caravana.

Detrás de Geder, uno de los soldados que estaban en el camino dijo algo; su voz era demasiado baja como para distinguir las palabras. Otro soldado le respondió. Geder sintió un rubor treparle por el cuello. O bien el hombre mentía, o bien no mentía, y con cada segundo de duda Geder se sentía más estúpido.

—Saca a tus guardias al camino. Coloca a los carreteros junto a sus carros.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—¡Porque si no lo haces, ordenaré que te maten! —gritó—. Y puesto que has tenido la insolencia de cuestionar mis órdenes, ahora vas a hacer una pila en la senda con cada arma y cada armadura, a una distancia de diez pasos de tus guardias. Y si



descubro que has pasado por alto siquiera un cuchillo, abandonaré tu cadáver a merced de los cuervos.

La membrana nictitante se abrió y se cerró. El jefe de la caravana se volvió y caminó pesadamente de regreso hacia los carros. Geder le hizo un gesto a su segundo para que se acercara.

—Envía hombres para que cubran los flancos. Si alguien intenta escabullirse, me lo traes vivo. Si puedes. Y muerto, si así tiene que ser. Vamos a registrar este lugar hasta el último rincón.

—¿La casa del molino también? —preguntó el segundo.

—Todo —respondió Geder.

El timzinae asintió, se retiró y llamó a sus hombres. Geder observó los carros. La ira y la vergüenza se volvieron ansiedad. El capitán y el jefe de la caravana intercambiaron unas cuantas palabras y el capitán levantó la vista. Frunció el ceño mirando a Geder, se encogió de hombros, se volvió y se alejó. Si iba a haber resistencia, este sería el momento, y sería difícil. Geder cambió de posición en su silla; la herida de la pierna, aún en proceso de curación, le dolía. Se veía movimiento en la casa y en los carros. ¿Cuántos soldados tendrían? Si toda la riqueza del Banco Medeano se encontraba en esos carros, cada carretero sería un espadachín o un arquero. Comenzó a sentir un hormigueo en el cuero cabelludo. Si hubiera arqueros ocultos en esos carros, ya lo habrían cosido a flechazos. En su estómago se agitó el miedo, como si hubiera comido pescado en mal estado. En un intento por parecer despreocupado, hizo dar media vuelta a su caballo y trotó hacia la retaguardia de la formación de carros.

A juzgar por las expresiones de los soldados, no había engañado a nadie.

El primero de los guardias, una mujer, se alejó torpemente de los carros llevando media docena de espadas en los brazos como si fueran leña. Las dejó caer al suelo donde Geder había ordenado. Luego, un muchacho delgado, sin edad suficiente como para ser un soldado, con dos arcos desencordados y una carga de aljabas colgadas del hombro. El desfile continuó con lentitud. El lamentable montón de armas y armaduras creció, y diez guardias y un curandero de cabellos desordenados salieron al camino vestidos de lana y algodón, contaron diez pasos a partir de la pila y se quedaron ahí, con aspecto inocente, abrazándose el pecho para protegerse del frío.

—Adelante —ordenó Geder.

Los soldados avanzaron con sus espadas desenvainadas. Los carreteros permanecieron junto a los carros, sonreían, fruncían el entrecejo o miraban alrededor confundidos. Geder cabalgó dando un lento rodeo al pequeño campamento. El sonido del registro parecía seguirlo, las voces enfurecidas o quejumbrosas, el golpeteo de las maderas, el choque de los metales entre sí. Observó que sus hombres sacaban lingotes de hierro de un carro y los dejaban caer al suelo. Uno de los hombres rascó el metal

para asegurarse de que fuera lo que parecía, después escupió y continuó con el registro.

El mediodía llegó y se fue. Se levantó un viento frío que hizo que la nieve danzara y se arremolinara alrededor de sus tobillos. Los soldados descargaron cada carro, miraron debajo de ellos, examinaron los caballos y las mulas, y empezaron a recorrer la casa del molino. Geder desmontó en la orilla de la balsa del molino y observó los carros descubiertos, los carreteros helados, el ineficaz sol en el cielo acuoso. Uno de los carreteros —una mujer de aspecto enfermizo, con el pelo y la piel pálidos— se acurrucaba entre rollos de lana caídos y simulaba no mirar a Geder. Él sabía qué veía ella. Un noble engreído intimidándola a ella y a sus amigos. Deseaba acercarse a ella y explicarle que no era así. Que él no era así.

En vez de eso, se dio la vuelta. El cambiante polvo de nieve se desplazó sobre el hielo como las ondas en el agua. Geder caminó por la orilla, intentando no sentir la mirada de la muchacha sobre él. Algún idiota había estado patinando. Las rayas blancas indicaban las trayectorias que las hojas habían cortado en la delgada capa de hielo. Tuvieron suerte de no haberla atravesado por completo. En cierta ocasión leyó un ensayo que estimaba el tiempo que tardaba cada una de las trece razas en morir en el agua helada. Bueno: doce, en realidad. Los drowned no.

Geder se detuvo casi antes de saber qué lo había hecho detenerse. Cerca de la orilla de la balsa, cruzaba la superficie de hielo un reborde de nieve largo y bajo. Las marcas blancas dejadas por los patines se perdían al llegar a ahí y reaparecían después, como si el patinador hubiera pasado directamente a través del pequeño reborde. O como si el reborde no hubiera estado ahí cuando pasó el patinador. Geder se aproximó. La nieve misma se veía diferente. Carecía de la capa de hielo previsible. Tenía la apariencia regular de la arena barrida con una escoba. Geder alzó la mirada. Los guardias se encontraban en el costado más alejado de la caravana. Sus soldados estaban agrupados a la entrada de la casa del molino. Caminó alrededor de la curiosa formación de nieve.

Profundos cortes y marcas rayaban la superficie del hielo. Algo cuadrado y negro sobresalía hasta la altura del tobillo. Se puso en cuclillas y apartó la nieve. Una caja, hundida a medias en el hielo recién cortado, cubierta de nuevo con nieve. Y otras cajas, junto a la primera, todas ellas recubiertas de una fina capa de hielo y ocultas por la nieve cuidadosamente acumulada. Levantó la cabeza. Ahora, la carretera estaba de pie, estirando el cuello para poder verlo, las manos entrelazadas sobre el regazo. Geder extrajo su cuchillo y forzó el cerrojo. Topacios, jade, esmeraldas, perlas, oro y una filigrana de plata tan delicada como la escarcha. Se echó hacia atrás como si las gemas lo hubieran mordido y, después, cuando comprendió lo que veía, sintió que en su pecho salía el sol. El alivio y la delicia inundaron su cuerpo, le relajaron los músculos y pusieron una sonrisa en su cara.

Lo había conseguido. Había hallado la caravana perdida y las riquezas ocultas de Vanai. Ya no volvería a ser Geder Palliako, el idiota prescindible. Ya no tendría que disculparse por lo mucho que le gustaba leer, ni por lo abultado de su barriga. Oh, no. Llevarían su nombre a Camnipol y al rey Simeon en un carruaje de oro tirado por caballos con rubíes en las riendas. En la Corte solo se hablaría de él. Lo ensalzarían, honrarían y celebrarían en los más altos círculos del reino.

Salvo que, desde luego, eso no ocurriría. El nombre que celebrarían en Camnipol sería el de Alan Klin.

Alan Klin, quien lo había humillado. Quien había quemado su libro.

Geder respiró hondo durante un buen rato, y dejó salir el aire lentamente. Cerró la tapa. Un instante después, la abrió de nuevo, introdujo las manos en ella y sacó dos grandes puñados de gemas que se echó dentro de la camisa. Las preciosas piedrecitas se apiñaron alrededor de su vientre, allí donde el cinturón se ajustaba al cuerpo. Volvió a cerrar la chaqueta para ocultar las prominencias, bajó la tapa de la caja una vez más y de nuevo amontonó nieve encima. Cuando se puso de pie, lo llenó una alegría tan negra e inmensa que empequeñecía la que había sentido un momento antes. Mientras caminaba de regreso a los carros, no tuvo necesidad de recordarse que debía mantener la cabeza alta. La muchacha lo observaba mientras él se aproximaba. Geder le sonrió como si saludase a un viejo amigo o a una amante. A un cómplice. Puso, brevemente, un dedo sobre sus labios. «No digas nada».

Los ojos de la muchacha se abrieron, enormes. Un instante después, ella asintió, solo una vez. «No lo haré». Podría haberla besado.

Cuando encontró a su segundo, el timzinae y sus soldados ya habían acabado de registrar la casa. Geder se percató de que la conversación se detuvo cuando él entró en la estancia, pero no le importó. El interior de la casa olía a moho y a humo, y los signos de que la caravana había pasado allí la noche marcaban las piedras del suelo. Una escoba apoyada contra la pared más alejada. El haz de ramas estaba mojado y un pequeño charco de agua oscurecía las piedras de debajo. Geder puso cuidado en hacerle caso omiso.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó.

—Nada, mi señor —respondió el segundo.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo —dijo Geder—. Reúne a los hombres. Tenemos que seguir adelante.

El segundo miró a su alrededor. Uno de los soldados —un joven timzinae con escamas negras que brillaban como si las hubiera pulido— se encogió de hombros.

—Mi señor, no hemos revisado el sótano. Si lo deseas...

—¿De verdad crees que tiene algún sentido? —preguntó Geder.

Y cuando vio que el segundo tardaba en responder:

—Francamente.

—Francamente, no.

—Entonces, reúne a los hombres y vámonos.

El jefe de la caravana, sentado en un taburete, hizo un ruido impaciente con la parte posterior de la garganta. Geder se volvió hacia él.

—En nombre del imperio y del rey, me disculpo por este inconveniente —dijo con una reverencia.

—No ha sido nada —dijo con acritud el jefe de la caravana.

Fuera, los soldados tomaron sus posiciones como habían hecho las veces anteriores. Geder montó por sí solo, con cuidado. Su cinturón se sostuvo. Las gemas y las joyas se le clavaron en la piel, y le pincharon un poco los costados. No cayó ninguna. Los guardias de la caravana observaron con bien fingido desinterés cómo Geder extraía su espada para realizar un saludo, hacía girar su caballo y se alejaba lentamente. Con cada paso que los alejaba de la caravana, Geder sentía que su espalda se relajaba un poco más. El sol, que ya caía hacia el horizonte, lo encandilaba a medias, y estiró su cuello para contar los soldados que tenía detrás, a fin de asegurarse de que ninguno había regresado o había sido dejado atrás. Ninguna de las dos cosas.

En la cima del risco, Geder se detuvo. Su segundo se puso a su lado.

—Podemos acampar donde lo hicimos anoche, mi señor. Partir hacia el sur y luego al este por la mañana.

Geder negó con la cabeza.

—Al este.

—¿Señor?

—Iremos hacia el este —dijo Geder—. Gilea no está lejos, y podemos pasar unos cuantos días en algún sitio caliente antes de regresar a Vanai.

—¿Regresamos? —preguntó el segundo, procurando que su voz sonara neutra.

—Más vale que volvamos —respondió Geder, esforzándose por contener una sonrisa—. No encontraremos nada.

## DAWSON

«Asuntos de invierno».

Las palabras mismas hedían a desesperación. Desde la noche más larga hasta el primer deshielo, los nobles regresaban a sus propiedades o seguían la partida de caza del rey. Evaluaban en qué clase de hombres se estaban convirtiendo sus hijos, se volvían a familiarizar con sus esposas y amantes, y le echaban una ojeada a los ingresos por tributos de sus propiedades. Para los de alta cuna, el invierno suponía domesticidad y trabajo del hogar. Por más que amara Camnipol, andar por las calles heladas y ventosas, que apestaban a humo, ponía a Dawson en la compañía de cortesanos profesionales, comerciantes y otros hombres de posición social incierta. Pero su causa era justa, y por eso soportaba ese insulto a su dignidad.

Y él no era el único que lo sufría.

—No entiendo por qué odias tan profundamente a Issandrian —dijo Canl Daskellin, barón de Watermarch, protector de Puerto Norte y embajador especial de Su Majestad en la Costa Norte—. Es demasiado guapo y engreído, cierto, pero si consideras pecados el engreimiento y la ambición, no encontrarás a ningún santo en esta corte.

Dawson se reclinó en su silla. A su alrededor, la Fraternidad del Gran Oso parecía casi vacía. Los asientos y los almohadones tapizados en seda cruda o damasco de Cabrai estaban vacíos. Había braseros de hierro negro en las habitaciones, construidas para estar frescas en mitad del verano. Las criadas, que con mucha frecuencia soportaban la presión de las necesidades de los miembros de la fraternidad, acechaban en las sombras y a las puertas a la espera de un signo de que alguien necesitara algo. En el clímax del verano, en esas grandes salas podía haber cien hombres de la más elevada alcurnia del imperio bebiendo, fumando y dirimiendo sus asuntos cortesanos. Ahora, si Dawson hablaba demasiado alto, se oía el eco de su voz.

—No se trata del hombre —dijo Dawson—. Se trata de la filosofía que hay detrás del hombre. Maas y Klin no son mejores, pero Issandrian los retiene por las correas.

—Las diferencias filosóficas no parecen justificar... ¿el qué? ¿Una conspiración?

—La filosofía siempre se transforma en acción. Issandrian, Maas y los otros están dispuestos a actuar con la mayor vileza con tal de acumular más poder.

—Te refieres al consejo de granjeros.

—Eso, para empezar —dijo Dawson—. Pero si ellos están dispuestos a acaudillar a la chusma, ¿cuánto tiempo pasará antes de que la chusma decida liderarse a sí misma? Ya tenemos restricciones a la esclavitud, los servicios de cama y el servicio militar. Todo eso desde que tengo recuerdo. Y todo viene de hombres como Issandrian, que coquetean con el favor de los jornaleros, los comerciantes y las putas.

Canl Daskellin exhaló un gruñido sordo. Entre la débil luz invernal que recortaba su silueta y la oscuridad casi lyoneiana de su piel, Dawson no conseguía distinguir su expresión. Con todo, Daskellin no había puesto objeciones. Si no tuviera sus propios intereses en el asunto, no habría acudido.

—Ya ha llegado la hora de que el auténtico espíritu de Antea ponga las cosas en su sitio —dijo Dawson—. Estos perros creen que ellos dirigen la cacería. Debemos destruirlos, y si esperamos hasta que el príncipe Aster se encuentre viviendo bajo el techo de Issandrian...

El silencio remató su pensamiento de un modo más elocuente que cualquier palabra que pudiera proferir. Daskellin se movió hacia delante en su silla y masculló algo obsceno en voz baja.

—¿Estás seguro de que el rey tiene intención de dar ese paso?

—Lo escuché de sus propios labios —le respondió Dawson—. Simeon es un buen hombre, y también podría ser un buen rey, pero no sin nuestra lealtad. Está a la espera de que le llegue la oportunidad para poner a Issandrian en su sitio. Y yo le brindaré esa oportunidad.

Desde el corredor cercano llegaron unas voces quedas, que pronto se perdieron otra vez. Desde la calle, el ruido metálico de unos cascos herrados. Canl extrajo de la chaqueta una pequeña pipa de arcilla y levantó una mano. Una criada se apresuró a acercarle una lumbre. Cuando apareció la primera nube de perfumado humo azul, la criada se retiró. Dawson aguardaba.

—¿Cómo? —preguntó Daskellin. Su tono había adquirido la firmeza del de un interrogador. Dawson sonrió. Tenía media batalla ganada.

—Privar a Issandrian de su fuerza —dijo Dawson—. Hacer regresar a Alan Klin de Vanai. Enemistar a Issandrian con los granjeros. Destruir su círculo.

—Quieres decir a Maas y a Klin.

—Para comenzar, sí; aunque también tiene otros partidarios. Pero con eso no basta. Han aumentado su influencia porque los hombres que comprenden lo que significa la sangre noble están divididos.

Daskellin dio una larga pitada a su pipa. El brillo de la brasa se hizo más intenso, y se desvaneció cuando Dakellin exhaló.

—Y esa es la causa de tu conspiración.

—La lealtad al rey no es ninguna conspiración —replicó Dawson—. Es lo que tendríamos que haber hecho todo este tiempo. Pero nos dormimos y los perros se colaron dentro. Y, Canl, tú lo sabes.

Daskellin golpeteó la cánula de arcilla contra sus dientes. Entornó los ojos.

—Di lo que tengas que decir —lo urgió Dawson.

—La lealtad al rey Simeon es una cosa, y convertirse en un instrumento de la Casa Kalliam es otra cosa muy diferente. Me... inquietan los cambios que proponen

Issandrian y su grupo de conspiradores. Pero la solución no estriba en intercambiar a un hombre ambicioso por otro.

—¿Quieres que te pruebe que yo no soy Issandrian?

—Sí.

—¿Qué prueba quieres?

—Si te ayudo a traer a Klin de regreso de Vanai, no podrás sacar provecho de ello. Todos saben bien que tu hijo está a las órdenes de Klin en Vanai. Jorey Kalliam no puede hacerse con el protectorado de Vanai.

Dawson parpadeó, abrió la boca y la cerró de nuevo.

—Canl —comenzó, pero Daskellin entornó los ojos. Dawson tomó una gran bocanada de aire y la dejó escapar lentamente. Cuando habló, su voz era más rígida de lo que pretendía—. Juro ante Dios y el Trono de Antea que mi hijo Jorey no se hará con el protectorado de Vanai cuando Alan Klin sea llamado de regreso. Además, juro que ningún miembro de mi casa sacará provecho de Vanai. Y ahora, ¿jurarás lo mismo tú, viejo amigo?

—¿Yo?

—Creo que tienes un primo en la ciudad. Estoy seguro de que no querrás dar la impresión de que solo apoyas al Trono por interés propio.

La risa de Daskellin retumbó y produjo ecos, un sonido profundo y cálido, suficiente para que el invierno escondiera los dientes, siquiera por un instante.

—Por las lágrimas de Dios, Kalliam. Nos transformarás a todos en altruistas.

—¿Lo jurarás? —preguntó Kalliam—. ¿Harás causa común con los hombres leales al rey Simeon y para restaurar la tradición por encima de tu propia gloria?

—Verdaderos sirvientes del Trono —respondió Daskellin, bastante divertido.

—Sí —dijo Dawson. En su voz no había lugar para la liviandad. Él era duro como la roca, y sus intenciones eran de acero—. Verdaderos sirvientes del Trono.

Daskellin se puso serio.

—Lo dices de verdad.

—Sí —respondió Dawson.

Los ojos oscuros recorrieron rápidamente el rostro de Dawson, como si intentaran penetrar en un disfraz. Y después, tal como había sucedido con media docena de hombres antes que él —hombres a quienes Dawson había escogido porque sabía que lo anhelaban tanto como él—, el orgullo floreció en su oscuro rostro. Orgullo y determinación, y una sensación de ser parte de algo más grande y bueno.

—Entonces sí —dijo Daskellin con voz queda—. Lo haré.

La División era la más evidente de las particiones de la ciudad, pero distaba de ser la única. A ambos lados de los puentes, la nobleza tenía sus mansiones y plazas, mientras que las clases inferiores vivían en calles más pequeñas y estrechas. Vivir al

norte de la plaza del Cernícalo implicaba una buena posición social. Tener los establos junto a la puerta sur significaba una buena cuna, pero una fortuna dilapidada. La ciudad era compleja de maneras que solo sus ciudadanos podían conocer. Las calles no constituían la única dimensión a lo largo de la cual se medía la clase. Los más pobres y desesperados excavaban túneles para exprimirle una nueva vida a las ruinas de épocas anteriores sobre las cuales se había edificado la ciudad moderna. Vivían en la oscuridad y rodeados de mugre, pero al menos se ahorran las indignidades del invierno.

El hielo y la nieve ponían blancos los adoquines oscuros. Los carros avanzaban despacio, y las mulas, con cuidado. Los caballos se detenían a cada paso por temor a resbalar, romperse una pata y ser sacrificados en la calle donde cayeran. El invierno de Camnipol le robó incluso la dignidad de un carruaje que lo esperase, pero la reunión con Daskellin había dejado a Dawson tan complacido consigo mismo que ni siquiera le importó. Permitted que la criada le colocara el cinturón sobre su abrigo de piel oscura con costuras de plata y botones de heliotropo, se puso el sombrero de ala ancha que iba a juego, y partió adentrándose en las calles hacia su hogar y hacia Clara.

Había pasado la niñez en Camnipol, siguiendo a su padre a través de los rituales del poder durante el día, y bebiendo, cantando y yendo de juerga con los demás muchachos de alta cuna por las noches. Aun ahora, décadas más tarde, la piedra cubierta de nieve guardaba recuerdos debajo. Pasó por el estrecho callejón en el cual Eliayzer Breiniako había corrido desnudo tras perder una apuesta con él la noche en que cumplieron catorce años. Después, la amplia curva que conducía a las calles donde todos los timzinae y los jasuru tenían sus hogares: el barrio de las chinches y los céntimos. Pasó debajo del arco de Morade, donde el último y demente emperador dragón había muerto en las garras de su compañero de nidada. El arco del jade de dragón se elevaba casi tan alto como la propia Torre del Rey, y era tan delgado y estaba tan finamente trabajado que parecía que un viento cualquiera podría volcarlo. Pasó junto al presbiterio de Sorrial, con su muro meridional ennegrecido por el tizne. La casa de putas donde su padre lo había llevado en su décimo cumpleaños y le había pagado su primera noche con una mujer.

La única y blanca nube del cielo resplandecía caritativamente sobre la ciudad, disipando las sombras. El carro de un panadero que regresaba de la plaza del mercado dejó caer una caja de almendras, y una docena de niños parecieron salir de la nada e intentaron echar mano de los frutos antes de que el carretero pudiese detenerlos. Desde la altura de la muralla occidental podía mirar las grandes planicies de Antea como si Dios mirara el mundo desde arriba. El viento que atravesaba las calles le lastimaba los labios y las mejillas. Era la ciudad perfecta. Todo había sucedido allí, desde la caída de los dragones, la elevación del Profeta Blanco, las revueltas de



esclavos que habían permitido a la Casa de Antea refundar un imperio de primera sangre en la ciudad que los dragones habían edificado. Las piedras eran testigo del paso de los siglos, de los milenios.

Y ahora, tal vez por primera vez, Dawson estaba ocupando el lugar que le correspondía en la ciudad que amaba. Había iniciado una obra por la que Camnipol lo recordaría. Dawson Kalliam, barón de Osterling Fells, quien purificó la Corte y escoltó a Antea por el camino correcto. Kalliam, quien reunió a los defensores de la rectitud. Quien destruyó a los agentes del caos y el cambio.

La Ciudad Inmortal lo invitaba a emborracharse con sus recuerdos y las visiones de un futuro moldeado según su voluntad —un futuro en el cual se dejaba a Curtin Issandrian y a Feldin Maas caminar deprisa por la nieve mugrienta atendiendo asuntos invernales, en lugar de a él—, y Dawson sucumbió. Si hubo alguna señal de advertencia antes del ataque, le pasó completamente inadvertida.

El camino describió una curva que seguía la forma del borde del promontorio. En el parque triangular en el que dos calles anchas se fundían en una había tres hombres. Vestían abrigos de lana oscura y estaban absortos en una conversación. El aliento les salía blanco como plumas, blanco como el cielo. Dawson caminó hacia ellos esperando que le abrieran el paso a un barón de la Corte. Sus ojos se encontraron con unas miradas duras. Los hombres no se movieron.

La irritación invadió las ensoñaciones de Dawson, y luego le asaltó el pensamiento de que tal vez no hubieran reconocido su categoría y posición social. El hombre que estaba más próximo a él abrió el abrigo, y extrajo un cuchillo ancho y curvado. Los otros se desplazaron para rodearlo. Dawson ladró una breve risa de desdén e incredulidad, y el cuchillo del hombre cargó contra él. Dawson saltó hacia atrás. Intentó sacar su espada. Antes siquiera de poder desenvainarla, el sicario de la izquierda le dio un porrazo en el codo. A Dawson se le entumeció la mano, y su espada cayó en silencio sobre el suelo helado. El hombre del cuchillo se balanceó y su hoja rasgó el abrigo de piel y la carne del pecho de Dawson, quien emitió un agudo ladrido y saltó hacia atrás.

Aquella era la cosa menos parecida a un duelo. No había belleza en los movimientos o el estilo de los hombres, no había ningún sentido del honor. Ni siquiera la gracia del entrenamiento formal. El hombre del cuchillo sostenía la hoja como un carnicero. Sus compañeros acorralaron a Dawson con las porras como si él fuera a volverse y salir huyendo, chillando como una cerda asustada. Dawson se alzó en toda su estatura, y presionó los dedos contra el abrigo roto. Los dedos de sus guantes volvieron ensangrentados.

—Has cometido tu último error —dijo Dawson—. No tienes ni idea de con quién estás luchando.

El cuchillero sonrió.

—Creo que lo sé, mi señor —reconoció, y contraatacó. La hoja se habría clavado en lo más profundo del estómago de Dawson si sus décadas de entrenamiento no lo hubiesen hecho ladearse. El hombre que tenía a la izquierda le lanzó un porrazo que lo alcanzó en el hombro. Mientras Dawson caía de rodillas se le ocurrió, por primera vez, que no se trataba de simples matones callejeros en busca de unas cuantas monedas: era una trampa, y el objetivo era él.

El hombre de la porra situado a su derecha saltaba hacia atrás y hacia delante sobre las puntas de los pies, con el arma levantada y lista para romperle el cráneo de un golpe. Dawson levantó el brazo y el atacante desapareció con un gruñido. Los sicarios se volvieron. Otro hombre, vestido con una cazadora de lana gris, rodó por el pavimento, atrapado en el violento abrazo del hombre de la porra. Cuando se separaron, el recién llegado se irguió de un salto. Tenía las ropas empapadas y rojas, al igual que la espada corta que había en una de sus manos. El sicario no se levantó.

—Lord Kallia —gritó el recién llegado y le lanzó su hoja. Dawson vio cómo describía un arco en el aire, sangre y acero. Pareció que el tiempo se detenía. El mango era de piel oscura, con mucho uso. Dawson se estiró y atrapó la espada en el aire. El último hombre de la porra se abalanzó sobre él y, pese a estar de rodillas, Dawson rechazó su ataque. El agresor caído gimió, se levantó con una mano y volvió a caer en el charco rojo que se hacía más extenso.

Dawson se levantó. Los dos asesinos se miraron y Dawson vio el temor en sus rostros. Ciertamente, él estaba herido, y su salvador, desarmado. Ciertamente, las fuerzas apenas estaban equilibradas. Y sin embargo, el hecho de pasar de un momento para otro de tres hombres y una víctima a una batalla casi de igual a igual les hizo perder la confianza en sí mismos. El hombre de la porra dio un paso hacia atrás, con un gesto que denotaba que estaba a punto de darse a la fuga. Dawson sintió que se le fruncía un labio. Aquellos hombres eran unos cobardes.

Esgrimió su espada prestada rápidamente y con firmeza. El hombre saltó hacia atrás, y lo bloqueó con maneras desmañadas. Hacia la derecha, el cuchillero gritó y saltó sobre el aliado desarmado de Dawson. El dolor de sus heridas se desvaneció, y el frío de su propia sangre helándose sobre el pecho le puso una fiera sonrisa en su boca. El hombre de la porra retrocedió un paso, y Dawson empujó hacia delante, las rodillas flexionadas, el peso bajo, el cuerpo equilibrado y listo. Cuando la porra realizó su siguiente balanceo, Dawson se interpuso en su trayectoria, y recibió el golpe en las costillas mientras proyectaba la hoja hacia delante. El aliento salió del hombre de la porra en una ráfaga blanca y plumosa. Tenía una armadura debajo del abrigo. El asesino no había muerto, pero estaba atónito. Dawson se giró, deslizó un talón entre las piernas del hombre y balanceó la empuñadura de su espada propinándole un golpe corto y fuerte en la cara. El inconfundible crujir del cartílago al romperse se transfirió a la muñeca de Dawson.

El asesino se agazapó y luego se abalanzó sobre él, tratando de derribarlo con su fuerza. Dawson resbaló hacia atrás, pues sus botas encontraban poco sustento en la calle helada. El sicario pesaba más que él, y contaba con que eso lo salvara en el forcejeo. Se había equivocado al juzgar el carácter de Dawson.

Este soltó la espada y agarró el pelo oscuro del sicario con la mano izquierda, no para alejar de sí la cabeza del hombre, sino para afirmarla. Clavó el pulgar hasta el fondo de la órbita de un ojo, y lo dobló a la altura del nudillo. Sucedió algo blando y terrible, y el hombre aulló adolorido y atemorizado. Dawson lo alejó de un empujón y el hombre cayó, a trompicones, sobre sus rodillas, con las manos presionándose el ojo dañado y la nariz rota.

El cuchillero y el rescatador de Dawson se movían en círculos. El rescatador tenía los brazos extendidos y no llevaba armas. Un corte en su brazo izquierdo sangraba, y dispersaba gotitas escarlatas sobre el hielo blanco y el negro pavimento. En la calle se estaba juntando una muchedumbre. Hombres, mujeres y niños con los ojos muy abiertos y hambrientos. Absorbían la violencia sin atreverse a intervenir. Dawson le dio un puntapié al hombre que gimoteaba, lo empujó hacia el pavimento y le quitó la correa de la porra de alrededor de la muñeca. La mirada del hombre del cuchillo denotaba pánico, y Dawson levantó la porra zumbando en el aire, probando su equilibrio y su peso.

El hombre del cuchillo echó a correr, con las oscuras botas lanzando trocitos de nieve hacia arriba mientras se alejaba a la carrera. La muchedumbre se echó a un lado para dejar escapar al sicario antes que arriesgarse a un envite de pequeña espada. Campesinos, plebeyos y criados le franqueaban el paso a uno de los suyos. Deseaba sentir un poco de indignación por que las gentes sencillas de Cannipol le permitieran huir a aquel hombre, pero no fue así. La cobardía y la seguridad que proporciona el rebaño estaban en la naturaleza de los de baja cuna. Sería igual que culpar a una oveja por balar.

El primero de los asesinos en caer yacía en la más perfecta quietud, y la sangre que había a su alrededor humeaba. El segundo hombre de la porra también se iba quedando quieto a medida que entraba en estado de choque. El rescatador de Dawson se puso en cuclillas y examinó su brazo herido. Era joven, los brazos y los hombros amplios y firmes, y el cabello cortado a cuchillo. La forma de su cara le era conocida.

—Al parecer, te debo mi agradecimiento —dijo Dawson. Para su sorpresa, se había quedado sin aliento.

El recién llegado negó con la cabeza.

—Debería haber venido antes, mi señor —reconoció el joven—. Me quedé demasiado rezagado.

—¿Demasiado rezagado? —dijo Dawson—. ¿Me has estado siguiendo?

El hombre asintió y apartó la mirada.

—¿Y por qué? —preguntó Dawson.

—Tu señora esposa, mi señor —respondió el hombre—. Me reintegró al servicio después de que me despidieras. Me encomendó mantenerte a salvo, señor. Me temo que no he cumplido bien con mi deber.

Por supuesto. El cazador de las cocinas que había devuelto el trozo de asta empapada en sangre de perro e insultos. Vincen Coe, se llamaba. Nunca le había preguntado a Clara qué había hecho para encargarse del muchacho; pero, desde luego, ella no podía readmitirlo contra la voluntad expresa de su esposo. Y sin duda sería indigno de él decir que había sido injusto con el muchacho.

—Te equivocas —dijo Dawson.

—¿Señor?

—Es la primera vez que te veo, y yo nunca habría expulsado de mi servicio a un hombre de tu coraje y talento.

—Sí... digo, no, mi señor.

—Entonces eso está resuelto. Ven conmigo. Haremos que te pongan algo en esos pequeños rasguños.

Coe no se movió.

—¿Mi espada, mi señor?

—Sí. Puede que la necesitemos —dijo Dawson, señalando hacia donde estaba tirada, sucia de sangre, nieve y hollín—. Parece que asustó a los hombres que no debería.

## MARCUS

Fuego y sangre. Merian aulló su miedo, su dolor e indignación a la vez, como solo una niña podía hacerlo. Tenía la mirada fija en la de él, y los brazos extendidos. Marcus luchó contra su parálisis, obligó a sus brazos a alcanzarla y despertó al moverlos.

Los gritos de los muertos flotaban en el aire fresco mientras él se incorporaba, esperando encontrarse aún, en los restos de su sueño, con los trigales y los altos e imponentes molinos de viento de Ellis. En lugar de ello, sobre él se curvaba el amplio cielo tachonado de estrellas de Birancour, con la acechante oscuridad de las montañas a sus espaldas, hacia el este, sin mostrar siquiera una señal del amanecer. El olor a quemado de la memoria cedió ante el perfume dulce y penetrante de los lirios y el lejano presentimiento de sal que era el mar.

Volvió a recostarse en su petate y esperó a que el sueño se disipara. Guiado por una antigua costumbre, le prestó atención a su cuerpo. La tensión atezadora en su garganta cedió primero, y luego la de su pecho. El puñetazo de dolor que sentía en el estómago se fue atenuando lentamente hasta desaparecer. Pronto no quedó nada más que el vacío constante debajo de sus costillas, y supo que podía ponerse de pie.

Eran cicatrices de lucha. Algunos hombres habían perdido una pierna o una mano. Otros habían perdido los ojos. Marcus había perdido su familia. Y del mismo modo en que los veteranos sabían cuándo iba a llover porque les dolían los huesos mal soldados, él ahora sufría. No significaba nada. Solo se trataba de su propio mal tiempo y, como el mal tiempo, pasaría. De momento, nada más, los sueños empeoraban.

La caravana, tanto los carreteros como las mulas, dormía en la noche profunda. El fuego de guardia brillaba en la ladera de la colina sobre él. No era más intenso que una estrella, pero su resplandor era anaranjado en lugar de azul. Marcus fue hacia ella. La hierba seca rozaba contra sus botas, y los ratones se escabullían a su paso. Yardem Hane estaba sentado junto a la pequeña hoguera, de espaldas al fuego para evitar que la luz lo encandilara. Junto a él, también sentada, había una forma menos conocida. Marcus se acercó para poder entender sus palabras.

—¿La forma de un alma? —preguntó maese Kit—. Creo que no entiendo lo que quieres decir.

—Solo eso. El alma tiene una forma —dijo Yardem. Sus anchas manos dieron unas palmaditas al aire frente a él—. Y esta configura tu destino. Sea lo que fuere que el mundo te depare, la forma de tu alma determina lo que haces con ello, y tus acciones conforman tu destino.

Marcus giró un pie, y rasgó el suelo con ruido suficiente como para anunciarse.

—Buenos días, capitán —dijo Yardem, sin volverse.

—Le estás llenando la cabeza con tus tontas supersticiones.

—Sí, señor.

—Cuídate, Kit —le aconsejó Marcus, mientras entraba en el tenue círculo de luz—. Antes, Yardem era sacerdote.

Maese Kit levantó las cejas, y su mirada interrogante se desplazó de Marcus a Yardem. El tralgu se encogió de hombros con gesto elocuente.

—No acabó bien —dijo Yardem.

—No es una fe de la cual haya oído hablar antes —respondió maese Kit—. Tengo que decir que encuentro las ideas fascinantes. —Y, mirando a Yardem, añadió—: ¿Qué forma tiene tu alma?

—Nunca he visto mi alma —replicó Yardem.

Marcus se sentó. El calor del fuego le acarició la espalda. Muy alto sobre sus cabezas, una estrella fugaz cruzó a toda velocidad de oeste a este y desapareció casi antes de que Marcus la viera. El silencio se hizo incómodo de repente.

—Continúa —lo urgió Marcus—. Díselo si quieres.

—¿Decirme el qué? —preguntó maese Kit.

—He visto la del capitán. Fue en Wodford, el día de la batalla. El capitán iba a caballo, le pasaba revista a la tropa y... la vi.

—¿Y qué forma tenía? —preguntó maese Kit.

—Un círculo parado sobre su borde —contestó Yardem.

—¿Y qué significado le diste?

—Que se levanta cuando cae, y cae cuando está alto —aclaró Yardem.

—Y necesitó visiones mágicas para verlo —acotó Marcus—. La mayoría de la gente se limita a darlo por sentado.

—Pero ¿siempre? —inquirió maese Kit—. Seguramente, si Dios deseara cambiar la forma del alma de un hombre...

—Nunca he visto a Dios —aseguró Yardem.

—Pero crees en Él —dijo maese Kit.

—Me reservo la opinión —respondió Yardem.

—¿Y qué hay de ti, capitán? —preguntó—. Se cuenta que antaño eras un hombre creyente.

—He decidido no creer en ningún dios como acto de caridad —dijo Marcus.

—¿Caridad con quién?

—Con los dioses. Me parece descortés pensar que no podían hacer un mundo mejor que este —se explicó Marcus—. ¿Nos queda algo para comer?

El alba llegó reptando con suavidad. En el este la silueta de las montañas se hizo más clara contra las estrellas y, después, las escasas y delgadas nubes comenzaron a resplandecer con rosados y oros, y la luz parecía no venir de ningún lado para alzarse de la tierra como una niebla. Los carros pasaron de ser bultos casi invisibles a

convertirse en hierro y madera. El ruido metálico de las ollas llegó desde el campamento cuando la esposa del jefe de la caravana empezó a preparar el amasijo de cereales y cerdo meloso. El paisaje pasó de ser una oscuridad indistinta y sin fin a estar compuesto por colinas y árboles, matorral y arroyo. Yardem dirigió los ejercicios matinales de los guardias, mientras Marcus caminaba por el campamento y simulaba que ningún carro de la caravana le importaba más que los demás.

La muchacha, Cithrin, siguió la misma rutina que los demás. Se ocupó de sus seis mulas, se comió su comida, y rascó el fango atrapado en los orificios de los ejes. Si necesitaba ayuda, se la pedía a Opal o a maese Kit. Nunca al jefe de la caravana, nunca a Marcus. Pero tampoco se la pedía a Sandr, y el muchacho la había estado evitando como si su vida dependiera de ello, y así era mejor. Marcus la observó con disimulo. Había mejorado desde que dejaron Vanai. Desde que dejaron Bellin, en realidad. Pero tenía bolsas oscuras debajo de los ojos, y la torpeza de la extenuación en sus movimientos.

Marcus encontró al jefe de la caravana en cuclillas junto al primer carro, con un ancho rollo de pergamino teñido sobre el suelo ante él: un mapa del sur de Birancour que tal vez llevaba obsoleto varios siglos, pero que sin embargo mostraría dónde estaban las sendas del dragón. Su esposa, finalizadas las tareas del desayuno, estaba enganando las mulas.

—Un día —dijo el jefe de la caravana—. Un día y medio, a lo sumo, y estaremos otra vez sobre el camino real.

—Eso es bueno.

—Otros tres y estaremos en Porte Oliva. ¿Has estado allí antes?

—Una o dos veces —respondió Marcus—. Es un buen puerto invernal. No hace tanto frío. El gobernador de la reina no es tan severo con los impuestos.

—Entonces nos detendremos allí.

—Los caminos a Carse deberían estar despejados para comienzos de primavera —dijo Marcus.

—No para mí —comentó el jefe de la caravana plegando el mapa—. Cuando lleguemos a Porte Oliva habremos terminado. La caravana se queda ahí.

Marcus frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Eso sería un problema. El trabajo consiste en cuidar todo esto hasta que lleguemos Carse.

—Tu trabajo es proteger la caravana —acotó el timzinae—. El mío es decir adónde va y dónde se queda. Porte Oliva tiene un mercado. Comercio por tierra con Cabrai y Herez, por no mencionar el resto de las ciudades de Birancour. Barcos a Lyoneia y comercio de alta mar con Far Syramys. El cargamento que me contrataron para transportar se venderá bien ahí.

—El cargamento que te contrataron —repitió Marcus pronunciando lentamente

las palabras, como si le costara decirlas.

—¿Hay algo más por lo que debería interesarme? —La barbilla del jefe de la caravana se proyectó hacia delante—. ¿Te preocupa el que pudiera importunar a la contrabandista?

—Por lo que sé, el Banco Medeano no comercia en Birancour —dijo Marcus—. Dejarías a esa muchacha sentada sobre una pila de dinero tan alta como un árbol sin nada que la protegiera. Para eso, mejor que le cuelgues un cartel del cuello.

El jefe de la caravana lanzó su mapa plegado sobre el asiento de su carro y empezó a subir. Su esposa parpadeó una silenciosa disculpa a Marcus y desvió la mirada.

—Esa muchacha, junto con su bebida, su contrabando y sus pecados con tus guardias puede cuidarse por sí sola —dijo el jefe de la caravana—. Tuvimos mucha suerte con ese cabrón anteano. No hay ninguna razón para pensar que la próxima vez sea igual.

«Y habrá una próxima vez». No lo dijo. No necesitaba hacerlo.

—Si aceptas mi consejo —continuó el jefe de la caravana—, cogerás tu paga, darás media vuelta con tu caballo y te alejarás de esa chica hasta que no sea ni un recuerdo. La gente como ella no trae más que problemas.

Marcus se enfureció.

—¿A qué clase de gente te refieres?

—A los banqueros —dijo el jefe de la caravana, y escupió.

Porte Oliva se encontraba sobre un espolón de tierra que se adentraba en una amplia bahía de aguas someras. Aun con marea baja, el mar la protegía por tres de sus lados. Los arrecifes y los bancos de arena hacían que acercarse por mar fuera tan peligroso que los barqueros locales podían vivir de guiar el paso seguro de los barcos desde el profundo océano hasta el puerto y de regreso al océano. En los mil años que habían transcurrido desde su fundación, jamás habían tomado la ciudad por la fuerza, aunque sí la habían cautivado dos veces. Las sendas del dragón llevaban a ella. La senda verde subía colinas desgastadas desde hacía mucho tiempo, por lo que cuando el terreno bajaba, los carros viajaban por sobre grandes arcos inclinados.

A medida que se acercaban a la ciudad, el camino se hizo cada vez más transitado. Mientras que en Vanai se veían muchos timzinae, de negras escamas, aquí la muchedumbre mostraba los rostros pálidos y etéreos de los cinnae y la piel aceitosa, de pelo corto y adornada con cuentas de los kurtadam en grandes números, mayores aún que los de los primera sangre. La multitud de carros y cuerpos aumentó, y Marcus comenzó a ver espadachines con los torques de cobre y el oro verde de Birancour. Hombres de la reina. Los guardianes de la ciudad, aunque la reina solía estar en Sara-su-mar o Porte Silena, ciudades de mayor tamaño situadas más al norte.



Marcus observó al jefe de la caravana acercarse a uno de los guardias de mayor edad, inclinarse hacia él como para hablarle por encima del rechinar y el murmullo de la multitud. Unas cuantas monedas cambiaron de mano y, sin ningún cambio evidente, los carros empezaron a moverse con mayor rapidez, adelantando a los peatones y las carretillas. Marcus supo que habían llegado a Porte Oliva cuando aparecieron los mendigos y pordioseros.

«Por favor, mi señor, tengo un hijo».

«Mi esposo es marinero. Su barco debió haber llegado hace tres meses, y no tenemos dinero para comer».

«Dios nos manda ser generosos».

Marcus caminaba rápidamente junto a los carros, haciendo caso omiso de palabras y de gestos, atento a los posibles ladrones y los carteristas que siempre había en las muchedumbres como aquella. Los demás guardias seguían su ejemplo, y tal vez sabían más que él sobre esas destrezas manuales. Resultaba extraño lo adecuados que eran los actores para todas las tareas relacionadas con cuidar la caravana, salvo el deber real de cuidarla. Alcanzó el último carro y comenzó el recorrido hacia delante otra vez. Tres carros más allá, maese Kit se inclinó y puso una moneda en la mano de un anciano.

—No los alientes —gritó Marcus—. Son todos unos mentirosos.

—No todos, capitán —gritó a su vez Kit con una sonrisa—. Solo la mayoría.

Marcus adelantó al carro de la lana en el que la contrabandista, vestida aún con sus ásperas ropas de carretera, conducía su tiro. Puesta junto a los cinnae puros del camino, resultaba más fácil ver en ella algo más que una frágil muchacha primera sangre. Su cabello no era tan fino como el de ellos, sus rasgos eran más gruesos, y su piel tenía más color, pero el parecido estaba ahí. Ella se dio cuenta de que él la observaba e intentó sonreírle. Él le hizo caso omiso con la misma estudiada intención que a los mendigos, y por razones similares. Mientras cabalgaba, la sensación de anticipación y temor se le asentó en el estómago. La conversación llegaría, y sería ese día, y lo prudente —lo correcto, lo que haría que sus pesadillas se esfumaran otra vez— era rechazar a la muchacha. Yardem, en el primer carro, lo miró a los ojos, impasible.

Alguna vez, siglos antes, la ciudad acababa en las grandes almenas de piedra. Ahora los altos muros de piedra blanca estaban en medio de un ajetreado mercado. Los pescadores ofrecían a gritos sus capturas en el lado norte del arqueado túnel que conducía al centro de la ciudad, y después de haberlo atravesado, hombres y mujeres indistinguibles ofrecían a gritos el mismo pescado. La arquitectura de guerra dormía en medio de una comunidad vital como un gran gato adormecido después de haberse cobrado la presa. Más allá de ella, la senda del dragón se ensanchaba y se detenía en una enorme plaza.

La multitud era tan numerosa allí como en el camino. Un gran templo de mármol, alto como cinco hombres erguidos uno sobre el otro, se encontraba hacia el este, el palacio del Gobernador, de ladrillo rojo y vitrales, hacia el oeste. La voz de Dios y el brazo de la ley, los poderes gemelos del Trono. Y entre ellos, dispersas por la plaza, se elevaban tarimas de madera con prisioneros que sufrían sus castigos. Un kurtadam de ojos acuosos y manos amputadas sostenía con sus muñones un letrero que lo identificaba como un ladrón. Una mujer primera sangre embadurnada de mierda y vísceras estaba sentada bajo el símbolo de los proxenetas tallado en madera. Tres hombres cinnæ colgaban muertos de un patíbulo, y las moscas les ennegrecían la blanda carne que rodeaba sus ojos: eran un asesino, un violador y un pederasta, respectivamente. Todas juntas, las plataformas funcionaban como una breve y eficaz introducción a las leyes locales.

El jefe de la caravana los retuvo durante casi una hora mientras desaparecía en el interior del palacio del Gobernador, del cual regresó con pequeñas figuras de piedra con tiras de piel para poner en los carros como prueba de que los impuestos de tránsito se habían pagado. Con un grito, los condujo por un camino lateral, de ladrillo duro y pálido, hasta el patio.

Final del viaje. Marcus avanzó hasta el primer carro. El jefe de la caravana tenía un saco de tela para él. Tintineó cuando se lo extendió.

—Puedes contarlo —lo instó el timzinae.

—Está bien —dijo Marcus.

El jefe de la caravana levantó las cejas, y luego se encogió de hombros.

—Como quieras, pero después no me vengas a decir que falta una parte.

—No lo haré.

—Pues muy bien.

Marcus asintió con la cabeza y se alejó. Separó su parte y la de Yardem. Después, a pesar de lo que había dicho, contó el resto. Estaba todo.

Los actores estaban en su propio carro, y todavía llevaban armaduras y espadas. El camino los había transformado de algún modo. Ahora eran más duros, y cada uno de ellos era capaz de manejar una espada como un soldado. Por otra parte, reían y bromeaban tanto como lo habían hecho en la taberna de Vanai. Sandr y Smit competían ahora para ver quién podía hacer el pino durante más tiempo. Cary, Opal y Mikel intercambiaban ocurrencias y comentarios mordaces mientras atendían a sus mulas. Maese Kit, sentado sobre el pescante, observaba todo como un santo benevolente de los cuentos antiguos. Marcus se le acercó.

—Entonces, parece que lo hemos conseguido —dijo maese Kit—. No había esperado que se produjeran tantos acontecimientos.

—Como una buena comedia —completó Marcus.

—Creo que el mundo es así a menudo.

—¿Así, cómo?

—Cómico, pero solo cuando estás a la distancia apropiada.

—Probablemente sea así —dijo Marcus, mientras le pasaba el dinero a maese Kit—. Y ahora ¿qué vas a hacer?

—Tengo la sospecha de que Porte Oliva es tan buen lugar como cualquier otro, y supongo que probaremos suerte con nuestro negocio original. Después de un poco de descanso, tal vez. Aquí tienen una larga tradición de titiriteros, y espero que podamos reclutar a uno o dos actores nuevos que tengan esas habilidades.

—Ha sido un placer trabajar contigo —dijo Marcus—. Ha salido mejor de lo que había previsto, a pesar de todo. Espero verte en la ciudad. Nos quedaremos hasta el deshielo.

—Gracias por no castrar a Sandr. Todavía tengo esperanzas de hacer de él un director decente algún día.

—Suerte en el empeño —le deseó Marcus.

—Cuídate, capitán Wester —dijo maese Kit—. Me pareces un hombre fascinante. Y eso también tocó a su fin. Hacia su izquierda, el jefe de la caravana pasaba carro por carro recogiendo firmas e inventarios. Yardem apareció junto a Marcus.

—Necesitaremos hombres —añadió el tralgu.

—Y un curandero. Pero aquí no hay guerra. Encontraremos algo.

El tralgu agitó una oreja, que tintineó.

—¿Permitirás que la muchacha nos contrate, señor?

Marcus respiró hondo. La ciudad olía a mierda de caballo, a pescado y a salmuera. La bruma dejaba el cielo más blanco que azul. Exhaló poco a poco.

—No.

Se quedaron juntos. El jefe de la caravana se acercó al carro de Cithrin. Ella estaba de pie como un prisionero ante un juez, la espalda recta y la vista al frente. Sola, en una ciudad que no conocía, sin protector ni camino.

—Ahora podemos irnos —dijo Yardem.

Marcus negó con la cabeza.

—Ella merece saberlo.

El jefe de la caravana siguió su camino. Marcus miró al tralgu, a la chica, escupió y fue hacia ella. «Hazlo —se decía—. Deja atrás lo peor y a otra cosa». Cuando llegó, la muchacha levantó los ojos, desenfocados y vidriosos por el agotamiento, y la piel aún más pálida de lo habitual. Y, con todo, levantó su barbilla un poco.

—Capitán.

—Sí. Yardem y yo. No podemos trabajar para ti.

—Está bien —dijo ella. A juzgar por su reacción, ella le podía haber dicho que el sol había salido esa mañana.

—Te voy a dar un consejo: toma lo que puedas llevarte, abandona el resto y coge

un barco hacia Lyoneia o Far Syramis. Empieza de nuevo.

El jefe de la caravana silbó. El primer carro se alejó. La caravana terminó de manera oficial. Los carros, a su alrededor, comenzaron a cambiar de posición y a rechinar, cada uno hacia su propio mercado y su propio barrio. Ahora, hasta los actores se alejaban. Sandr y Smit caminaban con las mulas para despejar el camino. Cithrin Bel Sarcour, huérfana y pupila del Banco Medeano, aprendiz de contrabandista, casi una mujer, lo miró con ojos cansados.

—Buena suerte —dijo él, y se marchó.

El barrio de la sal de Porte Oliva estaba, tal como había dicho maese Kit, habitado por titiriteros. En cada esquina parecía haber artistas callejeros, agazapados detrás o dentro de unas cajas, que acosaban a los transeúntes con las voces de sus muñecos. Algunas obras demostraban el habitual humor racial de PennyPenny, el violento jasuru, y el listo timzinae Roaches. Algunas eran políticas, como la del estúpido Rey Ardelhumblemub, con su corona de tamaño excesivo. Algunas, la de Stannin Aftellin el primera sangre, eternamente lujurioso en su tradicional triángulo amoroso con un flemático dartinae y un manipulador cinnae, eran libidinosas, raciales y políticas a la vez.

Un número mayor de obras tenían un carácter más local. Marcus se había detenido un momento ante una representación que trataba de un mugriento carnicero que ahumaba su carne quemando mierda y añadía larvas de mosca molidas a las salchichas, cuando una mujer cinnae que estaba en la multitud empezó a gritarle al titiritero por haber aceptado el oro de un carnicero rival. En otra obra, cuatro guardias de la reina, con espadas y torques de cobre, observaban una historia sobre ciruelas y una princesa de las hadas con rostros ceñudos que sugerían que la alegoría, fuera cual fuese, podía poner al artista del otro lado de la ley.

La posada en la que se detuvieron tenía un patio situado encima del rompeolas. El sol bajaba deslizándose por el cielo occidental, reverberando su resplandor de oro contra las paredes de estuco blanco. El de la bahía era azul pálido, y el mar, más allá de ella, de un índigo tan profundo que era casi negro. El olor de la salmuera y el del pollo asado forcejeaban con el del humo de incienso que esparcía un sacerdote ambulante. Bajo los brillantes doseles bordados, marineros de varias razas, todos ellos de anchos hombros y voces estentóreas, se sentaban ante grandes mesas. Entre las mesas ardían braseros que traían el recuerdo del verano al aire frío del invierno. Marcus se sentó y llamó la atención de la camarera. Ella asintió y él se reclinó contra el respaldo de la silla.

—Necesitaremos trabajo.

—Sí, señor —dijo Yardem.

—Y un grupo nuevo. Uno real, esta vez.

—Sí, señor.

—Habrá mercancías. Viene la primavera, y las caravanas se adentran en el continente.

—Las habrá, señor.

—¿Alguna idea, entonces?

La camarera —una kurtadam con el pelo suave y pálido de una adolescente y cuentas de oro y plata en sus flancos— les llevó jarras de sidra caliente y se alejó rápidamente antes de que Marcus pudiera pagarle. Yardem levantó una de las jarras. En sus manos parecía pequeña. Bebió a sorbitos, el ceño fruncido y las orejas echadas hacia atrás. A sus espaldas, el sol resplandecía lo suficiente como para hacer daño.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcus.

—La contrabandista, señor. Cithrin.

Marcus rio, pero sintió la furia detrás de su risa. Por el cambio de posición en los hombros de Yardem, el tralgu también lo había oído.

—¿Crees que sería prudente ponernos entre el carro y quien quiera quitárselo?

—No lo sería —reconoció Yardem.

—Entonces, ¿de qué tenemos que hablar? El trabajo está hecho. El tiempo sigue adelante.

—Sí, señor —dijo Yardem, y bebió otro sorbo. Marcus esperó a que hablara. No lo hizo. Uno de los marineros, un primera sangre de pelo negro corto y con el acento sensiblero de Lyoneia, comenzó a cantar una canción obscena acerca de los hábitos de apareamiento de los southling. Los grandes ojos negros de los miembros de esa raza a menudo les valían el sobrenombre de *ojazos*, lo cual se prestaba a una multitud de rimas de la más diversa índole. Marcus sintió que se le contraía la mandíbula. Se inclinó hacia delante poniéndose a la vista de Yardem.

—¿Tienes algo que decir?

Yardem suspiró.

—Si ella no se pareciera tanto a Merian, te habrías quedado —dijo Yardem.

La canción obscena continuó con un nuevo verso que especulaba sobre la vida sexual de los dartinae y los cinnae. O de los bichos de luz y de las larvas de mosca, como decía la letra de la canción. Marcus lanzó una mirada irritada al que cantaba. La tensión de su mandíbula se le iba extendiendo al cuello y entre los omóplatos. Yardem dejó la jarra.

—Si hubiera sido un hombre el que conducía el carro —dijo Yardem—. O una mujer mayor. Alguien que se pareciera menos a Alys o que no tuviera la edad que hubiese tenido Merian, habrías aceptado un contrato con ellos.

Marcus disimuló su risa con una tos. El que cantaba se tomó un respiro, y se preparó para acometer otro verso. Marcos se puso de pie.

—¡Eh, tú! ¡Termina ya con eso! Aquí hay adultos intentando pensar.

La cara del marinero se ensombreció.

—¿Y quién cono eres tú?

—El que te está diciendo que ya es suficiente —dijo Marcus.

El marinero hizo una mueca burlona, después parpadeó al ver algo en la expresión de Marcus, enrojeció y se sentó dándoles la espalda a Marcus y Yardem. Marcus se volvió a su segundo.

—El carro atraerá espadas y sangre, y ambos lo sabemos —le explicó Marcus en voz baja—. Tanta riqueza en un solo lugar es una invitación al asesinato. ¿Y ahora me dices que ponerse delante de ella es lo correcto?

—No, señor. Es algo completamente estúpido —dijo Yardem—. Solo tú lo habrías hecho.

Marcus sacudió la cabeza. En su recuerdo, Merian extendía los brazos desde las llamas. Él tomaba su cuerpo agonizante en sus brazos.

Podía oler el pelo quemado, y la piel. La sintió relajarse contra él y recordaba haber pensado que la había salvado, que estaba a salvo, para darse cuenta después de lo que realmente significaba esa indolencia en sus articulaciones. Ya no sabía si se trataba de un auténtico recuerdo de los hechos o de sus sueños.

Cithrin Bel Sarcour. Imaginó su carro. Imaginó, en su lugar, al primera sangre de mediana edad que transportaba latón. O al jefe de la caravana y a su esposa. O a maese Kit y a Opal. Cualquiera, salvo a la chica.

Se restregó los ojos hasta que brotaron extraños colores ante él. El mar murmuraba. El ácido olor a manzanas que tenía la sidra cortaba el aire frío. En su pecho, la ira se colapsó, pues al fin y al cabo no era nada más que una armadura de papel, y dijo algo obsceno.

—¿Voy a buscarla, señor?

—Más vale que lo hagamos —dijo Marcus, mientras dejaba caer sobre la mesa las monedas correspondientes a sus tragos—. Antes de que haga algo peligroso.

## GEDER

Geder podría haber encontrado más difícil ocultar su subterfugio si no hubiera asumido su fracaso desde el principio. En lugar de ello, él y sus soldados leales a medias regresaron renqueantes a la ciudad, dieron sus pobres informes y fueron despachados. Geder retomó su débil flujo de tareas: hacer que la gente pagara impuestos, arrestar a los partidarios del régimen y, en general, acosar al pueblo de Vanai en el nombre de Alan Klin.

—No puedo pagar esto —se lamentó el viejo timzinae, apartando la mirada de la orden de pago de impuestos—. El príncipe nos hizo pagar dos veces antes de la guerra, y ahora tú quieres una cantidad igual.

—No soy yo —se excusó Geder.

—No veo a nadie más por aquí.

El taller se agazapaba en una calle oscura. Aquí y allí había retazos de cuero. Un maniquí de metal envuelto en una suave piel negra que aún olía ligeramente al patio del curtidor cercano a la ventana cubierta de hule. Como armadura, un cuero tan delgado resultaría inútil. No mejor que la tela, y probablemente peor que una tela acolchada. Como traje para la Corte, en cambio, se vería bastante impactante.

—La quieres —preguntó el timzinae.

—Perdón, ¿qué?

—La capa. Un encargo del maestro de canales. Después se esfumó, la noche justo antes de... —sostuvo el aviso de pago de impuestos en su mano cubierta de escamas negras— nuestra liberación por el noble imperio. No está terminada, y me queda suficiente de ese lote de tela para cortarla otra vez y que te quede bien.

Geder se pasó la lengua por los labios. No podía. Alguien preguntaría dónde la había obtenido, y tendría que dar explicaciones. O mentir. Y si decía que la había comprado por mucho menos, tal vez mientras estaba en los caminos del sur o a alguien de una de las pequeñas caravanas que habían registrado...

—¿Realmente podrías volver a cortarla?

La sonrisa del timzinae era una maravilla de cinismo.

—¿Podrías traspapelar esto? —preguntó, indicando el aviso con un gesto de la cabeza.

Por un momento, Geder sintió el eco de su placer al alejarse a caballo de los contrabandistas con las gemas y las joyas ocultas en su camisa. Un aviso de pago de impuestos extraviado. En el peor de los casos, mantendría las arcas de Klin igual de escasas, y sus informes a Camnipol serían un poco menos prometedores. Mantendría al sastre en su taller durante una temporada más. Si el hombre se lo hubiera pedido, es probable que Geder hubiese «extraviado» el aviso de pago aun sin la promesa de una buena capa.

Además, comparado con lo que había hecho, las veinte monedas de plata que perdería Klin eran como una gota de agua en el océano.

—Dejar a un hombre honrado sin su trabajo no puede ser beneficioso para nadie —dijo Geder—. Estoy seguro de que podemos arreglarlo.

—Entonces, ponte de pie sobre ese taburete —respondió el timzinae—. Me aseguraré de que el corte es el mejor para tu complexión.

El invierno era una estación seca en Vanai. Los muros de los canales mostraban las marcas de la pleamar treinta centímetros por encima del delgado hielo y la corriente oscura e indolente. Las hojas caídas se escabullían a lo largo de las bases de los muros, y los árboles estaban desnudos y muertos en los jardines y las glorietas. Los carámbanos que colgaban de los aleros de madera de las casas se hacían más delgados cada día, y la nieve no llegaba. Las noches eran amargas, y los días, solamente fríos. La ciudad esperaba el deshielo y la descongelación, el movimiento del agua dulce y el ajetreo proveniente de un arroyo, aún a meses de distancia. Todo estaba muerto o dormido. Geder caminó por la calle balanceándose un poco sobre la punta de los pies. Sus guardias lo seguían a unos pasos.

Apenas hubo regresado, Geder cerró las puertas, extrajo el morral de tela que había comprado en Gilea y extendió las gemas y las joyas sobre su cama. Relucían bajo la luz tenue y le planteaban un problema. Ahora disponía de suficientes riquezas como para vivir en Vanai con mayores comodidades, pero no las tenía en forma de monedas. Podía venderlas, por supuesto, pero si se las daba a los comerciantes de gemas de la ciudad se arriesgaba a que alguien reconociera una piedra o una obra de orfebrería. Y si Klin o uno de sus favoritos se percataban de que, de repente, Geder tenía más monedas de las que debiera, no sucedería nada bueno.

Había resuelto el problema enviando a su escudero a cambiar solo las piedras más inofensivas: tres granates redondos y un diamante montado en plata ordinaria. La bolsa de monedas tenía plata, bronce, cobre y dos vueltas de oro lo bastante maleable como para doblarlas con los dedos. Para su forma de vida, era una fortuna, y llevaba una parte de ella ahora en su morral, junto con un libro, listo para su último encargo del día.

La academia daba a una estrecha plaza situada más abajo. En sus días de gloria, había sido un centro para niños de la baja nobleza y la clase alta comercial para contratar tutores o encargarse de discursos. El arco de entrada tallado en roble conducía al interior de un gran recibidor donde aparecían los nombres de los eruditos y los sacerdotes que habían enseñado ahí durante el siglo y medio transcurrido desde su fundación. Dentro, el aire olía a cera y sándalo, y la luz del sol se filtraba por las ventanas horizontales iluminando las motas de polvo suspendidas en el aire. Cerca, en algún lugar, un hombre recitaba un poema con una voz profunda y resonante. Aspiró el aire del lugar.



Oyó pasos acolchados a sus espaldas. El empleado era un delgado southling. Los grandes ojos oscuros dominaban su cara. Su cuerpo mostraba deferencia y temor.

—¿Puedo ayudarte, mi señor? ¿Hay algún problema?

—Deseaba encontrar a un investigador —dijo Geder—. Mi escudero me ha dicho que este era el lugar al que debía acudir.

El southling parpadeó con sus inmensos ojos negros.

—Yo... Es decir, mi señor... —El empleado se sacudió—. ¿En serio?

—Sí —dijo Geder.

—¿No has venido a detener a nadie? ¿Ni a cobrar multas?

—No.

—Bien. Un momento, mi señor —dijo el southling—. Permíteme encontrar a alguien que podría serte de utilidad. ¿Me acompañas?

En la cámara lateral, Geder se sentó en un banco de madera suavizado por décadas de uso. El recitado de poemas continuaba, la voz era ahora más queda, y las palabras se habían hecho ininteligibles. Geder se aflojó el cinturón, y cambió de posición en su asiento. Le asaltó el recuerdo casi físico de esperar a sus propios tutores, y reprimió la ansiedad irracional de que tal vez no sería capaz de responder a las preguntas de los eruditos. La puerta se abrió y entró un hombre primera sangre. Geder se levantó de un salto.

—Buenas tardes. Me llamo Geder Palliako.

—Eres conocido en la ciudad, lord Palliako —dijo el hombre—. Tamask ha dicho algo acerca de que quieres un investigador.

—Sí —respondió Geder, sacando el libro y abriéndolo—. He estado traduciendo este libro. Lo que pasa es que no está bien presentado. Deseo que alguien encuentre más libros como este, pero diferentes.

El erudito cogió el libro con suavidad, como si fuera un insecto colorido pero desconocido, y abrió las páginas. Geder se movió nerviosamente.

—Trata de la caída del Imperio del Dragón —dijo—. Está escrito como historia, pero me interesa más el ensayo especulativo.

El sonido de las antiguas páginas rozándose entre sí competía con la distante voz y el murmullo de la brisa fuera de las ventanas. El erudito se inclinó sobre el libro, frunciendo el ceño.

—¿Qué es lo que propones, lord Palliako?

—Pagaré por todo libro que puedas encontrar sobre la época. Si se los puede comprar de inmediato, pagaré una recompensa. Si hay que copiarlos, puedo encargárselo a un escriba, pero eso supone menor paga para el investigador. En particular, estoy buscando reflexiones sobre la caída de los dragones y, sobre todo, un pasaje relativo a algo que se llama el Sirviente Honesto. Me gustaría conseguir más como ese.

—¿Puedo preguntarte por qué, mi señor?

Geder abrió la boca, y después la cerró. Nunca había tenido a nadie con quien hablar sobre el asunto, ni nunca tuvo necesidad de explicárselo a sí mismo.

—Se trata de... la verdad. Y el engaño. Y pensé que sería interesante —dijo, con resolución.

—¿Estarías también interesado en retórica sobre la materia? Asinia Secundus escribió un buen estudio sobre la naturaleza de la verdad durante la Segunda Ocupación Alfin.

—¿Eso es filosofía? Le echaré un vistazo, pero a decir verdad preferiría que fuese un ensayo.

—Ya lo has mencionado. Un ensayo especulativo —dijo el erudito, sin el menor suspiro en su voz.

—¿Hay algún problema? —preguntó Geder.

—En absoluto, mi señor —dijo el erudito con una sonrisa forzada—. Nos honrará ayudarte.

Mi opinión es la siguiente: dada la escasez de fuentes primarias correspondientes a la época, nuestra mejor opción es examinar a quienes más tarde pretendieron el trono del Imperio del Dragón y, mediante el estudio de sus actos, inferir la naturaleza de los ejemplos que siguieron. El mejor ejemplo es el enigmático asedio de Aastapal. Un examen directo de las ruinas no ha conseguido determinar si la destrucción de la ciudad fue llevada a cabo por las tropas atacantes del gran dragón Morade o, de forma más controvertida, por las fuerzas ocupantes de su hermano y compañero de nidada, Inys.

Ante esta escasez de pruebas directas, podemos centrar nuestra atención en las historias más conocidas. Incluso mil años después, tenemos al gran general Jasuru, Marras Toca, en la cuarta campaña de la Sagrada Purificación. Asimismo, el anthypatos de Lynnica, de nombre Hararsin Quinto, en la batalla de Ashen Dan. Asimismo, la reina Errathiánpados en el asedio de Kázhamor. En cada uno de estos casos, en tiempos de guerra, un comandante ha decidido destruir una ciudad con el fin de que no cayera en manos del enemigo. Si, como intentaré demostrar, esto se ha hecho como una imitación consciente de la última gran guerra de los dragones, la conclusión es que la destrucción de Aastapal fue perpetrada por Inys como maniobra táctica para mantenerla fuera del control de Morade, en contraposición al supuesto generalmente aceptado.

Geder inclinó la cabeza hacia un lado. El argumento parecía débil. Por una parte, él nunca había oído nada acerca de dos de los tres ejemplos.

Y además, pensaba que era posible encontrar casos de cualquier estrategia o decisión que se quisiera en todas las batallas y guerras y sitios ocurridos desde la caída de los dragones. Si se escogían líderes diferentes y batallas diferentes, también podía argumentarse a favor de la hipótesis contraria. Y Dios era testigo de que no había tirano que no pretendiera alguna clase de descendencia de los dragones.

Y, con todo, detalles aparte, se trataba de una idea fascinante. Cuando hay algo que no es posible conocer, cuando los detalles se han perdido para siempre, examinar los sucesos que derivan de ese algo, que le hacen eco, y remontar la secuencia hasta la verdad, es como mirar las ondas en el agua de una laguna y saber dónde ha caído la piedra. Alzó la vista y observó su pequeña habitación, emocionado. En su escritorio todavía quedaba un poco de tinta en el tintero, pero no sabía dónde había dejado la

pluma. Dejó el libro abierto y se apresuró hasta la pila de leña que había junto al hogar, cogió una astilla caída y volvió rápidamente a su mesa. La madera áspera se sumergió en la oscuridad y Geder marcó cuidadosamente el margen del libro. «Mirar las ondas para saber dónde ha caído la piedra».

Se enderezó, complacido. Ahora, si hubiese alguna exposición acerca del Sirviente Honesto...

—¿Lord Palliako? —dijo su escudero desde la entrada—. El banquete de lord Klin.

Geder suspiró y asintió, y lanzó la astilla ennegrecida al fuego. Tenía el pulgar y el índice manchados. Se lavó las manos en la jofaina con la mente solo ocupada a medias en esa tarea. El escudero lo ayudó a colocarse su túnica de protocolo y la nueva capa de piel negra, y casi lo condujo a la puerta y hasta la calle más allá de esta.

En casa, en Camnipol, uno de los grandes acontecimientos del invierno era el aniversario de la coronación del rey Simeon. La familia noble favorecida por la elección del rey podía gastar sus ingresos de un año en una noche. La Corte caía sobre ellos como cuervos en un campo de batalla. Geder había asistido dos veces, y la abundancia de la comida y la bebida lo había dejado vagamente enfermo en ambas ocasiones.

En Vanai, sir Alan Klin se hacía eco del suceso con un gran banquete y una celebración pública obligatoria.

A lo largo de las estrechas calles, se colgaban faroles que arrojaban sombras extrañas. Los músicos tocaban sus flautas y golpeaban sus tambores mientras atipladas voces timzinae subían y bajaban cantando. Una mujer de cara ancha hacía rodar un barril por la calle, la madera retumbaba sobre los adoquines.

Geder pasó junto a hombres y mujeres locales vestidos con sus mejores galas, todos ellos con expresiones moderadamente divertidas. El aire frío ponía rosadas las caras de los primera sangre y les hacía moquear. A lo largo de toda la calle, las puertas estaban abiertas, y dentro la luz resplandecía, para invitar a los transeúntes a entrar, pero sin los estandartes y los espectáculos con fuego de Antea. El año anterior, nadie de entre esos hombres y esas mujeres supo, ni a ninguno le importó, que hubiesen coronado al rey Simeon. Si los soldados de Antea se fueran a casa, la fecha pasaría otra vez al olvido con tanta rapidez y cinismo como los que se habían adoptado. A Geder, todo el asunto le parecía la cáscara vacía de una celebración real. Latón haciéndose pasar por plata.

En el palacio del anterior príncipe, Klin se había apropiado de la gran cámara de audiencias para la celebración de la nobleza de Antea. El aire caliente oprimía la boca y la nariz. Las mesas rebosaban de platos tradicionales de Antea: carne de venado a la menta, pasta de truchas sobre pan de doble horneado y ristras de salchichas hervidas

en vino. La multitud de voces era como una tormenta, y las conversaciones a gritos reverberaban contra los grandes arcos del color del bronce sobre la gente. Cantantes que competían entre sí deambulaban entre las mesas gorroneándoles algunas monedas de más a los juerguistas de Antea. Un viejo criado, con el brazalete rojo y gris de la casa de Klin, condujo a Geder hasta una de las mesas más pequeñas, alejada del gran hogar en el que ardía y chisporroteaba medio árbol. Geder conservó su capa. Tan lejos del fuego hacía frío.

Geder permitió que una esclava le diera un plato de comida y un gran vaso de cristal tallado de una cerveza negra que olía a levadura. En medio de la fiesta, comió solo, meditando sobre la verdad y el engaño, la guerra y la historia. La mesa principal —Alan Klin, Gospey Allintot y media docena de los favoritos de Klin— le parecía un barco en el horizonte. No se percató de que conducían a Daved Broot hasta su mesa hasta que el muchacho se dejó caer con despreocupación sobre un banco.

—Palliako —dijo el joven Broot inclinando la cabeza.

—Hola —respondió Geder.

—Bonita capa. ¿Es nueva?

—Bueno, reciente.

—Te queda bien.

La conversación acabó ahí, pues Broot cogió un plato e inició una campaña de ingestión sistemática de tanta comida como le fuese posible. No parecía obtener placer de ello, pero Geder sintió un atisbo de admiración por la determinación del muchacho. Unos minutos más tarde, cuando Jorey Kalliam y sir Afend Tilliakin —dos de los menos favorecidos por Klin— llegaron juntos a la mesa, Broot ya iba por el segundo plato.

—¿Cómo ve tu padre la situación? —preguntó Tilliakin, mientras ambos tomaban asiento.

Jorey Kalliam sacudió la cabeza.

—No creo que podamos extraer ninguna conclusión —respondió, mientras cogía un plato de carne de venado y una jarra de vino de manos de un criado que esperaba—. Todavía no.

—Sin embargo, ese pequeño banquero Imaniel no irá a ningún lado durante un tiempo. Lord Klin debe de estar subiéndose por las paredes por no haber encontrado la caravana, ¿no?

Todos los pensamientos sobre dragones, ondas en el agua y proezas alimentarias abandonaron a Geder. Bebió un largo trago de cerveza mientras se ocultaba detrás del cristal e intentó pensar en cómo preguntarle a la pareja de qué estaban hablando sin parecer demasiado transparente. Antes de que pudiera ocurrírsele algo inteligente, Broot habló.

—¿Habláis de la carta de Ternigan?

—El padre de Jorey Kalliam está viéndolo todo desde casa, pero no puedo sacarle los detalles con una palanca.

Geder se aclaró la garganta.

—¿Ternigan escribió una carta? —preguntó, con la voz más alta y más tensa de lo que había pretendido. Tilliakin rio.

—La mitad de un libro, según lo que he oído. Los cofres de guerra que Klin ha estado enviando a casa parecen haber resultado algo ligeros al gusto de algunas personas. Ternigan quiere saber la razón. Según he oído, enviará a uno de sus hombres a revisar los libros de Klin, para ver si está quedándose con más de lo que le corresponde.

—Eso no sucede —dijo Jorey—. Por lo menos, no sucede todavía.

Broot levantó las cejas.

—Así que sí has oído algo —lo pinchó Tilliakin—. Sabía que ocultabas algo.

Jorey sonrió, arrepentido.

—No sé nada cierto. Mi padre ha dicho que en la Corte están preocupados por el hecho de que la campaña de Vanai no ha ido tan bien como se esperaba. De momento, todo son quejas en la Corte. El rey no se ha pronunciado contra la manera en que Klin está manejando la situación.

—Pero tampoco lo ha hecho a su favor, ¿o sí? —preguntó Tilliakin.

—No —respondió Jorey—. No lo ha hecho.

—Ternigan no lo llamará de regreso —dijo Broot con la boca llena de salchicha—. Con esos dos se presenta un mal asunto.

—Sin embargo, si lo llama, no tardará mucho. Sería interesante saber a quién pondrá en su lugar, ¿no? —contestó Tilliakin, mirando fijamente a Jorey.

Geder miraba a uno y a otro, con la mente brincando por delante de él como un perro que se ha soltado de su correa. De repente, la constante ola de exigencias tributarias de Klin cobró más sentido. Quizá no se limitaba a buscarle tareas desagradables a Geder para tenerlo ocupado. Podía ser que esas monedas viajasen a Camnipol en lugar de las que se habían perdido cuando desapareció la caravana. Klin estaba comprando la buena opinión de la Corte.

El pensamiento le pareció demasiado agradable como para confiar en él. Porque, si era verdad, si él había indispuesto al rey contra sir Alan Klin...

—Creo que Jorey sería un buen príncipe para Vanai —dijo Geder.

—¡Por las heridas de Dios, Palliako! —exclamó Broot—. ¡No digas esa clase de cosas donde la gente pueda oírte!

—Lo siento —se disculpó Geder—. Solo quería decir...

Un rugido llegó desde la mesa principal. Media docena de malabaristas vestidos como bufones lanzaban cuchillos al aire y los cogían al vuelo, y las hojas reflejaban la luz del fuego. Los ocupantes de la mesa principal se habían desplazado para hacer

lugar al espectáculo, y ahora Geder podía ver a Alan Klin con claridad. A través de aquel frenesí de cuchillos, imaginó cierta inquietud en los hombros de Klin. Una falsa jovialidad en sus sonrisas y en sus carcajadas. Un brillo de ansiedad en sus ojos. Y si eso era verdad, entonces él, Geder Palliako, era quien los había puesto así. Y lo que era más importante: Klin jamás lo sabría. Nunca seguiría las ondas hasta su origen.

Geder reía y aplaudía, y simulaba observar el espectáculo.

## CITHRIN

Tras la noche de patinaje en la balsa del molino y el miedo atroz del día siguiente, sus noches adquirieron una pauta. Primero, el agotamiento hasta en los huesos. Luego, tras hacerse un ovillo entre la lana, transcurría una maravillosa hora de descanso, antes de despertarse, con los ojos abiertos como platos, la mente yendo a toda velocidad y el corazón en un puño. Algunas noches, veía al noble anteano encontrar una vez más los cofres ocultos, salvo que esta vez él llamaba a sus soldados. Por su mente giraban, como un torbellino, imágenes de pesadilla de lo que había estado a punto de ocurrir. Sandr, muerto. Opal, asesinada. Maese Kit, cosido a flechazos y su sangre brillando sobre la nieve. Marcus Wester, entregándola a los soldados a cambio del salvoconducto para la caravana. Y después, lo que los soldados le habrían hecho a ella. El hecho de que no hubiera sucedido le otorgaba al miedo un poder casi espiritual, como si al haberse salvado por poco hubiera contraído una deuda cuya cuantía podía ser más alta de lo que ella podría soportar.

Conjuró las imágenes con recuerdos del magíster Imaniel, del banco, los balances contables, la intriga y las sutiles estrategias que le recordaban a su hogar. No le concedían el descanso, pero hacían que las horas frías y oscuras de la vigilia fueran tolerables porque le permitían fingir que el mundo obedecía a ciertas reglas, que podía ser domesticado. Más tarde, el cielo oriental se encendía y el agotamiento caía sobre ella como una chaqueta de metal; se obligaba a levantarse y salir y hacer frente a otro día imposible. Para cuando llegaron a Porte Oliva, Cithrin vivía y soñaba despierta a partes iguales. Por su visión periférica danzaban unos animales rojos, y las ideas más improbables —se había tragado todos los libros para mantenerlos a salvo; a maese Kit podían salirle alas, pero él no quería que nadie lo supiera; Cary planeaba darle muerte en un ataque de celos por Sandr— adquirían una verosimilitud de la que no eran dignas.

Todos sus conocimientos acerca de Porte Oliva le venían de segunda mano. Sabía que estaba en el límite meridional de Birancour y que sobrevivía gracias al comercio proveniente del este que no se detenía en las Ciudades Libres, y al procedente del oeste que seguía el camino más largo para evitar a los piratas, frecuentes en Cabrai. Le debía la mayor parte de su riqueza al hecho de ser un puerto entre Lyoneia y Narinisle. El magíster Imaniel lo había llamado «la segunda elección de todos», pero lo había dicho de un modo que no parecía significar nada malo. Ella se la había imaginado como una ciudad un poco basta y con orgullos locales.

Su llegada había sido una experiencia fuera de lo común. Recordaba haber conducido su tiro por caminos montañosos y barridos por la nieve; después, un niño kurtadam, lustroso como una nutria, trotó junto a su carro con las manos extendidas pidiéndole monedas, y a su alrededor apareció una selva de edificios. Porte Oliva era

la primera auténtica ciudad que veía, aparte de Vanai. Era de piedra ahí donde Vanai era de madera, y tenía agua salada donde Vanai tenía agua dulce. Sus primeras impresiones de la ciudad fueron un borrón de calles con arcos altos y blancos, los olores a mierda y a sal de mar, y las voces de los cinnae puros parlotando como gorriones. Creyó que habían pasado por un túnel que atravesaba una gran muralla, como en los viejos cuentos de los muertos que pasan de una vida a la otra, pero probablemente lo habría soñado.

No guardaba el menor recuerdo acerca de cómo había contratado a Marcus Wester y a su segundo como guardias personales. Ni siquiera recordaba por qué había pensado que era una buena idea.

El capitán caminaba sin hacer ruido por el suelo de piedra de la habitación. Yadem Hane roncaba en el catre situado contra la pared. Cithrin emergió de su siesta y examinó la pequeña habitación por centésima vez; era fría y húmeda. El pequeño fuego del hogar murmuraba y lanzaba sombras rojas y anaranjadas sobre la pared opuesta mientras eructaba humo de pino al aire. La ventana tenía el pergamino rayado y ensuciaba la escasa luz del sol que dejaba entrar. Las cajas —el contenido del carro que con tanto cuidado había transportado desde Vanai— estaban apiladas contra las paredes como si estuvieran en un almacén cualquiera. Habían reservado la caja fuerte de hierro embutida en la pared para guardar los contenidos más valiosos del carro. Apenas una décima parte de lo que transportaban cabía en la caja fuerte. Cithrin se sentó. Sentía el cuerpo magullado, pero su cabeza estaba casi clara.

—Buenos días —dijo Marcus Wester, inclinando cortésmente la cabeza.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó ella.

—Media mañana. Todavía no es mediodía.

—¿Hay algo de comida?

—Alguna salchicha de anoche —dijo él, señalando con la cabeza hacia la pequeña puerta de madera retorcida que conducía a la otra habitación.

Cithrin se levantó. Durante años, media mañana de sueño le habría parecido apenas suficiente para llegar a la noche. Ahora le parecía un lujo. La habitación trasera no tenía ni puerta ni ventana, por lo que Cithrin encendió un trozo de vela del tamaño de un pulgar y lo llevó consigo. Ahí estaban los libros, alma y memoria del banco de Vanai, acomodados sobre una bandeja de madera. Una áspera mesa de roble sostenía una garrafa con agua y una tira de salchichas grisáceas. El aplastante hedor del cuarto venía de una bacinica situada en una esquina. Cithrin se defendió echando un par de puñados de cenizas dentro, antes de colocar la tapa en su sitio. Cortó un trozo de salchicha y se apoyó contra la mesa mientras lo masticaba. La carne estaba condimentada con manzanas y ajos. No estaba en absoluto tan mal como había pensado.

Así era como había vivido durante casi dos semanas. Marcus hacía guardia



durante el día, y Yardem por las noches. Salían a la calle lo menos posible. Sus únicos momentos de intimidad los tenían en la habitación más pequeña, y la única luz disponible venía de la ventana velada, el hogar y unas pocas velas. Compraban las provisiones con el dinero del capitán. Lo que había sacado de la venta de la lana, el carro y las mulas estaba en una pequeña bolsa de piel, junto a la puerta de calle. Habían aceptado por las mulas menos dinero del que podrían haber conseguido, pero Cithrin pensó que la primera sangre que finalmente se las había llevado las trataría mejor que los demás.

Las echaba de menos.

Se notaba el pelo grasiento y lacio. Sus únicas ropas eran las que le habían dado al transformarse en Tag el conductor. Se acabó la salchicha y regresó.

—Necesito ropa —dijo—. No voy a usar la misma hasta la primavera.

—Muy bien —dijo el capitán—. Pero no te alejes hasta que te sepas las calles. Y no llares la atención. Cuanta menos gente se dé cuenta de que estamos aquí, más seguros estaremos.

No dejaba de decírselo, como si ella hubiera olvidado lo sucedido el día anterior. El tralgu dormido se movió y suspiró. Cithrin cogió la bolsa, se la puso en el bolsillo y abrió la puerta. La luz del día entró, y lo inundó todo.

—¡Cithrin!

Se volvió. El capitán estaba acucillado junto al fuego, removiendo las cenizas con una espada, pero sus ojos la miraban llenos de preocupación.

—Ten cuidado —dijo.

—Sé lo que hay en juego —dijo ella, y salió a la calle.

El distrito de la sal era un laberinto. Los edificios de dos plantas se inclinaban sobre calles tan estrechas que la gente no podía pasar sin tocarlos. El relieve del terreno lo moldeaba todo, y hacía imposible ver muy lejos en cualquier dirección. Los cruces que parecían prometer calles más amplias tal vez acababan en callejones sin salida. El aire estaba lleno de voces de hombres y mujeres, kurtadam, cinnae y primera sangre. En ese distrito, si un hombre le gritaba a su esposa, los ecos difundían la melodía de su irritación, aun cuando hicieran confusas las palabras.

Los niños se apostaban en las ventanas y las entradas, salvajes como gatos. Unos pocos días de buen tiempo habían fundido la mugrienta nieve y dejado charcos negros que acechaban en las esquinas, cubiertos por una fina capa de hielo. Tal vez hubiera mil caminos para entrar y salir, pero Cithrin solo conocía uno, y no se apartaba de él. Tras unos pocos minutos de caminata se cruzaban cinco caminos, uno de los cuales se dirigía hacia el norte. Una franja mayor de cielo blanco por la neblina resplandecía sobre él, y Cithrin lo siguió en dirección al mercado, los muelles y el flujo de dinero que mantenía viva a Porte Oliva.

El Gran Mercado no era una plaza abierta, sino una red de aceras cubiertas. A los

ásperos adoquines de la calle los sustituían las pálidas baldosas. Los arcos se inclinaban hacia arriba como manos juntas en una plegaria, y unas ventanas grandes y pálidas vertían la luz entre los dedos de piedra y de hierro. Los hombres y las mujeres cantaban y tocaban la flauta. Los titiriteros interpretaban sus pequeños dramas, ligeramente retocados para incluir en la historia a algún comerciante o figura política del lugar. Los criados de las grandes casas y palacios se apresuraban con enormes cestas de mimbre sobre sus cabezas para abastecer las cenas de los poderosos. Los pequeños prestamistas independientes —peces pequeños en comparación con el leviatán que era el Banco Medeano— atendían sus tableros, cubiertos de fieltro verde, y sus balanzas. Los viajeros y marineros se acercaban desde los muelles para admirar el caos. Los comerciantes anunciaban su género: pan, pescado y carne, telas y especias, y orientación espiritual, y nunca se disponían del mismo modo dos días seguidos.

Todas las mañanas, antes de las primeras luces del alba, los comerciantes formaban fila ante grandes tenderetes a la espera de que llegaran de los hombres de la reina y los ornados cofres de hierro que escoltaban desde el palacio del Gobernador. Cada comerciante pagaba una tasa y cogía del cofre un billete en el que se indicaba cuál de los miles de nichos y cruces sería suyo aquel día. Ningún prestamista, carnicero, panadero ni granjero podía confiar en hacer fortuna conservando un sitio en particular. O así habría sido si el sistema no hubiera estado amañado. Cithrin solo había estado ahí dos veces, pero dudaba de que algo diseñado con tanto cuidado para dar la apariencia de ser justo estuviese a salvo de la corrupción.

Preparándose para la búsqueda, se compró una bolsa de uvas pasas templadas al fuego y frutos secos confitados, pero no tardó mucho tiempo en encontrar al modisto a quien buscaba, a solo cinco nichos de distancia de donde lo había visto la última vez. El dueño de la parada era un cinnae de pura sangre, delgado, alto y pálido, con anillos en cada dedo y unos dientes que parecían haber sido afilados con una lima. Tenía cinco mesas distribuidas en semicírculo, y una más, con su mejor género en exposición, en el centro. Cithrin se detuvo y estudió tres vestidos como si solo estuviera pasando el tiempo. El cinnae se colocó a su lado, gritándole a una mujer primera sangre que tenía los brazos cruzados y el ceño casi tan fruncido como un dios. Entre ellos había una rejilla, con la madera clara empapada de un líquido oscuro.

—¡Mira! ¡Mira lo que le ha hecho el agua al tinte! —le reprochó el comerciante.

—No fui yo quien los tiró por la borda —se defendió la mujer.

—Ni tampoco yo.

—Firmaste los papeles por diez vestidos. Aquí tienes diez vestidos.

—¡Firmé por diez vestidos que pudiera vender!

Cithrin se acercó. Por lo que podía ver, el corte de los vestidos era sencillo. El

agua de mar había desteñido las prendas; el amarillo había invadido al azul, y este al rosa pálido, y todo estaba cubierto de puntos blancos como si le hubieran tirado un puñado de arena. El cinnae le lanzó una mirada. El enojo le velaba los ojos.

—¿Qué necesitas?

—Un vestido —dijo Cithrin con la boca llena de pasas. El comerciante la miró escéptico. Ella extrajo la bolsa del dinero y la abrió. La plata brilló con la luz del sol, y el comerciante levantó los hombros.

—Deja que te muestre lo que tenemos —dijo él, volviéndose para darle la espalda a la mujer primera sangre que todavía echaba chispas. Cogió el primer vestido de la mesa del centro. Era azul y blanco, con las mangas bordadas, y parecía respirar pétalos de lavanda. El comerciante alisó la tela.

—Esta es nuestra mejor prenda —dijo—. Costosa, sí, pero vale cada moneda. Por ciento veinte monedas de plata no encontrarás un vestido mejor en todo el mercado. Y el precio incluye dejarlo a tu medida, por supuesto.

Cithrin negó con la cabeza.

—Ese no es el que vendes —dijo ella.

El comerciante colocó el vestido otra vez sobre la mesa y se detuvo. Su afirmación lo había impactado.

—No vendes ese —repitió Cithrin—. No está ahí para que lo vendas, sino para hacer que el que está junto a él parezca más razonable. ¿A continuación ofreces el de color rosado? Si comenzaste con ciento veinte, lo ofrecerás a... ¿Cuánto? ¿Ochenta?

—Ochenta y cinco —dijo el cinnae con acritud.

—Lo cual es demasiado —dijo Cithrin—. Pero yo te daré cuarenta y cinco. Eso cubre tus costes y te deja una pequeña ganancia.

—¿Cuarenta y cinco?

—Es un precio justo —dijo Cithrin, y cogió otro puñado de pasas.

El comerciante la miraba con la boca abierta. La mujer primera sangre, junto a la rejilla, chasqueó la lengua. Cithrin sintió un repentino calor en el vientre, un alivio como el del primer trago de un vino fuerte. Sonrió y, por primera vez en muchos días, lo hizo con facilidad.

—Si me lo das por cuarenta —dijo Cithrin señalando con la cabeza los vestidos arruinados—, te ayudaré a sacar un beneficio de esos que tienes ahí.

El comerciante retrocedió un paso cruzándose de brazos. Cithrin temió haber sobreactuado hasta que él habló.

—¿Y cómo lo harías? —dijo él. En sus palabras había un toque de diversión.

—Cuarenta —dijo ella.

—Convénceme.

Cithrin volvió hasta la rejilla y rebuscó entre los vestidos. Todos tenían el mismo diseño. Tela barata con ganchos de latón y lazos de hilo, y un poco de bordado en las

mangas y el cuello.

—¿De qué lugar recibís menos género? —preguntó—. ¿De Hallskar?

—No vemos muchas cosas de Hallskar —coincidió el comerciante.

—Entonces, cambia estos ganchos por unos de plata —dijo Cithrin—. Y pon cuentas de vidrio aquí, en el cuello. Tres o cuatro, pero brillantes. Algo que atraiga la atención.

—¿Y por qué echaría yo a perder plata y abalorios en una basura como esta?

—No lo harías —dijo Cithrin—. Esa es la cuestión. Si tienen plata y abalorios no pueden ser basura. Llámalas... No sé. Tinturas a la sal de Hallskar. Un proceso nuevo, muy raro. No hay ningún otro vestido como estos en el Gran Mercado. Ofrécelos a doscientas monedas de plata y bájalos a ciento treinta.

—¿Y por qué debería nadie pagarme eso?

—¿Y por qué no? Cuando se trata de una cosa nueva, nadie conoce su precio justo. Y si nadie lo sabe, entonces puedes hacer lo que te venga en gana.

El comerciante negó con la cabeza, pero no era un rechazo. Las cejas de la primera sangre se alzaron. Cithrin sacó una almendra confitada. El rugir y el eco de las voces que los rodeaban eran casi como el silencio. Cithrin esperó por el lapso de cuatro respiraciones mientras la mente del comerciante lidiaba con la idea.

—Si se lo creyera una sola persona en todo el Gran Mercado —continuó Cithrin—, entonces ya cubrirías el coste de los diez vestidos. Contando incluso los ganchos y abalorios. Si se lo creyeran dos personas...

El comerciante se mantuvo en silencio durante dos respiraciones más.

—Sabes demasiado sobre vestidos —observó.

«No sé nada de vestidos», pensó ella. El comerciante lanzó una carcajada. Cogió el vestido rosado y se lo lanzó a Cithrin fingiendo disgusto.

—Cuarenta —le dijo, y se volvió a la mujer primera sangre—. ¿Ves esto? Mírale la cara. Esta es una mujer verdaderamente peligrosa.

—Te creo —dijo la primera sangre mientras Cithrin, sonriente, contaba las monedas.

Una hora más tarde, Cithrin caminaba por las calles semiabiertas del Gran Mercado con su vestido doblado en un ceñido bulto de color rosado bajo el brazo, y el mundo que la rodeaba era un lugar resplandeciente y benigno. La prenda necesitaría algunas modificaciones para ajustarse a su cuerpo, pero esa era una cuestión menor. Más que haber obtenido un objeto cualquiera, disfrutaba de la idea de ser «una mujer verdaderamente peligrosa».

El sol no había hecho más que comenzar a bajar hacia el oeste. Cithrin se dirigió a los baños públicos, pensando en disfrutar de una hora de vapor y agua caliente. Tal vez hasta invirtiera unas cuantas monedas en ahuyentar las pulgas y los piojos que el viaje y sus nuevas y estrechas habitaciones le habían pegado. Los baños se

encontraban en el borde septentrional de una gran plaza pública. Unos pilares se alzaban en el aire, altos como árboles, aunque la protección cuyo peso habían aguantado, fuera cual fuese, había desaparecido hacía tanto tiempo que la lluvia había excavado canales en los soportes. En los espacios abiertos había áreas de hierba marrón, víctimas del invierno, y arbustos con brotes abiertos como dedos que atrapaban hojas muertas y jirones de tela. Cithrin pasó junto a un carro que vendía sopa caliente y un kurtadam largo y desgarrado, con un par de marionetas que bailaban a sus pies, junto al cazo con unas cuantas monedas de bronce de un mendigo. Al otro lado de la plaza, una compañía de actores había convertido su carro en un escenario, desplazando a un par de contrariados titiriteros. Sobre ellos volaban las palomas. Un grupo de mujeres *cinnae* caminaban juntas, pálidas y delgadas, y adorables con sus vestidos flotando alrededor de sus cuerpos como algas en el oleaje, y sus voces que eran todo acento y música. Cithrin las observó, pero sin dejarse ver. Nunca había visto bien a una *cinnae* de sangre pura. Y, con todo, su madre había sido una de ellas, y en ese grupo habría parecido una más.

Las mujeres giraron y subieron por los anchos escalones que conducían a los baños, y Cithrin había comenzado a seguirlas cuando una voz conocida la detuvo en seco.

—¡Alto!

Ella se volvió.

—¡Deteneos y acercaos! ¡Escuchad el cuento de Aleren Matahombres y la Espada de los Dragones! O si sois de corazón débil, seguid adelante.

Sobre el escenario, un hombre mayor cruzó las tablas mientras su voz resonaba en la plaza. La barba le sobresalía hacia delante, y una mata de pelo se elevaba sobre su cabeza. Llevaba atavíos teatrales de lo más vulgares, y su voz resonaba y se escurría por los grandes pilares. No había posibilidad de confundir a maese Kit, el curandero. Cithrin avanzó hacia el escenario, preguntándose si acaso estaba soñando. Otra media docena de ciudadanos de Porte Oliva se habían detenido atraídos por el discurso, y la propia multitud atrajo a una multitud. Cithrin estaba en una zona de hierba muerta, maravillada. Opal salió, vestida con una túnica que la hacía parecer diez años más joven. Detrás de ella salió Smit, con una simple gorra de trabajador, y hablando con un fuerte acento de la Costa Norte. Tras él, salieron Hornet, vestido con una armadura dorada, y después, caminando a trancos sobre las tablas como si fuera el dueño del mundo y de todo lo que contiene, Sandr. Cithrin se rio deleitada, y otras manos se unieron al aplauso de las suyas. Mikel y Cary, ambos entre la multitud, la saludaron inclinando la cabeza. Cithrin atrajo la mirada de Cary y realizó la pantomima de sacar una espada, tras lo cual hizo un gesto hacia el escenario. «Pensaba que erais soldados y ¿erais esto?». Cary movió la cabeza y realizó una breve reverencia antes de regresar a su trabajo de aclamar a Aleren Matahombres y silbar a Orcus, el Rey Demonio.

Era invierno, y hacía demasiado frío en la plaza. Al final del primer acto a Cithrin le dolían las orejas y le goteaba la nariz. Se abrazó el torso y se acomodó la ropa, pero no habría salido de allí por nada del mundo. La historia se desplegaba como una flor que se abre en primavera, los guardias de la caravana a quienes ella había conocido durante meses se transformaban en actores delante de sus ojos, y los actores se transformaban en los papeles que representaban hasta que, al final, Aleren Matahombres clavaba la espada envenenada en la barriga de Orcus, y Sandr y maese Kit eran ecos semiolvidados de los hombres a quienes había conocido. El aplauso de la multitud fue escaso pero sincero, y Cithrin contribuyó con unas cuantas monedas a las que ya llovían sobre las tablas.

Cuando los actores bajaron del escenario, Opal, Mikel y Smit se acercaron a sonreírle y a intercambiar historias. Sí, nunca habían sido otra cosa que actores. Solo habían interpretado el papel de guardias. Cary recitó el comienzo de una pieza cómica que estaban componiendo para conmemorar la aventura. Cithrin les habló — en voz queda para que nadie más la oyera— sobre su alojamiento con Marcus y Yardem, y Opal hizo chistes indecentes hasta que Smit empezó a sonrojarse, y todos se desternillaron de risa.

Sandr estaba cerca del carro, con el entrecejo furiosamente fruncido, y concentrado en no mirarlos. Cithrin se disculpó con los demás y se acercó a él, pensando que podía haberse sentido herido porque ella conversaba con los otros y no con él.

—Imagínate —dijo ella—. Nunca me lo contaste.

—Supongo que no —convino Sandr sin mirarla a la cara.

—No lo sabía. Estuvisteis brillantes.

—Gracias.

Maese Kit gritó desde el otro extremo del carro, y Sandr tiró de una gruesa cuerda, con lo que levantó el escenario hasta que quedó apoyado contra la estructura del carro. Sandr amarró la cuerda, miró a Cithrin durante un instante antes de apartarla otra vez, y asintió.

—No he terminado mi tarea. Tengo que irme.

Cithrin se alejó un paso mientras que, en su corazón, el placer se convertía en vacío.

—Lo siento —se disculpó ella—. Yo no quería...

—No pasa nada —le respondió Sandr—. Yo...

Se alejó sacudiendo la cabeza, agachándose para evitar un palo que Smit llevaba para empacar. Cithrin volvió a adentrarse en la plaza. El cielo, de un color lechoso, parecía menos benévolo que antes. No sabía si acercarse a los actores otra vez o marcharse, si allí era bienvenida o si la consideraban una intromisión. Se descubrió repentinamente consciente de sus ropas andrajosas y de su pelo sin peinar.

—No eres tú —dijo una voz de mujer. Cary había dado un rodeo y estaba detrás de ella. Cary, la mujer que había exigido a Yardem que le dijera qué arma le daba ventaja a una mujer. Cary, quien se colgaba un arco al hombro y parecía una veterana de una docena de guerras. Cary, a quien Cithrin no conocía en realidad.

—¿Qué no soy yo? —preguntó ella.

—Sandr —continuó Cary, señalando con la cabeza hacia un lugar de la plaza—. Es el nuevo actor principal, y los actores principales siempre son unos cerdos durante los primeros años.

Sandr estaba allí, sonriendo. A su alrededor había tres muchachas vestidas con toscos ropajes. Una le tocaba el brazo y movía ligeramente los dedos, como una mariposa que no está convencida de si es seguro o no posarse en ese lugar. Cithrin observó a Sandr sonreírle a la muchacha, mirarle los pechos.

—Yo solo digo que no tiene nada que ver contigo —explicó Cary.

—No me importa —dijo Cithrin—. No es que me importara. Pero no sabía que... Quiero decir, creí que...

—Todas creemos eso las primeras veces —la disculpó Cary—. Por si sirve de algo, lo siento y prometo poner arena en su cerveza en tu nombre.

Cithrin se obligó a sonreír. No sabía cuándo le había vuelto a aparecer el nudo en la boca del estómago, pero allí estaba ahora.

—No hagas nada en mi nombre —dijo ella—. Él es lo que es.

—Sabias palabras, hermana mía —dijo Cary—. ¿Quieres venir con nosotros? Probaremos otro espectáculo fuera del palacio del Gobernador al atardecer.

—No —se excusó Cithrin, en un tono de voz demasiado agudo. Lo intentó de nuevo—. No, iba de camino hacia los baños, y después de regreso a mi habitación. Antes de que el capitán se ponga nervioso.

—Pues entonces, suerte. Creo que nació nervioso. O alerta, por lo menos —dijo Cary—. Ha sido bueno verte.

Cithrin se volvió y subió los anchos peldaños. De las puertas de los baños públicos escapaba vapor. Cithrin giró hacia un lado y pasó de largo. Le dolía la mandíbula y se obligó a relajarla. Una parte de sí deseaba volver, ver con quién estaba hablando Sandr, si miraba en la dirección en que ella se había marchado. Tal vez, si...

La arenilla que transportaba el aire frío hizo que le lloraran los ojos, y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. De camino a su habitación, se detuvo en una taberna y se bebió una jarra de vino generoso del mismo tipo que el que Sandr le había llevado ese día junto a la balsa del molino.

Le supo a rayos.

—¿Va todo bien? —le espetó el capitán Wester cuando entró—. Has estado fuera mucho tiempo.

—Bien —se limitó a decir ella—. Todo va bien.



## DAWSON

Kavinpol le pareció fea a Dawson Kalliam. La ciudad, que tenía edificios pintados con estuco de un escabroso rojo grisáceo, se distribuía sobre ambas márgenes del río Uder. La comida local se basaba en cebollas y pescados extraídos de las mismas aguas a las que iban a parar las cloacas de la ciudad. Demasiados ciclos de congelación y descongelación habían agrietado las calles, dejando charcos de barro semicongelado que podían romperle la pata a cualquier caballo incauto. Y en el centro de todo eso, la propiedad de lord Ternigan, con predios de caza separados de la ciudad por murallas, como si se tratara de jardines glorificados. Si hubiera sido cualquier otro año, Dawson se habría quedado en su propiedad, con Clara y los hijos que hubieran escogido pasar el invierno ahí, en lugar de continuar la cacería hasta allí.

Sin embargo, ese invierno la persecución había adquirido un sentido diferente. El premio que Dawson buscaba no era ni los dóciles venados ni las codornices domésticas de Ternigan. Y las audiencias privadas con el rey eran mucho más fáciles de conseguir cuando era este quien las deseaba.

—Maldición, Kalliam. Intento mantener la paz ¿y tú vas matando gente por ahí?

Los cielos rasos de la cámara del rey se perdían en la borrosa oscuridad sobre sus cabezas. Grandes ventanas se abrían hacia la ciudad, pura jactancia hecha de cristal y hierro. Sobredimensionada y de mal gusto, la arquitectura hablaba de poder y de gloria, y lo que decía era: «Te puedo dar o esto o comodidad, pero no ambas cosas».

Dawson miró a su amigo de la niñez. Los meses de invierno le habían grabado arrugas a los lados de la boca y le habían dejado las sienas grises, como con la primera helada. O tal vez los signos de la edad y la debilidad siempre habían estado ahí, y Dawson no había estado dispuesto a verlos hasta ese momento. Tanto la túnica atestada de joyas que vestía Simeon como la corona misma se veían menos como atuendos de poder y grandeza que durante el otoño. En lugar de ello, ahora eran las formas vacías de ese poder y esa grandeza, como cántaros vacíos a la espera de que los llenasen. Dawson ya se sabía la respuesta prevista por Simeon y la etiqueta. «Perdóname, señor».

—Sangre más noble se derrama en Camnipol cada vez que alguien mata un cerdo —dijo Dawson—. Eran sicarios de Issandrian.

—¿Tienes pruebas?

—Por supuesto que no, pero ambos sabemos que lo eran. De Issandrian o de Maas, no importa. Y no me habrías llamado si se tratara de matones callejeros en busca de unas cuantas monedas.

La pausa pesó en el aire. Simeon se levantó. Sus botas rasguñaron el suelo de piedra. Los tapices de la cámara se movieron a su alrededor, y los guardias del rey

mantuvieron su silenciosa vigilancia. Dawson habría deseado estar realmente a solas con el rey. Los guardias eran sirvientes, pero también eran hombres.

—Majestad —dijo Dawson—, creo que no entiendes la lealtad que te rodea. Incluida la mía. He dedicado la temporada a mantener conversaciones privadas con los hombres de alta cuna de Altea, y cuentas con un gran apoyo en contra de Issandrian y su jauría.

—Issandrian y su jauría también son mis súbditos —dijo Simeon—. Puedo decir con razón que alimentar la inquietud es, en sí mismo, un acto contra mí.

—Actuamos a tu favor, Simeon. Los hombres con los que he hablado están unidos en tu nombre. Mi único deseo es que tú estés con nosotros.

—Si empiezo a declararle una guerra a cada sector de la nobleza solo porque tiene ascendiente en cierto momento...

—¿Es eso lo que me has oído decir, Simeon? —interrumpió Dawson—. Me he pasado meses adulando y haciéndoles promesas a todos los que tienen algo de influencia sobre Ternigan. Está listo para echar a Klin de Vanai. Todo lo que necesita es una señal tuya.

—Si tomo partido en ese asunto, terminará con sangre.

—¿Y si no lo haces, el reino disfrutará de paz y luz eternas? Sabes bien que no es así.

—Los dragones...

—Los dragones —volvió a interrumpir Dawson— no sucumbieron a causa de una guerra. Hubo una guerra porque no había un líder. Una familia necesita un padre, y un reino necesita un rey. Tu deber es guiarnos y, si no cumples con él, llegará el día en que sigan a otro. Y entonces nos encontraremos en la senda del dragón.

Simeon negó con la cabeza. La luz del fuego se reflejó en sus ojos. Fuera se arremolinaba un viento frío que olía a invierno. La nieve se arremolinaba del otro lado de las ventanas como torbellinos de ceniza.

—Una familia necesita un padre —dijo el rey, como si sus palabras fueran a la vez cómicas y amargas—. En su lecho de muerte, le prometí a Eleora que cuidaría a nuestro hijo. No al príncipe, sino a nuestro hijo.

—Aster es el príncipe —advirtió Dawson.

—Y si no lo fuera, seguiría siendo mi hijo. Tú tienes hijos. Lo entiendes.

—Tengo tres hijos y una hija. Barriath capitanea una nave a las órdenes de lord Skestinin, Vicarian está estudiando para convertirse en sacerdote, y Jorey está en Vanai. Elisia contrajo matrimonio con el hijo mayor de lord Annerin hace tres años y, desde entonces, prácticamente no he sabido nada más de ella. Y ninguno de ellos, Simeon, me ha hecho tímido —dijo Dawson. Y tras eso, de forma más suave—. ¿Qué te ha sucedido?

Simeon se rio.

—Me convertí en rey. Todo iba bien cuando jugábamos en los jardines y en los campos de batalla, pero entonces mi padre murió. Dejó de ser un juego. El grupo de conspiradores de Issandrian no es mi único problema. Hallskar está albergando salteadores otra vez. La Costa Norte se encamina hacia otra guerra de sucesión, y Asterilhold presta su apoyo a ambas facciones. Los impuestos que llegan de Estinford no cuadran, así que o bien alguien los está robando, o bien los granjeros están dejando de pagar. Y en unos pocos años Aster asumirá la Corona y estará al frente de todo.

—No tan pocos años —dijo Dawson—. No somos jóvenes, pero todavía tenemos vitalidad. Y tú conoces la respuesta tan bien como yo. Encuentra hombres de confianza y confía en ellos.

—¿Y eso significa tú y tu grupo de conspiradores, en lugar de Issandrian y los suyos? —preguntó el rey secamente.

—Sí, eso es lo que significa.

—Preferiría que te retiraras. Dejemos que el movimiento de Issandrian reviente desde dentro.

—No lo va a hacer.

El rey Simeon levantó la vista. Lo que se veía en sus ojos bien podía ser enfado, diversión o desesperación. Dawson se hincó deliberadamente sobre una de sus rodillas: era un hombre que le ofrecía obediencia a su rey. «He aquí mi lealtad. Hazte merecedor de ella».

—Debes marcharte, viejo amigo —dijo el rey—. Necesito descansar antes del banquete. Necesito pensar.

Dawson se irguió, hizo una reverencia en silencio y se alejó hacia sus aposentos. La propiedad de lord Ternigan estaba distribuida en forma de uve. Había tardado siglos en construirse y, al parecer, cada uno de los innumerables arquitectos que habían participado en la tarea tenía sus propios puntos de vista, que estaban reñidos con los de los demás. El resultado era un laberinto. Todos los patios y plazas aparecían de un modo imprevisto, los pasillos giraban en ángulo y se curvaban para evitar obstáculos que habían sido destruidos hacía mucho tiempo. No había mejor invitación para una daga silenciosa desde las sombras.

Dejó que el criado del rey le colocara el abrigo y la gruesa capa de lana sobre los hombros, y se inclinó antes de salir al viento blanco. Vincen Coe lo siguió. Dawson no le dirigió palabra, y el cazador no le ofreció ningún informe. Con los únicos sonidos del crujir del cuero y de sus pasos acolchados por la nieve, cruzaron el patio y se aventuraron por una sucesión de senderos colgantes y a través de un puente grande y plano, donde el viento amenazaba con llevárselos como gorriones en la tormenta. Existían caminos más cálidos, pero estaban más concurridos y, por ello, eran más peligrosos. Si Issandrian y Maas querían atacar a Dawson, tendrían que

ganárselo.

La hospitalidad que Ternigan le había ofrecido a la Casa Kalliam incluía una residencia privada que en tiempos le había pertenecido a la concubina favorita del rey. La mampostería estaba dotada de una vulgar sensualidad, y los jardines que había frente a ella —exuberantes, sin duda, en primavera— ahora no eran más que una colección de brotes y arbustos muertos. Pero era defendible, y Dawson la apreciaba por eso. Se deshizo de la capa y de su guardaespaldas en la puerta y entró en las cálidas y oscuras habitaciones interiores en las que flotaban el olor del té de menta y los sollozos de una mujer que lloraba.

Por un horrible momento pensó que la voz era la de Clara, pero los años lo habían entrenado para distinguir sus sonidos de los de cualquier otra persona: no era ella quien sollozaba. Siguió en silencio el rastro del llanto y, cuando se hubo acercado, le llegó la reconfortante voz de Clara hasta una cámara donde la concubina, fallecida mucho tiempo atrás, había gozado en tiempos de todas las comodidades. Clara estaba sentada en un diván bajo. Delante de ella se hallaba su prima Phelia —baronesa de Ebbinbaugh y esposa del odiado Feldin Maas—, sentada en el suelo con la cabeza sobre el regazo de Clara. Las miradas de Dawson y su esposa se encontraron, y ella negó con la cabeza sin detener su blanda letanía de consuelo. Dawson se alejó. Fue a su estudio particular a fumar su pipa, beber whisky y trabajar en un poema que había comenzado a componer, hasta que llegó Clara, una hora después, y se dejó caer sin ceremonias sobre su regazo.

—Pobre Phelia —suspiró.

—¿Tienes problemas en casa? —preguntó Dawson, mientras le acariciaba el cabello a su esposa. Ella le quitó la pipa de la boca y aspiró una profunda calada.

—Al parecer, mi esposo está haciendo del suyo un hombre horriblemente infeliz —dijo ella.

—Su esposo está intentando matar al tuyo.

—Lo sé, pero no parece cortés comentarlo cuando la pobrecita se ha venido abajo delante de mí. Y además estás ganando, ¿no es así? No me la imagino pidiendo clemencia si en Ebbinbaugh soplaran vientos más benignos.

—¿Pidiendo clemencia?

—No con esas palabras —dijo Clara, abandonando el regazo de Dawson, pero no la pipa—. Pero no lo haría ¿verdad? Sería espantosamente descortés, y estoy bastante segura de que Feldin no sabe que ha venido, así que no empieces a meterla en tus cálculos e intrigas. En ocasiones, una mujer asustada es solo una mujer asustada.

—Y a pesar de todo, no tengo planeado mejorar su situación ni una pizca —le aseguró Dawson. Clara se encogió de hombros y miró hacia otro lado. Cuando Dawson volvió a hablar, su tono de voz era menos juguetón—. Lo siento. Por ti y por ella. Si eso sirve de algo.

Clara permaneció en silencio durante un buen rato, aspirando el humo de la pipa de su esposo. Bajo la tenue luz, parecía más joven de lo que era en realidad.

—Nuestros mundos se están distanciando el uno del otro, esposo —dijo Clara—. El tuyo y el mío. Tus pequeñas guerras y mis paces. La guerra está ganando.

—Ya habrá tiempo para la guerra —contestó Dawson.

—Supongo. Yo... lo supongo. Con todo, recuerda que las guerras se acaban. Intenta asegurarte de que al otro lado haya algo que merece la pena. No todos tus enemigos son tus enemigos.

—Eso es absurdo, amor.

—No lo es —dijo ella—. Solo que no es el modo en que ves el mundo. Phelia no forma parte de aquello que Feldin y tú odiáis en el otro, sea lo que sea; no más de lo que lo soy yo. Pero ella está en juego, como lo estoy yo, y lo están nuestros hijos. Phelia es tu enemigo porque tiene que serlo, no porque haya elegido serlo. Y cuando todo esto acabe, recuerda que gran cantidad de personas del otro bando, que no comenzaron la guerra, habrán perdido mucho.

—¿Querías que me detuviera? —preguntó Dawson.

Clara se rio; era un sonido profundo y ronroneante. El humo se elevó desde su boca, y formó volutas a la luz de las velas.

—¿Quieres que también le pida al sol que se detenga?

—Yo lo haría por ti —aseguró Dawson.

—Lo intentarías por mí, y te fustigarías mientras lo intentas, hasta quedar hecho polvo —dijo ella—. No, haz lo que creas que tienes que hacer. Y piensa en cómo desearías que me tratara Feldin si él ganara.

Dawson inclinó la cabeza. Alrededor de la pareja, las vigas y las piedras se acomodaban en el frío del invierno, crujiendo y murmurando para sí. Cuando levantó los ojos, ella lo estaba observando.

—Lo intentaré —se comprometió él—. ¿Y si lo olvido...?

—Yo te lo recordaré, amor —le aseguró Clara—. En eso consiste mi tarea.

Esa noche, el banquete comenzó una hora antes de la puesta del sol. Duraría hasta que todas las velas se hubiesen consumido. Lord Ternigan se sentaba a la mesa principal, con su esposa y su hermano; Simeon, en el extremo más lejano, y a su lado, Aster, con ropas de terciopelo rojo y canutillo de oro, y una expresión de embarazo cada vez que lady Ternigan le hablaba. Se les unió el jinete que había obtenido los máximos honores en la cacería —el medio jasuru hijo de una familia noble de Sarakal que viajaba por Antea por Dios sabía qué motivos—, asintiendo a todo con la cabeza y sin decir palabra.

De las paredes colgaban los mejores tapices de la colección de Ternigan, las velas de cera de abeja ardían en candelabros de cristal tallado y, como toque de frivolidad

para dar brillo a la velada, los perros que merodeaban debajo de las mesas llevaban cubiertos sus lomos con telas de los colores de cada una de las casas nobles de Antea. Dawson estaba sentado en la segunda mesa, lo bastante cerca como para oír lo que se decía, y en el extremo opuesto de esta, con solo cinco personas separándolos, Feldin Maas. Ese era Ternigan, una vez más, indicando equitativamente que su lealtad era tan negociable como la virtud de una puta. Phelia Maas estaba sentada junto a su esposo y lanzaba breves y húmedas miradas a Dawson. Él se tomó la sopa. Llevaba demasiada sal, le faltaba limón y el pescado tenía espinas.

—Pero ¡qué rica está esta sopa! —dijo Clara—. Recuerdo que mi tía (no tu madre, Phelia querida, sino la tía Estrir, la que contrajo matrimonio con aquel petimetre horroroso de Birancour) decía que lo mejor para el pescado de río es el zumo de limón.

—Ya me acuerdo de ella —dijo Phelia, mientras se aferraba al vínculo casi con desesperación—. Vino a mi boda y hablaba con ese horrible acento impostado.

Clara se rio y, por un momento, la situación casi podría haber sido cómoda.

Detrás de Dawson, el rey Simeon se aclaró la garganta. Dawson no estaba seguro de qué fue lo que le llamó la atención de ese sonido, pero se le erizaron los pelillos de la nuca. Y, a juzgar por los labios apretados y sin sangre, y por la copa de vino atrapada a medio camino entre la mesa y la boca, era obvio que Feldin Maas también lo había oído.

—¿Todo esto son los tributos de tu hombre de Vanai? —preguntó Simeon con una informalidad forzada.

—No, majestad. La mayor parte lleva varios años en mi familia.

—Ah, bien. Eso se ajusta mejor a lo que he oído acerca de Klin y sus impuestos. Por un momento pensé que me estabais ocultando algo.

El rostro de Maas palideció. Bajó su copa y la dejó sobre la mesa. Dawson comió un bocado de pescado y decidió que tal vez Clara tuviera razón. El limón lo mejoraba. El rey Simeon acababa de bromear con que los regalos de Klin, enviados desde la ciudad conquistada, no bastarían para adornar un banquete. El tono era ligero, la única respuesta fue una risa, y sir Alan Klin estaría de regreso en Antea para el deshielo.

—Espero que me excuséis —se disculpó Dawson—. La llamada de la naturaleza.

—Nos hacemos cargo —dijo Feldin Maas, masticando las palabras—. Todas las vejigas se vuelven débiles con la edad.

Dawson separó las manos con un gesto que podía interpretarse o bien como una aceptación de la broma o bien como una provocación. «Haz lo que quieras, hombrecito. Haz lo que quieras».

Para cuando Dawson llegó a los confines de la sala de banquetes, Coe caminaba silenciosamente detrás de él. En el gran pasillo de piedra que conducía a los aseos

privados, Dawson se detuvo, y Coe hizo lo propio. No pasó mucho tiempo antes de que apareciera Canl Daskellin, el barón de Watermarch, su silueta recortada contra la luz del banquete.

—Bien —comentó Daskellin.

—Sí —corroboró Dawson.

—Ven conmigo —lo invitó Daskellin. Los dos hombres se dirigieron juntos a un aseo privado. Coe no se quedó atrás, pero dejó una distancia mayor entre él y sus superiores. Dawson se preguntó qué pasaría si le ordenaba a Coe que se marchara. Por una parte, el cazador no podía negarse. Por otra, hablando en términos estrictos, Coe respondía ante Clara. Aquel hombre se hallaba en una posición incómoda. El espíritu travieso de Dawson estaba tentado de hacer la prueba y ver hacia dónde saltaba el cazador, pero Canl Daskellin habló y llevó otros asuntos de nuevo a sus pensamientos.

—He conseguido que Ternigan me prestara atención. Su lealtad está con nosotros.

—Hasta que el viento cambie —dijo Dawson.

—Sí y por eso tenemos que actuar con rapidez. Creo que podemos convocar al candidato para reemplazar a Klin. Pero...

—Lo sé.

—He hablado con nuestros amigos de Camnipol. Si siguiera vivo, al conde Hiren lo habrían elegido por unanimidad.

—¿El primo de Issandrian? ¿Qué veían en él? —preguntó Dawson.

—Era el típico primo con el que no te llevas —aclaró Daskellin—. Y un primo muerto, de todos modos. Su mayor fortaleza era que no profesaba amor alguno por Issandrian, y que no tenía vínculos directos con ninguno de nosotros.

Dawson escupió.

—¿Cómo hemos llegado con tanta rapidez a una situación en la que no queremos que asuma ni uno de nuestros enemigos ni uno de los nuestros?

—Es el riesgo de las conspiraciones —dijo Daskellin—. Engendran cierta desconfianza.

Dawson se cruzó de brazos. Deseaba de corazón ver a Jorey en la silla del príncipe. Podía fiarse de su propia sangre de un modo que la sola política no consigue jamás. Lo cual era, desde luego, el motivo por el que había jurado que eso no ocurriría. Había que negarle Vanai a Issandrian. Pero tampoco podía ir a parar a ningún miembro de la aún reciente alianza de Dawson sin amenazar con producir fracturas. Dawson había previsto el problema. Tenía lista su propuesta.

—Escucha lo que tengo que decirte, Canl. Vanai ha sido siempre una pieza pequeña en todo esto —dijo Dawson con cuidado.

—Es verdad.

—Con Klin fuera, Issandrian habrá perdido el tributo, pero la ciudad todavía será

su proyecto. Maas insistió en tomarla. Klin luchó por ella, e incluso la ha controlado hasta ahora. Si no ponemos en el poder a alguien a quien identifiquen con nosotros, la opinión general seguirá considerando que es de Issandrian.

—Pero ¿a cuál de los nuestros podemos poner?

—A ninguno —dijo Dawson—. A eso me refiero. A los ojos de la Corte, no podemos quitarle Vanai a Issandrian. Pero ahora podemos controlar lo que se dice de él en la Corte. ¿Qué sucedería si el gobierno de la ciudad fuera un desastre? Si la ciudad se arruina a causa de la incompetencia, arrastrará consigo la reputación de Issandrian.

Daskellin se detuvo. Entre la escasa luz que llegaba desde la sala de banquetes y la tenebrosa complexión del hombre, Dawson no podía distinguir su expresión. Siguió adelante.

—El menor de mis hijos está allí —dijo Dawson—. Ha estado enviándome informes. El hijo de Lerer Palliako está en Vanai. Se llama Geder. Klin lo ha estado utilizando para hacer el trabajo sucio. No le gusta a nadie, y nadie lo respeta.

—¿Por qué no? ¿Es lerdo?

—Peor que eso. Se trata de uno de esos hombres que solo sabe lo que ha leído en los libros. Es de la clase de hombre que por haber leído el relato de un viaje por el mar ya se cree que es un capitán.

—¿Y quieres que Ternigan nombre a Geder Palliako en el lugar de Klin?

—Si la mitad de lo que he oído es verdad —dijo Dawson con una sonrisa—, no hay nadie más adecuado para llevar Vanai a la ruina.



## MARCUS

Las noches del distrito de la sal de Porte Oliva no eran silenciosas. Aun en la noche profunda, cuando no había luna que alumbrara las calles, se oían sonidos. Voces que se elevaban cantando o gritando airadas, ruidos de gatos salvajes que se escabullían y se quejaban. Y en las habitaciones que Yardem y él habían alquilado, la respiración lenta y regular de la muchacha, quien al fin dormía. Marcus ya conocía la diferencia entre sus respiraciones cuando dormía y cuando solo estaba lista para dormir. Era una intimidad de la que no hablaba nunca.

Yardem estaba acucillado sobre el suelo, junto a las resplandecientes brasas del fuego, con las orejas hacia delante y los ojos desenfocados. Marcus lo había visto sentarse así durante noches completas: sin moverse, esperando, alerta pero sin insistir en ese estado de alerta. Yardem no se quedaba dormido durante las guardias, ni se esforzaba por descansar una vez acabada su tarea. Marcus, envuelto en una manta e insomne, lo envidiaba por eso.

El frío del invierno todavía se enseñoreaba de la ciudad, pero no pasarían muchas semanas antes de que se abrieran las rutas marítimas. Sería más rápido ir de Porte Oliva a Carse en barco que por tierra a través de Birancour. Y mientras pudiera mantener en secreto qué era exactamente lo que transportaban...

El sonido de rasguños era suave, estaba ahí y se desvanecía otra vez en un parpadeo. Suelas de cuero contra la piedra. Yardem se irguió un poco. Miró a Marcus, señaló la ventana del pergamino opaco y, después, la puerta. Marcus asintió y rodó lentamente fuera del catre, cuidándose de que el cañamazo de debajo no crujiera. Con suma precaución, dio un paso hacia la ventana, mientras Yardem se deslizaba hacia la puerta. Al extraer su cuchillo, Marcus mantuvo el pulgar sobre el acero, para evitar que sonara al salir de la vaina. A sus espaldas, Cithrin roncaba con delicadeza.

Quienquiera que fuese, ya había hecho aquello con anterioridad. La puerta se abrió con un estallido en el mismo instante en que un hombre saltaba a través del pergamino de la ventana. Marcus lanzó una patada baja y su bota golpeó la rodilla del hombre. Mientras este se esforzaba por recuperar el equilibrio, Marcus le cortó la garganta. Detrás del primero entraron a la carrera dos hombres más. Llevaban dagas. Las espadas habrían resultado incómodas en un espacio tan pequeño. A Marcus le habría gustado que portaran espadas.

Yardem gruñó del modo en que lo hacía cuando levantaba algo demasiado pesado, y una voz ajena gritó de dolor. El atacante situado a la izquierda ejecutó un vendaval de movimientos cortos con su daga, encaminados a captar la atención de Marcus y hacerlo retroceder mientras el que estaba a su derecha se desplazaba para flanquearlo. Eran hombres fuertes, pero no muy corpulentos. Primera sangre o jasuru, en lugar de yemmu o haavirkin. Marcus no le prestó atención al falso ataque e hizo

un amago para evitar que el hombre situado a su derecha consiguiera rodearlo. El primer atacante aprovechó la oportunidad y lanzó una estocada. Marcus sintió el dolor en sus costillas, pero le hizo caso omiso. Detrás de él se partió un hueso, pero nadie gritó.

—Nos rendimos —dijo Marcus, y se deslizó hacia delante, enganchando su tobillo por detrás de la pierna del atacante de la derecha. Cuando Marcus sacó su daga, el hombre dio un paso atrás por instinto, tambaleándose. Marcus le hundió el cuchillo en la ingle, pero el esfuerzo lo dejó indefenso de nuevo. El otro atacante, que lo había herido ya una vez, se zambulló para acabar con él. Marcus se dobló, y la hoja enemiga le rajó el hombro. Marcus dejó caer su daga y cogió al hombre por el codo, pero este se le acercó, y lo dobló hacia atrás con una combinación de peso y palanca. El aliento caliente le hedía a cerveza y a pescado. Las brasas resplandecieron sobre la piel escamosa y malvada, y los dientes puntiagudos. Jasuru, entonces. Marcus sintió que la punta de la daga del jasuru le punzaba el vientre. Otra embestida más, y el cuchillo le abriría la barriga como a una trucha.

»¿Yardem? —gruñó Marcus.

—¿Señor? —preguntó Yardem, y justo a continuación añadió—: Oh. Lo siento.

Del ojo izquierdo del jasuru brotó una daga, y de la herida manó la sangre, negra en la penumbra monocroma. Aun mientras moría, el atacante embistió una vez más, pero Marcus notó que perdía la fuerza y se hizo a un lado para dejar que el cuerpo cayera.

Bajo la ventana rota yacían tres cuerpos, muertos o desangrándose. Otro más yacía en el suelo, inmóvil, con un brazo dentro del hogar que ya comenzaba a arder, y el último, caído contra la pared, a los pies de Yardem, con la cabeza en una posición improbable. Cinco hombres. Fuertes y experimentados. Marcus pensó que eso era muy, muy malo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cithrin, aún algo dormida—. ¿Ha sucedido algo?

—Fuera —advirtió Yardem, y Marcus también los oyó. Pasos en retirada.

—Quédate aquí —le rogó Marcus, y salió disparado a través de la ventana rota.

Las calles, oscuras como la noche, lo dejaron a ciegas, pero avanzó a grandes pasos, confiándose a cada tranco y con la esperanza de que su pie no diera con un charco congelado o un escalón imprevisto. Delante de él, los pasos abofeteaban el suelo de piedra. Algo animal y grande le siseó a Marcus al pasar. El aire le quemaba los pulmones, y la sangre del hombro le helaba el cuerpo. Los pasos que huían resbalaron, perdieron el equilibrio y continuaron la carrera hacia la izquierda. Se estaba acercando.

La calle desembocó en una plaza más amplia, y ahí, a la luz de las estrellas, Marcus alcanzó a ver la figura que escapaba. Era pequeña y estaba envuelta en una capa oscura con una capucha que le cubría la cabeza y el cabello. El disfraz era inútil.

Para cuando hubo visto dar dos pasos a la mujer que huía, ya estaba tan seguro de quién se trataba como si le hubiera visto la cara

—¡Opal! —gritó—. Detente.

La actriz dudó y después continuó, haciendo como que no la habían reconocido. Marcus lanzó una maldición, rechinó los dientes y siguió corriendo. La ciudad oscura les hizo caso omiso. Opal corría por calles y callejones, intentando a la desesperada confundirlo o agotarlo. Marcus no prestó atención a sus heridas y continuó tras ella, un paso tras otro, hasta que, al llegar a una gran cisterna, Opal se detuvo, se arrodilló y colocó la cabeza entre las manos. Su pecho subía y bajaba como un fuelle. Marcus llegó trotando hasta ella, y se sentó a su lado. Ambos jadeaban como ancianos. El pálido cabello de Opal reflejaba la luz de las estrellas.

—No —dijo Opal entre resuellos—. No es lo que parece. Debes creerme.

—No —respondió Marcus—. No debo hacerlo.

—No lo sabía —dijo maese Kit—. Debí haberlo sabido, pero no es así.

El excurandero de Marcus todavía vestía sus ropas de cama de lana a rayas y un gorro de dormir. Eso, y el hecho de que cuando Marcus lo encontró hubiera estado dormido como un tronco en la parte trasera del carro de la compañía, hablaban a favor de su inocencia. Maese Kitap rol Keshmet no componía el retrato de un hombre que se preparase para escapar con el oro robado. Eso era lo que Marcus había supuesto.

Las habitaciones donde se encontraban sentados se las habían alquilado a un maestro cervecero. Durante la mayor parte del año, allí se almacenaban la avena y la malta, y el aire estaba cargado con su olor. La mesa consistía en tres tablones colocados sobre dos pilas de ladrillos viejos, y los taburetes en los que Marcus, Kit y Opal se sentaban no le bastarían ni a un ordeñador. A la luz temblorosa de la única vela de maese Kit, los ojos de Opal habían desaparecido en pozos de sombra. La excusa de que todo era un malentendido, de que estaba ahí para proteger a Cithrin, se esfumó como el rocío de la mañana tan pronto como maese Kit entró en la habitación. Todo lo que quedó fue su taciturno silencio.

—Quieres decir que lo hizo todo ella sola, y que nadie de la compañía albergaba la menor sospecha —dijo Marcus.

Maese Kit suspiró.

—He viajado con Opal tanto como con... bueno, con cualquiera. Creo que ella me conoce, y yo habría sospechado si ella hubiera intentado engañarme. Capitán, si ella me hubiera mentido al respecto, yo me habría dado cuenta.

—Déjalo en paz, Wester —dijo Opal—. Él no ha tenido nada que ver con esto. He sido yo.

Era la primera confesión que hacía. Marcus no lo disfrutó.

—Pero no entiendo por qué —dijo maese Kit. Ya no le hablaba a Marcus—. Creí que Cithrin te gustaba.

—¿Cuántos años más me quedan? —preguntó Opal, y su voz era áspera como el queso envejecido—. Tú ya estás pensando en Cary para los papeles de lady Kaunitar. Cinco años más, y no seré otra cosa que bruja y abuela, y entonces llegará el día en que tú y los demás abandonéis alguna aldea con hedor a mierda en Ellassae, y yo no lo haré.

—Opal —comenzó maese Kit, pero la mujer levantó una mano para detenerlo.

—Yo sé cómo es esto. Soy actriz desde que era más joven de lo que Sandr es ahora. He visto cómo pasan estas cosas. Y en cierta forma, estaba en paz con ello, de verdad. Pero después de eso, la muchacha del banquero apareció de la nada, y... — Opal se encogió de hombros. Fue el movimiento de un actor, hecho de agotamiento y resignación.

Agotamiento y resignación, pensó Marcus, pero no arrepentimiento.

—Vale —concedió Marcus—. Siguiente problema.

Maese Kit se volvió hacia él. En los ojos del hombre había lágrimas, pero, por lo demás, su expresión era calmada.

—Tengo cinco cadáveres —dijo Marcus—. Tal vez nos queden tres horas antes de las primeras luces. Si acudo a los guardias de la reina, tendré que explicar lo sucedido y qué tenemos en esas cajas para que merezca la pena matarnos. Y en tal caso desaparecería toda esperanza de pasar desapercibidos. A eso hay que añadir el que tendremos que irnos, por si acaso alguno de los amigos de Opal tiene amigos a su vez. Nosotros hemos vendido el carro. Pero veo que vosotros todavía tenéis uno.

Le incomodaba no sentir nada en el corte del hombro, pero el tajo que le cruzaba las costillas se abría cada vez que respiraba hondo. Sabía que ese era el momento en que maese Kit podía negarse. Marcus había albergado la esperanza de poder evitar una larga negociación. Miró los ojos oscuros de maese Kit mientras el hombre sopesaba las desagradables opciones que se le presentaban.

—Pienso que la compañía te debe algo, capitán Wester —dijo al final—. ¿Qué quieres que haga?

Una hora después habían regresado a las pequeñas habitaciones del barrio de la sal. Habían sacado al muerto del hogar, y en él habían encendido otro fuego. Con ánimos fúnebres, Hornet y Smit pegaban trozos de tela sobre los desgarrones del pergamino mientras Cary, Sandr y Mikel observaban los cuerpos apilados como leña contra la pared. Maese Kit se sentó sobre una carretilla puesta del revés, con una expresión triste. Cithrin estaba sentada sobre el catre, con las piernas flexionadas contra el pecho y los ojos vacíos. No miró a Opal, y esta no la miró. La habitación, que ya era pequeña, daba la sensación de estar peligrosamente abarrotada.

—Hay una abertura en el rompeolas del este, no lejos de la hilera de las casas de

los panaderos —dijo maese Kit, pensativo—. No recuerdo que haya ningún lugar en el que esconderse, ni ninguna manera de explicar qué hacemos ahí, pero creo que podría encontrarla otra vez.

—¿Aun en la oscuridad? —preguntó Marcus.

—Sí. Y si no hay ninguna razón para que vayamos allí, creo que tampoco la habrá para que vaya alguien más.

—Parecen estar en paz —comentó Mikel—. No creí que parecieran estar en paz.

—Todos los muertos parecen estar en paz —filosofó Marcus—. Eso es lo que los hace ser muertos. Tenemos que quitarnos de encima a cinco de estos cabrones. Y no disponemos de mucho tiempo. ¿A qué distancia está ese lugar?

—Nos verán —dijo Cithrin—. Nos encontrarán. ¿Diez personas, acarreando cinco cuerpos? ¿Cómo lo...?

La muchacha negó con la cabeza y miró hacia abajo. Su rostro estaba más pálido de lo habitual. Los demás callaban. Si las cosas hubieran salido de otro modo, solo habría tres cuerpos, y el de Cithrin sería uno de ellos. Marcus podía ver como el hecho de saberlo le laceraba el alma a la muchacha, pero ahora no tenía ni tiempo para remediarlo ni idea alguna sobre cómo lo haría.

—¿Maese Kit? —inquirió Cary en tono pensativo—. ¿Qué te parece la escena del festival de *La locura de Andricore*?

—No lo dirás en serio.

—Creo que sí —aclaró Cary, y se volvió hacia Yardem—. ¿Puedes cargar con uno tú solo? ¿Sobre el hombro?

El tralgu se cruzó de brazos mientras fruncía mucho el ceño, pero asintió. El rostro de maese Kit todavía estaba pálido, pero el hombre se levantó y puso la carretilla sobre la rueda, pensativo. En cambio, el rostro de Cary se iba ruborizando.

—Yardem carga con uno —dijo ella—. Smit y Hornet pueden cargar con el pequeño de ahí. Sandr y Cithrin, con el pobre tipo de la barba. Eso deja dos para la carretilla. Mikel puede estabilizarlos, y el capitán y tú podéis empujarla. Entonces, Opal y yo llevaremos las antorchas y...

—Opal no —dijo maese Kit—. Ella viene con nosotros.

—Entonces me llevaré a Cithrin —se ofreció Cary sin perder tiempo en respirar—. Opal puede ayudar a Sandr.

—¿Y adónde te vas a llevar a Cithrin, exactamente? —preguntó Marcus, a media voz.

—Para asegurarme de que nadie os esté mirando a vosotros —dijo Cary, y se puso de pie sobre el catre. Hecho esto, se sentó junto al delgado cuerpo de Cithrin. La mujer de cabellos oscuros puso un brazo sobre los hombros de Cithrin y le sonrió con suavidad—. Vamos, hermana mía. ¿Estás lista para ser valiente?

Cithrin parpadeó para absorber las lágrimas.

—¿Kit? —dijo Marcus.

—*La locura de Andricore*. Es una comedia sobre un poeta de Cabrai —dijo maese Kit—. El príncipe de la ciudad muere en un burdel y tienen que transportarlo a escondidas hasta su lecho, donde duerme su esposa, antes de que ella despierte.

—¿Y lo consiguen? ¿Cómo?

—Es una comedia —dijo maese Kit encogiéndose de hombros—. ¿Me puedes ayudar con esta carretilla?

No tenían antorchas, pero los dos pequeños faroles de latón que había en la habitación trasera se les parecían bastante. Con unos cuantos alfileres, y dirigidos por Cary, sus vestidos quedaron acortados en la falda y medio abiertos en la espalda y el cuello. Sus cabellos colgaban en laxos rizos, que amenazaban con caer en cualquier momento, como las ruinas de algún arreglo más respetable. Cary les puso color a los labios, las mejillas y el nacimiento de los pechos de Cithrin que en la oscuridad de la noche parecían esculpidos en luz solar y promesas de sexo.

—Cuenta hasta trescientos —le dijo maese Kit a Cary—. Después nos sigues. Si doy la señal...

—Empezamos a cantar —dijo Cary, y después, a Cithrin—. Los hombros hacia atrás, hermana mía. Nos tienen que ver.

—¿Yardem? —dijo Marcus mientras el tralgu alzaba un muerto.

—¿Señor?

—¿El día en que me tiras a una zanja y asumes el mando de la compañía?

—Yo soy la compañía, señor.

—Buena observación.

Avanzaron hacia la oscuridad. El frío era penetrante, y el aliento de Marcus formaba una nube delante de él. Los adoquines parecían hechos de hielo, y de la carretilla le llegaba el olor de la muerte: intenso y cúprico y familiar como su propio nombre. Maese Kit empujaba a su lado, y su respiración se había acelerado hasta transformarse en un jadeo. Los vivos transportaban a los muertos a través de las negras calles, guiados por la luz de las estrellas y la memoria. La sangre seca cubría el costado de Marcus, y le tiraba de sus heridas a cada paso. Apuró el paso. Parecía una lenta eternidad. El dolor de los dedos le cedía paso a la insensibilidad, y luego le llegaba otra vez el dolor. Detrás de él oyó la voz de Cary alzarse de repente. Cantaba una canción impúdica y después, como un junco del río que compusiera una armonía con una trompeta, le llegó la voz de Cithrin. Miró hacia atrás. Una manzana por detrás de ellos, con sus faroles en alto, había dos mujeres ligeras de ropa ante una patrulla de hombres de la reina. Marcus se detuvo, y la carretilla aminoró la marcha cuando él la dejó.

—Capitán —susurró maese Kit con urgencia.

—Esto es una idiotez —se quejó Marcus—. Esta no es vuestra comedia, y la calle

no es un escenario. Esos son hombres con espadas y poder. Poner mujeres frente a ellos y esperar que pase lo mejor es...

—Lo que hemos hecho, capitán —dijo maese Kit—. Es lo que hemos hecho, y esta es la razón. Ahora debes empujar la carretilla.

A la luz de los faroles, Cary giró sobre sí misma, y se rio. Uno de los hombres de la reina colocó una capa sobre los hombros de Cithrin. Marcus se percató de que había sacado su daga sin darse cuenta. «No se puede confiar en ellos —pensó Marcus, mirando a los guardianes de la paz civil vestidos con sus capas de color verde y oro—. No puedes fiarte de ellos».

—¿Capitán? —preguntó Yardem.

—Vamos. Continuemos —urgió Marcus, y se obligó a seguir adelante.

La abertura del rompeolas se ubicaba en el extremo oriental de la ciudad. Un sendero de piedra, blanco de nieve y excrementos de gaviota, negro de noche y hielo, se abría a un océano invisible. Las gaviotas anidaban en las grietas de los muros que los rodeaban y en los acantilados que había más abajo. Y ahí, una única abertura, no más grande que una puerta, en la que la ciudad había construido un arma, convertida en herrumbre mucho tiempo atrás, para defenderse, durante los sitios, de un enemigo tan muerto como los cadáveres que acarreaaba Marcus.

Se movían a toda prisa y en silencio. Yardem avanzó con grandes zancadas hasta el borde, y lanzó el cuerpo que llevaba sobre el hombro hacia la niebla gris anterior al alba. Luego, Smit y Hornet, como si ayudaran a un compañero ebrio a pasar por el umbral. Después, juntos, la carretilla con su cargamento humano. Y por último, Sandr y Opal, ella cojeando bajo su carga, llegaron al borde. El último de los sicarios desapareció. No hubo chapoteo. Solo el silencio del viento, los quejidos de las aves y, a lo lejos, el murmullo de las olas.

—Yardem —dijo Marcus—. Regresa a las habitaciones. Yo buscaré a Cithrin.

—Sí señor —dijo el tralgu, y se esfumó en la atmósfera plomiza.

—Necesitaremos dinero para pagar las multas —dijo Smit—. ¿Podemos permitirnoslo?

—Me parece mal que las multen por escándalo público —dijo Sandr—. En otras partes tienes que pagar más por ello.

—Creo que podemos hacer lo que tenemos que hacer —se limitó a decir maese Kit—. Vosotros, regresad todos al carro. Creo que el capitán y yo tenemos que tratar un último asunto. Opal, por favor, quédate con nosotros.

Los actores permanecieron inmóviles durante un instante, y después se alejaron poco a poco. Marcus oía cómo se desvanecían sus pasos. Sandr dijo algo, y Smit le respondió echando pestes. Marcus no pudo distinguir las palabras. Maese Kit y Opal estaban de pie, y eran un negro más profundo en la atmósfera grisácea que los rodeaba. Marcus deseó poder ver sus rostros, pero a la vez se alegraba de no poder

hacerlo.

—No puedo entregarla a los hombres de la reina —dijo Marcus.

—Lo sé —dijo maese Kit.

—No se lo he dicho a nadie más —dijo Opal—. Los únicos que saben de la fortuna de la chica banquera son los que ya lo sabían.

—Salvo que alguno de tus amigos nadadores de allá abajo se lo haya contado a alguien —dijo Marcus.

—Salvo eso —admitió Opal.

—Me parece que solo tienes dos alternativas, capitán. No recurrirás a la justicia de la ciudad. O bien Opal se marcha en libertad, o bien no lo hace.

—Eso es verdad —convino Marcus.

—De verdad que me gustaría que la dejaras marchar —dijo maese Kit—. Ya no puede seguir conmigo, y aquí hemos ayudado a proteger tu tarea. Estás herido, pero Yardem Hane no lo está. Ni Cithrin. No diré que no ha habido daños, pero espero que haya lugar para la clemencia.

—Gracias, Kit —dijo Opal.

Marcus entornó lo ojos. Al este, el cielo había empezado a mostrar las primeras y débiles luminosidades del amanecer. Las estrellas, en el gran arco que había sobre él, todavía parpadeaban y brillaban, pero las más débiles habían desaparecido. Otras tardarían unos pocos minutos en hacerlo. Le habían dicho que, en realidad, las estrellas siempre estaban allí, solo que durante el día no se podían ver. Lo mismo había oído acerca de las almas de los muertos, pero tampoco se lo creía.

—Necesito estar seguro de que no vendrá a por nosotros otra vez —dijo él.

—Lo juro —dijo Opal, sobresaltada por sus palabras—. Juro por todos los dioses que no lo intentaré de nuevo.

Maese Kit soltó un sonido repentino de dolor, como si alguien lo hubiera golpeado. Marcus se acercó un paso a él, pero cuando el hombre habló, su voz era clara y fuerte, e indeciblemente triste.

—Oh, mi pobre y querida Opal.

—Kit —dijo ella, y la intimidad que había en la manera en que formó la palabra hizo que Marcus se replanteara todo lo que había creído saber sobre los dos y su pasado.

—Está mintiendo, capitán —dijo maese Kit—. Desearía que no fuera así, pero tienes mi palabra de que miente. Si se marcha ahora, lo hará con la intención de regresar.

—Bueno, pues —dijo Marcus—. Eso es un problema.

La sombra que era Opal se giró e intentó saltar, pero Marcus se puso delante de ella. Ella intentó clavarle las uñas en los ojos e hizo un inexperto intento de golpearle la entrepierna con una rodilla.



—Por favor. Se equivoca. Kit se equivoca. Por favor, déjame marchar.

La desesperación de su voz, el miedo, le hicieron querer dar un paso a un lado. Él era un soldado y un mercenario, no la clase de sicario salvaje que mata mujeres por placer. Dio medio paso hacia atrás, y entonces se volvió a acordar de Cithrin, sentada en el catre con las piernas plegadas contra el pecho, enfrentándose a las espadas de la patrulla con una horrible canción. Había prometido protegerla si podía. No solo cuando fuera agradable.

Sabía lo que tenía que suceder a continuación.

—Cuánto lo siento —se disculpó Marcus.

## GEDER

Geder sabía, por supuesto, que los favoritos de Klin habían recibido los mejores alojamientos, y que a los hombres como él les habían reservado los restos. Sin embargo, la escalada de insultos no había sido obvia. Estaba sentado en un diván bajo, tapizado de seda. Las elevadas ventanas vertían la luz sobre los suelos como si Dios vaciara una jarra de leche. El incienso perfumaba el aire con vainilla y pachulí. La orfebrería y las gemas que refulgían sobre el hogar no habían sido arrancadas durante el saqueo. Aun antes de que los soldados de Antea hubieran tomado las calles allá abajo, había quedado claro que la casa del príncipe era sacrosanta. No porque fuera del príncipe, sino porque era de Ternigan. Y después, de Klin. Y ahora, de una forma inimaginable, la suya propia.

—¿Mi lord protector?

Geder se puso de pie de un salto como si lo hubieran atrapado tocando algo que no debía. El mayordomo era un esclavo timzinae, con sus escamas oscuras ya grisáceas y resquebrajadas. Ahora vestía el gris y azul de la Casa Palliako, o lo más parecido que se había podido gorronear.

—Tus secretarios te aguardan, señor —dijo el timzinae.

—Sí —dijo Geder, mientras cogía la capa de piel negra que se había llevado de sus antiguas habitaciones—. Sí, por supuesto. Condúceme allí.

Las órdenes habían llegado tres días antes. El lord mariscal había llamado a Alan Klin de regreso a Camnipol para desesperación de algunos, para delicia de otros y para sorpresa de ninguno. La sorpresa era a quién había escogido como sucesor de Klin hasta el momento en que el rey Simeon designara a un gobernador permanente. Geder había leído la orden por lo menos diez veces, comprobó el sello y la firma, y después la leyó otra vez. Sir Geder Palliako, hijo del vizconde de Rivenhalm, Lerer Palliako, era ahora el protector de Vanai. Todavía tenía la orden, plegada en un bolsillo de su cinturón, como si fuese una reliquia religiosa: misteriosa y asombrosa, y totalmente insegura.

Su primera idea, tras la primera oleada de pura incredulidad, fue que Klin había descubierto la traición de Geder, y que aquella era su manera de vengarse. Cuando entró en la sala de audiencias, el hecho de que hombres designados por Klin ocuparan cada asiento con excepción del que estaba reservado para él, sobre la tarima, al frente, hizo que se acrecentaran sus sospechas. Le rugían las tripas y le temblaban las manos. Mientras subía los dos escalones y se sentaba, incómodo, en su silla, sentía la sangre ligera como el agua. La estancia había sido una capilla, y a Geder lo rodeaban las imágenes de dioses en los cuales él no creía. Lo observaban ojos impíos, con rostros inexpresivos en el mejor de los casos, con franco desprecio en el peor de ellos. Un puñado de asientos estaba vacío. Perteneían a los hombres leales a la Casa Klin, que

habían elegido renunciar a la tarea y regresar con él a Antea, antes que someterse al nuevo orden. Geder deseó haber tenido la oportunidad de marcharse con ellos.

—Lores —dijo Geder. Sonaba como si alguien lo estuviera estrangulando. Tosió, se aclaró la garganta y comenzó de nuevo—. Lores míos, ahora ya habréis leído las órdenes del lord mariscal Ternigan. Me siento, desde luego, honrado, y estoy tan sorprendido como, no lo dudo, lo estaréis vosotros.

Chasqueó la lengua. Nadie más emitió sonido alguno. Geder tragó.

—Es importante que la ciudad no se suma en la inquietud durante este cambio. Desearía que cada uno de vosotros continuara con las directrices y las órdenes que os dio lord Klin de tal forma que el... eh... cambio que estamos...

—¿Te refieres a las políticas que llevaron a Ternigan a destituirlo? —interrumpió alguien. Quien lo preguntó era Alberith Maas, el mayor de los hijos de Estrian Maas, y sobrino de Feldin, el aliado de Klin.

—¿Perdón?

—Las órdenes —aclaró el joven—. Son las mismas que hicieron que lord Klin cayera en desgracia con la Corona ¿y quieres que nos atengamos a ellas?

—Por ahora, sí —dijo Geder.

—Una decisión atrevida, mi lord protector.

Alguien soltó una risilla. Geder notó un rubor de vergüenza y, después, de furia. Se le tensó la mandíbula.

—Cuando ordene un cambio, lord Maas, me cercioraré de que lo sepas. Todos tendremos que trabajar para sacar Vanai del desorden actual.

«Así que no me hagas enfadar, o te pondré a desmochar los canales», pensó Geder, pero no lo dijo. El joven puso los ojos en blanco, pero no habló. Geder respiró, y dejó que el aire le saliera lentamente por la nariz. Sus enemigos estaban sentados frente a él, mirándolo desde abajo. Hombres con más experiencia, y con más relaciones políticas; hombres que no le habían otorgado el poder que Geder tenía ahora en sus manos. Esos hombres dirían las cosas adecuadas, aunque a menudo lo harían con el tono de voz inadecuado. En privado, sacudirían la cabeza y se reirían de él.

La humillación alimentó su rabia.

—Alan Klin ha fracasado en su tarea. —No le habría gustado decir eso, y soltó las palabras como si fueran una bofetada—. El lord mariscal le entregó Vanai, y Klin echó a perder esa oportunidad. Y cada uno de vosotros ha formado parte de ese fracaso. Yo sé que saldréis de aquí y compartiréis vuestras bromas, pondréis los ojos en blanco y os diréis que se trata de un terrible error.

Se inclinó hacia delante. Sentía que el calor de sus mejillas era valor.

—Sin embargo, mis buenos señores, permitidme dejar esto claro. Yo soy el elegido de lord Ternigan. Yo soy el escogido para transformar Vanai, este bochorno,

en una de las joyas de la Corona del rey Simeon. Y pretendo hacerlo. Si preferís no tomarnos en serio ni a mí ni a la tarea que se nos ha encomendado, decidlo ahora, recoged vuestras pertenencias y arrastraos sobre vuestros vientres de regreso a Camnipol. ¡Pero no os crucéis en mi camino!

Estaba gritando. El miedo había desaparecido, y con él la humillación. No recordaba haberse puesto de pie, pero de pie estaba ahora, señalando con un dedo acusador al grupo. Sus ojos estaban muy abiertos, y sus cejas alzadas. Podía ver la inquietud en el ángulo de los hombros y en la posición de las manos de sus oyentes.

«Bien —pensó—. Dejémosles que se pregunten quién y qué es Geder Palliako».

—Si lord Klin ha dejado asuntos urgentes, los atenderé ahora. De lo contrario, por la mañana recibiré informes de cada uno de vosotros acerca del estado general de la ciudad, incluidas vuestras responsabilidades particulares, y cómo os proponéis mejorar vuestras obligaciones.

Sobrevino un silencio que duró cuatro latidos. Geder se permitió sentir un hilillo de satisfacción.

—¿Lord Palliako? —dijo un hombre que se sentaba al fondo—. ¿Y los impuestos sobre el grano?

—¿Qué pasa con ellos?

—Lord Klin estaba valorando una propuesta para modificarlos, señor. Pero no nos comunicó su decisión antes de partir. El asunto queda como sigue. Por el grano que llega desde el campo se paga un impuesto de dos monedas de plata la fanega, pero el almacén de la ciudad lo vende a dos y medio. Los silos locales han apelado.

—Ponedlos todos a dos y medio —dispuso Geder.

—Sí, lord protector —acató el hombre.

—¿Qué más?

No había nada más. Geder se alejó de la estancia con rapidez, antes de que el calor de su humor se enfriara del todo. Cuando la breve certidumbre de la furia hubo pasado, lo abandonó del todo. Para cuando regresó a su sala de estar —su sala de estar—, temblaba de los pies a la cabeza. Se sentó junto a la ventana, miró hacia fuera, hacia la plaza principal de la ciudad, e intentó adivinar si estaba al borde de la risa o del llanto. Allá debajo, las hojas secas cubrían el suelo. El canal estaba desnudo y seco, y un equipo de esclavos de varias razas sacaban en sus brazos montones de malezas y suciedad. Unas cuantas niñas primera sangre corrían por la plaza, gritando mientras jugaban. Se dijo que eran suyos. Esclavos, niñas, hojas. Todo. La idea lo atemorizó.

—Geder Palliako, lord protector de Vanai —dijo hablando al aire vacío, con la esperanza de que, al pronunciarlas, las palabras se tornaran más verosímiles. No funcionó. Intentó imaginarse qué pretendía lord Ternigan al designarlo. Carecía de sentido. Cogió una vez más la carta, la desplegó, y leyó cada palabra, cada frase, a la

búsqueda de algo que lo tranquilizara. Ahí no había nada.

—Mi lord protector —dijo el viejo timzinae. Geder saltó menos en esta ocasión—. Ha venido lord Kalliam, tal como solicitaste.

—Hazlo entrar —dijo Geder.

El viejo sirviente dudó, como si estuviera a punto de señalar una falta de etiqueta, pero se volvió tras hacer una sola inclinación. Geder se preguntó si se suponía que reunirse en la sala de estar privada estaba reservado para las ocasiones especiales. Tendría que buscar un libro sobre la etiqueta de la Corte de Vanai. Lo mencionaría la siguiente ocasión en que hablara con los eruditos que tenía a sueldo.

Jorey Kalliam entró en la estancia. Vestía su mejor uniforme, y se inclinó con formalidad ante Geder. O bien Jorey también estaba exhausto y ansioso, o bien Geder veía el mundo como si fuera un espejo. El timzinae dejó detrás de Geder un carro cargado de pequeñas conchas llenas de pistachos y peras confitadas. Después de servirles agua fresca en sendos jarros de cristal, el sirviente se retiró. El discreto clic del pestillo de la puerta los dejó a solas.

—¿Mi lord protector deseaba verme? —dijo Jorey.

Geder ensayó una sonrisa.

—Quién lo habría dicho, ¿no? Yo, lord protector de Vanai.

—Creo que a todos nos habría parecido hartamente improbable —dijo Jorey.

—Sí. Sí, por eso deseaba hablar contigo en particular —dijo Geder—. Tu padre se muestra muy activo en la Corte, ¿no es así? Y tú le escribes. ¿No dijiste que le escribías?

—Sí, mi señor —dijo Jorey. Su espalda estaba rígida, con la vista clavada al frente.

—Sí, eso es bueno. Me preguntaba si... es decir, eh, tú sabes por qué.

—¿Por qué, qué, mi señor?

—¿Por qué yo? —dijo Geder, y en el fondo de su voz había un agudo gemido de cuerda de violín que le hizo avergonzarse.

Jorey Kalliam, hijo de Dawson Kalliam, abrió la boca, la cerró y frunció el ceño. Las líneas de su boca y su entrecejo lo hacían parecer más viejo. Geder cogió un puñado de pistachos del platillo y comenzó a descascarillarlos y a comerse el interior blando y salado, menos por hambre que por hacer algo con las manos.

—Me pones en una situación incómoda, mi señor.

—Geder. Por favor, llámame Geder. Y yo te llamaré Jorey. Si te parece bien. Creo que eres lo más parecido a un amigo que tengo en esta ciudad.

Jorey respiró hondo y, mientras exhalaba el aire a través de los dientes, la expresión de los ojos se suavizó.

—Dios te ayude —dijo Jorey—. Creo que lo soy.

—Entonces, ¿puedes decirme qué sucede en la Corte para que Ternigan me haya

puesto a mí aquí? No tengo ningún valedor allí. Es mi primera campaña. Sencillamente, no lo entiendo. Y tenía la esperanza de que tal vez tú sí.

Jorey señaló una silla, y Geder tardó un momento en darse cuenta de que le estaba pidiendo permiso para sentarse. Geder agitó una mano en señal afirmativa y se sentó frente a Jorey con sus palmas juntas entre las rodillas. Los ojos de Jorey se movían de un lado al otro como si estuviera leyendo algo en el aire. Geder se comió otro pistacho.

—Desde luego, no sé lo que puede pasar por la mente de Ternigan —dijo—. Pero sé que en casa las aguas bajan revueltas. Klin se ha aliado con Curtin Issandrian, y este ha estado defendiendo algunos cambios que no le han salido del todo bien. Ha hecho enemigos.

—¿Y por eso Ternigan le ordenó que regresara?

—En parte sí. Pero si el poder de Issandrian en la Corte está comenzando a tambalearse, Ternigan podría querer a alguien que no estuviera asociado con él. Acabas de decir que no tienes ningún valedor en la Corte. Esa podría ser la razón por la cual te escogió. Porque la Casa Palliako no ha tomado partido.

Geder había leído acerca de montones de situaciones como aquella. Las guerras del Polvo Blanco, cuando Cabrai acogió a los exiliados tanto de Birancour como de Herez. Koort Ncachi, el cuarto regos de Borja, de quien se supone que tenía una corte tan corrupta que designó a un granjero cualquiera como regente. Si lo juzgaba desde ese punto de vista, Geder pensó que su posición podía resultar explicable. Y, con todo...

—Bueno —dijo con una sonrisa incómoda—, entonces supongo que debo estar agradecido por el hecho de que mi padre no asista a la Corte. Lo siento, sin embargo, por tu padre, que sí lo hace. La verdad es que creía que Ternigan podría darte la ciudad a ti.

Jorey Kalliam volvió el rostro hacia la ventana. Tenía el ceño fruncido. En el hogar, el fuego murmuró sus secretos para sí mismo. En la plaza, miles de palomas se elevaron como si formaran parte de un único cuerpo, y volaron en círculos por el blanco cielo invernal.

—No me habría hecho ningún favor —dijo Jorey al fin—. Los juegos de la Corte no son justos, Palliako. En ellos no se juzga a los hombres por su valía, ni se trata de lo que es justo o de lo que no lo es. Los hombres cargados de culpas pueden gozar del poder durante todas sus vidas y, a su muerte, ser llorados. Y a algunos hombres inocentes se los puede sacrificar como si fueran monedas, solo porque resulta conveniente. No es necesario que hayas pecado para que te arruinen. Si tu destrucción les resulta útil, te destruirán. ¿Esto, todo esto? Tú no tienes la culpa.

—Lo entiendo —convino Geder.

—No lo creo.

—Sé que no me lo he ganado. La fortuna me ha concedido esta oportunidad, y mi tarea consiste ahora en hacerme merecedor de ella. No creí que lord Ternigan me hubiera puesto a cargo de la ciudad porque me respetara. Le resulto conveniente. Está bien. Ahora puedo hacer que él me respete. Puedo dirigir Vanai. Puedo realizar la tarea.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Jorey.

—Puedo intentarlo —respondió Geder—. Estoy seguro de que mi padre ha estado alardeando de esto ante todo el mundo. La Casa Palliako no ostenta ningún título nuevo desde que mi abuelo fue guardián de los Lagos. Sé que es algo que mi padre deseaba, y ahora, conmigo aquí...

—Esto no es justo —dijo Jorey.

—No —lo cortó Geder—. Pero juro que haré lo que pueda para compensarte.

—¿Para compensarme? —preguntó Jorey, como si Geder hubiera llegado de repente de otra conversación.

Geder se levantó, cogió los dos jarros de agua de la bandeja y puso uno en manos de Jorey. Con toda la seriedad que pudo, levantó su jarro.

—Vanai es mía —dijo Geder, y esta vez sonó casi como si fuera verdad—. Y si hay en ella alguna cosa que pueda hacerte el honor que mereces, la encontraré. La ciudad debería haber sido tuya, y ambos lo sabemos. Pero, dado que, en vez de eso, ha caído sobre mi regazo, juro aquí, entre nosotros dos, que no olvidaré que fue la suerte.

La expresión del rostro de Jorey Kalliam podría haber sido de pena, de horror o de pura incredulidad.

—Te necesito a mi lado —imploró Geder—. Necesito aliados. Y en el nombre de Vanai y de la Casa Palliako, me honraría que fueras uno de ellos. Eres un hombre valeroso, Jorey Kalliam, y confío en tu juicio. ¿Puedo contar con tu apoyo?

El silencio dejó a Geder ansioso. Sostuvo su jarro en el aire con determinación, rogando en silencio que Jorey le devolviera el saludo.

—¿Lo habías practicado? —preguntó Jorey al fin.

—Un poco, sí —reconoció Geder.

Jorey se puso de pie y alzó la jarra. El agua salpicó y le mojó los nudillos.

—Geder, haré lo que pueda. Tal vez no sea mucho, y pongo a Dios por testigo que no veo cómo puede esto terminar bien, pero haré lo que esté en mis manos por ayudarte.

—Con eso me basta —dijo Geder, y bebió el agua con una sonrisa.

El resto del día fue tanto una prueba de resistencia como un desfile de honores. La tarde comenzó con un banquete laudatorio que le ofrecieron los representantes de los gremios más importantes de Vanai, dos docenas de hombres y mujeres que se esforzaban por captar su atención y sus favores. Después de eso, mantuvo una

audiencia con un representante de Newport que estaba pensando introducir cambios en las tarifas del transporte terrestre, pero después de haberse pasado discutiendo una hora interminable no dejó lo suficientemente claro cuáles eran las tarifas. Después, a petición de Geder, el auditor de cuentas en jefe revisó todos los informes anteriores de Klin a lord Ternigan y a la Corona. Geder había esperado encontrar poco más que un desglose del oro que se había enviado al norte, pero acabó durando el doble de lo previsto, con las discusiones sobre la diferencia entre tarifas de función elevada y de función baja y «presentación sobre cuenta» frente a «presentación en depósito» que lo dejaron con la sensación de que había estado leyendo algo escrito en un idioma que todavía no dominaba.

Al final del día, se retiró al dormitorio que había pertenecido al príncipe de Vanai. Podría haber acomodado el alojamiento anterior de Geder en una esquina y dejar espacio para otros dos más de igual tamaño. Las ventanas miraban a un jardín de robles desnudos y parterres aislados por nieve. En primavera sería como tener un bosque privado. La nueva cama de Geder se calentaba por medio de una ingeniosa red de tuberías que conducía a un gran hogar, la bomba funcionaba con el aire que subía. El invento borboteaba, en ocasiones justo debajo de Geder, como si el colchón de plumas se hubiese comido algo que no estaba de acuerdo con ellos. Geder yació en la penumbra de la habitación iluminada sobre todo por el fuego del hogar casi una hora después de haber despedido al último criado. Aunque estaba agotado, el sueño no llegaba. Cuando se levantó, lo hizo con la deliciosa sensación de estar haciendo algo que no debía, con la total certidumbre de que se saldría con la suya.

Encendió tres velas en el fuego, ennegreciendo la cera un poco con el humo, y las colocó junto a la cama. Luego rebuscó entre el pequeño alijo con sus pertenencias que le había llevado su escudero, y extrajo la crujiente encuadernación del último libro que había comprado. Ya lo había leído, y había señalado la parte que había encontrado más interesante para poder hallarla con facilidad.

Las leyendas sobre el Sirviente Honesto, también llamado *Sinir Kushku* en la lengua de la antigua Pût, lo consideran el arma definitiva y más grande de Morade, si bien la medida en que esto son simples conversaciones con la red de espías del dragón y la naturaleza curiosamente perceptiva de su demencia final todavía está por dilucidar.

Geder puso el dedo sobre las palabras, esforzándose por recordar lo que sabía de las lenguas del este. *Sinir Kushku*. El Fin de Todas las Dudas.



## CITHRIN

—Lo que digo es que hay maldad en este mundo —comentó maese Kit, y levantó la caja que llevaba en la cadera—, y la duda es el arma que nos protege de ella.

Yardem cogió la caja de las manos del actor y la subió hasta la cima de la pila.

—Pero si dudas de todo —dijo el tralgu—, ¿cómo se puede justificar algo?

—Mediante una aproximación que sea sometida a un examen posterior. Me parece que la pregunta más apropiada es si existe alguna virtud en el hecho de asumir una certidumbre permanente y sin que sea sometida a examen. No creo que podamos decirlo.

El capitán Wester emitió un ruido con la parte de atrás de la garganta, como un perro que se preparase para atacar. Cithrin notó que su propio cuerpo comenzaba a encogerse hacia atrás, pero no lo dejó seguir el impulso.

—Podemos decir —comentó el capitán— que desperdiciar aire haciendo esa pregunta no hará que la tarea se realice con mayor rapidez.

—Lo siento, señor —se disculpó el tralgu.

Maese Kit asintió y bajó hacia la calle por la delgada escalera de madera. Sandr y Hornet, que llegaban portando una caja de gemas entre ellos, se arrinconaron contra la pared para dejarle sitio. Cithrin les dejó espacio suficiente para pasarle la caja nueva a Yardem, quien a su vez pudo encontrarle un sitio en las nuevas habitaciones. Una brisa fría y húmeda, y el olor a excrementos frescos de caballo entraban por las ventanas abiertas junto con la luz del día. Cithrin pensó que parecía primavera.

—¿Fue sacerdote en su niñez? —preguntó Marcus mientras señalaba la escalera con la barbilla—. Cuando se pone a hablar sobre la duda, la fe y la naturaleza de la verdad es como si estuviéramos otra vez en la caravana escuchando el sermón de cada comida.

—Lo que dice tiene sentido —dijo Yardem.

—Será para ti —respondió Marcus.

—Supongo que podría haber sido sacerdote. Es maese Kit. —Hornet se encogió de hombros—. Si nos dijera que ha subido caminando la montaña y bebido cerveza con la luna, seguro que me lo creería. Nos quedan dos cajas más del tamaño de esa, y después todos esos bloques de lacre.

—¿Lacre? —preguntó Marcus.

—Los libros —respondió Cithrin, pero las palabras le salieron como un graznido. Tosió y comenzó de nuevo—. Los libros de contabilidad. El lacre los protege contra la humedad.

«Lo cual está muy bien —pensó—, dado que los sumergimos en la balsa de un molino». De inmediato se imaginó una fisura en el lacre. Páginas y más páginas de manchas de tinta y papel pudriéndose ocultas por los envoltorios protectores. ¿Qué

sucedería si los libros se echaban a perder? ¿Qué le diría al magíster Imaniel en ese caso? ¿Qué les diría a los banqueros de Carse?

—Bien, subidlos —dijo Marcus—. Ya les encontraremos sitio en alguna parte.

Hornet asintió con la cabeza, pero Sandr ya estaba bajando la escalera. Ni siquiera la había mirado. Cithrin se dijo que no le molestaba.

Cithrin era consciente de que el capitán Wester no estaba del todo conforme con las nuevas habitaciones. A diferencia de las del barrio de la sal, estas se encontraban en la segunda planta, y tenían un suelo de madera que informaba de cualquier movimiento a la planta inferior en el idioma de los crujidos y los golpes. El comercio de la primera planta era un local de apuestas, lo que significaba que durante el día podía ir y venir gente de toda condición. Pero el cerrojo de la base de la escalera era robusto, las calles que la rodeaban menos propensas a albergar borrachos y gente extraviada, y las ventanas carecían de balcón o de cualquier otra vía de acceso. Además, había una ventana que daba a un callejón, por la cual se podía vaciar la bacinica, y estaban a cinco puertas de una taberna donde se podía comprar comida y cerveza.

A continuación llegaron Cary y Mikel. Cary sonreía.

—En la calle, un chico nos ha preguntado qué transportábamos —comentó Cary.

Cithrin pudo ver la tensión aflorar en el rostro del capitán Wester cuando se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

—¿Qué le habéis dicho?

—Joyas de mazapán para las celebraciones del Primer Deshielo —dijo Cary—. Y además le abrimos una de las cajas. Deberías haberlo visto. Estaba muy desilusionado.

Cary se rio sin ver la furia en el rostro del capitán Wester. O quizá sí la veía y no le importaba. Durante los días que se habían pasado buscando nuevas habitaciones y preparando el traslado de las riquezas ocultas de Vanai a su nuevo escondrijo, solo habían mencionado a Opal en una ocasión, cuando Smit bromeó diciendo que ella había encontrado una manera de no hacer el trabajo duro. Nadie se había reído.

Cithrin todavía tenía que esforzarse para creer que todo eso hubiera sucedido. El que Opal hubiese intentado matarla y llevarse el dinero ya era algo difícil de entender. Y que el capitán Wester la hubiera matado por ello... eso era peor. Desde luego, los demás estaban enfadados. Y desde luego, estaban ofendidos con el capitán. Y Yardem. Y ella. Debían estarlo. Y allí estaban, transportando cajas y bromeando. Cithrin descubrió que confiaba en ellos —en cada uno de ellos— no porque ellos fueran dignos de confianza, sino porque ella deseaba que lo fueran.

Había cometido un error con Opal, y ahora se veía a sí misma cometerlo de nuevo. El mero hecho de saberlo la hacía retorcerse lo suficiente como para no haber

dormido ni comido bien desde la noche en que se despertó con cinco hombres muertos a su alrededor.

Maese Kit subió la escalera precedido por el doble cargamento de libros envueltos que traía en los brazos. Tras él, Sandr y Hornet llevaban la última caja. Si se sumaba el contenido del carro, apenas quedaba sitio para todos ellos. Sandr estaba de pie, atrapado detrás de ella.

Cuando la vio mirarlo, se ruborizó y cabeceó como si saludase a alguien en la calle.

—Creo que esto es lo último —comentó maese Kit mientras le pasaba los libros a Yardem.

—Gracias por esto —dijo Cithrin—. A todos.

—Era lo menos que podíamos hacer —reconoció Smit—. Sentimos mucho que haya ocurrido de este modo.

—Sí, bueno —respondió Cithrin. No podía mirarlo a los ojos.

—¿Por qué no seguís sin mí? —preguntó maese Kit—. Ahora os alcanzo, si puedo.

Los actores asintieron, y él se marchó. Cithrin oyó sus voces a través de la ventana mientras el carro se alejaba. El capitán Wester caminaba por la habitación como si su inquietud e impaciencia hicieran más silenciosas y tangibles las tablas del suelo. Yardem se estiró en el catre, acunado por pilas de cajas, y cerró los ojos, para descansar antes de que llegara la noche. Maese Kit se levantó y le tendió una mano.

—Cithrin, esperaba que pudiésemos dar un paseo juntos.

Los ojos de Cithrin fueron de la mano del viejo actor al capitán Wester, y de regreso a aquella.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—No había pensado en ningún lugar en particular —contestó maese Kit—. Pensé que con el paseo podía bastar.

—Está bien —accedió Cithrin, y le permitió ayudarla a ponerse de pie.

El bullicio de la calle fluía como el agua; amplio y lento en la plaza situada hacia el este, y más veloz en el estrecho canal de la calle. Un cinnae estaba de pie, fuera del local de apuestas, intentando atraer a los hombres y mujeres que pasaban por allí. Una gran fortuna podía ser suya. La suerte favorecía a los valientes. Podían aplacar las pérdidas de los negocios apostando contra sí mismos. Se ofrecían probabilidades en toda apuesta justa. Sonaba aburrido.

Unos carros tirados por caballos se afanaban a través de la muchedumbre, y un equipo de timzinae caminaba detrás de ellos con palas planas, recogiendo sus excrementos. Media docena de niños gritaban y se perseguían unos a otros, salpicándose en los charcos de lodo, mugre y otras cosas peores. Un carro de lavandería cascabeleó al pasar, tirado por una muchacha primera sangre que no sería

mayor que Cithrin, pero que tenía los ángulos de la boca ya marcados por las arrugas de las adversidades. Maese Kit daba largas zancadas, y Cithrin le permitió que la guiara. No tenía claro si caminaba detrás de él o a su lado.

La calle se abrió en una plaza que Cithrin no había visto hasta entonces. Hacia el este se veía una gran iglesia. Las voces de los cánticos se elevaban por el aire frío, alabando a Dios y tejiendo juegos armónicos como si las dos búsquedas fueran una sola. Maese Kit se detuvo cuando ella lo hizo, y escuchó con ella. La sonrisa de su cara se suavizó y adquirió un matiz triste.

—Es agradable, ¿no es así? —reflexionó él.

—¿El qué? —preguntó Cithrin.

Él se recostó contra una pared de piedra y lo abarcó todo con un gesto. La plaza, la canción y el cielo que había sobre sus cabezas.

—Supongo que me refiero al mundo. Pese a toda la tragedia y el dolor, yo, por lo menos, lo encuentro hermoso.

Cithrin sintió que fruncía los labios. Quería disculparse por lo que le había sucedido a Opal, pero eso solo pondría a maese Kit en una situación en la que debería disculparse una vez más, y a ella no le apetecía. Las palabras y las ideas chocaban unas con otras, y ninguna era muy adecuada para el momento.

—Y ahora ¿qué vas a hacer? —preguntó ella.

Kit respiró hondo y dejó salir el aire con lentitud antes de dejar de atender el cántico.

—De momento, nos quedaremos aquí, o eso espero. No creo que Cary esté lo bastante preparada como para cargar con todo el peso de los papeles de Opal, pero si ensaya y se lo toma en serio, espero que lo esté hacia el final del verano. Entre los ejércitos de Vanai y, ahora, lo de Opal, la compañía se ha quedado un poco escasa para mi gusto. Espero poder reclutar a algunas pocas buenas gentes. He descubierto que a menudo las ciudades portuarias son un vivero de actores itinerantes.

Cithrin asintió. Kit esperó a que hablara y, como ella no lo hizo, continuó.

—Y además, tu capitán Wester me tiene fascinado.

—No es mi capitán Wester —replicó Cithrin—. Ha dejado perfectamente claro que él es su propio capitán Wester.

—¿Lo ha hecho? Me corrijo —dijo maese Kit. El cántico de la iglesia creció, lo que podían haber sido cien voces subían y bajaban vibrando unas contra otras, hasta que pareció que otra voz estaba a punto de hablar a través de ellas. Susurros de Dios. El canto parecía atraer la atención de maese Kit, pero cuando habló no había perdido el hilo de la conversación—. Creo que el legado que dejaron los dragones en este mundo es... destructivo. Corrosivo por naturaleza, y condenado a causar dolor. Si no hubiera nada que lo controlara, se tragaría el mundo. Wester es una de las pocas personas a quienes he conocido que creo que podría hacerle frente.

—¿Porque es obstinado? —preguntó Cithrin intentando bromear.

—Sí, por eso —contestó maese Kit—. Y, supongo, por la forma de su alma.

—Fue general en la Costa Norte, hace mucho tiempo —dijo Cithrin—. A su esposa le pasó algo, creo.

—Wester condujo el ejército del príncipe Springmere en la guerra de sucesión. Algunas batallas contra los ejércitos de lady Tracian deberían haberse perdido, pero el capitán Wester las ganó.

—Wodford y Gradis —dijo Cithrin—. Pero la gente también habla de... ¿Ellis?

—Sí. Los campos de Ellis. Dicen que fue la peor batalla de la guerra. Nadie la quería, ni nadie podía echarse atrás. La historia es que él era tan importante que el príncipe tuvo miedo de que otros pretendientes pudieran seducir su lealtad. Convencerlo para que cambiase de bando. Springmere hizo que mataran a su familia e implicaran a su rival. La esposa y la hija del capitán murieron ante sus ojos, y del peor modo posible.

—Oh —dijo Cithrin—. ¿Y qué le pasó a Springmere? Sé que perdió la sucesión, pero...

—Nuestro amigo Marcus descubrió lo que había ocurrido en realidad y se vengó, y después salió de la historia. Creo que la mayoría de la gente supuso que había muerto. Según mi experiencia, lo peor que puede pasarle a un hombre en esa situación es vivir lo suficiente como para ver lo poco que la venganza deja tras de sí. No creo que le queden muchas ilusiones, que es la razón por la cual está... —Maese Kit sacudió la cabeza—. Lo siento. No pretendía divagar así. Haciéndose viejo, creo. Deseaba decir cuánto siento lo ocurrido, y que me comprometo firmemente a cerciorarme de que no vuelva a suceder.

—Gracias —dijo ella.

—También quisiera ofrecerte toda la ayuda que consideres necesaria para llegar sana y salva a Carse. Siento que te debo más que un día de trabajo gratis. Es un poco extraño, lo sé, pero creo que el haber fingido que éramos soldados durante tanto tiempo nos ha dejado un poco de esa camaradería de la espada.

Cithrin asintió, pero notó que se le fruncía el ceño aun antes de saber por qué. El cántico de la iglesia se hundió en una cadencia final y concluyente, y ahora el silencio parecía flotar hacia el mundo como una onda. Las gaviotas giraban en lo alto, con sus picos amarillos y sus alas quietas y firmes.

—¿Por qué te disculpas por cada cosa que dices? —le preguntó.

Maese Kit se volvió hacia ella, arqueando las pobladas cejas.

—No me había dado cuenta de eso —se defendió él.

—Acabas de hacerlo —dijo Cithrin—. Nunca dices nada de manera directa. Todo es «creo» esto o «he descubierto» aquello. Nunca dices: «El sol sale por la mañana». Siempre es: «Creo que el sol sale por la mañana». Es como si intentaras no prometer

nada.

Maese Kit se puso serio. La ponderó con sus ojos oscuros. Cithrin sintió que un escalofrío le recorría la espalda, pero no era miedo. Era como estar a punto de encontrar a quien ella solo había aventurado que estaba ahí. Maese Kit se pasó la mano por la barbilla. El sonido era blando e íntimo, y totalmente mundano.

—Me sorprende que lo hayas notado —dijo él, y sonrió a continuación por haberlo hecho una vez más—. Tengo cierto talento para que me crean, y lo he encontrado problemático. Supongo que he adoptado ciertos hábitos para suavizar el efecto y, de este modo, no afirmar nada a menos que esté seguro de ello. Quiero decir, absolutamente seguro. Con frecuencia me sorprende de cuán pocas cosas estoy absolutamente seguro.

—Es una elección extraña —comentó Cithrin.

—Y me anima a tomarme a mí mismo con ligereza —replicó maese Kit—. Veo cierto valor en la ligereza.

—Ojalá pudiera yo —dijo ella. Quedó sorprendida por la desesperación que emanaba su voz. Después rompió a llorar.

El actor parpadeó mientras sus brazos se movían de manera incierta y Cithrin permanecía de pie, en medio de la calle, avergonzada por sus sollozos, pero impotente ante ellos. Maese Kit le pasó un brazo sobre los hombros y la condujo hacia los escalones de la iglesia. Su capa era de lana barata y áspera, y aún olía a lanolina. Él se la colocó sobre los hombros. Ella se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza sobre las rodillas. Sentía el temor y la tristeza, pero solo a la distancia. Sin embargo, el aluvión había comenzado y lo único que podía hacer era dejarlo ir. Maese Kit le puso una mano sobre la espalda, entre los omóplatos, y los sollozos perdieron intensidad. Se le secaron las lágrimas. Al final, Cithrin recuperó la voz.

—No puedo hacerlo —afirmó. ¿Cuántos miles de veces se lo había dicho a sí misma desde el día en que murió Besel? Pero siempre a sí misma. Era la primera vez que pronunciaba esas palabras en voz alta. Tenían un sabor amargo—. No puedo hacerlo.

Maese Kit retiró el brazo, pero aún compartía su capa basta y barata. Unos cuantos transeúntes los miraron con atención, pero la mayoría no les prestó atención. La piel del viejo actor olía a tienda de especias. Cithrin deseaba acurrucarse ahí, en los fríos peldaños de piedra, dormirse y no volver a despertar.

—Sí que puedes —la animó maese Kit.

—No, yo...

—Cithrin, detente. Escucha mi voz —la apremió maese Kit.

Cithrin se volvió. Él parecía más viejo de lo que ella recordaba, y tardó un momento en darse cuenta de que el motivo era que no sonreía, ni siquiera desde el rabillo del ojo. Tenía unas grandes ojeras. Los carrillos le colgaban, y la barba de

varios días era más blanca que negra. Cithrin esperó.

—Puedes hacerlo —dijo él—. No, escúchame. Puedes hacerlo.

—Quieres decir que crees que puedo hacerlo —se opuso Cithrin—. O que esperas que pueda hacerlo.

—No. Quiero decir lo que he dicho. «Tú puedes hacerlo».

Algo se movió en el fondo de su mente. Algo cambió en su sangre, como se riza la superficie de un lago cuando ha pasado un pez bajo el agua pero demasiado cerca de aquella. La aplastante tristeza todavía estaba ahí, el temor al fracaso, la sensación de estar a merced de un mundo salvaje y violento. Nada de eso desapareció. Tan solo había algo más. Iluminando apenas lo mismo que una luciérnaga, en las tinieblas de su mente había un pensamiento nuevo: tal vez.

Cithrin se frotó los ojos con las palmas de las manos y sacudió la cabeza. El sol se había movido más y más rápido que lo que ella había previsto. No sabía cuándo habían dejado las habitaciones.

—Gracias —dijo con suavidad.

—Sentía que te lo debía —se explicó maese Kit. Parecía cansado.

—¿Volvemos?

—Si estás lista, creo que deberíamos.

La noche llegó más tarde de lo que Cithrin había esperado, otro signo de que el invierno estaba empezando a aflojar su presa. Yardem Hane estaba sentado en el suelo, con sus inmensas piernas cruzadas, y comiendo arroz y pescado de un plato. El capitán Wester caminaba.

—Si cogemos el barco equivocado —dijo el capitán—, nos matarán, arrojarán nuestros cuerpos a los tiburones y se pasarán el resto de sus vidas dándose la gran vida en algún puerto de Far Syramys o de Lyoneia. Pero solo tendríamos que pasar controles de aduana aquí y en Carse. Por tierra podríamos tener que vérnoslas con media docena de recaudadores de impuestos.

Cithrin miró su propio plato de pescado con el estómago demasiado anudado para comer. Cada palabra de Wester no hacía más que empeorar las cosas.

—Podemos volver sobre nuestros pasos —propuso Yardem—. Ir a las Ciudades Libres, y de allí al norte. O de regreso a Vanai, ya que estamos.

—¿Sin una caravana en la que escondernos? —dijo Marcus.

El tralgu se encogió de hombros, dándole la razón. Detrás del movimiento constante de las piernas del capitán, los libros lacrados del banco de Vanai resplandecían a la luz de las velas. La ansiedad de Cithrin volvió a ellos, imágenes de lacres fracturados y lomos de piel podrida danzando a través de su cabeza como una pesadilla que no se desvanecía.

—Podríamos comprar un barco pesquero —dijo Yardem—. Pilotarlo nosotros

mismos. Mantenernos cerca de la costa.

—¿Y repeler a los piratas con nuestras enérgicas personalidades? —preguntó Marcus—. Cabrai está casi corrupta, con barcos libres que roban lo que pueden, y el rey Sephan no los detendrá.

—Ninguna opción es buena —se lamentó Yardem.

—Ninguna. Y faltan semanas para que podamos aprovechar las malas —dijo Marcus.

Cithrin puso su plato sobre el suelo y pasó junto a Wester. Cogió el libro que estaba más alto, buscó a su alrededor en la habitación en penumbras doradas y encontró la hoja corta que Yardem había utilizado para cortar el queso a mediodía. La hoja estaba limpia y brillante.

—¿Qué haces? —preguntó Marcus.

—No puedo escoger el barco adecuado —le explicó Cithrin—, ni el camino correcto, ni la caravana idónea para ocultarnos en ella. Pero puedo ver si estos no están húmedos.

—Tendremos que sellarlos de nuevo —dijo Marcus. Cithrin no le prestó atención. El lacre era tan grueso como su pulgar, y no resultó fácil despegar los pertinaces trozos. Debajo del lacre había una capa de tela y, debajo, una capa más blanda de cera y, después, un envoltorio de pergamino. El libro que apareció al final podría haberlo acabado de coger del escritorio del magíster Imaniel. Cithrin lo abrió y las páginas sisearon unas contra otras. Las familiares marcas de la letra manuscrita del magíster Imaniel eran como un recuerdo de su niñez, y Cithrin estuvo a punto de volver a llorar al verlas. Sus dedos siguieron las sumas, las anotaciones, los balances, las transacciones, los detalles de los contratos y la tasa de retorno. La firma del magíster Imaniel y la sangre marrón y agrietada de su pulgar. Dejó que todo eso la inundara, lo conocido y lo ajeno a la vez. Allí estaba el depósito que el banco había recibido del gremio de panaderos y ahí, en tinta azul, un registro de los pagos dados como recompensa, mes a mes, por los años que ella había tenido el dinero. Volvió la página. Allí estaba el registro de las pérdidas por seguros de transporte del año en que las tormentas habían llegado de Lyoneia más tarde de lo habitual. Las sumas la impactaron. No había imaginado que las pérdidas hubieran sido tan grandes. Cerró el libro, cogió su espada y buscó otro. Marcus y Yardem seguían hablando, pero, si de ella hubiera dependido, podrían haber estado en otra ciudad.

El siguiente libro era más antiguo, y en él Cithrin siguió la historia del banco, desde sus actas fundacionales, a través de años de transacciones, casi hasta el día en que ella había partido. La historia de Vanai escrita mediante números y notas cifradas. Y ahí, en rojo, una pequeña anotación sobre cómo se había admitido a Cithrin bel Sarcour como pupila del Banco Medeano hasta que alcanzara la edad legal y se hiciera cargo de los depósitos de sus padres, menos los costes de su manutención. La



misma cantidad de palabras que un envío de granos o una inversión en una cervecería. La muerte de sus padres, el inicio de toda la vida que había conocido, todo en un único renglón.

Cogió otro libro.

Marcus dejó de hablar, cenó y se acurrucó en el catre. La media luna se elevó. Cithrin siguió la historia del banco como si leyera viejas cartas enviadas desde su casa. A su alrededor, el lacre, la tela y el pergamino se iban amontonando como si fueran papel de envolver. Y en el fondo de su mente, casi olvidada en la fascinación de la tinta vieja y el papel polvoriento, crecía una sensación de que era posible. No de confianza —no todavía—, sino de la precursora de esta.

Solo cuando Yadem la despertó al coger el libro encuadernado en piel de entre sus manos cayó en la cuenta de que —por primera vez desde lo de Opal— había dormido durante toda la noche y no había tenido sueños.

## DAWSON

A ambos lados de la División se alineaban escaleras de tablones bastos y escalas improvisadas, aferrándose a las ruinas antiguas como líquenes a la piedra. Muy arriba, los grandes puentes cubrían la brecha con piedra, acero y jade de dragón: el Puente de Plata, el Puente de Otoño, el Puente de Piedra y, casi perdida en la neblina, la Arcada del Prisionero, de la cual colgaban jaulas y correas. Más abajo, donde las márgenes se acercaban lo suficiente, unas cuerdas se balanceaban y se pudrían en el aire. Entre ellas, la historia de la ciudad estaba expuesta, cada estrato mostraba una época y un imperio sobre el que se había fundado el siguiente.

Dawson, envuelto en una simple capa marrón, podría haber pasado por un trapero del muladar situado en la base de la División, o por un contrabandista en dirección hacia los oscuros pasillos subterráneos que tejían los cimientos de Camnipol. Vincen Coe podría haber sido su cómplice, o su hijo. La escarcha de la mañana acolchaba el sonido de sus pasos. El olor del aire era nauseabundo: las aguas residuales, el estiércol de caballo, la comida en descomposición, y los cuerpos de animales y de hombres apenas mejores que animales.

Dawson encontró la arcada. Pedernal antiguo moldeado a la manera clásica, una inscripción erosionada hasta resultar ilegible, pero aún no borrada del todo. Dentro, la oscuridad era total.

—Esto no me gusta, mi señor —dijo el cazador.

—No hace falta que te guste —le replicó Dawson, y se adentró orgullosamente en la penumbra.

La mano del invierno aún atenazaba Camnipol, pero su poder menguaba. Los subterráneos estaban llenos de diminutos sonidos: el cotilleo de los primeros insectos de la primavera que se acercaba, el agudo goteo de las corrientes de deshielo y el blando aliento de la propia tierra, que se preparaban para despertar una vez más a una verde primavera. Todavía faltaban semanas, y después parecería llegar de un día para otro. Mientras se detenía bajo el gran techo abovedado con azulejos de unos baños abandonados, a Dawson se le ocurrió que muchas cosas seguían la misma secuencia. La inmovilidad, aparentemente sin fin, seguida de unas pocas señales sutiles y, después, un cambio súbito. Extrajo la carta de su bolsillo y se inclinó hacia atrás, hacia Coe, para leerla una vez más a la luz de la antorcha. Canl Daskellin había escrito que una de las entradas estaría señalada con un cuadrado. La mirada de Dawson se perdía en la oscuridad. Tal vez Daskellin tenía la mirada de alguien más joven...

—Aquí, mi señor —dijo Coe, y Dawson refunfuñó. Ahora que se la señalaban, la marca resultaba bastante obvia. Dawson avanzó por la pendiente del breve corredor que se transformó en una escalera.

—Todavía no se ven guardias —observó Dawson.

—Sí que los hay, señor —respondió Coe—. Hemos pasado tres. Dos arqueros, y otro que manejaba una trampa de caída.

—Pues estaban bien ocultos.

—Sí, mi señor.

—No parece tranquilo.

El cazador no respondió. El corredor topaba con una enorme roca, con la superficie tan pulida como el vidrio, y la luz de la antorcha parecía haberse duplicado. Dawson siguió su propia sombra alrededor de una suave curva hasta que apareció otra luz. Jade de dragón tallado en forma de los indestructibles pilares que sostenían un techo bajo.

Una docena de velas llenaban el aire polvoriento con una luz suave. Y ahí, sentado en una concavidad, estaba Canl Daskellin con el viejo conocido de Dawson, Odderd Faskellan, a su izquierda y un pálido primera sangre a quien Dawson no reconoció, a su derecha.

—¡Dawson! —exclamó Canl—. Estaba comenzando a preocuparme.

—No tenías por qué —dijo Dawson, despidiendo con un gesto de la mano a Vincen Coe, quien se retiró hacia las sombras—. Me alegro de estar en la ciudad. Albergaba la esperanza de pasar parte del año en Osterling Fells.

—El año que viene —dijo Odderd—. Si Dios quiere, las cosas volverán a la normalidad el año que viene. Aunque con las últimas noticias...

—Entonces, ¿hay noticias? —preguntó Dawson.

Canl Daskellin indicó el asiento que tenía enfrente, y Dawson se sentó en él. El hombre pálido le lanzó una sonrisa cortés.

—Creo que no nos conocemos —le dijo Dawson a la sonrisa.

—Dawson Kalliam, barón de Osterling Fells —dijo Daskellin, con una sonrisa a su vez—. Permíteme presentarte a la solución a nuestros problemas. Este es Perin Clark.

—El gusto es mío, barón Osterling —respondió el hombre pálido. Su voz tenía el acento emotivo de la Costa Norte. Dawson notó que se le erizaban los pelillos de los brazos. El hombre no ostentaba título alguno. No era anteano. Y, a pesar de ello, estaba ahí.

—¿Cuáles son las noticias? —preguntó Dawson—. Y ¿cómo encaja nuestro nuevo amigo en todo esto?

—Este hombre está casado con la hija menor de Komme Medean —dijo Odderd—. Vive en la Costa Norte. En Carse.

—No estaba al tanto de que tuviéramos asuntos pendientes con el Banco Medeano —se extrañó Dawson.

—Issandrian sabe en qué andamos —le advirtió Daskellin—. No solo en Vanai.

Los hombres a quienes pagamos para agitar a los granjeros, la maniobra de quitarle sus propiedades meridionales a Feldin Maas... Todo.

Dawson alejó las palabras con la mano como si fueran mosquitos. Le preocupaba más el hecho de que aquel banquero también parecía saberlo. Issandrian, al final, habría descubierto sus trampas y estratagemas.

—Le han solicitado al rey Simeon patrocinar unos juegos —resumió Odderd—. Issandrian, Klin, Maas, y otra media docena. Están reuniendo el dinero a tal efecto. Limpiando el estadio. Contratando luchadores y jinetes. Arqueros de Borja. Curanderos. Se supone que será una celebración para el príncipe Aster.

—Es una fuerza de batalla dentro de los muros de Camnipol —observó Canl Daskellin.

—Es un ardid que hasta un niño podría ver —dijo Dawson—. Si se convirtiera en una insurrección, Issandrian perdería. No dispone ni de los hombres ni del dinero necesarios para financiar una guerra.

—Ah —dijo el banquero.

Dawson alzó la barbilla como un animal del bosque que oliera el humo. Canl Daskellin cogió un puñado de papeles plegados de un asiento y se los tendió a Dawson. El papel era basto, y la letra manuscrita sencilla y sin adornos. Se trataba, pues, de copias de una correspondencia de mayor importancia. Dawson bizqueó. La luz tenue hacía que las letras bailaran, pero con un poco de concentración podía distinguirlas lo suficiente. «Os envió mis mejores deseos a ti y a tu familia. Nuestra tía abuela común, Ekarina Sakiallin, baronesa de las nobles tierras de Sirinae...».

—Sirinae —observó Dawson—. Eso está en Asterilhold.

—Nuestro amigo Feldin Maas tiene familia en la Corte —explicó Odderd—. Como parte del esfuerzo por construir la paz, después del Tratado de Astersan, se estableció la moda de concertar alianzas matrimoniales. De esto hace ya tres generaciones, pero los lazos siguen existiendo. Sabemos que Maas les ha enviado docenas de cartas a sus primos. Puede haber otras que no hemos interceptado.

—Se han vuelto locos —exclamó Dawson—. Si creen que pueden volver Asterilhold contra el rey Simeon...

—No se trata de eso —dijo el banquero. Su voz era fría y seca, como el papel, y le causó a Dawson una instintiva repugnancia—. Maas habla de una conspiración retrógrada puesta en marcha por viejos rancios que están dispuestos a aliarse con los enemigos de Antea con tal de obtener beneficios políticos.

—Eso es una idiotez.

El banquero se lo rebatió:

—Maas sugiere la posibilidad de que un opositor de Alan Klin haya convocado Maccia a defender Vanai, y ofrece un argumento verosímil. Así pues, ante la evidencia de que otros buscan apoyo extranjero para influir en el Trono, a Maas no le

queda otra opción que recurrir a la ayuda de Asterilhold en defensa del honor y el legítimo gobierno del rey Simeon, y de la salvaguarda de la persona y la salud del príncipe Aster.

—¡Pero si somos nosotros quienes estamos defendiendo a Simeon! —gritó Dawson.

—Como digas —dijo el banquero.

Canl Daskellin se inclinó hacia delante. Le brillaban los ojos.

—Está comenzando, Dawson. Si la camarilla de Issandrian ha conseguido que Asterilhold apoye su pretensión de poner una fuerza armada en Camnipol (y por Dios que creo que así es), entonces es que no vienen a por Simeon. Vienen a por nosotros.

—Ya intentaron matarte una vez —dijo Odderd—. Estos hombres no tienen ningún sentido de los vínculos ni del honor. No podemos darnos el lujo de tratarlos como si fueran caballeros. Debemos acabar con ellos.

Dawson levantó sus manos ordenando silencio. La ira y la desconfianza le llenaban la cabeza como abejas. Señaló al banquero.

—¿Qué interés tiene la Costa Norte en esto? —preguntó, pero quería decir: «¿Y tú qué pintas aquí?». Daskellin frunció el ceño al oír el tono de su voz, pero el banquero no pareció ofenderse.

—No sabría decirte. Lord Daskellin es el embajador especial en la Costa Norte. No dudo que él estuviera en una posición mejor para tantear las opiniones más influyentes.

—Pero vuestro banco está en Carse —dijo Dawson. Era casi una acusación.

—La compañía controladora está en Carse, y tenemos una sucursal allí —se explicó el banquero—. Pero nuestras sucursales responden de forma independiente.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Dawson.

—Nuestra compañía no está atada exclusivamente a los intereses de la Costa Norte —le respondió el banquero—. Mantenemos estrechas relaciones con gentes de muchas cortes (incluso de Antea, ahora que Vanai está bajo vuestra protección), y la paz de todos los reinos septentrionales nos interesa de manera especial. Por desgracia, seguimos políticas muy estrictas sobre la concesión de préstamos en situaciones como esta...

—Yo no tocaría vuestro dinero ni aunque lo dejarais en un calcetín junto a la puerta de la calle...

—¡Kalliam! —exclamó Canl Daskellin, pero el banquero continuó como si nadie hubiera dicho nada.

—... pero en aras de la paz y la estabilidad, nos complacería actuar como intermediarios, si resultáramos de utilidad. Como terceros desinteresados, podríamos acercarnos a gente que vosotros, nobles caballeros, encontraríais incómoda.

—No necesitamos ninguna ayuda.

—Lo comprendo —respondió el banquero.

—No seas idiota —le reprochó Daskellin—. El Banco Medeano tiene sucursales en Narinisle y en Herez. En Ellassae. Si llegamos a las espadas en la calle, necesitaremos...

—No deberíamos estar hablando de esto —comentó Dawson—. Tenemos invitados.

El banquero sonrió e inclinó brevemente la cabeza. Dawson deseó que la etiqueta le permitiera desafiar a duelo a un hombre sin categoría. El banquero no era más que un comerciante disfrazado. Dawson ni siquiera debería haberle prestado atención, pero había algo en la estudiada placidez del hombre que pedía a gritos un derramamiento de sangre. Las cejas de Canl Daskellin eran casi un único nudo, y Odderd miraba a uno y a otro como un ratón en una pelea de gatos.

—Conozco a Paerin Clark y a su familia desde hace años —dijo Daskellin con la voz tensa y controlada—. Tengo una confianza total en su discreción.

—Muy amable de tu parte —observó Dawson—. Yo lo he conocido hoy.

—Por favor, señores míos —terció el banquero—. He venido a dejar clara mi posición. Ya lo he hecho. La oferta del Banco Medeano seguirá en pie si lord Kalliam cambia de opinión. Si no lo hace, no habrá pasado nada.

—Seguiremos esta conversación en otro momento —zanjó Dawson, y se puso en pie.

—Oh, sí. Lo haremos —dijo Daskellin. Odderd no dijo nada, pero el banquero se levantó y se inclinó ante Dawson mientras este se marchaba. Vincen Coe lo siguió sin mediar palabra. Dawson avanzó a grandes pasos, siguiendo las retorcidas sendas que atravesaban las raíces de Cannipol.

Cuando salieron a la calle poco después, le dolían las piernas y su rabia había desaparecido. Coe apagó la antorcha en un banco de nieve, y dejó una sucia mancha de alquitrán en la superficie blanca. Dawson había preferido caminar en lugar de coger su carruaje, en parte para mostrarles a los posibles sicarios de Issandrian que no les temía, pero también en aras de la discreción. Dejar su tiro al filo de la División, a la espera de que él volviera a emerger del mundo subterráneo, equivalía a colgar un estandarte. Y la discreción no parecía la prioridad de sus compañeros. ¿En qué estaba pensando Daskellin?

Con todo, cuando llegó a su mansión, con la cara entumecida por el viento frío, estaba tan preocupado que no se percató de que un carruaje, que no era el suyo, esperaba junto a los establos. Al acercarse Dawson, el viejo esclavo tralgu que se ocupaba de la puerta movió sus orejas con nerviosismo.

—Bienvenido, mi señor —dijo el esclavo, y su cadena de plata tintineó con la reverencia—. Ha llegado un visitante, mi señor, hace una hora.

—¿Quién? —preguntó Dawson.

—Curtin Issandrian, mi señor.

A Dawson se le encogió el corazón. De repente sintió el torbellino de sangre en sus venas. El frío del día y la frustración de la reunión se diluyeron. Miró a Vincen Coe, y la expresión del cazador reflejó la suya propia.

—¿Lo has dejado entrar?

El esclavo tralgu inclinó la cabeza, con gesto de miedo y aflicción.

—La señora insistió, mi señor.

Dawson sacó la espada y subió los escalones de tres en tres. Si Issandrian le había puesto las manos encima a Clara, aquella sería la revolución más breve y sangrienta de la historia universal. Dawson quemaría los huesos de Issandrian en la plaza y se mearía sobre el fuego. Cuando llegó al atrio de la casa, Coe estaba a su lado.

—Busca a Clara —dijo Dawson—. Llévala a sus habitaciones y mata a todo aquel que veas, si no es de la casa.

Coe asintió con la cabeza y desapareció por los pasillos, veloz y silencioso como una brisa. Dawson se adentró sigilosamente en su propia casa, con la espada en la mano. Giró una esquina y de repente se le apareció una criada que abrió los ojos como platos al ver el arma y a su amo. Cuando entró en el solárium, sus perros le salieron al encuentro y lo siguieron, gimiendo y gruñendo.

Encontró a Issandrian en la sala de estar del ala oeste, con la mirada fija en el hogar de la chimenea. El cabello largo, pasado de moda, se desparramaba sobre sus hombros como la melena de un león, y su dorado rojizo reflejaba la luz de las llamas. Issandrian advirtió la espada y levantó las cejas, pero no hizo ningún otro movimiento.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó Dawson, y sus perros gruñeron a sus espaldas.

—No sabría decírtelo —dijo Issandrian—. No la he visto desde que me trajo aquí para esperar tu regreso.

Dawson entornó los ojos mientras sus sentidos se esforzaban por encontrar algún signo de doblez. Issandrian les lanzó una mirada a los perros, que mostraban los dientes, y después a Dawson. No había temor en su expresión.

—Puedo esperar un rato más aquí si prefieres hablar primero con ella.

—¿Qué es lo que quieres?

—El bien del reino —dijo Issandrian—. Somos hombres de mundo, lord Kalliam. Ambos sabemos adónde conduce la senda en la que nos encontramos.

—No sé de qué hablas.

—Lo dice todo el mundo. La conspiración de Issandrian contra la de Kalliam, y el rey Simeon mirando ora hacia unos, ora hacia otros, según la dirección en que sople el viento.

—Nadie me habla de su majestad de esa manera.

—¿Puedo ponerme de pie, lord Kalliam? ¿O tu honor exige que azuces a tus perros contra un hombre indefenso?

El cansancio de la voz de Issandrian le dio a Dawson motivo para reflexionar. Envainó la espada e hizo un único gesto a los perros, que se retiraron en silencio. Issandrian se puso de pie. Era más alto de lo que Dawson recordaba. Seguro, cómodo y más real que el rey Simeon. Que Dios los ayudase.

—¿Podemos, siquiera, hablar de una tregua? —preguntó.

—Si tienes algo que decir, dilo —lo urgió Dawson.

—Muy bien. El mundo está cambiando, lord Kalliam. No solo aquí. Hallskar está a punto de derrocar a su rey y elegir a uno nuevo. Tanto Sarakal como Ellassae les han otorgado concesiones a comerciantes y granjeros. El poder de la nobleza se está acabando y, para que Antea sea parte de la época que se aproxima, nosotros también debemos cambiar.

—Ya he oído esa canción, y no me gusta la melodía.

—No importa si nos gusta o no. Está sucediendo. Y podemos actuar sobre ella o bien intentar detener la marea con nuestras espadas.

—Así que tu consejo de granjeros ha sido todo un acto desinteresado en beneficio de la Corona, ¿no es así? ¿Tu propio engrandecimiento no tiene nada que ver con eso? ¡Seguro! ¡Quién podría dudarlo!

—Puedo entregártelo —le ofreció Issandrian—. Si te cedo el patrocinio del consejo de granjeros, ¿lo aceptarás?

Dawson negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Issandrian.

Dawson se giró y señaló los perros que se sentaban, nerviosos, a sus espaldas.

—Míralos, Issandrian. Son buenos animales, ¿no? Excelentes, a su modo. He cuidado de cada uno de ellos desde que eran cachorros. Me aseguro de que se los alimente. Les doy cobijo. En ocasiones los dejo descansar en mi cama para que me mantengan calientes los pies. ¿Y ahora debería vestirlos con mis ropas y darles asientos en mi mesa?

—Los hombres no son perros —dijo Issandrian cruzándose de brazos.

—Por supuesto que sí. Hace tres años, un hombre que trabajaba en mis tierras entró en la casa de su vecino durante la noche, lo mató, violó a su esposa y les dio una paliza a sus hijos. ¿Ahora querrías que le diera a ese cabrón un sitio en el estrado, junto al juez? ¿Participación en su propio castigo? ¿O debería clavar sus manos y su verga a un tronco y tirarlo al río?

—No es lo mismo.

—Sí lo es. Hombres, mujeres, perros y reyes. Todos tenemos lugares. Mi lugar es la Corte, siguiendo la voz y la ley del Trono. El lugar de un granjero es la granja. Si le dices a un porquerizo que merece un asiento en la Corte, pones en cuestión el orden



mismo de la sociedad, incluido mi derecho a juzgar sus acciones. Y una vez que hayamos perdido eso, lord Issandrian, lo habremos perdido todo.

—Creo que te equivocas —dijo Issandrian.

—Intentaste hacerme matar en la calle —dijo Dawson—. No me preocupa en lo más mínimo lo que creas o no.

Issandrian puso una palma sobre sus ojos y asintió. Se lo veía apenado.

—Ese fue Maas. Puede que a ti no te importe, pero yo no me enteré hasta después de que ocurriera.

—No me importa.

Los dos hombres quedaron en silencio. En el hogar, el fuego murmuraba. Los perros se movían, intranquilos pero inseguros de qué esperaba su amo que hicieran.

—¿No hay ninguna manera de resolver esto? —preguntó Issandrian, pero la dureza de su voz decía que ya conocía la respuesta.

—Renuncia a tus planes e intenciones. Dispersa a tu camarilla. Dame la cabeza de Feldin Maas clavada en una lanza, y sus tierras para mis hijos.

—Entonces, no —dijo Issandrian con una sonrisa.

—No.

—¿Permitirá tu honor que me marche sano y salvo de tu casa?

—Mi honor lo exige —dijo Dawson—. A menos que hayas tocado a mi esposa.

—He venido a hablar —dijo Issandrian—. Nunca he albergado la menor intención de hacerle daño.

Dawson fue hasta el extremo lejano de la habitación y chasqueó los dedos llamando a los perros para que le franquearan el paso a su enemigo. Issandrian se detuvo en la puerta.

—Creas lo que creas, soy leal a la Corona.

—Y, sin embargo, estás haciendo amigos en Asterilhold.

—Y tú mantienes conversaciones con la Costa Norte —dijo él, y se marchó.

Dawson se sentó. La perra que lideraba la jauría acudió gimiendo y presionando la cabeza contra su mano. Le rascó las orejas con gesto distraído.

—¿Dónde está Coe? Lo envié a...

Clara levantó un brazo señalando detrás de él. Coe estaba en la sombra, detrás de la puerta abierta. El cazador tenía una espada desnuda en una mano y una feroz daga curvada en la otra. Si Dawson hubiera sido un atacante, jamás habría sabido qué lo había matado.

—Bien hecho —dijo él. En la penumbra era difícil notar si Coe se había ruborizado. Dawson indicó la entrada con la cabeza y cerró la puerta detrás del cazador cuando este salió.

—Lo siento, cariño —dijo Clara—. El lacayo me informó de que lord Issandrian estaba aquí, y ni siquiera pensé en ello. Me limité a ordenarles que lo pusieran

cómodo. Ni se me pasó por la cabeza dejarlo sentado en la puerta como si fuera el chico de los recados, y pensé que si él necesitaba hablar contigo, quizá sería mejor que lo hiciera. Nunca pensé que podría tener la intención de...

—No la tenía —aclaró Dawson—. No esta vez. Pero si regresa, no lo dejes entrar. Ni a ningún hombre de Maas.

—Tengo que ver a Phelia, si viene. No puedo hacer como si no existiera.

—Ni siquiera a ella, amor. Cuando todo haya acabado. Ahora, no.

Clara se enjugó los ojos con el dorso de la mano. El gesto no era propio de una dama, no estaba planeado y le partió un poco el corazón a Dawson. Apretó la rodilla de Clara en un intento de darle algo de consuelo.

—Entonces, ¿ha empeorado?

—Issandrian está reuniendo soldados. Curanderos. Puede que llegue a haber sangre.

Clara respiró hondo. El aire se arremolinaba lentamente al salir de su nariz.

—Pues muy bien.

—Todos afirman actuar en beneficio de Simeon, pero Dios nos ayude si llega alguno que tenga la audacia de ponerse al frente de verdad. Asterilhold y la Costa Norte están haciendo fila para comprar ambos bandos, y cualquiera de ellos se alegraría de ver a su títere en el Trono Escindido —dijo Dawson. Tosió—. Tenemos que ganar esta guerra mientras todavía sea nuestra.

## GEDER

—¿Una revuelta? —preguntó Geder, mientras se le encogía el corazón—. ¿Por qué hay una revuelta?

—El pueblo está hambriento, lord protector —dijo sir Gospey Allintot—. Los granjeros han estado llevando todo su grano a Newport.

Geder se puso la mano en la barbilla, decidido a evitar que sir Allintot notara que estaba temblando. Por supuesto, algo le habían dicho acerca de los granjeros y los cargamentos de grano, pero entre los cientos de cosas diferentes que exigía la administración de la ciudad, eso no se le había grabado. Ahora había voces airadas que rugían unas contra otras, hasta que el ruido pareció el de una hoguera en la plaza, al otro lado de sus ventanas. Alguien conspiraba contra Vanai, un enemigo en las sombras que debilitaba el tejido de la ciudad. Maccia, tal vez, se preparaba para retomar la ciudad antes de que Antea pudiera materializar sus derechos. O tal vez fuera el príncipe exiliado, que reunía aliados en los campos. A Geder las ideas le daban vueltas como hojas en el viento.

—¿Quién está detrás de esto? —preguntó, obligándose a sonar calmo.

Sir Allintot carraspeó.

—Creo que es una reacción a tu subida de los impuestos sobre la importación de granos, mi señor —respondió Allintot—. Los granjeros obtienen más dinero por su grano, aun cuando eso signifique que tengan que viajar más lejos, porque los impuestos son menores en Newport.

—¿Y para ganar más dinero dejarán que Vanai se muera de hambre? —preguntó Geder—. Eso no durará indefinidamente. Podemos enviar hombres. Interceptar el grano y traerlo a la ciudad.

Sir Allintot carraspeó otra vez. O bien estaba enfermando o bien se esforzaba por ocultar la risa.

—Con todo respeto, mi señor —dijo Allintot—. Aunque todo lo demás fuera igual, las revueltas rara vez se resuelven sacando las tropas de la ciudad. Tal vez mi señor quisiera considerar la posibilidad de reducir los impuestos a su nivel anterior. O, dada la gravedad de la escasez de provisiones, dejarlos ligeramente más bajos.

—¿Y reducir la cantidad de dinero que tenemos para la Corona? —preguntó Geder.

—Con todo respeto, mi señor, si no entra grano en Vanai, tampoco lo harán los impuestos sobre el grano. Los pagos ya están por debajo de los montos previstos.

Los gritos provenientes de la calle arreciaron. Geder se puso de pie de un salto y se acercó a grandes pasos a la ventana.

—Maldita sea. ¿Por qué no pueden estarse callados?

La turbamulta se lanzó hacia los peldaños que conducían al palacio. Había

doscientas o trescientas personas levantando puños, piedras y palos. Dos docenas de hombres vestidos con la armadura de Antea se mantenían firmes, las espadas delante, los arcos detrás. Geder vio a Jorey Kalliam caminando entre los soldados. La turba subió unos cuantos peldaños a la carrera y después retrocedió.

—Voy a hablar con ellos —dijo Geder.

—¿Mi señor?

—Diles que saldré —prosiguió Geder—. Les explicaré el problema y les diré que lo resolveré.

—Como desees, mi señor —asintió sir Allintot, e hizo una reverencia antes de abandonar la habitación.

Geder hizo que los sirvientes le llevaran la capa negra que había recibido en lugar de los impuestos. El crujir y el olor de la piel le dieron confianza, y el corte de la prenda era realmente bueno. Mientras descendía la escalera de madera pulida y caminaba por la gran sala, se le ocurrió que se ponía la capa como si se pusiera una máscara. Como estaba bien hecha y era impactante, él se parapetaba detrás de ella, y esperaba que la gente viera la capa, pero no a él.

A su señal, dos nerviosas criadas timzinae abrieron las puertas. Y Geder salió. Los soldados que custodiaban el palacio le parecían más expuestos ahora que él se encontraba de pie detrás de ellos, en lugar de mirarlos desde arriba. La turba le parecía mayor. La muchedumbre lo vio, contuvo el aliento y lanzó un grito. Los palos y los puños se agitaron en el aire. Cientos de rostros lo miraron con las bocas tensas, y mostraron los dientes. Geder tragó y avanzó.

—¿Qué haces? —preguntó Jorey Kalliam.

—Está bien —dijo Geder, y levantó las manos ordenando silencio—. ¡Escuchad! ¡Escuchadme!

La primera piedra pareció el truco de un curandero. Un punto oscuro contra el cielo, más pequeño que un pájaro, se elevó desde la turbamulta y pareció colgar en el aire, inmóvil. La ilusión solo se quebró en los últimos metros, cuando la piedra aceleró hacia la cara de Geder. El impacto lo hizo retroceder mientras el mundo se quedaba en silencio, distante por un momento, y la luz del día se oscurecía en su visión periférica. Después, el aire mismo rugía y la turba se lanzaba hacia delante. La voz que se elevó por sobre el caos fue la de Jorey Kalliam.

—¡Soltad flechas! ¡Mantened la posición!

Una flecha proveniente de la plaza pasó zumbando sobre Geder, se estrelló contra la pared del palacio y se hizo añicos. Alguien lo cogió del brazo y lo arrastró escaleras arriba. Notó un hormigueo en el costado izquierdo de su cara y sintió el sabor de la sangre.

—Entra y quédate ahí —gritó Jorey—. No te acerques a las ventanas.

—No lo haré —dijo Geder, y otra piedra pasó silbando junto a él. Se encorvó

hacia delante, corriendo hacia la seguridad de las paredes que había cerca. En cuanto cruzó las puertas, los esclavos las cerraron y colocaron la gran barra de madera sobre los soportes de hierro para trabarlas. Geder se sentó en la escalera con los brazos alrededor de las rodillas mientras los gritos de la plaza se transformaban en alaridos. Sucedió algo ruidoso y la voz de una mujer se elevó en un chillido. Geder se descubrió balanceándose adelante y atrás y se obligó a parar. Su escudero apareció junto a él con un trapo húmedo en la mano para restañar la sangre de su cara.

Después de lo que parecieron horas pero tal vez fueron solo unos minutos, los sonidos de la violencia se desvanecieron. Cuando el silencio hubo durado lo suficiente, Geder hizo un gesto a los esclavos. Se destrabaron las puertas y él se asomó. Ahora, en la plaza solo quedaban de pie los soldados anteanos. Cinco cuerpos yacían junto a los peldaños de la escalera de palacio, su sangre obscenamente brillante bajo el sol de mediodía. Los arqueros todavía mantenían sus posiciones, con las flechas preparadas, pero sin tensar las cuerdas. Jorey Kalliam estaba de pie en el centro de la plaza, rodeado por media docena de espadachines. Geder podía oír el chasquido y el ritmo de las sílabas, sin distinguir las palabras. Se volvió y se dirigió a sus habitaciones privadas. Alguien había conseguido lanzar una piedra lo bastante alto como para romper una de las ventanas. Los trozos de vidrio brillaban con la luz del sol.

No era así como se suponía que tenían que ir las cosas. Le habían dado la oportunidad de hacerse un nombre, y estaba fracasando. Ni siquiera comprendía cómo estaba fracasando, solo que las decisiones que había tomado habían engendrado dos problemas más, cada uno el doble de malo que el anterior. Sabía que los soldados no lo respetaban. Que los ciudadanos lo despreciaban. Sabía demasiado poco como para dirigir él solo una ciudad tan compleja como Vanai, y no tenía suficientes aliados que lo hicieran por él. Deseó que Ternigan lo llamara de regreso a casa del mismo modo que lo había hecho con Klin. Una llamada para rendir cuentas —aun para que lo condenasen— sería mejor que quedarse aquí.

Salvo, por supuesto, que ya podía ver la decepción en la expresión de su padre. Ya podía oír las palabras de consuelo. «Hiciste cuanto estuvo en tu mano, muchacho. Sigo estando orgulloso de ti». Se imaginaba a su padre intentando proteger a Geder de la vergüenza del fracaso. Cualquier cosa sería mejor que eso. Sería mejor morir a manos de una chusma furiosa. Sus propias humillaciones le dolían, pero podía soportarlas. Ver a su padre también humillado sería demasiado. Tenía que haber un modo. Tenía que haberlo.

Acudió una criada con un cepillo y una pala, y recogió los trozos de vidrio. Geder apenas la miró. El aire que entraba por la ventana rota era frío, pero no ordenó que lo repararan. Él estaba lo bastante templado. Y si no lo estaba, daba igual.

La luz se desplazó a lo largo de la pared. Se hacía más roja a medida que el sol

completaba su arco. Entró un primera sangre, dudó y después rehízo el fuego del hogar. A Geder le dolían las piernas, pero no se movió. El mismo hombre regresó poco después con una lámina de cuero y la colocó sobre la ventana rota. La habitación quedó a oscuras.

Era injusto que Ternigan no pagara por aquello. Había sido él quien puso a Geder al mando sin proporcionarle instrucciones ni hombres leales que lo respaldaran. Si alguien merecía que lo sometieran a escarnio público por el estado de las cosas en Vanai era el lord mariscal. Pero, desde luego, tal cosa no ocurriría. Porque si Ternigan era culpable por haber depositado su fe en Geder, entonces también habría que culpar al rey Simeon por haberle otorgado el mando a Ternigan. No, la culpa se la tendría que tragar Geder. Geder y nadie más.

Con todo, no podía ni imaginarse en qué pensaba Ternigan cuando lo nombró. Todo el mundo había quedado estupefacto por la designación. Aun el propio Geder había necesitado de la perspicacia de Jorey Kalliam para encontrar una razón verosímil que explicase su encumbramiento. Nadie había pensado que fuera una elección juiciosa. Las únicas dos personas que habían tenido algo de fe en ella habían sido Geder y lord Ternigan. Ellos eran las únicas dos personas que la habían creído posible, e incluso así...

O quizá no. ¿Y si nadie la hubiese creído posible? Ni siquiera desde el principio.

—Oh —le dijo Geder a la habitación vacía.

Cuando se volvió, sus rodillas cedieron. Había permanecido inmóvil durante demasiado tiempo. Cojeó hasta el sofá más cercano al fuego mientras no dejaba de darle vueltas y más vueltas al problema. ¿Cuántas veces había oído decir que Vanai era una pieza pequeña en un juego mucho más grande? Y no lo había comprendido hasta este momento.

Primero: por más daño que le hiriera el admitirlo, Geder no estaba en condiciones de gobernar la ciudad.

Segundo: Ternigan lo había puesto al mando de la ciudad.

Tercero: Ternigan no era tonto.

En consecuencia —por las razones que fueran, y a causa de los conflictos de lealtades que hubiera—, Ternigan deseaba que Vanai quedara sumida en el caos. Geder era un peón sacrificable.

Cuando sonrió, el labio lastimado se le abrió otra vez. Sangró al reír.

La carta comenzaba en los siguientes términos:

Su majestad, en mi papel de protector de Vanai me he visto obligado a llegar a la conclusión de que el ambiente político que se respira dentro de la Corte hace imposible controlar la ciudad de manera permanente.

Geder volvió a recorrer la página con la mirada. Había escrito media docena de versiones a lo largo de la noche. Algunas eran airadas diatribas, y otras, abyectas

disculpas. La forma que finalmente adoptó reflejaba el modelo de una carta que Marras Toca le había enviado al rey de Hallskar varios siglos antes. El texto completo aparecía reproducido en uno de sus libros, y la retórica era tan conmovedora como sencilla. Geder la había modificado lo suficiente como para limpiar de su conciencia cualquier mancha de plagio y, pese a ello, la estructura del modelo era inconfundible. Geder cosió la carta, marcó la página exterior y presionó su sello oficial sobre el lacre rojo. El ensayo que contenía la carta de Marras Toca descansaba sobre la mesa, y Geder lo hojeó una vez más, con el corazón más iluminado que en las semanas anteriores. Encontró el pasaje que estaba buscando y se detuvo para subrayar la frase más importante.

... la destrucción de Aastapal fue perpetrada por Inys como maniobra táctica para mantenerla fuera del control de Morade...

Una anotación al margen, con su propia letra manuscrita, le llamó la atención. «Mirar las ondas para saber dónde ha caído la piedra».

Oh, sí. Ya habría tiempo para eso cuando regresara a Camnipol. Alan Klin podría no haberse percatado de que había perdido su protectorado por una traición. Geder, en cambio, estaba perfectamente al tanto, y forjaba su rencor al rojo. Acabaría por comprender la decisión de Ternigan y todas sus implicaciones. Pero eso vendría después.

Aquella noche había sido una prueba. Había llenado las largas y oscuras horas con el constante redoblar de su mente acerca de cómo lo habían utilizado. Cómo lo habían nombrado para fracasar desde el principio y cuál sería el precio que tendría que pagar. Había llorado y se había enfurecido. Había leído sus libros y los informes de sus hombres y la historia de Vanai. En resumen, hasta había dormido.

—Mi señor —dijo su escudero—. ¿Me has llamado?

—Sí —le respondió Geder, poniéndose de pie—. Tres cosas. Primero, toma esta carta y busca al jinete más veloz que tengamos. Quiero que llegue a Camnipol tan pronto como sea posible.

—Sí, mi señor.

—Segundo, coge esa bolsa. ¿Conoces al erudito con quien he estado trabajando? Cómprale todos los libros que tenga. Después, tráelos aquí y empaquéalos con mis pertenencias. Nos marcharemos de Vanai y me los llevaré conmigo.

—¿Te marchas, mi señor?

—Tercero, convoca a mis secretarios. Me reuniré con ellos dentro de una hora. Haré que azoten a todo aquel que llegue tarde. Díselo. Que lo azoten y que viertan sal sobre sus heridas.

—S-sí, mi señor.

Geder sonrió, y esta vez le dolió menos. Su escudero se inclinó en una rápida

reverencia y se escabulló de la habitación. Bostezando y estirándose, Geder abandonó sus habitaciones del palacio del príncipe de Vanai para no volver. Su paso era ligero, y su humor indemne pese a la noche en vela. El aire olía a la sutil promesa de la primavera, y la suave luz de la mañana se derramaba sobre las piedras donde los alborotadores habían estado el día anterior. En el extremo más lejano de la plaza, algún osado lugareño había colgado una efigie de Geder. El muñeco tenía una barriga inmensa, una capa negra que imitaba la suya y una expresión tallada en la calabaza seca que llevaba por cabeza que era una obra maestra de idiotez. Un cartel le colgaba del cuello: «ALIMÉNTANOS O LIBÉERANOS». Geder le dirigió a su otro yo un saludo breve y poco caritativo con la cabeza.

Sus hombres estaban sentados en los mismos asientos que cuando se había dirigido a ellos la primera vez. Muchos no se habían peinado. Jorey Kalliam estaba entre ellos. Tenía el ceño fruncido. Gospey Allintot estaba de pie en el fondo, con los brazos cruzados y la barbilla en alto. Acaso pensara que lo habían convocado para rendir cuentas por la revuelta del día anterior. Geder avanzó hacia el frente de la antigua capilla. No se sentó.

—Mis señores —dijo con aspereza—. Me disculpo por la hora, pero os agradezco que hayáis venido. Como lord protector, es mi deber y privilegio comandaros en este nuestro último día en la ciudad de Vanai.

Esperó un momento para que asimilaran sus palabras. Los ojos se iluminaron. La confusión suavizó los ceños y relajó los cuellos. Geder asintió.

—Para cuando anochezca, vuestros hombres deberán haber salido de las puertas de la ciudad y estar preparados para marchar hacia Camnipol —prosiguió Geder.

»Entiendo que las provisiones escasean, así que aseguraos de cargar primero la comida antes de amontonar el resto del producto del pillaje. Esto no es un saqueo.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Alberith Maas.

—No vuelvas a interrumpirme, Maas. Todavía estoy al mando. Sir Allintot, ¿serías tan amable de hacer que cierren todos los canales? Dejaremos esos cauces secos, creo. Y habrá que cerrar las puertas de las calles.

—¿Qué puertas de las calles?

—Las de hierro que están en las embocaduras de las calles —aclaró Geder.

—Sí, señor. Las conozco. Lo que quería decir es cuáles de ellas quieres que cerremos.

—Todas. Lord Kalliam, quiero que custodies las puertas de la ciudad. Nadie entrará a la ciudad, y nadie, salvo nosotros, saldrá de ella. Es muy importante que no escape nadie.

—¿Nos marchamos?

—Me he visto obligado a llegar a la conclusión de que el ambiente político que se respira dentro de la Corte hace imposible controlar la ciudad de manera permanente.



Ya habéis visto los esfuerzos que realizó sir Klin, y qué resultados obtuvo. He leído acerca de la historia de Vanai. ¿Sabéis cuántas veces ha pertenecido a Antea? Siete. El período más largo duró diez años, durante el reinado de la reina Esteya III. El período más corto tuvo lugar durante el Interregno. En cada caso, la ciudad fue entregada en un tratado o sacrificada en favor de la persecución de otro objetivo. Esto significa que Vanai está perdida para la política. Dada la situación que reina en Camnipol, estamos en camino de hacerlo una vez más.

—¿Qué sabe él de la situación en Camnipol? —murmuró alguien lo bastante alto como para que Geder lo oyera, pero no tanto como para que le impidiera simular lo contrario.

—Mi deber como protector de Vanai no es con la propia ciudad, sino con Antea. Si creyera que nuestra presencia permanente aquí beneficiaría a la Corona, me quedaría, y también lo haríais vosotros. Pero si los libros de historia enseñan algo es que esta ciudad les ha costado su sangre a hombres buenos y nobles, y no le ha supuesto ninguna ventaja duradera al Trono Escindido, con independencia de quién se sentara en él en ese momento. En el papel que me ha asignado lord Ternigan en nombre del rey Simeon, he decidido que no es posible conservar Vanai con provecho. Eso mismo le he escrito al rey Simeon. El correo con la justificación de mis órdenes ya está en las sendas del dragón, viajando hacia Camnipol.

—¿Así que nos marchamos a casa, así como así? —dijo Maas. Había indignación en su voz—. ¿Se la entregamos a cualquiera de nuestros enemigos que pase por aquí?

—Desde luego que no —dijo Geder—. La incendiaremos.

Vanai murió en el ocaso.

Si la gente lo hubiera sabido, si hubieran comprendido la amenaza que se cernía sobre ellos, la pequeña revuelta de la plaza no habría tenido lugar. Pero pese a que se habían vaciado los canales, pese a la leña, el carbón y el aceite que se habían desparramado por sus calles y plazas, y pese a la presencia de los soldados en las puertas, no podían ni imaginarse que estuvieran frente a algo más que una represalia por haberle lanzado una piedra a la cabeza de Geder. Tal vez detuvieran y quemaran a algunos alborotadores. No serían las primeras ejecuciones públicas que se veían en Vanai. Solo cuando los anteanos cruzaron las puertas de la ciudad comprendieron sus habitantes lo que estaba pasando, y para entonces ya era demasiado tarde.

La historia se había vuelto contra Vanai. Era una ciudad de calles estrechas, de madera impermeabilizada con aceite, y de puertas situadas en las embocaduras de las calles. Era petulante, y tenía la certeza de que no podía sobrevenirle ningún daño permanente porque nunca le había sucedido antes. Era la pieza pequeña de un juego mucho mayor.

Geder estaba sentado sobre un pequeño estrado que sir Alan Klin había

abandonado. El asiento de correas de cuero le resultaba un poco estrecho, pero era más cómodo que su propia silla de campaña. Lo rodeaban sus hombres de mayor rango.

Había repasado aquel momento en su imaginación. Una vez se hubiera consumado, se pondría de pie y proclamaría que consideraba que Vanai ya no necesitaba protección, y daría la orden de retirarse. Sería como en las viejas epopeyas. A su alrededor, los oficiales se movían inquietos, lanzándole miradas como si no estuvieran convencidos de que realmente pretendía seguir adelante con todo aquello.

Unos cien metros detrás de él, las cerradas puertas de Vanai refulgían, doradas, bajo el sol poniente. Geder se puso de pie.

—Trabad las puertas —ordenó.

La orden se propagó, y parecía crecer como un eco al pasar de un hombre a otro. Los ingenieros habían estado esperando aquel momento, y entraron en acción. Tardaron apenas un minuto en inutilizar las grandes puertas. No habría costado mucho tiempo abrirlas por la fuerza, pero a Vanai no le quedaba tanto.

—Soltad las flechas incendiarias —ordenó Geder, de un modo casi familiar.

La orden se propagó. Veinte arqueros encendieron sus flechas y alzaron los arcos. Los trazos de las llamas en el aire eran poco más que luciérnagas. Luego, otra vez, y dos veces más. Por toda la ciudad, arqueros vestidos con sus colores harían lo mismo cuando les llegara la orden. Geder se sentó. En su imaginación todo había sucedido en un instante, pero el sol se ocultó detrás del horizonte, el mundo dorado se deshizo en otro gris, y no llegaba ninguna señal del fuego. Geder se estaba preguntando si debía ordenarles a los arqueros que lo intentaran de nuevo cuando vio elevarse la primera señal de humo. Mientras él observaba, el humo se extendió, pero con lentitud. Tal vez llevara más tiempo del que había imaginado.

El humo creció y, cuando la brisa giró hacia él, estaba cerca y era grasiento. Desde el sur se elevó otra columna de humo, y su negrura se elevaba a tanta altura que la última luz del sol la iluminó, encendiéndola de rojo por un instante, y después se oscureció otra vez. Geder se retrepó en su asiento. Comenzaba a refrescar, pero no quería pedir su chaqueta. Llevaba dos noches sin dormir, y podía sentir cómo la fatiga le pasaba cuentas. Se obligó a sentarse erguido.

Durante un lapso interminable pareció que no sucedía nada. Un poco de humo. El sonido de voces distantes. Geder no creyó que, una vez iniciado, el fuego fuese tan fácil de apagar, pero tal vez... El humo se extendió, y amplió su cepo sobre la ciudad nocturna. Y después, como si despertara de repente, el fuego se adueñó de la ciudad.

Comenzaron los gritos, las voces que aullaban y gemían. Había previsto oír algo, desde luego, pero creyó que sería como la revuelta que lo había molestado... Dios, ¿aquello había sido solo el día anterior? Eso era algo completamente diferente. En ese

ruido no había furia, tan solo cientos de voces impregnadas de puro pánico animal. Geder vio movimiento en sus propias tropas. Alguien se había escurrido de la ciudad, y los soldados de Antea, fieles a sus órdenes, daban caza a los fugitivos. Geder se tocó los labios, preocupándose por el corte. Se recordó la efigie colgada en la plaza. Ellos habían comenzado. Él no tenía la culpa de que ahora murieran.

Ahora el humo brotaba de las calles, iluminado desde abajo, y bloqueaba la luna. Las llamas reptaban por los edificios más cercanos al muro y saltaban hacia arriba dejando debajo la ciudad que ardía. Llegó otro ruido, bajo y continuo como el de un ejército en marcha. Geder sintió que el suelo se estremecía y miró a su alrededor en busca de un aluvión o de un ataque. Por un instante imaginó que se trataba del último dragón que, oculto bajo Vanai, había sido despertado. Pero solo era la voz del fuego.

Las puertas se estremecieron y se doblaron con el calor. Un grupo de figuras apareció sobre el muro: hombres y mujeres que intentaban huir. En un instante tan claro y repentino como el golpe de un rayo, las llamas mostraron una silueta en particular. Geder pudo notar que era una mujer, pero no vio de qué raza. Agitaba los brazos en un intento de comunicar algo. Tuvo el repentino y poderoso impulso de enviar a alguien a por ella, a salvarla, pero ya había desaparecido. Un rizo de llamas alcanzó los graneros casi vacíos, y el polvo del grano que flotaba en el aire explotó como un trueno. El humo se elevó en remolino, un vórtice de oscuridad que empequeñeció a la ciudad. El viento que le llegaba era el empuje de las llamas. El rugido era demasiado fuerte como para hablar.

Geder se sentó, con los ojos muy abiertos, mientras a su alrededor caía una lluvia de ceniza. El calor de la ciudad agonizante quemaba tanto como el sol del desierto. Se había imaginado sentado ahí, limitándose a observar hasta que todo hubiera pasado. No había sido consciente de que Vanai ardería durante días.

No había sido consciente de nada.

—Vámonos —ordenó. Nadie lo oyó—. ¡Ya es suficiente! ¡Vámonos!

La orden se propagó, y el ejército de Antea se retiró de aquel horno. Geder abandonó la idea de su gran gesto retórico. Nada de lo que pudiera decir estaría a la altura de aquel enorme incendio. Regresó a su tienda preguntándose si acaso no estaban acampados demasiado cerca. ¿Qué sucedería si el fuego superaba los muros? ¿Y si iba a por él?

Despidió a su escudero con un gesto y se hizo un ovillo sobre el catre. Estaba demasiado cansado como para moverse, y los aullidos de pesadilla de las llamas no se detenían. Se quedó mirando fijamente el vértice superior de la tienda, viendo a la pequeña figura que agitaba los brazos y moría. Geder se llevó la mano a la boca y se mordió la piel hasta que sangró, intentando que el ruido desapareciera.

El humo de diez mil personas se elevó hacia el cielo.

## CITHRIN

Las noticias de la destrucción de Vanai llegaron a Porte Oliva. En el Gran Mercado y en el puerto, en las tabernas y en las posadas, y en los peldaños que conducían al laberinto de ladrillo y vidrio que era el palacio del Gobernador, los detalles se amontonaban unos sobre otros con cada informe que llegaba por barco o a caballo, y con la pura especulación. La ciudad había ardido durante tres días. Las fuerzas anteanas habían trabado las puertas y asesinado a todo aquel que intentaba escapar. Los canales habían sido drenados para que no hubiera agua con la cual apagar el fuego. Los anteanos habían vertido barriles de aceite de lámpara en las calles antes de marcharse. El calor había hecho añicos las piedras. El humo había llevado el olor a quemado incluso hasta Maccia y había hecho que los atardeceres fueran rojos. Los cuerpos chamuscados aún obstruían los diques de Newport.

Cithrin cogió cada rumor como si fuera uno de los omnipresentes mendigos que buscaban monedas caídas. Al principio no se lo había creído. Las ciudades no mueren de la noche a la mañana. Las calles y los canales que ella había conocido de toda la vida no podían haberse convertido en ruinas solo porque alguien afirmara que así era, aun cuando quien hablara fuera un general anteano. Era absurdo. Pero cada vez que oía la noticia, con cada nueva voz que repetía las mismas cosas, su incredulidad se iba desvaneciendo. Aun cuando todas fueran ecos unas de otras, el peso de su creencia combinada la arrastró.

Vanai estaba muerta.

—¿Estás bien? —le preguntó Sandr.

Cithrin se inclinó hacia delante con las piernas colgando del costado del carro del actor como un niño sentado en un taburete demasiado alto. A su alrededor se arrastraba la muchedumbre de mediodía. Observó a un muchacho cinnae delgado como un junco enhebrarse a través de la multitud de cuerpos, y siguió su incoloro pelo pajizo. El olor a salmuera del mar hacía que el aire pareciera más frío de lo que estaba. Ella no sabía cómo responder, pero lo intentó.

—No lo sé. Creo. Es difícil vivir en medio de todo esto —dijo ella, señalando la muchedumbre humana que los rodeaba— y sentir de verdad las muertes. Quiero decir... Sé que el magíster Imaniel ha muerto. Y Cam también debe de estar muerta. Todos los niños que jugaban en las calles están muertos, y eso a veces me entristece. Pero cuando empiezo a pensar en que todo ha desaparecido (el mercado, los palacios, las barcazas y todo lo demás), me parece... no sé. ¿Abstracto?

—Es una buena manera de definirlo —dijo Sandr, quien asintió como si supiera a qué se refería ella.

—Ahora no me conoce nadie. He vivido toda mi vida en Vanai. Era como si todo el mundo supiera quién era yo. Qué era yo. Y ahora que todos han desaparecido, ya

nada me ata a ello. El capitán Wester, Yardem Hane, la compañía de maese Kit y tú. Ahora mismo sois las personas que mejor me conocéis en el mundo.

—Es duro —dijo Sandr, tomándole la mano.

«No, esa es la única parte buena —pensó ella—. Cuando nadie sabe lo que eres, puedes ser cualquier cosa».

—¡Sandr! —gritó maese Kit—. Ya es hora.

—Sí, señor —dijo Sandr, y se puso en pie de un salto. Miró a Cithrin, que estaba debajo de él, y esbozó una leve sonrisa, de un modo muy parecido a como lo hacía cuando estaba sobre el escenario—. ¿Estarás aquí cuando acabe?

Cithrin asintió. Tampoco tenía muchos más sitios adonde ir. Además, el repentino cambio de actitud de Sandr le pareció interesante. Suponía que alguna chica más atractiva que ella lo había rechazado y que había vuelto a cortejarla mientras recuperaba la confianza en sí mismo. Él creía que, después de lo que había pasado junto a la balsa del molino, ella era una conquista fácil. Cithrin se preguntaba si lo era. Más que eso, se preguntaba si le gustaría serlo. Se deslizó fuera del carro y entre la multitud.

Mikel ya estaba ahí, simulando sin mucho entusiasmo ser un lugareño. Él captó su atención y le sonrió. Ella asintió con un gesto, y luego se volvió a mirar como Smit y Hornet bajaban el escenario. Cuando las cadenas engranaron, maese Kit apareció sobre las tablas. Ya no vestía sus ropas de Orcus, el Rey Demonio. Tras la desaparición de Opal, habían eliminado del repertorio la historia de Aleren Matahombres y la Espada de los Dragones. En su lugar, vestía una corta capa azul que llameaba desde los hombros de una túnica a juego. Una cinta de color amarillo brillante hacía las veces de liga a unas medias verdes. De sus pies brotaban, como si de setas gigantes se tratara, los zapatos más ridículos que jamás hubiera visto el ojo humano.

—¡Ho-la! —gritó maese Kit en un cómico falsete—. ¡He dicho hola! Sí, tú, el que lleva ese magnífico sombrero. Dios sabe que no tienes nada mejor que hacer. Y tú, allá, en el fondo. Acercaos, podríais ver algo que os gustara. ¿Qué? Podríais. Y...

Maese Kit se detuvo con su rostro convertido en una máscara por alguna visión impactante. Cithrin se estremeció de miedo y se volvió a medias para seguir su mirada.

—Oh, tú no, querida —siguió maese Kit con el mismo falsete, agitando la mano como si fuera un gorrión—. Tú a lo tuyo.

La multitud se rio. La tarea de Cithrin y Mikel consistía en guiarlos, pero ya había otra media docena de personas detenidas a mirar. *La maldición de la novia* era una comedia erótica con media docena de cambios de ropa que una única mujer podía realizar. Maese Kit había modificado los diálogos originales para adaptarlos a las características de Porte Oliva: las rimas que mentaban al rey en el original se referían

ahora a una reina, y en lugar de un malvado terrateniente disfrazado de yemmu, con hombros y colmillos falsos, Smit saltó al escenario vestido con una piel de oveja cubierta de abalorios, que representaba al kurtadam menos convincente del mundo. Cithrin se rio y aplaudió, no tanto para conducir a la muchedumbre como por sumarse a su propio flujo.

Cuando llegó el final de la obra y los actores saludaron al público en medio de una modesta lluvia de monedas, Cithrin casi estaba sorprendida por tener que regresar a su propia vida. Escondida en Porte Oliva, a la espera de que los siguientes ladrones la atacaran en medio de la noche.

Y Vanai, muerta.

Sandr salió del carro limpiándose la pintura de la cara con un trapo húmedo. Los restos que había en sus ojos y en la boca lo hacían parecer más joven de lo que era. O tal vez ahora aparentase su verdadera edad, cuando lo habitual era que se hiciera pasar por un perro viejo.

—Ha salido bien —dijo con una sonrisa.

—Sí —coincidió Cithrin.

—Te invito a esa comida ahora, si quieres —añadió. Cithrin miró hacia atrás y entrevió a Cary frunciendo el ceño desde el carro. Se imaginó lo que ella estaría viendo. Sandr, el actor principal. Cithrin, la inocente segunda opción. O puede que a Sandr, un miembro de la compañía, y a Cithrin, el motivo por el cual Opal ya no estaba con ellos. Podía tener los labios apretados y el ceño fruncido por culpa de ella, o por Sandr. Cithrin no lo sabía.

«Averígualo», le dijo el magíster Imaniel desde su memoria o desde su tumba.

Cithrin levantó una mano a la altura de su cintura, apenas un saludo. Cary se lo devolvió, y después señaló a Sandr y ladeó la cabeza. «¿En serio?». Si hubiera estado enfadada por lo de Opal, a lo sumo le habría sonreído y le habría devuelto el saludo. Sorprendida por sentirse aliviada, Cithrin se encogió de hombros. Cary puso los ojos en blanco y se metió otra vez en el carro.

—¿Qué? —preguntó Sandr mirando hacia atrás—. ¿Me he perdido algo?

—Solo a Cary —dijo Cithrin—. ¿Decías algo sobre una comida?

La taberna más cercana a sus habitaciones servía platos de pollo y zanahorias encurtidas que, según afirmaban, iban bien con la cerveza negra. Sandr pagó cinco monedas más por el privilegio de una mesa privada, con un único banco, que estaba separada de la estancia común por una tela bordada demasiado humilde como para poder llamarla cortina. Se deslizó sobre el banco que tenía al lado, con una jarra de peltre llena de cerveza negra para él y un gran jarro de vino generoso para ella. Apoyó con tranquilidad su pierna contra la de Cithrin, como si el contacto fuera algo completamente normal. Cithrin pensó en moverse para dejar un poco de aire entre ellos. En lugar de eso, se bebió un generoso trago de vino, y disfrutó del escozor que

le producía en la boca. Sandr sonrió y le dio un sorbo a su cerveza.

Cithrin se dio cuenta de que se trataba de una negociación. Él quería hacer algunas de las cosas que acababa de simular en la comedia erótica, y a cambio estaba dispuesto a ofrecerle comida y alcohol, atención y compasión. Y, lo supiera él o no, experiencia. El intercambio implícito era algo de lo que el magíster Imaniel había hablado varias veces, siempre con desdén. A él le agradaba la precisión que da medir el dinero. Allí, en la calidez de la taberna, con los sabores de la carne salada y el vino generoso calentándole la sangre, Cithrin no sabía si estar de acuerdo con él. Sin duda, siempre había margen para la imprecisión.

—Siento lo de Vanai —dijo Sandr, utilizando la misma táctica de antes de la obra.

Ahora bien, ¿qué efecto iba a producir eso en Cithrin? Suponía que recordarle a ella cuánto necesitaba ese consuelo y esa sensación de estar conectada. Hacer que las cosas que él le ofrecía parecieran valiosas. Con todo, eso ya lo había hecho. Sería un error decirlo una vez más. Tal vez, si la intercalara con otras maniobras... Él podría menospreciar el punto de vista de Cithrin en aquel intercambio. Si, por ejemplo, hubiera criticado su vestido o su corte de pelo, dejando claro que acostarse con ella no era, a fin de cuentas, algo tan importante. En ese caso, corría el riesgo de que ella se ofendiera y la negociación acabara. O que fingiera ofenderse como una forma de obligarlo a elevar su oferta.

—¿Cithrin? —preguntó, y ella sacudió la cabeza.

—Lo siento —respondió Cithrin—. Tenía la cabeza en otro lugar.

—La cerveza es buena. ¿Has estado aquí antes?

—Me apetecía mucho —dijo ella—. Pero siempre acaba pasando algo.

—¿Quieres un poco?

—Bueno —dijo ella.

Cithrin había previsto que él le pasara su jarra, pero en lugar de eso Sandr levantó el brazo llamando a la camarera y compró una jarra para ella sola. La cerveza era compleja y espesa. El alcohol acechaba oculto en un rico juego de sabores. No tenía la limpieza punzante del vino generoso. ¿Qué había dicho el capitán Wester? «La emborrachas hasta dejarla estúpida para que abra las piernas». Algo así.

Se le ocurrió que Sandr no era un hombre que tuviera una gran variedad de estrategias.

—No recuerdo a mis padres —dijo Cithrin—. El banco me crió, pagó mi ropa y mis tutores.

—Debes de haberlos querido mucho —dijo Sandr, interpretando el papel de paño de lágrimas, presionando con su voz y con su muslo un poquito más. Con todo, Cithrin sopesó el asunto. ¿Había querido al magíster Imaniel? Suponía que sí. Sin duda había querido a Cam y deseado a Besel. Había llorado por ellos cuando llegaron las primeras noticias. Pero ahora no lloraba. La pena todavía estaba ahí, con ella, pero

había algo más. Una terrible sensación de que todo era posible.

—Supongo que sí —respondió ella.

Él le tomó la mano, como por compasión. Arrugó las cejas y se inclinó hacia ella.

—Lo siento, Cithrin —dijo él y, para el asombro de Cithrin, sus propios ojos se llenaron de lágrimas. Eso no podía estar bien.

Sandr se inclinó hacia delante y le dio un suave toquecito en los ojos con el puño de la manga, enjugándole las lágrimas que él había provocado. La punzada de resentimiento ante ese pequeño gesto hipócrita le abrió los ojos.

—¡El capitán Wester! —gritó con voz ahogada, y Sandr le soltó la mano como si lo hubiera mordido. Espió desde detrás del amago de cortina.

—¿Dónde?

—Acaba de entrar en la otra habitación —dijo Cithrin—. Vete, Sandr. ¡Antes de que te vea!

Sandr tragó, asintió y se escurrió del banco hacia la puerta del callejón. Cithrin lo observó mientras se iba, después extendió la mano y cogió también la jarra de Sandr para sí. Al fin y al cabo, sí que iba bien con el pollo. Mientras bebía, su mente vagaba. No estaba enfadada con Sandr, pero no podía respetarlo. Cualquiera otra noche podría haberle seguido la corriente, siquiera para descubrir adónde conducía todo aquello. Pero estaba cada vez más claro que maese Kit tenía la intención de permanecer algún tiempo en Porte Oliva. Puesto que ella no estaba segura de cuándo o cómo se marcharía de la ciudad, establecer ese tipo de relación sin duda complicaría las cosas. Además, ¿y si se quedaba embarazada? Entonces todo se vendría abajo. Era más fácil quedarse fuera que intentar salir después. Y, con todo, se preguntaba cómo habría sido. Su mente volvió a la balsa del molino, la nieve contra su piel, el peso del chico sobre su cuerpo.

Se acabó la segunda cerveza, y volvió al vino generoso. Se suponía que el alcohol ablandaba los sesos, pero ella no se sentía blanda en absoluto. O, por lo menos, no de una manera que la dejara inconsciente. Ciertamente, estaba más relajada. El omnipresente nudo en la boca del estómago se había aflojado un poco, y se sentía cómoda con su cuerpo. Pero tenía las ideas tan claras como siempre. Puede que más claras. Tenía la sensación de que justo debajo de su conciencia se movían grandes ideas, y su mente las comparaba y hacía planes con una velocidad y una elegancia que ni siquiera ella misma era capaz de seguir. Se comió las zanahorias encurtidas, se acabó el vino y pidió otra jarra de cerveza.

Cuando salió por la puerta, el sol ya se había puesto. Porte Oliva se arrellanaba bajo la luz del crepúsculo. Los faroles vacilaban y brillaban. Hombres y mujeres se escurrían por las calles, ansiosos por llegar a sus casas antes de que el ocaso tocara a su fin. El aire estaba frío, pero no helado. No se trataba tanto de un moderado atardecer de invierno como de una fresca primavera. Se dejó llevar por la calle,



mientras su mente cogía sus pensamientos, los examinaba y los dejaba libres otra vez. Cuán viejo parecía Sandr cuando estaba sobre el escenario, y cuán joven cuando estaba fuera de él. El vacío de su corazón por las muertes del magíster Imaniel y Cam, la necesidad casi vertiginosa de llenarlo, y su distanciamiento casi clínico de su propio dolor. El viaje pendiente a Carse, llevando a escondidas las riquezas que había robado. Los libros de registro del banco, sumas y cifras que trazaban su historia desde el documento fundacional hasta la última estampida de aristócratas que huían. La traición de Opal y la lealtad del capitán Wester. Recordó algo que maese Kit había dicho sobre la forma del alma de Wester, y se preguntaba qué forma podría tener su propia alma.

Una mujer cinnae pasó deprisa, con las ropas envueltas en gasa de color rosado y anaranjado, y el rostro pálido como la luna. Un perro ladró desde la sombría boca de un callejón. Junto a ella pasaron tres kurtadam, con los abalorios de sus pieles entrechocándose y tintineando. Dijeron algo que ella no comprendió y después se rieron al unísono. Cithrin no les prestó atención. El brillo de sus propias ventanas brillaba justo delante. Si alguien la atacara ahora, le bastaría con gritar y el capitán Wester y Yardem Hane acudirían en su ayuda. Era un pensamiento agradable, y la hizo sentir segura, lo estuviera o no.

Subió la escalera y oyó el constante traqueteo de los pasos del capitán Wester. Abrió la puerta y se encontró con su ceño fruncido.

—Has estado fuera un buen rato —observó él.

Cithrin se encogió de hombros.

—¿Cuánto has bebido?

Cithrin caminó hasta el catre y sentó junto al tralgu. Yardem olía a campo abierto y perro mojado. Reprimió el impulso de rascarle las anchas espaldas. El capitán Wester todavía la miraba, esperando una respuesta.

—No lo recuerdo con exactitud —dijo ella—. La mayor parte no la pagué yo.

Wester arqueó una ceja.

—El deshielo casi está aquí. Debemos tomar alguna decisión —dijo ella, con palabras precisas y bien articuladas.

—Eso es verdad —reconoció el capitán mientras se cruzaba de brazos.

La débil luz del día que entraba por la ventana suavizaba las líneas de su ceño arrugado y el color gris de sus sienes. Parecía joven. Cithrin recordó que Opal había encontrado atractivo a aquel hombre, y se preguntó si ella también lo encontraba atractivo. Había vivido varias semanas con él. Meses, si tenía en cuenta el viaje por la senda. Se preguntó por primera vez si su boca tendría el mismo sabor que la de Sandr, y entonces apartó la idea de su mente y la concentró en el momento presente, bastante asqueada por sus cavilaciones.

—Con independencia de cómo intentemos llegar a Carse —dijo ella—, el mayor

peligro es que alguien nos mate y se lleve el dinero.

—Vaya con la novedad —dijo el capitán Wester.

—Por tanto, tendremos que llevar el dinero nosotros mismos —continuó ella, y en ese momento comprendió el sentido de todas sus reflexiones de aquella noche—. Tenemos que utilizarlo.

—Tal vez sea lo más prudente que podemos hacer —dijo el capitán—. Coger lo que podamos transportar y esfumarnos.

—No —dijo ella—. Me refiero a llevárnoslo todo.

El tralgu, sentado a su lado, movió una oreja con un tintineo. El capitán Wester se pasó la lengua por los labios y miró hacia abajo.

—Si lo cogiéramos todo, estaríamos en la misma situación que ahora. Todavía habría que esconder el dinero o protegerlo. Solo que, además, tendríamos a tus amigos de Carse detrás. Eso no mejora las cosas. Podríamos hablar de esto cuando estés sobria.

—No, escúchame. Hemos estado actuando como contrabandistas. No lo somos. Siempre has dicho que no podemos mantener oculto todo este dinero, ni podemos mantenerlo a salvo. Opal nos lo demostró. Por tanto, no deberíamos mantenerlo oculto.

Wester y Yardem intercambiaron una mirada en silencio, y el capitán suspiró. Cithrin se puso de pie y se encaminó hasta los libros que ya no estaban envueltos. Su paso era perfectamente firme. Sus manos no temblaron cuando quitó la encuadernación negra. Abrió en las primeras páginas y se las tendió al capitán.

—Actas fundacionales —dijo ella—. Escribiremos nuestra propia copia, pero para Porte Oliva, en lugar de Vanai. Tenemos cien documentos con la firma y el pulgar del magíster Imaniel. Podemos coger algún contrato de poca monta y valernos de él para fraguar nuestras actas fundacionales. Le presentaremos los documentos al gobernador, pagaremos las tasas y los sobornos, y después podremos invertir todo esto.

—Invertirlo —dijo el capitán como si ella hubiera dicho «comerlo».

—Puedo dar en consignación la seda, el tabaco y las especias. Incluso si se las robaran a los comerciantes, el banco recibiría su dinero. Podemos hacer lo mismo con las joyas, o venderlas directamente y utilizar el dinero para ofrecer préstamos. O invertir en negocios locales. Tendremos que conservar una parte. ¿Un cinco por ciento, tal vez? Pero en el nombre del Banco Medeano yo podría convertir más de nueve décimos de lo que tenemos en esta habitación en papeles sin ningún valor para nadie que no sea yo, antes de que los barcos comerciales lleguen de Narinisle. Lo que quedara no sería muy tentador.

—Estás muy, pero que muy borracha —dijo Wester—. La mejor manera de robar es llevarse algo y, después, desaparecer.

—No lo estoy robando. Lo estoy protegiendo —dijo Cithrin—. Así es como trabajan los bancos. Nunca conservas todo el dinero para que lo robe cualquiera que encuentre un modo de forzar tu caja fuerte. Lo lanzas al mundo exterior. Si tienes pérdidas o alguien roba tus fondos, todavía tienes todos tus ingresos y acuerdos. Puedes recuperarte. ¿Y qué más da si todo sale mal? ¿Iremos a la cárcel?

—La prisión es algo malo —tronó Yardem.

—No tan malo como que te asesinen y luego te arrojen por la borda —dijo Cithrin—. Si hacéis lo que os digo, las probabilidades de conservar el dinero aumentarán, y las consecuencias del fracaso disminuirán.

—¿Quieres coger un montón de dinero que no es tuyo y abrir tu propia sucursal del banco al que le estás robando el dinero? —preguntó el capitán Wester con la voz tensa—. Vendrán a por ti.

—Por supuesto que lo harán —contestó Cithrin—. Y cuando lo hagan, tendré lo de ellos y algo más. Si hacemos las cosas bien.

Cithrin vio el escepticismo en la cara del capitán oscilar entre la diversión y la indignación. Pateó el suelo.

—Escúchame —dijo—. Escucha mi voz, capitán. «Puedo hacerlo».

## MARCUS

—Ten cuidado —dijo Marcus.

—Tengo cuidado, señor.

—Bueno, pues entonces ten más cuidado.

Siete intentos previos yacían en el suelo entre ellos: contratos y acuerdos entre gente ya muerta sobre riquezas que habían sido pasto de las llamas, ahora sin propósito alguno. Pero, como Cithrin había dicho, cada uno de ellos llevaba la firma y la huella dactilar ensangrentada del magíster Imaniel de Vanai. El truco consistía en sumergir el pergamino en la cera para que cubriera el nombre y el pulgar, pero nada más. Una vez hecho eso, podría sumergirse la página en un baño de agua con sal, y frotarla con aceite para diluir la tinta. Después de dejarlo un día en el baño, podrían utilizar la piedra de un escribano para raspar la tinta, y luego un lavado de orina para blanquear cualquier resto de marcas. Al final, tendrían una página en blanco, lista para que Cithrin plasmara en ella las palabras cuidadosamente practicadas, una página ya firmada y refrendada por el exdirector del banco. Un hombre, como dirían los papeles, que predijo la muerte inminente de su ciudad a manos de Antea y que había urdido un plan para refundar su sucursal en Porte Oliva, con Cithrin convertida en su agente.

Siempre que pudiera poner la cera en el lugar correcto. Marcus se inclinó hacia delante, los dedos extendidos hacia un lado del documento.

—Si tú solo...

—¿Señor?

—¿Yardem?

El tralgu inclinó las orejas hacia atrás, tan pegadas a la cabeza que los pendientes le tocaban el cuero cabelludo.

—Ve allí, señor.

—Pero yo...

—Que vayas.

Marcus tamborileó en el aire justo por encima del pergamino, gruñó y se alejó. Habían desplazado y reorganizado las cajas que había en la pequeña vivienda ubicada encima del local de apuestas, de modo que lo que antes era una pequeña habitación se había convertido en dos aún más pequeñas. En el exterior siseaba un viento cálido de primavera, que sacudía las persianas y hacía que todo el mundo pareciera incómodo y agitado. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Marcus descansara en un puerto del sur, y el rico olor a la sal de la bahía le recordó al pescado del día anterior. Cithrin estaba sentada en un taburete. Vestía sus ropas de carretero, y tenía a Cary apretada a su lado. Maese Kit estaba a unos pasos de distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Eso está mejor —le indicó maese Kit—, pero creo que te has pasado un poco de largo. No quiero que parezcas agobiada. En lugar de pensar en el peso, imagínate cómo te moverías con una capa de lana pesada.

Cary llevó la mano a la espalda de Cithrin.

—Aquí estás demasiado tensa —dijo Cary—. Relaja esa zona y pon la tensión más hacia aquí.

Cithrin frunció el ceño, y dos medias lunas diminutas aparecieron en las comisuras de los labios.

—Como si los pechos te pesaran mucho —comentó Cary.

—Ah —le respondió Cithrin, animándose—. Vale.

Se levantó de su taburete, avanzó un paso hacia maese Kit, dio media vuelta y volvió a sentarse. Marcus no sabría decir qué había cambiado en la forma en que se movía la niña, solo que era diferente. Parecía más mayor. Maese Kit y Cary se sonrieron el uno al otro.

—Un progreso —dijo maese Kit—. Un progreso indiscutible.

—Creo que estamos listas para bajar a la plaza —comentó Cary.

—Contáis con mi bendición —replicó maese Kit, quien dio un paso atrás y estuvo a punto de chocar con Marcus. Las dos mujeres, cogidas de la mano, se abrieron paso a través del estrecho pasillo hasta la escalera.

—Baja las caderas —le aconsejó maese Kit—. Descansa el peso en ellas. No camines con los tobillos.

El crujido de las tablas se alejó hasta que la pareja estuvo en la calle y se fue. Una corriente de aire sopló por la escalera, y la puerta de la planta baja se cerró de golpe. Marcus dejó escapar el aliento y se sentó en el taburete.

—Creo que es muy buena —reconoció maese Kit—. No es muy consciente de su propio cuerpo, pero tampoco muestra ningún miedo en particular, y con eso creo que ya está hecha la mitad del trabajo.

—Eso es bueno —dijo Marcus.

—Parece que los cortes de los dedos pulgares están cicatrizando muy bien. Espero que le salgan unos buenos callos. Como si llevara unos cuantos años firmando contratos. ¿Le has puesto lejía en las heridas?

—Cenizas y miel —dijo Marcus—. Es igual de bueno, y no tiende a infectarse.

—Muy acertado. Pensé que sería buena idea aprovechar sus tres cuartas partes de cinnae. Si tuviera más de pura sangre, el otro cuarto de primera sangre podría interpretarse más como años que como un linaje.

—De todos modos, siempre he pensado que los cinnae son muy fuertes —dijo Marcus—. Son rivales terribles en una pelea. No les afectan los golpes.

Maese Kit apoyó un hombro contra la pared. Sus oscuros ojos se clavaron en Marcus como si el actor estuviera leyendo un libro.

—¿Y cómo estás tú, capitán?

—Esto no me gusta nada —le respondió Marcus—. No me gusta este plan. Me parece terrible que estemos falsificando documentos. Me parece terrible que Cithrin os empujara a ti y a los tuyos a hacer esto. No hay nada de esto que no me parezca terrible.

—Y sin embargo, parece que has elegido venir.

—No se me ocurría nada mejor —se excusó Marcus—. A excepción de llenar nuestros bolsillos y marcharnos. Esa idea todavía me seduce.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? Las cajas están aquí. Yo diría que te has ganado tu salario con creces.

Marcus dejó escapar una risa amarga y se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas. Desde el otro lado de la habitación, Yardem soltó un gruñido de satisfacción. Había acertado con la cera y le estaba saliendo bien.

—Esto no puede acabar bien —advirtió Marcus—. Ella no puede limitarse a decir que ahora todo es suyo, y que sea cierto por el mero hecho de decirlo. Es como entrar en Cabrai y anunciar como de pasada que eres el nuevo alcalde de Upurt Marion, y que ahora cobrarás todas las tasas portuarias. ¿Y qué problemas provocará todo esto? No lo sabemos. Al final de la estación, todas las empresas comerciales y la Corte real tendrán una teoría sobre qué intenta exactamente Komme Medean al invertir en Porte Oliva. Dirán algo sobre la relación de Birancour y Cabrai, y si el cargamento de Qarthadath está llegando aquí o allá. ¿Por qué no hay una sucursal aquí ya? ¿Es porque la reina advirtió de que no la implantaran? En este momento podríamos estar violando media docena de tratados y acuerdos, y no lo sabemos.

—Estoy de acuerdo con todo lo que dices —asintió maese Kit—. El riesgo parece real.

—Estamos a punto de hacer que un banco con una gran cantidad de dinero e influencia haga un movimiento demasiado audaz e inesperado, y ni se te ocurra que la gente vaya a apreciar el hecho de que nosotros llevemos el timón.

—¿Y por eso no te gusta el plan?

—Exacto —respondió Marcus.

Maese Kit miró hacia abajo. El viento se calmó, y luego sopló de nuevo. Presionaba contra las paredes de la pequeña habitación y agitaba el aire.

—¿Por qué no te gusta este plan, capitán? —le preguntó el actor.

Sintió una punzada de fastidio, y entonces la sensación fría, casi enfermiza de la respuesta correcta que nadaba en su mente. Se rascó la pierna, y sintió la rugosidad de la tela contra los dedos. Sus manos parecían más viejas de lo que deberían. Cuando pensaba en ellas, aún le parecía que estaban como durante su primera campaña. Fuertes, suaves y poderosas. Ahora había en ellas tantas cicatrices como piel. Le habían rebanado de un tajo la uña del pulgar derecho, y no había vuelto a crecer del

todo bien. Tenía los nudillos más grandes y los callos más amarillos. Se miró las palmas. Si se fijaba bien, aún podía distinguir las marcas blancas donde un perro le había mordido en cierta ocasión, hacía una eternidad.

—Ella conoce los riesgos, pero no los entiende —continuó Marcus—. Aunque le diga todo lo que te acabo de decir, me lo rebatirá argumento tras argumento. Dirá que el capital recuperado justifica la decisión. Que la sociedad de cambio no se hace responsable de ella, ni tampoco las demás filiales, así que todo lo que ella haga será un avance con respecto a la situación preexistente, en la que el dinero tan solo se había perdido.

—Y entonces... —dijo maese Kit.

—Yo sé cómo protegerla de los matones y los saqueadores. Sé cómo luchar contra los piratas. Pero no sé cómo protegerla de sí misma, y por Dios que esa chica es el mayor peligro para sí misma.

—Puede ser difícil, ¿no? Perder el control —preguntó maese Kit.

—Como si yo pudiera controlarla... —se lamentó Marcus.

—Yo creo que sí, pero estoy abierto a que me demuestres lo contrario.

—¿Cuáles son las tres decisiones que ha tomado antes? Desde que la conozco, quiero decir.

Yardem Hane se alzaba detrás del actor. Se estaba limpiando el aceite de los dedos con un trozo de tela gris. Por un momento, Marcus pensó que la conversación podría distraer al tralgu, pero a juzgar por la expresión pasiva del tralgu daba la impresión de que quería escuchar lo que decían.

—Se puso aquel vestido —le indicó Marcus—. Y decidió ir a tus actuaciones.

—¿Dos, entonces? —preguntó maese Kit.

—Y cenó pescado —añadió Marcus.

—¿Y cómo puedes comparar con los otros contratos que has cumplido? —preguntó maese Kit—. No creo que hayas pensado en Cithrin como alguien que te ha contratado, sino como en una niña que nada a contracorriente. ¿Te ha pagado?

—No tenía dinero —tronó el tralgu.

—Tú quédate al margen de esto —le ordenó Marcus—. Ella no podía. No tenía dinero propio. Todo eso le pertenece a alguien.

—Y ahora —dijo maese Kit—, parece que podría ofreceros oro. Y tomar decisiones más importantes que si hoy va a comer pescado o pollo, o comprarse algún vestido. Si las cosas le van bien, ella misma decidirá dónde vivir, cómo protegerse y si quiere hacerlo, y el millón de cosas que apareja su oficio. Y sospecho que estarás aquí, así, a su lado, protegiéndola. Pero solo en calidad de capitán contratado.

—¿Y no es eso lo que he estado haciendo todo este tiempo? —preguntó Marcus.

—Más bien es lo que no has estado haciendo —observó maese Kit—. Si lo hubieras hecho, antes de matar a Opal habrías consultado con Cithrin.

—Me habría dicho que no.

—Y creo que por eso no se lo preguntaste. Y porque te da miedo el momento en que tengas que hacerlo, y quieres aplazarlo, incluso aunque crees que está equivocada.

—Es una niña —dijo Marcus.

—Todas las mujeres han sido niñas antes —le rebatió maese Kit—. Cithrin. Cary. La reina de Birancour. Incluso Opal.

Marcus profirió una obscenidad en voz baja. Los apostadores del local pregonaban sus ofertas en la calle. Una gran fortuna podría ser suya. Había muchas probabilidades de que les saliera una buena apuesta.

—Siento lo de Opal —se disculpó Marcus.

—Lo sé —dijo maese Kit—. Yo también. La conocía desde hacía muchos años, y disfruté de su compañía al menos más de la mitad de ese tiempo. Pero ella era quien era, y tomó sus decisiones.

—Y además eras su amante, ¿no? —preguntó Marcus.

—No de un tiempo a esta parte.

—Y ella formaba parte de tu compañía. Viajaba contigo. Era uno de los tuyos.

—Lo era.

—Y me dejaste matarla —añadió Marcus.

—Lo hice —reconoció maese Kit—. Creo que las consecuencias pueden ser dignas, capitán. Creo que implican la existencia de una especie de verdad, y trato de cultivar un profundo respeto por la verdad.

—Lo que significa que se trata de un error de Cithrin.

—Si eso es lo que me has oído decir...

Yardem levantó una oreja, y sus pendientes tintinearón. Marcus sabía lo que estaba pensando el tralgu. «Ella no es tu hija». Marcus apoyó un pie contra el muro de cajas. Las riquezas de una ciudad que ya no existía. Las gemas y las joyas, la seda y las especias transportadas para escapar de las llamas. Ninguna de esas cosas les devolvería a ninguno de los muertos. Ni siquiera por un día.

Entonces, ¿cuál era el propósito?

—Su plan no es malo —dijo Marcus—. Pero tengo derecho a que no me guste.

—Y respeto tu derecho —le aseguró maese Kit con una sonrisa—. ¿Vamos a preparar el baño de aceite para los futuros documentos fundacionales del Banco Medeano en Porte Oliva antes de que las mujeres estén de vuelta?

Marcus suspiró y se levantó.

Cuando llegó el alba, Marcus caminaba al lado de ella. Las mañanas aún eran frías, pero no tanto como para ver el aliento saliendo de las bocas. Los hombres y las mujeres de las tres razas predominantes de la ciudad pasaban unos junto a otros como



si las diferencias en sus ojos, en sus constituciones y en su piel no les preocuparan de manera especial. La niebla de la mañana cubría la plaza mayor, convirtiendo en gris el verde del pavimento de jade de dragón. Los condenados de la ciudad se estremecían de frío. Habían ahorcado a dos hombres primera sangre por asesinos. Una mujer cinnae se sentaba en un corral, encadenada por los tobillos; la habían condenado por ser una deudora recalcitrante. Un hombre kurtadam estaba colgado de las rodillas y casi no podía respirar. Contrabando. Marcus se dio cuenta de que Cithrin aminoraba la marcha. Se preguntó a qué condena se exponían por lo que iban a hacer. Parecía poco probable que los jueces conocieran precedentes.

Las anchas puertas de cobre y roble del palacio del Gobernador ya estaban abiertas, una corriente de humanidad se vertía dentro y fuera de la sede de la autoridad. Cithrin levantó la barbilla. Smit le había pintado la cara antes de salir. Líneas tenues y grisáceas alrededor de sus ojos. Un rubor rosa y grisáceo en sus mejillas. Llevaba un vestido negro que halagaba sus caderas, pero de la forma en que una matrona puede verse halagada. No era la chica fresca de su hogar paterno. Podría tener treinta años. Podría tener quince años. Podría tener cualquier edad.

—Ven conmigo —lo invitó ella.

—No des saltitos —dijo él, y ella aminoró la marcha de nuevo, un paso detrás de otro, en calma.

Dentro del palacio, la luz solar se filtraba a través de los grandes ventanales de cristales de colores. El rojo, el verde y el dorado se derramaban por el suelo, por la doble escalinata. Se reflejaba en las pieles de las personas que caminaban por el interior, dejando a Marcus con la sensación de estar en alguna gruta encantada de una canción infantil, donde los peces de colores habían sido cambiados por políticos y cortesanos. Cithrin dio un suspiro largo y tembloroso. Por un momento, Marcus pensó que ella estaba a punto de echarse atrás. Girar sobre sus talones, huir y abandonar aquella locura. En cambio, se adelantó y puso una mano en el brazo de una mujer kurtadam que pasaba.

—Perdóname —la interpeló Cithrin—. ¿Dónde puedo encontrar al prefecto de oficios?

—Sube la escalera, señora —contestó la kurtadam con su suave ceceo del sur—. Es un cinnae como tú. Ve a la mesa de fieltro verde, señora.

—Muchas gracias —le agradeció Cithrin, y se volvió hacia la escalera. La mujer kurtadam fijó la mirada en Marcus, y él asintió al pasar. Como guardaespaldas, se sentía fuera de lugar. Había unos pocos hombres de la reina, dispersos entre la multitud, pero por lo que pudo ver no había más guardias privados que él. Se preguntó si en el verdadero Banco Medeano lo habrían dejado entrar, o si lo habrían echado.

Cithrin se detuvo en lo alto de la escalera, y él también. Las prefecturas estaban

dispuestas al azar alrededor de la sala, como si un niño enorme hubiera estado jugando con ellas y las hubiera esparcido por el suelo. No había pasillos, ni filas. Todas las mesas estaban rodeadas de gente, y si había un sistema que ordenaba aquel caos, Marcus no pudo verlo. Cithrin asintió para sus adentros, le hizo a Marcus un gesto para que se quedara cerca, y se metió en el lío. Avanzó hasta llegar a una mesa cubierta con fieltro verde donde un hombre cinnæ con una túnica marrón consultaba documentos de una pila de pergaminos. Una pequeña escala de pesos descansaba junto a él, como soldados en posición de firmes.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció.

—He venido a presentar unas cartas fundacionales —dijo Cithrin. Marcus sintió que su corazón se aceleraba, como en los instantes previos a una batalla. Cruzó los brazos y frunció el ceño.

—¿De qué clase de empresa se trata, señora?

—Un banco —respondió Cithrin, como si fuera algo perfectamente normal. El prefecto de oficios la miró como si la viera por primera vez.

—Si te refieres a un local de apuestas...

—No —dijo Cithrin—. A una sucursal de la casa madre, que está en Carse. Tengo los papeles, por si deseas verlos.

Se los ofreció. Marcus estuvo seguro de haber oído a orina vieja, y de que la parte de la página que la cera había protegido mostraba tres tonos más oscuros que el resto. El prefecto se reiría, llamaría a los hombres de la reina, y el juego terminaría allí mismo, antes siquiera de haber empezado.

El hombre cinnæ tomó el pergamino como si fuera de cristal delicado. Frunció el ceño, y su mirada pasó por alto las palabras. Se detuvo y miró a Cithrin. Su pálido rostro se sonrojó.

—¿El... el Banco Medeano? —preguntó. Marcus percibió que las demás conversaciones se iban aplacando hasta el silencio. Todas las miradas se volvieron hacia ellos. El prefecto tragó—. ¿Será esto una licencia restringida o libre?

—Creo que la carta pide que sea libre —dijo Cithrin.

—Así es. Así es. Una sucursal completa y libre de cargas del Banco Medeano.

—¿Supone eso un problema?

—No —respondió el hombre, y titubeó al leer el nombre de ella en los papeles—. No, señora Bel Sarcour, solo que nadie nos había dicho nada. Si el gobernador lo hubiera sabido, habría estado aquí.

—No pedimos que estuviera —dijo Cithrin—. ¿Puedo pagarte las tasas a ti?

—Sí —respondió el prefecto—. Sí, eso estaría bien. Deja que te...

Durante lo que pareció un día entero, y probablemente duró menos de media hora, Cithrin trató con el burócrata. El pago fue entregado por el banco, evaluado, aceptado y escrito el recibo. El hombre escribió una nota en una hoja de papel cebolla de color

rosa, estampó un sello con tinta en la página, lo firmó, e hizo que Cithrin escribiera su nombre encima de su firma. Luego le ofreció una pequeña cuchilla de plata. Como si lo hubiera hecho mil veces antes, Cithrin se hizo un corte en el pulgar y lo apretó sobre la página. El prefecto hizo lo mismo.

Y así se hizo. Cithrin cogió el papel cebolla, lo dobló y se lo guardó en la bolsa que colgaba de su cinturón. Marcus la siguió por la escalera y salieron a la plaza. El sol ardía contra la niebla, y los sonidos del tráfico humano eran el mismo rugido bajo al que estaban acostumbrados.

—Somos un banco —dijo Cithrin.

Marcus asintió. Se habría sentido mejor si hubiera habido alguien con quien pelear. O, por lo menos, a quien amenazar. La ansiedad de lo que acababa de hacer requería un poco de libertad. Cithrin cogió un puñado de monedas de su bolsa y se las tendió.

—Ten —dijo—. Esto es para contratar a más guardias. Ahora que es mi dinero, puedo gastarlo. Estoy pensando en una docena de hombres, pero que lo decida tu buen juicio. Necesitaremos guardias diurnos y nocturnos, y luego unos pocos para acompañar los bienes cuando los traslademos. No transporté todas esas sedas hasta llegar a las Ciudades Libres para que ahora me las arrebatase cualquier ladrón callejero. Les he echado el ojo a un par de lugares desde donde podría operar el banco y causar mucha mejor impresión que encima de un tenderete de juegos de azar.

Marcus miró las monedas. Eran las primeras que recibía de ella, así que aquella había sido su auténtica primera orden.

El calor que sintió en el pecho fue tan sorprendente como poderoso. Fueran cuales fuesen las consecuencias de sus actos, la chica había hecho algo que muy poca gente habría tenido el valor de hacer. Vaya con el chico medio idiota, el carretero a quien había conocido en Vanai el otoño anterior.

Estaba orgulloso de ella.

—¿Hay algún problema? —preguntó Cithrin con verdadera preocupación en la voz.

—No, señora —dijo Marcus.

## DAWSON

El desfile de Issandrian comenzó en las afueras de la ciudad, serpenteó a través del mercado, se dirigió hacia el norte bordeando el camino real, más allá de las puertas de la Torre del Rey, y luego giró hacia el este hasta el estadio. Los súbditos del rey Simeon abarrotaban las amplias calles, leales partidarios del Trono Escindido, todos de pie en estado de alerta y vigilando el flujo de esclavos llegados para convertir Antea en un títere de Asterilhold. El rugido de las voces reunidas era como el del fuerte oleaje, y el olor de los cuerpos amenazaba con tapar los suaves aromas de la primavera. Algunos seguidores de la camarilla de Issandrian habían pagado a la chusma para que llevaran pancartas y carteles que celebraban los juegos y al príncipe Aster. Desde donde estaba sentado, Dawson vio una hermosa tela teñida de azul con el nombre del príncipe en letras de plata en lo alto de unos postes, pero boca abajo. Era el resumen de la revuelta de Issandrian: las palabras de la nobleza levantadas por hombres que no sabían leerlas.

Las casas nobles tenían sus tarimas establecidas en el orden y la posición de acuerdo con el estatus de la sangre de cada familia. El lugar de cada hombre decía dónde había puesto su lealtad. El estado de la Corte en su conjunto se podía interpretar de un vistazo, y no era un espectáculo agradable. Banderas de colores de una docena de casas ondeaban para regocijo del rey y del príncipe, y la mayoría pertenecían a la camarilla de Issandrian. Incluso la verde y gris de Feldin Maas. El rey Simeon estaba sentado con todo aquello a sus pies, vestido de terciopelo negro y visón, y lograba sonreír a pesar de lo que tenía delante.

Una columna de arqueros jasuru marchaba por las calles, las oleosas escamas de bronce de su piel brillaban como metal bajo el sol. Llevaban los estandartes de Borja. Dawson realizó un cálculo aproximado. Dos docenas. Se fijó en que los arqueros aminoraban la marcha frente a la tribuna real y saludaban al rey Simeon y a su hijo. El príncipe Aster les devolvió el gesto con la misma sonrisa amplia que tenía ante cada compañía que pasaba y que tendría ante todas y cada una de las que estaban por venir.

—Issandrian es un cruel cabronazo —dijo Dawson—. Si has ido a robar a casa de un niño, al menos ten la dignidad de no celebrarlo con tanto fasto.

—Por el amor de Dios, Kalliam, no digas esas cosas, que la gente podría oírte —exclamó Odderd Faskellan. Detrás de ellos, Canl Daskellin reía entre dientes.

Por el camino pasaban cinco yemmu pesadamente. Los colmillos de las mandíbulas estaban teñidos de colores improbables, verde y azul, y se alzaban sobre la muchedumbre de primera sangre que los miraba. No parecían llevar armadura ni armas, tan solo el tamaño monstruoso propio de su raza. Los cinco se detuvieron ante el rey e hicieron su saludo. El príncipe Aster se lo devolvió, y uno de los hombres

yemmu elevó la voz en un grito bárbaro. Los otros se le unieron, voces sobre voces hasta que los sonidos parecieron trenzarse. Una brisa suave tiró de la capa de Dawson, y los árboles que bordeaban la calle se balancearon y se estremecieron. El aire transmitió el grito en todas las direcciones. Las voces se hicieron más profundas, y el yemmu de en medio del grupo levantó un puño grande y carnoso. Un diminuto torbellino de aire hizo volutas alrededor de todos ellos.

Así pues, eran curanderos. Dawson tomó nota.

—¿Crees que se levantará tormenta antes de que comiencen los juegos? —comentó Daskellin como si se preguntase en voz alta sobre las probabilidades de lluvia.

—De momento, no parece —respondió Odderd.

—Lo más probable es que llueva durante los juegos —terció Dawson—. Pero puede pasar cualquier cosa.

—¿Vas a reconsiderar la oferta de Paerin Clark? —preguntó Daskellin.

—No, no lo haré —contestó Dawson.

—Tenemos que hacerlo. ¿Acaso no estás viendo el mismo despliegue que yo? Si nos levantamos contra esto, necesitamos aliados. Y, para serte sincero, también oro. ¿Tienes alguna manera de conseguirlo? Porque da la casualidad de que yo sí.

Desfiló un grupo de espadachines. Cincuenta de ellos, todos vestidos con las relucientes armaduras pulidas de Ellassae, y entre ellos filas de oscuros timzinae y de southling con sus ojos tan abiertos. Cucarachas y gatos nocturnos. Razas creadas para servir de esclavos a las órdenes de sus amos dragones, marchando en el medio de los poderosos primera sangre.

—Si no podemos ganar como anteanos, nos merecemos perder —dijo Dawson.

El profundo silencio que cayó tras aquellas palabras quería decir que había ido demasiado lejos. Señaló a los espadachines.

—Me metí en esto porque creí que tenías razón, viejo amigo —dijo Daskellin—. No dije que fuera a arrastrarme hasta tu tumba.

—Algo... —comenzó Odderd, pero Dawson no le hizo caso.

—Si ganamos bajándonos los pantalones ante esta declaración, no somos mejores que Maas o Issandrian o Klin. De modo que sí, Canl, acabaré en la tumba por Antea. Y bajo una sola lealtad. No ante una centésima parte del Trono, ni frente a una mesa verde en la Costa Norte.

La cara de Daskellin se quedó inmóvil como un tronco de madera.

—Estamos hablando de miedo, y por eso me voy a disculpar...

—¡Vosotros dos, callaos! —espetó Odderd—. Está pasando algo.

Dawson miró en la misma dirección que él. En el estrado real, una mujer mayor con los colores de la Torre del Rey se arrodillaba ante el rey Simeon. A su lado había un joven, vestido de cuero y con armadura, y todavía cubierto con el polvo del

camino. El príncipe miraba a su padre, ajeno por completo al desfile. La boca del rey Simeon se movía. Incluso a distancia, Dawson reconoció la sorpresa en su expresión.

—¿Quién es ese muchacho? —preguntó Canl Daskellin, casi para sí mismo—. ¿Quién le lleva noticias?

Unos pasos resonaron en la escalera de madera detrás de ellos, y apareció Vincen Coe. El cazador les hizo una reverencia a los otros dos hombres, pero tenía la mirada puesta en Dawson.

—Me envía tu señora esposa, señor. Te necesitan en casa.

—¿Qué ha pasado? —dijo Dawson.

—Tu hijo ha regresado —dijo Coe—. Hay noticias de Vanai.

—¿Que ha hecho qué? —preguntó Dawson.

—La ha quemado —respondió Jorey, inclinándose hacia delante en el banco y rascando a un perro entre las orejas—. Vertió aceite de lámpara en las calles, cerró las puertas y la quemó.

El muchacho, su hijo menor, había cambiado durante el año en que Dawson no lo había visto. Sentado en la terraza acristalada, Jorey parecía mayor que el año más que tenía. Mostraba las mejillas demacradas propias del tiempo transcurrido en campaña, y la sonrisa que siempre había escondido detrás de cualquier expresión había desaparecido. El agotamiento le había hundido los hombros al chico, quien olía a sudor de caballo y a soldado sucio. Aquello supuso un fuerte impacto para Dawson, como el detalle de un sueño en el que Jorey y Coe pudieran pasar por primos. Dawson se puso de pie sobre el suelo extrañamente inclinado debajo de él. Se acercó a la ventana y miró hacia los jardines. La nieve seguía persiguiendo a las sombras, y los primeros brotes verdes suavizaban la corteza de los árboles. Al fondo, los cerezos habían florecido en blanco y rosa.

Geder Palliako había quemado Vanai.

—Ni siquiera nos dejó saquearla —explicó Jorey—. No hubo tiempo, de verdad. Envió un mensajero el día anterior. He matado a los caballos tratando de que me trajeran hasta aquí.

—¡Sí, casi lo has hecho! —se oyó decir Dawson.

—¿Sabe que fuiste tú quien puso a Geder en su lugar?

Dawson tardó un instante en entender la pregunta, y para entonces su mente estaba preparando sus propias preguntas.

—¿Por qué haría eso Palliako? —dijo Dawson—. ¿Trataba de socavar mi autoridad?

Jorey guardó silencio durante un buen rato, mirando los estúpidos ojos brillantes del perro que tenía frente a sí, como si mantuviesen una conversación privada. Cuando por fin habló, sus palabras sonaron dubitativas.

—No lo creo —aventuró Jorey—. Las cosas iban mal. Tomó algunas decisiones equivocadas, y fueron dando sus frutos. Sabía que nadie se lo tomaba en serio.

—¿Hizo arder una de las Ciudades Libres porque sentía vergüenza?

—Porque se sentía humillado —respondió Jorey—. Porque lo humillaron. Y porque es diferente cuando no está delante de ti.

Uno de los perros emitió un gemido largo y suave. Un pájaro revoloteó sobre una rama, miró a los dos hombres y voló de nuevo. Dawson puso los dedos en el panel de cristal frío del solárium, y el calor de su carne empañó el cristal. Su mente se lanzó en una dirección y luego en otra. El río de combatientes y mercenarios que llegaban a Camnipol, pagados por Issandrian con dinero prestado por Asterilhold. La expresión suave e implacable de Paerin Clark, el banquero de la Costa Norte. La ira de Canl Daskellin. Y ahora, la ciudad quemada.

Se movían demasiadas cosas, y todas en diferentes direcciones.

—Esto lo cambia todo —dijo.

—Después le cambió el ánimo —prosiguió Jorey como si su padre no hubiera hablado—. Siempre se mantenía alejado de nosotros, pero antes era un bufón. Todo el mundo se reía de él. Se burlaban de él en su cara, y la mayoría de las veces ni siquiera se daba cuenta. Pero después, nadie volvió a reírse. Ni siquiera él.

La mirada del muchacho se volvió hacia la ventana, a otra cosa. Se trataba de algo distante, pero más real que la habitación, el cristal y los árboles de primavera en el jardín. Había dolor en ese vacío, y fue algo que reconoció. Dawson dejó a un lado el caos. Su hijo lo necesitaba, y por mucho que clamara por su atención, el mundo esperaría.

Dawson se sentó. Jorey lo miró y luego volvió a mirar hacia fuera.

—Cuéntame —le rogó Dawson.

Jorey esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos, y negó con la cabeza.

—He estado en la guerra —dijo Dawson—. He visto a hombres morir. Lo que ahora cargas a tus espaldas lo cargué yo antes que tú, y te perseguiré mientras sostengas su peso. Así que cuéntamelo.

—Tú no hiciste lo que he hecho yo, padre.

—He matado algunos hombres.

—Nosotros matamos niños —rebatía Jorey—. Matamos mujeres. Ancianos que no tenían nada que ver con la campaña, que solo vivían en Vanai. Y los matamos. Les quitamos el agua y les prendimos fuego. Y cuando trataron de salir por las murallas, los abatimos.

Le temblaba la voz y tenía los ojos abiertos por el terror, pero no derramó ni una sola lágrima.

—Cometimos maldades, padre.

—¿Y qué te creías que era la guerra? —le preguntó Dawson—. Somos hombres,

Jorey. No chiquillos que se tiran palos unos a otros y pronuncian los hechizos de un mago malvado. Hacemos lo que el deber y el honor nos obligan a hacer, y muchas veces hacemos cosas terribles. Apenas era mayor de lo que eres ahora cuando participé en el asedio de Anninfort. Les hicimos pasar hambre. No les prendimos fuego, pero miles de personas sufrieron una muerte lenta y dolorosa. Y los débiles mueren primero. Los niños. Los ancianos. ¿La peste que asoló la ciudad? Nosotros la llevamos allí. Lord Ergillian envió jinetes a buscar a todos los enfermos que pudiéramos encontrar. Los llamábamos «emisarios», y los enviamos a la ciudad. Murieron, no sin antes propagar la enfermedad. Todos los días llamaban mujeres a las puertas con bebés en los brazos, rogando que nos los lleváramos. Por lo general, no les hacíamos caso. A veces cogíamos a los niños y los matábamos allí mismo, justo fuera del alcance de sus madres.

Jorey se había puesto pálido. Dawson se inclinó hacia delante, y apoyó la mano en la rodilla del joven como lo había hecho desde que el chico tuvo edad suficiente para sentarse. Dawson sintió un momento de tristeza al ver que aquel muchacho delgado desaparecía, y que era ese momento preciso —en esa conversación tan parecida a la que él mismo había tenido con su propio padre en cierta ocasión— cuando el chico descubría el mundo real. El niño tenía que irse y dejarle paso al hombre. Todo eso le daría sentido a la pérdida y la haría soportable. Eso era lo único que Dawson podía ofrecerle.

—Anninfort se rebeló contra el Trono, y tenía que caer. Y para que cayera, debía conocer la desesperación. Debían llevarlos al borde de la inanición. Y no sobrevivieron. Si los niños a quienes matamos (los niños a quienes maté) encontraron el final una semana antes de lo que lo habrían hecho de cualquier otra manera, entonces hice lo correcto. Y entonces sufrí como tú sufres ahora.

—No lo sabía —dijo Jorey.

—No te lo había contado. Los hombres no cargan su peso en los hombros de sus hijos. No se lo conté ni a tu madre. No lo habría soportado. ¿Entiendes lo que digo?

—Vanai era diferente. No había ninguna necesidad de hacerlo.

Dawson abrió la boca para decir algo, con suerte algo sabio y reconfortante, pero sintió que otros pensamientos se agolpaban en su mente con un chasquido casi físico. Vanai. Issandrian. Los mercenarios armados que cabalgaban hacia Camnipol bajo la dudosa excusa de honrar al príncipe Aster. Las fuerzas de ocupación regresando del sur, con Geder Palliako a la cabeza.

—Ah —dijo Dawson.

—¿Padre?

—¿Dónde está Palliako? ¿Está aquí?

—No. Con los hombres. A una semana de camino detrás de mí, tal vez.

—Demasiado lejos. Necesitamos que regrese antes que eso.



Dawson se puso de pie otra vez. Abrió la puerta y llamó a Coe a gritos. El cazador lo estaba esperando. Las primeras instrucciones fueron muy simples: tenía que encontrar a los otros. No solo a Canl Daskellin, sino a los seis que habían unido sus fuerzas a él. Contaban con poco tiempo, y la victoria era incierta. Coe no hizo preguntas, tan solo saludó y desapareció. Cuando se dio la vuelta, miró desconcertado a Jorey.

Dawson levantó la mano, deteniendo las preguntas antes de que salieran de la boca del chico.

—Necesito que me hagas un último favor antes de retirarte a descansar, hijo mío. Siento mucho pedírtelo, pero creo que el destino del Trono descansa en ello.

—Lo que sea.

—Tráeme a Geder Palliako. Lo más rápido que puedas.

—Lo haré.

—Jorey, la muerte de Vanai puede habernos salvado.

Apenas pasó una hora antes de que llegaran los invitados de Dawson. Además de Odderd y Daskellin, acudieron el conde de Rivermarch y Barron Nurring. Los otros no estaban en casa, y Coe salió de nuevo a buscarlos. Sin embargo, con los que había ya era suficiente. Cinco hombres, todos ellos leales a las grandes familias y al mando de territorios estratégicos. Unos estaban sentados, otros de pie, y Canl Daskellin se paseaba inquieto a lo largo de la pared del fondo. Todavía llevaba el sombrero de brocado y bordados que había lucido en el desfile de Issandrian. Clara les había ordenado a dos criadas que llevaran sendas bandejas de agua con sabor a pepino y de quesos al horno, pero estas seguían intactas en la mesa.

Los rumores no habían hecho sino extenderse desde la llegada de un correo con noticias para Simeon. Dawson veía la incertidumbre en todos los rostros, y la sentía en el ambiente. Su propia sensación de urgencia parecía un ser vivo que se arrastrara por su espalda. Si se hacía, había que hacerlo rápido, antes de que se comprendiera el verdadero significado de la noticia. Antes de que Simeon lo comprendiera.

Como un sacerdote ante su congregación, Dawson levantó las manos.

—La matanza de... —empezó, pero se detuvo—. El sacrificio de Vanai ha llegado como una antorcha en nuestra hora más oscura. Y la salvación del Trono Escindido se acerca.

El silencio era profundo.

—Has perdido la cabeza —dijo Daskellin.

—Dejémosle hablar —lo animó el conde de Rivermarch. Dawson asintió con gratitud.

—Pensad en esto. A Geder Palliako se lo conoce por haber estado en desacuerdo con sir Alan Klin, uno de los aliados más cercanos de Issandrian, casi desde el

principio. Se las arregló para sustituir a Klin como protector de Vanai...

—¿Se las arregló? —preguntó Daskellin.

—... y en lugar de valerse de su posición para obtener riquezas o jugar a la alta política, tomó una decisión. Una decisión valiente y llena de principios.

—Geder Palliako —le cortó Daskellin mientras se pasaba una mano por el pelo— es un bufón a quien encumbramos con el fin de avergonzar a Issandrian haciendo que la ocupación de Vanai avanzara de la manera más lenta posible. Es un joven inexperto que en toda su carrera militar solo ha recibido una lanza en la pierna y se ha caído de su caballo. Ahora también parece ser un tirano sediento de sangre. Esta noche Issandrian tendrá una docena de hombres que jurarán que su nombramiento fue obra nuestra, y es casi seguro que uno de ellos será lord Ternigan. No vamos a ser capaces de negarlo.

Dawson pudo ver la inquietud reflejada en los ojos de los otros hombres, que tenían los hombros caídos y las cabezas gachas. Si respondía a la rabia con rabia, los dos hombres se atacarían el uno al otro como perros de pelea y la confianza de la camarilla se rompería. Dawson sonrió, y Daskellin escupió sobre las cenizas de la chimenea.

—¿Negarlo? —preguntó Dawson—. Voy a sentarme al lado de Palliako y a mostrarme orgulloso de él. ¿O es que todos vosotros habéis visto hoy un desfile distinto del que he visto yo? ¿A ninguno de vosotros se le ha ocurrido pensar que varios cientos de anteanos leales al mando de Palliako marchan hacia Camnipol en estos momentos?

—No lo entiendo —dijo Odderd.

—Esto es lo que dijimos —explicó Dawson—. Cuando Palliako descubrió que Issandrian traía una fuerza armada a Camnipol, optó por llevar a sus tropas a la defensa del Trono. En lugar de abandonar Vanai a nuestros enemigos, realizó una acción que mostrara el acero de su intención. No le arrebató a la ciudad la última bolsa de plata. No trapicheó para conseguir concesiones para sus aranceles. La quemó como un guerrero de la Antigüedad. Como habrían hecho los dragones. ¿Qué otro hombre en toda Antea es tan fuerte y puro de intenciones? ¿Quién más podría haber hecho lo que hizo él?

—Pero el rey dio su permiso para celebrar estos juegos. ¿Y este ejército que viene a salvarnos? La mitad de los hombres son de Issandrian, y los demás, en el mejor de los casos, desprecian a Palliako —se defendió Daskellin—. Esto es un cuento de hadas.

—No lo desprecian. Lo temen. Y si todos lo decimos con la suficiente fuerza un número suficiente de veces, Issandrian también lo temerá —argumentó Dawson—. Y puesto que nuestras vidas pueden depender de ello, me gustaría sugeriros que lo digamos todos a coro.

—Así que la desesperación se parece a esto... —comentó Daskellin. Dawson le hizo caso omiso.

—Si Issandrian se mueve contra nosotros, se verá que lo de Palliako estaba justificado. Si no lo hace, será porque Palliako le da miedo. De cualquier manera, Issandrian pierde una parte de su control sobre el rey. Y lo hacemos sin tener que vendernos a la Costa Norte ni al Banco Medeano. Esto es un golpe de suerte, mis señores. Seríamos idiotas si miráramos hacia otro lado. Pero tenemos que dar nuestra versión de los hechos ahora mismo. Hoy. Cuando la Corte se vaya a dormir esta noche, es nuestra historia la que tienen que susurrarles a sus almohadas. Esperemos hasta que la opinión se haya asentado, y será cien veces más difícil de cambiar.

—¿Y si Issandrian vuelve su conspiración contra ese muchacho, contra Palliako? —preguntó Barron Nurring.

—Entonces es posible que la espada que está destinada a tu vientre desgare el suyo —respondió Dawson—. Ahora dime que prefieres que pase otra cosa.

## GEDER

El muslo de Geder se había abierto y supuraba. Le dolía la espalda. La brisa de primavera que soplaba desde las alturas olía a nieve y a hielo. A su alrededor, los hombres que quedaban de la campaña de Vanai cabalgaban o marchaban. No cantaban ninguna canción, ni nadie hablaba con Geder acerca de nada que no fueran los asuntos prácticos relacionados con la marcha del escaso centenar de hombres, carros y caballos. Ni siquiera en su pequeña habitación de Vanai, cuando estaba solo frente a los enormes ojos del escudero que era su única compañía, y las órdenes más aberrantes de Alan Klin llenaban por completo sus días, ni siquiera entonces se había sentido Geder tan aislado entre la multitud.

Podía sentir la atención de los hombres puesta en él. Su reprobación. Nadie decía una palabra, por supuesto. Nadie se levantó para decirle a Geder a la cara que era un monstruo. Que lo que había hecho era peor que un crimen. No había ninguna necesidad porque, por supuesto, Geder ya lo sabía. El rugido de las llamas no había desaparecido de su memoria ni siquiera durante los interminables días y las frías noches transcurridos desde que tomaran la ruta del norte hacia casa. Sus sueños estaban poblados por siluetas de hombres y mujeres recortadas contra el fuego. Había recibido la orden de proteger Vanai, y en su lugar había hecho aquello. Si el rey Simeon ordenaba que lo degollaran frente a él en la sala del Trono, solo sería un acto de justicia.

Había tratado de distraerse con sus libros, pero ni siquiera las leyendas del Sirviente Honesto podían hacerle olvidar la pregunta que no dejaba de corroerlo por dentro: ¿cuál sería el juicio del rey? En sus mejores días, Geder se imaginaba al rey Simeon bajando del Trono Escindido para poner una mano sobre el hombro de un lloroso Geder y absolverlo. En sus peores momentos, el rey lo enviaba de vuelta a Vanai para que lo clavaran a una estaca junto a los muertos esparcidos por el suelo, para que lo devoraran los mismos cuervos que se habían atiborrado con aquellos cadáveres.

Entre ambos extremos, la mente de Geder encontró espacio para una variedad casi infinita de tristes ensoñaciones. Y a medida que las montañas y los valles se hacían más familiares, cuando la senda del dragón lo llevó por entre las colinas que había visto un centenar de veces antes, Geder se dio cuenta de que cada nueva imagen que vislumbraba de su muerte y humillación le dejaba una esperanza sombría. ¿Lo quemarían en una hoguera? Eso sería justo. ¿Lo recluirían en una cárcel pública y lo cubrirían con una lluvia de mierda y animales muertos? Se lo merecía. Cualquier cosa —cualquier cosa— sería mejor que aquel silencioso y demoledor lamento.

El gran promontorio sobre el que se elevaba Camnipol apareció en el horizonte. La roca se veía oscura y azulada por el aire y la distancia. La propia Torre del Rey era

poco más que una astilla de luz. Un jinete solitario podría hacer el viaje en un par de días. La compañía completa podría tardar hasta cinco. Los curanderos del rey tal vez pudieran verla ya. Geder dejó vagar la mirada hacia la gran ciudad, atrapado por el anhelo y el temor. A cada kilómetro que recorría, mientras el tráfico del camino se hacía más intenso, el miedo aumentaba en su interior.

Las tierras de cultivo que rodeaban la capital se encontraban entre las más fértiles del mundo, el suelo oscuro regado por el río, las ubérrimas tierras que habían visto librar incontables batallas durante los últimos mil años. Incluso en las temporadas de hambruna justo después del deshielo, la tierra olía a crecimiento y a la promesa de alimentos. Los pastores guiaban sus rebaños por la senda del dragón hacia los pastos de invierno, situados en las montañas al oeste. Los agricultores conducían los bueyes a los campos listos para la labranza y la siembra. Los recaudadores de impuestos iban con su pequeño séquito de espadas y arcos, arañando lo que podían en las pequeñas aldeas antes de que vencieran sus contratos de arrendamiento. Resultaba extraño ver a un hombre solo montado en un buen caballo, así que Geder supuso que el jinete gris que venía del sur lo buscaba a él. Solo cuando el caballo se irguió y vio que el jinete era Jorey Kalliam su ansiedad le dio un descanso y su respiración se hizo más pausada.

Geder hizo girar su montura en el camino de jade de dragón y se adentró en el lodo del arcén, dejando que la columna siguiera adelante sin él. Jorey detuvo su caballo tan cerca que los animales podrían haberse tocado las caras con sus respectivas colas, y la rodilla de Geder casi tocaba la silla de Jorey. El rostro gris de Jorey estaba agotado, pero sus ojos se mostraban brillantes y nítidos como los de un ave rapaz.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Geder.

—Tienes que adelantarte —lo apremió Jorey—. Rápido.

—¿El rey? —preguntó Geder, y Jorey negó con la cabeza.

—Mi padre —dijo—. Quiere que estés allí tan pronto como puedas.

Geder se pasó la lengua por los labios y miró los carros que pasaban lentamente por el camino. Algunos de los carreteros y espadachines fingieron que no los veían, pero la mayoría lo hacía sin disimulo. Desde que dejaran la agonizante Vanai, Camnipol era la meta que ansiaba alcanzar, el fin de su lucha. Ahora que había llegado el momento, quería retrasarlo un poco más.

—No creo que sea prudente —se excusó Geder—. No tengo a nadie a quien dejar al mando, y si yo...

—Deja a Broot —le aconsejó Jorey—. No es especialmente brillante, pero es lo suficientemente competente como para poder guiar una columna por un camino. Dile que acampe fuera de la puerta del este, y que espere órdenes. No dejes que sea él quien ordene disolver las tropas.

—Es que... hay que pensar en la moral —adujo Geder—. No quiero que los hombres piensen que los he abandonado.

La expresión de Jorey era elocuente. Geder bajó la cabeza, y el rubor de sus mejillas brilló contra el blanco de su piel.

—Voy a buscar a Broot —dijo.

—Y ponte tus mejores galas —añadió Jorey.

Mientras le daba a Broot las mismas instrucciones que Jorey le había dado a él, Geder cambió su caballo por uno fresco que había ido al trote durante la mañana. Cuando Geder dejó a sus tropas atrás, lo hizo en una montura joven y rápida, y con Jorey Kalliam a su lado. La ciudad estaba demasiado lejos como para hacer todo el trayecto a galope, pero Geder no pudo evitar forzarlo. Durante unos minutos dejó que el animal avanzara contra el viento, haciendo gala de su ilusión de libertad, si no del hecho.

Se detuvieron para acampar en una choza de techo negro en una senda lodosa que se abría desde la senda del dragón. Ambos estaban demasiado cansados como para hacer otra cosa que contemplar a sus caballos. Geder se derrumbó en un sueño sin sueños y se despertó por la mañana para encontrarse a Jorey apretando ya las cinchas de su caballo. Estaban de nuevo en camino casi antes de que Geder hubiera despejado la aturdida cabeza.

Ante ellos se elevaba Camnipol.

La aproximación desde el sur era la más pronunciada, la línea verde de jade de dragón trazaba su camino hasta la piedra del promontorio como la cinta de un niño caída al suelo. El tiempo y el clima habían erosionado la piedra, dejando tramos de cien metros o más donde el camino se curvaba en el aire vacío haciendo que los viajeros debieran extremar la precaución para mantener el rumbo. El punzante viento de primavera no parecía proceder de ninguno de los cuatro puntos cardinales, solo directamente de la ciudad y de la llanura que tenían a sus pies. Las cuevas y chozas que se aferraban a la falda de la roca necesitaban gruesos puentes de madera para llegar al camino. El dolor constante en las piernas distraía a Geder, y el tamaño de la roca y la vegetación le nublaban la vista, por lo que Geder solo pudo ver la Torre del Rey elevarse frente a ellos cuando estaban llegando a la última curva. Las murallas de la ciudad sobresalían desde la colina. Los enormes y brillante arcos y torres parecían surgir de la nada, como una ciudad construida a base de sueños.

La entrada sur era estrecha, poco más que una hendidura en la alta piedra gris, con puertas de bronce trabajado y de jade de dragón que se deslizaban a un lado para franquear el paso. Intramuros, una docena de hombres con armaduras esmaltadas montaban caballos de guerra con bardas cuyos colores hacían juego con los de sus jinetes.

Cuando Geder y Jorey se acercaron, los hombres sacaron las espadas. Las hojas

brillaron al sol de la tarde, y a Geder le dio un vuelco el corazón, como a un zorro atrapado en una trampa. Era el momento que había estado esperando y temiendo. Jorey asintió con una sonrisa que Geder no fue capaz de interpretar. No importaba. Geder se tragó su miedo y avanzó, temblando, deseando haber recordado ponerse su capa buena de cuero.

Una sola figura salió de entre las sombras por donde el camino entraba en la muralla. A pesar de que no iba a caballo, el hombre puso firmes a todos los presentes. Era un primera sangre, y era más viejo que todos ellos. Sienes plateadas, rostro afilado e inteligente. Su porte le hacía parecer más alto que los que montaban a caballo. Geder espoleó a su caballo hacia delante. De cerca no cabía ninguna duda de que era el padre de Jorey. Sus ojos y sus mandíbulas tenían la misma forma. Geder bajó la mirada y la clavó en la de Dawson Kalliam.

—Sir Palliako —dijo el anciano Kalliam.

Geder asintió.

—Es para mí un honor darte la bienvenida a la Ciudad Eterna —continuó Dawson Kalliam. Y entonces, bruscamente—: ¡Hagan los honores!

Los jinetes alzaron las espadas en señal de saludo. Geder entrecerró los ojos mientras los miraba. Nunca había visto que llamaran ante la justicia del rey a nadie de sangre noble, pero aquello no se lo esperaba. Surgieron voces de la nada y se elevaron juntas en un grito largo y festivo. Y lo más extraño de todo, los copos de nieve comenzaron a caer del vasto cielo azul.

No. No eran copos de nieve. Eran pétalos de flores. Geder alzó la vista. Cientos de personas lo miraban desde la parte superior de las murallas. Geder levantó una mano con gesto indeciso, y la multitud rugió por encima de él.

—Coe se encargará de tu montura —dijo Dawson—. Te espera una litera de transporte.

Geder tardó un momento en comprender lo que sucedía, pero luego se deslizó hasta el suelo, y dejó que el padre de Jorey lo condujera hacia la penumbra entre las murallas de la ciudad. Ni se le ocurrió preguntar quién era Coe.

La litera estaba adornada con el escudo y los colores de la Casa de Kalliam, pero además llevaba los resplandecientes estandartes grises y azules de los Palliako a cada lado. Había dos sillas tapizadas en terciopelo, una frente a la otra, y ocho tralgu acuclillados sostenían las varillas. Dawson tomó asiento en la silla que daba hacia atrás. Geder se apartó un mechón de pelo grasiento de los ojos. Le temblaban las piernas por el viaje. Las saeteras y las lanceras a lo largo de toda la muralla de la ciudad estaban llenas de rostros sonrientes.

—No lo entiendo —dijo Geder.

—Algunos de mis amigos y yo nos hemos ocupado de esta celebración. Según dicta la tradición, hay que aclamar al caudillo que regresa de una victoria militar.

Geder se dio la vuelta lentamente. Algo pesado parecía haber echado raíces en su vientre, y la roca alta que se elevaba por encima de él se inclinó un poco, como un árbol joven contra un fuerte viento. Tenía la boca seca.

—¿La victoria? —preguntó.

—El sacrificio de Vanai —le explicó Dawson—. Audaz y orgulloso. Fue la decisión más valiente que se ha visto en este reino en toda una generación, y muchos veríamos bien que esa ferocidad volviera a Antea.

Geder pensó en la mujer que se había arrastrado a lo largo de los muros de la ciudad muerta; las llamas se alzaban detrás de la silueta oscura de su cuerpo. Recordó cómo había caído al suelo. El rugido de las llamas le llenó la cabeza de nuevo, como si lo hubiera perseguido, y se le nubló la vista. ¿Aquello había sido una victoria? La enorme mano de un tralgu lo tomó del hombro y lo condujo a su asiento. Geder miró en silencio y aturdido a Dawson mientras la litera se levantaba debajo de ellos.

La puerta sur se abría a una plaza grande. Geder había estado allí antes, y conocía aquel caos de mendigos, comerciantes, guardias, bueyes, carretas y perros asilvestrados. Era como entrar en el Camnipol soñado por un niño que solo había oído hablar de sus glorias. Al menos trescientas personas más se agolpaban detrás de otra guardia de honor, ondeando banderas de la Casa Palliako. Una tarima situada a la derecha reunía a un grupo de hombres vestidos con capas de brocado y túnicas bordadas con hilo de oro. Allí estaba el barón de Watermarch. A su lado, un hombre joven con los colores de la Casa de Skestinin. No era el propio lord, sino tal vez su hijo mayor. Geder quizá reconoció a media docena más mientras la litera se tambaleaba hacia delante. Y luego, al final, con la cabeza bien alta y las lágrimas corriéndole por las mejillas, Geder vio el rostro de su padre y el orgullo que traslucía su expresión.

La multitud siguió gritando y arrojando puñados de flores y dulces envueltos en papel. El ruido atronador descartaba toda esperanza de conversación, por lo que solo podía mirar a lord Kalliam con asombro.

En una pequeña plaza de la que salían media docena de calles, la litera vaciló. Cerca de la Torre del Rey, los edificios se elevaban tres y cuatro plantas de altura, y la gente colgaba de las ventanas para verlos pasar. Una chica alta situada a su izquierda lanzó un puñado de cintas de colores brillantes, y los hilos bailaron en el aire mientras caían. Geder saludó con la mano, y una sensación dulce y vertiginosa atravesó su interior.

A pesar de lo que había hecho, era un héroe. A causa de lo que había hecho. Era más que un alivio, era un indulto, el perdón, la absolución. Levantó los brazos, bebiendo de la adulación como un hombre sediento. Si se trataba de un sueño, prefería morir antes que despertar.



—Fue una decisión difícil —relató Geder mientras se inclinaba sobre la mesa y hablaba en voz alta—. Arrasar una ciudad es algo terrible. No fue una elección tomada a la ligera.

—Por supuesto que no —dijo el segundo hijo del barón de Nurring, casi arrastrando las palabras—. Pero ahí estriba el mérito, ¿no? ¿Dónde está el valor en hacer lo fácil? No hay valor alguno en ello. Pero para hacer frente a este dilema, hay que actuar.

—Hay que llevar a cabo la acción definitiva —puntualizó Geder.

—Exacto —respondió el muchacho—. La acción definitiva.

Las dependencias donde se celebraba la recepción conectaban con la mansión de Dawson Kalliam. No eran tan grandes como los salones y jardines de un palacio real, pero se acercaban. El hecho de disponer de tanto espacio intramuros de la Ciudad Eterna significaba que tenía más del triple de ese espacio en el campo. Las velas brillaban por todas las paredes de la gran cúpula, y las lámparas de cristal soplado colgaban de hilos demasiado finos para poder verse en la oscuridad. Unas puertas que iban de pared a pared se abrían a los jardines frescos que aún olían a tierra removida y a flores tempranas. La fiesta y el baile habían seguido su curso. Media docena de hombres de alta cuna habían subido al estrado para proclamar las virtudes de las acciones de Geder en las Ciudades Libres.

Según le dijeron, no se había visto ni un ápice de la debilidad, la timidez y la corrupción que habían envenenado a los generales de Antea durante mucho tiempo. Geder Palliako había demostrado su valía no solo frente a las Ciudades Libres, no solo frente al mundo entero, sino también frente a sus propios compatriotas. A través de sus acciones, les había recordado a todos lo que podía lograr la pureza. Incluso el rey había enviado un mensajero con una nota escrita que celebraba el retorno de Geder a Camnipol.

El aplauso fue embriagador. El respeto y la admiración de los hombres que ni siquiera lo habrían saludado en sus tiempos en la Corte. Entonces empezó el baile. Geder solía evitar ese particular pasatiempo cortesano, pero la esposa de Dawson Kalliam, Clara, había insistido en que la acompañara por el patio al menos una vez, y durante el tiempo que habían tardado en hacer el recorrido sintió que su paso era firme. Había cumplido otro par de rondas con unas cuantas jóvenes solteras antes de que los muslos y los tobillos empezaran a protestar lo suficientemente fuerte como para detenerlo. Jorey le había llevado su capa de cuero, y mientras el atardecer se enfriaba y el vino y la cerveza corrían con un poco más de libertad, Geder disfrutó de todo ello.

—La marca de un verdadero líder —dijo Geder, y luego perdió el hilo—. La marca de un líder...

—Espero que me disculpes —dijo su padre—. ¿Geder, hijo mío?

Geder se puso en pie y su compañero de copas asintió con respeto y se dio la vuelta con pasos medianamente estables.

—Se está haciendo tarde para un anciano —dijo Lerer Palliako—, pero no podía irme sin verte. Se ha superado todo lo que podíamos esperar. No había visto a la gente hablando de nuestra familia en términos como estos desde... Bueno, nunca, supongo.

—Deja que me vaya contigo —le suplicó Geder.

—No, no, no. Es tu noche. Debes disfrutarla.

—Me gustaría hablar contigo —dijo Geder, y la mirada de su padre se suavizó.

—Entonces vamos.

Geder y su padre buscaron a lady Kalliam y le ofrecieron su más profundo agradecimiento. De alguna manera, la conversación dio vueltas hasta que ellos aceptaron sus amables palabras, y se fueron con la sensación de que la noche había sido un asunto íntimo con viejos amigos que rara vez veían. Insistió en que se llevaran la litera que antes había transportado a Geder por las calles. No era seguro caminar por las calles oscuras y, aunque lo hubiera sido, no debían hacerlo. Jorey apareció cuando estaban a punto de despedirse y le ofreció la mano a Geder, quien estuvo a punto de echarse a llorar al estrechársela.

Mientras los esclavos tralgu los transportaban por las oscuras calles nocturnas, Geder miraba las estrellas esparcidas por el cielo. Lejos de la muchedumbre jubilosa, la euforia aliviada se aplacó. Se sorprendió al darse cuenta de que una parte del miedo seguía allí, no tan punzante, no muy fuerte, pero aún presente. No era miedo, sino el hábito de sentir miedo hasta ahora ininterrumpido.

Su padre se aclaró la garganta.

—Estás ascendiendo, muchacho. Estás ascendiendo mucho.

—No sé nada de eso —se zafó Geder.

—Oh, no. No, he oído a la gente esta noche. Has llegado a la Corte en un momento delicado. Corres el verdadero peligro de convertirte en un símbolo.

La entonación de su padre era alegre, pero había algo en la postura de sus hombros que hizo que Geder pensara en un hombre preparándose para recibir un golpe.

—No estoy hecho para la Corte —dijo Geder—. Estaré contento de volver a casa y trabajar en algunos de los libros que encontré allí. Alguno de ellos te gustaría. He empezado una traducción de un ensayo sobre los últimos dragones que afirma que datan de unos pocos cientos de años después de que cayera Morade. Ese te gustaría.

—Estoy seguro de ello.

El tralgu que dirigía el transporte lanzó un elocuente gruñido. La litera giró con elegancia en una curva cerrada, y se inclinó lo justo para contrarrestar el movimiento.

—No he visto a sir Klin esta noche —dijo Lerer.

—No esperaba encontrármelo —le confió Geder. Por un momento, se sintió de nuevo al borde del lago helado al lado del molino, descubriendo la fortuna que se ahorraría el protectorado de Klin—. Me imagino que se siente un poco enfadado, al fin y al cabo. Vanai era suya, y lo llamaron de vuelta a la Corte. Ha debido de parecerle embarazoso venir a mi recepción.

—Es eso. En efecto, es eso. Tampoco ha venido lord Ternigan.

—Puede que hayan requerido su presencia en otro lugar —lo justificó Geder.

—Claro. Estoy seguro de que ha sido así.

En las calles oscuras, un perro ladró y gimoteó. La brisa fresca que habían sentido en los salones de baile y en los jardines llenos de gente se había convertido ahora en frío.

—Por lo general, no todo el mundo asiste a los acontecimientos de la Corte —dijo Geder. Tampoco lo esperaba.

—Por supuesto que no. Y eso está bien, ¿no?

—Sí.

Se quedaron en silencio. A Geder le dolía la espalda. Entre el caballo y el baile, temía estar medio paralizado a la mañana siguiente.

—¿Geder?

Este gruñó.

—Ten cuidado con esos hombres. No siempre son lo que parecen. Incluso cuando se ponen de tu lado, es mejor tenerlos bien vigilados.

—Lo haré —se comprometió Geder.

—Y no te olvides de quién eres. Aunque ellos quieran que seas otro, no te olvides de quién eres en realidad.

—No lo haré.

—Bien —dijo Lerer Palliako. Excepto por el hecho de que la luz de las estrellas iluminaba sus ojos, Lerer era poco más que una sombra entre las sombras—. Ese es mi chico.

## MARCUS

Marcus dejó caer los brazos a los lados. La empuñadura de la espada de madera negra le resbalaba en la mano por el sudor. El muchacho primera sangre que estaba al otro lado de la fosa llevaba un par de pantalones de combate y mostraba una expresión seria en el rostro. Marcus esperó. El muchacho se humedeció los labios y levantó la espada.

—No hay prisa —dijo Marcus.

El aire del gimnasio estaba caliente, olía a cerrado y a húmedo. Los gruñidos y los gritos de los demás combatientes tapaban el ruido del agua de las tuberías que alimentaban los baños. Al menos una docena de hombres estaban en pie alrededor de los bordes de la fosa. La mayoría eran kurtadam o primera sangre, aunque había un par de timzinae un poco apartados. Y Yardem Hane, jadeando y empapado de sudor. No había acudido ningún cinnae.

Marcus vio que el muchacho cambiaba el peso de pie y se lanzaba al ataque. El chico sostenía la espada a un lado, al estilo oriental, por lo que tenía algún tipo de formación. Marcus bloqueó el golpe, una nube de polvo de tiza se elevó de la hoja de madera, y el hombre fintó al chico por la izquierda. El muchacho se volvió, y Marcus lanzó una estocada de arriba abajo. El muchacho la bloqueó de una manera tan agresiva que ambas espadas rebotaron hacia atrás. Marcus se pasó la espada a la mano izquierda y golpeó de nuevo, esta vez bajo, observando la postura del niño.

Librarse de los dos golpes de Marcus lo envalentonó. El muchacho agarró la espada con mayor firmeza, hizo una torpe finta hacia la derecha y se lanzó a la izquierda. Marcus bloqueó el ataque sin problemas, haciendo volar su espada por el aire y alcanzando con fuerza al chico en medio del pecho. Marcus miró a su oponente tropezar de nuevo. La espada de prácticas cubierta con tiza dejó una línea a la izquierda de la última costilla del chico hasta su clavícula.

—¿Quién es el siguiente? —gritó.

—Ese era el último, señor —dijo Yardem.

—Gracias, capitán Wester, señor —añadió el muchacho. La zona donde Marcus lo había golpeado mostraba la piel enrojecida e hinchada. Sintió un disgusto pasajero. No quería hacerle daño.

—Gracias, hijo. Lo has hecho bien —le agradeció Marcus al chico, y le sonrió.

Marcus se apoyó en el borde de la fosa con las manos y subió de un salto. Le dolían desde los hombros hasta los pies, y aquel dolor hizo que se sintiera bien. Yardem le lanzó una toalla de tela raída, y Marcus se secó el sudor de la cara y el cuello. Aquel era el tercer grupo de hombres a quienes les había hecho las pruebas de acceso a la compañía. Al igual que había sucedido con los demás, los resultados habían sido muy variados. Algunos habían acudido porque estaban desesperados y no

tenían habilidades, aparte de la voluntad de causar dolor. Otros lo habían hecho para alardear de que habían luchado en la fosa contra Marcus Wester. Y unos pocos, apenas un puñado, lo hacían porque sabían en qué consistía el trabajo y estaban en las últimas cuando Marcus había convocado las pruebas.

Uno de estos últimos era un robusto kurtadam con la piel gris dorada y acento de Cabrai. Marcus miró a Yardem a los ojos y señaló con el mentón hacia el candidato. Yardem asintió.

—Tú —dijo Marcus—. ¿Cómo te llamas, amigo?

—Ahariel —dijo el kurtadam—. Ahariel Akkabrian.

—Sabes luchar. ¿Qué te ha traído a Porte Oliva?

—Un contrato con una empresa de Narinisle. Era sobre todo un trabajo en la guarnición, pero el comandante comenzó a soltar patrañas sobre los sirvientes. Algo sobre chismes y sentimientos heridos, y tuve que irme. Pensé en las Ciudades Libres. Me imaginé que estarían nerviosos durante unos cuantos años con lo que le pasó a Vanai y todo eso. Pero he oído que estabas buscando hombres.

—No será un trabajo de guarnición —dijo Marcus.

El kurtadam se encogió de hombros.

—Pensé que tendrías trabajo. Wodford y Gradis y todo eso. Y si es lo suficientemente bueno para ti, será lo suficiente bueno para una espada y un arco como los míos.

—Eres un optimista —replicó Marcus—. Pero estaríamos encantados de tenerte con nosotros si nuestros términos te parecen aceptables.

—No perderías el tiempo si no lo fueran —dijo Ahariel.

—Preséntate por la mañana, entonces. Te pondremos en el registro de servicio.

Ahariel saludó, dio media vuelta y se alejó.

—Me gusta —reflexionó Marcus—. No habla mucho.

—Encaja perfectamente, señor —dijo Yardem.

—Es bueno tener una compañía de verdad otra vez.

—Lo es.

Marcus dejó caer el trozo de tela en el borde de la fosa.

—¿Es la hora? —preguntó.

—Deberíamos irnos pronto —dijo Yardem.

Las calurosas calles de principios del verano de Porte Oliva estaban repletas. Los mendigos poblaban las esquinas, y la presión de los cuerpos en las calles parecía añadir más calor que el propio sol dorado de la costa. El aire olía a mar, a miel, a aceite caliente y a comino. La ropa de la gente también había cambiado. No se veían chalecos ni capas. Hombres y mujeres cinnae caminaban por la calle con ropas diáfanas que hacían que sus cuerpos delgados parecieran cimbrarse como sombras o espíritus. Los kurtadam iban tan afeitados que apenas podían atarse sus abalorios a

los cabellos y llevaban taparrabos y cabestrillos del tamaño justo para tapar sus modestias. Fue un primera sangre, sin embargo, el que despertó la atención de Marcus. Hombres y mujeres habían cambiado sus ropajes de invierno por telas de colores brillantes, verdes y amarillas y rosas. Las túnicas tenían cortes a los lados para que el aire y las miradas encubiertas se deslizaran a través de la piel desnuda. Parecía que todos los días fueran una fiesta.

Aquello no le gustaba a Marcus.

Le recordaba demasiado un tiempo, cuando era joven e incapaz de distinguir la lujuria del afecto, y los recuerdos de aquella época siempre lo llevaban a los tiempos que habían llegado después. Conoció a una chica de ojos azules llamada Alys, y la cortejó con cuentos valientes y flores pálidas. Recordaba las noches de anhelos, y luego una noche iluminada por la luna a finales de primavera, una manzana compartida, un beso al lado de una cascada, y el fin de los anhelos. Su mujer perfecta. En un mundo justo, estaría a su lado.

Ahora Meriam habría sido lo suficientemente mayor como para sufrir la misma agitación y confusión de la carne, y él se habría sentido tan impotente para explicarle las cosas como su padre se había sentido con él. Pero no. Ahora ya habría tenido la edad suficiente como para haberse casado joven e imprudentemente. Otra estación, y Marcus podría haber tenido un nieto a quien hacerle cosquillas bajo la barbilla. Recordar todos esos momentos vividos era lo que le gustaba de la ciudad. Pero era también lo que le disgustaba del mundo. Siempre y cuando tuviera un trabajo que hacer, podía dejarlo todo de lado.

La cuestión de dónde instalar la sede permanente del nuevo banco había sido fácil de resolver cuando Cithrin habló con la hija del apostador encima de cuyo negocio dormían. Llevaba años albergando la esperanza de convencer a su padre para que renunciara al negocio, y casi lo había logrado. La planta baja era lo suficientemente amplia como para alojar una pequeña oficina, y el sótano tenía una caja fuerte de hierro empotrada en la piedra y anclada profundamente en el suelo. Y ahora, donde había vivido el apostador en otro tiempo, el Banco Medeano de Porte Oliva se había establecido con elegante modestia. El día en que el viejo apostador había firmado los contratos, Cithrin anunció el cambio repintando las paredes con el blanco más brillante que pudo encontrar. Donde antes se ponía el encargado de cantar la letanía de apuestas y pagos, un recipiente de latón lleno de tierra negra albergaba ahora los finos tallos verdes y las anchas hojas inclinadas de media docena de tulipanes que ya amenazaban con florecer.

—¿Voy a buscarla? —preguntó Yardem, señalando la escalera privada que conducía a las habitaciones que ahora eran exclusivamente de Cithrin. Marcus negó con la cabeza.

—Cuando estemos listos para irnos —dijo.

Antes, la gruesa puerta de madera se abría a una zona común con un mostrador en un extremo. El mostrador ya no estaba, y las marcas de tiza en la pizarra ya no señalaban el estado de las apuestas, sino los nombres de los nuevos guardias de Marcus y sus rotaciones. Ahora los cuatro estaban esperando donde solían ponerse los clientes del local de apuestas, mirando hacia fuera por las estrechas ventanas con barrotes y haciendo chistes sobre la gente que pasaba por la calle. Cuando Marcus entró, las risas se detuvieron, y los nuevos guardias, dos hombres primera sangre, una mujer kurtadam, y un chico timzinae a quien Marcus había contratado por una corazonada, se cuadraron. Necesitaría más guardias. Por encima, las tablas crujían a medida que Cithrin paseaba de un lado a otro.

—¿La bolsa está lista?

—Sí, capitán Wester, señor —dijo la mujer kurtadam.

Marcus asintió con la cabeza, con la mente de repente embarazosamente en blanco. Ella tenía las caderas y los hombros anchos y los brazos tan gruesos como las piernas. Su piel era de un negro brillante, más oscura aún que las escamas del muchacho timzinae. Y se llamaba... ¿Edir? ¿Edem?

—Enen —dijo Yardem—. Tú llevarás las monedas. Barth y Corisen Mout irán delante y detrás. El capitán y yo iremos por los flancos.

—¿Y yo? —preguntó el muchacho timzinae. Las membranas nictitantes de sus ojos se abrieron y cerraron deprisa, en un tic nervioso. De él era más fácil acordarse. Cualquiera que fuera su nombre, todos lo llamaban Roach.

—Te quedarás aquí y despertarás a los demás si ocurre algo interesante —le ordenó Marcus. Roach se desinfló un poco, así que Marcus continuó—: Si alguien quiere hacerle algo a la caja fuerte, lo hará cuando la mayoría de nosotros esté ausente. Mantén la puerta cerrada y los oídos atentos. Tú correrás más peligro que nosotros.

Roach saludó bruscamente. Enen reprimió una sonrisa. Los dos hombres primera sangre avanzaron hasta la vitrina de las armas y empezaron a elegir las más crueles que la guardia de la reina permitía llevar por las calles. Marcus se dio la vuelta y se dirigió hacia la escalera privada, con Yardem a su lado.

—Nunca recordaré todos estos nombres —dijo Marcus.

—Siempre dices eso, señor.

—¿Lo hago?

—Sí.

—Humm... Es bueno saberlo.

Las habitaciones que les habían parecido tan pequeñas y estrechas cuando las ocupaban él, Yardem, Cithrin y la riqueza amontonada de Vanai, se habían convertido en una respetable residencia privada para la nueva directora del Banco Medeano. Era poco más que una habitación en la parte trasera con una cama y un escritorio, y en la

parte delantera una sala de reuniones con un pequeño armario privado a un lado, pero Cithrin había reunido un centenar de pequeños detalles que la habían transformado: finas tiras de tela que colgaban sobre las ventanas, un pequeño icono religioso enclavado en una esquina de la mesa lacada, y una pequeña mesa lacada repleta de viejos registros de embarque y de carga. En conjunto, daba la impresión de que aquella era la casa de una mujer que le doblaba la edad. Era como uno de los disfraces de maese Kit y sus actores, y Cithrin lo lucía muy bien.

—Necesito hablar con alguien del registro del puerto —dijo Cithrin en lugar de saludar—. Los barcos comerciales de Narinisle están a punto de llegar, y necesito enterarme bien de cómo funciona todo. Parece que la mitad del comercio de la ciudad se lleva a cabo cuando atracan los barcos.

—Voy a ver qué puedo encontrar —dijo Yardem.

—¿Dónde, hoy? —preguntó Marcus.

—En una cervecería justo extramuros —terció Cithrin—. Conocí a una mujer en la taberna. Su gremio le ha dejado sustituir sus cubas, pero ella no tiene el dinero para pagarlas.

—Así que se lo hemos prestado.

—En realidad no está autorizada para aceptar préstamos con intereses —explicó Cithrin, pasándose un chal bordado con abalorios sobre los hombros de cuentas y recolocándose como maese Kit le había enseñado—. Normas del gremio. Pero se le permite retirar dinero de sus socios comerciales. Así que voy a comprarle una parte de su negocio.

—Ah —dijo Marcus.

—Si ella no paga, estamos en condiciones de quedarnos con su negocio. Y si cultivo una buena relación con un tonelero y algunas tabernas, puedo conseguir el tipo de apoyo mutuo que nos hará felices a todos durante mucho tiempo.

—Mucho tiempo —repitió Marcus saboreando las palabras.

—Y de todos modos, las cervecerías siempre son una buena inversión —aclaró Cithrin—. El magíster Imanuel siempre insistía en ello. La cerveza nunca dejará de tener mercado.

Cithrin recorrió la habitación con la mirada, frunció los labios y asintió con la cabeza más para sí misma que para ellos. Bajaron juntos por la escalera, y Cithrin se detuvo para cerrar la puerta detrás de ellos. En la calle, media docena de niños gritaban y jugaban dándole patadas a un odre viejo. Cithrin se volvió hacia la entrada, casi chocando contra un hombre kurtadam. En silencio, Marcus añadió la construcción de una puerta interior a su lista de cosas que deberían hacerse. Tener que salir a la calle para ir de un conjunto de habitaciones al otro había sido bastante agradable cuando se escondían. Ahora era solo un riesgo innecesario.

Los hombres primera sangre, Corisen Mout y Barth, estaban charlando y riendo,



pero se pusieron serios cuando entraron los tres. Enen estaba preparada, una pequeña bolsa de cuero atada sobre los hombros, con las manos libres y lista. Llevaba un puñal curvado y un garrote en la cintura. Cuando salieron a la calle, los seis se dispusieron en una formación sencilla. A pesar de que las calles eran estrechas y estaban atestadas, el camino se abrió frente a ellos, los ciudadanos de Porte Oliva se apartaban para dejarlos pasar. Les seguían algunas miradas de curiosidad, pero solo unos pocos mendigos especialmente audaces intentaron acercarse a Cithrin. Nadie se acercó a Enen y su carga de monedas. Se dirigieron al norte, a través de la gran muralla, hacia las casas de la ciudad que se amontonaban al otro lado. La presión de los cuerpos era mayor de lo que a Marcus le habría gustado. Los olores de las alcantarillas y del sudor de la gente eran más intensos allí, y las calles más concurridas y más amplias que al otro lado de la muralla, en el centro de Porte Oliva.

Llegaron a la cervecería. Era un negocio de dos plantas construidas alrededor de un patio estrecho con su propio pozo. Unas amplias puertas se abrían al patio. Los toneles y los barriles, a la sombra, apestaban a levadura. La tabernera, una mujer cinnae con un cuerpo y un rostro tan robustos que casi podría haber pasado por una primera sangre, salió a su encuentro, y les sonrió como si fueran de la familia.

—¡Magistra Cithrin! ¡Entra, entra!

Marcus observó cómo Cithrin y la tabernera se besaban en las mejillas, le lanzó un gesto de asentimiento a Enen, esta se sacó la bolsa de monedas de la espalda y se la ofreció a Cithrin dando por hecho que era lo que tenía que hacer. Ninguno de los nuevos guardias pensaba que el banco fuera algo diferente de lo que debía ser. No había ninguna razón para ello.

Cithrin cogió la bolsa y le hizo señas a Marcus para que él y los demás esperaran en el patio. Él asintió con la cabeza una vez, y Cithrin y la tabernera se cogieron de la mano y se dirigieron a los rincones más oscuros de la bodega, hablando como si fueran viejas amigas. Un niño cinnae no mucho mayor que Roach salió vestido con un delantal de cuero fino y llevando jarras de cerveza fresca. Era más dulce de lo que a Marcus le gustaba, pero con un regusto parecido al pan que podría acabar agradándole. Marcus dejó que los tres nuevos guardias se sentaran en la pared de piedra del pozo antes de cruzar una mirada con Yardem y echarle un vistazo al patio. El tralgu se bebió la cerveza, eructó y se colocó al lado de Marcus.

—Una cerveza muy decente —observó Marcus.

—Sí, lo es.

—¿Qué piensas de los planes de ella?

Las orejas de Yardem se movieron hacia atrás, y luego hacia delante, pensando en la pregunta. Marcus sabía que, por el mero hecho de habérselo preguntado, el tralgu había cambiado la respuesta. El que Yardem pensara en un plan que Marcus no había puesto en duda era toda una novedad.

—Parece que funcionan —comentó Yardem—. Tenemos más joyas en el sótano de las que quisiera, pero tenemos espadas suficientes como para espantar a los cuchillos callejeros. No sé mucho al respecto, pero parece probable que recupere el dinero que ella se ha gastado, o casi.

—Así que cuando los grandes hombres de Carse hagan una redada, lo van a encontrar todo más o menos intacto —dijo Marcus—. Ella puede entregárselo, lavarse las manos, y aquí no ha pasado nada.

—Ese es el plan —expuso Yardem cuidadosamente.

—¿Crees que lo devolverá?

Yardem estiró sus brazos largos y robustos, volviéndose para mirar la bodega abierta como si estuviera aburrido, y, de hecho, casi lo estaba. Marcus aguardó en silencio, esperando que el tralgu no lo creyera, y que creyera que él sí.

—Tratará de mantenerlo —dijo Yardem.

—No sabe que está pensando en ello, pero sí —dijo Marcus—. Esto se le da bien. Tal vez incluso muy bien. Y no es el tipo de chica que se dé por vencida cuando alguna cosa le gusta demasiado.

Yardem asintió lentamente.

—¿Cómo lo va a hacer? —se preguntó.

Marcus tomó un sorbo de cerveza, se enjuagó la boca con ella y luego la escupió sobre las piedras del patio. Una docena de palomas despegó de la azotea, volando en círculos por el cielo azul.

—No entiendo ni la mitad de lo que está haciendo ahora. ¿Y tú?

—Tampoco.

—No sé lo que intenta. Probablemente ella tampoco. Pero cuando ella lo vea, irá a por ello. Sea o no sea una buena idea.

## GEDER

Las semanas que siguieron al retorno de Geder a Camnipol fluían a su alrededor como el agua de un río alrededor de una piedra. Las reuniones en las casas de las familias de Antea colmaban los días, las celebraciones por su victoria en Vanai y por el inminente aniversario del nombramiento del príncipe de Aster colmaban las noches. Casi desde el día siguiente de su inesperado homenaje, comenzó a ver que los cortesanos vestían de cuero negro, remedos de la imagen de su propia figura, que se había puesto de moda en la Corte. Hombres que nunca se habían tomado la molestia de relacionarse con la Casa Palliako habían empezado a recurrir a él. Le parecía comprensible que aquello le diera mala espina a su padre. Los cambios que surgían de manera tan repentina podían parecer catastróficos incluso aunque fueran cambios para mejor.

Lo único que había hecho que aquella maloliente primavera fuera mejor para él eran las habitaciones dentro de la propia ciudad, en lugar de salir noche tras noche antes de que cerraran las puertas de la muralla y tener que dormir en su tienda de campaña soportando las pesadillas.

—No entiendo por qué no debería ordenar la disolución de la compañía —dijo Geder, extendiendo una cucharada de compota de manzana sobre el pan del desayuno—. Si no lo hago yo, y pronto, seguro que lo hará lord Ternigan.

—No se atreverá —dijo Canl Daskellin, barón de Watermarch—. No hasta que todas las espadas y los arcos estén a salvo fuera de Camnipol.

—Es una vergüenza —asintió Marrisin Oesteroth, conde de Magrifell—. Esa chusma armada por las calles de Camnipol... Y prácticamente sin un solo primera sangre entre ellos. No sé en qué estaba pensando Curtin Issandrian sobre eso de las razas de esclavos. Lo próximo será honrar al príncipe Aster con cerdos y monos.

Alrededor de ellos, los jardines menores de la Casa Daskellin brillaban bajo el sol de la mañana. Los narcisos dorados se mecían con la brisa. Hacia el este se alzaba el estadio reconstruido, sus altas plantas pintadas de blanco y rojo. Los juegos en honor del príncipe comenzarían al día siguiente, pero los espectáculos preliminares se desarrollaban desde hacía unos días: luchas de osos, peleas de exhibición y competiciones de tiro con arco. Y con ellas, una creciente tensión que a Geder le recordaba el intenso calor de un día claro de verano antes de una noche de tormenta.

—¿Hueles a esos curanderos yemmu? —preguntó resoplando Odderd Faskellan, vizconde de Escheric y guardián de la Torre Blanca—. El olor que emana de ellos hace que me lloren los ojos. Y esos southling...

El hombre de cara plana que estaba al lado de Geder —llamado Paerin Clark, y sin ningún título por el que ser nombrado— bebía de su vaso, como para ocultar su expresión, pero los demás asintieron y gruñeron en señal de aprobación.

—Se folian a sus propias hermanas —comentó Marrisin Oesteroth, y tomó un trago de sidra—. Pero ellos no tienen la culpa. Los dragones los hicieron así. Mantienen su linaje de sangre real, igual que los perros de caza.

—¿En serio? —preguntó Geder—. Leí un ensayo que decía que era un mito propagado por la Hermandad Idikki después de la segunda expulsión. Como que los tralgu comen bebés, o que los dartinae envenenan los pozos.

—Das por hecho que los tralgu no comen bebés —dijo Marrisin Oesteroth con una sonrisa, y los demás se le unieron. También Geder.

La conversación derivó hacia otros temas de la Corte: la escalada de los disturbios en Sarakal, el movimiento para crear un consejo de granjeros y los rumores de una segunda guerra de sucesión en la Costa Norte. Geder escuchaba más que hablaba, pero cuando lo hacía, los hombres parecían escucharlo. Eso, por sí solo, era tan embriagador como la sidra. Geder se despidió cuando los criados hubieron retirado los últimos restos de comida. Al día siguiente habría otra reunión como aquella, y otra más el día después. Y un baile informal por la noche, programado a la misma hora que una fiesta para el rey Simeon organizada por sir Maas Feldin. Geder lo sabía porque Alberith Maas había pedido permiso a regañadientes para asistir a la fiesta. Geder se lo había concedido. La Corte podía estar dividida, pero suponía que siempre lo había estado. Dado el número y el tipo de la gente que había en las reuniones a las que había asistido, estaba bastante seguro de que los que lo habían apoyado eran tan numerosos como los que no lo habían hecho, y aún más poderosos. Podía darse el lujo de ser magnánimo.

El sol brillaba en el cielo del mediodía, calentaba la capa de Geder y le hacía sentirse ligero y cómodo. Se paseó por las calles empedradas de adoquines negros, casi tan seguro de sí mismo como lo había estado durante sus primeros días en Vanai. Un hombre de baja cuna, sucio y con una barba larga, lo vio venir y se apartó de su camino. Una joven mujer hermosa y de esbelta figura le sonrió desde su carruaje. Geder le devolvió la sonrisa, y vio cómo ella se volvía a mirarlo de nuevo en la distancia. Le dolió gratamente la mandíbula de tanto sonreír.

La puerta este de la ciudad era más ancha que la sur, construida bajo un gran arco de piedra labrada que era casi tan alto como la propia Torre del Rey. El ruido de los cascos de los caballos y el de las ruedas de los carros se mezclaban con las voces de los pequeños comerciantes. El aire apestaba a estiércol, los animales ensuciaban las calles tan pronto como los prisioneros del juzgado las limpiaban. Los pregoneros caminaban portando carteles de madera basta, anunciando cualquier noticia que hubieran cobrado por repetir: un carnicero había estado empapando su carne en agua para que pesara más al venderla, se había investigado un brote de viruela hasta encontrar su origen en un burdel, y un niño se había perdido y se ofrecía una recompensa a quien lo encontrara. Eran los chismes propios de cualquier gran ciudad,

y Geder disfrutó de su sonido sin prestar atención al significado de las palabras. Cada sílaba había sido pagada, y estaba seguro de que la mayoría eran mentiras. Geder se detuvo en un puesto donde un tralgu con el rostro tan grande como una roca y una pierna de menos vendía golosinas de lavanda confitada y piedras de miel.

Cuando Geder le arrojó una moneda, el tralgu la atrapó al vuelo por encima de su cabeza, frunciendo el ceño.

Extramuros, las llanuras del norte se extendían hasta el horizonte, verdes de hierba y maleza, pero sin árboles. Todo lo que fuera lo suficientemente grande como para arder como leña había sido arrancado de la tierra durante generaciones. Las colinas se levantaban en suaves olas como en un mar en calma. El campamento se encontraba justo al este, a la sombra de la ciudad. Por sugerencia de Jorey Kalliam, Geder había dado órdenes para mantenerlo en orden con un grupo de militares, en lugar de permitir el trastorno ocasional que significaba mandar a todo el mundo de vuelta a casa. Pese a que estaban al lado de Camnipol, el campamento mantenía su perímetro, sus guardias, sus cocinas y su comandante en funciones. Fallon Broot, barón de Suderling Heights, acudió a su encuentro cuando Geder entró en el campamento.

—¿Hay noticias? —preguntó Broot—. ¿Ternigan ha dicho algo?

—Todavía no —respondió Geder.

—Con todo respeto hacia ese hombre, no encontrará ningún asiento bueno en el estadio si espera mucho más tiempo.

—Podríamos apelar al rey Simeon —sugirió Geder.

—O podrías dar la orden tú mismo —dijo Broot, y sus enormes bigotes caídos temblaron.

—¿No sería presumir demasiado? —replicó Geder. Broot soltó una carcajada, casi un ladrido—. El campamento es tuyo, entonces. Me retiraré y descansaré un poco. Maas organiza una fiesta esta noche, y ahora es mi turno de ocio.

»También hay un baile informal —añadió Geder con tanta indiferencia como pudo.

—Nadie quiere verme bailar —aseguró Broot. Mientras se alejaba, Geder se preguntó si la muchacha de figura esbelta también asistiría.

En su tienda, su escudero había hecho la cama y lo había limpiado todo, pero había dejado los libros y las herramientas de traducción donde estaban. Geder se sentó ante su escritorio de campaña, cogió el cuero agrietado del ensayo multiforme con el que había estado luchando, y buscó en las antiguas y delicadas páginas hasta que encontró el punto donde lo había dejado.

Fue el descubrimiento de aquellas armas en las montañas de Sinir lo que permitió a las fuerzas aliadas de Hallskar y Sarakal poner límites a las interferencias de Borja y, finalmente, recuperar las tierras cedidas en virtud de los acuerdos llevados a cabo cinco generaciones atrás. A pesar de ello, no ha habido un esfuerzo concertado, ya sea entre los reyes elegidos de Hallskar o entre las familias tradicionales de

Sarakal, para buscar nuevos alijos. La explicación generalizada de este descuido inimaginable era un temor supersticioso sobre algo que había en el valle. El escriba anónimo de la abadía de Atia sugiere que podría ser una vaina de hibernación de dragones colocada por Drakis Stormcrow o por algún siervo del dragón Morade, pero parece más probable que fuera en cambio la peste que siguió al final de la expansión de Borja lo que hizo imposible la exploración, y las mismas montañas, que limitan el tránsito y cualquier expedición hasta los meses de verano. Esto por sí solo debería justificar un examen más largo y más sistemático del calzado de la antigua Hallskar, que llevaré a cabo en el próximo apartado.

Las montañas de Sinir. «Sinir». La palabra le pareció muy familiar, pero no podía recordar dónde la había visto antes. Había sido hacía poco, sin embargo. Era algo que tenía que ver con el Sirviente Honesto. Estaba seguro de ello.

La historia que había comenzado como un proyecto personal se había convertido en algo más interesante. En las horas oscuras de la mañana después de que sus sueños lo despertaran, Geder se sentaba con sus libros, marcando cada referencia y analizando al detalle sus traducciones hasta que las voces en el fuego se desvanecían de su mente y podía dormir de nuevo.

Su comprensión sobre el arma estaba lejos de ser clara, excepto que había jugado un papel en la guerra final de los dragones y que consistía en una magia que separaba la verdad y la mentira definitivamente. Había dos comentarios acerca de la corrupción o de la infección de la sangre, pero no había podido deducir cuál era su significado exacto. Podrían ser referencias a los ritos y conjuros que Morade había usado para invocar al Sirviente Honesto, o una descripción de su función, o una historia difundida por los que se oponían a Morade y que habían sobrevivido a su enemigo.

La ubicación asociada con el uso del arma era, sin duda, las montañas orientales y los terrenos baldíos que rodeaban Hallskar, Borja, Keshet, y Pût. Por supuesto, eso era una enorme franja de tierra, la mayoría casi impenetrable. Pero al datar las referencias y tras consultar como habían cambiado las fronteras nacionales y tribales a través de los siglos, Geder pensó que podría ser capaz de plantear una supuesta acotación de la zona. Así, por ejemplo, un libro ubicaba al Sirviente Honesto al este del Keshet, pero usaba un nombre anticuado. Otro lo hacía al este de Borja, y utilizaba un término algo más reciente. Al comparar los cambios de las fronteras entre ambos lugares durante los siglos transcurridos, Geder especuló con una acotación no mayor de cuatro días de viaje de norte a sur. Y entonces, si en medio había una cordillera a la que llamaban Indische, podría ser capaz de dar con ella.

Por primera vez en su vida, había comenzado el esbozo de su propio ensayo especulativo sobre el tema. Parecía poco probable que el apartado sobre el antiguo calzado de Hallskar le fuera útil, pero no lo sabría hasta que lo leyera, así que, con un profundo suspiro, Geder se apoyó en los codos y comenzó a leer. El texto no estaba particularmente bien escrito, pero de repente se encontró absorbido por el asunto. Le fascinó el cambio en los puentes de los dedos del pie como indicador de los adornos raciales de la Corte real, ya que se habían eliminado de manera sistemática al menos

seis siglos de registros históricos durante el reinado de Thiriskiiadan. La sugerencia de que había habido un período en que los dartinae de ojos grandes habían dominado Hallskar en vez de los haavirkin bastó para que Geder levantara las cejas. Se encontró tan atrapado por el texto que no fue consciente del griterío hasta que su escudero irrumpió en la tienda.

—Mi señor —gritó el viejo dartinae—. En la ciudad. Ha pasado algo.

Geder levantó la vista, y por un momento su mente se mantuvo en lo que acababa de leer, valorando qué pinta habría tenido su escudero vestido con los cueros reales y el oro de Hallskar. El estruendo de voces y del metal entrechocando se abrió camino en su conciencia, y el miedo le golpeó la sangre como el invierno. Geder se levantó de su escritorio y salió corriendo de la tienda. Su imaginación ya veía humo saliendo de las murallas de Camnipol, el fuego de Vanai rugiendo ya su nombre. Daved Broot, hijo de Fallon, corría por la llanura. La sangre empapaba su túnica escarlata.

—¡Que alguien ayude a ese hombre! —gritó Geder, con voz alta y firme—. ¡Está herido! ¡Que alguien lo ayude!

Pero los hombres ya corrían hacia el muchacho herido. Geder miró a su alrededor, tratando de encontrar la batalla. No había humo. No había fuego. Pero había hombres gritando, y estaban cerca. Seis hombres transportaban a Daved Broot, lo llevaban de vuelta al campamento cargado en los brazos. Geder corrió a su encuentro. Cuando el herido lo vio, lo llamó.

—¡Lord Palliako!

—Estoy aquí.

Los portadores se detuvieron.

—Los gladiadores. Han tomado la puerta.

—¿Qué?

—Los gladiadores del estadio. Están en la puerta. Están tratando de cerrarla.

«Se trata de una revuelta —pensó Geder—. Una revuelta en las calles de Camnipol».

Y entonces, un segundo después: «No. Un golpe de estado».

—Llevallo al curandero —les ordenó Geder a los portadores—. Y después coged vuestras espadas. ¡Llamad a formación! ¡Formación!

Primero con algo de confusión, y después con incredulidad y miedo, el campo acató las órdenes. El escudero de Geder corrió con la espada y la armadura en la mano. Geder cogió la hoja, se la puso a la cintura y agarró la armadura.

—No hay tiempo para eso —dijo Fallon Broot, apareciendo a su lado. El rostro del hombre era una nube de tormenta—. Si cierran las puertas, seremos inútiles. Corramos ahora, y así estaremos seguros en el infierno.

Geder tragó. Le temblaban las rodillas. Se oyó a sí mismo llamar al ataque como si fuera otro el que gritaba, y luego, con la espada en la mano, Broot y una docena de

los veteranos de Vanai corrían por el campo de hierba hacia la puerta oriental. La capa de cuero negro de Geder se agitaba a su alrededor como las alas de un murciélago. La espada le pesaba, y se notaba torpe, y cuando llegó a las puertas jadeaba dolorosamente. Bajo el gran arco oriental de la ciudad, las puertas comenzaron a cerrarse.

—¡Conmigo! —gritó Geder, y se impulsó hacia delante—. ¡Vanai, conmigo!

Sus hombres y él irrumpieron a través del estrecho espacio entre las puertas, como un puñado de guisantes secos arrojados contra una ventana, primero el más rápido, después uno o dos juntos, y al final todos ellos en grupo. La plaza por la que Geder había paseado no hacía ni dos horas había cambiado tanto que apenas la reconoció. Donde antes había carros y carruajes, ahora yacían cuerpos en la calle. Desde detrás de la mesa que antes ofrecía a los paseantes lavanda confitada y piedras de miel, y que ahora habían volcado para que les hiciera de parapeto, una línea de arqueros jasuru se alzó de pie, sus doradas escamas relucientes, y lanzaron sus flechas. El hombre que estaba a la izquierda de Geder cayó al suelo gritando.

—¡Al ataque! —gritó Geder—. ¡Detenedlos! ¡Atacad!

Los hombres de Geder cargaron, con las cabezas hacia abajo y profiriendo gritos de guerra. Los arqueros se cayeron hacia atrás, y desde la derecha, un grupo de yemmu con corazas de acero atadas con bandas de cuero y blandiendo grandes espadas en cada mano avanzó pesadamente hacia ellos. Con los colmillos de la mandíbula pintada del color de la sangre, parecían salidos de una pesadilla. Uno levantó la enorme cabeza y aulló algo que debía de tener algún significado. Geder hizo retroceder a los arqueros, y mandó a los espadachines, y luego estos retrocedieron y los arqueros los relevaron de nuevo.

Una espada de un metro de largo zumbó hacia él, y él la evitó dando un paso atrás. El yemmu era casi una vez y media la altura de un hombre primera sangre, con la espalda tan ancha como un carro. Geder levantó su propia espada con las dos manos y sonrió al yemmu. Con un gruñido, este lanzó una estocada, lo que obligó a Geder a retroceder. A la izquierda, una espada enorme abrió una brecha en la coraza de uno de los hombres de Vanai, y roció de sangre caliente el pecho y la cara de Geder. Alguien gritó en algún lugar situado detrás de él.

El oponente de Geder levantó su espada, dispuesto a bajarla como un hacha. Geder alzó su propia espada, consciente de que ni siquiera podría desviar el golpe. Alguien corrió hacia él, embistió al soldado yemmu y le hizo tropezar.

—¡Ahora, Geder! —gritó Jorey—. ¡Ataca!

Geder se lanzó adelante, balanceando su espada. El corte no fue profundo, pero consiguió atravesar la armadura de cuero. El yemmu gritó, y Jorey saltó hacia atrás. Geder giró de nuevo. Trataba de alcanzar la zona del vientre del yemmu donde la armadura era más fina, pero el golpe fue bajo, y alcanzó el muslo de su oponente. El



yemmu empujó a Geder con su mano enorme y gris, pero la hoja de Jorey Kalliam voló, dibujando una línea de sangre en su muñeca. El yemmu aulló, dejó caer su espada y se agarró la herida para detener la hemorragia. Geder embistió a la carrera, golpeando con la espada dos, tres y cuatro veces en la rodilla del combatiente yemmu, como si tratara de cortar un árbol joven.

El yemmu trastabilló y cayó, levantando sus brazos en señal de rendición. Geder se dio la vuelta.

Las puertas se habían detenido, ni completamente abiertas ni cerradas, y varios de los soldados de Vanai entraron a través de la brecha. Los arqueros jasuru no estaban por ningún lado, y cuatro yemmu habían caído, con media docena más enzarzada en una batalla contra una creciente ola de espadas de Antea. Jorey Kalliam se inclinó. Respiraba con dificultad. La sangre brotaba de su boca y le teñía los dientes, pero sonreía.

—No sabían dónde se metían cuando se han cruzado con nosotros —dijo Jorey con la boca llena de una espuma formada por su propia sangre y su saliva. Geder sonrió.

—Bueno —dijo Lerer Palliako, apoyado en el parapeto de su balcón—. Bueno, bueno, bueno.

—En realidad tomaron la puerta sur —explicó Geder—. La cerraron y atascaron el mecanismo. Todavía no se puede abrir.

Geder se encogió de hombros. El crepúsculo se desvanecía y las estrellas apuntaban en el cielo. El Trono había ordenado cancelar fiestas y bailes. Las espadas y la sangre de las calles de Camnipol hicieron que la guardia del rey patrullara por la ciudad. El propio rey Simeon había reunido a un selecto grupo de nobles en la Torre del Rey, y había establecido el toque de queda desde el crepúsculo al amanecer, cosa que significaba que se mataría a cualquiera a quien encontraran deambulando por las calles oscuras, sin mediar preguntas ni advertencias. Las casas estaban cerradas, y una guardia contra incendios se había situado en las murallas de la ciudad. En el estadio recién reconstruido para los juegos conmemorativos del príncipe Aster colgaban ahora una docena de gladiadores de horcas improvisadas. A más de veinte los habían colgado de los puentes, y había cuerpos sin enterrar en el fondo de la División. Parecía que el miedo, la lucha, había cambiado el propio aire de la ciudad. Todo parecía frágil, a punto de una gran catástrofe. Geder sabía que también debería tener miedo, pero estaba eufórico. Una revuelta armada en la capital, y él la había neutralizado. Si lo habían homenajeado por haberle prendido fuego a Vanai, no podía ni imaginarse la gloria que llovería sobre él ahora. La idea lo embriagaba.

—También he oído que lord Ternigan ha ordenado la disolución —comentó su padre.

—Los hombres estaban desesperados por defender sus casas y sus familias. Si

lord Ternigan no lo hacía, probablemente lo habría hecho yo.

Su padre sacudió la cabeza y suspiró. Desde la ventana se veía la Torre del Rey en el límite de la ciudad, que se elevaba por encima de Camnipol, y por lo tanto del mundo. Las luces brillaban en sus ventanas como las estrellas, o como las hogueras de un ejército. Lerer Palliako hizo crujir los nudillos.

—Malos tiempos. Muy malos tiempos.

—No pasará nada —lo tranquilizó Geder—. Esto se acaba. Ya no hay gladiadores, y si quedara alguno, lo perseguirán. La ciudad está a salvo.

—Alguien los ha sobornado —dijo su padre—. El que organizó el ataque. Y los nombres que pueden formar esa lista son demasiado poderosos como para morir en la horca. Nunca perdí el tiempo en la Corte cuando era joven. Nunca cultivé relaciones ni alianzas. Ahora me pregunto si debería haberlo hecho. Pero es demasiado tarde, supongo.

—Padre —dijo Geder, pero Lerer tosió y levantó una mano.

—Han llamado a disolver la tropa, hijo. Puedes ir adondequiera que desees. Hacer cualquier cosa. Podría ser conveniente que te marcharas de Camnipol durante un tiempo. Hasta que todo esto se haya resuelto.

La inquietud superó a la euforia de Geder por primera vez desde que cesaron los combates. Miró a su alrededor los edificios y las empapadas calles nocturnas. Seguramente su padre estaba dando palos de ciego. No había nada que temer. Habían ganado. El golpe de estado había sido derrotado.

Ese golpe de estado. Y solo ese.

—Supongo que no habrá nada malo en que me vaya a casa ahora —dijo Geder—. Estoy trabajando en un ensayo que creo que te resultaría interesante. Estoy rastreando las referencias geográficas en el tiempo y comparándolas con los mapas contemporáneos.

—No vayas a Rivenhalm —le aconsejó Lerer.

Las palabras de Geder se fueron apagando.

—Deberías dejar Antea —prosiguió su padre—. Formas parte de una política que no acabamos de entender. Primero Vanai, ¿y ahora esto? Debes irte a un lugar donde no puedan encontrarte, al menos durante una estación. Llévate unos pocos sirvientes. Te daré dinero. Puedes encontrar un lugar tranquilo y alejado de las rutas. En otoño, tal vez, sabremos mejor cómo están las cosas.

—Está bien —asintió Geder. Se sentía muy pequeño.

—Y escucha, hijo. No le digas a nadie adónde vas.

## DAWSON

Simeon paseaba delante de todos. El rostro del rey era una mezcla de la indecisión y la determinación que Dawson había visto en los perros de caza que no están seguros de cómo bajar una pendiente, conscientes de que una vez que han empezado no hay marcha atrás. Fuera cual fuese la decisión que había tomado su viejo amigo durante la larga noche, no había contado con él. Por otro lado, estaba seguro de que tampoco había pensado en Curtin Issandrian.

La sala de audiencias en la que estaban sentados no era la habitual. No había tapices en ella, ni suaves y mullidos cojines de terciopelo, y las paredes eran de ladrillo desnudo. No había mantas ni almohadillas para que los súbditos de Simeon apoyaran las rodillas. La guardia del rey estaba dispuesta a lo largo de las paredes con espadas y armaduras imposibles de confundir con trajes de gala. El príncipe Aster estaba sentado en un trono de plata detrás de su padre. Saltaba a la vista que el chico había estado llorando.

Curtin Issandrian se arrodilló en el pasillo junto a Dawson. Tenía el rostro pálido y demacrado. Alan Klin estaba a su lado. Canl Daskellin y Feldin Maas se las habían arreglado para evitar que los convocaran. A Odderd Faskellin lo había matado una flecha en la garganta, y su asesino ya había sido ahorcado. Geder Palliako, convertido en el héroe del momento después de haber liberado la puerta sur, ya había abandonado la ciudad. Dawson estaba solo.

Detrás y por encima de los tres, las galerías estaban llenas. Todos los miembros de la nobleza estaban sentados en taburetes bajos e incómodos detrás de la larga cuerda que pretendía separarlos de la audiencia formal. Las mujeres estaban de pie en la galería superior, y en algún lugar en medio del gentío también debía de estar Clara. La galería más grande solía estar reservada a los súbditos de buena cuna predilectos del rey, y para los embajadores de las Cortes extranjeras. Ahora estaba vacía.

El rey dejó de pasearse y Dawson no levantó la cabeza.

—Esto termina hoy mismo —dijo Simeon, y su voz resonó hasta en el último rincón de la sala—. Se termina ahora.

—Sí, su majestad —acató Dawson, con voz cuidadosamente humilde. Un momento después, Issandrian y Klin le hicieron eco.

—Antea no seguirá la senda del dragón mientras yo esté sentado en el Trono Escindido —continuó Simeon, y añadió—: Estas pequeñas intrigas y juegos políticos no traerán confusión y conflictos con el imperio que hay en el corazón del mundo. Lo juro por mi vida y, como señor vuestro que soy, espero y exijo lo mismo de cada uno de vosotros.

Y ahora, cuando Dawson dijo: «Sí, su majestad», la camarilla de Issandrian habló con él.

—Se ha derramado sangre noble en las calles de Camnipol. Las espadas extranjeras han recorrido nuestras calles —continuó el rey—. Ya no importa que los motivos subyacentes fueran puros. Hay que ajustar cuentas.

Por el rabillo del ojo, Dawson vio que Alan Klin palidecía aun más.

—¿Tenéis que hacer alguna declaración antes de emitir el juicio? —preguntó el rey—. ¿Lord Kalliam?

—No, su majestad —respondió Dawson—. Permanezco leal a vos y al Trono Escindido.

—¿Lord Issandrian?

—Su majestad —comenzó Curtin Issandrian con voz temblorosa—. Solo deseo llamar vuestra atención con respecto a dos cosas. En primer lugar, ruego que considere que los sucesos violentos de ayer no nacieron ni de la intención ni de los planes de los aquí presentes. Pero si su majestad está convencido de que hay que imponer una pena, le pido que perdone a mi compatriota. Yo y solo yo era el responsable de los juegos del príncipe Aster. Ningún hombre inocente debería sufrir por el mero hecho de conocerme.

A Dawson le pareció un discurso bonito pero poco aconsejable.

—Mi lord Issandrian, olvidas que este no es el primer acto de violencia que han generado tus desacuerdos con la Casa Kalliam. Si te ofreces para servir de ejemplo, pensaré en ello, pero no creo que nadie encuentre seguridad detrás de tus faldas.

—Majestad —dijo Issandrian.

En el silencio que siguió, Dawson cerró los ojos. Le dolían los huesos y la piel de las rodillas allí donde apoyaba su peso en el suelo de piedra, pero no iba a moverse. La molestia estaba por debajo de la dignidad que requería la ocasión.

—Dawson Kalliam, barón de Osterling Fells —lo llamó el rey Simeon—, doblo las obligaciones contraídas por tus empresas durante los próximos cinco años. Te ausentarás de la Corte y de Camnipol durante un período no menor a medio año, y no se te permitirá disponer de soldados ni contratar mercenarios sin el permiso expreso del Trono.

Dawson no dijo nada, pero se inclinó aún más. El corazón le latía más rápido, y se cuidó de no mostrar ansiedad.

—Curtin Issandrian, barón de Corsa —continuó el rey—, reclamo todas las tierras que previamente se te concedieron al sur del río Andriann, y te destituyo de tus cargos como custodio de Estinport y protector del Este. Doblo las obligaciones contraídas por tus empresas durante los próximos cinco años, te ausentarás de la Corte y de Camnipol durante un período no menor a medio año, y no se te permitirá disponer de soldados ni contratar mercenarios sin el permiso expreso del Trono.

Dawson cerró los ojos. Tuvo que obligarse a no sacudir la cabeza. La decepción se hundió en su vientre como si se hubiera tragado una piedra. El juicio contra Klin

sería muy parecido. Y, en efecto, el rey Simeon también lo envió al exilio, le aumentó los impuestos y lo despojó de los títulos de menor importancia. Feldin Maas, allí donde se hubiera escondido, se libró incluso de eso.

Cuando les ordenó que se pusieran de pie, Dawson miró a su viejo amigo. El rostro de su rey estaba enrojecido, su respiración era rápida, y tenía el ceño fruncido en un gesto de furia. Detrás de él, el príncipe Aster levantaba la barbilla desafiante. Por un momento, Simeon miró a los ojos de Dawson. Si había un destello de aparente indignación en la mirada del rey, solo Dawson podría reconocerlo. La guardia del rey se hizo a un lado; Simeon salió, seguido por Aster, y las galerías estallaron en un clamor ensordecedor de voces. Dawson miró al otro lado del pasillo, donde Issandrian y Klin murmuraban. Klin parecía atónito, e Issandrian, triste, y Dawson se preguntó si los tres compartían motivos.

—¿Lord Kalliam, señor?

El capitán de la guardia del rey era un hombre alto, ancho de espaldas, con un rostro de niño y ojos tristes y llorosos. Dawson asintió.

—Tengo que pedirle que salga de la ciudad antes de la puesta del sol, mi señor.

—¿Mi familia está obligada a marcharse?

—No, mi señor. Pueden quedarse si lo desean.

Dawson se rascó la rodilla dolorida. El capitán se quedó un momento en silencio, y luego se dirigió hacia la camarilla de Issandrian para hacerles, supuso Dawson, la misma advertencia. Dawson se dio la vuelta y se marchó.

La sala exterior era de mármol negro y de plata repujada. El sol del mediodía entraba por los altos ventanales. Clara ya estaba allí, esperándolo, con Vincen Coe tras ella como su sombra. Jorey apareció al final del pasillo, y caminó hacia ellos con rapidez. Sus botas resonaban en el suelo de piedra.

—Creo que ha ido bastante bien —dijo Clara.

Dawson sacudió la cabeza.

—Ha sido una farsa, querida. Ha sido el fin del imperio.

El carruaje los esperaba en la calle. El tiro de caballos bufaba impaciente, como si los animales notaran los cambios que se habían producido en la ciudad. Otro centenar llenaba las calles estrechas, esperando a que la nobleza de Antea fuera saliendo de la Torre del Rey. Todos ellos se abrieron camino hacia la Casa Kalliam. El rápido retorno al hogar era la última señal de respeto tradicional que se les daba a los exiliados.

Las piedras ásperas sacudían las ruedas del carruaje. Nadie hizo ademán de hablar. Dawson miraba por la ventanilla como la Torre del Rey desaparecía tras una esquina. Cruzaron la plaza y las calles de la ciudad. Las palomas se levantaban en grandes bandadas, volaban en círculo, y regresaban al suelo. Cruzaron la División por el puente de Plata. El humo se elevaba de las forjas y los hornos.

El día antes, la sangre de los nobles se había derramado en aquellas calles. Aquel día, la ciudad parecía igual que siempre a simple vista. Solo unos pocos como él, que la conocían mejor, veían las diferencias.

Una vez en su mansión privada, los criados siguieron el protocolo, como siempre. Dawson los despidió con un gesto. El viejo criado tralgu que custodiaba la puerta lo recibió con solemnidad. Dentro, los sirvientes estaban preparando la casa. Descolgaban los tapices de las paredes, y cubrían los muebles con telas para protegerlos del polvo. Su ayudante de cacerías ya tenía a los perros metidos en las jaulas de viaje. Los animales gemían de confusión y angustia. Dawson se arrodilló junto a ellos, presionando su mano contra los barrotes para que los perros lo olieran y le lamieran los dedos.

—Puedo quedarme —se ofreció Jorey.

—Hazlo —le ordenó Dawson—. No tengo tiempo de arreglarlo todo antes de irme.

—Algunos de los siervos tienen que quedarse, querido —dijo Clara—. Los jardines no sobrevivirán sin los jardineros que cuidan de ellos. Y todavía hay que reparar la fuente del patio.

En la jaula, uno de los perros miró a Dawson. Sus enormes ojos castaños mostraban tristeza y miedo. Introdujo la mano entre los barrotes y le acarició el hocico. Una mandíbula lo suficientemente fuerte como para romper de un mordisco la columna vertebral de un zorro se apoyó en ella con suavidad.

—Haz lo que sea mejor, Clara. Confío en ti.

—¿Lord Kalliam?

Vincen Coe hizo un saludo de cazador. Dawson se obligó a asentir.

—Lord Daskellin ha venido, mi señor —dijo Coe—. Está en el salón occidental.

Dawson se irguió sobre sus pies. El perro gimió mientras se alejaba de él. No podía hacer nada más. No tenía más consuelo que ofrecerle. En el salón, Canl Daskellin esperaba junto a la ventana, con las manos cruzadas a la espalda como un general que supervisara el campo de batalla. El humo de su pipa era tan dulce que empalagaba.

—Canl —dijo Dawson—. Si quieres algo de mí, mejor que te des prisa. No tengo tiempo para una partida de cartas.

—He venido a ofrecerte mis condolencias y mis felicitaciones.

—¿Felicitaciones? ¿Por qué?

—Hemos ganado —se jactó Daskellin, apartándose de la ventana y dando unas cuantas zancadas hacia el centro de la sala—. Has jugado tu mano con brillantez. Has hecho que Issandrian mordiera el anzuelo, y luego has derrotado la conspiración. Ahora ha caído en desgracia. Su círculo íntimo ha sido exiliado. Despojado de sus tierras y títulos. Eso no dice quién tendrá al príncipe Aster como pupilo, pero está

claro que no va a ser ninguno de ellos. Ya no habrá un consejo de granjeros mientras vivamos. Siento mucho que hayas tenido que pagar este precio, pero te juro que tu nombre será alabado como el de un héroe durante tu ausencia.

—¿De qué sirve ganar batallas cuando la guerra está perdida? —se lamentó Dawson—. ¿De verdad has venido aquí a celebrarlo, Daskellin? ¿O tan solo te estás regodeando?

—¿Regodeando?

—Odderd Faskellin era un conejo cobarde, pero tenía sangre noble. Murió ayer. En Camnipol, y por manos extranjeras. Hacía siglos que no sucedía nada similar. ¿Y cómo responde Simeon? Aumentando los impuestos. Exiliando. Arrebatando tierras de poca importancia y títulos menores.

Daskellin se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados. El humo gris de su pipa se emergió de sus labios y de su nariz.

—¿Qué habrías hecho tú en el lugar de Simeon?

—Masacrarlos a todos. Atarlos, sacar la espada y cortarles las cabezas con mis propias manos —dijo Dawson.

—Parece que ya te hayas olvidado de Palliako —dijo Canl secamente. Dawson no le prestó atención.

—¿Una compañía armada en las calles? Eso es delito de traición contra el Trono, y responder a ella con menos que la muerte no hace sino darle alas a la rebelión. Su rostro era una máscara de furia, y lo único que ha hecho es señalar lo asustado que está. Tendrías que haberlo visto. Simeon pavoneándose furioso y exigiendo un final. Era como ver a un joven pastor tratando de callar a los lobos.

—¿Asustado? ¿De quién?

—Del poder que respalda a Issandrian. Tiene miedo de Asterilhold —dijo Dawson, y luego señaló con un dedo acusador al propio Daskellin—. Y tiene miedo del poder de la Costa Norte.

Una sonrisa falsa convirtió los labios de Daskellin en una mueca mientras se quitaba la pipa de la boca.

—Yo no tengo nada que ver con la Costa Norte, viejo amigo. Y si la reflexión sobre las reacciones de los demás tribunales y reinos ha llevado al rey Simeon a mostrar mayor misericordia, creo que es un acto sabio por su parte.

—Lo que ha hecho es dar permiso para que cada terrateniente del reino disemine su lealtad tanto como le sea posible —dijo Dawson—. Mientras responder ante una duquesa de Asterilhold o un banco de la Costa Norte nos dé más seguridad que quedarnos en Antea, Simeon no tendrá una Corte fiel. Está tan desesperado por quedarse con el reino de la senda del dragón que se está hundiendo en él.

Daskellin se arrodilló junto a la chimenea y golpeó el cuenco de la pipa contra el ladrillo manchado de hollín. Una lluvia de cenizas cayó de ella.

—No estamos de acuerdo, pero no puede haber espacio para pequeñas diferencias entre aliados. Tienes razón en una cosa: incluso con la camarilla de Issandrian cojeando, el peligro para el reino no ha pasado del todo. Tanto si me crees como si no, y espero que esto te reconforte, he pensado que seguiré trabajando durante tu exilio.

—¿Para vendernos al Banco Medeano?

—Para que el rey Simeon vea que cuenta con el apoyo y la lealtad que necesita.

—Hablas como un diplomático —le reprochó Dawson.

Daskellin se indignó, y luego, mientras Dawson lo observaba, reprimió su temperamento. Se metió la pipa en el cinturón y se levantó. El olor a humo todavía flotaba en el ambiente.

—Hoy es un día negro para ti —le dijo Canl—, así que pensaré que eso es lo que se esconde detrás de tus palabras, y haré caso omiso de lo que significan. Aunque no lo creas, no he venido a regodearme.

Durante un momento, ambos permanecieron en un silencio tenso. En los labios de Daskellin se dibujó media sonrisa triste. Luego salió, y mientras lo hacía puso una mano sobre el hombro de Dawson. Este escuchó las pisadas alejarse, ahogándose en el ruido de las tareas de desmantelamiento de su casa. Se quedó allí un rato más, con la mirada perdida a través de la ventana, sin ver los árboles del comienzo del verano que florecían más allá, sin escuchar los pájaros ni a los sirvientes, ni los gemidos de los perros.

Se dio la vuelta.

Dawson salió en un carruaje descubierto. Se sentaba en el asiento delantero, mirando hacia la ciudad. Clara estaba a su lado, y Vincen Coe en el banco de al lado del conductor. Los carros con sus pertenencias llegarían poco a poco, pero llegarían. El trayecto a Osterling Fells los llevaría por la senda del dragón durante medio día. El jade de dragón bajo las ruedas era más suave que las calles de Camnipol.

—No hay ninguna posibilidad de llegar a ellos, ¿verdad? —preguntó Clara.

—¿A quiénes?

—A alguno de ellos —insistió Clara—. A lord Issandrian o lord Klin. O lord Maas. Sería demasiado incómodo, creo. Me refiero a que... ¿qué decir? No puedo invitarlos a comer, pero sería descortés no hacerlo. ¿Crees que deberíamos decirle al conductor que se mantenga a distancia si ve otro carro? Si podemos fingir que no nos hemos dado cuenta de quienes son, todos podemos mantener las formas. A menos que sea Maas. Phelia debe de estar destrozada por todo esto.

A pesar de todo, Dawson sonrió. Tomó la mano de su esposa entre las suyas. Sus dedos eran más gruesos que el día en que se conocieron. Los de Dawson, más ásperos. El tiempo los había cambiado de alguna manera, y de alguna manera los había dejado intactos. Desde el primer día de su matrimonio, e incluso antes, él había



sabido que ella veía un mundo diferente del que veía él. Era parte de lo que amaba en ella.

—Estoy seguro de que no tendremos que hacerlo. Klin e Issandrian no seguirán este camino, y no hay razón alguna para que Maas deje la Corte. No ahora.

Clara suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de él.

—Pobrecito mío.

Él estiró el cuello un poco, le besó el pelo justo por encima de la oreja y luego le pasó el brazo por los hombros.

—No va a ser tan malo —dijo, tratando de sonar como si se lo creyera de verdad—. Me he perdido el invierno en Osterling Fells. Esto puede compensarlo. Pasaremos el verano en casa, volveremos corriendo a Camnipol para el cierre de la Corte, y luego volveremos para pasar el invierno.

—¿Podemos? —preguntó Clara—. Podríamos estar todo el invierno si lo prefieres. No tenemos por qué hacer dos viajes.

—No, lo prefiero así. No es solo para ver el desfile de otoño. Quiero ver cómo han discurrido las cosas en la Corte antes del invierno. Solo parece que estoy complaciéndote. Soy un patán egoísta.

Clara se echó a reír. Unos kilómetros más tarde, ella comenzó a roncar con suavidad. Cuando Coe se dio cuenta, le tendió a Dawson una manta de lana en silencio, y este cubrió a Clara sin despertarla. El sol rojo se hundió detrás de ellos. Las sombras se derramaron en el paisaje y los pájaros graznaron anunciando el ocaso.

Dawson se iba del campo de batalla, pero la lucha continuaría sin él. Issandrian, Maas y Klin. No estaban muertos, ni habían actuado solos. Maas y sus aliados de la Corte harían todo lo posible por recuperar la respetabilidad y sus buenos nombres. Daskellin, sin duda, tomaría el timón del propio grupo de Dawson, o al menos la parte que pudiera soportar el banquero anodino de la Costa Norte. Simeon bailaba entre espadas y se decía a sí mismo que había un punto medio donde podía mantenerlo todo en equilibrio, que podía mantener la paz si no renunciaba a su postura.

Un rey débil podría sobrevivir si tenía una Corte leal, pero tras la expulsión de Dawson, Simeon había desterrado al único hombre que lo había defendido de verdad. Ahora no podía suceder nada bueno. La Corte sería conducida por la danza de un idiota, compuesta por hombres con sus propios planes secretos. Idiotas miopes y egoístas.

Ahora haría falta un milagro para redimir al rey Simeon. La mayor esperanza del reino era que el príncipe Aster fuera enviado como pupilo a una familia que pudiera mostrarle que la monarquía era mejor que el propio rey. Dawson se permitió por un momento la fantasía de que tomaba al príncipe bajo su propia custodia y le enseñaba lo que Simeon no había podido. En su sueño, Clara murmuró y tiró de la manta con

fuerza.

El sol se hundía en el horizonte. Las paredes y las torres de Camnipol se oscurecían por el poder de su fuego. Por un momento, Dawson imaginó que la luz provenía de una gran conflagración. No de la puesta de sol, sino de la quema de Camnipol. Tenía el peso de la profecía.

Idiotas miopes y egoístas. Una ciudad en llamas.

Dawson se preguntó, casi con pereza, dónde estaría Geder Palliako.

## CITHRIN

Las cafeterías siempre habían tenido un sitio en el negocio de los negocios. En los fríos puertos de Stollbourne y Rukkyupal, los comerciantes y los capitanes, inclinados sobre mesas de mosaico, se calentaban las manos enguantadas con tazas humeantes, mientras observaban el sol invernal ponerse a mediodía. Junto a las aguas del Miwaji, iluminadas por la luna, los rebaños nómadas de los southling bebían tazas de una cosa poco menos espesa que el limo y recitaban poesía mientras discutían sobre las fortunas en plata y especias. En todo el mundo legado por los dragones, el comercio y el café iban de la mano.

O, al menos, eso era lo que el magíster Imaniel le había contado. Cithrin nunca había estado fuera de Vanai, y ahí el banco tenía su propio edificio. Con todo, cuando llegó el momento, Cithrin escogió un pequeño café con una habitación trasera privada y bastas mesas de madera en la calle. Estaba frente al Gran Mercado, cruzando la plaza, por lo que estaría cerca del caótico comercio de la ciudad sin tener que hacer sus negocios en uno de los cambiantes puestos públicos. El dueño del café, el maestro Asanpur, era un anciano cinnae con un ojo lechoso y una mano para el café recién hecho que lindaba con lo mágico. Le había encantado aceptar una pequeña parte de la renta que le daba a Cithrin derecho a la intimidad en su habitación trasera. Si el día estaba nublado, ella podía sentarse en la estancia común, beberse el café y escuchar los cotilleos. Si salía el sol, Cithrin podía sentarse en una de las mesas blancas de la calle y observar a la gente que cruzaba el Gran Mercado.

Lo ideal sería que al café del maestro Asanpur lo conocieran por ser el centro de la banca y los negocios de la ciudad. Cuanto más reconocimiento obtuviera, más gente acudiría a él y, con ellos, más cotilleo y especulación. Cithrin sabía que su propia presencia era un buen comienzo, pero era probable que no dispusiera de tiempo suficiente para dejar que las cosas siguieran su curso. Antes o después, el legítimo Banco Medeano acudiría para investigar su nueva sucursal, y Cithrin quería que cuando llegara ese momento el negocio fuera extremadamente próspero.

Y eso, a corto plazo, suponía un poquito de inofensiva deshonestidad.

Cithrin vio la reacción a la llegada de Cary antes de ver a la mujer. Las miradas la siguieron por toda la plaza como el viento que atraviesa una pradera, luego se alejaron y, después, de manera menos visible, volvieron a ella. Cithrin se bebió el café y fingió no percatarse de que la misteriosa mujer cruzaba la plaza hacia los grandes tenderetes desde donde los hombres de la reina administraban el Gran Mercado. Cary había elegido el acercamiento más largo posible y le había dado tiempo a Cithrin para admirar su disfraz. El corte era elasseano, pero la faja de seda y el velo decorado con cuentas tenían aires de Lyoineia. Las joyas que la adornaban provenían de las existencias de Cithrin, y podrían haberse vendido por una suma

suficiente como para comprar dos veces la cafetería. Visto como una unidad, el diseño representaba todo el comercio del mar Interior con una autenticidad que procedía de los viajes de maese Kit. No eran vestimentas habituales en Birancour, y la combinación de exotismo y riqueza llamaba la atención más que si se hubiera puesto a cantar. Hornet y Smit iban detrás de ella, ataviados con ropajes de cuero cocido y pavoneándose tal como habían aprendido durante el viaje en caravana, con un contoneo indistinguible del de un auténtico guerrero.

Cary llegó al tenderete y habló con uno de los hombres de la reina. Estaban demasiado lejos para que Cithrin los oyera, pero la postura del guardia era lo suficientemente obvia. El hombre señaló hacia el otro lado de la plaza, hacia Cithrin y la cafetería. Cary agradeció con una reverencia y se volvió para alejarse lentamente en la dirección indicada. Cuando llegó a una distancia que les permitía hablar, Cithrin se puso de pie.

—¿Suficiente? —preguntó Cary.

—Perfecto —respondió Cithrin—. Por aquí.

Cithrin condujo a los actores a través de la estancia común mientras los suelos de madera crujían bajo sus pisadas. El interior de la cafetería estaba compuesto por una serie de pequeñas habitaciones enmarcadas por arcadas bajas. Las ventanas tenían postigos de madera tallada que impregnaban la brisa con el aroma del cedro. Una joven kurtadam estaba sentada en el fondo de la sala. Tocaba un arpa con languidez, y las suaves notas murmuraban en el aire. En una de las habitaciones, un anciano primera sangre que hablaba animado con un southling de grandes ojos se detuvo para mirar fijo a Cary y sus guardias. Cithrin captó la mirada del maestro Asanpur y levantó dos dedos. El anciano asintió con la cabeza y comenzó a moler el grano para preparar dos tacitas. Cithrin quería que todo aquel que le estuviera prestando atención supiera que esa mujer de exóticas vestimentas era alguien a quien el Banco Medeano deseaba honrar. Pasaron a la intimidad de su habitación alquilada.

—¿Y eso es todo? —preguntó Smit, cuando la puerta se cerró detrás de ellos con un gruñido de su bisagra de cuero—. Creí que iba a haber más actuación.

Cithrin estaba sentada frente a una mesa pequeña. Había suficiente espacio para que se sentaran todos. En vez de eso, Hornet se dirigió al ventanuco y espió el callejón a través del cristal azul y dorado. Mientras Cary comenzaba a quitarse las joyas prestadas, Cithrin extrajo la caja fuerte de hierro de debajo de la silla, utilizando una pequeña alfombrilla roja como patín para evitar que rayara el suelo.

—Aquí no necesito gran cosa —dijo Cithrin—. Un libro de registros y un poco de dinero para gastos menores. No es que entregue grandes sumas de dinero todos los días.

—Sin embargo, ¿no era esa la finalidad? —preguntó Cary, mientras le pasaba un brazalete cubierto de esmeraldas y granates—. Sacarse todo esto de encima.

—Pero no entregándolas como si fueran golosinas —dijo Cithrin—. En una ciudad solo hay un número determinado de buenas inversiones. Exige cierto esfuerzo encontrar las que merecen la pena. Y en ese punto es donde yo hablo con la gente. Negocio acuerdos y firmo contratos. Todo se resuelve aquí, pero no quiero tener a todos los guardias por aquí, intimidando a la gente.

—¿Por qué no? —preguntó Hornet—. Yo lo haría.

—Es mejor que estén a gusto, supongo —dijo Cary, y en ese momento alguien llamó a la puerta con suavidad. Smit abrió y entró el maestro Asanpur con dos tacitas de color hueso en una bandeja. Cithrin abrió el seguro de la caja de hierro. Mientras el maestro Asanpur le ofrecía el café a Cary, Cithrin colocaba las joyas en el paño, lo plegaba y lo guardaba en la cama, junto a un libro de registros encuadernado en cuero rojo y la bolsa que contenía el dinero de caja. La cerradura era basta pero sólida, y tenía una llave tranquilizadamente pesada que colgaba de un cordón de cuero. Cithrin sacó la llave. Cary le dio un sorbo al café y emitió un breve sonido de placer.

—Otra de las ventajas del lugar —comentó Cithrin.

—No podemos quedarnos —se lamentó Hornet—. Maese Kit está empeñado en tener lista la *Tragedia de los cuatro vientos* antes de que lleguen las naves de Narinisle.

—¿Vas a intentar patrocinar alguna? —preguntó Cary.

—¿Alguna nave o alguna tragedia? —replicó Cithrin con sequedad.

—Cualquiera.

—Ninguna de ellas.

A decir verdad, Cithrin había estado pensando mucho en los barcos mercantes procedentes de Narinisle.

La gran riqueza del mundo estaba en las pautas del comercio. El Keshet y Pût podían tener suficientes olivos y vino como para abastecer a todas las ciudades del mundo, pero carecían de minas de oro, y el hierro se encontraba en tierras salvajes y carentes de caminos, por lo cual era difícil de extraer. En Lyoneia había fabulosos bosques y especias, pero no conseguían cultivar suficiente grano como para alimentar a todo su pueblo. Far Syramys, con sus sedas y tinturas, su magia y su tabaco podía prometer las mercancías más raras del mundo, pero el comercio marítimo que podía transportarlas era tan inseguro que se perdían más fortunas que las que se hacían yendo hasta allá. En todas partes había un desequilibrio, y el camino más seguro para el beneficio era colocarse entre algo valioso y alguien que lo deseara.

En tierra, esto significaba controlar las sendas del dragón. Ningún simple aglomerado de piedras y argamasa podía igualar la permanencia del jade de dragón. Todas las grandes ciudades estaban donde estaban a causa de la organización de esos caminos construidos cuando la humanidad era una única raza y los amos del mundo volaban gracias a sus grandes alas escamosas. Los propios dragones no se rebajaban

nunca, o casi nunca, a viajar por los caminos. Eran las sendas de los sirvientes del imperio caído y determinaban el flujo de dinero de todo el comercio terrestre.

El mar, que carecía de caminos, pudo reorganizarse.

Cada otoño, a los barcos que estaban en el sur los cargaban con trigo, aceite, vino, pimienta y azúcar y, después de un desembolso de oro aventurero o lo bastante desesperado, emprendían el viaje hacia el norte. La Costa Norte, Hallskar, Asterilhold y hasta la costa septentrional de Antea compraban las mercancías, a menudo por menos de lo que esos mismos objetos habrían costado de haber llegado por tierra. Los barcos mercantes podían recoger parte del cargamento en esos puertos —bacalao salado de Hallskar, o hierro y acero de Asterilhold y la Costa Norte—, pero la mayoría cogía su dinero y se apresuraba hacia los puertos abiertos de Narinisle para esperar el comercio marítimo procedente de Far Syramys. Esa era una jugada maestra.

Los accidentes de los vientos y las corrientes convertían la isla nación de Narinisle en el puerto más cómodo para los barcos procedentes de Far Syramys. Además, si una nave conseguía intercambiar su mercancía y su dinero por un cargamento recién llegado de esas tierras distantes, un inversor era capaz de triplicar su dinero. Si no, se arriesgaba a ver su barco de regreso de Narinisle solo con lo que podía comprarse en los mercados locales, y a obtener unas ganancias mucho menores, siempre que los precios le fuesen favorables. O la nave podía caer en manos de piratas, o hundirse, y la totalidad del cargamento perderse por completo, o ser rescatada, por una suma exorbitante y con glacial lentitud, de manos de los drowned.

Y cuando los barcos regresaban a sus puertos meridionales y las fortunas de los mecenas se habían multiplicado o caído, el patrocinio de esos cargamentos de oro y especias, que navegaban sin alianza y bajo ningún pabellón en concreto, se reorganizaba. Una casa que hubiera apostado por un único barco y tuviese suerte podría ganar lo suficiente como para contratar media docena al año siguiente.

Alguien cuyo barco se hubiera perdido se apresuraría a encontrar maneras de sobrevivir en las nuevas y mermadas circunstancias. Si habían sido prudentes y habían asegurado su inversión, podían ganar lo suficiente como para intentarlo una vez más acudiendo a alguien como Cithrin.

Los barcos ya habían salido de Narinisle. Pronto regresarían los siete que habían zarpado el año anterior de Porte Oliva y, no mucho después, alguien acudiría a Cithrin y le pediría que el banco lo asegurara para patrocinar una nave para el año siguiente. Sin saber cuáles eran los mejores capitanes ni cuáles eran las familias en mejores condiciones para comprar un buen cargamento de exportación, le quedaría poco más que confiar en el instinto. Estaba segura de que si hacía tratos con todos los que acudían a ella, asumiría demasiados riesgos de los malos. Si no hacía tratos con ninguno, su banco no tendría ninguna posibilidad de prosperar y, en consecuencia,

nada que mostrarle a la compañía controladora cuando llegara el momento. Esa era la clase de riesgos con los que estaba cimentada su nueva vida.

Apostar a los perros parecía menos incierto.

—Unas pocas pólizas de seguro, tal vez —dijo Cithrin, tanto para sí misma como para Cary y los demás—. Patrocinio parcial en unos años, si las cosas salen bien.

—Seguros. Patrocinios. ¿Cuál es la diferencia? —preguntó Smit.

Cithrin sacudió la cabeza. Era como si le hubieran preguntado por la diferencia entre una manzana y un pez. Ella no sabía siquiera por dónde empezar.

—Cithrin se olvida de que no todos hemos crecido en una contaduría —dijo Cary, y se bebió el último sorbo del café—. Pero debemos marcharnos.

—Avisadme cuando esté lista la nueva obra —rogó Cithrin—. Me gustaría ir a verla.

—¿Verla? —exclamó Smit—. Te dije que tendríamos un mecenas.

Se marcharon por el callejón. Ya eran una misteriosa mujer de negocios y sus guardias, sino actores del rompeolas. Cithrin los miró mientras se alejaban. Un mecenas. Cierto, ya no podría asistir y conducir a la multitud como solía hacer con Cary y Mikel. Ni tal vez pudiera ir a la taberna con Sandr. Cithrin bel Sarcour, directora del Banco Medeano de Porte Oliva, ¿beber con un actor común y corriente? Resultaría horroroso para la reputación del banco, y para la suya propia.

La soledad que acompañaba la idea tenía poco que ver con Sandr.

Cuando llegó el capitán Wester, una hora después, la joven estaba fuera, en la calle, sentada en la misma mesa donde Cary se había encontrado con ella. La saludó con una inclinación de la cabeza y se sentó frente a la muchacha. La luz del sol destacó el gris entre sus cabellos, pero también hizo relucir sus ojos. Él le tendió una hoja de pergamino. Ella examinó las letras y los números, y asintió para sí misma, como solía hacer. El recibo parecía en orden.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Ningún problema —dijo él—. El tabaco lo tiene el vendedor en su puesto. Discutió por unas cuantas hojas, pero le dije que o bien se lo quedaba todo o bien me lo llevaba todo.

—No debería haberlo hecho —se lamentó Cithrin—. Debería haber negociado conmigo.

—Puede que yo haya mencionado algo de eso. Aceptó la entrega. La pimienta y el cardamomo saldrán mañana. Yardem y dos de los nuevos llevarán la mercancía.

—Por algo se empieza —filosofó Cithrin.

—¿Hay alguna noticia de Carse? —preguntó Marcus. La pregunta sonó casi casual.

—He enviado un despacho —aclaró Cithrin—. He utilizado el antiguo código del magíster Imaniel y un mensajero lento, pero supongo que ya lo han recibido.

—¿Y qué les decías?

—Que la sucursal había presentado sus actas fundacionales y que daba comienzo a sus negocios, tal como habíamos planeado el magíster Imaniel y yo —le explicó Cithrin.

—Entonces no les estás diciendo la verdad.

—Las cartas se pierden. Los mensajeros cobran un dinero extra por descoserlas y copiarlas. No tengo previsto que nadie intercepte la mía, pero si alguien lo hace, parecerá justo lo que se supone que es.

Marcus asintió lentamente, entrecerrando los ojos y mirando hacia el sol.

—¿Hay alguna razón especial por la que hayas escogido un mensajero lento?

—Quiero tener tiempo suficiente para poner las cosas en orden antes de que lleguen.

—Ya veo. Hay algo que deberíamos...

Una sombra más densa que la de una nube cayó sobre la mesa. Perdida en la conversación, Cithrin no lo había visto acercarse, y ahora parecía que el hombre hubiera brotado del empedrado. Era más alto que el capitán Wester, pero no tanto como Yardem Hane, y ves tía una túnica de lana y mallas, una capa azul de varias láminas de espesor para defenderse del frío y una cadena de bronce de funcionario. A juzgar por la mayor parte de sus rasgos, era un primera sangre, pero era lo bastante delgado y rubio como para haber tenido un abuelo cinnae.

—Perdóname —dijo, con una voz escrupulosamente cortés—. ¿Estoy hablando con Cithrin bel Sarcour?

—En efecto —asintió Cithrin.

—Me envía el gobernador Siden.

A Cithrin el miedo le quitó el aire de los pulmones como un puñetazo. Habían descubierto el fraude. Enviaban a la guardia. Se aclaró la garganta y sonrió.

—¿Hay algún problema?

—En absoluto —dijo el mensajero, y extrajo una pequeña carta cuyo papel estaba elegantemente plegado, y cosido y sellado en sus bordes—. Pero sí me indicó que esperara en caso de que desearas enviar una respuesta.

Cithrin sostenía el papel sin saber muy bien adónde mirar, si al papel, al hombre o al capitán. Después de lo que pareció una eternidad, sacudió la cabeza.

—Si le dices al maestro Asanpur que has venido a hacer negocios conmigo, se encargará de que estés a gusto.

—Eres muy amable, magistra.

Cithrin esperó que el hombre desapareciera dentro de la cafetería antes de tirar del cordel. El hilo cortó el papel con un cascabeleo. El documento estaba bellamente escrito; era el trabajo de un profesional.

«A la magistra Cithrin bel Sarcour, portavoz y agente del Banco Medeano de



Porte Oliva. Yo, Iderrigo Bellind Siden, gobernador principal de Porte Oliva por designación especial de su majestad real», etcétera, etcétera, etcétera. Deslizó los dedos hacia la parte inferior de la página. «Solicito tu atención en privado como portavoz del comercio y ciudadana de Porte Oliva en relación con ciertos asuntos fundamentales para la salud y el vigor de la ciudad», etcétera, etcétera, etcétera. Y entonces, cerca del final de la primera página, se detuvo.

«El requerimiento y la organización de la seguridad cívica conjunta según interesa a la realización del comercio marítimo en condiciones de seguridad durante el año próximo...».

—Dios mío —exclamó ella.

—¿Qué pasa? —se sobresaltó el capitán Wester, con voz grave y firme. Sonaba como si estuviera preparado para oír que debían matar al mensajero y huir de la ciudad. Cithrin tragó para relajar la garganta.

—Si lo he entendido bien —comentó ella—, el gobernador nos pide que propongamos una empresa conjunta con la ciudad para escoltar los barcos mercantes provenientes de Narinisle.

—Ah —dijo Wester. Y añadió—: Sabes que no entiendo lo que me estás diciendo, ¿verdad?

—Está organizando una flota. Barcos de guerra para custodiar las naves mercantes durante sus viajes de ida y vuelta. Y está buscando a alguien que tenga el dinero suficiente para hacerse cargo.

—¿O sea, nosotros?

—No —dijo ella, mientras analizaba las consecuencias con una precisión fría e inquietante—. Quiere que varias entidades le hagan sus propuestas, pero nos invita a la competición. Le está solicitando al Banco Medeano que presente una propuesta de un seguro que cubra una flota propia de esta ciudad.

El capitán refunfuñó como si hubiera comprendido. Cithrin estaba ya varios kilómetros por delante de él, y corría a toda velocidad. Si Porte Oliva conseguía transformarse en un puerto más atractivo que las Ciudades Libres, habría más barcos haciendo negocios en la ciudad. Las pólizas de seguro bajarían a medida que el comercio pareciera menos arriesgado. Eso perjudicaría a cualquiera que se limitara a comerciar con seguros. A Maccia no le haría ninguna gracia la noticia, y Cabrai se tomaría a mal el que la escolta fuera tan lejos. Cithrin se preguntaba qué posibilidades había de represalias directas contra los barcos escolta.

—¿Es la clase de cosas en las que podríamos meternos? —preguntó Wester desde algún otro lugar del mundo.

—Si aceptáramos la comisión y lo hiciéramos bien, tendríamos contactos por todo el sur y un pie en el mar Interior. Tendríamos algo mucho más valioso que un carro lleno de oro para darle a la compañía controladora —dijo Cithrin—. No podrían

objetar nuestros logros.

—Así pues, es algo que podríamos aceptar.

El nudo de la boca del estómago de Cithrin todavía estaba ahí, pero algo en él había cambiado. Se descubrió sonriendo. Con una sonrisa ancha.

—Si ganamos esto —dijo, sosteniendo en alto las páginas—, lo ganaremos todo.

La reunión en el palacio del Gobernador aparentaba no ser nada extraordinario. Media docena de hombres y mujeres sentados en un jardín. Los hombres de la reina servían agua perfumada y vino especiado. El gobernador era un hombre menudo, con una gran barriga y una calvicie incipiente. Trataba a todos sus invitados con gracia y amabilidad y, por ello, era prácticamente inútil como orientación para saber quiénes eran importantes en el conjunto. Cithrin había albergado la esperanza de poder seguir esas pistas si prestaba atención a las personas con las cuales el gobernador pasaba más tiempo. Sin embargo, ante la ausencia de esas pistas, solo le quedó rendirse a las conjeturas.

Había un kurtadam de cierta edad, con la piel de la cara, la garganta y la espalda encanecidas, que representaba a una colaboración colegiada del gremio de estibadores y dos casas de comercio locales. Un cinnae con un ligero exceso de colorete en las mejillas resultó ser el dueño de una compañía de mercenarios de suficiente envergadura como para contar entre sus clientes a varios reyes. Sentada sola bajo las frondas de una palmera, una tralgu bebía agua y comía langostinos, y escuchaba cuanto se decía con una concentración tal que puso nerviosa a Cithrin. Todos ellos tenían planes e historias, intereses y debilidades. El magíster Imaniel habría sido capaz extraer conclusiones echándole un vistazo al grupo. A Cithrin, en cambio, todavía le faltaba un año para cumplir la edad necesaria para reclamar su herencia. El vino era excelente. La conversación era amistosa y amable. Ella se sentía como si nadara en un cálido océano, a la espera de que surgiera algo del fondo, la agarrara de una pierna y la arrastrara a las frías profundidades.

No le ayudaba a tranquilizarse el hecho de que todos parecían mirarla con curiosidad. La portavoz y agente del Banco Medeano. Acababa de llegar a la ciudad y ya le complicaba los planes a todo el mundo. Ninguno de ellos, se dijo Cithrin, había previsto verla en este juego. Estaba en franca desventaja en cuanto a su comprensión de la política que había en juego en el jardín, con sus pinzones de brillantes colores y sus losas templadas por el sol, pero ella tenía sus propios misterios. Cuanto más tiempo fuese ella un enigma para ellos, de más tiempo dispondría para comprender cuál era el sentido del juego. Le entregó el vaso vacío a uno de los hombres de la reina y cogió otro lleno. El vino mantenía el miedo a raya.

—Magistra bel Sarcour —la interpeló el gobernador, y apareció junto a ella—. Estuviste en Vanai, ¿no es así? Antes de la agresión antean.

—Justo antes —respondió Cithrin.

—Eres afortunada por haber salido de ahí —dijo la tralgu. Su voz era tan grave como la de Yardem Hane, pero no tenía la misma calidez.

—Lo soy —reconoció Cithrin, y mantuvo el tono de voz neutro y cortés.

—¿Qué piensas del destino de la ciudad? —le preguntó el gobernador. Cithrin había previsto esa pregunta y llevaba la respuesta preparada.

—Antea arrastra un largo historial de injerencias militares en las Ciudades Libres —comenzó Cithrin—. El magíster Imaniel y yo esperábamos que la ocupación se produjera una estación antes de que se llevara a cabo. Que los anteanos no tenían la menor intención de conservar la ciudad solo se hizo evidente en las últimas semanas antes de su llegada.

—¿Crees que tenían la intención de destruir Vanai desde el principio? —preguntó un hombre que estaba detrás del gobernador. Tenía los rasgos de un primera sangre, pero la piel dorada y algo áspera, que a Cithrin le recordaba a los jasuru. Tenía los ojos sorprendentemente verdes. Se llamaba Qahuar Em, y era portavoz de un grupo que tenía tanto de asociación comercial como de tribu nómada de los territorios septentrionales de Lyoneia. A juzgar por su apariencia, Cithrin supuso que era medio jasuru, aunque no sabía que eso fuera posible.

—Tenía sospechas fundadas —respondió ella.

—Pero ¿por qué haría algo así el Trono Escindido? —preguntó el gobernador.

—Porque son una caterva de salvajes norteños inalterados —dijo la tralgu—. No son mejores que los monos.

—Lo que yo oí es que el incendio no había sido previsto, ni siquiera por el rey Simeon —dijo el cinnae mercenario—. El comandante local se tomó el asunto como una suerte de obra de teatro política.

—Lo cual no contradice mi tesis de que son monos con espadas —le rebatió la tralgu, y el gobernador soltó una risilla.

—No me sorprende que haya más de una interpretación —comentó Cithrin—. Con todo, me disculparán si me complazco en haber prestado atención a la información que teníamos.

—He oído que Komme Medean estaba trasladando sus intereses al norte, en particular a Antea —dijo el kurtadam canoso—. Es muy extraño verlo asumir una actitud tan agresiva en el sur.

Cithrin sintió una sombra de preocupación. Si el banco se estuviera concentrando en los países nórdicos —Antea, Asterilhold, la Costa Norte, Hallskar y Sarakal—, ella podría haber pisado algunos callos al fundar una sucursal en el otro extremo del continente. No estaba preparada para mantener una conversación como aquella, por lo que debían distraer la atención de ese asunto lo antes posible. Sonrió del modo en que imaginaba que podría haberlo hecho el magíster Imaniel.

—Pero ¿acaso existen los intereses puramente nórdicos? —preguntó—. Narinisle está en el norte, y parece ser del interés de todos nosotros.

El aire del jardín pareció detenerse. Cithrin había extraído el significado oculto de toda esa cháchara y lo había puesto sobre la mesa. Se preguntó si no habría pecado de descortesía, por lo que sonrió y bebió un sorbo del vino, como si lo hubiera hecho de manera intencionada. Qahuar, el medio jasuru, le sonrió y asintió como si ella acabara de anotar un punto en algún juego.

—Puede que Narinisle esté al norte —dijo el kurtadam canoso—, pero los problemas están todos en el sur, ¿verdad? El rey Sephan y su flota pirata extraoficial.

—Estoy de acuerdo —accedió el capitán mercenario cinnae—. La única manera de hacer que el comercio sea seguro es que Cabrai esté de acuerdo con que lo sea. Y eso no se puede hacer solo en el agua.

La tralgu gruñó y dejó el langostino que se estaba comiendo.

—¿No irás a empezar con eso de organizar una fuerza terrestre para proteger los barcos, no? Si Porte Oliva inicia una guerra terrestre con Cabrai, la reina nos quemará hasta los cimientos a modo de disculpa ante el rey Sephan más rápido de lo que los anteanos incendiaron Vanai. Somos una ciudad, no un reino.

—Si se hace bien, no es necesario utilizarla —replicó el cinnae, irritado—. Y no se trata de una fuerza invasora. Pero la escolta que protege los barcos mercantes necesita poder poner espadas en tierra. El problema de la piratería no puede resolverse si los piratas pueden huir a una cueva, en algún lugar, y proclamarse a salvo.

Cithrin estaba sentada en un taburete alto, con la cabeza inclinada hacia un lado, y escuchaba mientras la máscara de la cortesía comenzaba a resquebrajarse. Como un artista que compusiera un mosaico colocando un azulejo por vez, Cithrin comenzó a distinguir la forma de las divisiones y los argumentos del grupo que la rodeaba.

La colaboración colegiada entre armadores y casas comerciales presionaba a favor de una escolta de alcance moderado, limitada a unos cuantos días de navegación desde Porte Oliva. Su punto de vista era el siguiente: protejamos el vecindario, y los barcos mercantes vendrán solos. Tendría un coste menor y, en consecuencia, las compensaciones por el servicio podrían ser pequeñas. Al prestar atención a las presiones que ejercían el cinnae y la tralgu, Cithrin adquirió la certeza de que las casas comerciales en cuestión vendían seguros. La escolta moderada aún dejaba una gran extensión de aguas inseguras y elevadas posibilidades de actos de piratería y pérdidas, por lo que los beneficios de los seguros no menguarían.

El cinnae, en cambio, era militarista, porque estaba hablando de una fuerza militar. Si conseguía que los demás estuvieran de acuerdo en que solo una gran fuerza armada —y, sobre todo, las espadas y los arcos de una compañía de mercenarios— garantizaría el fin de la piratería, él estaría en las mejores condiciones para

suministrarla. Por supuesto, ninguno de los otros estaba de acuerdo.

El argumento de la tralgu giraba en torno a un tratado entre Birancour y Herez que Cithrin no reconoció. Necesitaría encontrar alguna copia para comprender su pertinencia, pero el mero hecho de saber qué era lo que no sabía le infundía una sensación de victoria.

A medida que la disputa avanzaba, las sonrisas de Cithrin eran cada vez menos forzadas. Sus pensamientos danzaban a través de cada una de las frases que usaban sus adversarios, establecía relaciones e hipótesis que podría investigar más tarde. El gobernador impedía con amabilidad y suavidad que la discusión degenerara en violencia, pero no intentaba establecer la paz. Los había llevado para esto. Así funcionaba. Cithrin se guardó también esa información.

Después del tercer vaso de vino, Cithrin se sintió lo bastante segura como para ofrecer su propio argumento.

—Disculpad, pero parecería que estamos algo obsesionados con la piratería, como si ese fuera el único problema. A un barco mercante pueden sucederle otras cosas. Si lo he entendido bien, hace cinco años se perdieron tres barcos en una tormenta.

—No —le espetó la tralgu.

—Esos barcos se hundieron frente a la Costa Norte —le explicó el kurtadam—. Lo más lejos que llegaron fue a Narinisle.

—Pero la inversión realizada se perdió igualmente —dijo Cithrin—. ¿Acaso no estamos discutiendo acerca de cómo proteger el comercio? ¿O de cómo convertir la piratería en un riesgo menor que las tormentas? Me parece que un barco escolta debería ser capaz de resolver diferentes tipos de crisis.

—No es posible tener una escolta que siga a los barcos a todas partes y resuelva todos sus problemas —dijo el cinnae.

—El coste inicial sería elevado —rebatía Cithrin, como si ese hubiera sido el reparo opuesto por el cinnae—. Se necesitaría un compromiso de parte de Porte Oliva por un período lo suficientemente largo como para garantizar una previsión de beneficios razonable. Y, tal vez, cierto entendimiento con los puertos del norte.

Lo dijo como si fuera una mera especulación ociosa, una charla entre amigos. Todos sabían lo que acababa de decir.

El Banco Medeano protegería las naves mercantes durante todo el camino, desde que levaran anclas en Porte Oliva hasta donde los capitanes quisieran llegar, y de regreso a casa. Ella disponía de dinero suficiente como para invertirlo en el proyecto y no preocuparse por los beneficios durante años. Y el banco, con su compañía controladora en Carse, tenía conexiones por todos los países nórdicos. Si ese era un punto de vista más ambicioso de lo que había pretendido exponer, mejor para ella. Los otros podían comparar los tamaños de sus respectivos regimientos, de cuántos

medios disponían, y cómo se aplicaban los tratados y los convenios. Cithrin podía decir: «Soy el perro más grande de la perrera. Puedo hacer cosas de las que vosotros sois incapaces».

Le gustaba esa sensación.

El jardín se quedó en silencio durante un instante. A continuación, el kurtadam resopló con enfado, y el medio jasuru de los ojos verdes habló.

—Tiene razón.

Qahuar Em estaba sentado junto al gobernador. Bajo la luz que se derramaba del azul saturado del cielo, su piel tenía un tono casi bronceado, como si fuera una estatua a la que le hubieran insuflado vida.

—Bromeas —dijo el kurtadam, con tono deprimido.

—Se podría hacer por mitades —dijo el medio jasuru, mirando ora al kurtadam ora a Cithrin—. Pero ¿qué le impediría a Daun hacer lo mismo? ¿O a Upurt Marion? ¿Newport y Maccia? Se podría convertir Porte Oliva en un puerto un poco más seguro y una plaza más popular para los negocios durante unos cuantos años, hasta que las otras ciudades siguieran el ejemplo. O se podría actuar con decisión, dominar el comercio de la región y hacerse con la ruta comercial durante toda una generación. Supongo que depende de cuáles sean tus objetivos.

Cithrin se descubrió sonriéndole mientras le venía a la mente que él había hablado incluso menos que ella. Pensó que debía vigilarlo. Y, como si él le hubiera leído la mente, sonrió.

La conversación continuó durante otra hora, pero los vientos habían cambiado. El kurtadam se limitaba a hacer comentarios petulantes, el mercenario reformuló el aspecto militar como parte de una estrategia de mayor envergadura y la tralgu se enrocó en un profundo silencio. El trasfondo de ira y sospechas era palpable, y el gobernador parecía estar muy complacido con todo el proceso. Cuando Cithrin se marchó, con el chal lleno de abalorios sobre los hombros, le fue difícil recordar que debía caminar como una mujer del doble de su edad. Le apetecía salir dando brincos.

Esperó en los escalones, mirando hacia el otro lado de la plaza, hacia el gran templo de mármol, simulando una piedad que no sentía. El sol se hundió un poco más en el oeste, brillando sobre la fachada del templo y haciendo relucir la piedra. La luna, que ya había salido, colgaba de un cielo color índigo en el que no había ni una sola nube; mitad círculo blanco, mitad oscuridad. Entre la belleza de la ciudad y la del cielo, y puede que también a causa del ligero exceso de vino que había bebido, estuvo a punto de perder su presa cuando pasó junto a ella.

—Perdona —se disculpó Cithrin.

El medio jasuru se volvió, y miró hacia atrás como si no la conociera.

—¿Te llamas Qahuar?

Él le corrigió la pronunciación con amabilidad. De pie en el peldaño inferior al de

ella, sus cabezas quedaban al mismo nivel.

—Quería agradecerte por haberme apoyado ahí dentro —dijo ella.

Él sonrió. Su rostro era más ancho de lo que le había parecido en el jardín; su piel, menos áspera, y sus ojos, más suaves. Se le ocurrió que tenía más o menos la edad que ella fingía tener.

—Iba a decirte lo mismo —reconoció él—. Entre nosotros, creo que nos quitaremos de encima a los jugadores más pequeños. Admito que no había previsto competir contra el Banco Medeano.

—Yo no esperaba competir en absoluto —se sinceró ella—. Sin embargo, resulta halagador que el gobernador haya pensado en mí.

—Te está utilizando para arrancarme unas condiciones más ventajosas —dijo Qahuar. Al ver su reacción, añadió—: Pero no te preocupes. Si no le sale bien, me utilizará a mí para arrancarte unas condiciones más ventajosas. No se obtiene su puesto siendo un sentimental.

—Aun así —dijo ella.

—Aun así —corroboró él, como si estuviera de acuerdo.

Permanecieron en silencio durante un instante. La expresión de Qahuar se alteró, como si la viera por primera vez. Como si ella lo confundiera. No. No como si lo confundiera. Como si lo intrigara. El ángulo de su sonrisa cambió, y Cithrin sintió una ola de calidez en su propia expresión. Se descubrió especialmente complacida de que ese hombre fuera su rival.

—Has hecho que el juego sea más interesante, magistra. Espero verte pronto.

—Creo que deberías —respondió Cithrin.

## GEDER

En las onduladas colinas de pedernal donde Sarakal se transformaba paulatinamente en el Keshet, el término «príncipe» tenía un sentido diferente del que Geder estaba acostumbrado a darle. Un hombre podía llamarse a sí mismo príncipe si controlaba cierta extensión de tierras, si comandaba una fuerza de soldados, o si había sido hijo o sobrino de un príncipe. Hasta el impacto de la raza era mínimo. Los príncipes del Keshet podían ser yemmu, tralgu o jasuru. En apariencia no había ninguna barrera formal para las otras razas, aunque en la práctica no había ninguna otra raza.

Los primera sangre estaban especialmente ausentes de las grandes y áridas planicies, y Geder descubrió que su pequeño grupo —él mismo, su escudero y cuatro hombres al servicio de su padre— no tardó en transformarse en un objeto de curiosidad en los poblados y aldeas. Traducir su categoría a los términos del Keshet carecía de sentido, y tal vez fuera una tarea imposible, por lo que cuando la Corte itinerante del príncipe Kupe rol Behu le ofreció a Geder su hospitalidad, le resultó más fácil fingir que su categoría era más o menos la misma que el príncipe jasuru de escamas doradas.

—No lo entiendo, príncipe Geder. Has abandonado tu tierra y tu gente en busca de algo, pero no sabes ni qué es ni dónde está. No tienes derechos sobre ello, ni tampoco idea de si es posible tener esos derechos. ¿Qué beneficios esperas obtener?

—Bueno, no se trata de esa clase de proyecto —respondió Geder, sirviéndose otra salchicha pequeña y oscura del plato comunitario.

Antes, cuando Geder vio la columna de polvo de la Corte itinerante sobre el horizonte, como si fuera el humo de un gran incendio, aventuró que sería como estar de campaña. Se había imaginado que las tiendas serían más o menos como la que él había usado para dormir en los trayectos hacia y desde Vanai. Como aquella en la que dormía ahora en su silencioso exilio. Había entendido mal. No había llegado a un campamento, ni siquiera a uno lujoso. Era una ciudad de edificios con estructura de madera, con un templo dedicado a un dios gemelar del que Geder no había oído hablar jamás, y una plaza dispuesta para un banquete principesco. Las hierbas y el matorral que había en las calles eran la prueba de que la ciudad no había estado ahí el día anterior. Geder supuso que tampoco estaría ahí al día siguiente. Como si de un objeto de leyenda se tratase, la ciudad existía durante una única noche y luego desaparecía con el rocío. Las antorchas humeaban y se agitaban en la brisa. Las estrellas resplandecían. El calor del estío se elevaba desde el suelo y se irradiaba hacia el cielo.

Geder le dio un bocado a la salchicha. Tenía un sabor salado y sabroso, con un regusto casi oculto de azúcar y humo. Nunca había comido nada parecido. Si hubiera estado hecha de ojos de lagarto y patas de pájaros se la habría comido igualmente.



Estaba muy buena. De los dieciséis platos que los esclavos paseaban alrededor de la mesa, aquel era su preferido, seguido muy de cerca por las hojas verdes con manchas rojas y aceite.

Geder hablaba con la boca llena.

—No busco nada que me vaya a hacer ganar oro.

—Honor, entonces.

Geder sonrió con pesar.

—No se puede decir que el ensayo especulativo le granjee grandes honores a nadie. No, al menos, entre mi gente. No, viajo porque he oído hablar de algo que existió hace mucho tiempo, y quería saber qué podía averiguar al respecto. Escribir lo que aprendiera y lo que conjeturara, de manera que alguien pudiera leerlo algún día y añadirlo a su acervo de conocimientos.

«Y además —pensó— mantenerme alejado del desasosiego de Camnipol y encontrar un rincón en el extremo más lejano del mundo donde sea más difícil encontrarme con problemas».

—¿Y después?

Geder se encogió de hombros.

—Eso es todo. ¿Qué otra cosa hay?

El príncipe jasuru frunció el ceño, bebió de un jarro que o bien tenía la forma de un enorme cráneo o bien estaba hecho con un enorme cráneo, y sonrió apuntándole con una garra labrada en plata.

—Eres un hombre santo —observó el príncipe.

—No. Dios, no. Yo no.

—Entonces, un curandero. Un filósofo.

Geder estaba a punto de oponerle reparos a esa apreciación, pero se contuvo.

—Tal vez un filósofo.

—Un hombre, su cabalgadura y el horizonte. Debí haberme dado cuenta. Este proyecto es un asunto espiritual.

El príncipe levantó un brazo inmenso y ladró algo que sonó como una orden. Los cientos de hombres y mujeres que se sentaban en las largas mesas —o bien caballeros o bien meros espadachines y arqueros, Geder no podía estar seguro— lanzaron un grito. Se reían, se mofaban y se empujaban unos a otros. Un momento más tarde apareció un par de guardias en el extremo de la plaza. Cada uno llevaba una cadena de hierro en la mano. Las cadenas se perdían en la oscuridad, y estaban flojas, de una manera que a Geder le sugirió un uso principalmente ceremonial.

La mujer que avanzó hacia la luz al final de las cadenas parecía antigua. La amplitud de su frente y los arremolinados trazos negros de su piel la identificaron como una haavirkin aun antes de que levantara su larga mano con tres dedos en un saludo. Geder ya había visto a algún haavirkin, cuando el rey electo de Hallskar envió

embajadores a la Corte, pero nunca había visto uno tan viejo, ni dotado del mismo sentido de absoluta dignidad.

Los guardias caminaban delante de la mujer, y se acercaban al príncipe. Geder no podía distinguir si el ruido de la multitud significaba que se estaban burlando de ella o que se alegraban de su presencia. Los ojos de la mujer recorrieron el cuerpo de Geder, evaluándolo.

—Esta es mi vidente —le dijo el príncipe a Geder. Y después, a la mujer—: Este hombre es mi invitado. Viaja por el Keshet por asuntos espirituales.

—Así es —convino la mujer.

El príncipe sonrió como si ella le hubiera hecho un regalo. Puso la mano sobre el brazo de Geder en un gesto extrañamente íntimo.

—Por esta noche, es tuya —dijo el príncipe. Geder frunció el ceño. Esperaba que no se refiriesen a la cama, aunque había oído cuentos acerca de ese tipo de cosas en viejas historias sobre el Keshet. Tosió e intentó pensar cómo evadirse, pero la vidente levantó una mano. Otro sirviente se apresuró a llevar un taburete de madera y la haavirkin se sentó en él, mirando fijamente a Geder.

—Hola —le dijo este, con voz insegura.

—Te conozco —le replicó ella, y después se giró y escupió al suelo—. Cuando era niña, soñé contigo.

—Humm —se sorprendió Geder—. ¿En serio?

—Es muy buena —apreció el príncipe—. Muy sabia.

—Mi tío estaba enfermo —explicó la vidente—, solo que no presentaba ningún síntoma. Ni fiebre, ni debilidad: nada; así que no podíamos curarlo —Entonces, ¿cómo sabes que estaba enfermo?

—Era un sueño —aclaró la adivina haciendo acopio de paciencia—. Ingirió hierbas amargas para curarse. Después de eso, el agua le supo dulce. Pero allí no había nada, solo agua. Lo dulce estaba en él, y no era realmente dulce. Solo que no era amargo. No tenía poder para curar nada.

La vidente le cogió una mano, y sus largos dedos le exploraron las articulaciones de los dedos como si estuviera buscando algo. Se llevó la palma de Geder a la nariz y la olfateó. Geder sintió un hormigueo en la piel y trató de apartarse.

—La verás tres veces —afirmó ella—, y cada vez serás una persona diferente. Y cada una de esas veces ella te dará lo que deseas. Ya la has visto una vez.

La vidente alzó una ceja como si le preguntara: «¿Lo entiendes?».

Geder pensó: «¿Se supone que todo esto tiene que ver conmigo?».

—Gracias —dijo Geder, y ella asintió, tanto para ella misma como para los demás. La luz danzante de las antorchas hacía que las marcas negras de su piel se agitaran con un movimiento propio.

—¿Eso es todo? —preguntó el príncipe jasuru.

—Eso es todo lo que tengo para él —respondió la vidente con suavidad. Se puso de pie y las cadenas que le colgaban del cuello tintinearón—. Ya hablaremos tú y yo, pero más tarde.

Hizo una reverencia, se dio la vuelta y se alejó otra vez, a través del matorral, el polvo, las mesas de madera de los guerreros keshet y las sombras. Los portadores de la cadena la seguían como si fuera ella quien los guiaba. Lo único que quebraba el silencio era el sonido de la cadena y el rumor de las antorchas. Geder creyó haber visto sorpresa e incluso consternación en los rostros de los caballeros, pero no la entendió. Acababa de ocurrir algo, pero no sabía de qué se trataba.

El príncipe se rascó las escamas de la mandíbula y el cuello del mismo modo que un primera sangre se habría acariciado la barba. Sonrió, con sus dientes oscuros y puntiagudos que parecían un muro.

—¡Comed! ¡Cantad! —gritó, y las voces y el clamor de los caballeros se elevaron una vez más, como había sucedido antes. Geder cogió otra salchicha y se preguntó qué acababa de perderse.

El festín dejó a Geder con mal cuerpo. Estaba en su tienda, tumbado, oyendo el blando viento del verano moverse a través del desierto, sin poder dormirse pese a sus deseos. Oyó los suaves ronquidos de su escudero, olió el fino polvo del Keshet que parecía meterse en todas partes, y saboreó las carnes especiadas del banquete, aunque el placer que aquello le causaba había desaparecido hacía bastante tiempo. La luz de la luna se escurría por los bordes de la tienda pintando de plata la oscuridad. Se sentía inquieto y aletargado a la vez.

Lo dulce estaba en él y no era realmente dulce. Solo que no era amargo. No tenía poder para curar nada.

De todas las incoherencias de la vidente, esas eran las palabras que lo carcomían, tan fastidiosas como las especias. Ahora le parecía que la haavirkin había estado hablando acerca de Vanai y de Camnipol. Si prestaba atención, todavía podía sentir la cicatriz de la herida que se curaba en la pierna, ahí donde lo había alcanzado el lanzazo. Exactamente del mismo modo en que el menor cambio en su atención podía recordarle el nudo negro que tenía en el pecho y que lo había mantenido doblado durante la larga cabalgata desde Vanai. No podía recordar la forma de la cara de su madre muerta, pero la silueta de la mujer contra las llamas que se alzaban sobre Vanai estaba tan clara para él como la tienda en la que se encontraba. Más clara aún, de hecho.

Las celebraciones y las fiestas que lo habían recibido en Camnipol deberían haberse llevado esa imagen, y por un tiempo así fue. Pero no para siempre. Había sido dulce —en su momento, pensó que lo era—, pero tal vez no lo había sido. Sin duda, había experimentado una sensación gloriosa en el momento. Se había elevado en la Corte. Había salvado la ciudad de la insurrección mercenaria. Y, con todo, allí

estaba, otra vez en el exilio, huyendo de unos juegos políticos que no comprendía. Y por desagradable que pudiera resultarle el mal cuerpo que sentía, seguía siendo mejor que las pesadillas de fuego.

En realidad, él no tenía la culpa de lo que había sucedido en Vanai. Lo habían utilizado. La falta de sueño, el miedo constante y hasta la sospecha de que Alan Klin y sus amigos se habían partido de risa a su costa en el transcurso de todas las fiestas y celebraciones. Esas eran sus cicatrices.

No dejaba de darle vueltas a la idea. Él no había elegido sumergirse en los juegos cortesanos que atestaban la Torre del Rey y Camnipol. El alivio que sintió al regresar de Vanai y encontrarse con la adulación y la aprobación le parecía algo carente de sentido pero, al mismo tiempo, deseaba experimentarlo de nuevo. Le había permitido olvidarse de la voz de las llamas por un tiempo. Pero como el agua que había soñado la vidente haavirkin, lo dulce no había sido dulce, sino solo el alivio de lo amargo. Y no había curado nada.

Si tan solo fuera capaz de comprender lo que había ocurrido, si pudiera ver a través de los juegos y los jugadores, sabría quién era el verdadero culpable, y quiénes eran sus verdaderos amigos.

Se puso de lado, arrastrando las sábanas consigo. Olían a sudor y polvo. La noche era demasiado cálida como para llevarlas, pero la tela lo reconfortaba. Suspiró, y su vientre gruñó. A su modo, la vidente haavirkin tenía razón. Tal vez fuera tan sabia como había dicho el príncipe. Geder sopesó la posibilidad de buscarla por la mañana y hacerle más preguntas. Aun suponiendo que todo fuera simple superstición y palabrería, le daría algo en que pensar durante las largas y solitarias noches del desierto.

No se dio cuenta de que se estaba quedando dormido hasta que se despertó. La luz del sol brillaba sobre el amarillo nuevo de las flores silvestres, y el breve rocío hacía que el mundo oliera más fresco de lo que estaba. Se puso las medias y una túnica. Era una vestimenta más basta que la de la noche anterior, pero ahora no iba a ningún banquete principesco. Y, al fin y al cabo, aquello era el Keshet. Tal vez allí los criterios fueran diferentes. Los edificios de madera seguían en pie, y Geder se dirigió hacia ellos buscando a los centinelas con la mirada. No los encontró.

No encontró a nadie.

Cuando llegó a las estructuras y a la gran plaza abierta en la que había cenado tan solo unas horas antes, las encontró desiertas. Nadie le respondió cuando llamó. Habría sido como en una canción infantil en la que todos eran fantasmas, salvo que él podía seguir las huellas y el olor del estiércol de los caballos, y ver las brasas que todavía brillaban, rojas, en el foso de la hoguera. Los caballos habían desaparecido, y los hombres y las mujeres, pero los carros seguían ahí. Los pesados cabrestantes que los sirvientes del príncipe usaban para construir sus repentinos poblados todavía

estaban allí. Hasta encontró las largas cadenas que había llevado la vidente, enrolladas en un carrete de bronce tirado en el polvo.

Geder regresó a su campamento, donde su escudero estaba preparando un desayuno de gachas de avena y sidra aguada. Geder se sentó ante su mesa de campaña, mirando el cazo de latón y, después, el campamento abandonado.

—Se fueron en mitad de la noche —dijo Geder—. Cogieron lo que pudieron llevarse sin hacer ruido, y se escabulleron en la oscuridad.

—Tal vez los hombres del príncipe lo hayan asaltado y asesinado —aventuró el escudero—. Esas cosas pasan en el Keshet.

—Tuvimos suerte de no quedarnos atrapados en medio —añadió Geder. Sus gachas estaban dulces como la miel. La sidra picaba un poco, a pesar del agua. El escudero esperó en silencio mientras Geder comía y los demás sirvientes desmontaban el campamento. El sol no se había elevado dos palmos sobre el horizonte cuando Geder acabó. Deseaba estar lejos, otra vez en marcha, y dejar atrás el inquietante silencio del campamento.

Sin embargo, se preguntó qué más habría visto la haavirkin y qué le habría dicho al príncipe cuando el invitado extranjero se hubo marchado.

## MARCUS

—Preferiría dárselo directamente a la magistra Bel Sarcour —dijo el hombre—. Sin ánimo de faltarte el respeto, mis contratos no tienen la marca de tu pulgar en ellos.

Era un hombre menudo. No le llegaba ni al hombro a Marcus, y sus ropas olían como su tienda: madera de sándalo, pimienta, comino e hinojo. Su rostro era estrecho como el de un zorro, y su sonrisa, experimentada. En las habitaciones inferiores del Banco Medeano de Porte Oliva estaban Marcus, Yardem, Ahariel el fornido kurtadam y el omnipresente Roach. El solo peso de las espadas muy bien podría igualar al del comerciante de especias. Con todo, el desdén del hombre por ellos irradiaba como el calor del fuego.

—Pero como ella no está aquí —dijo Marcus—, me tienes a mí para hacer lo que haya que hacer.

El comerciante de especias alzó las cejas, y sus minúsculos labios se tensaron. Yardem tosió y Marcus sintió una punzada de irritación. El tralgu tenía razón.

—Sin embargo —continuó Marcus—, si aceptas nuestra hospitalidad durante unos minutos, señor, haré lo que pueda para encontrarla.

—Eso está mejor. ¿Qué te parece si me sirves una taza de té mientras espero?

«Podría matarte con mis propias manos», pensó Marcus, y eso bastó para evocar la sonrisa que la etiqueta requería.

—Roach —dispuso Marcus—, ¿podrías encargarte de que nuestro invitado se sienta a gusto?

—Sí, capitán —respondió el pequeño timzinae poniéndose de pie de un salto. Y después, al comerciante—: ¿Me acompañas, señor?

Marcus salió a la calle. Yardem lo seguía de tan cerca como una sombra. El sol de la tarde todavía estaba alto. El tiesto con tulipanes que había frente al banco estaba en total y brillante floración, y sus flores tenían pétalos rojos con venas blancas.

—Búscala en el Gran Mercado —ordenó Yardem—. Yo revisaré la taberna.

Marcus sacudió la cabeza y escupió sobre el empedrado.

—Si prefieres encontrarla tú, yo puedo ir al Gran Mercado —se ofreció Yardem.

—Quédate aquí —dispuso Marcus—. Vuelvo enseguida.

Marcus se alejó por la calle. El sudor se le acumulaba entre los omóplatos y en la base de la columna. Un perro de morro amarillo lo miró desde la sombra de un callejón, jadeando y con demasiado calor como para ladrar. Las calles estaban más vacías que al anochecer: la luz hacía que la gente prefiriera buscar refugio antes que la oscuridad. Hasta las voces de los mendigos y los vendedores callejeros parecían recocidas y débiles.

En comparación, la taberna estaba fresca. Las velas estaban apaga das para evitar sumar siquiera ese poco de calor adicional a la oscuridad, por lo que pese a la

luminosidad de la calle, las mesas de la sala común estaban en penumbras. Marcus entornó los ojos y deseó que su vista fuera más aguda. Había una docena de personas de diferentes razas, pero ninguna era ella. La risa de Cithrin le llegó desde el fondo. Marcus se abrió paso por la estancia común, tras los familiares sonidos de su voz, hasta la tela bordada que separaba las mesas privadas.

—... tendría el efecto de recompensar a los deudores más Hables.

—Solo hasta que dejen de ser fiables —añadió con suavidad una voz masculina—. Tu sistema alienta a los deudores a crecer y, si eso continúa durante el tiempo suficiente, transformarás los riesgos buenos en riesgos malos.

—Magistra —la interpeló Marcus—. ¿Tendrías un momento?

Cithrin apartó la cortina. Tal como Marcus había previsto, el medio jasuru estaba con ella. Qahuar Em. El competidor. Sobre la mesa, entre ellos, había un plato con queso y zanahorias encurtidas, junto a una botella de vino de la que ya quedaba poco para beber. El vestido de lino bordado favorecía a Cithrin, y su cabello, que antes llevaba hacia atrás, le caía sobre los hombros en casual desorden.

—¿Capitán?

Marcus le indicó la puerta del callejón con un gesto. Un profundo fastidio cruzó como un relámpago el rostro de Cithrin.

—Puedo dejaros solos —ofreció Qahuar Em.

—No. Vuelvo enseguida —lo tranquilizó Cithrin. Marcus la siguió hasta la salida. El callejón apestaba a comida podrida y meadas. Cithrin se cruzó de brazos.

—Ha venido el comerciante de especias con los encargos de la semana —dijo Marcus—. No quiere dárselos a nadie, excepto a ti.

La expresión de enfado de Cithrin se dibujaba en las comisuras de los labios y entre las cejas. Los dedos de una mano tamborileaban suavemente sobre el otro brazo.

—Quiere hablar de otra cosa —añadió ella.

—Y no con tus espadas a sueldo —dijo Marcus—, supongo.

La muchacha asintió, y desplazó la atención hacia dentro.

En momentos como aquellos, cuando ella se olvidaba de sí misma, se transformaba. La falsa madurez que maese Kit y los actores habían entrenado en ella era convincente, pero no era Cithrin. Ni lo era la atolondrada joven que oscilaba entre la excesiva confianza y la inseguridad. Con el rostro relajado y su mente moviéndose en su propio silencio, Cithrin daba una pista de la mujer que había en ella. La mujer en la que se estaba convirtiendo. Marcus dejó de mirarla, se puso a contemplar el extremo del callejón y se dijo que de ese modo le daba a ella más privacidad.

—Debo hablar con él —dijo Cithrin—. ¿Está en la casa?

—Con Roach y Yardem.

—Entonces debo darme prisa —continuó ella, y el humor dio calidez a sus

palabras.

—Puedo disculparte con Qahuar...

—No, dile que volveré enseguida.

Cithrin se alejó por el callejón, mirando por donde pisaba, hasta que torció la esquina y desapareció. Marcus se quedó de pie entre las sombras hediondas durante un buen rato, y volvió a entrar. El medio jasuru seguía sentado en la mesa, masticando pensativo una zanahoria encurtida. A juzgar por su aspecto, el hombre era unos pocos años más joven que Marcus, aunque la sangre jasuru hacía difícil estar seguro.

Las escamas vestigiales de la piel y los brillantes ojos verdes le recordaban a Marcus un lagarto.

—La magistra ha tenido que ausentarse unos minutos. Un asunto sin importancia —le aclaró Marcus—. Dice que volverá enseguida.

—Por supuesto —respondió Qahuar Em, y le indicó con un gesto el asiento de Cithrin—. ¿Te importaría esperar conmigo, capitán Wester?

Lo prudente habría sido marcharse. Marcus se lo agradeció con una inclinación de cabeza y se sentó.

—¿Eres el auténtico Marcus Wester? —preguntó el hombre mientras le hacía al joven camarero un gesto para pedirle un jarro de cerveza.

—Alguien tenía que serlo —dijo Marcus.

—Es un honor para mí. Espero que no te importe que te diga que me sorprende ver a un hombre de tu fama trabajando como guardia, aun cuando sea para el Banco Medeano.

—Ya me conocen bastante bien en ciertos círculos —dijo Marcus—. Andando por la calle, sin más, puedo ser cualquiera.

—Así y todo, tras Wodford y Gradis, habría pensado que podías pedir el precio que quisieras como jefe de una compañía de mercenarios.

—No trabajo para reyes —dijo Marcus, mientras el chico colocaba una jarra sobre la mesa, delante de él—. Reduce mis opciones. Y ya que tú y yo nos llevamos bien...

Qahuar asintió.

—No sabía que fuera posible mezclar primera sangre y jasuru —observó Marcus—. Eres el primero que veo.

El hombre abrió un poco los brazos, con las palmas hacia arriba. «Sin embargo, aquí estoy».

—Somos más comunes en Lyoneia. Además, hay algunos trabajos que la gente prefiere encargarle a un hombre sin familia.

—Ah —dijo Marcus—. Entonces, ¿no puedes engendrar hijos?

—Es una bendición, pero también una maldición.



—Conocí a gente así en el norte. Lo mismo sucede con las mezclas entre cinnae y dartinae. También conocí a algunos hombres que solo decían serlo. Mestizos. Los hacía populares con las mujeres. Seguros.

—Cada uno se consuela como puede —sonrió Qahuar.

Marcus se imaginó saltando por encima de la mesa y partiéndole el cuello. Sería difícil. Los jasuru eran unos cabrones muy fuertes, y encima eran rápidos. Se bebió un buen trago de la cerveza. Tenía el sabor de la destilería en la que Cithrin había invertido. Obviamente, ella había hecho un convenio con la taberna. Qahuar ladeó la cabeza, y sonrió con cortesía a través de sus puntiagudos dientes.

«Le doblas la edad —pensó Marcus—. Todavía es una niña». No podía decirlo en voz alta. En vez de eso, Marcus preguntó:

—¿Qué te parece la vida en Porte Oliva?

—Me gusta. Echo de menos mi clan, pero si puedo llevarles trabajo... Bueno, merece la pena.

—Debe de ser un clan impresionante, si compite contra el Banco Medeano. Poca gente haría eso.

—Bajo mi punto de vista es el Banco Medeano el que compite contra nosotros. La contienda estará muy bien. La magistra Cithrin es una mujer impresionante.

—Siempre lo he pensado —dijo Marcus.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para ella?

—Nos conocimos en Vanai. Vine con ella.

—¿Es una buena empleadora?

—No tengo quejas.

—Diste que hablar, ¿sabes? ¿Una simple sucursal, aunque sea de una compañía controladora como el Banco Medeano, y Marcus Wester le está custodiando la casa? La gente lo interpretó como una señal de que la magistra Cithrin es partidaria de una estrategia más amplia, más militar.

—¿Y tú qué piensas? —le preguntó Marcus, manteniendo un tono de voz neutro.

—¿Que qué pienso yo? —respondió Qahuar, recostándose contra la pared. Su entrecejo estaba arrugado como si fuera la primera vez que pensara en ello. Levantó un dedo—. Creo que has escogido este trabajo porque no te interesa montar un ejército privado. Por tanto, creo que la magistra tampoco lo está.

—Qué idea más interesante.

—Eres un hombre valioso, capitán Wester. Eres muy conocido.

Marcus se rio.

—¿Estás intentando sobornarme? —preguntó—. Claro que sí, ¿verdad? Me estás preguntando si me puedes comprar.

—¿Puedo? —contraatacó Qahuar Em sin el menor atisbo de vergüenza en su voz.

—No hay oro suficiente en todo el mundo —respondió Marcus.

—Lo comprendo y lo respeto. Pero espero que comprendas que mi deber hacia mi clan me exigía preguntártelo.

Marcus se bebió de un trago todo lo que le quedaba de cerveza y se puso de pie.

—¿Tenemos algún otro asunto, señor?

Qahuar negó con la cabeza.

—De verdad que me siento muy honrado de haberte conocido, capitán Wester. Siento gran respeto por ti y por tu empleadora.

—Es bueno saberlo —dijo Marcus, y cruzó la estancia común para esperar a Cithrin en la calle. Maldito calor infernal. Cuando ella volvió, apresurándose como la niña que era en realidad, Marcus se adelantó. El sudor le perlaba la piel y emborronaba las pinturas que se había puesto en los párpados y los labios.

—Asunto resuelto —aclaró Cithrin—. Menos mal que viniste a buscarme. Ese hombre es un idiota presuntuoso, pero nos será muy útil.

—Pues ahí donde lo ves, tu pretendiente acaba de intentar sobornarme —dijo Marcus.

Cithrin se detuvo. Él pudo ver el fastidio reflejado en sus ojos durante menos de un latido, antes de que ella recuperara la compostura. Se transformó en alguien que no era ni la muchacha ni la mujer que algún día sería, sino en esa mujer falsamente sofisticada que había moldeado a maese Kit. Era la Cithrin que menos le gustaba.

—Por supuesto —contestó ella—. No esperaba menos de él. Capitán, puede que no vuelva a casa esta noche. Si no estoy aquí por la mañana, no te alarmes. Te enviaré un mensaje.

Aquello le sentó a Marcus como si le hubiera lanzado un ladrillo a la cabeza. Se debatía entre decirle «Es tu enemigo y te prohíbo que te acuestes con ese hombre» y «Por favor, no lo hagas», pero se limitó a asentir. Cithrin debió de haber visto algo en sus ojos, porque puso una mano sobre el brazo de Marcus y lo presionó con suavidad antes de volver a entrar.

El capitán se marchó por la calle en dirección a la casa, pero tras unos pasos se detuvo, se volvió y se alejó en dirección al puerto. El sol, que demoraba su desgana marcha hacia el horizonte, le apretaba la mejilla derecha como si fuera una mano. Cerca del puerto, el tránsito callejero se hizo más denso. Alguien había empezado a colocar gallardetes de hilo en las ventanas y los árboles; sus extremos flameaban con la brisa y se movían como los tentáculos de una medusa. Los titiriteros callejeros vigilaban las esquinas y las plazas públicas, y permanecían ahí sentados aun cuando no estuvieran representando sus obras. Los barcos procedentes de Narinisle podían tardar semanas en llegar, pero la celebración ya se estaba preparando.

El puerto olía a salmuera y a tripas de pescado. Marcus dejó atrás a marineros y estibadores, mendigos y hombres de la reina, y se dirigió hacia la amplia plaza que estaba justo al final del muelle. Sobre los bordes de la plaza, dos tabernas y un baño

público competían por la atención de potenciales clientes con sus brillantes estandartes de tela y mujeres de mirada aburrida y ropas escasas. En el extremo más lejano, una multitud embelesada se agolpaba alrededor de un carro. Maese Kit vestía una holgada bata escarlata y dorada, y una corona hecha con alambre. En sus brazos sostenía el cuerpo inmóvil de Sandr, de cuyo costado goteaba un delgado hilillo de agua teñida de rojo.

—¿Cómo? ¿Cómo he dejado que sucediera esto? ¡Oh, Errison, Errison, hijo mío! ¡Mi único hijo! —gritaba maese Kit, con una voz cuidadosamente quebrada, de modo que las palabras fueran comprensibles. Acto seguido entonó con gracia un poema—: ¡Por la sangre del dragón y por los huesos de Dios, te juro, hijo mío, escucha mi clamor! ¡No quedarán ni las piedras de la Casa Alysor!

Kit se quedó como congelado y, un instante después, estalló el aplauso. Marcus se acercó por entre la muchedumbre mientras Cary y Smit subían al escenario. Él iba enfundado en una armadura de utilería hecha con fieltro y latón, y ella, ataviada con un ajustado vestido negro que, a todas luces, había sido cortado para Opal. Marcus contempló el largo acto final en el que las viejas rivalidades entre casas nobles acababan con las vidas de los culpables primero y de los inocentes después, y las madres asesinaban a sus hijas, los padres morían a causa del veneno preparado para sus hijos, y el mundo, en general, se derrumbaba hasta que maese Kit quedaba solo, con todos los demás actores inmóviles a sus pies, y lloraba. Cuando los actores se levantaron sonrientes para saludar al público y recoger las monedas que les lanzaban, la mente de Marcus ya casi estaba recompuesta.

Mientras la compañía desmontaba el escenario, Marcus fue hasta la parte trasera. Maese Kit, quien ya se había cambiado y vestía sus ropas de calle, estaba recostado contra el rompeolas, limpiándose la cara con un paño. Sonrió al ver a Marcus.

—¡Capitán! ¡Qué alegría verte por aquí! ¿Qué te ha parecido el espectáculo?

—Me ha convencido —dijo Marcus.

—Me alegra oír eso. ¡Hornet! Cuidado con esa línea. ¡No! ¡Esa sobre la que estás parado!

Hornet saltó hacia un lado, y maese Kit sacudió la cabeza.

—Hay días en que me asombra que ese chico no se haya roto una pierna al levantarse de la cama —observó Kit.

—Cary está mejorando.

—Creo que ahora está más cómoda. Espero que hacia el final de la temporada pueda interpretar todos los papeles de Opal. Pero no renuncio a encontrar a alguna muchacha que sustituya a Cary. Puedo embutir a Smit en un vestido elegante y hacerle poner voz atiplada, pero me temo que eso le da un tono algo ligero a las escenas trágicas.

—¿Y has tenido suerte?

—Una poca —reconoció Kit—. He hablado con un par de chicas que podrían servirme. Una tiene más talento, pero es mentirosa. He descubierto que ser un buen compañero en el camino es más importante que ser un buen actor sobre el escenario. Le puedes enseñar técnica teatral a la gente, pero ¿enseñarles a ser gente decente? Eso ya es otra cosa.

Marcus se sentó con la espalda contra el muro. Al oeste, el sol se había ocultado detrás de los tejados, pero las nubes aún resplandecían con colores dorados y naranjas. Kit se enjugó una vez más la frente con el paño y se lo guardó en el cinturón.

—Hay una taberna, justo al otro lado del muro —indicó maese Kit—. Nos dejan quedarnos gratis en la habitación trasera cada vez que interpretamos una de las comedias. Ahora vamos para allá. Puedes venir con nosotros, si te apetece.

—Me lo pensaré.

Maese Kit se cruzó de brazos. Su mirada traslucía preocupación.

—¿Capitán? ¿Va todo bien en el banco? Todo lo que he oído al respecto indica que nuestra chica lo está haciendo muy bien.

—La gente no deja de llevarle dinero —reconoció Marcus.

—Eso era lo que esperábamos, ¿no?

—Sí.

—¿Pero...?

Marcus entornó los ojos mirando hacia la casa de baños. Dos kurtadam se gritaban, gesticulando hacia la casa. Las palabras de uno se superponían a las del otro. Una desgarbada muchacha tralgu pasó mirándolos.

—Necesito un favor —le rogó Marcus.

—¿En qué estás pensando?

—Me gustaría que me explicaras otra vez que esto se trata de un error por el que ella tiene que pasar. Y que yo no debería intentar correr para amortiguar cada una de sus caídas.

—Ah —dijo maese Kit.

—Está apostando en un juego que entraña más riesgos de lo que ella se cree, contra gente muchísimo más experta que ella. Y...

—¿Y?

Marcus se pasó la mano por el pelo.

—Se ha implicado hasta el fondo. No tiene ni la menor idea de cuánto se está dejando en esta estratagema. Cuando todo se venga abajo... Quiero detenerla ahora mismo. Antes de que se haga daño.

—Todo lo que te oigo decir es que quieres protegerla.

—No —dijo Marcus. Y un instante después—: Sí. Y proteger mujeres es algo que se me da excepcionalmente mal. Así que quiero que me digas que no debería

intentarlo.

—¿Por qué no le consultas a Yardem? Supongo que él te conoce mejor que yo.

—Ya sé lo que me va a decir. Sé hasta el tono de la voz con el que me lo va a decir. ¿Para qué molestarme?

—Pero ¿de verdad esperas creermme?

—Eres persuasivo.

Maese Kit se rio entre dientes y se acuclilló junto a él. Cary gritó, y el actor levantó el escenario, de modo que las tablas de madera que habían conformado el suelo del escenario se transformaron en una de las paredes del carro. Sandr se fue a enganchar las mulas. La brisa salada se detuvo un instante, y luego volvió a soplar, fría, contra la mejilla de Marcus. Las nubes adquirieron un tono gris no bien se hubo ido la luz del sol. No pasaría mucho tiempo antes de que las tabernas, los burdeles y los baños públicos colgaran sus farolillos de colores en un intento de atraer dinero y clientes del mismo modo que atraían las polillas. Saldrían los hombres de la reina. Y Cithrin. Marcus trató de no pensar en lo que podría estar haciendo Cithrin.

Se lo contó todo al actor, con calma. Los planes de negocios de Cithrin, sus ambiciones con respecto al banco y la flota escolta, y cómo coqueteaba con su rival medio jasuru. Maese Kit escuchó con atención y, cuando Marcus se sumió en el silencio, frunció los labios y miró hacia arriba, al cielo que se oscurecía.

—Capitán, escucha lo que te voy a decir, porque es la verdad. Creo que Cithrin dispone de todas las herramientas y todos los talentos que necesita para conseguir que esto funcione. Si presta atención, usa bien su criterio y tiene solo un poco de suerte, puede hacerlo.

—Poder hacerlo está bien, pero ¿la crees capaz de hacerlo?

Maese Kit guardó silencio durante cuatro largas respiraciones. Cuando habló, su tono era pesaroso.

—Lo más probable es que no.

## CITHRIN

Cithrin yacía en la oscuridad. Qahuar estaba tumbado junto a ella, y el lento ritmo de su respiración era apenas audible bajo el coro de grillos que cantaban del otro lado de la ventana. Las sábanas, debajo de ella y a su alrededor, eran más suaves que la piel, y aún estaban húmedas de sudor.

Tenía entendido que la primera vez dolía, pero no era cierto. Se preguntó qué más cosas relativas al sexo le habrían contado mal. Si la hubiera criado su madre, podría habérselo preguntado a ella. Con todo, para tratarse de alguien sin ninguna idea clara de lo que estaba haciendo, el experimento parecía haber sido un éxito. Qahuar había estado lo bastante ebrio como para abandonar su discreción, y ella lo había seguido. Unos pocos besos, unas cuantas caricias, y después él le levantó el vestido, la tumbó en la cama, y a partir de ese momento ella tuvo muy poca cosa que hacer. Los empujones y gruñidos habían sido íntimos y absurdos, pero después de eso se descubrió pensando en él en términos más cariñosos. Tal vez el vínculo que el sexo desarrollaba estaba hecho de esa combinación de indulgencia compartida e indignidad.

Con todo, le gustaba que él estuviera dormido. Ahora ella estaba sobria y, entre la excitación de la tarde y su sobriedad actual, no se creía capaz de descansar. Si él hubiera estado despierto, intentando mantener alguna conversación o de actuar como anfitrión, habría sido algo incómodo. Era mejor que roncara, abrazara su almohada y la dejara pensar.

Si el envío de primavera se había hecho con rapidez, si el comercio marítimo había salido un poco antes, si habían sucedido cientos de cosas que ni ella ni nadie en la ciudad tenía forma alguna de saber, los barcos procedentes de Narinisle podían llegar al día siguiente. O podían pasar semanas, o incluso un mes, antes de que los comerciantes supieran a cuánto ascendían sus fortunas. Los informes de los capitanes llevarían la última información que necesitaba: la actividad de los piratas, el estado de los puertos del norte y las probabilidades de que se desatara una guerra en la Costa Norte o se produjeran nuevas acciones militares en Antea. En tal caso, el gobernador estaría esperando su propuesta sin demora.

Se imaginó la llegada del auditor. Tal vez se tratara del propio Komme Medean. Lo recibiría con una sonrisa y lo conduciría a sus habitaciones. O puede que fuera en la cafetería. Eso sería todavía mejor. El maestro Asanpur, con su ojo lechoso, lo conduciría hacia la habitación privada del fondo y ella se levantaría de la mesa para saludarlo. Tendría los libros preparados, y la contabilidad ya hecha. Se lo imaginaba como un hombre mayor, con ojos fieros y grandes manos.

Él revisaría sus asientos contables y sus contratos, y su expresión se suavizaría. La confusión y la ira desaparecerían, y dejarían paso a la admiración. ¿Realmente le

había ido tan bien con el dinero del banco? ¿Realmente había salvado todo el dinero, y no solo eso, sino que también lo había acrecentado? En la oscuridad, ella practicaba cómo alzaría las cejas.

—No ha sido nada —dijo con voz suave pero audible.

Extraería de debajo de su silla la caja con el informe anual y su contribución a la compañía controladora. Él lo revisaría, y asentiría. Y después, cuando todo hubiera cuadrado, solo entonces extraería el acuerdo con el gobernador de Porte Oliva y le entregaría las llaves del comercio meridional. Se había imaginado cómo le temblarían las manos a él al ver cuán brillante era lo que ella había hecho. Una muchacha mestiza, sin padre ni madre, había puesto en marcha todo aquello. «Pero solo —diría ella— si admitís mi sucursal».

—El Banco de Porte Oliva es mío —dijo, y después, con la voz grave y áspera de su auditor imaginario—: Desde luego, magistra.

Cithrin sonrió. Le gustaba aquella ensoñación. Y de verdad, ¿por qué no? Ella había impedido que el príncipe y los anteanos requisaran las riquezas de Vanai. Había sido ella quien las había protegido. Una vez que demostrara que podía administrar el banco, ¿por qué no iba a dejarla en su puesto la compañía controladora? Se había ganado su banco y la vida que conllevaba. El auditor lo vería. Komme Medean lo vería. Ella podía hacerlo.

Algún insecto diminuto e invisible le hizo cosquillas en una mano, y ella se lo quitó con la otra. Su rival y amante murmuró algo y cambió de posición. El hecho de que durmiera la hizo sonreír, y también la áspera textura de su piel. Casi le daría pena vencerlo. Pero solo casi.

Como llegada de una vida anterior, la voz atronadora de Yardem Hane le habló desde el recuerdo. «No existe ninguna arma natural femenina». Ahora sabía que eso no era cierto.

Cuando bajó de la cama, él no se movió. Sus ropas estaban perdidas en algún lugar, en un embrollo sobre el suelo, en la oscuridad. No quería arriesgarse a despertarlo, así que cuando encontró la túnica que él se había quitado se la colocó por la cabeza. Le llegaba hasta los muslos. Era suficiente. Fue de un trotecito hasta la esquina de la habitación y barrió el suelo con los dedos hasta dar con él: unos calzoncillos de cuero y una llave de metal que Qahuar Em siempre llevaba contra la piel.

Bueno, casi siempre.

Sentía el frío contacto de los ladrillos contra la planta de los pies, y el sonido de sus pasos era casi indistinguible del silencio. El recinto estaba cerca del puerto. Tenía habitaciones pequeñas y apiñadas, pero estaban distribuidas alrededor de un pequeño jardín. Los cuatro sirvientes eran jasuru puros, y solo el esclavo de la puerta permanecía en su puesto durante la noche. Puede que Qahuar Em fuera el portavoz de

un gran clan lyoneiano, pero en Porte Oliva el espacio era caro, y tener un hogar más lujoso que los de los nobles locales era un gesto jactancioso que no le traería ningún beneficio. Cithrin giró una esquina en la oscuridad y contó tres puertas a su derecha. La tercera era de roble con flejes y herrajes de hierro. Buscó la cerradura e introdujo con cuidado la llave robada. Cuando la hizo girar, el chasquido del mecanismo sonó como un grito. Se le aceleró el corazón, pero nadie dio la voz de alarma. Abrió la puerta y se escurrió dentro de la oficina privada de Qahuar.

Los postigos estaban cerrados y trabados, pero cuando los descorrió le bastó con la luz de la media luna para distinguir formas. Había un escritorio. Una caja fuerte atornillada al suelo. Una estantería con forma de entramado repleta de rollos y cartas plegadas. Un farol con tapa, con sus anillos de pedernal tallado y acero labrado colgados en una cuerda. Cithrin golpeó los anillos y encendió la mecha, después cerró rápidamente los postigos y los trabó. Lo que habían sido sombras y siluetas surgió a la vida en matices de penumbra anaranjada y gris. La caja fuerte estaba cerrada, y la llave de la oficina no entraba en la cerradura. El escritorio estaba vacío, salvo por una botella de tinta verde del tamaño de un pulgar y un estilete de metal. Se dirigió hacia los rollos y las cartas, y los evaluó con rapidez, asegurándose de mantener el orden de cada montón para poder colocarlos en su sitio, tal como estaban a su llegada.

Notaba la ansiedad que le atenazaba el vientre, y el rápido latido de su corazón, pero evitó pensar en ello. Ya se permitiría experimentar aquellos sentimientos cuando fuera el momento oportuno. Una carta del gobernador le agradecía un regalo a Qahuar. El chocolate estaba exquisito y la esposa del gobernador se lo agradecía especialmente. Cithrin dejó la carta en su sitio. Un pergamino sin enrollar contenía un listado con los nombres y rangos de varias docenas de personas, ninguna de las cuales significaba nada para ella. La dejó donde estaba.

Un zorzal cantó del otro lado de la ventana cerrada. Cithrin se pasó los dedos por el pelo. Alguna de aquellas cosas tenía que servir para algo. En algún lugar, entre todos aquellos papeles, Qahuar debía de haber dicho algo acerca de cómo sería su oferta al gobernador. Extendió el brazo para coger otra carta y rozó el farol. El objeto de vidrio y metal se tambaleó, vaciló y ella lo cogió justo a tiempo. Un segundo más y se habría caído. Se habría hecho añicos. Habría incendiado la habitación. Cithrin lo colocó cuidadosamente en medio del escritorio y reemprendió su búsqueda con manos temblorosas.

Parecían haber pasado horas cuando lo encontró. Un largo pergamino de fino algodón. Las líneas de signos estaban lo suficientemente espaciadas como para que Qahuar hubiese podido escribir el mensaje debajo de ellas. Cithrin recorrió las palabras con las puntas de los dedos. Las había escrito un anciano del clan, y eran todo lo que Cithrin esperaba descubrir. Podían comprometer quince naves en el esfuerzo, cada una de ellas tripulada por dos docenas de marineros. Cithrin continuó



leyendo mientras sus dedos hacían un suave rumor al rozar la tela. En compensación, pedirían un dieciséis por ciento de cada operación en cada puerto, en concepto de compañía y protección de los barcos, o el diecinueve por ciento si solicitaban la garantía del clan. El anciano estimaba el desembolso inicial en dos mil monedas de plata, con un beneficio para el clan de quinientas por temporada. El acuerdo los vincularía por una década completa.

El magíster Imaniel se había referido a menudo a las herramientas de la memoria. La tinta era mejor, pero escribir los números y llevarlos consigo al salir de la casa era un riesgo que no tenía por qué correr. Quince barcos con dos docenas de hombres.

—A la edad de quince, había tenido dos docenas de hombres —dijo para sí Cithrin.

Dieciséis por ciento, sin garantía, diecinueve por ciento con garantía. Por lo cual, la garantía valía tres.

—Dieciséis por compañía, y tres más por amor.

Dos mil para comenzar, con un beneficio estimado de quinientos por año en un acuerdo de diez años.

—Dio dos mil besos y recibió quinientos, y murió sola diez años después.

En el pergamino había más detalles —las especificaciones de las naves, los nombres de los capitanes de cada una de ellas, las rutas que se alentaría a tomar al comercio—, y leyó todo lo que pudo, pero en el fondo ya tenía lo que necesitaba.

Volvió a colocar el pergamino, puso el farol en su sitio y apagó la mecha. Acostumbrada a la luz, la oscuridad le pareció absoluta. El olor del pábilo quemado era acre e intenso. Cerró los ojos y, haciendo figuras con los dedos a lo largo del muro, encontró el camino hasta la puerta. Se escabulló por el corredor, hizo girar la cerradura y regresó casi brincando a la habitación de Qahuar. Colocó la llave en el rincón donde la había encontrado, se quitó la túnica y se deslizó rápidamente otra vez en la cama.

Qahuar murmuró algo y le puso un brazo en el vientre.

—¡Qué fría! —exclamó él con voz pastosa.

—Me calentaré enseguida —dijo ella, y sintió la sonrisa de Qahuar tanto como la vio. Él la acarició con la nariz y ella intentó relajarse. Cerró los ojos y repitió su rima en la intimidad de sus pensamientos.

«A la edad de quince, había tenido dos docenas de hombres, dieciséis por compañía y tres más por amor. Dio dos mil besos y recibió quinientos y murió sola diez años después».

—Bueno, pareces agotada —observó el capitán Wester apoyado contra la pared junto al tiesto de tulipanes donde solía detenerse el viejo pregonero de los apostadores—. Ya estaba empezando a pensar que tendríamos que montar una partida

y traerte por la fuerza.

—Te dije que no regresaría —le advirtió Cithrin, mientras pasaba junto a él hacia su entrada privada. Él la siguió como si ella lo hubiera invitado.

—Se supone que a mediodía tienes una reunión con esa mujer del gremio de fabricantes de agujas. Es probable que ahora mismo esté de camino hacia la cafetería. A menos que tengas pensado usar ese mismo vestido...

—No puedo reunirme con ella —se excusó Cithrin mientras subía la escalera. Ella sintió que los pasos de capitán titubeaban y después se apresuraban para alcanzarla. Cuando habló, su voz era cuidadosa y cortés. Le sonó como si él le hablara desde un kilómetro de distancia.

—¿Quieres darle algún motivo?

—Envía a alguien. Dile que estoy enferma.

—Bien.

Cithrin se sentó en su diván y miró a Wester con el ceño fruncido. El capitán tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los labios apretados. En realidad, no era mucho mayor que Qahuar Em. Cithrin se quitó uno de sus zapatos y se masajeó el pie. Tenía la planta muy sucia. Su vestido colgaba de ella como si la tela misma estuviera agotada y sudorosa.

—No he dormido. De todos modos no la puedo ayudar.

—Si tú lo dices —asintió Wester, y se dispuso a salir. Una repentina ola de inquietud abrumó a Cithrin. No había caído en la cuenta de cuánto deseaba no quedarse sola.

—¿Todo ha ido bien durante mi ausencia? —preguntó, y la voz le salió a borbotones.

Wester se detuvo al pie de la escalera.

—Todo bien —aseguró él.

—¿Estás enfadado conmigo, capitán?

—No. Voy a decirle a la mujer de los fabricantes de agujas que estás demasiado enferma como para reunirme con ella. Supongo que le enviaremos una notificación cuando estés mejor, ¿no es así?

Cithrin se quitó el otro zapato y asintió. Wester bajó la escalera. La puerta se cerró con un chasquido. Cithrin se tumbó. La noche había ido tal como ella esperaba, pero la primera luz azul del amanecer la había dejado agotada. Sentía el cuerpo débil y tembloroso, como en aquellas noches de la caravana, cuando el sueño se le escapaba. Se había convencido a sí misma de que aquellos días habían llegado a su fin, pero estaba equivocada. Y ahora, lo dijera o no, Wester estaba enfadado, y a ella le sorprendía cuánto le dolía su desaprobación.

Pensó en llamarlo, explicarle que se había dejado seducir por una razón. Que irse a la cama con Qahuar Em solo había sido una estratagema. Cuanto más ensayaba las

palabras, peor le sonaban. Se elevaron voces del piso de abajo. Los guardias a quienes Wester había contratado. A juzgar por el ruido, estaban jugando a los dados. Le dolía la espalda. Alguien, allá abajo, gritó de pena y otros rumiaron expresiones de compasión. Cithrin cerró los ojos con la esperanza de que la vuelta a su habitación la relajara lo suficiente como para descansar. En lugar de ello, su mente se movía y brincaba cada vez más rápido, como una pelota que bajara por una colina infinita.

Quince barcos podían dividirse en tres grupos iguales de cinco, o en cinco de tres, por lo que tal vez el clan de Qahuar esperaba que los barcos mercantes se dividieran en los tres puertos principales, probablemente Carse, Lasport y Asinport. Pero ¿y si preveían que el comercio llegara más allá de Asterilhold, a Antea, Sarakal o Hallskar? Dos docenas de hombres en una sola nave no eran moco de pavo, pero ¿trabajarían bien los marineros lyoneianos en las aguas frías del norte? ¿Podía ella argumentar que, dados sus vínculos con Carse, estaría en condiciones de proporcionar barcos más experimentados en esas aguas? Y si ofreciera ese argumento, ¿sería verdad?

¿Y por qué la había traicionado Opal? ¿Y por qué había dejado Dios que el magíster Imaniel muriera? ¿Y Cam? ¿Y sus padres? ¿Y Sandr todavía la deseaba? ¿Sería Cary su amiga aún? ¿Todavía aprobaba maese Kit quién y lo que era Cithrin? ¿Qué hacían los demás cuando no tenían amigos y sus amantes eran sus enemigos? Debía de haber algún modo mejor de hacer las cosas.

Las lágrimas le llenaron los ojos y resbalaron por sus mejillas. No se sentía triste. Apenas sentía nada que no fuera el cansancio y el enfado consigo misma. Estaba sufriendo una especie de ataque. Esperaría hasta que hubiera pasado. El juego de dados cambió y dos voces masculinas empezaron a cantar, uniéndose y separándose.

Cithrin se obligó a sentarse. Luego, a ponerse de pie. Después se quitó las ropas de la noche anterior y se puso una simple falda y una blusa. Se ató el cabello hasta que vio las pequeñas marcas de los mordiscos que le había dejado Qahuar en el cuello, y dejó que el pelo las cubriera otra vez. Llenó la pequeña jofaina que había junto a su cama y se lavó la cara. Las pinturas que había dejado Cary estaban ahí, y Cithrin sopesó la posibilidad de reconstruir a la magistra Cithrin del Banco Medeano. Decidió que no lo haría —bastante pocas energías tenía ya—, y bajó la escalera.

Cuando abrió la puerta, la compañía enmudeció. Los dos primera sangre se miraron y después miraron hacia otro lado. El más pálido estaba visiblemente ruborizado. El kurtadam inclinó la cabeza.

—Perdónanos, magistra —se disculpó—. No sabíamos que estuvieras aquí.

Cithrin hizo un gesto con la mano como para despejar toda preocupación.

—¿Y Yardem? —preguntó.

—En la habitación trasera, magistra —le indicó el kurtadam.

Cithrin pasó junto a los guardias en dirección al fondo, y se adentró en la

oscuridad. Yardem Hane estaba tumbado en un catre largo y bajo, con los dedos entrelazados sobre la barriga.

—¿Te ayudo, señora?

—Humm. Sí. Yardem. Tú conoces al capitán mejor que nadie.

—Es cierto —reconoció el tralgu, con los ojos aún cerrados y la voz calmada.

—Creo que es posible que lo haya molestado —dijo ella.

—No serías la primera, señora. Si eso se transforma en un problema, el capitán te lo dirá.

—Está bien.

—¿Algo más, señora?

El tralgu no se movió, aparte del subir y bajar de su pecho.

—Me he acostado con un hombre y ahora voy a traicionarlo —añadió ella, y su voz sonó tan gris y tan dura como una laja—. Tengo que hacerlo para conservar mi banco, pero creo que me siento culpable al respecto.

Yardem abrió un blando ojo negro.

—Yo te perdono —dijo el tralgu.

Cithrin asintió. Cerró la puerta al salir, después se abrió paso hasta la calle y subió su escalera privada. En el piso inferior reinaba ahora silencio; sabían que la propietaria de la casa podría oírlos. Cithrin se sentó ante su escritorio, sacó los libros y comenzó a bosquejar la propuesta con la que vencería a Qahuar Em.

## GEDER

Geder no sabría decir a ciencia cierta por qué había abandonado la senda del dragón. Al principio, el único motivo era que el viento y el tiempo habían acumulado polvo del desierto y nieve compactada sobre el camino, aun entre los escasos caravasares dispersos que se hacían pasar por ciudades en el Keshet. Después, el último de los grandes lugares de reunión quedó atrás, y el jade del camino se hizo más escaso, en tanto que el marrón de la tierra y el amarillo de las hierbas del desierto se hicieron más comunes. Después, la senda se convirtió apenas en una extensión en la que el matorral y las hierbas eran más bajos, con sus raíces trabadas varios centímetros por debajo de la superficie.

Y después desapareció, y Geder comenzó a cabalgar por las montañas y los valles del extremo oriental del mundo. Los árboles eran delgados y retorcidos, con una corteza gruesa y casi filamentososa que parecía diseñada para imitar la piedra. Por las noches, pequeñas lagartijas con colas de un amarillo brillante corrían por el suelo y entre las tiendas. A menudo, al amanecer se encontraba con algunas de ellas muertas en los morrales de los caballos. El agua empezó a escasear lo suficiente como para que en cada lodoso hilillo de agua que encontraban sus cinco sirvientes llenaran todo lo que podía contener humedad y, a pesar de ello, las provisiones de agua de Geder se redujeron a menos de la mitad. Todas las noches oía a los sirvientes hablar de salteadores de caminos y espíritus inmundos que vagaban por los lugares vacíos del mundo. Aunque no aparecieron nuevos peligros, seguía sin dormir bien.

Geder había pasado la mayor parte de su vida dentro de los límites de Antea. Para él, los viajes consistían en ir de Rivenhalm a Camnipol o, con la partida de caza de invernal del rey, a Kavinpól, Sevenpól o Estinport. Había estado una vez en Kaltfel, la ciudad real de Asterilhold, cuando era crío, para observar cómo una oscura relación se formalizaba en un matrimonio. Y había ido de campaña a Vanai a las órdenes de lord Ternigan y, después, de sir Alan Klin. Jamás se había imaginado que viajaría solo (o casi solo) por territorios tan yermos y apartados que los aldeanos del lugar nunca hubieran oído hablar de Antea ni del Trono Escindido. Pero cuando llegó a un grupo de cabañas amontonadas alrededor de un pobre lago de apariencia hambrienta, los cautelosos hombres que salieron a recibirlo sacudieron la cabeza y se encogieron de hombros.

Lo mismo habría dado que les dijera que venía de las estrellas o de las profundidades de la tierra. Para ellos habría sido igual, o tal vez habría tenido más sentido. Los habitantes de las montañas eran primera sangre, pero de una complejión verde oliva uniforme, con ojos oscuros y cabellos gruesos como el alambre, que los hacían parecer miembros de una gran familia. Algunos conocían las lenguas civilizadas lo suficiente como para comerciar con los puestos de avanzada, pero en su

mayoría hablaban un dialecto local que Geder apenas conseguía distinguir gracias a algunos de los antiguos libros que había leído. Sentía que había cabalgado hacia el oscuro pasado.

—Sinir —dijo Geder—. ¿Estas son las montañas Sinir?

El joven miró atrás, hacia la docena de hombres que habían llegado a la aldea, y se relamió los labios.

—Aquí no —respondió el hombre—. Al este.

Por un lado, todos los hombres con quienes se encontraba en las vacías y escarpadas montañas parecían reconocer la palabra, parecían saber a qué se refería cuando les preguntaba. Por otro lado, hacía dos semanas que las montañas Sinir estaban justo un poco hacia el este, retrocediendo ante él como un espejismo. Las estrechas y polvorientas sendas serpenteaban por los valles y las empinadas faldas rocosas. Eran poco más que caminos de cabras, y más de una vez Geder se preguntó si ya había dejado atrás toda población humana, solo para encontrar otra aldea, pequeña y desesperada, al girar el siguiente recodo.

—¿Puedes mostrármelas? —preguntó Geder—. ¿Puede llevarme allá uno de tus hombres? Te pagaré con cobre.

No era que el cobre tuviera ningún efecto en particular sobre esta gente. Las monedas no tenían más valor allí que los guijarros, y unas piedras pequeñas, sobre todo si hubieran sido brillantes, habrían funcionado igual. Su capa de cuero negra le habría sido de más utilidad, pero no quería separarse de ella. Además, ninguna de las personas con quienes había coincidido desde que abandonó el Keshet para adentrarse en esos territorios sin cartografiar había mostrado el menor interés por sus ofertas. Preguntaba por hábito. Porque siempre lo había hecho antes. No albergaba ninguna esperanza real de que aceptaran el intercambio.

—¿Por qué quieres ir allá? —preguntó el joven.

—Estoy buscando algo —respondió Geder—. Un lugar antiguo. Muy antiguo. Tiene que ver con los dragones.

El hombre se relamió los labios otra vez, titubeó y asintió.

—Conozco el lugar del que hablas. Pasa la noche aquí, y mañana podré llevarte allá.

—¿En serio?

—Quieres ir al antiguo templo, ¿verdad? Donde viven los hombres santos.

Geder se inclinó hacia atrás. Era la primera vez que oía hablar de un templo o de sacerdotes, y el corazón se le aceleró. En algunos de los ensayos sobre la caída del Imperio del Dragón se recopilaban cuentos y referencias relativos a cámaras en las que los dragones dormían un sueño permanente, ocultos en los confines más lejanos del mundo. Aquella podría ser una cámara oculta con libros, pergaminos, leyendas y tradiciones. Si podía convencer a la clase sacerdotal del lugar para que le permitieran

leer los libros o comprar unas copias... Intentó pensar qué podía ofrecer a cambio.

—¿Príncipe?

—¿Qué? —preguntó Geder—. Ah, sí. Sí, el viejo templo. Sí, quisiera ir ahí. ¿Es necesario esperar hasta la mañana? Podríamos salir ahora mismo.

—Por la mañana, señor —le respondió el joven—. Pasa la noche con nosotros.

La aldea constaba de un par de docenas de cabañas apiñadas en un bosquecillo de fresnos. Apenas tendría un centenar de habitantes, que vivían en una miseria árida y silenciosa. Sobre sus cabezas, muy alto, los halcones chillaban y planeaban en espiral hacia el sol. Geder y su escudero montaron la tienda junto a la orilla del lago, justo fuera del radio de la aldea, y organizaron los turnos de guardia nocturna de los sirvientes. Con cinco tal vez no hubiera ni para empezar si los lugareños se ponían farrucos, pero si bastaban como medida disuasoria, bienvenidos fueran.

Una anciana se acercó a su campamento al atardecer. Llevaba un cazo con raíces machacadas y trozos de carne. Se lo agradeció y le entregó algunas monedas de cobre que aún le quedaban. Después enterró la comida sin siquiera tocarla. El calor del día subía desde el suelo, y el frío de la noche llegaba desde el agua. Geder se tumbó en su catre, con la mente perfectamente despierta e inquieta. La peor parte del día era el largo y lento período de temores mientras esperaba la llegada del sueño. La escasa comida, la embrutecedora monotonía del camino y la profunda soledad lo carcomían, sí, pero en los momentos de silencio que mediaban entre el instante en que se tumbaba en la oscuridad y el auténtico olvido, todo aquello de lo que estaba huyendo parecía alcanzarlo.

Se imaginaba lo que habría sucedido en Camnipol. Habrían erradicado al grupo de conspiradores responsables del intento de derrocamiento, y ahorcado a sus miembros en las calles. Eso habría dejado esperanzas. O tal vez otra oleada de mercenarios hubieran asesinado a la mitad de la Corte. Se preguntaba si el padre de Jorey Kalliam le habría dado a este el mismo consejo que a Geder. ¿A qué parte del mundo habría ido Jorey si hubiera decidido evadirse de la conmoción reinante en Camnipol?

Geder se imaginaba de regreso en un reino completamente cambiado. ¿Y si Asterilhold había contratado a los mercenarios para dar el primer golpe previo a una invasión total? Cuando Geder regresara ya no existirían ni Antea, ni el Trono Escindido ni Rivenhalm. Su padre podría estar muerto.

O tal vez Klin y sus hombres hubieran recuperado el favor de la Corte. Geder se imaginaba cabalgando a través de la puerta oriental, solo para descubrir que los guardias tenían órdenes de apresarlos y arrojarlos a la cárcel pública. Estaba de pie sobre una plataforma, mirando un mar de rostros chamuscados y quemados —Vanai, aniquilada por una orden suya— antes de caer en la cuenta de que en realidad estaba soñando.

Por la mañana, los sueños se desvanecieron y sus sirvientes le llevaron un par de puñados de manzanas deshidratadas y una taza de latón con agua. Media docena de hombres se había reunido en la embocadura del sendero. Detrás de ellos esperaba un carro bajo cargado con cestas de judías secas y tres cabras recién sacrificadas. Al parecer eran ofrendas para el templo. El hombre de más edad aplaudió rápido y fuerte, y los demás cogieron unas cuerdas gruesas y comenzaron a arrastrar el carro a través del fino polvo. Geder los siguió a caballo; era el único miembro del grupo que iba montado.

El sendero que siguieron serpenteaba por las colinas y se aferraba a bordes de grietas y acantilados. La roca cambió. Se hizo más escarpada y filosa, como si los siglos de erosión no hubieran conseguido vencerla. Geder se descubrió especulando sobre la relación existente entre el paisaje y las sendas del dragón. ¿Era posible que le hubieran otorgado la misma permanencia a aquellas tierras quebradas? ¿Era eso lo que distinguía las montañas Sinir de las otras que las rodeaban?

Las formas de algunas rocas resultaban especialmente orgánicas. Había curvas suaves y casi elegantes, y también lugares donde las piedras parecían encajar como si fueran huesos articulados. Pasaron por un prado repleto de terrazas curvas cuyos bordes eran de una piedra pálida y porosa que no se correspondía con las rocas del árido desierto a las que Geder se había acostumbrado, ni a aquella nueva y desigual geografía. Parecía como si allí hubiera muerto un gigante y hubiera caído a tierra en un cataclismo, dejando sus costillas expuestas. Geder levantó la vista y descubrió el cráneo.

La enorme frente era tan larga como un caballo. Geder podría haberse metido por las órbitas vacías. El morro desaparecía bajo la tierra, como si el dragón caído estuviera bebiendo de la tierra misma, y a la mandíbula todavía se aferraban cinco grandes dientes tan largos como espadas. Los siglos de feroz exposición a la luz solar habían blanqueado el hueso, pero ni el viento ni la arena ni la lluvia lo habían desgastado. Geder detuvo su montura, boquiabierto. Los aldeanos todavía arrastraban su carro, hablaban entre ellos o se pasaban odres llenos de agua. Geder desmontó y caminó hasta el cráneo. Titubeó, extendió una mano y tocó el hueso del dragón, caliente bajo la luz del sol. El cadáver llevaba miles de años allí. Desde antes del comienzo de la historia de la humanidad.

—¡Príncipe! —lo llamó el joven de la aldea—. ¡Ven! ¡Ven!

Temblando, Geder montó de nuevo y se acercó al trote.

El sol no se había movido más de un palmo cuando la compañía dio un último rodeo alrededor de un grupo de enormes bloques dispersos, cada uno de los cuales era del tamaño de un barco. Y apareció el templo, excavado en la roca de la montaña. Los oscuros agujeros de las entradas y las ventanas miraban hacia el paisaje. Geder tuvo la breve sensación de que lo observaba un único e inmenso ojo insectil. Un muro



tan alto como las defensas de Camnipol señalaba el final del sendero. De la roca surgían, como centinelas, enormes estatuas de lo que en tiempos habían sido figuras humanas, y cuyos rasgos habían sido erosionados hasta no ser más que protuberancias y muñones. Sobre ellas destacaba, aún más inmenso, un dragón con las alas abiertas.

Grandes estandartes flameaban con la brisa, uno en cada una de las trece estatuas. Cada estandarte tenía el campo de un color diferente —azul, verde, amarillo, anaranjado, rojo, marrón y negro en trece tonos distintos— con un círculo claro en el centro, dividido en ocho secciones por cuatro líneas.

«Su sello mostraba los puntos cardinales e intercardinales, las ocho direcciones del mundo en las cuales no podía ocultarse falsedad alguna». El signo del Sirviente Honesto. A Geder le brotaron lágrimas de los ojos, y lo inundó algo semejante al alivio. Tal vez el triunfo. Había llegado. Había encontrado en lugar que estaba buscando.

Se acercó más. A cada paso que daba, Geder comprendía un poco más la abrumadora escala del lugar. En el muro había una inmensa puerta de hierro, imponente y amenazadora, sobre la cual estaban escritas, en brutales caracteres, las palabras «Khinir Kicgnam Bat». Cada letra era del tamaño de un hombre. Geder entornó los ojos mientras las observaba, esforzándose por traducirlas, medio ebrio aún de asombro.

Atado no es roto.

Los aldeanos detuvieron el carro cuando aún faltaban cincuenta metros para llegar a las grandes puertas de hierro. Geder veía, ahora, que una sección de la puerta tenía un complejo mecanismo de engranajes giratorios. Los dientes trabados entre sí chasquearon y se desplazaron, y la sección de hierro se abrió como una cortina. Seis hombres salieron por la abertura y se dirigieron hacia ellos. Tenían los mismos rasgos que los aldeanos, aunque con las mejillas menos redondeadas y el pelo lustroso de aceite. Vestían túnicas negras, ajustadas con cadenas a la cintura, y sandalias atadas a los tobillos. Los hombres de la aldea se arrodillaron. Geder se inclinó ante ellos, pero no llegó a desmontar. Su caballo se movió inquieto.

Los sacerdotes se miraron entre ellos, y luego se volvieron al joven que había conducido el grupo.

—¿Quién es este? —preguntó el más anciano de ellos.

—Un forastero —explicó el joven—. Ha venido en busca del Sinir. Te lo hemos traído, tal como nos dijo el kleron.

Geder espoleó su caballo para que se acercara. La magnificencia del lugar había inquietado al animal, pero Geder mantuvo las riendas firmes. El sacerdote más anciano avanzó hacia él.

—¿Quién eres? —le preguntó el monje.

—Geder Palliako, hijo del vizconde Palliako de Rivenhalm.

—No conozco ese lugar.

—Soy súbdito del rey Simeon de Antea —prosiguió Geder. Y como el sacerdote siguiera sin responder—: Antea es un reino muy importante. Un imperio, en realidad. Es el centro de la cultura y el poder de los primera sangre.

—¿Por qué has venido?

—Bueno —comenzó Geder—, es una larga historia. Estuve en Vanai. Es una de las Ciudades Libres o, en realidad, lo fue. Ya no existe. Pero encontré unos libros, y en ellos se mencionaba este... Eh... Lo llamaban el Sirviente Honesto, o el Sinir Kushku, y se suponía que lo había diseñado el dragón Morade durante la caída del imperio, y pensé que si podía utilizar las diferentes descripciones relativas a su emplazamiento, comparando las épocas en las que se habían realizado, yo podría... encontrarlo.

El sacerdote frunció el ceño.

—¿Por casualidad no habrás oído hablar del Sirviente Honesto? —le preguntó Geder.

Se preguntó qué haría si el hombre le respondía que no. No podría resignarse a regresar sin más. No, después de lo que había visto.

—Nosotros somos los sirvientes del Sirviente —aclaró el hombre. Su voz estaba plena de orgullo y certeza.

—¡Excelente! ¡Eso es lo que yo esperaba! ¿Puedo... —Las palabras de Geder se atropellaban las unas a las otras, y tuvo que detenerse, toser, y tranquilizarse—. Esperaba que... si tenéis archivos... O si pudiera hablar contigo. Averiguar más al respecto.

—Espera aquí —le ordenó el sacerdote.

Geder asintió, pero el hombre ya se había marchado. Los sacerdotes arrastraban el carro a través de la abertura de la puerta de hierro, y los aldeanos regresaban con otro muy parecido. Mientras Geder observaba, los sacerdotes desaparecieron en su templo y los demás hombres se alejaron por el sendero, agitando sus manos a modo de saludo y sonriendo, de vuelta a sus hogares. Geder permaneció donde estaba, atrapado entre el deseo de ver el templo que había detrás del muro y el temor de quedarse solo sin poder hallar el camino de regreso a través de las montañas. Los engranajes de la puerta se movieron otra vez, y la cerraron. El carro de los aldeanos desapareció detrás de los bloques del recodo. Geder permaneció sobre la montura, intentando no mirar a los cinco sirvientes a quienes había arrastrado por todo el mundo conocido hasta aquella futilidad. Un halcón chilló a lo lejos.

—¿Montamos el campamento, mi señor? —le preguntó su escudero.

Cayó la noche. Geder estaba sentado dentro de su tienda. Los muros murmuraban en la brisa. En su pequeño escritorio, a la luz de su única vela, leyó los libros que ya

había leído una decena de veces. Sus ojos se bebían las palabras sin darles ningún sentido.

La sensación de desengaño, de rechazo y de rabia iba creciendo lentamente en sus vísceras, con la certidumbre cada vez mayor de que los sacerdotes no volverían a salir. Lo habían dejado en la puerta como a un mendigo, hasta que lo comprendiera y se marchara renqueante. De regreso a Camnipol, de regreso a Antea, de regreso a todas las cosas de donde venía.

Había llegado al final de su viaje. Ni siquiera podía fingir motivo alguno para continuar avanzando. Había atravesado dos naciones, montañas y desiertos solo para recibir aquel desaire final. Volvió una página sin saber qué se decía en ella, y sin que eso le importara mucho. Se imaginó de regreso, contando su historia. La vidente jasuru, los huesos del dragón, y el misterioso templo escondido.

«¿Y después? —le preguntarían—. ¿Y después, qué, lord Palliako?»

Mentiría. Les contaría una historia sobre unos sacerdotes degenerados y su culto vacío y lamentable. Escribiría ensayos en los que describiría con todo lujo de detalles todas las perversiones que le vinieran a la cabeza, y se las atribuiría todas al templo. De no haber sido por él, por Geder Palliako, aquel lugar se habría perdido totalmente para la historia. Si consideraban apropiado tratarlo de ese modo, él podía ocuparse de que se lo recordara como él considerara apropiado.

Y los sacerdotes no lo sabrían jamás, ni les importaría. Así pues, ¿qué tendría todo eso de placentero? Llegaría la mañana, haría desmontar la tienda y comenzaría el viaje de regreso. Tal vez en una de las ciudades del Keshet pudiera encontrar a algún comerciante que aceptara una carta de crédito, para comprar algunas provisiones decentes. O podría detenerse en la aldea y decirles que los sacerdotes les ordenaban entregarle a él todas sus cabras. Eso casi merecería la pena.

—¡Mi señor! ¡Mi señor Palliako!

Geder ya había salido de la tienda casi antes de oírlo. Su escudero señalaba la oscura puerta de hierro. La pequeña puerta lateral todavía estaba cerrada, pero entre dos gigantescos paneles se había formado una sombra mayor, una línea de oscuridad.

Salió un hombre, y se dirigió hacia ellos. Luego salieron dos más. Llevaban unas espadas sujetas a las espaldas mediante correas. Geder hizo un gesto con la mano, y sus sirvientes se apresuraron a encender las antorchas. El primer hombre era enorme, y ancho de caderas y de hombros. Ya no tenía cabello, y su calva relucía bajo la luz de la luna. A la luz de las antorchas, su túnica parecía negra, aunque en realidad podría ser de cualquier color. Los guardias que lo seguían llevaban túnicas parecidas a las de los sacerdotes con quienes había coincidido antes, pero de una tela más fina, y las espadas enfundadas tenían empuñaduras y vainas de un verde iridiscente.

—¿Eres tú el príncipe Palliako que ha venido a aprender sobre el Sinir Kushku? —preguntó el gigante. Luego habló con suavidad; su voz tenía el peso del trueno. Al

oírlo, Geder sintió que la sangre se le movía en las venas.

—Lo soy.

—¿Qué ofreces a cambio?

«No tengo nada —pensó Geder—. Un carro y algunos sirvientes. Me he gastado casi todo mi dinero en llegar hasta aquí y, en todo caso, ¿qué podríais comprar con él? No parece que fuerais a ir al mercado y...».

—¿Noticias? —preguntó Geder—. Puedo daros informes sobre el mundo. Dado que estáis tan... alejados.

—¿Tienes intención de hacer daño a la diosa?

—En absoluto —aclaró Geder, sorprendido por la pregunta. Ninguno de los libros que había leído mencionaba ninguna diosa.

El gigante hizo una pausa, sumido en sus pensamientos durante un instante. Asintió.

—Ven conmigo, entonces, príncipe, y hablemos de tu mundo.

## DAWSON

Verano en Osterling Fells. Dawson se levantaba con el sol, y se pasaba el día cabalgando sus tierras, atendiendo las tareas que los asuntos del invierno y las intrigas de la primavera habían dejado sin realizar. Había que rehacer los canales que regaban los campos del sur. Una de las aldeas del oeste se había incendiado a finales de primavera, y Dawson se encargó de reconstruirla. Habían atrapado a dos hombres cazando venados en sus bosques, y asistió al ahorcamiento. Allá adonde iba, sus súbditos le ofrecían honores, y él los aceptaba, porque era lo que le correspondía.

La hierba crecía en los caminos. Los árboles extendían sus anchas hojas, de color verde reluciente y plata, a las brisas y la luz del sol. Dos días de este a oeste, cuatro de norte a sur, con senderos de montaña para cazar, su propia cama para dormir y una bóveda de perfectos cielos azules sobre su cabeza. Dawson Kalliam no podía imaginar una prisión más lujosa donde pasar el tiempo mientras el reino se caía a pedazos.

La propiedad en sí vibraba con la actividad. Los hombres y mujeres de la casa no estaban más acostumbrados a la presencia de su señor durante los largos días de estío que a su ausencia durante los meses de invierno en los que no participaba en la partida de caza del rey. Dawson sentía el peso de su consideración. Todo el mundo sabía que lo habían enviado al exilio por toda la temporada, y no cabía duda de que las habitaciones de los sirvientes y los establos bullían con cuentos, especulaciones y cotilleos.

Sentirse agraviado al respecto tenía tanto sentido como enfadarse con los grillos por el hecho de que cantaban. Eran la gente baja, la gente menor. No entendían nada que no les pusieran delante de sus mismas narices. Dawson no tenía motivos para tratar sus opiniones sobre el ancho mundo con mayor consideración de la que tendría con una gota de lluvia o un brote de un árbol.

En cambio, de Canl Daskellin había esperado más.

—¿Otra carta, querido? —preguntó Clara mientras él avanzaba por la larga galería.

—No me dice nada. Escucha esto —dijo Dawson sacudiendo las páginas. Buscó el pasaje—. «Su majestad continúa en un estado de salud precario. Sus médicos sospechan que el peso de la revuelta de los mercenarios lo ahoga, pero espero que haya mejorado mucho para el invierno». O esto. «Lord Maas ha estado muy agresivo en su defensa del buen carácter de lord Issandrian, y está aprovechando al máximo el hecho de haber escapado a la censura». Es todo por el estilo. Provocaciones e indicios.

Clara dejó a un lado su labor. El calor de la tarde le había dejado unas perlas de sudor sobre las cejas y el labio superior, y un mechón de pelos se había liberado de su

peinado. Su vestido estaba hecho de una delgada tela estival que apenas escondía las formas de su cuerpo, más blando que el de una mujer joven y más cómodo consigo mismo. Se veía hermosa a la luz dorada que derramaban las ventanas.

—¿Qué esperabas, amor? —le preguntó—. ¿Un discurso directo, expuesto sin ambigüedades?

—Para eso, bien podría no haber escrito nada —dijo Dawson.

—Sabes que eso no es verdad, amor —le replicó Clara—. Aun cuando Canl no te esté dando todos los detalles de la Corte, el solo hecho de que te escriba ya es algo. Puedes juzgar a la gente en función de a quién escriben. ¿Has tenido noticias de Jorey?

Dawson se sentó en el diván, frente a ella. Al otro extremo de la galería apareció una criada, que se retiró al verlos en la estancia.

—Me llegó una carta de él hace diez días —comentó Dawson—. Dice que en la Corte todo el mundo camina con sigilo y habla en voz baja. Nadie se cree que esto haya acabado. Simeon debía nombrar al custodio del príncipe Aster el día de su bautismo, pero ya lo ha pospuesto tres veces.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —preguntó Clara.

—Por el mismo motivo por el que me envió a mí al exilio por las traiciones de Issandrian —respondió Dawson—. Teme que, si nos favorece, ellos tomen las armas. Y que, si los favorece a ellos, entonces nosotros tomemos las armas. Y con Canl moviendo de los hilos, no puedo decir que se equivoque al pensar así.

—Podría ir a rogarle a Phelia —se ofreció Clara—. Más o menos ha colocado a su esposo en el puesto de Canl, ¿no es verdad? Y Phelia y yo llevamos mucho tiempo sin vernos. Sería bueno hablar con ella otra vez.

—De ninguna manera. ¿Quieres que te envíe a Cannipol sola? ¿A Feldin Maas? No sería seguro. Te lo prohíbo.

—No estaría sola. Jorey estaría ahí, y me llevaría a Vincen Coe para que me mantuviera a salvo.

—No.

—Dawson. Amor —le rogó Clara, y en su voz había una dureza que él rara vez había oído en ella—. Te permití que me detuvieras cuando había mercenarios extranjeros por las calles, pero eso ya ha pasado. Y si nadie hace nada, el abismo no volverá a cerrarse jamás. Simeon no puede hacerlo, el pobre, porque no está en disposición de ordenar algo así. Ni tampoco tú ni Feldin podéis hacerlo, porque sois hombres y no sabéis cómo hacerlo. Así es como lo hacemos: mientras vosotros sacáis las espadas, nosotras comentamos quién llevaba el vestido más encantador en el baile, hasta que vosotros envaináis vuestras espadas. El hecho de que esto te haga sentir incómodo no significa que sea difícil.

—Ya hemos hablado de esto —dijo Dawson.

Clara alzó una ceja. El silencio duró tres latidos. Cuatro.

—Entonces necesitas organizar un ejército, ¿no? —le preguntó ella.

—Está prohibido. Forma parte de las condiciones de mi exilio estacional.

—Pues bien —suspiró Clara mientras retomaba la labor—. Le escribiré a Phelia esta misma tarde y le haré saber que estoy disponible para que me invite.

—Clara...

—Tienes toda la razón. Ni se me ocurriría ir sin escolta. ¿Quieres hablar tú con Vincen Coe, o lo hago yo?

A Dawson le sorprendió la ira que brotó en su interior. Se puso de pie, y se le cayó al suelo la carta de Canl Daskellin. Sentía unos deseos irrefrenables de coger algún libro, o una baratija, o una silla, y tirarlos al patio por la ventana de la galería. Clara se concentraba en la labor, y el delgado brillo de la aguja entraba en la tela y salía, entraba y salía. Tenía los labios apretados.

—Simeon también es mi rey —le reprochó ella—. La tuya no es la única sangre noble que hay en esta casa.

—Hablaré con él —masculló Dawson, forzando las palabras a través de su garganta apretada.

—Lo siento, cariño. ¿Qué has dicho?

—Coe. Yo hablaré con Coe. Pero si no va contigo, no irás.

Clara sonrió.

—Envíame a mi doncella cuando lo hagas, cariño. Quiero que me traiga mi pluma.

El pabellón de caza estaba más allá de los grandes muros de granito y jade de la hacienda. Era un edificio largo y bajo con el tejado de paja amarrado con largas cuerdas de cuero trenzado, y cargado con los cráneos y los huesos de las presas cazadas. El patio tenía hierbas en los bordes donde las botas de los hombres no pisaban, y dianas hechas con balas de heno para que los arqueros practicasen. El aire apestaba a la mierda de perro de las perreras contiguas, y un enorme árbol se arqueaba al lado del edificio, cargado de blancas flores estivales.

Las voces condujeron a Dawson a la parte trasera del edificio. Cinco de sus cazadores estaban de pie o sentados alrededor de la mesa que formaba un antiguo tocón, sobre el cual había queso fresco y pan recién hecho. Eran hombres jóvenes, y sus torsos estaban desnudos por el calor. Por un instante Dawson sintió una profunda nostalgia. En tiempos él se parecía mucho a ellos. Fuerte, seguro de su cuerpo y capaz de perderse en las alegrías de un día cálido. Y cuando él era así, Simeon estaba a su lado. Los años los habían privado de eso a los dos.

Uno de los jóvenes lo vio, se puso de pie de un salto, y lo saludó. Los demás lo secundaron con rapidez. Vincen Coe estaba más atrás, con el ojo izquierdo hinchado y oscuro. Dawson avanzó hacia ellos, haciéndoles caso omiso a todos salvo al

hombre magullado.

—Coe —lo apremió—. Conmigo.

—Mi señor —respondió el cazador, y se apresuró a ponerse junto a Dawson. Este caminó rápidamente por la ancha senda que conducía desde la hacienda hasta el estanque que había al norte. Las sombras en forma de espiral de las torres formaban franjas sobre la tierra.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Dawson—. Parece como si hubieras intentado atrapar una piedra con los párpados.

—No tiene importancia, mi señor.

—Dímelo.

—Anoche bebimos un poco de más, mi señor. Uno de los nuevos estaba eufórico, y... realizó una sugerencia que me pareció ofensiva. La repitió, y me sentí inclinado a corregirlo.

—¿Te llamó sodomita?

—No, mi señor.

—Entonces, ¿qué?

Durante la primavera, antes de que comenzase la temporada de la Corte, el estanque era tan claro como el agua de un arroyo. En otoño, después de que Dawson regresara de la Corte, solía estar tan oscuro como el té. Apenas lo había visto en la plenitud del verano, cuando el verde del agua reflejaba los árboles, y le daba una apariencia casi esmeralda. Media docena de patos cruzaban el agua y dejaban estelas en forma de V detrás de ellos. Dawson estaba en la orilla, donde la hierba tenía la humedad del limo que había debajo. El silencio incómodo de Vincen Coe se hacía más interesante a cada respiración que pasaba.

—Podría preguntarles a los demás —dijo Dawson—. Si quieres, ellos me lo dirán.

La mirada de Vincen cruzó el estanque y se dirigió a las montañas distantes.

—Cuestionó el honor de lady Kalliam, mi señor. Además, hizo algunas conjeturas que...

—Ah —dijo Dawson. Una ira amarga le surgió en el fondo de la boca—. ¿Aún está aquí?

—No, mi señor. Anoche, sus hermanos se lo llevaron de regreso a su aldea.

—¿Se lo llevaron?

—No lo dejé en condiciones de irse caminando, señor.

Dawson se rio entre dientes. Las moscas danzaban sobre el agua, frente a él.

—Quiere regresar a Camnipol —le confió Dawson—. Cree que puede hacer las paces con Maas.

El joven cazador asintió una vez, pero no dijo nada.

—Dilo —lo urgió Dawson.



—Con tu permiso, mi señor. Eso no es prudente. La primera vez es difícil, pero ya ha habido sangre. Y cada vez será más fácil.

—Lo sé, pero está decidida.

—Envíame a mí en su lugar.

—Voy a enviarte con ella —le explicó Dawson—. Jorey aún está en la ciudad. Él te podrá explicar cómo están las cosas por allá. Necesito que la protejas.

Los dos hombres estaban de pie, juntos. Unas voces les llegaban desde detrás. El adiestrador de perros le gritaba al aprendiz. Las risas de los cazadores. Todo parecía proceder de otro mundo. Un mundo que se había acabado no hacía mucho, cuando las cosas eran mejores y más seguras, y todavía estaban bien.

—No sufrirá ningún daño, mi señor —le aseguró Vincen Coe—. No, mientras yo viva.

Tres días después de que Clara partiese en el carruaje abierto en el que habían llegado, con Vincen Coe siguiéndola de cerca en su caballo, llegó el invitado indeseado.

El calor del día había sacado a Dawson de la casa. Estaba en el jardín de invierno, de apariencia sencilla cuando no era temporada. Las plantas que hacia el final del otoño ofrecerían flores de color amarillo y bermellón ahora parecían rústicas malezas verdes. Tres de sus perros jadeaban bajo el calor inclemente, con los ojos oscuros cerrados y las lenguas rosadas colgando. El invernadero estaba abierto. De haber estado cerrado habría sido peor que un horno. El jardín dormía a la espera de que le llegara el momento, y entonces se transformaría.

Cuando eso sucediera, Clara ya estaría de regreso. Habían pasado tiempo separados, desde luego. Él tenía sus asuntos en la Corte, y la partida de caza. Ella tenía su círculo, y administraba la casa. Y, con todo, cuando ella se marchó, le resultó más difícil sobrellevar la soledad con dignidad. Se despertaba por las mañanas preguntándose dónde estaría su esposa. Se acostaba por las noches deseando que ella entrara por el vestidor, llena de noticias, perspicacia y simple cotilleo vano. Entre tanto intentaba no pensar en ella, ni en Feldin Maas, ni en la posibilidad de que la utilizaran en su contra.

—Lord Kalliam.

La criada era una joven dartinae, nueva en el servicio. Sus ojos ardían con el fulgor de los de su raza.

—¿Qué sucede?

—Ha llegado un hombre que solicita audiencia, mi señor. Paerin Clark, señor.

—No lo conozco —dijo Dawson; pero media respiración después se acordó de él. Era el banquero pálido, agente de la Costa Norte y embaucador de Canl Daskellin. Dawson se quedó donde estaba. A sus pies, los perros se sentaron a mirarlos, ora a él,

ora a la criada, mientras gemían con suavidad—. ¿Ha venido solo?

Los ojos de la muchacha se abrieron más, ansiosos de repente.

—Tiene una comitiva, mi señor. Un conductor y lacayos. Y, creo, su guardia.

—¿Dónde está ahora?

—En la sala de estar, mi señor.

—Dile que lo veré en un momento —dijo Dawson—. Llévale cerveza y pan, ubica a sus hombres en la sala de servicio, y tráeme a mi guardia.

El hombre pálido alzó la vista cuando las puertas de la sala se abrieron, y se puso de pie cuando Dawson entró. El que Dawson tuviera cuatro espadachines con sus atavíos de caza detrás apenas le arrancó un arqueado de cejas. Tan solo le había dado un mordisco al pan, y la cerveza en el jarro de peltre estaba intacta.

—Barón Osterling —dijo el banquero con una reverencia—. Gracias por recibirme. Me disculpo por haber venido sin anunciarme.

—¿Ahora le haces los recados a Canl Daskellin, o él te hace los tuyos?

—Se los hago yo. La situación en la corte es delicada. Quería que estuvieras informado, pero no confía en los mensajeros y, además, hay ciertas cosas que no desea escribir de su puño y letra.

—¿Y por eso envía al amo de títeres de la Costa Norte?

El banquero se detuvo. Su piel adquirió un mínimo tono de color, pero su rostro mostraba la misma sonrisa cortés de siempre.

—Mi señor, sin ofenderte, hay una o dos cosas que sería mejor aclarar. Soy súbdito de la Costa Norte, pero no un miembro de su Corte, y no he venido en representación de mi rey. Represento al Banco Medeano, y solo a este.

—Un espía sin reino, entonces. Mucho peor.

—Lo siento, mi señor —se disculpó el banquero—. Veo que no soy bien recibido. Te ruego perdones mi transgresión.

Paerin Clark realizó una profunda reverencia y se dirigió hacia la puerta; se llevaba consigo la Corte de Camnipol. «El hecho de que esto te haga sentir incómodo no significa que sea difícil», le dijo Clara desde algún lugar de su memoria.

—Espera —ordenó Dawson, y respiró hondo—. ¿Quién lleva el vestido más bonito en ese baile dos veces maldito?

—¿Perdón?

—Has venido por algún motivo —se explicó Dawson—. No seas tan cobarde como para salir corriendo la primera vez que alguien te ladre. Siéntate. Dime lo que tengas que decir.

Paerin Clark entró y se sentó. Sus ojos parecían más oscuros, y su rostro carecía de expresión, como el de un tahúr.

—No eres tú —dijo Dawson, mientras se sentaba frente a él y arrancaba una costra del pan que había sobre la mesa—. El hombre, me refiero. Es aquello que eres.

—Soy el hombre a quien Komme Medean envía cuando hay problemas —respondió Paerin Clark—. Ni más, ni menos.

—Eres un agente del caos —reflexionó Dawson con suavidad, tratando de quitarle hierro a sus palabras—. Eres un hombre que transforma a los hombres pobres en hombres ricos, y a los hombres ricos en hombres pobres. Para los hombres como tú, la jerarquía y el orden no significan nada, y para los hombres como yo lo significan todo. No es a ti a quien desprecio. Solo aquello que eres.

El banquero entrelazó los dedos sobre una de las rodillas.

—¿Vas a oír las noticias que traigo, mi señor? ¿A pesar de tu opinión sobre mí?

—Sí.

El banquero se pasó casi una hora confiándole, en voz queda, los detalles sobre la lenta conmoción que tenía lugar en Camnipol. Tal como Dawson había sospechado, la renuencia de Simeon a entregar a su hijo en custodia de una de las casas estaba relacionada con su temor a remover el avispero. El respeto que infundía su reinado se derrumbaba por doquier. Daskellin y los aliados lo apoyaban en la medida de sus posibilidades, pero incluso entre las filas de los leales cundía la inquietud. Issandrian y Klin seguían en el exilio, pero Feldin Maas estaba por toda la ciudad. Parecía que no dormía, y adondequiera que fuera contaba siempre la misma historia: el ataque de los gladiadores había sido orquestado para hacer caer en desgracia a Curtin Issandrian con la finalidad de que el rey no enviara al príncipe a su casa. La conclusión era que la oportuna aparición de los soldados de Vanai formaba parte de un montaje de mayor envergadura.

—Un montaje mío —acotó Dawson.

—No solo tuyo, pero sí.

—Pero eso es todo una sarta de mentiras —se defendió Dawson.

—No todos se las creen. Pero algunos sí.

Dawson se frotó la frente con la palma de la mano. En el exterior, el día se inclinaba hacia la noche y la luz enrojecía. Todo aquello confirmaba sus sospechas. Y Clara se encaminaba hacia el epicentro de todo aquello. La esperanza que ella le había ofrecido le había parecido arriesgada en su momento, pero después de aquel informe le parecía una mera ingenuidad. Habría dado la mano derecha por que el banquero hubiera llegado una semana antes. Ahora era demasiado tarde. Era como desear que una piedra regresara a la mano que la había lanzado.

—¿Y Simeon? —preguntó Dawson—. ¿Está bien?

—Los tiempos difíciles lo desgastan —respondió Paerin Clark—. Y, creo, que también a su hijo.

—Yo creo que no es la muerte lo que nos mata —reflexionó Dawson—. Creo que es el miedo. ¿Y Asterilhold?

—Mis fuentes me dicen que Maas ha contactado con varios hombres importantes

de la Corte. Que ha habido préstamos de oro y promesas de apoyo.

—Está organizando un ejército.

—En efecto.

—¿Y Canl?

—Lo está intentando.

—¿Cuánto tardará en estar en condiciones de presentar batalla?

—Nadie podría decirlo, mi señor. Si eres cuidadoso y tienes un poco de suerte, puede que nunca.

—No me puedo creer que sea cierto —dijo Dawson—. Por un lado tenemos a Asterilhold, y por otro, a ti.

—No, mi señor —se defendió el banquero—, no es así. Ambos sabemos que he venido con la esperanza de obtener algún beneficio, pero una guerra civil en Antea no nos lo dará. Si se desata, no tomaremos partido. Yo ya he hecho lo que estaba en mis manos. No volveré a Camnipol.

Dawson se sentó con la espalda muy recta. La sonrisa del banquero tenía un aire sospechoso, como de conmiseración.

—¿Has abandonado a Daskellin? ¿Justo ahora?

—Este es uno de los grandes reinos del mundo —dijo Paerin Clark—, pero mi empleador mueve sus piezas en tableros más grandes que este. Te deseo la mejor de las suertes, pero Antea es tu responsabilidad. No la mía. Me voy al sur.

—¿Al sur?

—Se ha producido cierta irregularidad que exige mi presencia en Porte Oliva.

# CITHRIN

Cithrin estaba de pie sobre el rompeolas, con la ciudad a sus espaldas y el ancho mar azul y el cielo delante. En la orilla, donde el agua poco profunda y clara de la bahía se tornaba de un azul profundo, había cinco barcos. Los altos mástiles parecían árboles que se elevaban desde el agua. Las velas arriadas abultaban en las vergas. Los pequeños botes de la flota pesquera se apresuraban hacia el puerto o esquivaban el tráfico mientras docenas de botes guía corrían hacia los barcos, compitiendo para ser los primeros en llegar y tener el honor de guiarlos al interior del puerto.

Los barcos mercantes de Narinisle habían llegado. Cinco naves juntas y con banderas de Birancour y Porte Oliva. Cuando zarparon, eran siete. Las otras dos se habían perdido en una tormenta o durante un ataque, o se habían apartado por propia decisión. Podían llegar al día siguiente, la semana siguiente, o nunca. Sobre los muelles, debajo del sitio desde el que miraba Cithrin, los comerciantes aguardaban en una agonía de esperanza y temor, a la espera de que los barcos se acercaran lo suficiente como para identificarlos. Y entonces, cuando las naves estuvieran en sus atracaderos, los afortunados patrocinadores subirían a bordo, compararían sus contratos y conocimientos de embarque y sabrían sus beneficios. Los desafortunados esperarían en los muelles o en las tabernas del puerto, e interrogarían a los marineros en busca de noticias.

Entonces, cuando los capitanes de los barcos hubieran respondido a sus patrocinadores, cuando los trabajadores hubieran comenzado la larga tarea de trasegar las mercancías desde las naves a los almacenes, cuando el frenesí del comercio y las mercancías y el intercambio de dinero hubiese pasado sobre Porte Oliva como el viento sobre el agua, entonces llegaría el momento de comenzar la preparación del viaje para el año siguiente. Los astilleros harían sus reparaciones. Los nuevos patrocinadores ofrecerían sus contratos y condiciones a los capitanes. E Iderrigo Bellind Siden, gobernador principal de Porte Oliva, consultaría con los capitanes y los maestros de los gremios y, con elegancia, aceptaría las propuestas para transformar Porte Oliva, una ciudad portuaria del montón, en el epicentro del comercio durante la siguiente generación.

Y en su mano, escrita en tinta verde sobre un papel tan liso como la nata, sostenía una carta que le prohibía tomar parte en todo aquello. La abrió, y la examinó una vez más. Estaba cifrada, desde luego, pero ella había pasado el tiempo suficiente con los libros y los papeles del magíster Imaniel como para poder leerla con tanta facilidad como si estuviera escrita en lengua común.

Magistra Cithrin Bel Sarcour, cesarás toda negociación y comercio en nuestro nombre de manera inmediata. Paerin Clark, auditor en jefe y representante de la compañía controladora, se reunirá contigo tan pronto como sea posible. Hasta ese momento, no realizarás ningún otro contrato, ni depósito ni préstamo.

Esto es incondicional.

Estaba firmada por el propio Komme Medean, con la caligrafía serrada y temblorosa causada por su gota. No se la había enseñado a nadie. Durante ocho días, desde que le llegara la orden, había luchado contra ella. Era la primera que recibía de la compañía controladora, y era exactamente lo que había previsto. Acudiría el auditor, tal como había planeado desde el principio. Recuperaría los fondos del banco que se habían perdido en Vanai. Sería el fin de todos sus ensueños de mantener vivo el banco o de conducirlo a un sitio seguro, tal como estaban haciendo los botes guía con los barcos mercantes. Sería ella misma otra vez. Ya no sería Tag el carretero, ni una contrabandista oculta en las sombras, ni la magistra Cithrin. Sola, sin Besel ni Cam ni el magíster Imaniel. Sin Vanai.

Y, con todo respeto, ella prefería que no fuera así.

Mientras exhalaba el aire de un modo demasiado leve como para considerarlo un suspiro, Cithrin rasgó la carta por la mitad. Y luego lo hizo otra vez, y otra y otra más. Cuando los pedazos fueron tan pequeños como los números y símbolos individuales del código, los dejó caer por encima del rompeolas y se quedó observándolos mientras giraban y vibraban en su camino hacia el mar.

Allá abajo, los botes guía se amontonaban alrededor de las naves mercantes. Se imaginaba las voces de los hombres que les gritaban a los capitanes, y las de los capitanes que gritaban sus respuestas. Mientras observaba, el primero de los barcos inició el corto y último trayecto de su viaje anual. Cithrin se volvió y regresó a su banco. La puerta principal estaba abierta a la brisa. Cuando entró, Roach se puso de pie de un salto, como si hubiera estado haciendo algo inapropiado. Detrás de él, Yardem se desperezó y abrió la boca en un enorme bostezo.

—¿Dónde te metes? —preguntó el capitán Wester.

—Estaba viendo cómo llegaban los barcos, igual que todo el mundo en esta ciudad —respondió. Se sentía inexplicablemente ligera. Casi mareada.

—Bueno, esta mañana tu cafetero ya ha enviado a tres personas a buscarte. Vinieron a buscarte aquí.

—¿Qué les dijiste?

—Que estabas ocupada, pero que esperaba que regresaras a la cafetería después de mediodía —explicó Wester—. ¿Mentía?

—¿Tú? Jamás —dijo ella, y se rio al ver la sospecha en la cara de él.

A pesar del calor, Cithrin llevó a la reunión del palacio del Gobernador un vestido azul oscuro con mangas y cuello alto. Llevaba el pelo dentro de un gorro, sujeto mediante un alfiler de plata y lapislázuli, una de las últimas piezas de joyería que conservaba de Vanai. Habría sido más apropiado para un día fresco de otoño, y le hacía correr un hilillo de sudor por la espalda, pero la idea de ponerse algo más revelador frente a Qahuar Em le parecía incómoda. Además, por supuesto, llevar el

collar o el broche que él le había regalado habría sido inapropiado.

Cuando la saludó en el pasillo, fuera de las habitaciones privadas, su reverencia fue formal. Solo el ángulo de su sonrisa y la alegría de sus oscuros ojos verdes le daban una pista de las noches que habían pasado juntos. Él vestía una túnica de color arena con botones de esmalte blanco hasta el cuello, y ella se descubrió consciente de las formas de su cuerpo debajo de las ropas. Se preguntó qué pasaría con la relación ahora que la rivalidad tocaba a su fin. La criada, una cinnae de cabellos claros, se inclinó ante ellos cuando los vio entrar.

Una sola mesa teñida de color oscuro dominaba la habitación. Detrás de ella había un grupo de ventanas que daba al exterior, a las ramas de un árbol. El balanceo de las ramas le daba a la habitación una sensación de sombra y de frescor que no merecía. El mercenario cinnae se puso de pie cuando Cithrin entró, y se sentó de nuevo cuando ella hizo lo propio. Ni la tralgu ni el representante de las casas comerciales locales estaban presentes.

—Buen año —dijo el cinnae—. ¿Has estado en los barcos, magistra?

—No he tenido la oportunidad —respondió Cithrin—. He tenido una agenda muy apretada.

—Deberías buscar un hueco. Este año había cajas con las fruslerías más fascinantes. Pequeños globos de vidrio de colores que tintinean cuando los frotas. Son preciosos. Le he comprado tres a mi nieta.

—Espero que el mundo haya sido amable contigo, señor —dijo Qahuar Em. Su voz era casi cortante. «¿Por qué podrías estar enfadado?», se preguntó ella.

—Muy bien —respondió el cinnae ignorando el tono—. Excelentemente bien, gracias.

La puerta privada se abrió, y entró el gobernador. Su cara redonda estaba cubierta de sudor, pero alegre. Cuando comenzaron a ponerse de pie, él hizo un gesto con la mano para indicarles que tomaran asiento de nuevo.

—No hace falta ninguna ceremonia —dijo, y se puso cómodo en su propia silla—. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

Qahuar Em sacudió la cabeza, y el mercenario cinnae hizo lo propio un instante después, como si hubiera estado esperando a ver qué hacía Qahuar. El estómago de Cithrin se puso en alerta. Allí estaba pasando algo que ella no entendía.

—Gracias a ambos por venir —dijo el gobernador—. Os agradezco mucho el trabajo que habéis hecho todos, así como vuestra dedicación a Porte Oliva, a mí y a la reina. Me entusiasma lo increíble el que unas mentes tan privilegiadas presten atención al bienestar de la ciudad. Esta es siempre la parte más difícil, ¿no es así? ¿Tomar una decisión?

Su melancólico suspiro dejó ver que lo estaba disfrutando. Cithrin respondió con una sonrisa tensa. Qahuar no la miraba a los ojos.

—He analizado las propuestas con muchísimo cuidado —prosiguió el gobernador—. En mi opinión, cualquiera de ellas habría sido una manera excelente de incrementar la prosperidad de la ciudad. Pero creo que la flexibilidad que confiere un contrato por cinco años, como el que ofrecen los caballeros aquí presentes, nos sería de mayor utilidad que los ocho que exige el Banco Medeano.

Cithrin sintió que le faltaba el aliento. A pesar del calor, algo frío se le instaló en la garganta y en el pecho. Qahuar Em no iba a ofrecer cinco años, sino diez.

—Ocho años es un período muy largo —asintió el mercenario cinnae. Su expresión de seriedad no alcanzaba a ocultar su placer.

—Entre eso, y que las tasas anuales eran algo más elevadas —prosiguió el gobernador—, siento muchísimo tener que declinar tu propuesta, magistra Cithrin.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Cithrin, como si hablara otra persona—. Ahora que se ha resuelto, ¿puedo preguntar qué tasas ha ofrecido maese Em?

—Oh, se trata de una sociedad —respondió el cinnae—. No es solo su clan, ¿sabes? Él y yo estamos juntos en esto.

—No creo que sea necesario ahondar en los detalles —atajó Qahuar Em, sin mirarla todavía. Sus tentativas de ahorrarle más humillaciones eran peores que los alardes del mercenario.

—Como si no fuera a saberse —dijo el gobernador—. Por cortesía y por respeto, magistra, las tasas solicitadas fueron del diez por ciento sin garantía, y el catorce por ciento con ella.

Los números incorrectos. Eran los números incorrectos. Se suponía que serían un dieciséis y un diecinueve, no un diez y un catorce. La oferta que encontró en la oficina de Qahuar era una trampa, y Cithrin había caído en ella.

—Gracias, mi señor gobernador —dijo Cithrin con una inclinación de la cabeza—. La compañía controladora agradecerá mucho tu franqueza.

—Espero que no haya resentimientos —dijo el gobernador—. El Banco Medeano es nuevo en nuestra ciudad, pero también muy respetado.

—No los habrá en absoluto —le aseguró Cithrin. Con el vacío que le había aparecido en el pecho, estaba asombrada de que sus palabras no resonaran con un eco. Aquello no podía estar sucediendo—. Muchas gracias por haber tenido la cortesía de recibirme. Pero supongo, caballeros, que tendréis que discutir los detalles.

Todos se pusieron de pie cuando ella lo hizo, y el gobernador le tomó la mano entre sus empalagosos dedos y se la llevó los labios. Ella mantuvo su sonrisa divertida y de mujer de mundo derrotada, una máscara de quien deseaba haber sido. Le hizo una reverencia al mercenario cinnae, y otra a Qahuar Em. El vacío que había dentro de ella se agitó, y algo doloroso brotó en su lugar.

Caminó con cuidado desde la habitación, por la escalera, a través del recibidor y la entrada hacia la plaza. El cielo era de un blanco opalescente, y la brisa que le



tocaba la mejilla era tan cálida como el aliento. El sudor le humedecía las axilas, la espalda y las piernas. Se detuvo unos minutos, confusa y aturdida. No debía ocurrirle ahí. Necesitaba volver adentro. Había detalles que necesitaba cuadrar, contratos que firmar y refrendar. Había un gran proyecto por realizar. No debía estar ahí fuera. Debía estar dentro.

El primer sollozo fue como una arcada: repentino, reflejo y violento. «Aquí no — pensó—. Oh, Dios, si va a suceder, no dejes que ocurra aquí donde todo el maldito mundo pueda verme». Se alejó dando largas y rápidas zancadas. Los muslos le presionaban contra el tejido para ganar cada centímetro. Llegó al laberinto de calles. Encontró un callejón, siguió sus curvas y contracurvas hasta un rincón sombrío, y allí se quedó, acuclillada sobre el mugriento empedrado. Ya no podía contener los sollozos. Se tapó la boca con el brazo para acallarlos.

Había perdido. Todas sus expectativas, todos sus planes. Había perdido. Le habían dado su contrato a otro, y la habían dejado como una zorra estúpida, fea y mestiza, llorando en un callejón hasta quedarse sin lágrimas. ¿Cómo había pensado que podría ganar? ¿Cómo pudo creérselo?

Cuando la peor parte hubo pasado, se puso de pie otra vez. Se secó las lágrimas y se limpió los mocos con la manga, se sacudió la suciedad del vestido y se alejó caminando hacia sus habitaciones. La humillación se le subió al hombro y comenzó a susurrarle al oído. ¿Cuánto les había contado a sus socios? ¿Había alardeado de que ella se le había abierto de piernas? Probablemente Qahuar le hubiera descrito cada porción de su piel al viejo mercenario cinnae antes de entrar en aquella sala. Él lo había sabido todo desde antes de que ella lo hiciera, desde antes de que lo planeara. ¿Había advertido a los sirvientes de que no interfirieran en su incursión nocturna a la oficina? ¿La habían estado espionando desde las sombras, riéndose de la muchacha idiota que se creía tan lista?

Una vez en el banco, oyó las voces de los guardias —Marcus, Yardem y la nueva mujer kurtadam— a través de la puerta. Ni estaban enfadadas ni reían. Los tulipanes se mecían con la brisa, los pétalos rotos y separados, el rojo trocándose en negro en la base. Deseaba entrar, pero su mano no cogía el pestillo. Estuvo de pie ante la puerta durante lo que le parecieron horas, deseando entrar con lo más parecido a amigos, familia o amor que tenía: sus empleados. Deseaba que Yardem Hane saliera a buscarla. Que Cary llegara caminando por la calle. Que Opal se levantara de su tumba oceánica y la estrangulara hasta matarla dondequiera que estuviese.

Cithrin subió la escalera. Se quitó el vestido y se sentó en la cama, enfundada en su combinación. El sudor no se le secaba, ni la enfriaba.

Había perdido. Aun ahora, no tenía sentido. No podía resignarse a creerlo. Había perdido. Las lágrimas ya se habían ido. El dolor se había ido, aunque tenía la sensación de que solo descansaba, de que dormía como un gato después de cazar su

presa. Volvería. De momento, no sentía nada. Se sentía muerta.

Había perdido. Además, el auditor estaba en camino.

El sol trazó su curva en lo alto. Cithrin se sentó. Los sonidos de la calle cambiaron. El tránsito del día, aturdido por el calor, daba paso lentamente a las voces más brillantes y enérgicas del final de la tarde. Necesitaba orinar, pero lo pospuso. Le resultaba imposible pensar en que pudiera haber más humedad en su cuerpo después de haberse empapado en su sudor y sus lágrimas. Y, con todo, su cuerpo realizaba las funciones tanto si ella las aprobaba como si no lo hacía. Cuando la necesidad se hizo demasiado intensa como para hacerle caso omiso, buscó su bacinilla y la utilizó. Una vez se hubo puesto en marcha le resultó más fácil moverse. Se quitó la combinación, la dejó hecha un bulto en el suelo y buscó un vestido bordado de tejido ligero, más atractivo porque ya estaba en sus manos. Se lo puso, bajó la escalera y salió a la calle sin molestarse en cerrar la puerta al salir.

La taberna tenía todos los postigos abiertos, y la brisa marina pasaba por ellos. No había velas ni faroles encendidos a fin de evitar incluso esa pequeña cantidad de calor extra, por lo cual las habitaciones estaban en penumbras pese a la luz del día. La camarera era una chica a quien Cithrin reconoció, de cara gruesa, con el pelo negro como la noche y largo hasta los omóplatos. Un perro pequeño brincaba nerviosamente alrededor de los tobillos de la muchacha. Cithrin se dirigió hacia la mesa del fondo, su mesa. Ahí había alguien, medio oculto por la áspera tela.

Qahuar Em.

Cithrin se obligó a avanzar. Se sentó frente a él. Un postigo flojo golpeó dos veces contra el marco de la ventana. La expresión del hombre era apacible y denotaba arrepentimiento. Sobre la mesa descansaba una jarra medio vacía de cerveza.

—Buenas tardes.

Ella no respondió. Él chasqueó la lengua contra los dientes.

—Esperaba poder invitarte a comer, y a una botella de vino. Y ofrecerte una disculpa. Fue un gesto poco amable de parte del gobernador tratarte de ese modo.

—No quiero nada que venga de ti —dijo ella.

—Cithrin...

—No quiero verte; ni tampoco quiero volver a saber de ti mientras viva —continuó ella, haciendo cada palabra fría y cortante de manera deliberada—. Y si te acercas a mí, le pediré al capitán de mi guardia que te mate. Y lo hará.

La expresión de Qahuar se endureció.

—Ya veo. Admito que estoy decepcionado, magistra. Esperaba más de ti.

—¿Tú esperabas más de mí?

—Sí. No habría imaginado que fueras la clase de mujer que sucumbe a una rabieta. Pero es obvio que me he equivocado. Te recuerdo que fuiste tú quien se metió libremente en mi cama. Fuiste tú la que cruzaste mis habitaciones a hurtadillas. Me

parece mezquino y vil que me culpes por haberlo previsto.

«Tú no sabes de qué se trataba —pensó Cithrin—. No sabes lo que significó para mí. Van a quitarme mi banco».

Qahuar se puso de pie y dejó tres monedas pequeñas sobre la mesa. La luz captó la aspereza de su piel de bronce, y lo hizo parecer mayor. Ese verano era el decimoctavo solsticio de Cithrin, y el trigésimo quinto de él.

—Somos comerciantes, magistra —añadió él—. Te pido disculpas si las noticias te han llegado de una manera tan desagradable, pero no puedo disculparme por llevarles este acuerdo a los ancianos de mi clan. Espero que tengas una tarde de lo más agradable.

Empujó el banco, la madera chirrió contra la piedra del suelo y él pasó junto a ella.

—Qahuar —lo apremió ella de modo cortante.

Él se detuvo. Ella se recompuso. Las palabras estaban hechas de plomo, casi demasiado pesadas para subir por su garganta.

—Siento haberte traicionado —se disculpó ella—. Haber intentado traicionarte.

—No lo sientas. Así es el juego que jugamos.

No mucho después llegó la criada de la taberna y recogió las monedas y la jarra de Qahuar Em. Cithrin levantó los ojos y la miró.

—¿Lo de siempre?

Cithrin negó con la cabeza. Tenía un nudo entre la garganta y el estómago, sólido como la piedra. Levantó una mano, sorprendida de descubrir que el gorro seguía en su cabeza. Se lo quitó, se soltó el pelo, y sostuvo el alfiler de plata y lapislázuli. Casi parecía resplandecer por sí solo en la penumbra. La criada parpadeó al verlo.

—Es muy hermoso —observó.

—Cógelo —la conminó Cithrin—. Tráeme algo por lo que creas que vale.

—¿Magistra?

—Vino generoso. Cerveza. No me importa. Tú tráelo.

## GEDER

El sumo sacerdote —Basrahip o, tal vez, el Basrahip, eso era difícil saberlo— se retrepó en su taburete de hierro y cuero. Sus dedos gruesos y poderosos se frotaron la frente. A su alrededor, las velas se agitaron y sisearon, y su humo llenó la habitación de olor a grasa quemada. Geder se relamió los labios.

—Mi primer tutor fue un tralgu —comenzó.

Basrahip frunció los labios, examinó a Geder y sacudió la cabeza. «No». Geder se tragó su placer, y lo intentó otra vez.

—Aprendí a nadar en la costa.

La gran cabeza negó lentamente. «No».

—De niño tenía un perro favorito. Era un perro de caza llamado Mo.

La sonrisa del sacerdote era beatífica. Sus dientes eran tan anchos que parecían poco naturales. Señaló el pecho de Geder con un dedo grueso.

—Sí —dijo.

Geder aplaudió y se rio. No era la primera vez que el sumo sacerdote le hacía la demostración, pero siempre era una fuente de asombro. Con independencia de la mentira que profiriera, y de la voz que Geder pusiera para hacerlo, su manera de colocar el cuerpo o el tono que utilizara, el hombre inmenso sabía qué palabras eran falsas y cuáles verdaderas. No se equivocaba nunca.

—¿Y es realmente una diosa la que os permite hacer esto? —preguntó Geder—. Porque nunca me he encontrado con referencia alguna sobre ella. Se supone que el Sirviente Honesto es algo que creó Morade, como las trece razas y las sendas del dragón.

—No. Ya estábamos aquí antes que los dragones. Cuando la gran telaraña fue tejida y colgaron las estrellas de ella, la diosa estaba presente. El Sinir Kushku es un regalo a los fieles. Cuando llegó el gran colapso, los dragones temían su poder. Lucharon entre ellos, cada uno con el deseo de conseguir la amistad y el patrocinio del Sinir Kushku. El gran Morade fingió una alianza, pero la diosa sabía que en su corazón anidaba la traición. Ella nos guió a este lugar (donde podríamos estar a salvo, lejos del mundo y de sus batallas) para esperar la llegada del tiempo de nuestro regreso.

—Pero esto no se parece a ninguna de las historias que he leído —se asombró Geder.

—¿Dudas de mí? —preguntó Basrahip con voz grave y amable, y con esa extraña vibración que parecía imprimirle a toda su habla.

—En absoluto —se defendió Geder—. ¿Estoy atónito! ¿Una era completa antes de los dragones? Nadie había escrito acerca de esto. No que yo sepa.

Fuera de la pequeña habitación de piedra, las estrellas brillaban en el cielo y la

media luna iluminaba la cascada de roca. En la oscuridad, Geder casi podía imaginarse que el gran dragón pétreo situado sobre el templo se movía haciendo girar la cabeza. Los extraños grillos verdes que infestaban el lugar cantaban con vibrantes coros. Geder se envolvió las piernas con los brazos, y sonrió.

—No puedo expresar cuánto me complace haber encontrado este lugar —dijo Geder.

—Eres un hombre destacado de una gran nación —respondió el sacerdote—. Me alegra que hayas venido de tan lejos para encontrar nuestro humilde templo.

Geder desestimó el comentario con un gesto de la mano, cohibido. Había tardado la mayor parte del día en explicarle que, si bien él pertenecía a la nobleza, el de príncipe era un título en particular y, allí de donde él venía, no se podía aplicar de manera tan amplia. Durante la mayor parte de su vida lo habían llamado señor, mi señor y lord y, aunque significaban lo mismo, «hombre destacado de una gran nación» lo sumía en la timidez.

Basrahip se levantó y se estiró. A lo lejos, una voz grave chilló la llamada a la plegaria nocturna. Geder esperaba que Basrahip se disculpara y corriera a ponerse al frente de los sacerdotes en los rituales. En lugar de ello, se detuvo en la entrada. Las velas proyectaban sombras sobre sus ojos.

—Dime, lord Geder. ¿Qué era lo máximo que esperabas encontrar aquí?

—Bueno, deseaba ser capaz de encontrar las montañas Sinir y un poco de material original acerca del Sirviente Honesto para un ensayo especulativo que estoy esbozando.

—¿Eso era lo máximo que esperabas encontrar?

—Sí —reconoció Geder—. Lo era.

—Y ahora que lo has encontrado, ¿será suficiente?

—Desde luego —dijo Geder.

La mirada del gigante se fijó en él, y Geder sintió que el rubor le subía por el cuello y las mejillas. Basrahip esperó durante lo que pareció medio día, y después negó con un gesto.

—No —dijo con suavidad—. No. Hay algo más.

Desde que llegara al templo, el día a día de Geder había sido asombroso, rico e inquietante, como un sueño. Durante dos días completos, desde la mañana hasta la caída de la tarde, había permanecido en el gran espacio situado entre el templo propiamente dicho y el muro con la enorme puerta. A su alrededor se sentaban una docena de sacerdotes vestidos con túnicas claras y con sus cabellos llenos de abalorios, mientras él trazaba mapas e intentaba resumir siglos de historia. A menudo le hacían preguntas, y él debía admitir su ignorancia. ¿Cómo se habían establecido las fronteras de Asterilhold y la Costa Norte? ¿Quién había reclamado las islas al sur del Birancour y al oeste de Lyoneia? ¿Por qué los primera sangre se concentraban sobre

todo en Antea, los cinnae en Princip C'Annaldé, y los timzinae en Ellassae, y en cambio los tralgu y los dartinae no tenían ninguna patria particular? ¿Por qué a los timzinae los llamaban «bichos», «chatarreros» a los kurtadam y «céntimos» a los jasuru? ¿Por qué nombres se conocía a los primera sangre, y quiénes los odiaban?

Parecían especialmente intrigados por los timzinae. Geder se enorgullecía de saber mucho. Ver sus limitaciones expuestas era una lección de humildad, pero la sed que aquellos hombres de piel aceitunada tenían por cada retazo de información lo hacía soportable. Quedaban fascinados con cada historia y cada anécdota que les contaba.

Se encontró contando su propio pasado. Su vida de niño en Rivenhalm. Su padre en la Corte de Camnipol. La campaña de Vanai y su final, así como el ataque de los mercenarios a Camnipol. El viaje al Keshet.

Cuando el sol ya calentaba demasiado, los sacerdotes sacaron una enorme media tienda confeccionada con un cuero extendido entre grandes vigas de madera que le brindó una sombra a Geder, y se erigía detrás de él como una gigantesca mano. Arrastraron vasijas de cerámica de boca ancha llenas de arena húmeda para mantener frescos los odres de agua enterrados allí. Geder masticó tiras de carne de cabra seca sazónada con sal y canela, y habló hasta enronquecer. Se detuvieron cuando el sol se hubo escondido detrás de las cumbres, en respuesta al áspero ladrido que los llamaba. Los sirvientes de Geder montaron el campamento ahí, y durmieron en el suelo junto a él. Después, al tercer día, cuando ya estaba seguro de que le fallaría la voz, acudió Basrahip —o el Basrahip— y le indicó con un gesto que lo siguiera. El gigantesco hombre lo condujo hacia arriba por una escalera. Era de piedra y estaba lisa como el vidrio por el roce de generaciones de pies calzados con cuero. Llegaron a un pasadizo que era tanto la entrada de una cueva como un corredor.

Geder había previsto encontrarse con la roca tallada, pero no vio ningún signo de que esas estancias hubieran sido cortadas con cincel y martillo. Podrían haber surgido así, como si las montañas hubieran sabido que serían el hogar de aquellos hombres. En los nichos había faroles de papel y pergamino que derramaban su luz por el suelo y el arqueado techo. El aire estaba cargado de un olor que Geder no conseguía identificar del todo; en parte estiércol, y en parte especias. El aire era sofocante. Trotaron a través de las vueltas y revueltas del pasadizo hasta que este se ensanchó y el sumo sacerdote se hizo a un lado.

La gran cámara era más alta que veinte hombres uno sobre otro. El techo estaba perdido en una oscuridad más profunda que la noche. Y por encima de ellos se alzaba la estatua excavada en la roca de una gigantesca araña cubierta de pan de oro e iluminada por centenares de antorchas. Al menos cincuenta hombres se arrodillaban a sus pies, todos ellos vueltos hacia Geder, con las manos plegadas sobre los hombros. Geder permaneció inmóvil y boquiabierto. Ningún rey del mundo podía ufanarse de

un espectáculo mayor.

—La diosa —dijo Basrahip, y su voz resonó en la estancia, llenándola—. Señora de la verdad y gobernante ininterrumpida del mundo. Somos bendecidos con tu presencia.

Geder casi ni se percató de que la mano del gigante le tocaba el hombro y comenzaba a presionar hacia abajo de manera suave pero implacable. Cuando estuvo de rodillas, le pareció de lo más obvio.

Después lo llevaron a unas nuevas habitaciones intramuros del templo. Muchas de las puertas y ventanas que había visto cuando llegó apenas ocupaban una o dos habitaciones de profundidad. Las celdas de los sacerdotes se aferraban a la ladera de la montaña. El escudero de Geder le llevó una tina para bañarse, sus libros y el pequeño escritorio de viaje, y además encendió el farol. Esa noche Geder estaba tumbado en la oscuridad envuelto en una fina manta de lana y con el sueño a una distancia de un día a caballo de sus ojos. Estaba demasiado excitado como para dormir. Lo único que le había decepcionado era que el templo no tenía biblioteca. Basrahip regresó durante la cuarta mañana, y entonces comenzó una conversación que continuó día tras día.

—No entiendo por qué os mantenéis escondidos.

—¿No? —preguntó Basrahip.

Caminaban por la delgada senda de ladrillo que conducía al pozo de agua del templo.

—El Sirviente Honesto —dijo Geder—. Es algo que todos vosotros tenéis. Si estuvierais en el mundo podríais saber cuándo un comerciante miente sobre sus costes. O cuándo son desleales los hombres. Y la vida en la Corte. Dios, lo que podríais hacer ahí.

—Por ese motivo permanecemos ocultos —respondió Basrahip—. Cada vez que hemos intervenido en los asuntos del mundo hemos recibido la misma recompensa. Espadas y fuego. Quienes no han sido tocados por la diosa viven sus vidas en el engaño. Para ellos, oír nuestras voces equivale a la muerte de aquellos que eran hasta ese momento. La diosa tiene muchos e implacables enemigos.

Geder pateó un guijarro y lo envió cuesta abajo por delante de ellos. Sentía la luz del sol sobre la cara y los hombros.

—Pero saldréis otra vez —aventuró Geder—. Dijiste que estabais esperando el momento para volver a salir.

—Lo haremos —respondió el sumo sacerdote. Alcanzaron el borde del pozo, un hoyo que se abría en la tierra con un murete de una sola hilera de piedras. Una cuerda amarrada a una estaca se hundía profundamente en él—. Cuando se hayan olvidado de nosotros.

—Eso podría haber sucedido en cualquier momento del último siglo —dijo

Geder, pero el sumo sacerdote continuó como si él no hubiera mediado palabra.

—Cuando las heridas de la antigua guerra hayan sanado y podamos caminar por el mundo sin temor, ella nos enviará una señal. Separará a los puros de los impuros y pondrá fin a la edad de las mentiras.

Basrahip se puso en cuclillas, cogió la cuerda y tiró de ella, mano sobre mano hasta que empezó a salir húmeda. El cubo había sido de cobre, pero ahora estaba cubierto de moho. Basrahip lo atrajo hacia sí y bebió. De las comisuras de los labios caían pequeños arroyuelos. Geder se movió, incómodo, a su lado. El sumo sacerdote puso el cubo en el suelo y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Estás preocupado, señor?

—Yo... No es nada.

La sonrisa fue grande y fría. Los ojos oscuros lo evaluaron.

—Escúchame, lord Palliako. Escucha mi voz. Puedes confiar en mí.

—Yo solo... ¿Podría beber un poco de esa agua yo también?

Basrahip levantó el cubo. Geder lo cogió con las dos manos y bebió con lentitud. El agua estaba fría, y sabía a piedra y a metal. Le devolvió el cubo a Basrahip, y este lo sostuvo durante un momento sobre la negrura del pozo antes de dejarlo caer. La cuerda comenzó a deslizarse. El ruido del metal contra el agua fue más fuerte de lo que Geder había previsto.

—Puedes fiarte de mí —repitió el sumo sacerdote.

—Lo sé —confesó Geder.

—Puedes decírmelo. No te sucederá nada malo por ello.

—¿Decirte el qué? Quiero decir que no sé bien de qué hablas.

—Sí que lo sabes —respondió el hombre, y empezó a caminar de regreso hacia el templo. Geder trotó para mantenerse junto a él—. ¿Por qué viniste en busca del Sinir Kushku? ¿Qué fue lo que te trajo aquí?

—Te refieres a...

—A través del tiempo, otros hombres nos han encontrado. Se toparon con nosotros. Tú llegaste buscando. ¿Qué fue lo que te condujo hasta aquí?

Dos de los sacerdotes más jóvenes pasaron junto a ellos en dirección al pozo. Geder hizo sonar sus nudillos y frunció el ceño. Intentó recordar qué lo había movido. ¿Cuándo fue la primera vez que oyó hablar de la leyenda? Acaso no importara.

—En el lugar de donde vengo —dijo, y las palabras le salían con lentitud— parecería que todo es mentira. No sé de verdad quiénes son mis amigos. No sé quién me dio Vanai. Ni quién me deseaba la muerte en Camnipol. En la Corte todo parece un juego, y yo soy el único que no sabe cuáles son las reglas.

—Tú no eres un hombre de engaños.

—No. Sí lo soy. Lo he sido. He mentido y he ocultado cosas. Sé lo fácil que es.



Basrahip se detuvo y se apoyó contra un bloque de piedra. El ancho rostro estaba impasible. Casi sereno. Geder se cruzó de brazos. Un temblor de ira le calentaba el pecho.

—He sido una ficha que movían otros para ganar su juego —se lamentó Geder—. Durante toda mi vida he sido aquel a quien engañan para que se siente en una letrina aserrada sobre un agujero lleno de mierda. He sido aquel de quien se han reído. Quemaron mi libro. Alan Klin quemó mi libro.

—¿Y eso te trajo aquí?

—Sí. No. Digo... Cuando era niño me contaba a mí mismo relatos como los de los viejos cuentos, en lo que yo conducía un ejército a una batalla que parecía perdida y vencía. O salvaba a la reina. O bajaba al inframundo y traía a mi madre de entre los muertos. Y cada vez que he salido al mundo, este me ha decepcionado. ¿Sabes cómo es eso?

—Lo sé —respondió el sumo sacerdote—. Tú no has venido a escribir un ensayo, lord Geder. Has venido a encontrarnos. A encontrarme.

Geder sintió que en su boca se dibujaba un pesaroso y duro gesto de desagrado.

—Sí —dijo él—. Porque quiero saber la verdad. Porque estoy absolutamente harto de preguntarme cosas. ¿Todas esas mentiras, engaños y juegos que todo el mundo teje a mi alrededor? Quiero ser el hombre que las desgarre y encuentre la verdad. Y entonces me enteré del fin de todas las dudas.

—¿Te bastaría con saberlo sin más? ¿Te traería la paz?

—Sí —respondió Geder.

Basrahip se detuvo. Estaba escuchando. Una mosca zumbó alrededor de ellos, aterrizó en la gran cabeza del gigante para beber su sudor y alzó el vuelo otra vez.

—No, no lo haría —dijo Basrahip, poniéndose de pie—. No es eso lo que deseas. Pero te vas acercando, lord Geder. Estás mucho más cerca.

—Los he oído hablar —murmuró uno de sus sirvientes—. Nos matarán a todos mientras dormimos.

Geder se sentó en la oscuridad de su celda. Se suponía que los murmullos eran lo bastante suaves como para que él no los oyera. Si hubiera estado en su catre así habría sido. En cambio, se deslizó fuera de su lecho y cruzó el suelo oscuro con paso silencioso. Se sentó junto a la entrada, con la espalda contra la pared y sus sirvientes a menos de dos metros, del otro lado de la puerta.

—Deja de decir estupideces —lo reconvinó su escudero—. Solo te estás asustando a ti mismo.

—No es verdad —dijo la primera voz, más aguda y tensa en esta ocasión—. ¿Crees que quieren que la gente sepa dónde están? ¿Crees que están en el culo del mundo porque quieren compañía?

Otra voz, diferente, dijo algo, pero Geder no consiguió distinguir las palabras.

—Y dejarlos —dijo la primera voz—. Lo que oí fue que él incendió Vanai solo porque podía hacerlo, y que se reía mientras lo hacía.

—Seguid hablando así de su señoría y no serán estos monos de arena vestidos de sacerdotes los que os maten —dijo la voz de su escudero—. Me enfrentaré a cien dioses falsos antes de hacerlo enfadar.

Geder abrazó sus rodillas más estrechamente. Había esperado sentir dolor, pero este no llegó. O rabia. Se puso de pie y caminó sin intentar evitar hacer ruido. Oyó el silencio de los sirvientes del otro lado de la puerta, pero no le importaban. Ni lo que creían ni lo que eran, ni si vivían. Encontró su túnica y un par de mallas, y se las puso en la oscuridad. No se molestó en tratar de amarrarse todos los cordeles. La decencia estaba a salvo y eso era suficiente. A Basrahip no le importaría.

Cuando salió a la oscuridad iluminada por las estrellas, sus sirvientes fingieron que dormían. Pasó esquivando los cuerpos y se alejó por la estrecha senda que seguía la ladera de la montaña. El polvo le enfriaba los pies, y las piedras se los herían. En la primera celda que encontró dormía un monje, y Geder lo sacudió hasta despertarlo.

—Llévame adonde esté Basrahip —le urgió.

El sumo sacerdote descansaba en una zona más interior del templo. Sus habitaciones estaban oscuras y el camastro en el que dormía apenas alcanzaba a contenerlo. El monje que había conducido a Geder dejó la vela y se retiró de la habitación retrocediendo y haciendo reverencias. Basrahip sacó una enorme pierna de debajo de su cuerpo y se sentó. Parecía estar perfectamente despierto. Geder se aclaró la garganta.

—He estado pensando. En lo que me preguntaste. Quiero dominar la Corte. Quiero que los hombres que me utilizaron sufran. Quiero que imploren mi perdón. Quiero verlos humillados en un lugar donde el mundo pueda señalarlos con el dedo y compadecerse de ellos y reírse.

El sumo sacerdote no se movió. Después sonrió poco a poco. Levantó un dedo inmenso y lo apuntó hacia Geder.

—Sí. Sí. Eso es lo que deseas. Y ahora dime esto, amigo mío. Hermano mío. ¿Sería eso suficiente?

—Lo sería, para empezar.

El sumo sacerdote echó la cabeza hacia atrás y aulló una carcajada. Mientras reía, sus dientes brillaban a la luz de la vela, tan blancos como el marfil. Se puso de pie y se envolvió en su sábana. Geder descubrió que él también sonreía. Decir las palabras, que se las entendieran, era como quitarse una piedra de encima del pecho.

—Tenía la esperanza, lord Geder —añadió el sumo sacerdote—. Desde el momento en que te vi (un hombre destacado de un gran reino), tuve la esperanza de que este fuera el momento. De que tú fueras la señal que nos enviaba la diosa. Y lo

eres. Hermano Geder, lo eres. Has encontrado tu verdad y, si la honras, yo también lo haré.

—¿Honrarla?

—Camnipol. Tu gran ciudad en el corazón de tu imperio. Prométele un templo ahí, el primer templo de una nueva era sin mentiras ni dudas. Yo mismo regresaré contigo, y a través de mí...

El gigante extendió sus manos con las palmas hacia arriba. Con la vela en el suelo, era como si estuviera ofreciendo las manos llenas de sombra. Geder no podía dejar de sonreír. Se sentía ligero y simple y vivo de una manera que no se había sentido desde cuando levantó las gemas de las cajas congeladas, medio año antes.

—A través de mí —dijo el sumo sacerdote—, ella te dará lo que deseas.

## CLARA ANNALIE KALLIAM BARONESA DE OSTERLING FELLS

—Mi señora —dijo el esclavo que atendía la puerta, a la vez que hacía una reverencia.

—Buenos días, Andrash —lo saludó Clara, estirando los músculos de la espalda—. No puedo ni empezar a decirte lo bueno que es estar de vuelta en la ciudad. Me encanta la hacienda, por supuesto, pero lo cierto es que no la construyeron para el verano. Vincen se... ¿Te acuerdas de Vincen? Él se encargará de las cosas que hemos traído, si puedes hacer que alguien lo ayude.

—Sí, mi señora. Tus hijos están aquí. Creo que en el jardín de verano.

—¿Hijos?

—El capitán Barriath llegó hace varios días —dijo el esclavo.

—Jorey y Barriath en la misma casa. Bueno, eso no puede haber sido agradable. El esclavo sonrió.

—Es bueno tenerte de regreso, mi señora.

Clara palmeó el brazo del anciano y abandonó el calor y la calidez de su plaza privada para adentrarse en las penumbras y la frescura de la mansión propiamente dicha. De inmediato notó cómo habían decaído las cosas. Las flores de los floreros del recibidor se habían marchitado. El suelo tenía una capa de arenilla que el viento había traído, pero aún no se había llevado. El aire se sentía encerrado y sofocante, del modo en que se pone cuando las ventanas han estado cerradas durante demasiados días seguidos. O bien Jorey había sido demasiado amable con la servidumbre de la casa, o bien se estaba haciendo mayor y tan distraído como su padre. En cualquier caso, había que hacer algo.

Oyó las voces de los muchachos antes de llegar al jardín. La voz de Jorey era más aguda, más estridente y más exigente. Barriath tendía a escupir sus argumentos como si le supieran mal. Desde el momento en que Jorey tuvo palabras para ello, los dos habían sido como el fuego y la lluvia, pero eran leales entre sí. Clara había tenido una relación muy semejante con su propia hermana. «Nadie puede hacerle daño, salvo yo, y yo la destruiré». El amor era así con mucha frecuencia.

Clara se detuvo en los peldaños que llevaban al jardín.

—Porque es simplista, por eso —respondió Jorey—. Hay cientos de cosas que ocurren y todas están ligadas unas a otras. Ahora que no va a haber un consejo de granjeros, ¿estamos frente a otra revuelta agrícola? Si la Costa Norte realmente está al borde de otra serie de guerras de sucesión, ¿Asterilhold apartará la atención de nosotros? ¿Los nuevos diseños de los barcos de Hallskar suponen que haya más piratería en Estinport y menos en Tauendak? No puedes tomar todo eso, y prensarlo hasta que parezca una sola cosa. El mundo es más complejo que eso.

—Hay menos elecciones de las que crees, hermano —replicó Barriath—. No encontrarás a nadie que esté contra los granjeros y, a la vez, apoye a Asterilhold. Si quieres a unos, tienes que llevarte al otro. Ninguna familia prohibirá a la vez el mestizaje de razas y el comercio con Borja. El rey no es como un escultor que trabaje con una roca nueva y pueda hacer todo lo que su imaginación le dicta. Es como un hombre que caminara por el patio de un escultor y escogiera de lo que ya hay allí.

—¿Y crees que el príncipe es la única forma en que puede mostrar su favor?

—La única que importa —respondió Barriath—. Si su majestad le diera todo el apoyo y las concesiones a Daskellin, y enviara a Aster con Maas para que este lo custodiara, todavía estaría diciendo que a largo plazo sería la visión de Maas la que daría forma al reino. Por eso Issandrian...

—Pero si el rey...

Las dos voces se entrecruzaban, ninguno de los muchachos escuchaba al otro, y los hilos de sus argumentos se enredaban en un nudo único y feo. Clara salió al jardín y puso los brazos en jarras en un gesto de fingida acusación.

—Si así es como recibís a vuestra pobre madre, os debería haber dado para que os criaran los lobos —dijo ella.

Sus muchachos sonrieron y se acercaron a abrazarla. Ya eran hombres de brazos fuertes, que olían a almizcle y aceite para el cabello. Parecía que había sido la semana anterior cuando todavía podía alzarlos en sus brazos. Entonces comenzaron otra vez, pisándose las palabras al hablar, solo que ahora la aglomeración de palabras parecía centrarse en ella y en el porqué de su presencia allí, en lugar de hacerlo en la política cortesana. Clara les sonrió a ambos y bajó al exuberante jardín. Al menos, la fuente estaba cuidada. El agua caía salpicando por el torso de una cinnae de bronce contemplativa aunque escasa de ropas. Clara se sentó en el borde de la fuente y empezó a quitarse la chaqueta de viaje.

—Tu padre, pobrecito, se está subiendo por las paredes en casa. Como favor personal a él y a mí misma, he venido para mantener un poco las apariencias de normalidad. Esta estúpida disputa me ha costado ya la mayor parte de la temporada y, sencillamente, tengo que ver a la querida Phelia.

Jorey se apoyó en un muro cubierto de hiedra. Con los brazos cruzados y su expresión de enfado, parecía la imagen de su padre. Barriath se sentó junto a ella y se rio.

—Te he echado de menos. Ninguna otra mujer llamaría «una estúpida disputa» al primer conflicto armado que ven las calles de Cannipol en cinco generaciones.

—Siento tanto como cualquier otro lo que le pasó al querido lord Faskellin —dijo Clara con tono cortante—. Pero te desafío a que lo llames de otro modo que no sea estúpido.

—Paz, Madre, paz —la aplacó Barriath—. Tienes mucha razón, desde luego. Es

solo que nadie más lo expresa de ese modo.

—Bueno, no se me ocurre por qué no lo hacen —se defendió Clara.

—¿Sabe padre que irás a visitar a Maas? —preguntó Jorey.

—Sí que lo sabe. Antes de que empiece, debo ir custodiada todo el tiempo, así que por favor no me molestes con tus cuentos de terror sobre lord Maas y todas las horribles cosas que pretende hacerme.

Sus dos hijos se miraron.

—Madre —comenzó Jorey, y ella lo interrumpió con un gesto que descartaba lo que fuera a decir. Clara se volvió de manera intencionada a su hijo mayor.

—Supongo que te has tomado una licencia de la flota, Barriath querido. ¿Cómo están el pobre lord Skestinin y esa arpía teñida con la que tuvo la infeliz idea de contraer matrimonio?

Las calles de la ciudad estaban repletas y animadas. Las ruedas de los carruajes repiqueteaban sobre el empedrado. En el mercado, los carniceros vendían carne, y los panaderos, pan. Delincuentes de poca monta levantaban la mierda de los callejones y del empedrado, vigilados por espadachines que llevaban los colores del rey, aunque no precisamente su librea. Los cerezos que bordeaban las calles mostraban frutos verdes con una auténtica inminencia de rojos. Los obreros iban y venían por la División reparando y haciendo el mantenimiento de los mismos puentes de los cuales se los colgaba. No había creído posible que la ciudad tuviera el mismo aspecto que en otros tiempos mejores, que sonara como lo había hecho, que oliera como entonces y, con todo, que estuviese doblegada bajo el peso del miedo. Se había equivocado.

Se notaba en detalles mínimos. Comerciantes que se reían demasiado rápido, riñas sobre precedencia y derecho de paso, y la expresión pétrea en todos los habitantes de la ciudad cuando creían que nadie los estaba observando. Hasta los caballos se olían algo, y tenían los enormes y líquidos ojos un pelín más abiertos, y el paso un poco inquieto.

Clara había decidido coger un palanquín abierto a los lados, con cuatro portadores junto a los cuales caminaba Vincen Coe. A ese pobre hombre le había ocurrido algo en el ojo justo antes de abandonar Osterling Fells, y el cardenal había empezado a exudar algo amarillo y verde que le corría por la mejilla. Vestía ropas de cuero cocido tachonado de acero, y llevaba una espada y una daga. Era más de lo que llevaría un cazador, y con la herida reciente parecía más un matón.

La mansión de Feldin Maas compartía un jardín privado con la Casa Issandrian. Ambas puertas tenían el mismo diseño en hierro, de tan mal gusto como las propias casas, pintadas y adornadas con tal profusión que parecían la creación de un pastelero loco. Desde luego, a Curtin Issandrian lo habían mandado al exilio igual que a su Dawson, y se había llevado a su familia y servidumbre con él. Su tío Mylus, de joven,

había sufrido un golpe en la cabeza que lo había dejado con la mitad de la cara flácida y vacía. La plaza le recordaba a Clara a su tío Mylus: del lado izquierdo todo era bullicio y acción, mientras que el derecho estaba vacío y muerto.

Phelia estaba de pie al final de los peldaños de la entrada. Su vestido era de terciopelo púrpura con un hilo de plata que le recorría las mangas y el cuello. Le debería haber quedado hermosísimo. Clara le entregó su chal al lacayo y subió para encontrarse con Phelia. Su prima le tomó las manos y le ofreció una sonrisa tensa.

—Oh, Clara —dijo Phelia—. No puedo decirte cuánto te he echado de menos. Este ha sido un año de lo más horrible. Por favor, entra.

Clara saludó con una inclinación de cabeza al esclavo de la puerta. No era el *dartinae* a quien ella estaba acostumbrada a ver, sino un *jasuru* de aspecto grave. No le devolvió el saludo. Ella entró en el ambiente relativamente fresco del recibidor de los Maas.

—¡Eh! ¡Detente! ¡Tú!

Clara se giró, sorprendida de que alguien se dirigiera a ella de un modo tan grosero, solo para descubrir que a quien le habían llamado la atención era a Vincen Coe. El *jasuru* estaba de pie con una palma sobre el pecho de Vincen. El cazador permanecía inmóvil.

—Viene conmigo —informó Clara.

—Nadie entra armado —gruñó el esclavo.

—Puedes esperar aquí, Vincen.

—Con todo respeto, mi señora —dijo el cazador con la mirada aún fija en los ojos del *jasuru*—, pero no lo haré.

Clara se llevó una mano a la mejilla. Phelia se había puesto pálida, y sus manos se movían rápidamente de un lado a otro, como pájaros.

—Entonces deja tus armas aquí —lo conminó Clara. Y después, dirigiéndose a su prima—: Supongo que podemos confiar en las reglas de la hospitalidad, ¿no es así?

—Por supuesto —dijo Phelia—. Sí, por supuesto. Desde luego.

Vincen Coe permaneció en silencio un instante. Clara tuvo que admitir que Phelia habría sonado más convincente si no lo hubiera repetido tres veces. Las manos de Vincen se dirigieron a su cinturón, desabrocharon la hebilla y le tendieron la espada y la daga, aún envainadas, al esclavo de la puerta. El *jasuru* las cogió y le franqueó el paso con un ademán.

—Me parece que has perdido peso desde la última vez que te vi —dijo Clara, mientras caminaba junto a Phelia—. ¿Estás bien?

La sonrisa que recibió por respuesta fue tan crispada que sus bordes se quebraron.

—Ha sido muy difícil. Desde que el rey proscribió a Curtin y a Alan... y a vosotros, por supuesto. Desde entonces, ha sido muy duro. Feldin ya casi no duerme. Desearía que esto no hubiera sucedido nunca.

—Hombres —dijo Clara, y le dio un suave golpecito a Phelia en el brazo. La mujer se inclinó hacia el lado opuesto y después, como si cayera en la cuenta de que no debía hacerlo, permitió el contacto con una inclinación de la cabeza—. Dawson ha estado fuera de sí. En realidad, por el modo en que se aferra a cada trocito de rumor, una pensaría que esto es el fin del mundo.

—Yo amo al rey, y Dios es testigo de que soy leal al Trono —aseguró Phelia—, pero Simeon ha manejado esta situación muy mal, ¿no te parece? Se le va de las manos una reyerta ¿y lo soluciona enviando gente al exilio? Lo único que ha conseguido es que todo el mundo sienta que está sucediendo algo terrible. No tiene por qué ser así.

Phelia subió por una gran escalera de peldaños negros muy pulidos. Clara la siguió. Desde el final de la estancia que estaban abandonando, Clara oyó voces de hombre que discutían, pero no pudo distinguir las palabras. Una de las voces era la de Feldin Maas, pero si bien la otra le parecía conocida no conseguía hacerla coincidir con un nombre. Hizo un leve gesto para llamar la atención de Vincen Coe y le indicó con la cabeza la dirección desde provenían las voces.

«Ve y averigua lo que puedas».

Él negó con la cabeza una sola vez. «No».

Clara alzó las cejas, pero en ese momento llegaron al rellano. Phelia la condujo a la gran sala de estar.

—Puedes esperar aquí —lo conminó Clara en la entrada.

—Si así lo deseas, mi señora —dijo Vincen Coe, y se volvió para quedarse con la espalda contra la pared, como un guardia durante su turno, sin mostrar el menor indicio de que bajaría la escalera para investigar. Era todo muy fastidioso.

Con respecto a la última vez en que Clara la vio, la sala de estar había sido reformada en matices de rojo y dorado, pero conservaba ese diván bajo, junto a la ventana, que ella prefería. Y, como buena anfitriona, Phelia le había preparado una pipa. Clara cogió la cazoleta de hueso y madera noble, y colocó un poco de tabaco dentro.

—Ya no sé qué hacer —dijo Phelia, y se sentó en el diván. Estaba inclinada hacia delante, con las manos juntas entre las rodillas, como un niño—. Me digo que las cosas no están tan horrorosamente mal, pero después me despierto en la oscuridad de la noche y no puedo volver a dormirme. Feldin nunca está junto a mí. Viene a la cama conmigo, pero en cuanto me duermo regresa a sus cartas y sus reuniones.

—Son tiempos difíciles —dijo Clara. Encendió su pipa con una delgada vela plateada que estaba ahí a tal fin, y succionó el humo.

—A Curtin iban a encomendarle la custodia del príncipe, ya lo sabes. Pero ahora que no está, todo el mundo anda a la rebatiña. Me parece que... Creo que Feldin podría ser el elegido. Yo podría tener que ayudar a criar a un príncipe —añadió Phelia



con una risilla nerviosa—. ¿Me imaginas criando a un príncipe?

—Aster es un muchacho —dijo Clara—. Yo he tenido tres. Lo peor no es criarlos, sino ocuparte de que no toquen nada que pueda romperse.

—Los hombres no son muy distintos —observó Phelia—. Nunca reparan en lo que puede romperse.

Clara le dio una calada a la cánula de su pipa y dejó escapar una nube de humo dulce y gris antes de hablar.

—Ese es el problema, ¿no? Tenemos un problema y se ha propagado desde nuestra Corte hacia la Costa Norte y Asterilhold. Es probable que Sarakal y Hallskar se acaben percatando de ello.

—Lo sé.

—Pues bien, querida —prosiguió Clara, mientras mantenía la ligereza del tono de su voz—, ¿cómo vamos a resolverlo?

—No sé por qué deberíamos preocuparnos tanto. Durante eras completas, tanto Asterilhold como Antea y la Costa Norte respondían ante los grandes reyes. No solo se contraía matrimonio con los de la propia nobleza, sino también con los nobles de otros reinos. Si piensas en ello...

—Eso es absolutamente cierto —le dio la razón Clara mientras se sentaba junto a su prima. Phelia pellizcaba su vestido con la punta de los dedos, ocupándose de hebras y pelusas que no existían.

—No entiendo por qué tiene que haber tanto escándalo de espadas y arcos, y todo eso. No es posible que alguien lo desee, ¿o sí? En todo caso, ¿qué se gana con pelear? Es como si fuéramos prácticamente un único reino.

—Sí, pero mientras haya un trono en Camnipol y otro en Kaltfel, seguirán con sus bravuconerías —dijo Clara—. Es lo que saben hacer, ¿no te parece?

Phelia se sobresaltó. Tenía los ojos más abiertos de lo que deberían, y sus manos aferraron las rodillas hasta dejar los nudillos sin sangre. Bueno, eso sí era interesante. Clara carraspeó y continuó, simulando no haberse percatado de ello.

—El problema es cómo darle a cada uno un modo de mantener su honor intacto sin exigirle demasiado a cambio. Sé que Dawson no logrará entrar en razones hasta que podamos hallar una vía que no suponga rebajarse ante nadie. Supongo que a Feldin le pasa lo mismo.

—Pero si ha ganado. Feldin siente que ha ganado y si el príncipe se viene a vivir con nosotros...

Clara esperó.

—Sabes que admiro a Dawson —prosiguió Phelia—. Siempre ha sido un incondicional. Aun cuando era descortés con Feldin, el motivo era más el modo en que vive Dawson, en el mundo donde le gustaría vivir. Jamás pensé que fuera por ira ni resentimiento.

—Bueno, yo no diría que mi querido marido sea un hombre sin resentimientos, pero entiendo a qué te refieres.

Phelia emitió una risilla nerviosa. Sus hombros estaban encorvados como los de quien se prepara para recibir un golpe.

—¿Has oído que Rania Hiren está embarazada? —preguntó Phelia. Clara pensó en ello durante menos de un latido y, al final, permitió que su prima cambiara de tema.

—No. ¿Otra vez? ¿Cuántos lleva?

—Ocho, si contamos los vivos. Tres nacieron muertos.

—Me sorprende que tenga tanta energía —observó Clara—. Además, su esposo debe ser un hombre de cierta calidad. Rania es el alma más buena que hay bajo el sol, pero es cierto que después de los mellizos empezó a parecerse un poco a una fregona. Ella no tiene la culpa, por supuesto. Es solo su piel.

—Sin embargo, yo tengo el mismo tipo de piel —dijo Phelia—. Me aterra pensar qué aspecto tendré después de haber alumbrado a mi primer hijo.

—Eres joven, querida. Estoy segura de que podrás recuperar tu tipo. Me imagino que sería una grosería por mi parte preguntarte cómo te va en ese asunto en particular.

Phelia se sonrojó, pero también se relajó. Los cotilleos de alcoba y las complejidades de la carne femenina podían ser indiscretos, pero eran más seguros que la política y los rumores de guerra. Clara permitió, durante una hora, que la conversación no se ocupara de nada en particular, dejándole siempre a Phelia la oportunidad de retomar los asuntos de sus esposos y de la amenaza que pendía sobre la ciudad como el humo de un incendio. Phelia no la aprovechó ni una sola vez. Y eso, por sí solo, ya decía mucho.

Cuando llegó el momento de despedirse, Clara encontró a Vincen Coe justo donde lo había dejado, mirando el aire vacío con un gesto duro. Mientras bajaban la escalera, Phelia cogió a Clara por el brazo, y se inclinó hacia ella con cada paso. La visita parecía haberla tranquilizado tanto como había intranquilizado a la propia Clara. En la puerta, Vincen le pidió sus armas al jasuru mientras Clara se despedía de Phelia con un abrazo. Los portadores le llevaron la litera, y el lacayo le devolvió el chal a Clara. Solo cuando hubo abandonado la plaza privada Clara cayó en la cuenta de que había robado de forma inadvertida la pipa de Phelia. Vació la cazoleta del lado opuesto al de Vincen para evitar que las cenizas cayeran sobre él.

—Supongo que lo estabas escuchando todo desde el otro lado de la puerta —dijo ella lo bastante alto como para sobreponerse al ruido de la calle.

—En absoluto, mi señora.

—Por favor, Vincen —clamó ella—, no soy tonta. ¿Cuánto has escuchado?

Un instante después, el cazador se encogió de hombros.

—Casi todo, mi señora. Habló en voz más baja mientras discutía sus problemas

de fertilidad y tú te reías de sus comentarios sobre la amante de lord Sonnen.

—Entonces oíste la primera parte. ¿Sobre mi esposo y el suyo?

—Sí señora.

—¿Por qué crees que le preocupaba tanto el que Asterilhold y Antea tuvieran una historia común, y fueran «prácticamente un único reino»?

—Supongo, mi señora, que espera que vuelvan a serlo.

Él la miró y su expresión —cauta, calmada y seria— le dijo que estaban de acuerdo. Fueran cuales fuesen el laberinto de sangre y matrimonios, los precedentes y la política, Antea y Asterilhold jamás podrían unirse mientras Simeon y Aster siguieran con vida. Y Phelia, sin querer decirlo, pensaba que la unificación era posible, e incluso probable. Y era muy probable que Aster acabara viviendo bajo su propio techo.

De ello parecía seguirse que Feldin Maas y sus patrocinadores extranjeros pretendían asesinar al príncipe Aster.

—Bueno —dijo Clara con un suspiro—. Hasta aquí han llegado los intentos de hacer las paces.

## CITHRIN

El viento hacía repiquetear los postigos y siseaba entre las hojas de las ventanas. El sol de la mañana era demasiado brillante. Solo por existir, el mundo hacía que Cithrin quisiera vomitar. Daba vueltas en su cama con una mano sobre la garganta. No quería ponerse de pie y, sin duda, no iba a ir al Gran Mercado. El solo intento la habría matado.

Había una vaga inquietud que murmuraba en el fondo de su mente, una razón por la que permanecer ahí supondría un problema. Se suponía que debía ir al café porque...

Porque...

Cithrin dijo algo obsceno. Luego, sin abrir los ojos, lo repitió lentamente, alargando los sonidos. Tenía que reunirse con un representante del gremio de curtidores para hablar sobre una póliza para sus comercios cuando los barcos zarparan otra vez. Ya faltaría poco. Días quizá. No más de dos semanas. Luego, las tres veces condenadas naves zarparían y navegarían siguiendo la costa hacia el norte mientras el tiempo lo permitiera. Harían sus paradas en el norte, harían los negocios que pudieran, y después se resguardarían para pasar el invierno, a la espera de que los barcos procedentes de Far Syramys llegaran a la gran isla de Narinisle, y vuelta a empezar. Y así continuaría todo hasta el fin del mundo, tanto si Cithrin salía de la cama como si no lo hacía.

Se incorporó. El desorden reinaba a su alrededor. El suelo estaba cubierto de botellas y pellejos de vino vacíos. Otra ráfaga golpeó las ventanas, y ella notó cómo el aire entraba y salía de la habitación. Era nauseabundo. Se puso de pie con lentitud y cruzó la estancia en busca de un vestido que no apestara a sudor. En algún momento de la noche debía de haber chocado contra la bacinilla, ya que había un charco de orina que comenzaba a manchar las tablas de madera del suelo. Las únicas ropas que no tenían un aspecto inmundo eran los pantalones y la áspera camisa que había usado cuando era Tag el carretero. Serían suficientes para asegurar su cometido. Todavía había media docena de monedas de plata en su bolsa. Las vació todas en el bolsillo de Tag.

Cuando llegó al pie de la escalera se sentía más humana. Salió a la calle un momento, y entró en el banco por la puerta principal.

—Roach —dijo, y el pequeño timzinae se puso firme de un salto.

—Magistra Cithrin, el capitán Wester y Yardem acaban de salir a recoger los pagos del cervecero del norte del rompeolas y de los dos carniceros del barrio de la sal. Barth y Corisen Mout han ido con ellos. Enen está durmiendo en la parte trasera porque le tocó la guardia nocturna, y Ahariel ha ido a buscar unas salchichas y vuelve enseguida.

—Necesito que me hagas un encargo —le rogó Cithrin—. Ve al café y dile al hombre del gremio de curtidores que no voy a reunirme con él. Dile que no me siento bien.

Las membranas nictitantes del muchacho se abrieron y cerraron con nerviosismo.

—El capitán Wester me dijo que debía quedarme aquí —replicó Roach—. Enen está durmiendo, y él quería que hubiera alguien despierto en caso de que...

—Yo me quedaré aquí hasta que alguno regrese —lo tranquilizó Cithrin—. Tal vez me sienta como si me estuviera muriendo a raudales, pero todavía puedo gritar llegado el caso.

Roach seguía dubitativo. Cithrin sintió una punzada de fastidio.

—Yo le pago el sueldo a Wester —prosiguió ella—, y también te pago a ti. Ahora ve.

—Sí... sí, magistra.

El muchacho salió disparado hacia la calle. Cithrin se quedó en la entrada durante un instante, viendo moverse las oscuras piernas de Roach mientras corría. Lo vio esquivar un carro cargado con pescado fresco, doblar la esquina y desaparecer. Cithrin contó hasta doce con lentitud, dándole tiempo a reaparecer. Cuando vio que no lo hacía, salió a la calle y cerró la puerta. Iba en contra de la dirección del viento, que levantaba granos de polvo y paja, pero ella entornó los ojos y prosiguió el camino hacia la taberna.

—Buenos días, magistra —dijo el tabernero, mientras los ojos de Cithrin se ajustaban a la penumbra—. ¿Ya estás de regreso?

—Eso parece —respondió ella, mientras buscaba unas monedas de plata en los bolsillos—. Tomaré lo que se pueda pagar con esto.

El tabernero cogió las monedas y las movió en su mano como si estimara su peso.

—Tus muchachos sí que saben beber vino —dijo.

—Ellos no beben —sonrió ella—. Es todo para mí.

El hombre rio. Era una nueva clase de mentira que acababa de descubrir, decir una verdad con ligereza y dejar que todo el mundo creyera que se trataba de una broma. «Ellos no beben; es todo para mí. Ven, invierno; tengo tantas probabilidades de estar en el cepo como libre. No importa nada de lo que haga».

El tabernero volvió con dos botellas oscuras de vino y un pequeño barril de cerveza. Cithrin se puso el barril bajo el brazo, cogió una botella con cada mano y esperó a que el hombre le abriera la puerta. Ahora el viento le daba de espalda y la empujaba como si quisiera llevarla a casa de nuevo. El cielo era azul y lo remataba una capa de nubes blancas, pero olía a lluvia. Se estaba acabando el verano, y los otoños de Porte Oliva tenían fama de inclementes. No había por qué quejarse por algún que otro chaparrón.

No regresó a las habitaciones principales. En cambio, se dirigió a su puerta

privada. Le resultó difícil subir la escalera maniobrando con el barril bajo el brazo. Al llegar arriba su codo golpeó con la esquina del muro. El impacto fue lo bastante fuerte como dejarle un hormigueo en los dedos, pero no soltó la botella.

Se había olvidado del charco de meados, pero ya se sentía lo suficientemente bien como para abrir la ventana y lanzar los contenidos de la bacinilla hacia el callejón. Limpió el resto con una muda sucia, que lanzó también por la ventana. El día anterior había comido un poco de una salchicha repleta de cartílago y una rebanada de pan. Sabía que debía de estar hambrienta, pero no lo estaba. Se quitó las botas de carretero, abrió la primera de las botellas y se tumbó, con la espalda contra la pequeña cabecera de la cama.

Ella no estaba acostumbrada a un vino tan dulce, pero podía sentir su picor. El estómago se le rebeló durante un instante, retorciéndose como un pez en el fuego, y ella comenzó a beber más lentamente hasta que se calmó. Sintió un latido en la cabeza: el inicio de una migraña. El viento se detuvo, y la dejó en silencio. Oyó las voces de los dos guardias kurtadam que llegaban desde debajo.

La mujer —Enen— rio. La calidez y la calma se deslizaron por la sangre de Cithrin. Se bebió un último y largo trago, directamente a morro, se dio la vuelta y dejó la botella en el suelo. La oscuridad que había detrás de sus ojos era cómoda y profunda. El rugido del viento que regresaba parecía llegarle desde muy lejos, y su mente, tal como estaba, chispeó y se deslizó. Se establecían conexiones de maneras improbables e irrepetibles.

Tenía la sensación de que el magíster Imaniel le había dado algo para el capitán Wester. Pensaba que era algo relacionado con el tráfico de los canales de Vanai y su relación con los muelles de Porte Oliva, y con hierbas y especias metidas en la nieve. La conciencia de Cithrin se desvaneció en la oscuridad, sin haberle dado tiempo de trazar el límite entre la vigilia y la duermevela. El tiempo se detuvo. Comenzó cuando empezó a notar vagamente unas voces enfadadas, muy lejos, y se detuvo otra vez.

—Levántate.

Cithrin se obligó a abrir los ojos. El capitán Wester estaba en la entrada, con los brazos cruzados. La luz era tenue, y la ciudad estaba bajo el ocaso y las nubes.

—Sal de la cama —le ordenó él—. Ahora.

—Vete.

—¡Te he dicho que te levantes de esa maldita cama!

Cithrin se incorporó a medias sobre un brazo. La habitación se movía.

—¿Para hacer qué? —preguntó ella.

—Has faltado a cinco reuniones —la reprendió Marcus—. Va a correrse la voz y, cuando eso comience, será tu fin. Así que levántate y haz lo que tengas que hacer.

Cithrin lo miró fijamente, con la boca pastosa por la incredulidad y la creciente

ira.

—No hay nada que hacer —dijo ella—. Ya está. Es el fin. Tuve mi oportunidad y la perdí.

—Conocí a Qahuar Em. No merece la pena hacer tantos pucheros por él. Ahora...

—¿Qahuar? ¿A quién le importa Qahuar? —dijo Cithrin mientras se sentaba. No recordaba haber derramado vino sobre su túnica, pero sintió el tirón de la tela ahí donde el vino seco se había pegado a su piel—. Fue el contrato. Lo intenté y perdí. Tenía el mundo en mis manos y lo perdí. He fracasado.

—¿Has fracasado?

Cithrin abrió los brazos, abarcando la habitación, la ciudad, el mundo. Señalando lo evidente. Wester se acercó. En la tenue luz sus ojos parecían brillantes como las piedras de un río, su boca dura como el hierro.

—¿Has visto a tu esposa y a tu hija quemarse hasta morir delante de ti, por tu culpa? —preguntó él. Como ella no respondió, él asintió—. Pues entonces podría haber sido peor. No estás muerta. Hay trabajo que hacer. Levántate y hazlo.

—No estoy autorizada. Recibí una carta de Komme Medean en la que me decía que no estoy autorizada a hacer negocios en su nombre.

—¿Y entonces vas y te echas a gimotear en una cama en su nombre? Él debe de estar de lo más entusiasmado. Sal de la cama.

Cithrin se tumbó y se puso la almohada sobre el pecho. Desprendía un olor horrible, pero la abrazó igualmente.

—Tú no me das órdenes a mí, capitán —dijo, convirtiendo la última palabra en un insulto—. Yo te pago a ti, así que tú haces lo que yo te digo. Ahora vete.

—No te dejaré que arruines todo aquello por lo que has trabajado.

—He trabajado para mantener a salvo el dinero del banco, y lo he hecho. Así que tienes razón. Yo gano. Ahora vete.

—Pero quieres conservarlo.

—Y las piedras quieren volar —dijo ella—, pero no tienen alas.

—Encuentra un modo —le replicó él, casi con amabilidad.

Fue demasiado. Cithrin gritó sin palabras, furiosa, se sentó y le arrojó la almohada con toda su fuerza. Ya no quería llorar más, y allí estaba, llorando.

—¡He dicho que fuera! —gritó—. ¡Aquí nadie te quiere! Tu contrato está cancelado. Coge tu sueldo y tus hombres, y cierra la puerta al salir.

Wester dio un paso atrás. Cithrin sintió un vacío en el pecho y trató de tragarse sus palabras. Él se inclinó, recogió la almohada con dos dedos y se la pasó. La almohada describió un lento arco y aterrizó sobre la cama, al lado de Cithrin, con un ruido blando como el que hace alguien al recibir un puñetazo en el vientre. Empujó uno de los odres de vino vacíos con la punta de su bota y respiró profundamente.

—Recuerda que intenté hablar contigo para que actuaras de manera razonable —

dijo él.

Se volvió. Se fue.

Ella había previsto el dolor y se preparó para que la golpeará, por lo que no fue la angustia de saber que él la abandonaría lo que la sorprendió. La sorpresa era que, aun sabiéndolo, aun estando preparada para ello, la desesperación pudo abrumarla. Sentía como si se le hubiera muerto algo a medio camino entre su garganta y su corazón, y se había enroscado en su cuerpo, pudriéndose. Ella lo oyó bajar la escalera, cada paso más silencioso que el anterior. Cithrin manoteó su almohada mugrienta y comenzó a gritarle. Gritó y le pareció que se pasaba días enteros solo gritándole, mientras su cuerpo temblaba de hambre y agotamiento, y por el veneno del vino y la cerveza. Los músculos de su espalda y su vientre amenazaban con acalambrarse, pero no podía dejar de gritar y llorar, del mismo modo que no podía escoger dejar de respirar.

En el piso de abajo había voces. Marcus Wester y Yardem Hane. Oyó a Yardem tronar algo que ella reconoció por su cadencia como un «Sí, señor», aunque las sílabas anteriores y posteriores le resultaron incomprensibles. Después, una voz más alta, tal vez de Roach.

Se marcharían. Todos ellos.

No importaba.

Nada importaba. Sus padres llevaban muertos tanto tiempo que ya no se acordaba de ellos. El magíster Imaniel y Cam y Besel estaban muertos. La ciudad de su niñez, incendiada y destruida. Y el banco, la única cosa que había hecho por sí misma, se lo quitarían tan pronto como llegara el auditor. No entendía que la marcha de unos cuantos guardias pudiera ser importante.

Pero lo era.

Lenta, muy lentamente, la tormenta que había en su interior se aquietó. Ahora estaba a oscuras, y las minúsculas gotas de lluvia tamborileaban como dedos contra la ventana. Tendió la mano hasta la botella de vino que había junto a la cama y se sorprendió de que estuviera vacía. Pero aún quedaba otra botella. Y el barril de cerveza. Estaría bien. Solo necesitaba recuperar sus fuerzas. Unos minutos más. No necesitaba nada más.

Aún no se había levantado cuando oyó los pasos. Primero el paso firme y pesado en la base de la escalera, y después, incluso antes de alcanzar el rellano, el ruido de un algo pesado que se movía. Algo golpeó la pared de la casa, y Yardem gruñó. Se oyó un ruido que podría haber sido la lluvia cayendo desde el tejado, pero parecía estar más cerca que eso. Brilló una luz. Un farol en manos de Wester. Y detrás de él, Yardem Hane y los dos guardias kurtadam que luchaban con una tina de casi un metro y medio de largo.

—La deberíamos haber traído primero y llenado después —se lamentaba Enen con voz congestionada.



—Ya lo sabemos para la próxima —respondió Marcus.

Cithrin vio a los tres guardias que dejaban la tina en el suelo de la otra habitación. Le llegaba a las rodillas a Marcus y chorreaba agua.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Cithrin, con una voz más fina y débil de lo que pretendía.

Sin hacerle el menor caso, Yardem le tendió una jofaina al capitán y comenzó a encender las velas y las lámparas de la habitación principal. Los dos kurtadam la saludaron y bajaron la escalera. Cithrin se sentó y colocó una mano sobre la cama para estabilizarse. Marcus avanzó hacia ella y, antes de que Cithrin pudiera detenerlo, la agarró del pelo y la arrastró fuera de la cama. Sus rodillas golpearon el suelo con un ruido sordo y una punzada de dolor.

—¿Qué haces? —gritó.

—Que conste que primero he intentado hablar contigo —se justificó Wester, y la empujó dentro de la tina. El agua estaba templada—. Quítate esos harapos o te los quitaré yo.

—No me voy a...

Bajo la luz cada vez mayor de las velas, la expresión de Wester era dura e implacable.

—Ya he visto muchas antes. No me vas a dejar boquiabierto.

Aquí está el jabón —dijo él, y le puso la jofaina en la mano—. Y asegúrate de lavarte el pelo. Está tan grasiento que podría prenderse fuego.

Cithrin miró la jofaina. Era más pesada de lo que había supuesto, y tenía un tapón. No recordaba la última vez que se había lavado. Cuando él volvió a hablar, su voz era de resignación.

—O lo haces tú o lo hago yo.

—No mires —dijo ella, y mientras lo decía cayó en la cuenta de que estaba realizando un pacto cuyos términos aún desconocía. Todo lo que sentía era el alivio de que no la hubieran abandonado.

Marcus suspiró de impaciencia, pero se volvió hacia la escalera. Yardem tosió discretamente y salió de la habitación. Cithrin se quitó la ropa de carretero y se arrodilló en la tina. Notaba el aire frío contra la piel. A su lado flotaba un cazo de madera tallada, y lo utilizó para enjuagarse. No se había dado cuenta de lo sucia que se sentía hasta que estuvo limpia por completo.

Oyó una voz conocida a los pies la escalera.

—¿Está ahí? —preguntó Cary.

—Sí —respondió Marcus—. De momento, límitate a tirársela.

La actriz refunfuñó, y Marcus se inclinó hacia delante y atrapó un rollo de cuerda y ropa en aire.

—Estaremos abajo —dijo Cary, y la puerta de calle de Cithrin se abrió y se cerró.

Marcus desató la cuerda y extendió el brazo hacia atrás con una toalla. Cithrin la cogió de su mano.

—También hay un vestido limpio —añadió él—. Avísame cuando estés presentable.

Cithrin salió de la tina tiritando y se secó a toda prisa. El agua estaba negra, y en la superficie flotaba una capa de espuma mugrienta. No bien se hubo enfundado el vestido, Cithrin lo reconoció como una de las prendas de Cary. Olía a pinturas y a colorete.

—Ya estoy presentable —avisó.

Yardem salió del dormitorio. Había hecho un saco con una sábana y lo había llenado con los odres de vino y las botellas vacías. El barril y la botella restantes compartían el destino de los recipientes. Cithrin extendió un brazo, lista para indicarle que los dejara, que todavía no había acabado con esos dos. El tralgu inclinó una oreja y su pendiente tintineó. Ella lo dejó pasar.

—He mandado que te traigan comida —comentó Marcus—. ¿Tienes aquí todos los libros del banco?

—Uno de los libros mayores está en la cafetería —respondió ella—. Y copias de unos cuantos contratos.

—Enviaré a alguien para que los traiga. Dejaré un guardia al pie de la escalera y otro bajo la ventana. Aquí no va a entrar ninguna bebida que sea más fuerte que el café. Te vas a quedar aquí hasta que des con la manera de conservar tu banco.

—No la hay. Me han prohibido hacer más transacciones o negocios.

—Y Dios sabe que no deseamos quebrantar ninguna regla —dijo Marcus—. Si necesitas algo, cualquier cosa, dínoslo. A todo el mundo le gusta emborracharse por pura autocompasión alguna que otra vez, pero ya está. Seguirás sobria hasta que hagas lo que tengas que hacer, ¿entendido?

Cithrin se acercó a él y lo besó. Sus labios estaban inmóviles y titubeantes, y la barba de varios días, áspera. Era el tercer hombre a quien besaba en su vida. Sandr, Qahuar y el capitán Wester. Él retrocedió.

—Mi hija no era mucho más joven que tú.

—¿Le habrías hecho esto a ella? —preguntó Cithrin señalando la tina.

—Habría hecho cualquier cosa por ella —respondió él. Y después—: Haré que se lleven la bañera, magistra. Ya que de todos modos tenemos que traerte los libros, ¿quieres que te traigamos un poco de café?

—A estas horas ya estará cerrado. Es de noche.

—Pediré que hagan una excepción.

—Entonces sí.

Él asintió con la cabeza, salió y bajó la escalera. Cithrin se sentó en su pequeño escritorio. El sonido de la lluvia en el tejado, mezclado con las voces de abajo. Por

supuesto, no había nada que hacer. Todos los esfuerzos y las mejores intenciones del mundo no podían cambiar ni uno solo de los números grabados en sus registros. De todos modos, les echó un vistazo. Yardem y los dos kurtadam acudieron para llevarse la tina. Roach apareció con un cazo de sopa de pescado y nata que sabía a pimienta negra y a mar. Le habría ido muy bien un jarro de cerveza, pero sabía perfectamente que no le serviría de nada pedirlo. De momento, el agua bastaría.

Sentía la mente frágil, como algo que podía desmoronarse ante cualquier pequeño empujón, pero intentó imaginarse que ella era el auditor de Carse. ¿Qué vería él cuando se enfrentara con toda aquella documentación? Recorrió el inventario inicial. Seda, tabaco, gemas, joyas, especias, plata y oro. El anteano rollizo había robado un poco en la balsa del molino, y su estimación de pérdidas estaba incluida ahí, con los números en trazos negros sobre el papel de color crema. Así que ahí estaba el principio. Ahora, tenía que recapitular lo que había hecho con eso.

Mientras volvía las páginas la acometió una sensación de nostalgia. El seco sisear del papel, y allí había otro artefacto de la edad dorada que acababa de tocar a su fin. El contrato y el recibo de cuando le había comprado las habitaciones al jugador. La autorización en papel cebolla y el sello que señalaban la apertura del banco. Siguió los detalles con la punta de un dedo. Todavía no había pasado una estación completa desde que empezara. Parecía como si hubiera pasado más tiempo. Le parecía toda una vida. Después estaban los convenios de consignación del comerciante de especias y los vendedores de telas. Su valoración, la de ellos y el ingreso final por la venta. El problema siempre lo habían constituido las joyas. Se descubrió preguntándose si acaso habría habido alguna forma mejor de deshacerse de ellas. Si hubiera esperado a que llegaran los barcos procedentes de Narinisle, o si las hubiera colocado en consignación en un negocio de exportaciones, entonces no habría saturado el mercado. Bueno, otra vez sería.

Un trueno distante retumbó a través del constante tamborileo de la lluvia. Roach, empapado hasta las escamas, llegó con la caja fuerte de la cafetería, una enorme taza de barro con café y una nota en la que el maestro Asanpur le decía que la cafetería parecía demasiado grande sin ella. Casi bastó para que ella volviera a romper en llanto, pero eso habría confundido al chico timzinae, así que se obligó a mantener la compostura.

El mejor negocio que había hecho era el semimonopolio horizontal formado por la destilería, la fábrica de barriles y las tabernas. Todos los miembros de la cadena de producción estaban de acuerdo con el banco, por lo que en cuanto llegaban el grano y el agua a la destilería, todo el comercio salía beneficiado, y la ponía en condiciones de garantizar el negocio hasta el siguiente eslabón. Si podía llegar a un acuerdo con unos cuantos agricultores para tener acceso exclusivo a sus cultivos de granos, entonces sería un mecanismo fijo de producción de oro.

Pero eso le estaría reservado a la próxima persona, quienquiera que fuese. Cithrin bebió un sorbo del café. Con todo, había sido una buena idea, y estaba bien llevada a cabo. En un año, cuando recuperara los restos de la inversión de sus padres en el banco, tendría que averiguar si se podía diseñar una versión más modesta de ese mismo plan. Creía que sería doloroso pasar de ser la magistra Cithrin Bel Sarcour a convertirse de nuevo en pupila del banco. Pero una vez que hubiera pasado su bautismo de fuego, podría ingresar en el mundo de los negocios por su cuenta...

La piel del brazo se le estremeció, y el fino vello se le erizó. Le cosquilleó el cuello. Una sensación como de fuego frío le recorrió la columna vertebral. Cerró los libros que había escrito, los puso a un lado y volvió a los más antiguos, a los que habían sido escritos por manos que ya habían muerto. Los registros de Vanai. La pequeña nota en tinta roja que indicaba su llegada al banco. Cerró el libro con manos temblorosas.

El capitán Wester tenía razón.

Había una manera.

## DAWSON

—No quiero saber nada de eso —dijo el rey Simeon. Los meses no habían sido amables con él. Ahora su piel era más gris que antes, y sus labios tenían un color azul insalubre. El sudor le perlaba la frente, aunque la habitación no estaba especialmente caliente—. Dios, Dawson. Escúchate. Llevas un día de vuelta del exilio, ¡uno!, y ya estás otra vez con lo mismo.

—Pero si Clara tiene razón, y Maas está conspirando contra la vida de Aster...

Simeon estampó la mano en la mesa. La sala de audiencias resonó con el ruido y el silencio que siguió solo era roto por el canto de los pinzones y el gorgoteo de la fuente que había del otro lado de la ventana. Los guardias apostados detrás de la pared del fondo permanecieron impávidos, como siempre. Sus armaduras exhibían los colores negro y oro de la ciudad; en sus cinturas, las espadas descansaban dentro de las vainas. Dawson se preguntó qué habrían dicho si les hubieran preguntado. Alguien tenía que hacer razonar a Simeon, aunque era obvio que ese alguien no era él.

—Si no es su vida, serán las de alguien más —se defendió Dawson.

—Soy tu rey, barón Osterling. Soy perfectamente capaz de gobernar con seguridad este reino.

—Simeon, eres mi amigo —le imploró Dawson con suavidad—. Sé como sueñas cuando estás asustado hasta la médula. ¿Puedes posponerlo hasta el año entrante?

—¿Posponer el qué?

—Entregar a tu hijo. Designar a su protector. La corte se acabará dentro de tres semanas. Límitate a decir que los sucesos recientes te han distraído de la decisión. Tómate tu tiempo.

Simeon se puso de pie. Caminó como un anciano. Del otro lado de la ventana las hojas todavía estaban verdes, pero menos que antes. El verano moría, el verde no tardaría en desaparecer, y el rojo y el oro se adueñarían de los campos. Colores hermosos, sin duda, pero de muerte.

—Maas no tiene ninguna razón para desearle el mal a Aster —dijo Simeon.

—Está en contacto con Asterilhold. Está trabajando con ellos...

—Y tú trabajaste con Maccia para reforzar Vanai. Lord Daskellin bailó con la Costa Norte. Lord Tremontair mantiene asignaciones con el embajador de Borja, y el año pasado lord Aminnin pasó más tiempo en Hallskar que en Antea. ¿Debo matar a todos los nobles que tienen relaciones fuera del reino? Tú no sobrevivirías. —El aliento de Simeon era rápido y superficial. Se apoyó en el alféizar de la ventana para no perder pie—. Cuando mi padre murió, tenía un año menos que yo ahora.

—Me acuerdo.

—Maas tiene aliados. Todos lo que quieren a Issandrian y a Klin se volvieron

hacia él cuando ellos se fueron.

—Los míos se volvieron hacia Daskellin.

—Tú no tienes aliados, Dawson. Tienes enemigos y admiradores. Ni siquiera pudiste mantener al joven Palliako cerca de ti cuando era el héroe del momento. Lerer prefirió enviarlo al otro extremo del mundo antes que permitir que le hicieras otro homenaje. Enemigos y admiradores.

—¿Y entre cuáles te cuentas, majestad?

—Entre las dos cosas. Desde que me quitaste a aquella muchacha cinnae en el torneo, cuando teníamos doce años.

Dawson se rio entre dientes. La sonrisa del rey apenas fue un tímido intento, y un momento después también se estaba riendo. Simeon volvió y se derrumbó sobre su silla.

—Sé que no lo apruebas, pero créeme cuando te digo que hago todo lo que puedo. Hay muchas cosas que compensar, y estoy muy cansado. Estoy insoportablemente cansado.

—Al menos, no le entregues a Aster a Maas. No me importa si en este momento es el hombre más influyente de la Corte. Búscate a otro.

—Gracias por tu consejo, viejo amigo.

—Simeon...

—No. Gracias. Eso es todo.

En la antecámara, los sirvientes le devolvieron a Dawson su espada y su daga. Parecía que habían pasado años desde que Simeon insistiera en la vieja formalidad de acudir desarmado a la audiencia privada. Hasta ese extremo habían llegado las cosas. Dawson todavía se estaba ajustando la hebilla cuando salió. El aire era cálido, y el sol brillaba con fuerza en el cielo, pero la brisa se hacía notar. El aire suave y apremiante del verano había desaparecido. La estación cambiaba otra vez. Dawson rechazó la mano que le ofrecía el lacayo y se subió al carruaje por sus propios medios.

—¿Mi señor? —preguntó el conductor.

—Al Gran Oso —ordenó Dawson.

El látigo restalló y el carruaje se alejó tambaleándose, dejando atrás las macizas torres y las marciales puertas de la Torre del Rey. Dawson se repantigó en el asiento; las sacudidas y los golpes le enviaron punzadas de dolor a la espalda. El desgaste producido por el viaje de regreso a Osterling Fells, primero, y por haberse pasado la mayor parte del día esperando a que su majestad le concediera una audiencia, después, había sido mayor que antaño.

Cuando era joven, cabalgaba desde Osterling Fells hasta Cannipol, y solo se detenía para cambiar el caballo. Llegaba antes del baile de la reina, y podía estar bailando hasta el amanecer. Casi siempre, con Clara. Parecía una historia que le hubiera oído contar a otro, salvo que él todavía podía ver el vestido que llevaba ella,

y oler el perfume de su cuello. Dejó a un lado el recuerdo de la juventud de su esposa antes de que eso lo excitara. Quería caminar erguido cuando llegara al club y, si bien era viejo, no estaba muerto.

La Fraternidad del Gran Oso se alzó ante el carruaje, con su fachada de piedra negra y pan de oro de la Ciudad Inmortal. Las calles estaban repletas de coches y carruajes cuyos conductores intentaban estacionarse en el mejor sitio para que sus amos caminaran lo menos posible desde el vehículo hasta la entrada. El aire apestaba a excrementos frescos de caballo convertidos en pasta por el pisoteo de cien cascos. Dawson jugó con la idea de bajarse donde estaba y caminar hacia el club solo para escaparse, pero eso estaba por debajo de su dignidad, así que se conformó con insultar al conductor por su lentitud e incompetencia. Para cuando los lacayos del club salieron a toda prisa con un escalón para él, casi se sentía mejor.

Dentro, el club era un tejido hecho de humo de pipa, calor y música arrinconada en favor de la conversación. Dawson le entregó su chaqueta a una criada que le dirigió una reverencia y se escabulló. Cuando entró en la gran sala, media docena de hombres se volvieron hacia él, y aplaudieron su regreso con diverso grado de placer y sarcasmo. Enemigos y admiradores. Dawson hizo una reverencia que podía interpretarse como un gesto de agradecimiento o un insulto, según a quién se la dirigiera; aferró una copa de cristal con vino generoso y continuó hacia las salas más pequeñas de la izquierda.

En el centro de una de las salas había una gran mesa redonda. Una docena de hombres se sentaban alrededor de ella. Muchos de ellos hablaban a la vez. Entre la multitud de cuerpos y mentes vio el largo cabello de Issandrian y el rostro ingenuo de sir Klin. Issandrian lo vio y se puso de pie. Saludó a Dawson con una inclinación, en lugar de una reverencia. Podría haber sido un engaño producido por la luz, pero el hombre parecía disminuido. Como si el exilio realmente hubiera sido una lección de humildad para él. Los demás asistentes guardaron silencio y cayeron en la cuenta de que estaba sucediendo algo a su alrededor, aun cuando fueran demasiado lerdos como para saber de qué se trataba. Dawson desenvainó su daga e hizo un saludo de duelista. Issandrian sonrió en lo que podría haber sido un gesto de aprobación.

En el fondo de la sala había estancias para reuniones privadas, la más pequeña de las cuales apenas era más grande que un carruaje. Los sillones de piel negra absorbían la escasa luz que daban las velas. Daskellin estaba sentado en un rincón desde donde podía ver a quienquiera que entrase. Tenía la espalda contra la pared y la espada envainada, pero a mano.

—Bien —comenzó Dawson, y se sentó en el sillón de enfrente—. Veo que en mi ausencia has dilapidado todos nuestros avances.

—Yo también me alegro de verte —dijo Canl Daskellin.

—¿Cómo hemos pasado de defender con éxito Camnipol de las espadas

extranjeras a apoyar a Feldin Maas? ¿Puedes explicármelo?

—¿Prefieres la respuesta larga o la corta?

—¿La larga será menos fastidiosa?

Daskellin se inclinó hacia delante.

—Maas tiene apoyos, y nosotros no. Yo los tenía. O creí que los tenía. Después cambió un balance general, o algo así, y Clark se largó a Kirancour.

—Eso te pasa por juntarte con un banquero.

—No volverá a ocurrir —dijo Daskellin con tono sombrío.

Era lo más parecido a una disculpa que Dawson esperaba conseguir. Dejó que el asunto se diluyera. Vació su vaso, se inclinó hacia la puerta y dio unos golpecitos con el puño hasta que apareció una criada y le volvió a llenar el vaso.

—Entonces, ¿dónde estamos? —preguntó Dawson cuando se hubo ido la muchacha.

Daskellin sacudió la cabeza, haciendo sonar el aire mientras exhalaba entre los dientes apretados.

—Si esto acaba en el campo de batalla, nos las arreglaremos. Todavía hay suficientes terratenientes que odian Asterilhold, y será fácil reunirlos.

—¿Y si Aster muere antes de subir al trono?

—Entonces, roguemos con fervor por que la sucesión al cetro real de su majestad todavía funcione, porque un nuevo heredero varón es nuestra mayor esperanza. He hecho que mis genealogistas estudiaran los archivos de la sangre, y Simeon tiene un primo en Asterilhold con derechos legítimos.

—¿Legítimos? —preguntó Dawson inclinándose hacia delante.

—Me temo que sí, y esto no te lo puedes imaginar. Es partidario del principio del consejo de granjeros. Perdemos el cuarto de nuestro apoyo que tiene más sentido que agallas. Los demás se congregarán alrededor de Oyer Verennin o, tal vez, de Umansin Tor, que también tienen derecho a reclamar el Trono. Si Asterilhold apoya a su hombre con la ayuda del grupo que han reunido Maas e Issandrian, nos enzarzaremos en una guerra civil y la perderemos.

Daskellin batió palmas una vez. La vela que estaba encima de él chisporroteó. En los pasillos del club, una criada gritó y un hombre se rio. El vino generoso de Dawson le sabía ahora más amargo que cuando había comenzado a beberlo. Dejó el vaso.

—¿Podría haber sido este el plan desde el principio? —preguntó Dawson—. ¿Maas estaba utilizando a Issandrian y a Klin y toda esa cháchara sobre el consejo de granjeros con esta única finalidad? Puede que durante todo este tiempo hayamos estado apuntando al blanco incorrecto.

—Es posible —contestó Daskellin—. O tal vez vio esa posibilidad y decidió aprovecharla. Tendríamos que preguntarle a Feldin, pero sospecho que podría no



respondernos con la verdad.

Dawson tamborileó sobre el borde de la copa, y el cristal sonó con suavidad.

—No podemos permitir que Aster muera —dijo Dawson.

—Todo muere. Hombres, ciudades, imperios. Todo —respondió Daskellin—. El asunto es cuándo.

Dawson cenó con su familia en el comedor. Cerdo asado con manzanas, calabaza caramelizada y pan fresco horneado con dientes de ajo enteros. Un mantel de lino cubría la mesa. Los platos de cerámica eran de Far Syramys, y los cubiertos, de plata pulida. Un plato de cenizas servido sobre escoria de hierro le habría hecho el mismo efecto.

—Ha regresado Geder Palliako —comentó Jorey.

—¿De verdad? —respondió Clara—. No recuerdo adónde se había ido. No era al sur, sin duda; allá hay mucha gente que tenía amigos y familia en Vanai. No puedes esperar que te colme de honores alguien a cuyo primo acabas de matar. No sería realista. ¿Estuvo en Hallskar?

—En el Keshet —explicó Jorey con la boca llena de manzana—. Ahora su favorito es un curandero.

—Me alegro por él —dijo Clara. Hizo sonar la campanilla para que acudiera la criada, y después, con el ceño fruncido—: No necesitamos ofrecerle más banquetes, ¿no?

—No —respondió Dawson.

Desde luego, estaba al corriente de lo que estaban haciendo. Jorey sacaba a colación temas extraños y triviales. Clara parloteaba sobre ellos y lo transformaba todo en una pregunta que Dawson debía responder. Era la estrategia que usaban siempre en tiempos difíciles para levantarle el ánimo. Aquella noche la carga era demasiado pesada.

Había sopesado la idea de matar a Maas. Sería difícil, por supuesto. Un ataque directo sería imposible. En primer lugar, era algo previsible, por lo que estaría custodiado. En segundo lugar, si el intento fracasaba, atraería aún más simpatías hacia Maas en la corte. La idea de desafiarlo a un duelo y dejar que algo saliera mal le parecía interesante. Maas y él se habían batido a duelo lo bastante a menudo como para que no pareciera algo planeado, y a veces los duelistas resbalaban. Las hojas penetraban más profundamente de lo previsto. Tenía que soslayar el hecho de que Feldin era más joven y fuerte, y de que había perdido su último duelo porque Dawson era más listo. Con todo, la idea le atraía.

—El hecho es que el barco se hunde, y estamos achicando el agua con un colador —dijo Barriath en el momento en que entraba la sirvienta.

—¿Así que...? —preguntó Jorey.

—Simeon es mi rey, y bastaría una palabra suya para que yo diera mi vida por él, como todos —prosiguió Barriath—, pero ya no es dueño de sus actos. Padre detuvo la locura de Edford Charter, y ahora nos las vemos con conspiraciones desde Asterilhold. Si las detenemos, habrá otra crisis después, y otra después de esa, y otra más.

—No creo que sea una conversación apropiada para la mesa, cariño —dijo Clara mientras aceptaba una nueva copa de vino que le ofrecía la criada.

—Ah, déjalo hablar —la conminó Dawson—. En cualquier caso, este asunto ocupa todos nuestros pensamientos.

—Por lo menos espera a que el servicio se haya retirado —le reprochó Clara—. O quién sabe qué pensarán de nosotros en los barrios de la servidumbre.

La criada se retiró, ruborizada. Clara observó mientras la puerta se cerraba, y después asintió mientras se dirigía a su hijo mayor.

—Antea necesita un rey —afirmó Barriath—. Y en lugar de ello, tiene a un abuelo bondadoso. No me gusta ser quien trae las malas noticias, pero en la armada ya lo sabe todo el mundo. Si no fuera porque lord Skestinin alienta a los capitanes a aplicar el látigo y arrojar a los alborotadores a los peces, ya habríamos tenido un motín. Por lo menos uno.

—No me lo puedo creer —dijo Clara—. Amotinarse es muy grosero y estrecho de miras. Estoy segura de que nuestros hombres de la armada del rey no caerían tan bajo.

Barriath se rio.

—Madre, si realmente quieres tener una conversación poco apropiada en la mesa, puedo contarte cuán bajo caen a veces los marineros.

—Pero Simeon es el rey, y Aster es un muchacho —zanjó Jorey. Dawson pensó que se trataba de un valiente intento de evitar distraerlo del asunto una vez más—. No puedes aspirar a que se conviertan en personas diferentes de las que son.

—Estoy de acuerdo contigo, muchacho —convino Dawson—. Pero me gustaría no estarlo.

—Lo mejor —prosiguió Barriath— sería que Simeon buscara a alguien con coraje para custodiar a Aster, y después abdicara. Una regencia podría durar unos ocho o diez años, y para cuando Aster asumiera la Corona, el reino estaría en orden.

Jorey expresó su mofa con un resoplido, y el rostro de Barriath se endureció.

—Apiádate de nosotros —dijo Jorey—. Un regente que pudiera resolver todos los conflictos del reino en una década, probablemente no dejaría su regencia con tanta facilidad. Sería rey.

—Tienes razón —aceptó Barriath—. Y eso sería espantoso, ¿verdad?

—Estamos empezando a sonar de un modo espantosamente similar al de la gente a la que nos oponemos, hermano.

—Si vais a empezar a pelearos, podéis dejar la mesa ahora mismo —dijo Clara. Barriath y Jorey bajaron la vista hacia sus platos, murmurando variaciones de «lo siento, madre». Clara asintió para sí misma—. Así está mejor. Además, discutir sobre problemas como estos, que no está en vuestras manos resolver, es un derroche de energías. Tan solo tenemos que convencer a Simeon de que el pobre Feldin se ha buscado un verdadero problema con esa horrible gente de Asterilhold.

—No es tan sencillo —dijo Dawson.

—Sí que lo es —respondió Clara—. Seguramente tendrá cartas, ¿no? Eso fue lo que dijo Phelia. Que él siempre estaba metido en sus reuniones y sus cartas.

—No creo que les escriba a sus amigos extranjeros cartas con descripciones detalladas de una traición, madre —se mofó Barriath—. «Apreciado lord Fulano de Tal, me complace saber que vas a ayudarme a asesinar al príncipe».

—Sin embargo, no sería necesario que lo dijera así. No directamente —reflexionó Jorey—. Si hubiera pruebas de que Maas se escribe con ese primo que podría reclamar el Trono, tal vez bastaría.

—Siempre puedes juzgar a la gente fijándote en la gente con quien mantiene correspondencia —dijo Clara, satisfecha—. Desde luego, está el inconveniente de cómo hacerse con las cartas, pero Phelia estaba tan desesperadamente feliz de verme la última vez que no creo que resulte demasiado difícil arreglar otra invitación. No es que sea una tarea fácil, por supuesto, y por eso he recurrido al maestro de labores para que venga a enseñarnos sus patrones de tejido. El bordado es sencillo de mirar, pero el trabajo más complejo puede resultar muy abrumador. Lo que me recuerda, Dawson, cariño, que mañana necesitaré buena luz en la sala de estar. Seremos cinco porque, a fin de cuentas, resultaría un poco obvio invitar solo a Phelia. No será un problema, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó Dawson.

—¿La sala de estar, con buena luz? —replicó Clara, girando la cabeza hacia él y alzando las cejas sin dejar de mirar cómo cortaba la carne con el cuchillo—. Porque no se puede realizar auténticas labores en penumbras. Es...

—¿Estás cultivando tu amistad con Phelia Maas? —la interrumpió Dawson.

—Vive con Feldin —se defendió Clara—. Y con el fin de las actividades de la Corte tan cerca, no es muy prudente esperar, ¿no crees?

Había cierto brillo en sus ojos, y un punto peligroso en la comisura de sus labios. Dawson estaba seguro de que su esposa se lo estaba pasando bien. Notó cómo se le disparaba la mente para mantener el ritmo de la de Clara. Si podían convencer a Phelia de que les franqueara la entrada a unos cuantos hombres...

—¿Qué estás haciendo, madre? —preguntó Barriath.

—Salvando el reino, cariño —respondió ella—. Cómete la calabaza. Y deja de moverla por todo el plato y de fingir que te la comes. No colaba cuando eras niño, así

que no entiendo por qué sigues intentándolo.

—No nos creará —dijo Dawson—. Después de todos los reparos que he opuesto, Maas dirá que es una trampa. Pero podría bastar para que Simeon cambie de opinión y no le entregue a Aster.

—¿Más cambios de opinión del rey? —dijo Barriath—. ¿De verdad es eso lo que necesitamos? Consigue que tome alguna decisión o mantente al margen.

—Alguien más podría tomarlas —dijo Jorey—. Alguien que no esté aliado ni con nosotros ni con Maas.

—¿Y el joven Palliako? —preguntó Clara—. Sé que parece un poco frívolo, pero se lleva bien con Jorey, y no se puede decir que forme parte de nuestro círculo íntimo.

Dawson se llevó a la boca un trozo de cerdo y lo masticó lentamente, dándose tiempo para pensar. En realidad, la carne no estaba mal. Salada y dulce, y con algo parecido al picor de la pimienta detrás de todo. En realidad estaba bastante buena. Notó que una sonrisa se le instalaba en la boca, y cayó en la cuenta de que llevaba tiempo sin sonreír.

—No lo sé —reconoció Jorey, pero Dawson desdeñó su negativa con un gesto.

—Palliako nos resultó útil cuando le puso fin a la campaña de Vanai. Y estuvo aquí para acabar con la revuelta de los mercenarios. Ya ha demostrado ser una herramienta oportuna antes —prosiguió Dawson—. No se me ocurre por qué sería diferente esta vez.

## GEDER

El estandarte se desplegó sobre la mesa, y el resto de la tela bermeja flotó hasta formar un montón en el suelo. El óctuple sello oscuro sobre centro pálido se había plegado sobre sí mismo, por lo que Geder se inclinó y acabó de extenderlo. Lerer se pasó la mano por la barbilla. Primero se acercó, después se alejó, se acercó una vez más y, por último, se detuvo junto al hombro de su hijo.

—Entre mi gente, este es el estandarte de tu raza —dijo Basrahip—. El color representa la sangre de la cual provienen todas las razas de la humanidad.

—¿Y esa rosa de los vientos que hay en centro? —preguntó Lerer.

—Ese es el símbolo de la diosa —respondió Basrahip.

Lerer gruñó. Avanzó una vez más y tocó la tela con dedos cuidadosos. Geder sintió que sus propios dedos se movían imitando los de su padre. Basrahip le había contado cómo los sacerdotes recogieron la tela de araña y cómo aprendieron a teñirla. El estandarte representaba el trabajo de diez vidas completas, y pasar sus manos por él había sido como tocar el viento.

—¿Y querías colgar esto en... eh... Rivenhalm?

—No —respondió Geder—. Pensaba izarlo en el templo, aquí en Camnipol.

—Oh. Está bien —asintió Lerer—. El templo.

El camino de regreso desde el templo escondido de las montañas de Sinir había sido mil veces más placentero que el viaje de ida. Al final de cada día, Basrahip se sentaba con él junto al fuego y escuchaba cualquier anécdota o historia que Geder pudiera recordar. Se reía de las divertidas, y se ponía pensativo con las trágicas. Hasta los sirvientes, que al principio no conseguían ocultar su incomodidad ante la compañía del sumo sacerdote, se habían calmado mucho antes de llegar a la frontera entre el Keshet y Sarakal. A Geder le sorprendió un poco el que Basrahip estuviera al tanto de qué trayecto recorrerían. El sacerdote le había explicado que aunque el mundo humano se había rehecho, colapsado y vuelto a rehacer incontables veces desde que el templo de la diosa araña se hubo retirado del mundo, los caminos del dragón no habían cambiado. Tal vez él no supiera dónde acababa un país y dónde comenzaba otro, ni cuál era el curso de un río, porque esas cosas cambiaban con el tiempo. Pero los caminos eran eternos.

Cuando se detuvieron en Inentai para darles un descanso a los caballos y reabastecerse, Basrahip había vagado por las calles como un niño, con la boca abierta de asombro ante cada nuevo edificio. A Geder se le ocurrió en ese momento que, en cierto modo, el sacerdote y él no eran tan diferentes. Basrahip había vivido una vida de cuentos sobre el mundo, pero nunca en el mundo propiamente dicho. Y la vida de Geder había sido muy semejante, solo que su templo personal y privado había sido construido con libros y tallado con sus deberes y obligaciones. No obstante, en

comparación, Geder era un hombre de mundo. Había visto a los kurtadam y a los timzinae, a los cinnae y a los tralgu. Basrahip solo conocía a los primera sangre y, de hecho, solo a aquellos que se le parecían y a los aldeanos de cerca del templo. Ver a un primera sangre con piel oscura o con pelo claro era para él una revelación tan profunda como el descubrimiento de una nueva raza.

Mientras lo veía moverse por las calles y caminos, primero de manera titubeante y después cada vez con mayor seguridad, Geder alcanzó a entender a qué se refería su padre cuando hablaba del placer de observar cómo descubre el mundo un niño. Geder se descubrió prestándole atención a cosas que había soslayado y dado por sentadas solo porque asombraban a su nuevo amigo y aliado. Cuando llegaron a Camnipol, al final del verano, Geder casi lamentó que el viaje tocara a su fin.

Aparte de eso, su padre parecía extrañamente incómodo con sus descubrimientos.

—Supongo que no has escogido un sitio para este nuevo templo, con la diosa perdida y todo eso.

—Estaba pensando en un lugar cerca de la Torre del Rey —dijo Geder—. Está el viejo salón del gremio de tejedores. Lleva años vacío. Estoy seguro de que les gustará que alguien se los quite de encima.

Lerer refunfuñó una evasiva. Basrahip empezó a plegar otra vez el estandarte del templo. Lerer saludó al sacerdote con una inclinación, agarró a Geder por el codo y lo condujo con suavidad hasta el pasillo como quien no quiere la cosa. Geder no era consciente de que su padre lo estaba alejando de Basrahip. La oscura piedra absorbía toda la luz del día, y los sirvientes sintieron de repente que requerían su presencia en otros sitios.

—Ese ensayo... —comenzó Lerer—. ¿Todavía trabajas en él?

—No, la verdad es que no. Se ha desbordado. La idea era dar con la región más probable que se pudiera asociar con Morade y la caída del Imperio del Dragón. Pero ahora tengo a la diosa, la historia del templo y mucho más. Apenas he comenzado a entenderlo. No tiene sentido que escriba más hasta que sepa sobre qué estoy escribiendo, ¿no te parece? ¿Y tú cómo estás? ¿Hay noticias nuevas?

—Me hacía ilusión leer ese ensayo —respondió Lerer, casi para sí mismo. Alzó la vista con una sonrisa forzada—. Estoy seguro de que todos los días llegan noticias nuevas, pero de momento he conseguido evitar oírlas. Esos cabrones y sus juegos cortesanos. Podría vivir hasta que volvieran los dragones, y aun así no les perdonaría lo que te hicieron en Vanai.

Aquella palabra consiguió que a Geder se le hiciera un nudo en el estómago. Las líneas de las comisuras de los labios de Lerer eran la pena y la ira grabadas en su piel. Geder tuvo el irreal impulso de extender el pulgar y alisarlas de nuevo.

—En Vanai no sucedió nada malo —dijo Geder—. Sí, vale, se incendió. Eso no fue bueno. Pero no es tan malo como parece. Está bien, quiero decir. Al final.

Lerer lanzó una mirada escrutadora al interior de Geder. Este tragó. No tenía ni idea de por qué le latía el corazón con tanta rapidez.

—Al final. Como dices tú —replicó Lerer, y le puso una mano en el hombro a Geder—. Cuánto me alegro de que estés de vuelta.

—Y yo de haber regresado —contestó Geder, demasiado rápido.

El mayordomo se anunció mediante una tos queda, y avanzó por el pasillo.

—Perdonadme, mis señores, pero ha llegado Jorey Kalliam, y pregunta por sir Geder.

—¡Oh! —exclamó Geder—. Todavía no ha visto a Basrahip. ¿Dónde está? No lo habrás dejado en el jardín, ¿verdad?

La mano de Lerer cayó del hombro de su hijo. Geder tuvo la sensación de que, de algún modo, había dicho algo incorrecto.

—Su señoría está en la sala principal —anunció el mayordomo.

Cuando entró Geder, Jorey se levantó de la silla junto a la ventana. La temporada que llevaba en la ciudad le había redondeado un poco las facciones. Geder sonrió y los dos hombres se quedaron mirándose. Geder interpretó su propia incertidumbre en la expresión de Jorey. ¿Debían darse la mano, abrazarse o saludarse de un modo formal? Cuando Geder se rio, Jorey, que sonreía con timidez, lo secundó.

—Veo que has vuelto de los territorios salvajes —comenzó Jorey—. Los viajes te sientan bien.

—¿De verdad? Creo que estuve a punto de echarme a llorar por poder dormir de nuevo en una cama de verdad. Salir de campaña puede ser una sucesión de incomodidades e indignidades, pero al menos nunca tuve que preocuparme de que me asesinaran unos bandidos.

—Hay cosas peores que un bandido bueno y honesto. Aquí te echamos de menos. ¿Oíste lo que pasó?

—Todos exiliados —respondió Geder, intentando aparentar un tono hastiado—. No sé si podría haber sido de ayuda. Apenas tomé parte, salvo que evité que se cerrara la puerta.

—Ese era el mejor papel posible en toda esa confusión —respondió Jorey.

—Tal vez sea así.

—Bien.

Sobrevino un silencio incómodo. Jorey volvió a sentarse, y Geder avanzó. La sala principal era pequeña, como todas las salas que tenían los Palliako en Camnipol. Las sillas eran de cuero, y estaban rígidas y cuarteadas por el tiempo. El olor del polvo nunca se iba del todo. De la calle llegaban los ruidos de los cascos contra el empedrado, y los conductores que reñían. Jorey se mordió el labio.

—He venido a pedirte un favor —comenzó, y sonó como una confesión.

—Tomamos Vanai juntos. La incendiamos juntos. Salvamos Camnipol —dijo

Geder—. No tienes que pedirme favores. Solo dime lo que necesitas que haga.

—Se supone que eso lo hará más fácil, ¿no? Pues muy bien. Mi padre cree que ha descubierto una conjura contra el príncipe Aster.

Geder se cruzó de brazos.

—¿Lo sabe el rey?

—El rey ha escogido no saberlo. Y ahí es donde entras tú. Creo que puedo reunir pruebas. Cartas. Pero me temo que si se las llevo al rey Simeon, pensará que las he falsificado. Necesito a otra persona. Alguien en quien él confíe o, por lo menos, de quien no desconfíe.

—Desde luego —aceptó Geder—. Por supuesto. ¿Quién es el traidor?

—El barón de Ebbinbaugh —respondió Jorey—. Feldin Maas.

—¿El aliado de Alan Klin?

—Y el de Curtin Issandrian, si vamos al caso, sí. La esposa de Maas es prima de mi madre, algo que Dios sabe que no parece un gran nexo de unión, pero es lo que hay. Ella, la esposa, quiero decir. No mi madre. Ella parece saber más de lo que dice. No hay duda de que está asustada. En este momento, mi madre le ha organizado unas lecciones con el maestro de labores con el fin de ganarse su confianza.

—¿Pero ella no ha confesado nada? ¿Te dijo con certeza qué está ocurriendo?

—No, todavía estamos en el territorio de las sospechas y los temores. No hay ninguna prueba. Pero...

Geder levantó la palma de la mano hacia Jorey.

—Quiero presentarte a alguien —le confesó.

La última vez que Geder había estado en la mansión Kalliam había sido adornada para una celebración en su honor. Sin las flores y los gallardetes y el crepé, se hacía visible la austeridad y la magnificencia de la arquitectura. Los sirvientes, con sus libreas, tenían la rígida actitud de un guardia privado. El cristal de las ventanas no tenía ni una mota de polvo. Las voces de mujeres que llegaban de la sala de estar eran amables y apropiadas, aunque no entendía sus palabras exactas. Basrahip se sentó en un taburete en un rincón. Sus anchos hombros y su expresión vagamente divertida lo hacían parecer un niño que volviera a visitar una casa de juegos que le había quedado pequeña. El corte austero y la tela basta y sin color de su túnica lo identificaban como alguien que no pertenecía a la Corte.

Jorey estaba sentado ante un escritorio, jugueteando con una pluma, sin escribir nada realmente. Geder caminaba de un lado a otro detrás de un largo sillón tapizado en damasco. Deseaba que le gustaran las pipas. La ocasión parecía exigir la gravedad del humo.

El volumen del coro de voces femeninas se elevó y el duro golpeteo de unos zapatos formales llegó desde la entrada, más fuerte primero y más suave cuando



pasaron. No habían entrado. Geder se acercó a la puerta, pero Jorey le hizo una seña para que retrocediera.

—Madre saldrá afuera a hablar con las demás —dijo él—. Regresará en un momento.

Geder asintió y, fieles a lo que había dicho Jorey, las voces se redujeron a un dueto. Cuando las mujeres entraron en la habitación, Jorey se puso de pie. Basrahip lo siguió un momento después. Geder había bailado con la baronesa Osterling Fells en su celebración, pero entre los meses y el torbellino de bebida y confusión que había sido el momento, no la habría reconocido. Ahora podía ver cómo habían influido sus rasgos en los de Jorey, sobre todo alrededor de los ojos. La sorpresa rozó su expresión y se desvaneció; menos que el aleteo de una polilla. Detrás de ella vio a una mujer de apariencia enclenque, con el rostro enjuto y ojos oscuros. Debía de ser Phelia Maas.

—Oh, disculpadme —se excusó Clara Kalliam—. No pretendía interrumpir, cariño.

—En absoluto, madre. Esperábamos que os unierais a nosotros. ¿Te acuerdas de Geder Palliako?

—¿Cómo podría olvidarme del hombre que sostuvo la puerta oriental? No te he visto en la Corte esta temporada, señor, pero entiendo que has estado de viaje. ¿Alguna clase de expedición? Permíteme presentarte a mi prima Phelia.

La mujer de ojos oscuros entró en la sala y le extendió la mano a Geder. Su sonrisa demostraba alivio, como si hubiera estado temiéndose algo que ahora creía que no había sucedido. Geder hizo una reverencia y vio cómo se alzaban las cejas de lady Kalliam al notar la presencia del sacerdote en el rincón.

—Señoras —prosiguió Jorey—. Este es Basrahip. Es un hombre santo a quien Geder ha traído de su viaje al Keshet.

—¿De verdad? —preguntó lady Kalliam—. No sabía que coleccionaras sacerdotes.

—Yo tampoco me lo esperaba —terció Geder—. Pero, por favor, señoras, ¿no os sentáis?

Según su plan, Geder sentó a Phelia Maas en el sillón, de espaldas a Basrahip y después se sentó frente a ella. Jorey regresó a su sitio ante el escritorio y su madre escogió una silla que, por suerte, no impedía a Geder ver al sacerdote.

—Maas —dijo Geder, como si recordara algo. En realidad, había planeado exactamente lo que iba a decir—. Tuve un Alberith Maas a mi servicio en Vanai. ¿Un pariente tuyo?

—Sobrino —dijo Phelia—. Sobrino de mi esposo. Alberith te ha mencionado a menudo desde su regreso.

—Entonces, ¿eres la baronesa de Ebingabugh? —preguntó Geder—. Sir Klin fue mi comandante en la campaña de Vanai. Tu esposo y él son amigos, ¿no es así?

—Oh, sí —dijo Phelia con una sonrisa—. Klin es un amigo querido y cercano de Feldin.

Detrás de ellas, Basrahip tenía la mirada fija en algún punto entre él y los demás. Su rostro estaba impasible, como si escuchara con atención algo que solo él podía oír. Negó una vez con la cabeza. «No».

—Ha habido una disputa, ¿verdad? Estoy seguro de haber oído algo así —dijo Geder, fingiendo un conocimiento casual que no tenía. El rostro de la mujer se inmovilizó, salvo por los ojos, que miraron a Geder primero, a lady Kalliam después y de nuevo a Geder. El modo en que sostenía las manos y la posición de la comisura de sus labios denotaban temor. Geder sintió que un agradable calor le crecía lentamente dentro del pecho. Iba a funcionar. Junto a él, la madre de Jorey lo miraba interesada.

—Estoy segura de que no has oído bien —decía Phelia—. Alan y Feldin se llevan mejor que bien.

«No».

—Siempre me ha caído bien, sir Klin —dijo Geder, por el simple placer de poder mentirle a una mujer que no podía mentirle a él—. Me sentí muy mal cuando oí que lo habían culpado por la revuelta. Espero que tu esposo no haya sufrido por ese asunto.

—No, no, gracias. Tuvimos mucha suerte.

«Sí».

—Sir Palliako —dijo lady Kalliam—, ¿a qué debemos el placer de tu compañía?

Geder miró a Jorey, y después a lady Kalliam. Había pensado hacer unas cuantas preguntas inofensivas, obtener el conocimiento que pudiera, descubrir lo que se pudiera descubrir. Había pensado en avanzar lentamente. El modo en que la mujer se ponía cada vez más tensa, la fragilidad de su sonrisa, el aroma del miedo que le llegaba de ella, dulce como el de las rosas, indicaban que no decía la verdad. No podía asustarla tanto como para que abandonara el lugar, pero sí podía asustarla mucho. Geder le sonrió a lady Kalliam.

—Bueno, la verdad es que albergaba la esperanza de que me presentarais a la baronesa de Ebbinbaugh. Quisiera hacerle algunas preguntas. He pasado toda la temporada de viaje —dijo con tono cordial—. He estado estudiando la revuelta. Sus raíces. Sus consecuencias.

El color había abandonado el rostro de Phelia Maas. Su respiración era rápida y superficial, como la de un gorrión atrapado en un puño, a punto de morir de miedo.

—No puedo imaginarme qué pueda haber para estudiar —dijo ella, con voz menguante y débil.

Geder descubrió que le resultaba más fácil sonreír cuando su sonrisa no era sincera. Fuera, una campana de viento recitaba su percusión errática e idiota. Tanto

Jorey como su madre permanecían en perfecta inmovilidad. Geder entrelazó los dedos sobre una de sus rodillas.

—Lo sé todo, lady Maas —dijo él—. El príncipe. La revuelta. La campaña de Vanai. La mujer.

—¿Qué mujer? —exhaló ella.

Geder no tenía la menor idea de qué mujer podía ser esa, pero sin duda había alguna mujer en medio de todo aquello. No importaba.

—Di algo. Escoge cualquier detalle. Incluso cosas que no imaginarías nunca que alguien más pueda saber y yo te diré si son verdad o no.

—Feldin no tuvo nada que ver con ello —lo defendió ella. Geder no necesitó mirar a Basrahip.

—Eso no es verdad, lady Maas. Sé que estás asustada, pero he venido a ayudaros a ti y a tu familia. Puedo hacerlo. Pero necesito saber que puedo fiarme de ti. ¿Lo ves? Dime la verdad. No importa, porque se trata de cosas que yo ya sé. Dime cómo comenzó. Solo eso.

—Fue el embajador de Asterilhold —aclaró ella—. Se comunicó con Feldin hace un año.

«No».

—Me estás mintiendo, baronesa —dijo Geder, con mucha suavidad—. Inténtalo de nuevo.

Phelia Maas se estremeció. Parecía una de esas cosas hechas de hebras de caramelo, casi demasiado delicada como para soportar su propio peso. Abrió la boca, la cerró, tragó.

—Había un hombre. Iba a formar parte del consejo de granjeros.

«Sí».

—Sí. Ya sé a qué te refieres. ¿Puedes decirme cómo se llama?

—Ucter Anninbaugh.

«No».

—No se llamaba así. ¿Puedes decirme cómo se llama?

—Ellis Newport.

«No».

—Yo puedo ayudarte, baronesa. Puede que yo sea el único hombre en Camnipol que pueda hacerlo. Dime su nombre.

Sus ojos muertos se dirigieron a los de él.

—Torsen. Torsen Aestilmont.

«Sí».

—Ahí lo tienes —zanjó Geder—. No ha sido tan difícil, ¿verdad? ¿Comprendes ahora que tu esposo y tú no tenéis ningún secreto para mí?

La mujer asintió una vez. Su mentón comenzó a contraerse de manera

espasmódica, sus mejillas enrojecieron, y un latido después, estaba berreando como un niño. La madre de Jorey se abalanzó hasta su lado y le puso un brazo sobre los hombros. Geder se sentó y observó. Su corazón latía con rapidez, pero sus miembros estaban flojos y relajados. Cuando le negó a Alan Klin el secreto de las riquezas de Vanai, se había sentido estimulado, jubiloso. Cuando tomó la decisión de quemar Vanai, había sentido una franca ira. Quizás hasta satisfacción. Pero no estaba seguro de haberse sentido nunca, antes de ahora, saciado.

Se levantó y caminó hasta donde estaba Jorey. Los ojos del hombre estaban abiertos como platos. Impresionado casi hasta el extremo de la credulidad. Geder abrió sus brazos.

«¿Lo ves?».

—¿Cómo lo has hecho? —susurró Jorey—. ¿Cómo lo has sabido? —En su voz había un temor reverencial.

Basrahip estaba a menos de tres pasos de distancia. La enorme cabeza de toro todavía estaba inclinada. Los grandes dedos curvados unos sobre otros, una mano entrelazada con la otra. Los sollozos de Phelia Maas eran como una tormenta en el mar, y el arrullo de promesas y consuelo que lady Kalliam le murmuraba no habían echado ni una pizca de aceite en el agua. Geder se acercó al gigante, y se inclinó tanto a él que sus labios rozaron las orejas del hombre.

—Construiré todos los templos que desees, eternamente.

Basrahip sonrió.

## CLARA

Por un lado, habían confundido totalmente quién y qué era Geder Palliako. Pero por otro, parecía estar de su lado. De momento, al menos.

Con todo, el corazón de Clara sufría por Phelia.

El dormitorio estaba a oscuras. Unas pesadas cortinas ahuyentaban la luz del día. Phelia estaba tumbada boca arriba, y los rastros de sal de las lágrimas secas le marcaban el rabillo del ojo. Clara estaba sentada junto a ella, y le masajeaba los hombros y los brazos del modo en que lo hacían los médicos cuando alguien recibía un golpe en la cabeza o noticias impactantes. Cuando Phelia habló, la histeria había desaparecido. Ya era imposible fingir que las cosas acabarían bien, y Clara percibió en la voz de la mujer cuán aliviada se sentía por haber perdido esa esperanza.

—¿Es verdad que mantendrá a Feldin a salvo? —le preguntó Phelia—. Si le doy las cartas, ¿seguro que se encargará de que Simeon no lo mate?

—Eso es lo que ha dicho —afirmó Clara.

—¿Te fías de él?

—Apenas lo conozco, querida.

De nuevo sobrevino el silencio.

—Pero el rey ya lo sabe, de todos modos —prosiguió Phelia—. Si solo quiere saber qué miembros de la corte de Asterilhold estaban implicados... Quiero decir, teniendo en cuenta lo que Palliako ya sabía, Aster nunca estuvo en peligro. No de verdad.

—Es una forma de verlo.

Geder Palliako se había pasado una hora convenciendo a Phelia para que lo admitiera todo. La complicidad de Feldin en la revuelta mercenaria, sus relaciones con Asterilhold, y sus alianzas con los grupos de presión que luchaban por establecer un consejo de granjeros. Cada una de esas cosas, por sí sola, podía considerarse traición. Si las juntaban todas, Clara no veía que hubiera lugar para la misericordia. Y eso no era precisamente lo que Phelia necesitaba oír en ese momento.

—¿Cómo se nos pudo ir todo esto de las manos? —le preguntó Phelia a la oscuridad. Suspiró. Fue un sonido breve y duro—. Dile que lo haré. Lo llevaré al estudio privado de Feldin. Tengo una llave, pero además habrá un guardia. Y tiene que jurar que solo comportará el exilio.

—De acuerdo.

Phelia cogió la mano de Clara, y se la sostuvo como si fuera lo único que impedía que cayera por un precipicio.

—No me hagas ir sola, por favor. ¿Vas a ir conmigo?

No había nada que Clara deseara menos. Los ojos de Phelia brillaron en la penumbra de la habitación.

—Por supuesto, querida —la tranquilizó—. Por supuesto que voy a ir contigo.

Clara se encontró con los hombres en la sala de fumadores. Aguardaban con tal ansiedad que ella se vio a sí misma como si fuera una partera que acudía a anunciarles la buena nueva de un nacimiento. Dawson dejó de ir y venir cuando la vio entrar. Geder y Jorey apartaron la vista de un juego de cartas al que jugaban casi por inercia. Solo el silencioso sacerdote parecía despreocupado, pero ella supuso que esa serenidad tan poco natural formaba parte de su trabajo. Hasta Vincen Coe estaba ahí, pensativo, en las sombras, como casi siempre. El aire estaba viciado y caliente, como si ya lo hubieran respirado todo antes.

—Ha aceptado llevar a lord Palliako hasta las cartas —dijo Clara—, pero solo si él jura que Simeon no hará ejecutar a Feldin, y si yo voy con ella.

—De ningún modo —se negó Dawson.

—Va a perder el control, esposo —dijo Clara—. Ya sabes cómo es. Llevaré a Vincen conmigo y no nos pasará nada. Los cuatro...

—Cinco —la interrumpió Geder—, con Basrahip.

—Yo también iré —se ofreció Jorey.

—No hace falta, cariño —respondió Clara—. Feldin me lo permite solo porque soy mujer y me encuentra inútil y encantadora. Vincen es un criado. Lord Palliako y...

—... Basrahip —completó el sacerdote.

—Sí, eso. Phelia vino conmigo a una clase de labores y me quería enseñar una muestra, así que yo fui a su casa con ella. En el camino nos encontramos con lord Palliako y su amigo, y Phelia los invitó a acompañarnos para que nos contara las historias de sus viajes estivales. Todo fue perfectamente inocente.

—Lo que no entiendo es por qué no me dejáis participar en esto —se quejó Jorey—. O a Barriath.

—Porque sois los hijos de tu padre, y yo soy solo su esposa. Tienes mucho que aprender acerca del lugar que ocupan las mujeres. Ahora bien, propongo que lo hagamos antes de que Phelia cambie de parecer, la pobrecita.

Al salir hacia el carruaje, Clara se sintió orgullosa de Phelia. De cómo se contenía. El cortés saludo que le dirigió a Dawson cuando se marchaban. El sol otoñal ya estaba cerca del horizonte y, a medida que el conductor avanzaba por las calles, la llama parecía bailar sobre los tejados. La ciudad le pareció a Clara más nítida de lo habitual, las voces y los sonidos de las ruedas más agudos y más reales de lo acostumbrado. Los paramentos de los edificios que dejaban atrás exhibían ricas texturas. Pasaron junto a un joven tralgu que empujaba un carro cargado de uvas, y Clara sintió que podía contar cada grano de fruta. Sentía como si se hubiera despertado dos veces sin haber llegado a dormir. Se preguntaba si así era como se sentían los soldados en la mañana de una batalla. Parecía probable.

Geder Palliako sonreía por todo. Todavía lo veía como al pálido y rollizo muchacho que había cabalgado a la guerra en la compañía de su hijo. En realidad, había regresado más delgado de sus viajes, y tenía la piel tostada por el sol. Más aún, le habían cambiado los ojos. Incluso cuando regresó de la ciudad que había destruido había cierta timidez en ellos. Pero esta había desaparecido, y ella pensó que estaba menos guapo sin ella. Se descubrió preguntándose dónde se habría metido durante todas esas semanas en que él afirmaba haber estado en el Keshet. Cuando se encontró con la mirada del sacerdote, este le sonrió. Ella giró la cabeza en otra dirección.

El jardín privado ya no estaba medio muerto. Había tantos faroles y tantas velas brillando en las ventanas de la mansión de Curtin Issandrian como en la de Feldin Maas. El carruaje se detuvo con una inclinación, y un lacayo se apresuró a ponerle un escalón. Primero bajó Phelia, y después, ella. Geder Palliako era el único hombre de sangre noble. Vincen Coe y el sacerdote se detuvieron, inseguros por un instante. El sacerdote sonrió y le cedió el paso al cazador con un gesto.

El esclavo de la puerta era un hombre diferente. Un primera sangre, pero con músculos tan grandes que podría haber sido un mellizo del sacerdote. Vincen y Geder le entregaron sus espadas y sus dagas. El sacerdote no portaba armas.

—El barón deseaba verte en cuanto llegaras —lo interpeló el esclavo de la puerta—. Se encuentra en la sala de estar.

Ningún trato honorífico, nada de «mi señora». A juzgar por el respeto que infundía su tono, podría haber estado hablándole a cualquiera. Clara se preguntó a qué clase de hombres habría puesto Maas a su servicio, y se respondió ella misma de inmediato. Mercenarios. Guerreros. Espadas y arcos. La clase de hombres que matan por dinero. Y ella estaba adentrándose en el campo enemigo. Al cruzar el umbral, trastabilló. Phelia la miró con gesto alarmado. Clara sacudió la cabeza y avanzó con decisión. Se negaba a aceptar el apoyo y el consuelo de alguien que estaba en la posición de su prima. Habría sido descortés.

Phelia los condujo en silencio por el amplio pasillo, hacia la sala donde había recibido a Clara durante su última visita. El aire estaba cargado de aromas de flores recién cortadas y guirnaldas de hiedra con los colores del otoño. La luz de las velas suavizaba las esquinas y templaba los colores de los tapices y del pasillo alfombrado. Geder tosió. Un sonido breve y nervioso.

Phelia llegó al pie de la escalera, giró a la derecha y ellos la siguieron. Había un pasillo corto al final del cual había un recodo. Allí había menos velas encendidas. Las sombras se hicieron más intensas y los envolvieron. Al fondo de la estancia aparecieron una delgada escalera de servicio y numerosas puertas cerradas. No había por qué adentrarse tanto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz masculina.

En un recoveco, un hombre vestido con cueros de cazador se puso de pie. Era el

guardia.

—Mi esposo me ha mandado llamar —le explicó Phelia—. Me han dicho que está en su oficina privada.

—No lo está —respondió el guardia—. ¿Quiénes son estos?

—Las personas que mi esposo me pidió que trajera —dijo Phelia con aspereza. Clara podía oír el miedo y la desesperación en su voz. Sintió una oleada de orgullo por el valor de la mujer.

—Está aquí —comentó el sacerdote. Su voz tenía un extraño y desagradable matiz pulsante—. Has cometido un error. Está en la habitación que está detrás de ti.

—Te digo que allí no hay nadie.

—Escucha. Escucha. Has cometido un error —repitió el sacerdote—. Está en la habitación de ahí detrás. Si llamas a la puerta responderá.

A juzgar por la expresión del rostro del guardia, Clara estaba bastante segura de que ya habrían reducido a golpes a cualquiera que no fuera la señora de la casa. Habría llamado a los refuerzos. En lugar de eso, el hombre se volvió para golpear la puerta de roble. Vincen Coe lo sorprendió y, sin darle tiempo a reaccionar, le rodeó el cuello con un brazo y lo levantó en vilo. El hombre tosió y pataleó, con una mano clavada en el brazo de Vincen. Clara cerró los ojos; le pareció que oírlo era peor que verlo. Transcurrió un lapso interminable antes de que el guardia se quedara inmóvil. Vincen depositó el cuerpo en el suelo y se levantó con la espada desnuda del hombre en la mano. Phelia extrajo una llave de una de sus mangas, la colocó en la cerradura y un instante después todos estaban en el estudio de Feldin Maas.

Vincen llevó una vela del pasillo y encendió las lámparas con ella. La habitación se fue iluminando poco a poco, como una especie de amanecer sombrío y silencioso. Había estantes de madera oscura y un fino escritorio con un tintero de metal y el penacho blanco de una pluma. Era un espacio mayor que el previsto por Clara. En ausencia de ventanas, unas marcas claras y oscuras en forma de retícula le hicieron pensar en que la habitación había sido una bodega. Phelia avanzó hacia los estantes como si caminara dormida. De entre el desorden de rollos y códigos, cogió una sencilla caja de madera cuya tapa tenía bisagras de cuero y estaba cerrada con un gancho. Se la tendió a Geder Palliako.

—Están cifradas —afirmó ella—. No conozco el código.

Geder sonrió al coger la caja, como un niño con un regalo inesperado. En cuanto se la hubo dado, Phelia se encerró en sí misma, como si sus huesos se hubieran tornado blandos y más pequeños.

—Gracias, querida —dijo Clara—. Era el único modo. Sabes que lo era.

Le dolió ver su encogimiento de hombros.

—No entiendo cómo ha llegado tan lejos. De verdad que no lo entiendo. Si hubiera podido...



El rugido fue inhumano. De furia, fuego y asesinato transformados en sonidos. Clara gritó antes de saber qué era.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Feldin Maas estaba de pie en la puerta con la espada desnuda en su mano. Lo acompañaban otros dos hombres. Bloqueaban la entrada.

«Si cierra esa puerta —pensó Clara—, estaremos atrapados. Y si nos atrapa, estaremos muertos».

—No, Feldin —dijo Phelia—. Es lo correcto. Es lo que tenemos que hacer. Lord Palliako me ha prometido misericordia. De cualquier modo, ya lo sabía todo.

—¿Los has traído aquí? ¿Me has traicionado?

—Yo...

La espada de Maas hendió el aire, rápida como un rayo. Desde detrás de su prima, Clara no vio como se hundía la punta en su víctima, pero oyó el sonido que produjo al hacerlo. Vio el horrible juego de expresiones en la cara de Maas: sorpresa, horror, tristeza y rabia. Antes incluso de ver la sangre, Clara supo que la mujer estaba muerta.

Vincen Coe pasó junto a ella como una exhalación, gritando y blandiendo la espada robada como una hoz en un prado. Maas retrocedió al pasillo, solo a causa de la fuerza animal del ataque. La puerta quedó libre por un instante. Geder Palliako estaba de pie sobre la mujer caída, con la mandíbula floja y la cara pálida. Clara lo empujó hacia la puerta.

—¡Vamos! —gritó ella—. ¡Antes de que nos deje encerrados!

Geder y el sacerdote se apresuraron. El sonido del entrecuchar de espadas casi hizo detenerse a Clara. «Voy a rendirme», pensó. No le harían daño a una mujer. Un reflejo. Contra lo que le dictaba el instinto, huyó hacia donde se luchaba.

Si el pasillo hubiera sido más ancho, Feldin y sus dos guardias ya habrían rodeado a Vincen y lo habrían liquidado. En cambio, el cazador fintaba con firmeza y rapidez, llenaba el espacio con su hoja y los mantenía a raya. El sudor le caía por el rostro, y su respiración era rápida. Feldin lo miraba con ojos de duelista, aguardando una oportunidad.

—¡Corre! —gritó Vincen—. ¡Los detendré mientras pueda!

Geder Palliako no necesitó que se lo dijeran dos veces. Se volvió y echó a correr por la estancia hasta la escalera y las puertas dobles. Ella alcanzó a ver la caja de madera en su mano. Corrió cuatro pasos detrás de él, pero se volvió. El sacerdote se puso justo detrás de ella, y se retiró de la lucha, pero sin huir. Vincen hacía valer los hombros como si de un peón se tratase.

—Oh —se oyó a sí misma—. Oh, no. Esto no.

La hoja de Feldin osciló hacia arriba con fuerza, e hizo que la espada de Vincen se desviase. El guardia situado a la izquierda de Feldin lanzó una estocada. Vincen

gruñó, y dio un salto hacia atrás. En la hoja del guardia había sangre. La sangre de Vincen, que se derramaba por el suelo.

—No puedes vencer —dijo el sacerdote, con voz fuerte y pulsante. Clara levantó la vista hacia él con lágrimas en los ojos, pero él sonrió y sacudió su enorme cabeza—. Lord Maas, escucha mi voz. Escúchame. No puedes vencer.

—¡Voy a arrancarte las tripas! —gritó Maas.

—No, no vas a hacerlo. Todo lo que amas ha desaparecido. Todo lo que deseabas se ha perdido. No puedes vencer. La batalla ha acabado. Ya lo has perdido todo. No tienes ningún motivo para luchar.

Feldin se lanzó hacia delante, pero hasta Clara pudo ver el cambio en su posición. Sus movimientos eran más vacilantes, y cargaba el peso sobre la pierna trasera, como si fuera reacio a continuar una pelea en la que, hacía solo un momento, estaba venciendo. Vincen retrocedió. Cojeaba de manera ostensible. Tenía los cueros rojos y húmedos. Feldin no avanzó.

—La has visto morir, lord Maas —dijo el sacerdote—. La has visto caer. Se ha ido y no puedes traerla de regreso. Escucha mi voz. Escúchame. Has perdido la batalla. Nada de lo que hagas importa ya. Puedes sentirlo. Esa sequedad en tu garganta. La sientes. Sabes lo que significa. No puedes vencer. No puedes vencer. No puedes vencer.

Uno de los guardias avanzó esgrimiendo la espada, pero no dejaba de mirar a Feldin, cuyos ojos estaban fijos en la nada. Vincen comenzó a acercarse a él, pero Clara se adelantó de un salto, le puso una mano sobre el hombro y lo hizo retroceder.

—Puedes sentir la desesperación en tu vientre, ¿no es así? La sientes —prosiguió el sacerdote. Su voz sonaba afligida, como si se arrepintiera de cada palabra que pronunciaba. Cada sílaba pulsaba y resonaba dentro de sí misma—. Lo sientes en tu corazón. Te ahogas en ello y no se va a acabar. No hay esperanza. No ahora. Nunca. No puedes vencer, lord Maas. No puedes vencer. Ya no te queda nada. Lo has perdido todo, y lo sabes.

—¿Lord Maas? —lo interpeló su guardia.

La punta de la espada de Feldin bajó hacia el suelo como si estuviera trazando una línea vertical en el aire vacío. Era difícil distinguirlo bajo la luz de las velas, pero ella creyó ver lágrimas en su rostro vacío. Los guardias se miraron entre sí, confusos e inquietos. Feldin dejó caer su espada, se giró y se alejó por el pasillo. Clara temblaba. El enorme sacerdote le puso una mano sobre el hombro, y la otra sobre el de Vincen Coe, y les dijo:

—Debemos marcharnos antes de que cambie de opinión.

Retrocedieron por el pasillo, dejando un rastro de sangre. Los guardias dieron unos pocos pasos inseguros hacia ellos, y después siguieron a su señor en su retirada. Le recordaron a Clara a perros de caza a los que les hubieran dado órdenes

contradictorias. Cuando llegaron a la puerta doble, Vincen tropezó. El sacerdote lo levantó y cargó con él sobre un hombro. Tardaron unos minutos en encontrar una salida, y, lo que les pareció una eternidad, en atravesar los oscuros jardines y llegar a los confines de la propiedad de Maas, que estaban señalados por un espeso seto. Una vez allí, el sacerdote se arrodilló y dejó el cuerpo de Vincen Coe en el suelo. Había voces en la noche. Gritando y llamando. Buscándolos, pensó Clara.

—Por aquí debajo —los instó el sacerdote—. Cuídalo. Traeré el carro.

Clara se arrodilló y se abrió paso a través de las ramas y las hojas. En su parte inferior, el seto tenía algo de espacio, pero era solo un poco. Vincen Coe se arrastró detrás de ella, clavando los codos en las hojas muertas y la tierra vieja. Su cara tenía el color de la ceniza, y de vientre para abajo estaba mojado y resbaladizo. En la oscuridad, la sangre no era roja sino negra. Ella lo arrastró hacia sí todo cuanto le fue posible sin disponer de un punto de apoyo. De repente se acordó de cuando tenía trece años y se escondió en los jardines de su padre mientras uno de sus tíos iba y venía fingiendo no saber dónde estaba. Clara sacudió la cabeza. El recuerdo era demasiado inocente para un momento como ese.

Vincen se puso de espaldas con un quejido.

—¿Cuán malo es? —susurró ella.

—Desagradable —respondió Vincen.

—Si Maas usa sus perros, nos encontrará.

Vincen negó con la cabeza, y las hojas que tenía debajo del cuerpo crujieron de forma casi imperceptible.

—A estas alturas, estoy seguro de que toda la propiedad apesta a mí —dijo él—. Tardarán el resto de la noche en averiguar cuál es la sangre más fresca.

—Veo que aún te sientes lo bastante bien como para bromear.

—Sí, mi señora.

Clara hizo un esfuerzo y se levantó para espiar por entre las hojas. Los gritos habían arreciado. Y, a menos que se equivocara, se oía un entrechocar de espadas. Estaba segura de haber oído la voz de Jorey dando una orden. En los cerrados límites de su refugio, sentía tanto como oía la respiración rápida y superficial del cazador.

—Aguanta un poco más —le suplicó ella—. Solo un poco más.

Cuando él extendió su mano hacia ella, Clara pensó que podía ser el último gesto de un hombre agonizante, pero los dedos de él se curvaron sobre la nuca de ella, y la acercó con fuerza y decisión a su rostro. Sintió los ásperos labios contra los suyos, sorprendentes e íntimos y fuertes. Clara estaba estupefacta, pero al instante pensó que de perdidos al río. El joven podría estar muerto en apenas unos minutos, así que ¿qué mal podría haber en ello?

Cuando la liberó, la cabeza de él cayó los tres centímetros que la separaban del suelo y Clara se limpió la boca con el reverso de una mano llena de tierra. Sentía los

labios agradablemente magullados, y la mente por momentos escandalizada, halagada y divertida.

—¡Compórtate! —exclamó ella en tono reprobatorio.

—Sí, mi señora —obedeció el cazador—. Contigo no suelo hacerlo.

Sus ojos temblaron y se cerraron. Su respiración continuaba siendo dolorosa y rápida. Clara yacía en la oscuridad, deseando que continuara, hasta que oyó unas voces que reconoció como pertenecientes a su casa, y comenzó a gritar pidiendo ayuda.

## MARCUS

Qahuar Em se rascó la barbilla. Tenía la cabeza inclinada y aspecto pensativo. Marcus mantuvo una expresión insulsa. La mesa que los separaba era de roble pulido con dibujos pirograbados. No tenía el fieltro verde de banquero que usaba Cithrin. Marcus había esperado verlo, pero quizá las costumbres eran diferentes en Lyoneia. La pequeña caja que había sobre la mesa era de hierro negro, su tapa tenía bisagras al costado y la imagen de un dragón en el frente. Si el diseño que ella había escogido tenía algún significado, él no lo sabía.

—Lo siento —se disculpó Qahuar Em—. Esto me confunde.

—No tiene nada de extraño —le explicó Marcus—. Los bancos y las casas comerciales se guardan cosas de valor mutuamente todo el tiempo, según me han dicho.

—Cuando se trata de aliados, y uno tiene gente en una ciudad y el otro no —dijo Qahuar—. Ninguna de estas condiciones es aplicable a este caso.

—Circunstancias excepcionales.

—Que no me vas a explicar.

—No —coincidió Marcus.

Qahuar extendió el brazo y cogió la pequeña caja. Cabía fácilmente en la palma de su mano. La tapa se abrió con un crujido y descubrió una llave de metal más corta que el hueso de un dedo. Marcus se rascó una oreja y esperó a que el hombre hablara.

—¿Por qué tengo la sospecha de que esto estará relacionado con algo desagradable y vergonzoso? —preguntó Qahuar, dejando claro con su tono que vería con buenos ojos una respuesta, aunque no la esperaba.

—Estoy autorizado a firmar una declaración que tengo aquí a pedido de la magistra Bel Sarcour —aclaró Marcus—. Presiona la llave contra la cera y yo pondré mi pulgar sobre ella, y así no habrá dudas de que hablamos de la misma llave. Todo lo que quieras.

La caja se cerró otra vez. Las puntas casi escamadas de los dedos tamborilearon sobre el roble con un sonido semejante al de los primeros goterones de una tormenta de verano.

—Estoy preparado para recibir un no por respuesta —dijo Marcus.

—La magistra y yo no nos separamos en los mejores términos —dijo Qahuar pronunciando sus palabras con cuidado—. Te envió a ti en lugar de venir ella misma. Me resulta difícil creer que se fíe de mí.

—Puedes fiarte de un enemigo de maneras en las que no puedes hacerlo de un amigo. Un enemigo nunca traicionará tu confianza.

—Creo que ella diría que yo traicioné la suya, y yo puedo argumentar que ella traicionó la mía.

—Eso prueba lo que he dicho. En ese momento os comportabais de manera amigable —dijo Marcus con una sonrisa que ambos sabían que no era intencionada.

Llegó un suave golpecito de la puerta. Una jasuru vestida con una túnica gris y escarlata saludó a los dos hombres con una inclinación de la cabeza.

—Los hombres del astillero, señor.

Qahuar asintió. La mujer se retiró y cerró la puerta con un suave clic.

—¿Eso va bien? —preguntó Marcus.

—Bastante bien. Tardaremos al menos otro año en tenerlo todo en orden, pero el tiempo se mueve en ambas direcciones. Determinados actos pueden surtir efecto mucho antes de que tengan lugar.

—¿Cartas airadas del rey de Cabrai, por ejemplo?

—En ocasiones desearía haber perdido —se resignó Qahuar. Y añadió—: Por más de una razón. Capitán, tú y yo somos hombres de mundo. Creo que nos entendemos. ¿Responderías una pregunta?

—¿Te importaría si miento?

—En absoluto. Tu nombre es muy conocido por todo el oeste. Si dirigieras una compañía podrías pedir el precio que quisieras, pero trabajas como capitán de la guardia de una sucursal de banco. No estás dispuesto a aceptar sobornos. Y (discúlpame que te lo diga) yo no te gusto mucho.

—Nada de lo que has dicho es una pregunta.

—¿Estás enamorado de ella?

—He amado a muchas personas, y esa palabra nunca ha significado lo mismo —respondió Marcus—. Mi tarea es protegerla, y esta vez voy a cumplir con ella.

—¿Esta vez?

Marcus se encogió de hombros y se quedó en silencio. El cabrón ya había conseguido que dijera más de lo que pretendía decir. Marcus tenía que admitirlo; Qahuar era bueno en lo suyo. El medio jasuru se puso de pie, con los labios fruncidos. De manera lenta y deliberada, colocó la caja en el bolsillo de su cinturón.

—Espero no arrepentirme de esto —dijo.

—Y yo espero que no te importe de un modo o de otro —replicó Marcus—. Para lo que pueda servir, sin embargo, te agradezco que la aceptes.

—¿Sabes que no lo hago como un favor para ti?

—Sí.

Qahuar Em extendió una mano grande. Marcus se puso de pie y la tomó con la suya. Tuvo que esforzarse para no apretarla un poco fuerte solo para mostrarle que podía. Los brillantes ojos verdes del hombre parecían divertidos. Y puede que un poco más tristes.

—Es una mujer con suerte —dijo Qahuar.

«Dios, esperemos que así sea», pensó Marcus, aunque no llegó a decirlo.

El otoño había llegado a Porte Oliva de un día para el otro. Los árboles que habían estado exuberantes y plenos dejaban caer sus hojas con el centro aún verde. Los vientos del crepúsculo eran ruidosos. La bahía se volvió del color del té, y a mediodía apestaba como una pila de abono. Los hombres de la reina que patrullaban las calles vestían abrigos de lana y gorros verdes que les cubrían las orejas. Marcus caminó por las estrechas calles cercanas al puerto sintiendo el primer frío de la noche, y llegó a la conclusión de que, a fin de cuentas, tal vez le gustaba esa ciudad.

Encontró a maese Kit y a los demás en un patio iluminado con antorchas entre una taberna y una posada. Smit y Hornet todavía estaban dándoles los últimos retoques a los soportes del escenario mientras maese Kit les ladraba instrucciones sin siquiera haberse puesto su disfraz. Una joven iba y venía detrás de él. Era rubia y tenía unos grandes ojos que dejaron a Marcus pensando en bebés, además de un vestido ajustado que resaltaba su figura. Tenía las manos entrelazadas delante del cuerpo, y sus dedos luchaban unos contra otros como luchadores en una aglomeración.

Marcus caminó hasta donde estaba maese Kit. En lugar de saludar, señaló a la mujer con la cabeza.

—¿Es nueva?

—Sí —dijo el viejo actor—. Albergo esperanzas acerca de esta.

—También las albergabas acerca de la última.

—Es cierto. Tengo ciertas expectativas depositadas en esta —dijo maese Kit—. Se hace llamar Charlit Soon, y me parece que ensaya de maravilla. Esta noche veremos cómo le va con público. Si se queda hasta mañana, creo que ya tendré completa la compañía.

—¿Y cuántos años tiene? ¿Doce?

—Tiene sangre cinnae que se remonta a algunas generaciones —aclaró maese Kit—. O esa es la historia que le han contado, en todo caso. Ella se la cree, y hasta puede que sea cierta.

—¿Pero tú no te la crees?

—Me reservo mi opinión.

Como si los hubiera oído, la nueva actriz les lanzó una mirada y después miró hacia otro lado. Sandr salió de un salto de la trasera del carro y saludó a Marcus con la mano. O bien sus temores se habían desvanecido o bien era un actor pasable. Marcus le devolvió el saludo. Mikel, delgado y larguirucho como siempre, salió de la taberna con un cubo de serrín. Cary lo seguía con una escoba.

—He oído el rumor de que podríais dejar Porte Oliva.

—Es una posibilidad —reconoció maese Kit—. Hemos actuado aquí casi una temporada teatral completa. Creo que las ciudades pueden hartarse de las obras. Creo que si les muestras demasiadas, la gente se duerme en los laureles. No quiero que lo

que hacemos pierda la magia. Estaba pensando llevar la compañía a la corte de la reina en Sara-su-mar.

—¿Antes del invierno o después?

—Lo sabremos después de que Charlit haya actuado unas cuantas noches —respondió maese Kit—. Pero probablemente antes. Cuando los barcos zarpen hacia Narinisle.

—Bueno, haz lo que debas, pero me dará mucha pena verte partir.

—Supongo que te quedas por el futuro previsible, ¿no? —dijo Kit. Mikel empezó a dispersar el serrín sobre las losas que empedraban el patio para absorber la humedad. Cary barría detrás de él. Parecía algo extraño. El patio volvería a llenarse de barro, meadas y lluvia.

—Puedo contar el futuro previsible por días —respondió Marcus—. Semanas, en el mejor de los casos.

—Serías bienvenido si quisieras viajar con nosotros —lo invitó maese Kit—. Y también Yardem y Cithrin. Creo que todos echamos de menos lo de ser guardias de caravana, pero solo un poco. Nunca habíamos desempeñado ese papel, y espero que no volvamos a hacerlo.

—¿Maese Kit? —llamó Sandr desde detrás del carro—. Falta una de las espadas.

—Creo que está con la túnica de salteador de Smit.

—No, no está.

Maese Kit suspiró, y Marcus le dio una palmadita en el hombro antes de dejarlo hacer su trabajo.

Las llamas de los faroles y el calor del almacén hacían que el interior de la taberna estuviese más templado que las calles. Los aromas del cerdo asándose y de la cerveza competían con el olor menos placentero de los cuerpos apiñados. Mientras caminaba a través de la multitud, Marcus llevaba una mano sobre sus monedas. Con tantas distracciones y tanta gente, en un espacio tan reducido, le habría sorprendido que no hubiera por lo menos un raterillo en busca de un poco de suerte. Primero vio a Yardem, sentado en una mesa del fondo, y después, al acercarse, a Enen y Roach, Cithrin y... Barth. Así se llamaba. Los primera sangre eran Corisen Mout y Barth, y el primero tenía el incisivo roto. Marcus se sentó a la mesa, presa de un placer inconmensurable.

Cithrin arqueó las cejas a modo de pregunta.

—Ya está —le contó Marcus—. ¿Y tú? ¿Ha ido todo bien con el gobernador?

—Bien —respondió Cithrin—. Pagué la tasa y dejé la caja.

—¿Y el resguardo?

—Lo he quemado —dijo Cithrin—. No he dejado rastros. Mientras el gobernador no sienta demasiada curiosidad y fuerce la cerradura, estamos todo lo preparados que podemos estar.



Un sirviente llegó de prisa, colocó una jarra de cerveza sobre la mesa frente a Marcus y cogió la de Cithrin para llevársela. Ella lo detuvo. Él inclinó la cabeza y salió disparado otra vez.

—¿Y cuáles son las probabilidades de que los bajos instintos del gobernador puedan con él? —preguntó Marcus en lugar de «¿Cuánto has bebido?». Si ella hubiera corrido el riesgo de perder el control, Yardem la habría detenido. Tal vez ya lo había hecho.

—La vida es un riesgo permanente —dijo ella mientras Roach, sentado junto a ella, bebía cerveza de su propia jarra.

—Yardem nos estaba hablando acerca de las formas que adoptan las almas de las personas —dijo Barth—. ¿Sabías que tu alma es un círculo?

Marcus le dirigió a Yardem una mirada de reproche. Lo más parecido a una disculpa que obtuvo fue el movimiento de una oreja.

—No escuches nada de lo que te diga, Barth. Es religioso. Se pone nervioso cuando las cosas van bien.

—No sabía que las cosas fueran bien, señor —respondió Yardem con sequedad.

Durante la siguiente hora, Marcus bebió de su jarra de cerveza, se comió un plato de cerdo asado con una salsa negra lo bastante picante como para sacarle lágrimas de los ojos, y escuchó la charla de la mesa. Barth siguió a Yardem en el tema de las almas y el destino; pero Enen, Roach y Cithrin chismorreaban sobre asuntos más prácticos: cuántos pagos llegarían al banco propiamente dicho y cuántos a la habitación de la cafetería, cómo asegurarse de que nadie atacara a quien llevara los pagos de la cafetería por la ciudad, o si era conveniente llevar a cabo convenios con los hombres de la reina para que los ayudaran a hacer cumplir sus contratos privados. Todos los negocios y las reflexiones de un banquero con su gente. Cithrin hablaba como una mujer segura de su destino, y Marcus la admiraba por ello.

El golpeteo de un palo sobre una sartén los interrumpió.

—¡El espectáculo va a comenzar! —se elevó la voz de Mikel por sobre el bullicio de la taberna—. ¡Venid y ved el espectáculo! ¡El espectáculo va a comenzar!

Marcus dejó caer unas cuantas monedas sobre la mesa, se levantó y, medio en broma, le ofreció la mano a Cithrin.

—¿Me acompañas? —preguntó.

Ella aceptó la mano con una formalidad burlona.

—Para eso hemos venido, ¿no? —respondió ella. Marcus los condujo a todos, a ella y a los miembros de su nueva compañía, al agradable frescor del patio para ver la obra. Se había congregado una multitud respetable. Muy bien podría haber cincuenta personas, y tal vez fueran más las que se detendrían al entrar o salir de la taberna. Hubo unos cuantos aplausos, entre ellos los de Marcus, cuando maese Kit salió dando grandes zancadas sobre las tablas con su pelo como alambre peinado hacia atrás y

una espada en la cintura. Sandr salió un momento después, haciendo como que se hurgaba los dientes con una daga roma.

—Tú, Pintin, has sido mi segundo durante todos estos largos años —declamó maese Kit levantando el mentón como parodia del heroísmo—. Me has seguido desde los tiempos de mi mayor gloria hasta las profundidades de mi desesperación. Ahora, una vez más, los perros de la guerra andan sueltos y debemos huir de ellos. Los ejércitos del oscuro Sarakal se abatirán sobre la ciudad mañana.

—Entonces, mejor nos vamos esta noche —dijo Sandr. La multitud se rio entre dientes.

—Cierto, no es asunto nuestro alzarnos y participar en una lucha ya condenada. La ciudad caerá sin duda y, antes de que lo haga, hay que poner a salvo a lady Daneillin, la última de su casa y la belleza más sutil de Ellassae. Esa es nuestra gran tarea, Pintin. Nuestra compañía huirá en la noche con la gran dama que está a nuestro cargo.

—Sí, pero hay un problema —replicó Sandr con su voz de Pintin—. Los hombres estaban sobre las murallas de la ciudad viendo quién podía mear más lejos. Parece que el magistrado pensó que estaba lloviendo. Están todos en la prisión de la ciudad.

Maese Kit se detuvo. La presunción de su mandíbula se fundió.

—¿Qué? —chilló en un cómico falsete. Hubo más risas. La audiencia se estaba calentando.

Marcus se inclinó hacia Yardem Hane.

—Sin embargo, yo no soy así —observó él—. Toda esa charla tan dramática metiendo la barriga. Yo no soy así.

—En absoluto, señor —respondió Yardem.

Dos días después, Cithrin estaba sentada ante la mesa de la cafetería, frente a Marcus. Una lluvia ligera tamborileaba del otro lado de las puertas y ventanas abiertas. Las piedras de la entrada del Gran Mercado se habían oscurecido hasta parecer casi negras. Detrás de él, dos kurtadam hablaban sobre las últimas noticias procedentes de la Costa Norte. Era casi seguro que iba a haber otra guerra de sucesión. Marcus se dijo que no le importaba, y a grandes rasgos era cierto. El mundo olía a café y gotas de lluvia.

—Si tenemos dinero disponible, estoy pensando en patrocinar uno de los barcos de Narinisle el año próximo —dijo Cithrin.

Marcus asintió.

—La idea de la nueva flota generará incertidumbre, sobre todo al principio. Si tiene éxito, incluso durante el primer par de años, aumentará el tráfico a través de Porte Oliva. Eso podría ser muy beneficioso para nosotros, siempre que estemos en condiciones. Que nos conozca todo el mundo. Que se fíen de nosotros.

—Suponiendo... —acotó Marcus.

Cithrin tragó. Había perdido peso en las últimas semanas, y su piel, aunque siempre clara, se estaba volviendo pálida. A Marcus le resultaba extraño que ninguno de los hombres que acudían a pedirle un préstamo o a ofrecerle depositar sus riquezas parecieran notar la ansiedad que la carcomía. No dormía lo suficiente. Pero tampoco bebía hasta perder el conocimiento. Él lo consideraba un gesto de fortaleza.

—Todo eso suponiendo... —convino ella. Y luego—: ¿Alguna vez desearías que nos hubiéramos escapado? ¿Que nos hubiéramos llenado los bolsillos y... huido?

—Pregúntamelo de nuevo cuando se haya marchado el auditor —replicó Marcus.

Ella asintió. El anciano cinnae medio ciego avanzó cojeando desde el fondo. La lluvia no parecía hacerle ningún favor a sus caderas.

Cithrin levantó la taza vacía, y el maestro Asanpur inclinó la cabeza con gesto cómplice antes de volverse por donde había venido.

—El magíster Imaniel siempre decía que lo más difícil era esperar. Que la manera más fácil de perder era perder la paciencia. Hacer algo por el mero hecho de hacerlo, y no porque fuera lo correcto. Siempre me pareció evidente cuando él lo decía. Cam y él fueron lo más parecido a unos padres que he tenido. Había vivido en el banco casi desde que aprendí a caminar. Él lo sabía todo sobre el dinero y el riesgo, y sobre cómo aparentar una cosa cuando en realidad eres otra.

—Creo que habría sido un buen general.

—No —replicó ella—. No lo sé. Tal vez. Pero no le gustaban los soldados. No le gustaba la guerra. Recuerdo que solía decir que había dos maneras de hacerle frente al mundo. O bien lo hacías con una espada en la mano, o bien con una bolsa llena.

—¿En serio? Y yo que pensaba que con la guerra se podía hacer dinero.

—Y se puede —reconoció Cithrin—. Pero solo si estás en el lugar adecuado. En un sentido más amplio, en la lucha siempre hay más pérdida que ganancia. El modo en que decía las cosas sonaba como si fuéramos lo único que mantenía las espadas envainadas. Guerra o comercio. Daga y dinero. Esas eran las dos clases de personas.

—Parece que lo echas de menos.

Cithrin asintió, se encogió de hombros, y volvió a asentir.

—Sí, pero no de la forma en que creí que lo haría. Creía que todo se reduciría a querer preguntarle las cosas que él sabía, pero la mayoría de las veces, cuando pienso en él, me gustaría oír el sonido de su voz. Además, ni siquiera pienso en él tan a menudo como esperaba.

—Has cambiado desde que lo viste —dijo Marcus—. Es una de las cosas que Yardem solía decirme que realmente tenía sentido. Decía que uno no pasaba la tristeza como si fuera una tarea que había que hacer. Uno no puede darse prisa y acabar pronto. Lo mejor que se puede hacer es cambiar de la forma en que siempre lo haces, y llega un momento en que no eres la misma persona que sufría.

—¿Y eso te dio resultado?

—Todavía no —respondió Marcus.

El maestro Asanpur regresó con una taza llena en la mano temblorosa. La colocó delante de Cithrin con un ligero tintineo de cerámica fina. Ella sopló dispersando el vapor con el aliento. Cuando lo probó, su sonrisa encendió el rostro del anciano cinnae.

—Gracias, maestro —dijo ella.

—Gracias a ti, magistra —respondió él, y se alejó cojeando a cerrar los postigos para defenderse del frío.

El golpeteo de la lluvia se hizo más intenso, y las fuertes descargas momentáneas parecían pequeñas detonaciones de blanco contra el gris. Ella tenía razón. La espera antes de una batalla era la parte más difícil. A menos que durante la batalla te abrieran el vientre con una daga. Entonces esa era la parte más difícil. O cuando salías indemne y veías a tus hombres muertos a tu alrededor. Entonces lo más difícil era eso.

Yardem apareció del otro lado de la plaza, una sombra más oscura en un mundo hecho de sombras. No corría, ni siquiera se daba prisa. Marcus observó al tralgu, impertérrito bajo la lluvia, mientras pasaba junto a los hombres de la reina y el mercado. A cada paso que daba se hacía más sólido. Más real. Al llegar a la puerta agachó la cabeza.

—Señor.

—Está bien —dijo Marcus con la garganta y el pecho tensos—. Está bien.

Cithrin se puso de pie. Parecía tranquila. Habría sido necesario haber vivido con ella casi todo un año para ver el temor en sus ojos y en el ángulo de su barbilla.

—Entonces, ¿ha llegado el auditor? —preguntó ella.

Yardem agitó sus orejas y asintió.

—Ha llegado, señora.

## CITHRIN

Paerin Clark. Ella debía de haber oído aquel nombre en algún momento durante los años que había pasado en Vanai. Las sílabas le resultaban vagamente familiares, sin detalles, como un nombre sacado de un cuento o de un mito. Drakis Stormcrow. El Guardián Resucitado. Aesa, la Princesa de las Espadas.

Paerin Clark.

Cithrin tiró de su falda, manteniendo las líneas de lo pulcro y recto. El corazón le latía contra las costillas como un pájaro atrapado. Su vientre era un nudo sólido que oscilaba entre el cólico y la náusea. Ella quería algo de beber. Algo poderoso que le relajara los músculos, que la calmara, y que le infundiera valor. En cambio, se comportó como le había enseñado maese Kit. Los hombros y la espalda baja, y la espalda floja. Rogó para sus adentros que se pareciera a una mujer en plena posesión de sus facultades, en vez de una niña a medio crecer y con la ropa de su madre.

El hombre de aspecto inofensivo que se sentaba en el escritorio de ella, en sus habitaciones, cruzó las piernas y entrelazó los dedos sobre las rodillas. Tenía las primeras entradas en la cabeza, y era estrecho de hombros. Podría haber sido cualquiera. Podría no haber sido nadie. Su cuaderno estaba abierto sobre la mesa, con una pluma de acero encima, pero no estaba tomando notas. Ni siquiera escribía cifras. Le hizo preguntas con suavidad, y sonrió cuando ella habló. Su acento tenía un deje de la Costa Norte. Mientras otros ceceaban, él siseaba.

—Pero entonces, ¿el magíster Imaniel no formó parte de esto?

—No, nunca —lo exculpó Cithrin—. Nuestra única intención era llevarnos los activos del banco de Vanai a Carse. El magíster Imaniel sabía que estábamos haciendo precisamente eso. Si la nieve no se hubiera adelantado en el paso de Bellin, habríamos seguido ese plan.

—¿Y la decisión de desviarse hacia el sur?

—Fue del capitán Wester.

—Cuénteme más detalles al respecto.

No se oían más voces que las suyas. El capitán Wester y los guardias se habían ido, invitados por Clark a salir de la casa. La docena de espadas y arcos que formaba la escolta habían tomado posiciones. El silencio no presagiaba nada bueno. Era escalofriante. La lluvia repiqueteaba contra las ventanas como un millar de diminutos dedos que hurgasen en los cristales, y los truenos murmuraban siniestros a lo lejos. Cithrin contó al detalle todo lo que podía contar. Que los habían interceptado las fuerzas de Antea, y que habían escondido el contrabando en el barrio de la sal de Porte Oliva.

—¿Y solo el capitán Wester y su tralgu estaban actuando como guardias en este momento?

—No sé si yo llamaría a Yardem «su tralgu».

—¿Eran los únicos guardias?

—Sí —respondió Cithrin.

—Gracias.

Le refirió el ataque de Opal, el temor de Marcus a salir de la ciudad, y su temor a quedarse. Cuando describió cómo había falsificado los documentos se cuidó de mantener un tono calmado y carente de emociones. El magíster Imaniel siempre le decía que si parecías culpable, todo el mundo tendría la impresión de que algo habrías hecho por lo que sentirte culpable. Cuando ella reconoció que le había entregado los documentos falsos al gobernador de Porte Oliva, el auditor no hizo ningún comentario, ni siquiera cambió de expresión. Una vez que le hubo contado la historia de la fundación de la sucursal falsa del banco, y comenzado a hablar de sus inversiones, préstamos, remesas y comisiones, sintió que empezaba a relajarse.

Habló durante la mayor parte de la tarde. Acabó por enronquecer, y comenzó a dolerle la espalda por estar demasiado tiempo en la misma posición. Si Paerin pasaba por el mismo tormento, no lo demostró.

—¿El capitán Wester le aconsejó seguir estas estrategias?

—No, no lo hizo. Ni él lo intentó, ni yo se lo pedí.

—¿Por qué no?

—Porque no es banquero. Le di un presupuesto que pensé que era apropiado para proteger el oro hasta aquí, y para mover las cantidades sustanciales dentro de la ciudad, pero eso es todo.

—Ya veo. Bueno. Gracias, señora Bel Sarcour. Ha sido la historia más interesante que he escuchado en mucho tiempo. Supongo que todos los libros y registros están aquí.

—Sí. También ocupó una habitación en un café en el Gran Mercado, pero todos esos registros se han traído hasta aquí.

—Excelente.

—También me gustaría hacer una sugerencia. Si me lo permite.

Paerin Clark alzó las cejas. Cithrin respiró hondo.

—Debido a las circunstancias, aquí en la ciudad me han identificado de manera inequívoca con el banco. Con la sucursal creada hace tan poco tiempo, creo que a nadie le interesa cambiar el estado de las cosas. Una vez que se haya completado su auditoría, espero que considere mantener la imagen pública de la sucursal.

Clark tomó la pluma y el cuaderno cerrado, aún sin título.

—Creo que ha entendido mal la situación —comenzó—. Esta... vamos a llamarla desventura... ha avergonzado al Banco Medeano en general, y a Medean Komme en particular. Se han interrumpido las negociaciones en Herez y la Costa Norte, y ha hecho que sus activos, entre los que me cuento, hayan tenido que abandonar algunas

negociaciones realmente importantes. A juzgar lo que me ha dicho, espero que la haya engañado un capitán mercenario por razones que todavía no he comenzado a investigar. Pero soy muy, muy bueno en lo mío. Si me ha omitido alguna información, la encontraré. Dedicaré todo el tiempo que sea necesario a revisar todas las transacciones que haya realizado. Ya tengo tres hombres en la ciudad preguntando por sus actividades. Si hay algo que no está en los libros, también lo encontraré. Y la prisión pública de Porte Oliva no es ni de lejos lo peor que le puede pasar a partir de entonces. Ahora, antes de empezar, tengo una última pregunta. Se lo preguntaré solo una vez. Si me dice la verdad, estoy en condiciones de asegurarme de que la traten con misericordia. Si me miente, puedo hacer que su vida sea insostenible. ¿Lo ha entendido?

Debería haber tenido miedo. Eso fue lo que Clark pretendía, sin duda. En su lugar, una extraña paz fluyó en su interior. Trataba de intimidarla. Era condescendiente con ella. La estaba infravalorando. Así que enterró sus últimas reservas. Aquel hombre era un idiota, y todo lo que ella le hiciera a él estaría justificado.

—Entiendo —asintió. Lo vio vacilar, pues había escuchado algo en la voz de ella que no había esperado. Cithrin sonrió—. ¿Qué quería preguntarme?

—¿Qué es lo que no me está diciendo? —preguntó.

«Que voy a por ti —pensó Cithrin—. Que voy a ganar».

—Si tiene alguna pregunta, maestro Clark, estoy a su disposición —dijo Cithrin—. Pero mis números cuadran.

A la semana siguiente, ella vivió en el exilio, sentada en la taberna o paseando por las calles de la ciudad durante el día, durmiendo por la noche en una posada situada no muy lejos de su banco. El auditor la convocaba a diario con una lista de preguntas y aclaraciones. ¿Por qué la tasa de interés estaba especificada en ese contrato, pero no en aquel otro? ¿Por qué se había retirado del banco una suma determinada, y cuándo sería devuelta? ¿Por qué había aceptado ese préstamo cuando había rechazado otro que aparentemente podría producir mayor margen de ganancia? Sentada en sus habitaciones —de ella, maldita fuera—, Cithrin le permitía que la sometiera a examen. Ella sabía todas las respuestas, y después de unos días se convirtió en una especie de juego para ver si Clark conseguía pillarla en falta. Él era inteligente, y conocía su negocio. Cithrin incluso se dio cuenta de que lo respetaba. Él se dedicaba a aquel trabajo desde que Cithrin era poco más que una niña.

Pero ella también.

Los barcos salieron para Narinisle. Llevaban aceite prensado, vino, telas de algodón, y los sueños y las esperanzas de las casas comerciales de Porte Oliva. Pero no llevaban ningún acuerdo de capital del Banco Medeano de Porte Oliva, debido a que la auditoría aún seguía su curso. El año siguiente, tal vez.

Desde el rompeolas, Cithrin contemplaba la partida de las naves, remolcadas más allá de los peligros de la bahía, y luego las velas que se levantaban y se hinchaban como las flores en primavera. Se quedó en silencio mientras se desvanecían en la línea gris entre el mar y el cielo, y luego contempló la bruma. Las gaviotas chillaban y giraban en el aire, quejándose o celebrándolo. A su lado, el capitán Wester se cruzó de brazos.

—Esta mañana ha venido otra a la taberna —dijo—. Tu tabernera y su hijo.

—¿Qué les dijiste?

—Yardem habló con ellos. Le dijo lo mismo que a los demás. Que las auditorías suelen ser normales cuando se abre una nueva sucursal, y que por favor estén de acuerdo con todo lo que les pregunte ese hombre. Ella no parecía muy contenta. Quería hablar contigo. No me gustó cuando dijo que si comparaba las notas de ambos el auditor lo tendría más difícil. Acusó a Yardem de acusarla de algo.

—Lo siento —se disculpó Cithrin—. Me gustaría dejar todo esto si pudiera.

—Lo sé.

Cithrin se arrebujó en su capa y se dio la vuelta. Atrás quedaba el mar sin límites; frente a ella, la ciudad. Su ciudad. No estaba segura de cuándo se había convertido en suya.

—Con suerte, todo volverá a la normalidad dentro de poco tiempo.

Él caminaba a su lado. No podía decir si ella seguía su paso o si él seguía el de ella.

—Todavía tienes la opción de irte lejos. Puedo ir a recuperar la llave. Y tú puedes recuperar la caja del palacio del Gobernador. No sería tan malo. Carse es una ciudad bastante decente. Allí estarías a salvo, incluso aunque hubiera problemas sucesorios. Nadie se plantea invadir Carse. Tómate un año, y toma tu dinero. Puedes hacer cualquier cosa.

—No podría hacer eso —se quejó Cithrin.

—Me parece acertado.

Caminaron por la larga escalera pintada de blanco y por la muralla hacia el barrio de la sal. En algún momento a lo largo del camino pasaron por el lugar donde había muerto Opal, pero ella no lo reconoció, y no preguntó. Un pequeño perro de pelaje áspero trotó hacia ellos, les ladró y salió corriendo cuando Marcus fingió que se agachaba a por una piedra para lanzársela.

—Ten en cuenta que no has estado bebiendo.

«Ahogaría a un bebé por una botella de vino —pensó Cithrin—, pero voy a necesitar mi ingenio, y no habrá ningún aviso».

—No lo echo de menos.

—No has dormido.

—Tampoco lo echo de menos.



La posada que se había convertido en su hogar mientras el propio banco permanecía ocupado se ubicaba en el cruce de las dos calles principales de Porte Oliva. Sus paredes blancas y el techo de madera parecían distantes debajo de las nubes densas. Cuando se acercaron, un hombre salió de la puerta. Ella vio que Marcus se ponía alerta sin cambiar el paso. Sintió un ardor en la garganta.

El hombre se acercó a ellos. Era uno de los guardias de Paerin Clark.

—¿Quiere verme? —preguntó Cithrin.

—Como siempre, señorita —dijo el guardia—. Creo que ya ha terminado.

Cithrin respiró hondo. El momento había llegado.

—¿Puede venir conmigo el capitán?

—No veo por qué no.

El camino de vuelta al banco era corto, pero a Cithrin le pesaba cada paso que daba. Pensó que el vestido que llevaba era el primero que había comprado cuando llegó a Porte Oliva, el que ella misma había comprado en Hallskar a cambio de una rebaja de cinco monedas. El vestido de una mujer verdaderamente peligrosa. Ella trató de tomárselo como un buen augurio.

Un niño kurtadam vendía cucuruchos de almendras con miel, y Cithrin se detuvo a comprarle uno. Se metió dos en la boca, y le dio una a Marcus. El guardia de Paerin esperó, y ella le ofreció el cucurucho. Sonriendo, tomó dos. Así que estaba dispuesto a aceptar regalos de ella. Eso solo podía significar o bien que era un cabronazo frío hasta la médula, o bien que las noticias del auditor eran buenas. No, pensó: significaba que el guardia creía que eran buenas.

Durante veinte días se le había negado su habitación. Mientras subía la escalera, decidió que estaba dispuesta a tragarse su indignación, pero cuando llegó arriba, todo estaba exactamente igual que antes. A juzgar por todos los rastros que había dejado de sí mismo, Paerin Clark podría ser un fantasma.

Estaba sentado en su escritorio. Escribía símbolos ilegibles de cifrado garabateados con la punta de la pluma sin necesidad de consultar con ningún libro de códigos. Saludó con la cabeza a Cithrin y luego a Marcus, terminó la línea que estaba escribiendo y se volvió hacia ellos.

—Señora Bel Sarcour —comenzó—. Tengo una última pregunta para usted. Espero que no le importe.

Su tono había cambiado de manera notable. Podía oír el respeto en él. Eso era justo. Ella había ganado.

—Por supuesto.

—Estoy bastante seguro de que he adivinado la respuesta, pero hay una cantidad colocada a un lado en los libros más recientes. Seiscientos doce piezas de plata.

—La ganancia del trimestre para la sociedad de cartera —dijo.

—Sí —afirmó el auditor—. Eso es lo que he pensado. Por favor, tomen asiento

ambos.

Marcus le tendió a Cithrin la silla, pero se quedó de pie detrás de ella.

—Tengo que decir que estoy impresionado con todo esto. El magíster Imaniel la enseñó muy, pero que muy bien. Por supuesto, hemos sufrido alguna pérdida. Pero en general, los contratos que ha hecho parecen sólidos. Creo que la aconsejaron mal con el proyecto de la flotilla de la ciudad, pero como declinaron su oferta no tenemos que preocuparnos por eso.

Cithrin se preguntó qué le parecía mal al auditor en el asunto de la flotilla, pero él seguía hablando.

—Ahora estoy redactando mi informe para la sociedad de cartera. La principal conclusión a la que he llegado es que en todo lo que ha hecho ha pensado honestamente en los intereses del banco en su conjunto. Por desgracia, nos obliga un contrato en Porte Oliva cuya duración no coincide con la que nos parecería deseable, pero sé que lo está haciendo lo mejor que puede. Y mientras que algunos aspectos de su comportamiento han estado ciertamente fuera de la ley, no le veo ninguna ventaja al hecho de entablar acciones legales.

—¿Eso quiere decir que lo hemos conseguido? —preguntó Marcus.

—Exactamente —dijo Cithrin.

—Es bueno saberlo.

Paerin tamborileó con los dedos contra la parte superior de la mesa y frunció el ceño. Unas líneas profundas marcaron su frente alta.

—No quiero seguir adelante, y no puedo, por supuesto, dar ninguna garantía, pero en Carse puede haber un lugar para una mujer de su talento. Tendría que discutirlo con Komme Medean y con los demás directores. Pero si desea emprender una carrera como banquera, creo que podría encontrar acomodo entre nosotros.

«Todavía tienes la opción de irte lejos», le había dicho Marcus hacía menos de una hora. Y aún tenía esa opción. Pero era el momento de quemar las naves.

—Preferiría empezar aquí —dijo Cithrin—. ¿Ha pensado en mi propuesta?

Paerin Clark la miró sin comprender. Entonces asintió, avergonzado.

—Sí, eso. No. Vamos a poner un miembro reconocido del banco a cargo de la sucursal hasta que se disuelva. No es posible mantenerla en el cargo actual.

Marcus se echó a reír.

—¿Me convierte en mala persona el hecho de que esperara oírle decir eso? —preguntó.

Cithrin no le hizo caso. Cuando habló por fin, se enderezó y miró al auditor a los ojos.

—Ha pasado algo por alto, mi señor. Hay un libro de registros de Vanai que no figura entre estos. Sin embargo, es viejo. No tiene que ver directamente con la auditoría.

Paerin Clark movió la silla para mirarla. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es el libro que registra mi condición de tutelada del banco —prosiguió Cithrin—. Demuestra mi edad, y la fecha en la que puedo empezar a firmar contratos legalmente vinculantes. Eso sería el próximo verano.

—No veo cómo...

Cithrin señaló los libros, las pilas de papeles y pergaminos, y todo el entramado de su banco.

—Ninguno de estos contratos es legal —se explicó—. No estoy legalmente autorizada para firmar ningún acuerdo. Aún me faltan diez meses para poder hacerlo.

La expresión de Paerin Clark era la misma sonrisa suave que había mostrado el primer día. Serían imaginaciones suyas, pero le pareció ver una pálida sombra en su mirada. Cithrin tragó, relajando el nudo de su garganta.

—Si la información de ese libro se hace pública —dijo ella—, el banco tendrá que apelar al recurso directo ante el gobernador para hacer cumplir cualquiera de los contratos o para recuperar las sumas que se prestaron. Me he reunido con el gobernador, y creo que es poco probable que tome dinero de sus ciudadanos para dárselo a un banco que tiene prisa para abandonar su ciudad.

—¿Y dónde está ese libro en cuestión? —preguntó Paerin Clark.

—Depositado en una caja fuerte en poder del gobernador, a mi nombre, y separado de la sucursal. Y la llave de la caja está bajo la custodia de un hombre a quien no le importa que el banco tenga éxito aquí. Si le digo que la abra, ya puede empezar a quemar todos estos documentos en la chimenea.

—Es un farol. Si esto sale a la luz, la encontrarán culpable de falsificación y robo. Falsos testimonios. Se pasará el resto de la vida en la cárcel, y perderá todo el dinero.

—Yo puedo sacarla de aquí —dijo Marcus—. ¿Le gustaría que la mitad de los hombres de la reina de esta ciudad se rieran de usted? Puedo sacarla de Birancour y llevármela a una casa decente donde pasar lo más frío del invierno.

—Somos el Banco Medeano —afirmó Paerin Clark—. No se nos escapará.

—Y yo soy Marcus Wester. He matado a reyes, y se me da fatal lanzar faroles. Amenácela de nuevo, y...

—Basta ya. Los dos —ordenó Cithrin—. Aquí está mi oferta. Mantenga la sucursal, pero instale a un notario de la sociedad de cartera. Diga que es para ayudarnos con las cargas del trabajo. Yo seré el rostro y la voz, y el notario supervisará todos los acuerdos.

—¿Y si me niego?

Ella quería echar un trago. Quería una cama caliente y los brazos de un hombre a su alrededor. Quería saber a ciencia cierta que estaba haciendo lo correcto.

—Puedo hacer que la sucursal arda por los cuatro costados.

El mundo en equilibrio sobre el filo de una hoja. El auditor cerró los ojos, y se

echó hacia atrás en la silla. «Ah, bueno —pensó Cithrin—. La vida de fugitiva no fue tan mala el invierno pasado. Al menos esta vez podré llevar mi propia ropa».

Paerin Clark abrió los ojos.

—Usted no va a firmar nada —dijo—. Todos los acuerdos los firmará el notario, y solo el notario, sin cuya presencia no habrá negociaciones. Sí él revoca algo, usted lo aceptará. El control recaerá en la sociedad de cartera. Usted será una figura decorativa. Nada más.

—Viviré con ello —dijo. Y después añadió para sus adentros—: Hasta que lo cambie, viviré con ello.

—Y me traerá el libro perdido en el que se prueba su edad. Antes de que yo abandone la ciudad.

—No —dijo Marcus—. Si se lo da, ella no tendrá nada con lo que negociar. Usted podría echarse atrás, y a ella no le quedaría nada.

—Tendrá que confiar en mí.

Cithrin tragó. Quería vomitar. Quería cantar.

Ella asintió. Paerin Clark se quedó inmóvil durante un buen rato, luego cogió los papeles que había estado escribiendo, suspiró, y los rompió en pequeños pedazos.

—Parece que tengo que escribir un informe algo diferente —sonrió con ironía—. Felicidades por su nuevo banco, magistra.

## GEDER

Los ritos funerarios de Phelia Maas se vieron ensombrecidos en parte por la ejecución de su marido. Puestos a elegir, Geder había optado por la ejecución, al igual que la mayoría de los grandes nombres de la Corte. El trono del rey Simeon estaba colocado en un estrado. Aster se sentaba junto a él en una versión reducida del trono. Tanto el rey como el príncipe iban vestidos de armiño negro. Luego estaba la amplia extensión de la cámara, con Feldin Maas arrodillado en el centro. Sus tobillos y muñecas estaban atadas con alambres, e incluso desde la galería que se extendía tras la cuerda de separación, Geder podía ver los moretones en las piernas del hombre y las largas costras negras de su espalda. Diez verdugos se habían colocado en círculo alrededor del prisionero. Sus máscaras eran de acero, diseñadas para parecer animales gruñendo, y sus espadas eran romas y estaban oxidadas.

Un solo tambor sonaba con golpes secos. Era el único sonido aparte de los susurros que lanzaba algún idiota en las últimas filas. Geder trató de hacerle caso omiso a la gente y de concentrarse en el espectáculo. A pesar de que había llegado tarde, los nobles reunidos le habían guardado sitio, así que tenía una vista excelente, justo en un extremo de la galería. Dawson Kalliam y sus dos hijos estaban a su lado. Geder llevaba su capa de cuero negro de Vanai, pero no le quedaba tan bien como antes. Su cuerpo había cambiado de forma durante el verano, y le colgaba de los hombros.

Lamentó no haber pensado en hacer que la cortaran de nuevo. Todo el que no estaba viendo morir a Feldin Maas parecía estar mirando a Geder.

El rey Simeon, con una expresión gris y severa, levantó el brazo. El tambor se quedó en silencio. La masa de la población que lo contemplaba todo desde los tres niveles de la galería contuvo el aliento. Incluso el idiota de la parte trasera dejó de hablar.

—Se te concede la cortesía de hacer una última declaración, traidor —dijo el rey.

Feldin Maas negó lentamente. «No».

El brazo del rey cayó. Los verdugos se movieron, cada uno de ellos hundió con fuerza la punta de su espada en la carne del hombre. Geder les había hecho creer que las hojas eran bastante romas, y la fuerza que ejercieron los verdugos con sus espadas reforzó la idea. Maas gritó una vez, pero solo una vez. Cuando los verdugos dieron un paso atrás, yacía en un charco de sangre, con las diez espadas sobresaliendo de su cuerpo. Los hombres que lo rodeaban dejaron escapar la respiración con un sonido como el del viento entre los árboles.

El rey Simeon se levantó. Detrás de él, el príncipe Aster parecía una estatua de sí mismo tallada en piedra pálida. Geder se preguntó qué sentiría un niño en su noveno día del nombre al saber que un hombre adulto había estado conspirando para matarlo,

y luego ver a ese mismo hombre morir brutalmente a sus pies.

—Este es el destino correcto y adecuado para todos los que juran en falso su lealtad al Trono Escindido —dijo—. Que todos los testigos de este acto de justicia transmitan el mensaje de que los traidores a Antea sufrirán y morirán.

Por todas partes brotaron aplausos y gritos de aprobación. Geder se unió a ellos, y Dawson Kalliam se inclinó hacia él, gritando para hacerse oír.

—Esto va por ti también, Palliako.

Era una manera amable de decirle lo mismo que le había dicho antes de que empezara la ceremonia. Entonces le había dicho: «Al menos, le has dado a Simeon fuerza de voluntad».

El tambor empezó de nuevo, y el rey y el príncipe se volvieron y salieron en solemne procesión. Unos funcionarios vestidos de rojo llegaron para llevarse el cuerpo. Expondrían el cadáver de Maas, con las espadas clavadas, durante diecisiete días. Lo que quedara sería arrojado después a la División junto con las basuras de las cocinas y las aguas residuales, y ahorcarían a cualquiera que tratara de sacarlo para darle un entierro más digno. Se abrieron las puertas, que los nobles de Antea ocultaban en algún lugar detrás de Geder. Después de que el rey se marchara y terminada la ceremonia, las conversaciones se elevaron en un rugido ensordecedor. Geder no podía entender lo que decía nadie, pues el ruido lo tapaba todo, así que se limitó a seguir los movimientos de la multitud y se dirigió al exterior.

En los grandes salones de la Torre del Rey, la nobleza de Antea se rompió en mil pequeños grupos. El estruendo de las charlas dispersas era ahora menos ensordecedor, aunque no especialmente comprensible. Vio que algunos fingían no verlo, y se hizo una idea de lo que estaban diciendo: «Palliako afirma que vagó por el Keshet, pero regresó sabiéndolo todo acerca de la trama del príncipe Aster», «La quema de Vanai era parte de su plan» y «El que sus soldados leales volvieran justo antes de que los mercenarios trataran de tomar la ciudad no fue una simple coincidencia». Caminó por el pasillo lentamente, empapándose de todo aquello.

—Sir Palliako. Una palabra.

Curtin Issandrian y Alan Klin se acercaron a él como sujetalibros en la biblioteca de los condenados. Geder sonrió. Curtin Issandrian le tendió la mano.

—He venido a darte las gracias, señor. Estoy en deuda contigo.

—¿Lo estás? —preguntó Geder, dejando que la mano del hombre flotara en el aire entre ellos.

—Si no fuera por ti, yo todavía estaría aliado a un traidor secreto de la corona —dijo Issandrian—. Feldin Maas era un amigo, y dejé que la amistad me cegara frente a su verdadera naturaleza. Hoy ha sido un día terrible para mí, pero ha sido necesario. Y te doy las gracias por ello.

Geder deseaba que Basrahip hubiera estado allí, solo para saber si Issandrian era

lo que pretendía ser. Pero sería en otra ocasión, no aquel día. Pasarían meses y años, y él y su Sirviente Honesto podrían desentrañar todos los secretos de la Corte. Un poco de magnanimidad ahora no le haría daño a nadie. Estrechó la mano de Issandrian.

—Eres un buen hombre, Geder Palliako —dijo Issandrian, hablando lo suficientemente alto como para lo que escuchara solo él—. Antea tiene suerte de contar contigo.

—Gracias, lord Issandrian —le siguió el juego Geder—. Quien admite que estaba equivocado es sin duda un hombre fuerte. Y te respeto por ello.

Dejaron caer las manos, y Alan Klin se adelantó, con su propia mano extendida. Geder sonrió y se la estrechó, tirando de él y acercándose un paso.

—Sir Klin —le sonrió—. Ha pasado mucho tiempo.

—Mucho, sin duda.

—¿Te acuerdas de aquella noche durante la marcha hacia Vanai, cuando me emborraché y quemamos aquel ensayo que te enseñé?

—Sí. Sí, así es —se rio Klin como si compartieran un momento de nostalgia.

Geder también se rio, y entonces, bruscamente, hizo desaparecer todo gesto de diversión en su propio rostro.

—Yo también.

Le soltó la mano a Klin, se volvió y se fue sintiendo que la tierra misma se levantaba para favorecer sus pasos. Fuera, el día mostraba un límpido cielo azul, y el viento frío del invierno soplaba por las calles. Su padre estaba de pie cerca de los escalones que conducían a los carros, observando el caos de los caballos, maderas y ruedas. Tenía una pipa en la mano, pero no parecía que estuviera encendida.

—¿Así que el proceso político llega a su fin lógico? —preguntó Lerer.

—¿Es que no lo ves?

—Soy demasiado viejo para ver deportes sangrientos. Si hay que hacerlo, se hace, pero no hay que convertirlo en un espectáculo.

—Pero el rey tiene que dar un escarmiento ejemplar, ¿no es así? Trata de impedir que Asterilhold interfiera en nuestros asuntos —dijo Geder. Se sentía fatal porque su padre no había asistido a la ejecución de Maas y no lo había visto morir—. Iban a matar al príncipe Aster.

—Supongo —dijo Lerer—. Pero estaré condenadamente a gusto en casa. Llevo el hedor de Camnipol en mi piel. Hace mucho tiempo que estamos lejos de Rivenhalm.

Si queremos comprender la libertad de la humanidad, primero debemos entender su esclavitud. La raíz de todas las razas, incluso de la primera sangre, existía en el reino de los dragones, y el final de ese reinado marcó por necesidad el comienzo de una historia peculiarmente humana. No es exagerado afirmar que el último suspiro del último dragón fue el primer momento de la era de la humanidad en toda su variedad. Pero, como toda libertad, estaba delimitada y definida por lo que hubo antes. Nuestro conocimiento del Imperio del Dragón es imperfecto en el mejor de los casos, pero yo sostengo que el descubrimiento de los palacios-cueva debajo de Takynpal nos da una mejor perspectiva de lo que he dado en llamar la Edad de la Formación.

Geder se inclinó hacia delante, y releyó unas páginas que había traducido antes. El tiempo había vuelto marrón el papel, y era muy frágil. No le gustaba tocarlo mucho por miedo a que las páginas se deshicieran en sus manos, pero tenía que acercarse a los textos originales como pudiera. Le pareció que tenía que haber algo, alguna palabra o frase que pudiera haberse traducido en más de un sentido, que mencionara la existencia y la historia de la diosa.

La puerta de la sala se abrió, y entró Basrahip. Todavía llevaba la túnica del templo de las montañas, pero había aceptado un par de botas de suela de cuero para caminar por las calles empedradas de Cannipol. Parecía completamente fuera de lugar entre los ricos tapices rojos y los suaves sillones tapizados de la habitación de Palliako en Cannipol. Una mala hierba del desierto en un ramo de rosas. Sonrió y se inclinó ante Geder.

—¿Has estado caminando de nuevo? —preguntó Geder.

—Conocía cuentos acerca de las grandes ciudades del mundo, pero nada de lo que había imaginado podría ser tan grande y tan corrupto —respondió el sacerdote—. Un niño de no más de siete veranos me ha mentado. Y sin ninguna razón.

—¿Qué ha dicho?

El enorme sacerdote se movió atropelladamente hacia la silla que estaba frente a Geder y se sentó en ella. La madera crujió bajo sus pies mientras hablaba.

—Que podía decirme mi futuro por tres monedas de cobre. Él sabía que era falso. Un niño.

—Era un mendigo —dijo Geder—. Por supuesto que trataba de engañarte. Necesitaba el dinero para comer. Creo que debes tener cuidado por dónde caminas. Hay partes de la ciudad que no son seguras. Sobre todo por la noche.

—Vives en una época de oscuridad, amigo mío. Pero esta ciudad será hermosa sin medida cuando sea pura.

—¿Has ido al templo?

—He ido —dijo Basrahip—. Es un edificio precioso. Estoy deseando que llegue el día en que pueda hacerlo mío.

—El papeleo no debería demorarse mucho tiempo. Antes del cierre de la Corte, sin duda, y para eso falta menos de una semana. Pero no hay mucho que hacer en Cannipol durante los meses de invierno.

—Tengo suficientes tareas.

—He estado leyendo —dijo Geder—, y hay algo que me fastidia.

—¿Sí?

—La diosa es eterna. Ya estaba allí durante el nacimiento de los dragones. Estaba allí durante todo el período del Imperio del Dragón, pero las únicas referencias que veo sobre el Sirviente Honesto o sobre Sinir Kushku solo llegan a la guerra final. Y luego hablan de ello como si Morade la hubiera creado, del mismo modo en que



Asteril creó a los timzinae, o como Vailoth creó a los drowned. Simplemente no entiendo cómo puede ser correcto.

—Tal vez entonces no sea correcto —respondió el sacerdote—. No debes confiar tanto en las palabras escritas, amigo mío. Son los huevos de piedra de las mentiras. Ahora te lo mostraré. Lee algo de tu libro.

Geder pasó las páginas, las recorrió con las yemas de los dedos buscando las palabras, hasta que encontró un pasaje fácil de traducir.

Fue en el siglo IV del reinado del dragón Vailoth cuando estas políticas cambiaron.

—¿Es eso cierto? —le preguntó el sacerdote—. ¿Es falso? ¿Tiene significado lo que dices? No, viejo amigo. No es así. Tu voz no lleva nada. Solo son palabras que repites sin sentido. Escribir una cosa es matarla. La verdad solo puede ser conocida en la voz viva. Mis hermanos y yo nos escuchamos los unos a los otros. La voz de la diosa pasa de generación en generación y, desde el principio, con cada nueva lengua, hemos sabido qué hay de verdad en lo que escuchamos. Estos libros tuyos no son más que tinta sobre papel. Objetos. Sin alma. Sería más prudente que no tuvieras fe en ellos.

—Oh —se lamentó Geder—. Eso es... Nunca había visto las cosas de esa manera. ¿Eso quiere decir que...?

—¿Geder?

Lerer Palliako estaba en la puerta. Los colores de su túnica, de corte formal con botones de plata en las mangas, eran el azul y el gris de la Casa Palliako. Su mano se aferraba a la puerta, como si la necesitara para mantenerse estable.

—¿Qué te pasa, padre?

—Tenemos una visita. Tienes que venir conmigo.

Geder se puso en pie, una sensación de alarma le atenazó el estómago. Basrahip miró hacia la puerta y de nuevo a Geder.

—Quédate aquí —le rogó Geder—. Volveré tan pronto como pueda.

Lerer caminó en silencio por los pasillos. Los criados, que solían zumbar por las habitaciones como abejas en un prado, se habían ido. Se detuvo al llegar a la puerta de la sala de reuniones privada. Por un momento, Geder pensó que iba a decirle algo, pero tan solo negó con un gesto, abrió la puerta y dio un paso hacia dentro.

La sala privada había sido diseñada para ser cómoda. Las velas brillaban en los candelabros de plata pulida, duplicando su luz y llenando la habitación de calor y aromas de miel. Una chimenea apagada mostraba el hollín ennegrecido en un rincón. La luz se derramaba desde la ventana del oeste, se reflejaba en la tapicería de seda pálida de las sillas, haciendo que casi brillaran. Un niño con una túnica gris los miró solemnemente, y Geder sintió que debería haber reconocido su rostro. En la pared del fondo, una enorme pintura del tamaño de un hombre mostraba un dragón verde que

se elevaba sobre las figuras que representan las trece razas del hombre. Y mirando la pintura, el rey Simeon.

El rey se volvió.

Lerer se inclinó y dijo:

—Su majestad.

Geder se inclinó unos segundos más tarde, con un gesto rápido, tratando de entender lo que veía. El muchacho era el príncipe. El príncipe Aster y el rey Simeon.

—Estoy encantado de conocerte por fin, Geder Palliako —dijo el rey. Geder se tomó el uso de su nombre de pila como un permiso para permanecer de pie.

—Yo... Hummm, gracias. También es un placer para mí conoceros, majestad.

—Eres consciente de que la tradición exige que el príncipe sea el pupilo de una casa de la más alta reputación y nobleza. Una familia que jurará protegerlo en caso de necesidad.

—Ah —dijo Geder—. ¿Sí?

—He venido a pedirte que cumplas ese papel.

—¿Mi padre, queréis decir? ¿Nuestra casa?

—No es a mí a quien quiere —dijo Lerer—, sino a ti.

—No... No sé cómo criar a un niño. Con todo respeto, su majestad. Yo no tendría ni idea de qué hacer.

—Mantenerlo a salvo —dijo el rey. Su voz no sonaba imponente. No sonaba formal. Sonaba como un hombre al borde de la mendicidad o de la oración—. Tan solo mantenerlo a salvo.

—En estos momentos, todo el mundo en la corte te quiere o te teme, hijo mío —dijo Lerer—. La mitad de ellos dicen que eres el primer héroe que ha visto Antea en una generación, y la otra mitad no lo dicen por temor a atraer tu atención. No estoy seguro de que sea una buena razón para recibir el título de protector.

—No lo estoy haciendo —se defendió Geder—. No puedo ser el protector de nadie. Tú sí lo serías, padre. Tú eres el vizconde de Rivenhalm.

—Pero tú eres el barón de Ebbinbaugh —acotó el rey Simeon.

—¿Ebbinbaugh? —preguntó Geder.

—Alguien tendrá que quedarse con los títulos de Maas —dijo Lerer—. Y parece que vas a ser tú.

—Bueno —dijo Geder, y una sonrisa se abrió en sus labios—. Bueno.

El príncipe Aster se levantó y se acercó a Geder. No era un chico grande. Geder siempre había pensado que era más alto. Tenía los ojos grises y el rostro grave de la reina muerta, pero la mandíbula de su padre.

—Te debo la vida, lord Palliako —dijo el muchacho. La cadencia de su voz hizo que sonara a frase ensayada—. Estaría encantado de tenerte como mi protector, y juro que haría honor a tu nombre como tu pupilo.

—¿Estás seguro? —preguntó Geder. La expresión formal del muchacho vaciló. Unas lágrimas aparecieron en sus ojos brillantes.

—Dicen que ya no puedo quedarme con mi padre...

Geder sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Yo también perdí a mi madre cuando era joven —se sinceró—. Tal vez podría ser como un tío para ti, o como un hermano mayor.

—No tengo hermanos —dijo Aster.

—¿Lo ves? Yo tampoco —se sinceró Geder. Aster trató de sonreír—. Sin embargo, es muy probable que necesitemos visitar mucho a tu padre. Y al mío. Dios, ¿tendré propiedades? Padre, tendré propiedades.

—Sí, hijo mío, las tendrás —dijo Lerer—. Creo que su majestad no quería ser el único en la sala que perdiera a un hijo.

Geder apenas lo oyó. Aquella mañana había sido un héroe. Ahora poseía una baronía y un lugar en la corte por los que muchos hombres habían luchado y muerto por conseguir. Sir Alan Klin se hundiría en el lodo cuando se enterara de que se había convertido en enemigo del protector del príncipe Aster.

—Gracias, su majestad. Acepto este deber y este honor. Conmigo, el príncipe Aster estará a salvo. Os lo juro.

El rey estaba llorando. Las lágrimas le caían por las mejillas, pero su voz no vaciló al hablar.

—Pongo mi confianza en ti, lord Palliako. Voy a... Voy a anunciarlo durante la clausura de la Corte. Haré que goces de los privilegios apropiados para tu nueva posición. Este es un día luminoso para el reino. Y te doy las gracias por ello.

Geder hizo una reverencia. Quería salir corriendo por las calles, brincando y cantando. Quería presumir delante de todos sus amigos, empezando por Jorey Kalliam y...

—¿Me prestáis al príncipe? —preguntó Geder—. ¿Solo por unos minutos? Quiero que conozca a alguien.

En la sala de estar, Basrahip se había trasladado a la silla de Geder. Sus enormes manos pasaban las páginas lentamente. En su cara ancha se veía un gesto de desdén. Geder se aclaró la garganta. El sacerdote levantó la mirada, y sus ojos pasaron de Geder al príncipe, de pie a su lado.

—Basrahip, sumo sacerdote de la diosa, ¿puedo presentarte a mi nuevo pupilo, el príncipe Aster? Príncipe Aster, este es Basrahip.

El príncipe caminó hacia delante, se detuvo a la distancia apropiada, e inclinó la pequeña cabeza. Parecía un gatito saludando a un toro.

—Estoy muy contento de conocerlo, señor —dijo el príncipe.

Basrahip sonrió.

—No —le cortó él en voz baja—. No lo estás. Pero date tiempo, joven príncipe.

Date tiempo.

## ENTREACTO EL APÓSTATA

El apóstata gimió, rodando sobre su delgado colchón. La primera luz del alba desnuda asomó por la puerta del establo e iluminó su sangre, las arañas se estremecieron y bailaron, tan agitadas como lo habían estado durante semanas. En los veinte años que se había pasado viajando por todo el mundo, la impureza de su sangre nunca le había preocupado tanto como durante aquellas últimas semanas. A su alrededor, los otros aún dormían, las respiraciones profundas y regulares, reconfortantes como gruesas mantas de lana. Los establos eran cálidos, o al menos allí estaba más caliente que si hubiera tenido que dormir en el carro. No tendría que romper la capa de hielo del cubo de agua antes de beber. Cuando se sentó, le dolió la espalda, tal vez por la llegada del invierno, tal vez porque los años le pesaban sobre los hombros, tal vez por la inquietud de las criaturas que vivían en su piel.

Uno de los caballos resopló, moviéndose inquieto. Desde las sombras emergió un tímido jadeo. Él se quedó inmóvil, tratando de escuchar.

—No voy a terminar dentro —susurró una voz familiar—. Juro que no voy a terminar dentro.

El apóstata cerró los ojos. Eso nunca cambiaba. En todo el mundo, probablemente a lo largo de todos los siglos y las épocas de la humanidad, algunas cosas simplemente nunca cambian. Tragó saliva, preparando su voz. Cuando habló, las palabras recorrieron los establos y salieron al patio.

—¡Sandr! Si dejas embarazada a esa chica, estaré muy tentado de atarte la verga con un trozo de alambre, y te juro que eso no hará que mejore su rendimiento.

La voz que había jadeado chilló alarmada, y Sandr se levantó rápidamente en la penumbra, agarrando su túnica para cubrirse.

—Aquí no hay nadie, maese Kit —le mintió al muchacho—. No sé de qué estás hablando.

—¿Qué quieres decir con rendimiento? —preguntó Smit con voz soñolienta—. A mí me parece que si estamos hablando de arte escénico, atarte a ti mismo podría ser un ejercicio digno de concentración.

—Le ayudaría a representar a un jorobado —dijo Cary en medio de un bostezo.

—Aquí no hay nadie —dijo Sandr de nuevo—. Os estáis imaginando cosas.

El roce en un tablón del establo denunció la huida de la joven, quienquiera que fuese. El apóstata se levantó y luego se sentó. Hornet encendió una linterna, y la luz cálida ahuyentó la oscuridad. Con lamentos y quejas, la compañía volvió a la vida. Como siempre lo hacía. Charlit Soon, la nueva actriz, miraba a Sandr furiosa. Sin embargo, otro aviso del apóstata la calmó. Se preguntó, y no por primera vez, cómo alguien sin las arañas podría mantener en paz una compañía de teatro cuyos actores

viven juntos a todas horas. Quizá no pudiera.

—¡Arriba! Estoy seguro de que hay mucho trabajo por hacer que nos hará ganar dinero más que estar aquí tumbados en la oscuridad. Levantaos, hermosos locos cabrones, y vamos a generar una tormenta que arrebate los corazones y los sueños de Porte Oliva.

—Sí, mamá —dijo Cary, y se dio la vuelta y volvió a dormirse.

Cuando conoció a Marcus Wester, el apóstata pensó en un sobrenombre para él: el hombre sin esperanzas. Durante el último año, la desesperación se había desvanecido un poco, pero a veces Wester seguía bromeando («Soy demasiado terco para morir» o «No necesitas amor cuando tienes ropa que lavar») y la gente que lo rodeaba se reía. Solo el apóstata sabía hasta qué punto el hombre hablaba en serio.

Era lo que hacía interesante al capitán mercenario.

En esos meses de frío, la taberna cerca de la orilla les ofrecía comida y el calor del fuego. Algunas noches, Cary y Charlit Soon se acomodaban en la sala común, cantaban canciones de operetas cómicas y entre ellos hacían lo suficiente para alimentar a toda la compañía durante tres días.

—Siempre es mejor ser discretos en lo relativo a asesinatos políticos —le aconsejó Wester—. En realidad, en eso fue en lo que me equivoqué. Bueno, no es la primera vez que me equivoco.

—Es una de las veces, señor —dijo Yardem Hane.

—¿Crees que se va a mantener la violencia en la Costa Norte?

—Envenenaron a un hombre para que vomitara hasta la muerte —dijo Marcus—. Eso es violencia. Pero con su reclamación dispuesta, no veo que vayan a alzarse más espadas, no. Así que eso es bueno para el comercio de Narinisle. Y, al parecer, Antea ha decidido no caer tampoco en una guerra civil.

—No sabía que siguieran la senda del dragón —dijo el apóstata, y le dio un sorbo a su cerveza. Durante el invierno la guardaban en el callejón, bajo vigilancia, por lo que estaba tan fría como cálidas eran las habitaciones.

—Ni yo tampoco. Pero este nuevo notario recibe informes de todas partes. Es una de las ventajas de formar parte de un banco donde la propia gente del banco sabe cosas de ti. De todos modos, parece que lo único que mantenía a la Corte en Camnipol sin que se lanzaran al cuello los unos contra los otros como una jauría de perros hambrientos era un fanático religioso del Keshet.

—¿En serio?

—Bueno —dijo Wester—, él es un verdadero noble de Antea, pero al parecer pasó un tiempo en el Keshet y regresó con una grave crisis de fe. Expuesto a algún tipo de conspiración, convirtió la Corte en sus oídos, y construyó un templo en la misma calle de la Torre del Rey para officiar ceremonias.

—La construcción de templos no tiene nada de siniestro, señor —comentó

Yardem—. La gente lo hace todo el tiempo.

—Pero no por las ceremonias —se defendió Wester—. La gente acude a Dios cuando tiene problemas. Las cosas son así, no tiene mucho sentido dejarse sorber los sesos por lo divino.

Yardem agitó una oreja, que tintineó, y se inclinó hacia el apóstata.

—Él dice estas cosas para molestarme.

—Siempre funciona.

—Lo hace, señor —mintió el tralgu.

—Y la Diosa de los Pasteles Redondos parece especialmente débil.

—¿Pasteles Redondos? —preguntó el apóstata.

—El culto tiene un símbolo. Una gran bandera roja con cosas blancas en el medio que parecen ocho pedazos de pastel que salen del centro.

—Los ocho puntos de una brújula —añadió Yardem.

«No —pensó el apóstata, mientras el temor se extendía por su interior como agua oscura—. No, las ocho patas de una araña».

—¿Estás bien, Kit? —le preguntó Wester—. Te has puesto pálido.

—Estoy bien —los tranquilizó el apóstata—. Estoy bien.

Pero en su mente había un solo pensamiento:

«Ha comenzado».

## AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro no es el trabajo solitario que me había esperado. Este proyecto se ha beneficiado sobre todo del tiempo y de la atención de otras personas, además de mí. Tengo una deuda de gratitud con Walter Jon Williams, Carrie Vaughn, Ian Tregillis, Vic Milan, Melinda Snodgrass y Ty Franck, que estaban allí cuando cayó el rayo, y con Jim Frenkel, que hizo lo que pudo. También mis agentes Shawna McCarthy y Danny Baror, que valen su peso en oro, en esto como en todo. Y, sobre todo, me gustaría darle las gracias al equipo de Orbit. Mis editores Darren Nash y DongWon Song han hecho que mi trabajo en este proyecto fuera un placer, y la profesionalidad y la profunda consideración que he visto en todo el personal de Nueva York y Londres me han impresionado continuamente. Este libro no existiría sin todos y cada uno de ellos.

Cualquier error o infortunio son de mi entera responsabilidad.